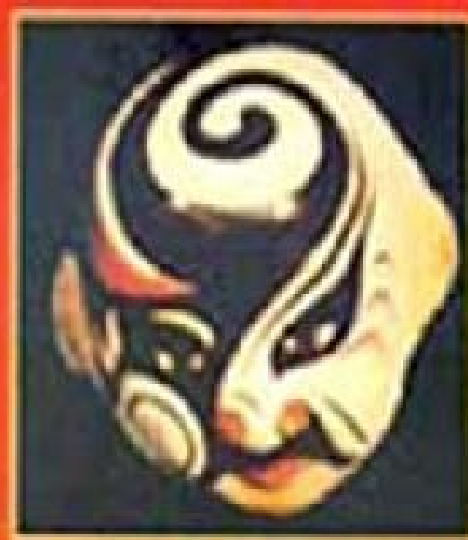


Eleanor Cooney
& Daniel Altieri



ENGANO



«Engaño es un triunfo. Si Umberto Eco y P.D. James colaboraran en una novela ambientada en la China de la Dinastía de los T'ang, el resultado sería como este libro.»

—Sterling Seagrave—

Lectulandia

Una historia fascinante, sugestiva, que nos da a conocer el mundo de la dinastía Tang, una intriga detectivesca muy bien ambientada con un rigor histórico poco frecuente en esta clase de novelas y que se agradece, como les digo una novela muy entretenida, que no podrán dejar de leer hasta llegar al final.

Entre intrigas palaciegas creadas por Wu Tse-Tien y su calculadora madre, harán que esta se convierta en la primera emperatriz que detente el poder absoluto en China. Mientras en el otro extremo del país, un joven magistrado busca sin desmayo al asesino de un viejo jardinero, y esta investigación le llevara o otros crímenes que tendrá que investigar. Escrita al alimón entre Eleanor Cooney y el orientalista Daniel Altieri, les sale una novela redonda que por paso sin pena ni gloria por las librerías en el momento de su lanzamiento, como ocurre con muchas buenas novelas que dejamos de leer ante la ingente maraña de títulos que nos hacen perder el tiempo.

Lectulandia

Eleanor Cooney y Daniel Altieri

Engaño

ePub r1.0
Gand 23.10.13

Título original: *Deception*
Eleanor Cooney y Daniel Altieri, 1993
Traducción: Hernán Sabaté

Editor digital: Gand
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Michael Harwood.
«Era un hombre, en todas sus cosas, como no volveré a encontrar otro».

RECONOCIMIENTOS

Debemos expresar nuestro especial agradecimiento a familiares y amigos:

Sobre todo a nuestros padres, a Gwendda, a Donna, a Lesli Houser, a Marcelee y Sharon Gralapp, a Jeff y Joan Stanford y a Lettie Cowden.

Y nuestra más efusiva gratitud a Carolyn Morrow por tantas cosas durante los últimos dos años.

También deseamos dar las gracias por su ayuda en la preparación del manuscrito a las siguientes personas y entidades:

La Western Washington University y el Centro de Estudios para el Oriente Asiático.

Harvard University Press y el presidente y miembros del Harvard College.

Bruce Levine, Telion Software y Wordstar International.

Mi reconocimiento especial a MicroSolutions.

Y por último, aunque con el mismo afecto, a todos los demás amigos y animales que no hemos mencionado: a Linnis y a nuestros compañeros de cuatro patas Frankie «seisdedos», Pekoe y Timmy; os echaremos de menos.

Y a los valientes defensores de los bosques de árboles añejos del Noroeste, en la costa del Pacífico de Estados Unidos; los autores aplauden sus valerosos esfuerzos frente a las grandes empresas que saquean con tanta arrogancia los recursos de nuestras tierras y los puestos de trabajo de nuestros leñadores y obreros de serrerías.

UNA APOLOGÍA

Los autores desean dejar sentado que la intención de este libro no es difundir calumnias de ninguna clase contra el budismo, pues ambos consideran que éste, en sus muchas formas existentes y en su expresión más alta, es el sistema de pensamiento más avanzado que ha elaborado la mente humana para afrontar el misterio de la existencia. Por desgracia, como cualquier otra filosofía, religión o sistema de pensamiento, el budismo está sujeto a corrupciones debidas a la debilidad y la codicia humanas. Las censuras de los autores se dirigen contra los charlatanes y oportunistas —tan comunes en China en la época de nuestra historia— y no contra los practicantes de la verdadera fe budista.

LISTA DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES

El sistema de latinización de los nombres y términos chinos utilizado en este libro en una combinación del sistema Wade-Giles y el antiguo sistema de Yale. Se ha renunciado a emplear el sistema de fonetización pinyin, pese a ser el utilizado hoy día en todos los trabajos eruditos, con el fin de presentar los nombres chinos de una forma que los autores consideran más familiar para los lectores occidentales.

Los nombres que aparecen a continuación pertenecen a personas reales que vivieron en la China T'ang.

Di Jen-chieh: magistrado ayudante en la ciudad de Yangchou

Kao-tsung: emperador de China, hijo del difunto emperador Tai-tsung

Wu Tse-tien: antigua consorte del difunto emperador Tai-tsung

Señora Yang: madre de Wu Tse-tien

Shu Ching-tsung: historiador personal de Wu Tse-tien y de la señora Yang

Wu-chi: consejero del emperador Kao-tsung

Hsuan-tsang: peripatético hombre de letras y traductor de textos budistas

Liao: abad y amigo íntimo de Wu-chi

Hsueh Huai-i: monje y mago tibetano.

PRÓLOGO

Año 651. Un gompá^[1] en el alto Himalaya del Tíbet

Las lámparas de aceite colocadas en las esquinas de la estancia y sobre el altar despedían una intensa luz amarilla del color de los huesos viejos. Un rayo de sol polvoriento bajaba en diagonal desde un ventanuco elevado y bañaba de luz y calor el costado de la cabeza de Chico Perro. Arrodillado en el suelo, Chico Perro tenía la mirada fija en el solitario pelo negro que le crecía en una peca del antebrazo. Las voces de un centenar de monjes entonaban un cántico fúnebre en la atmósfera humeante; en sus gargantas abiertas resonaban los sonidos de la Creación, profundos, guturales, atonales e inhumanos. Los grandes cuernos emitieron su ruido bronco, las campanas sonaron con estruendo y las matracas funerarias hechas de cráneos acompañaron el canto con el rítmico entrecuchar del hueso contra el hueso.

Fijó la vista en el pelo y evitó parpadear hasta que todo cuanto abarcaba su visión periférica, la estancia con su olor a humedad y los monjes arrodillados en torno a él, se difuminó y disolvió. Notaba los ojos secos y necesitados de alivio, pero hizo caso omiso de la irritación y continuó mirando. El pelo y el rollizo lunar marrón que lo nutría se convirtieron en el centro exacto del universo y las voces de los monjes lo envolvieron, comprimiéndolo en aquel punto infinitesimal. Cuando los monjes cantaban, el tiempo cambiaba como un pedazo de manteca fría arrimada a la lumbre. Las voces de los monjes eran el fuego que calentaba el tiempo para que se fundiera, para que corriese y abandonara su forma recalcitrante.

El alma del monje muerto, según le habían contado, buscaría espontáneamente evitar el renacimiento. La idea le resultaba interesante y deseó comentarla en profundidad. Pero ¿con quién? Lo ideal sería hacerlo con alguien que se aprestara a morir pronto. El viejo Pie Izquierdo era viejo, muy viejo. Para un chico de doce años era difícil establecer cuántos años llevaba sobre sus hombros el viejo monje, pero sabía que debía de estar muy, muy cerca. Chico Perro consideraba la muerte un hecho tan alejado de él que, sencillamente, no llegaría nunca. Eso fue lo que se dijo mientras examinaba los pulidos cráneos pardo amarillentos de los monjes desaparecidos —las negras cuencas de los ojos, el vacío infinito del universo— alineados en el estante de la sala: la muerte estaba tan lejos que no llegaría nunca.

El anciano Pie Izquierdo no puso el menor reparo en hablar con Chico Perro de su inminente muerte.

—Sí, será muy pronto, ya. Sé perfectamente cuántos latidos me quedan —proclamó con orgullo—. En todo momento voy desgranando la cuenta. Si prestas

mucha atención en algún momento en que no esté hablando o comiendo, lo oirás.

Anciano y muchacho avanzaban despacio por el camino pedregoso que descendía desde el monasterio, situado en lo alto de un peñasco escarpado que se alzaba hacia el azul del cielo montaños.

—Y cuando mueras —preguntó Chico Perro—, ¿tendrás que resistirse a renacer?

—¿Renacer? No tendré que hacerlo a menos que yo quiera. —Se tapó con el dedo uno de los orificios de la nariz y expulsó las mucosidades del otro con un enérgico soplido.

—¿Y querrás hacerlo? —insistió Chico Perro.

—¿Volver a unos huesos decrepitos, a un cuerpo que orina y defeca y exige ser alimentado continuamente? Es mucha molestia. Chico Perro. Es un gran engorro, aunque tiene su utilidad. No; no creo que quiera volver a nacer. Es un verdadero fastidio tener que empezar desde el principio. La infancia, la juventud... ¡Bah!, no tengo paciencia para eso. No; creo que esta vez lo haré de otra manera.

—No me lo creo —dijo el muchacho—. Seguro que no sabes adonde irás después.

—¿Ah, no? —replicó el anciano—. ¿Es ésa la erudita opinión del joven maestro? —añadió con una carcajada—. La elección es toda mía, mi precoz sabio, te lo aseguro. Toda mía.

—¿Y qué decidirás, Pie Izquierdo? —preguntó el muchacho, volviéndose hacia él.

—Creo que buscaré a alguien ya adulto que esté lleno de malos hábitos profundamente arraigados. Alguien ambicioso, egoísta y colmado de codicia. Me colaré dentro de él como un ladrón en una gran mansión e injertaré mi alma en la de esa persona y la transformaré en un ser benigno e iluminado. Y no es que me importe especialmente la bondad —se apresuró a añadir—. No me costaría nada hacerlo a la inversa. Simplemente, creo que así resultará más estimulante. Más interesante.

Chico Perro prestó mucha atención. Se le estaba ocurriendo una idea.

—Pie Izquierdo —apuntó, inspirado ahora—, yo también puedo hacer lo que quiera. Voy a encontrarte. Te encontraré allí donde te escondas y contrarrestaré tu influencia. ¡Mientras estés empeñado en convertir en bueno al malvado, yo me esforzaré en hacerlo aún peor!

Pie Izquierdo se detuvo, alzó la cara al cielo y soltó una carcajada.

—¿Quieres que hagamos una apuesta, entonces, excelso mío? ¿Y cuánto quieres jugarte? Tiene que ser mucho, o ya puedes olvidar la idea. ¿Cómo me pagarás cuando pierdas?

—No perderé. Pie Izquierdo. Serás tú el derrotado. Y también serás tú quien deberá decidir cómo pagar.

—No, muchacho, serás tú quien pague. Y la prenda deberá ser algo valioso, algo

lo bastante valioso como para que nos motive intensamente a ambos a conseguirlo.

Chico Perro se abstuvo de mencionar el dinero o las joyas. Se daba cuenta de que el viejo lo alentaba a portarse como un estúpido para así poder avergonzarlo y mofarse de él. Sabía que no debía picar en el anzuelo, pero no se le ocurría qué otra cosa podía servir de prenda.

—Propón tú el premio, Pie Izquierdo —respondió con cautela. Los dos avanzaron unos pasos sin hablar. Chico Perro, a la espera de la respuesta de Pie Izquierdo y éste, desgranando una cuenta en tono casi inaudible mientras sus sandalias crujían a lo largo del camino rocoso: *Cinco millones ciento ochenta y cuatro mil seiscientos setenta y dos... seiscientos setenta y uno... seiscientos setenta...*

—Existencias, mi canino amigo —dijo por fin el anciano—. Sólo aceptaré si nos jugamos existencias. Me gustaría verte pagar por tu insufrible descaro llevando vanas vidas largas y desdichadas, una detrás de otra. ¿Qué te parecería ser un hombre sin piernas dedicado a mendigar por las calles de una gran ciudad en un cajón con ruedas y, a continuación, uno de esos hombres que sienten el irremediable impulso de satisfacer su lujuria con los animales de granja? Y después, sólo para asegurarme de que has quedado suficientemente humillado por tu audacia, una larga existencia como idiota, de esos que pasan sus días revolcándose en sus propios excrementos, encadenados en una bodega a oscuras para evitar la vergüenza a la familia. O cien vidas de cerdo cebado para el matadero. ¿Eh, muchacho, qué me dices de eso? ¿Te parecen bien los términos de la apuesta?

—¡Desde luego! —asintió Chico Perro con vehemencia—. ¡Porque serás tu quien pague!

—¡A mí también me parecen aceptables, porque voy a ganarla! Ahora te llaman Chico Perro, pero llegará el día en que sabrás de verdad qué significa ser una criatura muda y doliente de cuatro patas, a merced de la cruel humanidad —apuntó Pie Izquierdo con delectación.

—No, Pie Izquierdo. —Chico Perro empleó un tono similar de complacencia—. Convertiré a la persona que hayas infestado en un ser absolutamente despreciable y te haré perder la apuesta de una forma tan completa que, antes incluso de convertirte en inválido o en idiota encadenado en un sótano, disfrutarás de mil existencias como gallina con la cabeza en el tajo del carnicero, envuelto en el olor a sangre de tus congéneres. Y cada vez será una experiencia nueva. El terror será auténtico y renovado. ¿Qué me dices de esto?

—Te digo que estaré encantado —replicó Pie Izquierdo—. Porque yo seré el carnicero y tú las mil gallinas. ¿Y bien? ¿Estás dispuesto a aceptar el reto? Y no olvides que en el plano astral no hay modo de dejar de pagar las apuestas. No podrás evitar que te encuentre. No podrás escabullirte.

Chico Perro escuchó a su espalda el ruido de los pies viejos y lentos de Pie

Izquierdo mientras avanzaba por el camino. Delante del muchacho, en una espléndida perspectiva empequeñecedora, unas nubes blancas de vientre plano extendían sus sombras sobre los picos nevados, colgadas del cielo en perfecto orden geométrico. Percibió el tiempo extendiéndose hasta el infinito ante él y notó la potencia, la flexibilidad y la resistencia de sus jóvenes músculos y huesos mientras descendía el empinado camino de montaña con ágil facilidad.

—¡Estoy dispuesto! —exclamó, al tiempo que saltaba de una alta roca y aterrizaba de pie con seguridad y firmeza. Detrás de él, la voz de Pie Izquierdo se había reducido a un suave murmullo, casi amoroso.

Cinco millones ciento ochenta y cuatro mil cuatrocientos noventa y siete... cuatrocientos noventa y seis... cuatrocientos noventa y cinco...

PRIMERA PARTE



*Inquieto está el Rey.
Alertadle de su ruina
pues bajo el eje de la Rueda
leemos el nombre de Hécuba.*

CARMINA BURANA



1

Año 653

En la era de Yung Hui (de la Excelencia Perpetua). Yangchou, ciudad portuaria comercial en la encrucijada del curso bajo del río Amarillo y el Gran Canal.

Fueron los dientes del pobre jardinero lo que se le quedó grabado en la memoria al magistrado ayudante Di Jen-chieh. De no haber visto aquellas protuberancias descoloridas, Di no habría sospechado jamás que un inocente se encaminaba a una muerte prematura y cercana.

Para Di, pocas cosas había que recordaran la naturaleza mortal común a toda la humanidad de manera tan palmaria como el estado de los dientes —o su ausencia— en la boca de un hombre. Los dientes eran como piedras; no formaban parte de uno, en realidad, sino que eran préstamos, fragmentos de mineral de la propia tierra incrustados en la cabeza, más duros que los propios huesos. Por ejemplo, cuántas veces, mientras hablaba con alguien, había observado los patéticos dientes amarillentos y prominentes de su interlocutor y había tenido que concentrarse para prestar atención a sus palabras y no perderse en la contemplación de sus horribles incisivos. Unos incisivos que, si alguien exhumaba el esqueleto del individuo un siglo después de su muerte, tendrían exactamente el mismo aspecto que en aquel momento, cuando asomaban entre sus dientes al hablar. Era en tales momentos cuando Di experimentaba un sentimiento más intenso de compasión por sus semejantes, atrapados como estaban —todos, él incluido— en el dilema de existir.

No había sufrimiento comparable con el dolor de muelas. En la sala del tribunal, lo primero que había atraído la atención de Di hacia la boca del preso fueron aquellos dientes que sobresalían, fascinantemente repulsivos. Di los había visto mientras el hombre respondía al interrogatorio y acompañaba sus palabras con muecas emotivas. Con qué claridad reconocía, por propia y penosa experiencia, aquel leve farfuleo al hablar y la ternura solícita con que el hombre cuidaba el lado derecho de la mandíbula. Aunque intentaba ocultarlo, el acusado había pasado un tormento a causa de los dientes mientras se esforzaba en responder a unas preguntas de las que pendía su propia vida. Había sido entonces cuando habían surgido en la conciencia de Di las primeras dudas perturbadoras.

Pero no había dicho nada. Al fin y al cabo, no era más que un magistrado ayudante recién incorporado a la corte del más anciano y respetado magistrado superior de la ciudad de Yangchou. Había guardado silencio, diciéndose que su imaginación desbordante le estaba jugando una mala pasada. Y no había sido hasta después de la ejecución, que se había producido con desconcertante rapidez tras la declaración de culpabilidad y la sentencia, cuando Di había experimentado aquel espantoso momento de iluminación y los dientes del jardinero se habían hincado en su mente y en su alma. Si era cierta su terrible sospecha —que el prisionero tenía la

boca fatal y que había sido un foco de dolor incesante en todo momento del día— y si se confirmaban algunas otras hipótesis planteadas en el juicio, aquel hombre no podía en modo alguno ser el autor del asesinato.

Había tenido lugar la mañana siguiente al juicio. El reo avanzó dando traspies bajo el peso de la canga de madera que le rodeaba el cuello mientras los alguaciles lo empujaban con aspereza a través de las verjas hasta el patio. El hombre no gritaba ni lloraba, como hacían algunos condenados, ni guardaba un silencio desafiante; caminaba hablando animadamente para sí, en voz baja, y mantenía los ojos cerrados con fuerza.

Di Jen-chieh había presenciado muchas ejecuciones y creía haber visto todas las conductas posibles por parte de los reos que se disponían a morir. Unos avanzaban con mucha arrogancia y otros llamaban a su madre y se ensuciaban los pantalones. También había visto reírse a algunos. Pero jamás había encontrado a un hombre que mantuviera una conversación consigo mismo en un tono de voz cotidiano y normal.

El preso avanzaba a trechos; cuando se detenía, un empujón de los guardias le impulsaba de nuevo hacia delante. Cortés pero decidido, el magistrado Di se abrió paso entre las filas de funcionarios hasta situarse delante cuando el hombre llegaba a su altura; durante unos instantes, sus palabras resultaron perfectamente audibles, aunque Di dudó de que alguien más hubiera prestado atención a ellas.

—Pero mis hijos, mi esposa... —decía el hombre en tono suave, razonable y persuasivo—. ¿Qué van a hacer ahora? Tendrán que comer, que vivir... pero sólo comerán y vivirán vergüenza. Vergüenza y deshonra... Será una gran desgracia... Y mi difunta madre, y mi difunto padre... sus espíritus vagarán en la oscuridad de la ignominia eterna... No es lo que se merecen, desde luego... No, es inaceptable, totalmente inaceptable...

Los guardias obligaron a arrodillarse al reo y sus palabras se hicieron más suaves, casi un susurro. Se meció levemente, con los ojos aún cerrados. Di imaginó que en aquel momento se extinguía la última frenética esperanza de que la sentencia fuera a ser suspendida. Sin duda, el hombre notaba que la puerta se iba cerrando tras él de manera definitiva. No una mera puerta: todo un muro, de negra obsidiana, de diez mil palmos de grosor, a través del cual no llegaría jamás un sonido ni una luz. Durante los breves instantes que había tardado el prisionero en llegar trastabillando desde la verja hasta el centro del pequeño patio, Di había experimentado el peso de la muerte que ahora aplastaba al desdichado.

Los cerrojos del cepo de madera fueron abiertos y arrojados a las piedras. El verdugo y dos ayudantes liberaron al prisionero del cruel artilugio que le rodeaba el cuello y las muñecas. Di observó una zona de piel desnuda y ensangrentada en la nuca del hombre, donde la áspera madera le había arrancado el pelo. Los auxiliares le pusieron las manos a la espalda y las ataron con una gruesa soga.

El preso abrió los ojos, para sobresalto de Di, y dirigió rápidas miradas aquí y allá, inspeccionando el patio como si estuviera poseído por algún espíritu terrible e inquieto que no hubiera visto nunca aquel mundo y buscara a su alrededor, con desesperación, algo de lo que asirse.

En el instante siguiente, mientras el hombre era puesto en pie otra vez y conducido hacia la pared del fondo del patio, Di vio que el espíritu se despedía desde aquellos ojos y abandonaba el cuerpo condenado como un pescador abandona la barca que naufraga. Tras esto, los ojos del desdichado quedaron calmados, vacíos y perdidos.

—¡Decid a mis hijos que no es culpa mía! —exclamó de improviso con una voz aguda y escalofriante—. ¡Que lo sepan! ¡Decidles que ellos...!

Los alguaciles lo empujaron otra vez, haciéndolo caer con todo el peso de su cuerpo sobre ambas rodillas. Di hizo una mueca al oír el golpe del hueso contra las losas del suelo. Los ojos del preso estaban fijos ahora en el alto muro que remataba la verja. El magistrado creyó entender: sin duda, los ojos buscaban una última imagen de este mundo... y no habían podido encontrar otra visión que el siniestro remate de una pared de ladrillos. Apenas un muro gris.

—¡Decidles que se equivocan! ¡Que se equivocan... que se equivocan! —volvió a gritar el condenado.

El verdugo ató los dos extremos del garrote de cuero trenzado en torno a sus manos de modo que quedaran cuarenta centímetros de cordón entre los nudillos de ambas manos. Tensó el cordón y, cuando estuvo satisfecho de la resistencia del cuero, hizo una señal con la cabeza a los dos ayudantes, que obligaron al condenado a inclinar la cabeza hasta el suelo. El hombre apoyó una mejilla en la fría piedra como si encontrara algún consuelo en ello; los ayudantes se apartaron y dirigieron una reverencia al anciano magistrado superior que presidía el grupo de funcionarios, de rostro sombrío. El anciano extrajo una pequeña cédula de papel de un envoltorio de seda.

El ejecutor de la justicia se colocó encima del condenado, a horcajadas sobre él y sujetando sus hombros con las rodillas. Deslizó el cordón de agarrotar entre el suelo y la mejilla del jardinero y, con un movimiento brusco y violento, impulsó la cabeza hacia arriba de modo que los ojos se vieron obligados a mirar hacia el círculo gris del cielo.

—Por los crímenes cometidos contra el Hijo del Cielo y contra el reino, por los crímenes cometidos contra el prefecto de Yangchou y la provincia de Huai-nan... — El anciano magistrado superior pronunció la sentencia como si leyera el papel, aunque Di se percató de que, en realidad, no estaba mirando el documento ni había apartado la mirada del hombre que estaba a punto de morir—. Por el delito de robo, movido por la codicia, que tuvo como consecuencia la muerte brutal y prematura del

venerado y honorable ministro de Transportes...

—Crees que no puedes cometer errores —dijo el jardinero con el levísimo aliento que le permitía el cordón. Su voz era un susurro ahogado—. Las autoridades civiles... —jadeó—. El espíritu de mi madre... de mi padre...

—Hazlo callar ahora mismo, verdugo —ordenó el magistrado.

—El asesino eres tú... —consiguió articular el hombre antes de que el ejecutor diera un nuevo tirón, sofocando sus palabras.

El verdugo colocó una rodilla entre los omoplatos del prisionero, empujando la parte superior del torso contra el suelo; con un movimiento fluido, experto y concienzudo, tensó el garrote al tiempo que tiraba de la cabeza hacia atrás. Mantuvo la posición un momento; a continuación, dio un nuevo tirón de la cabeza mientras retorció el garrote todavía más. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar y Di oyó que los funcionarios en torno a él jadeaban por lo bajo. Durante un momento interminable, torturador, el verdugo mantuvo su postura espantosa sobre el agonizante con las venas y tendones de las muñecas y de los brazos en relieve, como los de una estatua de madera pintada. El ajusticiado, con el rostro cárdeno y los ojos desorbitados, abría y cerraba la boca espasmódicamente en un gesto que a Di le recordó un pez moribundo.

Una muerte horrible e insultante, pensó Di cerrando los ojos. Mucho peor que la decapitación. Tantas bobadas y prejuicios contra la profanación del cuerpo que significaba separar la cabeza del resto antes del entierro... Todo aquello no era nada comparado con el absoluto insulto para el cuerpo y para el alma de aquel método brutal. Contra su voluntad, abrió los ojos otra vez.

Las piernas del ejecutado se estiraron, muy tensas, y luego empezaron a contraerse y debatirse con violentos espasmos al ritmo agitado de la danza de la muerte, mientras los brazos luchaban involuntariamente por liberarse de la soga de seda. Cuando el verdugo tensó el cordón en un último esfuerzo, la cabeza se volvió hacia un lado. Tras esto, afortunadamente, las manos aflojaron el garrote y el cuerpo del jardinero se derrumbó por fin en el suelo. De su garganta escapó un sonido gutural. Di sabía que se trataba, simplemente, de la expulsión de *ch'i* y éter del receptáculo de los pulmones empujado a través de la sangre y los humores que vibraban como el fino parche de un tambor *weir*. No era el carraspeo de un alma enfadada por tener que abandonar el cuerpo.

Di permaneció donde estaba hasta que el magistrado superior terminó de pronunciar la sentencia de muerte y se llevaron del patio, a rastras, el cuerpo del desgraciado. Observó a los demás funcionarios, en los cuales parecía fluir de nuevo la vida y la determinación. Antes le había parecido que todos ellos notaban la rodilla del verdugo entre sus propios omoplatos y el garrote cosquilleante en su cuello; ahora, sus murmullos empezaban a relajarse y se reanudaban las conversaciones habituales,

reafirmandose en su carácter cotidiano. Sin embargo, mientras abandonaban uno tras otro el pequeño patio. Di observó que más de uno de los funcionarios levantaba la mano y se acariciaba el cuello en un gesto inconsciente al tiempo que cambiaba algún comentario reconfortantemente banal con un colega.

La mañana siguiente, antes de que se levantara el resto de la familia, Di alisó con una mano el papel que tenía ante él sobre el escritorio, al tiempo que introducía el pincel en el tintero con la otra. Escurrió el exceso de tinta de las cerdas del pincel y contempló la hoja immaculada.

Su abuelo había llevado un diario durante casi toda su vida, dejando un registro detallado y formidable, tan voluminoso que, al morir el viejo, habían sido precisos dos criados fuertes para trasladarlo desde la casa del abuelo a la del padre.

Di suspiró. En anteriores ocasiones ya había intentado emular a su abuelo poniendo por escrito sus pensamientos en los momentos de apuro. En el pasado ya había afrontado muchas situaciones problemáticas, pero ninguna tan dolorosa y complicada como la que ahora se le planteaba. En realidad, Di no estaba demasiado convencido de lo que siempre repetía su abuelo respecto a que expresar por escrito con detalle las propias opiniones ayudaba a aclarar las ideas, pero en aquellos momentos se sentía especialmente abatido e impotente. Llevaba menos de una semana en la ciudad de Yangchou, a orillas del Gran Canal, desde su traslado de Pienchou y ya se sentía abrumado por un gran peso y perturbado por la incertidumbre. Tenía que hacer algo.

Escrito en el diario de Di Jen-chieh, en la hora de la Liebre, el quinto día del décimo mes del segundo año de la era de Yung Hui —de la Excelencia Perpetua— de nuestro divino soberano, el emperador Kaotsung, Hijo del Cielo:

Esta mañana he despertado con una sensación de abatimiento e inutilidad. Hoy es el día después de la ejecución de un pobre jardinero que había servido en la hacienda del ministro de Transportes de Yangchou como comerciante asalariado. En las semanas previas a mi llegada, el apreciado ministro había sido asesinado y, aunque las circunstancias que rodeaban el suceso estaban lejos de resultar claras, el jardinero fue sometido a un juicio sumario. Ayer, en el decimocuarto día desde la reunión anual de la Asamblea de Otoño ante el órgano judicial supremo de la capital, ese hombre, padre de seis criaturas, fue ejecutado mediante estrangulamiento. A decir verdad, dudo mucho de que en la siguiente reunión de ese nobilísimo e ilustrísimo colegio de juristas se hubiera considerado merecedor de revisión un caso en el que el

reo era de tan humilde posición. En cualquier caso, el destino del pobre jardinero no salió en ningún momento de las manos del tribunal de Yangchou. Las tragedias de los pobres siempre se deslizan inadvertidas entre unos engranajes excesivamente grandes.

No puedo apartar de mis pensamientos la cara del jardinero. ¿Qué vi en ella? Aunque doy vueltas en torno a la verdad en un intento desesperado de evitarla, sé con opresiva certeza qué expresaba su rostro: la sensación de haber sido traicionado por completo. La mueca no podía ser fingida. Al menos, no era de esperar que lo fuera en esos momentos previos a la muerte, cuando sólo prevalece la verdad. ¿Pero quién, o qué, puede haber traicionado al jardinero inocente? La respuesta es demasiado terrible de admitir: el mundo. La propia vida.

Me consuela un poco el hecho de que el viejo juez Lu esté cerca del retiro. De no ser por eso, elevaría al trono una petición de traslado.

La actitud del viejo constituye una torpeza peligrosa y desconsiderada; con su manejo apresurado y negligente de cuestiones vitales, mantiene un dominio injustificado sobre las vidas de los hombres. No quiero tener nada más que ver con el viejo magistrado Lu y el espanto de la ejecución de ayer. Pero...

Pero había algo en él que me decía que el anciano Lu no siempre se había comportado de aquella manera. Desde mi primer día como ayudante en la oficina del juez, me había percatado de que éste, en otro tiempo, había sido un funcionario muy concienzudo. He echado un vistazo al registro de sus casos y pude confirmar en cierta medida esa impresión. No obstante, es evidente que el tiempo lo ha maleado. El tiempo y ciertas tentaciones de la vida que se vuelven irresistibles cuando nos damos cuenta de que nos queda tan poco de ella. Muchos dicen que nos volvemos más sabios con la edad. Tal vez sí, pero uno también puede sentirse cansado, y la corrupción y el soborno llegan a convertirse en un almohadón mullido bajo los huesos artríticos de un anciano sin apenas carnes.

Además, queda un hecho simple y evidente que sin duda explica en parte, por lo menos, la rapidez y la torpeza del juicio: alguien tenía que morir por el asesinato del ministro de Transportes. De lo contrario, el caso más importante y más comentado del anciano magistrado Lu en sus últimos días de actuación en el cargo quedaría por resolver. «Enterrad el muerto antes de que huela», dice el viejo adagio. En este asunto hay algo que huele muy mal y, aunque quisiera, no podría apartarlo de mi cabeza.

Me siento obligado a asegurarme de que mi intuición acerca de los dientes del jardinero es acertada. Y lo único que puedo hacer para ello,

aunque me disguste tener que causarle más aflicción, es ir a visitar a la viuda.

Di apartó el recado de escribir y se sintió abrumado por una sensación de fracaso muy directa. Le dolían el cuello y los hombros. Aquella mañana, la rigidez era peor de lo habitual; encogió los hombros, volvió la cabeza a un lado y a otro y escuchó la desagradable crepitación de los huesecillos de la nuca. Pensó por un instante en el cuello del jardinero y apartó enseguida el recuerdo de su mente.

Di reflexionó sobre sí mismo. No sólo había fracasado en el mundo exterior, más allá de las puertas de su casa, sino también dentro de ella. No había dado la talla en sus obligaciones como padre, como maestro y, sobre todo, como modelo de disciplina moral para sus hijos. Esto último era sin duda lo peor, pues Di consideró que, de haber tenido éxito como padre y maestro previamente, el tercer problema no habría aparecido en absoluto. Sin embargo, las cosas habían alcanzado tal grado de descomposición, al parecer, que Di no tenía más que abandonar la casa, como había hecho con las primeras luces la mañana de la ejecución, para que todo se sumiera en el caos. Fue Confucio quien dijo que «si el amo es recto, todo seguirá su curso en orden aunque él no esté presente para dirigirlo. Pero si el amo no es probo, de nada sirve que dé órdenes, pues no serán cumplidas».

¿Dónde le colocaba a él, con su hacienda en desorden y sus hijos revoltosos, aquella escogida muestra de enseñanza moral? El magistrado que es incapaz de poner orden en su propia casa no debería atreverse ni siquiera a aparecer en público. De hecho, tal magistrado difícilmente puede convencerse de que en los salones del gobierno hay lugar para él, o de que pueda constituir un ejemplo cívico para nadie. Sus hijos no sentían el menor respeto por el ejemplo que Di creía haberles proporcionado tan claramente. En su ausencia, ninguno de los chiquillos mostraba un ápice de refinamiento y urbanidad; al contrario, se convertían en auténticos demonios salidos del infierno.

Balanceó las piernas en el borde del diván de día. Estaba hambriento. Tendría que ocuparse de los dos muchachos, pero no lo haría hasta haber tomado un té con pastas y fruta. Los pequeños detestaban la fruta.

Los criados sirvieron a Di un té de naranja y rosas, ligeramente sazonado, y pastelillos de sésamo y fruta en el pabellón del jardín. Se movían en torno a su joven amo con paso silencioso y sin el menor asomo de sus alegres bromas habituales. Cuando depositaron la bandeja en la mesa, tuvieron especial cuidado en no hacer ruido con los platos y cuencos. Di observó sus rostros, que evitaban su mirada, y se preguntó si tan evidente resultaba su estado de ánimo melancólico. ¿Qué les rondaba por la cabeza? ¿Que iba a ver a sus hijos ejecutados por sus transgresiones?

Cuando los criados hubieron recogido todos los platos menos el cuenco de la fruta

y se disponían a abandonar el pabellón, Di retiró el taburete de la mesa y se puso en pie.

—Ahora, traedme a mis pequeños problemas —dijo con tono fatigado. El segundo criado se volvió e hizo una reverencia, acusando recibo de la orden—. Dos momentos de placer... ¡y ved las consecuencias! —murmuró mientras movía la cabeza. El primer criado respondió, incómodo, con una media sonrisa; después, se inclinó ligeramente y salió a toda prisa para alcanzar al otro.

Di empujó el frutero hacia los chiquillos plantados de pie al otro extremo de la mesa. Ninguno de los dos mostró el más ligero interés por lo que les ofrecía su padre.

He aquí a mis hijos, pensó éste. El mayor se niega en redondo a mirarme y mantiene los ojos clavados en el suelo mientras abre y cierra los puños con gesto malhumorado. El menor, agarrado al codo de su hermano, se limita a mirar fijamente a su padre.

¿De dónde habían sacado aquella terquedad inflexible? De su familia paterna, no. Tampoco era herencia suya la habilidad para eludir responsabilidades. El mayor, con apenas nueve años, tenía una capacidad asombrosa para disimular, y fingía con tan retorcido ingenio que hasta su hermano pequeño, de sólo seis, que acababa de conspirar y perpetrar cualquier trastada con él, terminaba convencido de la inocencia de ambos. El mayor era un ejemplo de astucia, mientras que el pequeño era un tratado de lealtad inquebrantable, un chiquillo con una única función y un único deseo, un ser total y absolutamente dedicado a complacer a su hermano.

El día anterior, al regresar a casa a última hora de la tarde, Di había conocido de boca de su segunda esposa, casi histérica, en qué consistía la última diablura de los chicos: una gamberrada indecible en la que habían introducido un cerdo incontinente en una de las alcobas, la misma mañana de la ejecución.

Cuando el padre y sus dos hijos estuvieron frente a frente, Di se encontró en franca desventaja pues tenía que protegerse los ojos del sol para poder mantener la mirada en los niños. Decidió moverse para evitar que la luz lo deslumbrara y, cuando lo hizo, ellos se movieron también, manteniendo la distancia que los separaba de su padre. La mirada sostenida y penetrante de Di no produjo el menor efecto; el mayor, que permanecía cabizbajo, puso a prueba a su padre con una breve mirada insolente. Sólo la mantuvo un instante, pero bastó para que Di apreciara que no había en ella el menor rastro de remordimiento redentor. Mientras tanto, el pequeño mantuvo la suya fija, sin un pestañeo siquiera. Sus facciones menudas permanecieron perfectamente impasibles e impávidas; Di tuvo la certeza de que si no se decidía a romper el silencio, los tres podrían quedarse trabados en aquel triángulo testarudo hasta que la clepsidra marcara el cuarto de la caída de la tarde.

—Joven Yung —dijo, pues, al tiempo que avanzaba hacia el extremo de la mesa tras el cual estaban los pequeños. Esta vez, los chiquillos no se movieron—. Estoy

hablando contigo. Mirarás a tu padre cuando te dirija la palabra. —Colocó el índice bajo la barbilla de su hijo mayor y levantó lentamente su cabeza—. Mirarás a tu padre cuando te dirija la palabra —repitió. Los ojos del hijo mayor miraban ahora directamente a los de su padre—. Tú eres el instigador de los problemas cuando estoy fuera, cumpliendo con mis obligaciones en la ciudad. Tengo razón, ¿verdad? —Qué débil y pomposa sonaba la pregunta—. ¿Qué es lo que dice Confucio? «Que no haya maldad en vuestros pensamientos». Algún día, tú servirás al gobierno igual que yo. ¿Pero cómo, muchacho?

El chiquillo entornó los párpados como si fueran las puertas de una fortificación que se aprestara a un largo asedio; dejó abierta sólo una fina rendija. Di tiró con más firmeza de la menuda barbilla, percibió la delicadeza del hueso contra sus dedos y detectó una leve pero manifiesta resistencia.

—«Quienes en la vida privada se comportan mal con sus padres y sus mayores, en la vida pública muestran una clara disposición a resistirse a la autoridad de sus superiores... Y si tales hombre inician una revolución en la...». —Dejó la cita sin terminar. Había cometido un error. Alcanzó a observar una leve vibración en la comisura de los labios de su hijo mayor. ¡El niño trataba de reprimir una risilla!

A su lado, el menor soltó una risotada. Di retiró los dedos de la barbilla del mayor, pero éste mantuvo la cabeza en la misma posición forzada hacia arriba, en un acto de puro desafío. Lo que me gustaría, pensó el padre, es marcharme sin más y dejar a este par de cachorros inútiles aquí plantados. Pero es un lujo que no me está permitido.

Di posó las manos en la mesa que tenía delante y pareció examinar sus dedos extendidos y separados. Con un suspiro, volvió la atención al más joven.

—Recordad... el Maestro dijo: «La buena cuna no es un instrumento que ha de utilizar alguien de *extracción inferior*». —Se inclinó hacia delante hasta apoyar todo su peso sobre la mesa—. ¿Alguno de los dos entiende a qué me refiero?

Aguardó una respuesta. De repente, notó que algo se desmoronaba. Había llegado al final.

—¡Responded! —exigió con ferocidad, dando una enérgica palmada sobre la mesa. Di se sorprendió de su propia vehemencia, pero tuvo la satisfacción de ver que los chiquillos daban sendos respingos.

—No lo sé, padre —dijo por fin el mayor, apenas en un susurro, al tiempo que en sus ojos asomaba por fin un destello de consternación.

—¿«No lo sé, padre»? —le remedó Di, aprovechando la ventaja de llevar la voz cantante—. ¿Qué clase de respuesta es ésa?

El chiquillo mostraba ahora unos ojos muy abiertos y suplicantes, como si buscaran la respuesta.

—Lo primero es la sinceridad. —Di hizo una pausa para darle tiempo a

reflexionar sobre ello. Después, continuó calmosamente—: ¿Quién es el responsable del estropicio de esa alcoba del ala oeste?

Se produjo un largo silencio durante el cual los pequeños intercambiaron varias miradas, alternadas con momentos en los que bajaban la vista al suelo. Por último, el mayor aventuró una réplica:

—No fuimos nosotros quienes ensuciamos la alcoba —declaró con una vocecilla valerosa.

—¿Quién lo hizo, entonces? —Di enarcó las cejas.

—¡El cerdo!

Más tarde, cuando hubo despedido a sus hijos con una severa advertencia y una «sentencia» —durante una semana, recibirían órdenes del mayordomo y colaborarían en los trabajos domésticos propios de los criados—, la mano aún le escocía ligeramente debido a la fuerza con que la había descargado sobre la mesa. ¿De dónde había salido aquella energía? Se miró la palma de la mano; no estaba seguro, pero tenía la poderosa sensación de que si el encuentro con sus hijos hubiera tenido lugar antes de la ejecución y no al día siguiente, las cosas habrían sido muy diferentes. Probablemente, se dijo con disgusto, todavía estaría en el pabellón, balbuceando trivialidades ante sus caritas burlonas.

No obstante, idéntico disgusto le producía lo que había hecho. ¿Era así cómo iba a tratar en adelante a sus revoltosos retoños? ¿A base de gritos y de golpes en los muebles?

La vida de Yangchou se desarrollaba en el agua. Situada en la confluencia del Gran Canal y el Yangtse-Kiang, al final del largo viaje del gran río de 9500 *li*^[2] a través de China, las incontables vías fluviales que se entrecruzaban en la ciudad facilitaban el comercio entre el río, el canal y el océano. Para Di, los olores y el bullicio del tráfico fluvial, del comercio que se desarrollaba y de la multitud estruendosa eran un absoluto deleite después de vivir en Pienchou, una ciudad seca y amodorrada en comparación, donde él y su familia habían residido durante los diez años anteriores. Cuando se presentó una oportunidad de traslado, Di la aceptó sin vacilar, pero sólo después de haber visto y olido Yangchou se había dado verdadera cuenta de lo hartó que estaba de su anterior destino.

Como joven magistrado auxiliar, a sus treinta y pocos años, Di tenía a su cargo la resolución de los casos civiles menores, aquellos que no tenían suficiente entidad como para merecer la atención de su superior. La investigación de los detalles y de los antecedentes de algunos de esos casos —inspecciones de listas del censo, de registros de impuestos y demás, o esporádicas visitas a las casas de los afectados— proporcionaba a Di frecuentes excusas para dejar sus despachos y deambular por las calles de la ciudad. La mayoría de los magistrados, perezosos y pegados a sus sillas, enviaba a sus ayudantes jóvenes a tales misiones. Di era la excepción: le gustaba

acudir personalmente, hablar con la gente e indagar.

En esta ocasión no lo hacía estrictamente por un asunto oficial. No le incumbía a él indagar en un caso cerrado. Reabrirlo, saltarse a su superior, exigiría una solicitud y un proceso largo y complicado, pero nada le impedía actuar por su cuenta para su propia satisfacción. Si más adelante tenía que reabrir el caso, pensó con aire sombrío mientras cruzaba un puente sobre un canal de aguas perezosas, llenas de desperdicios, ya se preocuparía entonces de cuáles eran los procedimientos adecuados.

A medida que descendía hacia los barrios depauperados del oeste de la ciudad, los canales y callejas se hacían cada vez más estrechos y sucios, y los olores eran menos familiares. Probablemente, se dijo Di, el jardinero habría añorado aquellas callejuelas mientras aguardaba en su celda el momento de la ejecución.

Cuando encontró la casa de la viuda y se presentó, la mujer le lanzó una mirada de odio mal contenido. Pero ¿que reacción podía esperarse ante cualquier uniforme oficial después de la pérdida que le había infligido el sistema judicial? Aunque deseaba ardientemente hacerlo, Di se abstuvo de revelarle el verdadero propósito de la visita.

Y así, plantado con humildad ante el dolor y la cólera de la mujer, recibéndolos de lleno como si estuviera ante una ventana abierta y dejara que le azotase el viento invernal, Di preguntó a la viuda acerca de los dientes de su marido. Al oírle, la mujer lo miró con desconcierto, preguntándose sin duda qué nuevo ultraje iba a caer sobre ella... ¿Un impuesto, quizá, calculado sobre la base del número de dientes que el cabeza de familia se había llevado consigo al abandonar este mundo por la fuerza? Después, el doloroso recuerdo se adueñó de ella y el desconcierto dio paso a un nuevo acceso de pesadumbre.

—Le dolían tanto... —dijo entre sollozos, moviendo la cabeza—. Todos los días. ¡Ah, el pobre...! —Levantó los ojos hacia Di y las lágrimas rebosaron de ellos—. Le preparaba la comida como si fuera un niño pequeño. La trituraba para que estuviera blanda y la pudiera comer. A veces —añadió en voz baja, contrayendo el rostro— incluso la masticaba por él.

Tras esto, la pobre viuda se encerró en el llanto. Di le dio las gracias, aunque no estuvo seguro de que le hubiese oído, y se despidió. No deseaba seguir entrometiéndose en su dolor. Ahora estaba lleno de determinación y de impaciencia. Con la visión del rostro de la viuda contraído por el dolor muy presente, cubrió la distancia que le separaba de la sede judicial casi tan deprisa como si lo hubiera hecho en carruaje.

No tuvo muchos problemas para poder echar un vistazo a las actas del juicio. En su calidad de magistrado ayudante, uno de los cuatro al servicio del anciano juez Lu, su petición de examinar los archivos de tribunales no era del todo irregular, pero, al ser un recién llegado y carecer de una orden del propio magistrado superior, tuvo que

abrirse camino a través de escribientes y ayudantes de escribiente con muy diversos grados de deferencia. Cuando, por fin, dio con el funcionario encargado de las transcripciones que andaba buscando y le hizo la petición, el individuo le dirigió una mirada agria pero le condujo al archivo de actas, tres tramos de escalera más arriba, en los cuales se cruzaron con decenas de escribientes, funcionarios y auxiliares judiciales. El individuo abrió la puerta y se hizo a un lado al tiempo que dedicaba a Di una mirada con la que decía que le consideraba un extraño en sus dominios. Preocupado por conseguir la colaboración y la discreción del hombre, Di le agradeció profusamente su ayuda, induciéndolo a creer que poseía algún tipo de autoridad que infundía el debido respeto en el bisoño magistrado. Esto ablandó bastante al funcionario; al final, Di se encontró cómodamente sentado ante una mesa de lectura mientras el individuo se ocupaba de localizar los documentos y de colocarlos ante el magistrado. Di aceptó el ofrecimiento de un cuenco de té caliente y empezó a trabajar.

Tomó nota de los detalles destacados. El ministro de Transportes había muerto en su despacho, golpeado por detrás mientras tomaba su habitual refrigerio de media tarde, un té con pastelillos. Encontraron el cadáver en el suelo, boca arriba, con migas de los pastelillos esparcidas sobre el cuerpo y la alfombra. En el juicio se había pintado una gráfica imagen verbal del asesino que, insensible, daba la vuelta a su víctima con el pie y se colocaba luego encima de ella mientras devoraba los pastelillos y dejaba caer las migajas sobre el difunto en una muestra final de desconsideración.

¿Era posible que un hombre al que le dolían tanto los dientes que hasta se le notaba al hablar, cuya esposa masticaba la comida por él para que pudiera alimentarse, se dedicara a mordisquear un pastelillo cubierto de miel? Sólo alguien que hubiera experimentado aquel dolor —como él mismo, se dijo Di, que en cierta ocasión había llegado a pensar en cortarse la cabeza para acabar con la tortura— podía responder a la pregunta sin vacilaciones: rotundamente, no. Un hombre en tales circunstancias no probaría un pastelillo de aquellos. Sólo podría hacerlo si alguien lo amenazara con un puñal a la altura del corazón. Estaba claro que, si era cierto que el asesino se había colocado encima de su víctima a comerse la pasta, no podía tratarse del pobre jardinero que había pagado con su vida la muerte del ministro. La cuestión era, pues, si la premisa de un asesino voraz que había dado cuenta de la comida de su víctima resultaba o no acertada.

Pensó en las migajas. Todas aquellas suposiciones se habían basado únicamente en la presencia de aquellas migajas. Las había en torno al cuerpo y en la parte delantera de su ropa. La imagen del asesino devorando el refrigerio de su víctima recién terminada su vil acción resultaba irresistible, desde luego, y había gozado de la credulidad, incondicional y predispuesta, de todos los presentes en la sala del

tribunal. El mismo, de no haber experimentado personalmente el sufrimiento en su boca, habría estado tentado de creerlo. El hecho se había considerado irrefutable —y las evidencias eran por cierto concluyentes—, pero Di sabía que el factor decisivo había sido, en último término, el deseo de la gente de creerlo. Así actuaba el imaginativo apetito humano de romanticismo morboso, reflexionó.

Si el cuerpo hubiera estado boca abajo y las migajas hubieran aparecido sobre su espalda, el asunto no habría ofrecido dudas; por muy descuidado que fuera el hombre, era imposible que se las hubiera echado él mismo. En cambio, era perfectamente posible que le cayeran sobre el pecho y por el suelo a su alrededor. Por lo tanto, si Di quería determinar la inocencia del jardinero ejecutado, tendría que demostrar positivamente que las migajas habían caído de los labios toscos de un asesino y no eran restos desperdigados por el desaliño de la propia víctima. Y sabía lo que tendría que hacer si quería convencerse él mismo, más allá de toda duda, de la inocencia del jardinero. Dio las gracias al funcionario y abandonó las dependencias judiciales tras avisar a dos de sus ayudantes de que no tardaría en volver.

Cuando Di llegó de nuevo a su despacho, llevaba dos paquetes. Uno despedía un aroma fragante y contenía pastelillos de la misma tienda que había servido al ministro de Transportes. Los pastelillos eran idénticos a los que el funcionario asesinado se había hecho llevar la tarde de su muerte. El otro paquete contenía un objeto bastante macabro: la túnica que llevaba el ministro en el momento de morir. Di no podía creer la suerte que había tenido al conseguirla. Se había detenido en la funeraria a la que llevaron el cuerpo para amortajarlo antes de ser devuelto a la familia. Le había preguntado al encargado si la prenda aún estaba en el recinto, convencido de que respondería que no, y se había sentido exultante de satisfacción cuando el hombre apareció momentos después y la depositó en sus manos. Era una túnica de uniforme que habían quitado al cuerpo y guardado en un cajón a la espera de que la reclamara la familia, pero habían transcurrido las semanas sin que ésta lo hiciera y allí seguía. Di entregó unas monedas al hombre y le dio las gracias efusivamente.

Ya en el despacho, abrió el paquete, sacó la túnica y la sacudió y cepilló con cuidado para quitarle cualquier mota de polvo. Luego se vistió con ella tratando de hacer caso omiso del desagradable pensamiento de estar colando los brazos por unas mangas que hacía poco ocupaban los brazos de un muerto. Requirió la ayuda de uno de sus jóvenes asistentes para situar el mobiliario del despacho exactamente como estaba en el del ministro asesinado; después, tomó asiento de espaldas a la puerta, con los pastelillos y el té sobre el escritorio, junto a su codo, y fingió ser un burócrata de alto nivel de edad mediana que disfrutaba de su colación de media tarde tras un día de labor diligente, con la cabeza llena de cifras y estadísticas.

Mordió el pastelillo con reservas. El diente que tantos sufrimientos le había causado había sido arrancado de su pobre boca hacía más de un año, pero quien ha

experimentado el dolor mantiene sus hábitos protectores mucho después de que hayan perdido su utilidad. Con gran cautela, pues, mordió la pasta, pero pronto descubrió que el barbero había hecho bien su trabajo. No notó dolor alguno y, por tanto, pudo relajarse de nuevo en su papel de ministro de Transportes y dio cuenta del pastelillo con la misma despreocupación con que lo había hecho, sin duda, su antecesor. Estaba delicioso y no tardó en descubrirse alargando la mano para coger otro. Tomó un sorbo de té caliente y bajó la vista: las migajas habían descendido por su pecho hasta el regazo, adhiriéndose al brocado de la túnica. Se relajó aún más y se dedicó a comer con el mismo descuido que cualquiera de sus hijos dedicado a saquear la cocina de la casa. Las migas cayeron en abundancia, como una suave nevada sobre un valle. Di miró el suelo. No descubrió en él ninguna migaja. Estas preferían, al parecer, el brocado de la túnica, del cual colgaban sujetas al bordado de hilos de metal.

—Ahora —indicó Di a su joven ayudante— ten la amabilidad de darme un golpe mortal.

Con gesto obediente, el «asesino» levantó el arma —una porra improvisada con un rollo de papel— y descargó un golpe inocuo en la parte posterior del cráneo de Di.

El magistrado cayó hacia delante, posando primero las rodillas y derrumbándose a continuación en el suelo, boca abajo y con brazos y piernas abiertos. El «asesino» se acercó entonces hasta donde estaba, le dio media vuelta con el pie y lo miró a la cara para cerciorarse de que estaba muerto. Despacio, Di levantó la cabeza y examinó el suelo a ambos lados de su cuerpo; después, inspeccionó la túnica: las migajas, muy húmedas debido a la frescura de los pastelillos y a su calidad, aparecían aplastadas contra la delantera de la túnica, adheridas a ella. No se habían esparcido por el suelo a su alrededor. El asesino, con una sonrisilla complacida en los labios, se colocó entonces encima del cuerpo con un pie a cada lado, cogió el pastelillo que quedaba en la fuente y, sobre su víctima, de pie pero ligeramente ladeado, en la posición más natural en él, se lo comió. Las migajas cayeron en una suave lluvia hasta posarse en la cara de Di y en el suelo.

Di quedó satisfecho, pero apenado: como temía, no podía haber sido el jardinero quien había matado al ministro de Transportes. Era consciente de que sus descubrimientos no serían acogidos con gratitud o con entusiasmo.

Lo que se había presentado ante el tribunal como la prueba condenatoria definitiva no significaba nada. En la casa del hombre ejecutado se habían encontrado algunos objetos de valor pertenecientes a la víctima: unas tallas de marfil y unos jarrones de porcelana, pequeños pero de buena calidad. El acusado había declarado al tribunal que los había encontrado mientras cavaba una zanja en el jardín que rodeaba el edificio. Naturalmente, la explicación se había considerado falsa, aunque Di había observado que era perfectamente posible, incluso probable, que el prisionero

estuviera diciendo la verdad. Cualquiera podía haber sustraído aquellos objetos del despacho del ministro sin que éste reparara en su ausencia, para enterrarlos luego en un bancal de flores en la seguridad de que el jardinero los encontraría y se los llevaría a casa. Más tarde, cuando se produjera el asesinato, las piezas robadas serían descubiertas en posesión del hombre y éste sería acusado.

¿Por qué será, se preguntó Di mientras deshacía los lazos de la túnica del ministro de Transportes, que se considera a un hombre más capaz de cometer un asesinato si es un individuo común y corriente, un peón ignorante y tosco que se gana la vida trabajando con sus manos? ¿Por qué se adjudica tan alegremente la culpabilidad a quien lleva tierra bajo las uñas? ¿Cuál es el origen de nuestra suspicacia y de nuestro secreto desprecio? Interesantes preguntas, pero accesorias frente al asunto central, que era la identidad del verdadero asesino. Di aún no tenía ninguna teoría definida, ninguna hipótesis, por remota que fuera. Por lo tanto, sabía que debería empezar por conocer mejor al otro desdichado difunto de aquel drama, el anterior propietario de la túnica que en aquel momento colgaba de sus hombros. Levantó el faldón de la prenda, lo examinó un momento y luego lo cepilló enérgicamente con la mano y observó la danza de las migajas sobre la alfombra.

Ataviado con las ropas de un comerciante acomodado, el magistrado ayudante avanzó por la transitada avenida que seguía uno de los canales más amplios y concurridos de la ciudad. Era media tarde y el tráfico en las aguas era muy denso; las barcas, proa con popa y borda con borda, hundían sus cascos en las aguas oscuras y aceitosas bajo el peso de los cargamentos: teca, afrodisíacos, hierro, sal, cereales, fruta, seda, tejidos, té, bambú, ladrillos, troncos de fina caoba, laca, ginseng y especias.

Se abrió paso con cuidado entre la bulliciosa multitud de peatones que recorría las explanadas del barrio oriental entre las esclusas.

Aquí y allá, grupos de gente se habían detenido a lo largo de las orillas del canal, obstruyendo el paso, para gritar indicaciones y sugerencias a las barcas. Di observó sus gestos desaforados de advertencia y escuchó sus opiniones vehementes, que nadie les había pedido. A bordo de las embarcaciones sobrecargadas, las apuradas tripulaciones se gritaban de cubierta a cubierta y maniobraban con las pértigas en un vano esfuerzo por evitar colisiones. Di sabía que los que gritaban instrucciones desde la seguridad de la orilla esperaban un poco de entretenimiento, un desastre menor, tal vez un percance de alguna de aquellas barcas cargadas hasta los topes. Siempre resultaba emocionante contemplar la confusión que se organizaba cuando los cascos de madera se embestían, de modo que algún pesado cargamento se deslizara de la malla que lo sujetaba para caer a las sucias aguas mientras los marineros de las barcas soltaban maldiciones y gritaban amenazas al cielo.

Aquello, la sofocante realidad comercial de Yangchou con su red de vías

acuáticas conectadas, constituía ahora el nuevo mundo de Di. Diez mil *li* en comercio entraban y salían de la gran ciudad, rebotante de corrupción y abierta a todas las posibilidades existentes bajo el cielo.

En el canal se avecinaba una pelea. Dos barcazas mantenían una pugna por el derecho de paso, que se negaban a ceder a la otra. Las voces se alzaban amenazadoramente mientras una oleada de excitación recorría la multitud agolpada en las orillas. Respaldados por sus tripulaciones, los capitanes de las barcazas se miraban con furia, agitando los brazos en grandes gestos intimidadores e intercambiando insultos. Los espectadores se empujaban y forcejeaban para conseguir una buena posición y luego escogían un bando como si conocieran a los dos contendientes y hubieran apostado una buena cantidad al resultado del enfrentamiento. Di continuó deprisa su marcha, dando gracias por llevar guardado en la manga y no colocado en la cabeza el birrete que identificaba su cargo, cuya visión habría impulsado sin duda a alguien de la multitud a gritar: «¡Magistrado, magistrado!», obligándole a mediar en la disputa.

Lo que se disponía a hacer aquella tarde no era en realidad contrario a la ética. No había ninguna razón en concreto para que los funcionarios del Ministerio de Transportes, que era adonde se dirigía, no le permitieran examinar los registros o, sencillamente, echar un vistazo. No llevaba las ropas de comerciante ni se movía de incógnito entre la multitud a aquella hora cercana al crepúsculo porque en su actuación hubiera el más leve asomo de ilegalidad; era más bien su intuición la que le decía que era mejor pasar inadvertido. Para empezar, el viejo juez no tenía por qué saber que alguien de su despacho estaba investigando un caso cerrado de asesinato y, por otra parte, el ministro de Transportes había llevado, sin duda, una vida complicada. Cómo no iba a llevarla, se preguntó Di mientras contemplaba el agitado bullicio de actividad comercial que se desarrollaba a su alrededor y que había constituido el dominio del ministro asesinado. ¿Resultaba creíble que un hombre como él muriese por unos cuantos objetos robados? No, reflexionó Di; quien le hubiera quitado la vida, sin duda estaría vigilando todavía. Nada conseguiría atrayendo la atención sobre él. Una sensación de aventura, placentera y desagradable a partes iguales, recorrió su espinazo como un escalofrío al tiempo que penetraba en el aire más fresco y más oscuro del callejón que lo conduciría a la entrada posterior del Ministerio de Transportes, que a aquella hora estaría desierta.

El corazón le latía con fuerza contra las costillas y Di sólo pudo atribuir aquella nueva excitación a una repentina e inesperada sensación de libertad. ¿Qué era aquello? Olía sospechosamente a exuberancia. Ni siquiera el recuerdo de la muerte del pobre jardinero podía apagar la sensación. Por fin, la identificó: era la libertad para investigar la verdad lo que aceleraba la vida del corazón dentro de su pecho. No fui de gran ayuda cuando aún vivías, mi pobre amigo, dijo al malogrado jardinero,

pero quizá pueda ayudarte después de muerto. Tal vez pueda redimir tu buen nombre y el de tu familia y restituir el honor a tus antepasados.

Dobló la esquina y entró en un callejón aún más estrecho y mugriento. Una mujer salió de un portal en persecución de un gallo agresivo y lo agarró entre un revuelo de plumas.

Aquella zona de la ciudad, delimitada por las bocas meridionales de los canales y las esclusas, era un laberinto de callejuelas y pequeñas plazas adoquinadas. No era el mejor barrio para deambular solo y de noche, se dijo Di, aunque las sombras de las paredes altas y estrechas que se alzaban en torno a él indicaban que eso era lo que tendría que hacer, con toda probabilidad, cuando terminara lo que le había llevado hasta allí. Sólo quedaba un bloque de casas para llegar a su destino.

Previamente, había enviado un mensaje al guardián para que acudiera a franquearle el paso por la puerta de atrás. También había indicado al guardián que no esperara verlo llegar con las ropas de magistrado. Reflexionando sobre aquel subterfugio, se preguntó por un instante si era necesario siquiera el disfraz de mercader. ¿Quién sabía qué clase de complejas relaciones había cultivado el ministro de Transportes? Quizá la visión de un funcionario tocado con el gorro de la magistratura era un hecho habitual en aquel lugar.

Cruzó una pequeña plaza y tiró del cordel de la campanilla, que desaparecía por un agujero de la pared contigua al recio portalón de madera. Tirar del silencioso cordel y notar su resistencia, lo cual indicaba que en algún lugar del corazón del edificio, demasiado lejos para captar el sonido, tintineaba la campanilla con el golpeteo del badajo, le produjo una sensación extraña.

Esperó, haciendo un esfuerzo por tranquilizar sus pensamientos, que saltaban en su mente como pulgas.

Era la hora del Perro y Di estaba sentado a solas en el despacho del difunto ministro de Transportes en el piso alto del edificio, con los codos sobre el escritorio de palisandro del malogrado funcionario. ¿Quién había sido el hombre que había ocupado aquel asiento durante tantos años?

Se acercaba el crepúsculo. Di permaneció inmóvil, hipnotizado por las siluetas confusas de las exóticas esculturas que adornaban la estancia. De vez en cuando, llegaba a sus oídos algún ruido procedente de las calles cercanas. Se levantó y se asomó un instante a la ventana para observar la plazuela desierta a sus pies. Después, cerró los postigos y procedió a encender varias de las lámparas del ministro. Entre la compleja danza de las sombras, examinó las tallas de madera votivas que llenaban la parte alta de las paredes: cuerpos que se abrazaban en sensuales contorsiones, miembros viriles erectos, vulvas abiertas y receptivas, pechos henchidos y firmes en el paroxismo de la excitación sexual... Cogió una lámpara y la sostuvo por encima de la cabeza para examinar con más detalle las piezas; todas estaban realizadas en una

madera vieja, seca, cuarteada y de color terroso que Di relacionó enseguida con remotos y antiguos lugares de culto. Apoyada contra la pared más próxima a la puerta había una gran rueda de madera con ocho radios, resquebrajada en varios puntos, llena de extrañas inscripciones. Desplazó la lámpara para poder investigar la parte de atrás de la rueda y observó que la madera estaba astillada, como si hubieran arrancado la rueda de su sitio.

La única explicación era que aquellos objetos sagrados habían sido robados de las paredes de los templos, algunos de ellos a toda prisa y por la fuerza. Sin duda, los monjes y sacerdotes encargados de su custodia no los habrían entregado por las buenas. ¿O acaso había modo de sobornar a tales gentes? Di reflexionó sobre ello. Por supuesto, incluso entre los devotos podía haber quien se dejara tentar por la natural codicia humana. Fuera cual fuese su origen, las piezas del despacho del ministro eran un claro indicio, para Di, de alguna forma de comercio ilícito. No obstante, admitió, sus sospechas no pasaban de meras suposiciones. Aun así...

Desplazó la lámpara para examinar las piezas colocadas sobre una mesa en el centro de la estancia y sobre unos pedestales repartidos aquí y allá. Éstas fueron las que más le interesaron. Cogió una y la estudió. Sabía de qué se trataba, pues ya había visto otros objetos parecidos, aunque, desde luego, nunca tantos en un mismo lugar: era un *lingam*, un falo de piedra tallada de origen indio. Un símbolo poderoso de la fuerza vital divina. Dejó la lámpara a un lado, cogió otro de aquellos objetos y lo comparó con el primero. Este, que sostenía en la diestra, era mucho más tosco que el otro y su forma sólo sugería lo representado; el de la izquierda, que acababa de coger, en cambio, era desagradablemente realista hasta en el detalle de las venas talladas en marcado relieve a lo largo del fuste erecto. Di lo devolvió a su sitio rápidamente con un estremecimiento de desagrado. Decidió llevarse el otro. Mientras lo guardaba en el macuto, se sintió como un ladrón. Sólo estaba confiscando una prueba material, se reconvino con severidad. Cogió la lámpara de nuevo y volvió la atención al resto de iconos que el ministro había distribuido por la estancia con tanto amor. Mientras lo hacía, se preguntó cómo había podido el hombre concentrarse en su trabajo rodeado de todo aquello.

Las otras piezas que atrajeron la atención de Di eran aún más singulares que los *lingam*. Esculpidas en bronce dorado, parejas de figuras se abrazaban en el acto sexual. Di colocó tres lamparillas de aceite en un semicírculo para estudiar las esculturas con detalle.

Las brillantes superficies parecían casi animadas: delicadas figuras femeninas estaban a horcajadas sobre sus compañeros masculinos, de tamaño exagerado, que aparecían sentados con las piernas cruzadas en la posición del loto; las féminas requerían los favores de sus compañeros con toda suerte de extraños objetos simbólicos, que sostenían con sus brazos extendidos. Las enormes figuras masculinas

parecían contonearse a ritmo de contrapunto, las cabezas gigantescas adornadas con elaborados tocados compuestos de cráneos y vísceras humanas, manifestaciones simbólicas de su magia tántrica; sus rostros eran demoníacos y en las manos sostenían extraños cetros y campanillas. Aquellas figuras abrazadas, que se mecían y danzaban con una especie de fijación cabalística cuyo sentido desafiaba la razón y la lógica, tenían un significado que no alcanzaba a captar.

Por separado, resultaban bastante extrañas. Eran producto de una tierra lejana, de un culto exótico. Pero todo lo extranjero, sobre todo lo procedente de la India, resultaba extraño; diferente simbolismo, diferentes metáforas para reflejar un universo diferente. Todo eso era normal, reflexionó Di mientras se frotaba la barbilla con aire ausente. Pero allí había tantas figuras y tantos falos que el efecto general resultaba abrumador y su exotismo dejaba de ser una curiosidad aislada para convertirse en una corriente impetuosa que le arrastraba hacia ellos.

El sonido de unas voces y el rumor de unas ruedas de madera en el exterior sacó a Di de sus profundas reflexiones y se dio cuenta de lo lejos que había volado su mente. Se sentía vagamente desorientado, como se había sentido años atrás al despertar del sueño pesado de las fiebres infantiles, cuando tenía que esforzarse para recordar dónde estaba, en qué habitación, en qué casa... incluso quién era, una vez, un médico le había dicho que aquellas fiebres le hacían dormir a uno tan profundamente porque eran la antesala de la muerte. Durante unos instantes, Di casi había permitido que la obsesión del ministro —si de eso se trataba realmente— se convirtiera en la suya.

Se levantó de detrás del escritorio, anduvo hasta la ventana más oriental y abrió los postigos. Sacó la cabeza, llenó los pulmones con el aire frío de la noche y miró por entre las columnas de la galería del piso superior del edificio en dirección al canal, estirando el cuello mientras se preguntaba ociosamente si se vería alguna vía fluvial, por mínima que fuera, desde el despacho del ministro de Transportes.

Introdujo de nuevo la cabeza. Volvía a sentirse despierto y alerta, revivido por el aire de la noche. Cerró la ventana y cruzó el despacho hasta detenerse junto al escritorio. Miró a su alrededor por última vez y observó el juego de las luces vacilantes sobre las esculturas y bajorrelieves. Después, apagó todas las lamparillas hasta que sólo quedó encendida la que sostenía por encima de la cabeza.

La sala y su contenido le habían apartado unos pasos de su mundo cotidiano. ¿Qué significaba aquello? ¿Se había vuelto tan intolerante, tan estrecho de miras, que reaccionaba casi con suspicacia de campesino ante cualquier cosa exótica y fuera de lo común? Di reflexionó y llegó a la conclusión de que no se trataba de que los objetos fueran extraños o de tierras lejanas; ni siquiera de que su abundancia creara una atmósfera en la que uno apenas podía respirar sin absorber su esencia. Sí, eran exóticos: hindúes, budistas, indios, tántricos... Algo de eso, por supuesto. Se concentró, tratando de precisar más su procedencia. Y entonces cayó en la cuenta: lo

que le perturbaba de aquel modo no era las escenas que mostraban, sino el hecho de que se encontraran allí, el mero hecho de que estuvieran en aquel lugar, desterrados, desplazados a miles de kilómetros de su punto de origen, con su significado distorsionado al sacarlos de su contexto ancestral y remoto. ¿Y qué habían significado aquellos objetos para el ministro de Transportes?

Alcanzó la puerta, apagó la última llama de un soplido y recorrió el pasillo hacia la escalera. Lo hizo con paso apresurado, consciente del espacio vacío que dejaba tras él.

El guardián escoltó en silencio a Di hasta la salida, con una linterna en alto en su mano derecha. Di había pensado decirle al hombre que no comentara con nadie su visita nocturna, pero mientras avanzaba por los fríos adoquines tomó una decisión. Quizá no fuera tan mala idea dejar una leve pista; lo suficiente, se dijo, como para hacer salir de las sombras al elemento oculto, a la persona o personas que estuvieran pendientes del asunto. Di dio las gracias al anciano, le entregó una moneda y salió al callejón en sombras mientras el viejo portalón se cerraba con estruendo.

Con paso rápido, Di se sumó al flujo de humanidad que avanzaba por el paseo principal. Aquella noche había dormido mal, impaciente por ver amanecer y lleno de curiosidad y expectación. Había hecho llevar la carta de citación al mayordomo de la casa del ministro de Transportes el día anterior y al cabo de una hora le respondían que sería recibido por la mañana. No fue hasta que el sueño se negó a visitarle cuando, finalmente, comprendió hasta qué punto se le había metido dentro, hasta el fondo del alma, aquel primer caso. Y, sin embargo, ahora se disponía a seguir hurgando en el asunto. Caminó a buen paso bajo el aire agradable de la mañana y dejó atrás la fatiga rápidamente. Abandonó el paseo principal y tomó una calle ancha, llena de vendedores y de bullicio.

Concentrado como estaba en sus pensamientos, tardó en advertir que lo seguían. Con rítmico golpeteo de sus uñas un perrillo flaco marchaba tras él con el hocico pegado a sus talones. Di probó a aminorar el paso y luego volvió a apretarlo, aún más deprisa que antes. El perro, una criatura patética sin el menor atractivo, se mantuvo a poca distancia con un trotecillo esforzado de sus cortas patas. Di continuó el juego durante casi media manzana más antes de darse por vencido y volverse, por fin, hacia el animal. Se agachó, extendió una mano suplicante y emitió unos ruiditos, incitándolo a acercarse más.

Observó que en el interior del animal se desarrollaba una gran batalla. Deseaba acercarse, pero no conseguía reunir el valor preciso para decidirse. En lugar de ello, metió la cola entre las piernas y se retiró, sin dejar de dirigirle miradas ansiosas con sus ojos tristes. Tras varios intentos, Di se dio por vencido, se incorporó y continuó la marcha. Sus pensamientos volvieron una vez más al asesinato, a la dentadura del jardinero y a las extrañas tallas religiosas. Al cabo de unos cien pasos, se dio cuenta de que tenía de nuevo al perro pegado a sus talones. Se detuvo y volvió la cabeza.

—De modo que quieres algo de comer, ¿no?

El perro se detuvo también y se encogió, siempre con la cola entre las patas y la cabeza gacha. Pero esta vez, al comprobar que Di mantenía su posición, no retrocedió.

—Tú ganas. Te buscaré algo que llevarte a la boca. —Echó un vistazo a su alrededor y estudió los tenderetes situados a ambos lados de la calle. Se le contrajo el estómago y cayó en la cuenta de que él también estaba hambriento—. Me recuerdas mucho a mis hijos, ¿sabes? —Di dejó caer en su mano algunas monedas de la bolsa—. Esto no será muy distinto a desayunar con ellos. Esos pequeños también se pegan a los talones de su padre mientras éste los alimenta. Después, si te he visto, no me acuerdo.

Más tarde, cuando los dos hubieron comido, Di continuó su camino y el perro le

siguió, a distancia pero sin vacilar.

Di se permitió una pequeña fantasía, una ensoñación en la que veía a sus dos pequeños gateando hacia él, sucios y ateridos, famélicos y muy, muy sumisos después de haber sido arrojados a la calle quince días antes.

Mientras aguardaba en uno de los espaciosos jardines de la extensa y lujosa propiedad del ministro de Transportes, Di posó su mirada en cuatro muchachas, gráciles como ciervas, reunidas a unos cien pasos de distancia bajo el brillante follaje otoñal de un árbol gigantesco.

—El amo era un auténtico conocedor —decía el administrador de la casa—. Sólo le interesaba el mejor género en todo. Los objetos de calidad dudosa le traían sin cuidado —añadió en tono concluyente, con aire engreído.

Di, con los ojos todavía en el grupo sentado bajo el árbol, reconoció el rostro del mayordomo, una imagen plana sin rasgos distintivos en la periferia de su campo de visión, vuelta hacia él con expectación, a la espera de las alabanzas de Di al excelente gusto de su difunto amo.

—Estoy seguro de ello —asintió, obligándose a concentrar de nuevo la atención en el hombre.

—Sin duda, cuando le he acompañado a través de la casa, habrá observado la calidad del mobiliario —prosiguió el administrador con seriedad—. El amo sólo permitía a un grupo escogido de servidores cuidar de los muebles y las obras de arte. Exigía que lleváramos guantes de seda cada vez que tocábamos algo.

—He notado que apreciaba especialmente los objetos de importación —comentó Di—. Parece que tenía un gran interés por... por piezas extranjeras inusuales.

—¡Oh, sí! —declaró con orgullo el mayordomo—. Mi amo me había encomendado personalmente el cuidado de las piezas excepcionales. Tenía que ocuparme de que las mezclas de aceites y ceras estuvieran en buen estado, sin adulterar, y de que se utilizara la más indicada para cada mueble. Era muy importante, ¿comprende usted? Mis instrucciones eran que las superficies de las mesas brillaran hasta que uno se viera reflejado en ellas.

—¡Fascinante! —exclamó Di, con una expresión forzada de interés en el rostro, aunque sus pensamientos vagaban muy lejos de las ceras y los brillos de las mesas—. La tarea debe de haber sido una gran satisfacción para ti, ¿verdad? Y, sin duda, las estatuas también requerían una atención especial —añadió, alentándolo a continuar—. Sobre todo, las piezas más antiguas.

—Desde luego —asintió el otro—. El mismo me aleccionó sobre los cuidados que debían recibir. Naturalmente, mi amo no tenía a la vista las obras más extraordinarias por su rareza o por su antigüedad.

—¡Vaya! —exclamó Di—. ¡Esa colección privada debe de ser verdaderamente excepcional!

—La conservaba en una sala especial —explicó el mayordomo con orgullo—. ¿Le gustaría verla?

—¡Desde luego que sí! —respondió Di—. Te lo agradezco.

Abandonaron el jardín y tomaron un sendero de losas agradablemente ornamentado. Cuando se acercaban a la entrada de la casa, dos chiquillas se hicieron a un lado, cogidas de la mano, y contemplaron el paso del imponente desconocido. Di sonrió a las pequeñas, que eran de la edad de sus hijos, más o menos. Una de ellas le devolvió la mueca con coquetería y Di admiró su boquita, un capullo de rosa perfecto; la otra chiquilla mantuvo una expresión solemne. Lo que necesitaba eran hijas, reflexionó el magistrado mientras volvía la cabeza para lanzar una nueva sonrisa a la chiquilla de bonitos hoyuelos. Los hijos le sacaban a uno de sus casillas.

Ya en la casa, cruzaron las estancias frescas, oscuras y llenas de olores que habían pertenecido al ministro de Transportes. En el interior de la mansión, perfectamente ordenada y decorada con gusto exquisito y armonioso, reinaba el silencio; incluso Di, ajeno a la casa, podía percibir la notoria ausencia del amo de aquella propiedad. Las pisadas del magistrado y de su guía apenas se oían sobre las gruesas alfombras.

—La sala privada está al otro extremo de las dependencias —indicó el mayordomo con un susurro—. Ocupa un espacio rodeado de roca por tres lados, de modo que el lugar siempre se mantiene fresco y a una temperatura constante.

Mientras hablaba, una hermosa joven salió de una habitación y se coló en otra, cruzando el pasillo delante de ellos; antes de desaparecer, la muchacha dirigió una breve mirada a los dos hombres al tiempo que el mayordomo le dedicaba una respetuosa inclinación de cabeza.

—Verá, señor, —continuó el mayordomo—, los cambios extremos de temperatura, si se producen con demasiada frecuencia, perjudican las piezas. Sobre todo las de madera. Se secan, se cuartean y pierden el lustre.

—En efecto —asintió Di, esforzándose en mantener en su tono de voz un asomo de interés por lo que le contaba—. Lo que dices es muy cierto.

La muchacha había dejado en el aire un delicado aroma a agua de flores que percibieron al cruzar su estela; Di lanzó una mirada a hurtadillas hacia la puerta de la izquierda, por la que había desaparecido la muchacha, con la esperanza de verla otra vez.

—Al ocuparnos de objetos de mucha antigüedad, cargamos con una responsabilidad muy grande —añadió mientras estiraba el cuello, pero se llevó una decepción al encontrar solamente otro pasillo vacío.

Di se andaba con tiento con lo que decía y procuraba ser lo más ambiguo posible. Aunque en esta visita llevaba el gorro y la túnica de magistrado y se había presentado como tal, no había hecho la menor referencia a sus sospechas ni a la extraña colección, indudablemente ilícita, que había descubierto en el despacho del ministro.

En lugar de ello, había escogido una vía indirecta —hablando en términos generales de objetos robados del despacho del ministro con ocasión del asesinato, de inventarios y demás— que, esperaba, lo conduciría al terreno adecuado. Sin embargo, tendría que actuar con mano firme, pues la conversación ya había mostrado una pronunciada tendencia a atascarse en callejones sin salida e irrelevantes. Di tenía la sensación de que sólo había conseguido evitar una conferencia exhaustiva sobre las virtudes de las diferentes fórmulas de las ceras embellecedoras.

Salieron del edificio principal y atravesaron otro jardín bajo un sol que resultaba muy brillante en contraste con el interior de la mansión, casi en penumbra. Di oyó unas voces infantiles entonando una cancioncilla. Se volvió hacia donde sonaban las voces, protegiéndose los ojos de la luz, y distinguió media docena de cabecitas relucientes que apenas asomaban sobre los bajos arbustos ornamentales que rodeaban un pequeño claro. Un coro de chiquillas, cantando en un luminoso rincón secreto del jardín. Di lo contempló, encantado. ¿Sus hijos se sentaban alguna vez a cantar juntos? ¡No! Sólo se juntaban a conspirar para provocar la discordia y el caos.

—Las pequeñas, por supuesto, no están sujetas a la observancia del luto —explicó el mayordomo en tono de disculpa—. No alcanzan a comprender realmente que no volverán a ver a su padre.

—Claro que no. ¿Cómo van a comprenderlo? —asintió Di, comprensivo—. ¿Por qué estropearles la diversión? No tardarán mucho en descubrir las penalidades de la vida.

Penetraron en otra dependencia de la hacienda y llegaron ante una imponente puerta de madera. El mayordomo levantó el pestillo casi con reverencia, como si fueran a entrar en un templo. La sala —una cueva, en realidad— estaba a oscuras; el criado encendió una lámpara y dirigió una sonrisa a Di.

—Éstos son sus tesoros especiales. Muy antiguos y excepcionales.

Di miró en torno y distinguió figuras de caballos y jinetes, de elefantes y de toda suerte de monos demonios. Eran piezas antiguas y selectas, poco comunes y de origen evidentemente extranjero, indias en su mayor parte. Pero no había ninguna muestra del misterioso arte erótico religioso.

El mayordomo sostuvo en alto la lámpara con orgullo de propietario en sus facciones. Di se adentró en la estancia e inspeccionó diversas piezas entre murmullos de aprobación para que el individuo no se sintiera decepcionado.

—Estas obras indias tienen una calidad extraordinaria —apuntó—. Extraordinaria. Siento una gran predilección por el arte indio —añadió, como si acabara de descubrir tal preferencia en aquel mismo instante—. Me parece haber visto otras figuras que debían de tener la misma procedencia. Estaban en el despacho del ministro. Una colección muy interesante. ¿Hay más piezas de ésas aquí? —inquirió—. Más obras... de esas que se guardan muy en secreto, digamos. Escenas

realmente exóticas, me refiero.

La expresión satisfecha del mayordomo dio paso a una tensa mueca de desaprobación. Era evidente que comprendía muy bien a qué se refería el magistrado.

—Señor —respondió—, estoy seguro de que lo comprenderá. El ministro era un hombre de mundo, degustador experto de muchas cosas. Sus intereses eran muy amplios pero, con sus hijas en la casa, mal podía guardar esas... esas obras de arte bajo este techo. Sólo estuvieron aquí el tiempo imprescindible para separarlas del resto de objetos y embalarlas para su traslado. Sería absolutamente intolerable que unas niñas vieran... esas cosas —concluyó débilmente, con aire turbado.

—¡Oh! ¡Desde luego! —se apresuró a exclamar Di—. Por eso las guardaba en el despacho. Claro, claro... —murmuró, al tiempo que le venía a la cabeza una pregunta, una curiosidad que no se le había ocurrido hasta aquel momento—. ¿Cuántas hijas ha dejado el ministro? —Di había visto al menos diez chiquillas en el breve transcurso de su visita. ¿Y la muchacha del pasillo?

—Treinta y siete —respondió el mayordomo con orgullo.

—¡Treinta y siete! —repitió Di, asombrado—. ¿Y cuántos hijos?

—Ninguno, magistrado. Sólo hijas.

—¡Treinta y siete hijas y ningún varón! —exclamó Di, incrédulo—. ¿Cómo es posible? ¿Cuántas esposas tuvo tu amo?

—Sólo dos, señor.

—¿Dos esposas, treinta y siete hijas y ningún hijo? Las mujeres debían de quedar medio muertas de tanto parir —comentó—. Y ningún hijo varón. ¡Perdona que lo diga, pero todo esto es muy extraño!

El mayordomo mostraba de nuevo un aire apurado.

—Bueno, señor, verá... En realidad, no ha habido ningún parto. El ministro no tiene..., mejor dicho, no tenía... descendencia propia. Todas esas hijas son adoptadas.

—¿Que no tenía descendencia y adoptó sólo hijas?

Esta vez, la revelación dejó a Di absolutamente perplejo. El mayordomo se encogió de hombros.

—Las prefería a los chicos. Una cuestión de gustos. A mi amo le agradaba estar rodeado de mujeres.

Di reflexionó un momento y recordó sus propios pensamientos cuando, cruzando el jardín, había oído aquellas tiernas vocecillas. La idea, pues, no era del todo incomprensible, aunque él no la había tomado demasiado en serio; sus hijos eran una prueba penosa para él, le hacían envejecer prematuramente... pero eran sus hijos, su más preciada posesión. ¿O no?

—Bien, los orfanatos deben de estarle muy agradecidos —apuntó—. ¡Treinta y siete! ¡No resulta fácil colocar a las niñas... y menos en una casa tan buena como ésta!

—¡Oh!, mi amo no las sacaba de los hospicios —contestó el criado—. Se las traía un caballero.

—¿Un caballero? ¿Qué clase de caballero?

—Un caballero... de color —respondió el mayordomo con un balbuceo.

—¿Qué significa «de color»? ¿Era un africano, un moro?

—¡Oh, no, no! Era un indio, creo. Acudía dos o tres veces al año con una selección exquisita de chiquillas, algunas de ellas niñas de pecho y ninguna mayor de dos años. Se presentaba con diez o doce y el amo las estudiaba detenidamente. Después, escogía. A veces una, a veces tres y, en ocasiones, ninguna.

—¿Y las que no quería?

—Se marchaban con el caballero. No sabemos adonde iban, o qué era de ellas.

—¿Y de dónde procedían? —insistió Di.

—Tampoco lo sabemos. El amo no nos comentó nunca nada y nosotros no le preguntamos.

—¿Y no tienes idea de quién era el caballero? ¿Conoces su nombre o algo de él? ¿Parecía tratar bien a las niñas? —Las preguntas brotaban ahora de su boca sin cesar y su actitud era la de un funcionario que hacía el inventario de artículos olvidados.

—No, no —respondió el mayordomo, sonrojado—. Es decir, sí, las trataba muy bien. Con gran solicitud, en realidad. Todas estaban limpias, bien vestidas y bien alimentadas, de eso no cabe duda. Y las trataba con dulzura. Pero ignoro cómo se llamaba y cualquier otra cosa de él. Sencillamente, un buen día llegaba, pasaba a los aposentos privados del amo con las niñas y volvía a marcharse. Un par de veces al año; tres, en ocasiones. Es lo único que sé.

—Pero tú lo viste —insistió Di—. Sabes qué aspecto tenía.

—Lo lamento, magistrado —respondió el mayordomo—, pero para mí todos los indios son iguales. No sabría distinguir uno de otro. Quizás estuviera relacionado con algún monasterio de la ciudad. En ellos hay muchos indios... —añadió con un hilo de voz.

Di perdió la paciencia. El criado no le resultaba de ninguna utilidad. Se admiró de la complacencia de la gente y de su absoluta falta de curiosidad; estaba seguro de que, de haber sido él un miembro del servicio doméstico del ministro, si un extraño visitante indio se presentase dos veces al año con un surtido de niñas para que el dueño de la casa escogiera algunas, habría averiguado cuanto hubiese podido acerca del hombre, aunque sólo fuera por pura curiosidad. Las propias chiquillas habrían podido decirle de dónde venían, si no fuera porque habían llegado siendo tan pequeñas.

—¿Era viejo? ¿Joven? ¿Gordo? ¿Delgado? —insistió. —¿Cuántos años ha durado el asunto? Algunas de las muchachas parecen ya mayores.

El mayordomo se esforzó en recordar.

—No era joven ni viejo. No era delgado, pero tampoco se le podría llamar gordo. —Excelente, pensó Di, aunque no dijo nada. ¡Aquello sí que era una descripción detallada!—. Llevaba ropas chinas, si eso le sirve de algo —continuó el criado—. Y el asunto ha durado diez años... por lo menos. Acaso más, pero yo sólo llevo diez años en la casa. Sí, la hija mayor del amo tiene diecisiete años, de modo que me aventuraría a decir que ha durado todo ese tiempo.

—Supongo que no tienes idea de dónde sacó tu amo esa colección de arte indio que guardaba en el despacho, ¿verdad?

—Desde luego que no, magistrado —respondió el hombre, muy estirado, con una nueva mueca de desaprobación—. Ni he querido tenerla.

Para abandonar la casa del ministro, Di desanduvo su camino por pasillos, estancias y jardines. Del interior de la casa le llegaron unas risillas y el rumor de unos piececitos que corrían; en el jardín, el pequeño coro seguía cantando.

El perro aguardaba a Di exactamente donde lo había dejado. Cuando vio que Di cruzaba la verja de la entrada, alzó bruscamente la cabeza; después, se incorporó y trotó tras él.

El magistrado se preguntó dónde podría averiguar algo acerca de un caballero indio, ni joven ni viejo, ni gordo ni delgado, que había pasado por la ciudad durante por lo menos diecisiete años. Anduvo un buen trecho sumido en reflexiones, con el roce chirriante de las uñas del perro en los adoquines tras sus talones. Se le ocurrió una idea. Tal vez, después de todo, el mayordomo no había resultado del todo inútil. Al menos, era un punto de partida.

Di cambió de postura. Le dolía terriblemente la rabadilla y el tosco carro de bueyes le sacudía los huesos de tal modo que una serie de pequeñas y precisas punzadas de dolor recorrían su espinazo hasta la nuca. Se agarró a una carga de leña en un esfuerzo por mantener una posición que no le resultara demasiado dolorosa, al tiempo que intentaba evitar que algunos pedazos de madera le cayeran encima.

Por rústico y destartado que fuese, el carro del campesino seguía siendo preferible a tener que caminar los cinco últimos *li* que separaban las puertas occidentales de la ciudad del monasterio de la Nube dorada. Aquel día, los pies no le habrían llevado mucho más lejos. Y, como había hecho en todo momento, el perrillo seguía trotando infatigable junto a la gran rueda trasera derecha, a su lado o inmediatamente detrás de ella. A veces, Bribón —tal era el nombre que Di había decidido poner al animal— desaparecía de la vista y Di tenía la certeza de que, si volvía la cabeza, vería su cuerpo aplastado en mitad de la carretera; pero luego el perro reaparecía, ileso, moviendo sus cortas patas más deprisa que nunca para volver a colocarse a la altura del carro.

Al salir de la casa del ministro de Transportes, aquella mañana, Di había vuelto a

casa, se había cambiado de ropa y, siguiendo la débil pista que le había proporcionado el criado, había pasado el resto del día visitando cuatro monasterios budistas, incómodamente situados en los rincones más remotos e inaccesibles de la ciudad. Hasta aquel momento, no había descubierto nada salvo una creciente sensación de que la búsqueda era inútil.

Y aquellos pequeños monasterios habían demostrado tener algo más en común: eran cochambrosos, deprimentes y descuidados, con las pinturas murales desconchadas y el revoque de las paredes agrietado, los lienzos del altar descoloridos y los iconos raídos y deslustrados por el tiempo y el exceso de manoseo.

Los monasterios no habían proporcionado a Di más que la oportunidad de echar una mirada de cerca al proceso de decadencia que provocan el abandono y la indiferencia. Los monjes que había encontrado allí, dedicados rutinariamente a los rituales diarios entre los muros casi en ruinas, no habían oído nada de un forastero. Ninguno de ellos había enarcado siquiera una ceja o había cambiado un ápice su expresión ante los medidos comentarios de Di, entre los cuales había dejado caer — con lo que consideraba una exquisita despreocupación— un par de menciones a un caballero de color, un indio. Di no siempre era capaz de discernir cuándo alguien le ocultaba algo, pero en esta ocasión creía poder asegurar que los monjes no mentían.

El mayordomo tenía razón: muchos de los indios que circulaban por China lo hacían bajo los auspicios de algún establecimiento budista. Si el hombre que Di buscaba no era una excepción, resultaba más que probable que viajara bajo el patrocinio de un monasterio que pudiera pagar el desplazamiento y los honorarios con alguna finalidad exótica y esotérica relacionada con la religión: llevar nuevas enseñanzas, restaurar alguna vieja reliquia, descubrir nuevos textos o traducir unos sutras, todo lo cual, como sabía Di, estaba muy en boga en aquellos momentos. El indio, fuera quien fuese, tenía que haber aparecido en algún momento previo al inicio de la relación clandestina que había establecido con el difunto ministro de Transportes, y después de ver los pequeños y ajados monasterios del interior de la ciudad, tal vez había decidido emprender el trayecto hasta el de la Nube Dorada, emplazado en el campo, que era mucho mayor y estaba mejor provisto.

Naturalmente, cabía la posibilidad de que el escurridizo caballero de color no tuviera nada que ver con los budistas y que el dolor de pies de tanto caminar fuera en vano, pensó cuando el árbol retorcido que señalaba su destino apareció en el camino polvoriento. En efecto, el monasterio de la Nube Dorada era visible desde el camino, como le había asegurado un labriego, pero después de lo que había visto durante el día, no esperaba encontrarse con algo semejante.

Era un recinto enorme y majestuoso situado en medio de unos campos de cultivo que se extendían de un extremo a otro del largo valle orlado de árboles. Desde la posición de Di, junto al camino, unos aleros adornados como los de un palacio

asomaban entre los árboles aquí y allá. Hermosas pasarelas rojas y doradas salvaban los riachuelos encajonados entre rocas. El conjunto de aquel enorme y refinado monasterio estaba desde luego diseñado por el hombre, pero con tal exquisitez que enaltecía la naturaleza que lo rodeaba. Era un lugar sumamente grato y lleno de auspicios geománticos. Delante de Di se abría un camino que descendía hacia allí, tentador. Tras sacudirse el polvo de la ropa, inició la bajada con Bribón pegado a los talones.

Mientras se acercaban al monasterio, Di pensó que era extraordinario que hubiera pasado la vida sin casi prestar atención, a aquella religión budista que, aunque de procedencia extranjera, había penetrado hasta tal punto en la mente, el corazón y la fibra mítica de China que se había entretejido con ellos como en un tapiz: un sistema, o una multitud de sistemas, según el entender de Di, que de algún modo conformaba los pensamientos, actos, costumbres y vidas de un número enorme de chinos. Si tenía en cuenta este arraigo y la difusión de las instituciones budistas por todo el imperio, Di había tenido, sorprendentemente, pocos encuentros con ellas. El budismo había estado siempre ahí, sin más. Al pensar en ello se dio cuenta de que cuando entraba en casa de alguien rara vez reparaba en los iconos budistas de los altares familiares. Tales cosas, como las piedras en un campo o las hojas en un sendero en otoño, eran tan corrientes que le resultaban prácticamente invisibles.

Antes de entrar en el recinto del monasterio de la Nube Dorada, Di hizo un alto y se sentó en un banco bajo una arboleda de viejos troncos de corteza áspera. El perro aguardó a sus pies, jadeante, con la larga lengua rosa colgando de su boca. Cuando observó lo que sucedía tras la verja principal del monasterio, Di se llevó una nueva sorpresa: en contraste con los otros establecimientos, éste bullía de actividad. Numerosos monjes cruzaron ante sus ojos, yendo y viniendo de una dependencia a otra; otros, en pequeños grupos, conversaban y se reían. Di distinguió también a muchos devotos solitarios que caminaban con la cabeza inclinada. A la vista de toda aquella actividad, se habría dicho que se adoraba algo, que allí se veneraba a alguna deidad; pero, aunque Di apenas conocía nada del budismo, al menos sabía que tal impresión era falsa.

Bribón levantó la cabeza con cautela e irguió las orejas. Se acercaba alguien; una figura oronda envuelta en una túnica azafrán avanzaba por el camino que arrancaba de la puerta del monasterio, adornada con azulejos.

—¿Vienes hambriento, peregrino? —preguntó el hombre cuando estaba aún a cincuenta pasos del magistrado.

Si los devotos que había encontrado a lo largo del día rezumaban humildad y frugalidad, éste exudaba ostentación y engreimiento igual que un pescado dejado al sol despide enseguida su fetidez. Di se puso en pie para saludarlo. Cuando estuvo más cerca, el monje emitió unos chasquidos de desaprobación.

—¡Esas ropas! ¡Ah, en qué estado llegas!

Continuó acercándose mientras movía la cabeza en gesto de negativa. Era un individuo pomposo, firme, con una cara redonda en la que lucía una sonrisa amplia e hipócrita. El perro se incorporó y se retiró detrás de Di.

—Vienes muy sucio, viajero. Necesitas una muda limpia... ¿Un baño, tal vez?

Sólo entonces se dio cuenta el magistrado de su aspecto desaseado tras tanto caminar y arrodillarse en capillas mugrientas frente a innumerables imágenes de *bodhisattvas* salvadores sentados sobre sus elefantes y leones. ¡Bien! Su sencillo disfraz callejero era mucho más convincente. Con todo, resultaba extraño que aquel asceta mostrara tanta preocupación por la presencia de Di. Sin duda, los peregrinos cansados y cubiertos de polvo debían de ser una presencia muy común en un monasterio tan grande y tan rico, aparentemente, como aquel enorme complejo de la Nube Dorada. Sobre todo si se tenía en cuenta su situación retirada, en aquella carretera rural, a considerable distancia del centro de Yangchou. ¿A qué venía, entonces, el interés del monje por él? Di aún no había penetrado en los terrenos del monasterio.

—¿Vienes de muy lejos? —continuó el hombre sin apenas una pausa. Su voz no estaba modulada solamente por la afabilidad y la cortesía; una pátina superficial de preocupación encubría de forma poco convincente una marcada e inconfundible curiosidad.

—Muchas gracias, pero estoy perfectamente —respondió Di—. Sólo un poco cansado, como comprenderás. En los últimos días he caminado una gran distancia para ofrecer mis plegarias y quemar este... este... —Di hurgó en el bolsillo del chaleco, extrajo un paquete arrugado de incienso barato y lo mostró en la palma de la mano—, este incienso ante los altares de los *bodhisattvas* todomisericordiosos. —Di dejó que la mano le temblara un poco y puso una nota de ansiedad en la voz. Con tiento: en aquel truco no se debía sobreactuar. Lo fundamental era la sutileza.

—Pareces inquieto —dijo el monje con un movimiento de preocupación de su cabeza rapada—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Se produjo un breve silencio durante el cual Di permaneció con la mirada fija en el suelo como si se debatiera entre hablar o no hacerlo.

—No... —dijo por fin, con cierto titubeo.

—¿No? ¿Absolutamente nada?

—Es sólo que... que tengo miedo de no poder cumplir el encargo de mis amigos.

—¿Temes defraudarlos? ¿Cómo es posible?

—Vengo de muy lejos para ofrecer plegarias en el templo de la Nube Dorada y el viaje ya les ha costado gran parte del patrimonio.

—¿Esos amigos de los que hablas te han enviado en una misión?

—Sí.

—Pero debe de haber otros templos budistas más cerca de vuestro pueblo.

—Los hay, en efecto —respondió Di—, pero me dijeron que en el templo de la Nube Dorada mis plegarias podían ser más... ¿cómo lo diría...?

—¿Más efectivas? —le ayudó su interlocutor con entusiasmo—. ¿Es eso lo que intentas decir?

Di asintió en silencio y sus ojos estudiaron de nuevo el suelo, con actitud humilde.

—Entra a rezar a la Gran Sala —indicó el monje, al tiempo que tomaba del brazo a Di—. Soy el abad de la Nube Dorada y te doy la bienvenida. —Di se dejó conducir dócilmente al interior del recinto monacal—. El perro puede venir contigo —añadió el abad—. El también necesitará comer un poco, sin duda.

—Sí, muchas gracias —respondió el magistrado, al tiempo que devolvía al bolsillo la magra bolsa de incienso.

Cuando hubieron cruzado las puertas adornadas con azulejos, el abad soltó el brazo de Di y éste lo siguió a través de un espléndido jardín budista entre rocas. Un sinfín de senderos sinuosos transcurrían entre arboledas de pinos retorcidos, rocas arenosas y bosquecillos de bambú que emitían un suave murmullo y se reflejaban en los estanques oscuros. Los cuatro Reyes Celestes, guardianes de los cuatro puntos cardinales, estaban elegantemente dispuestos bajo las densas sombras de los pinos en las esquinas del jardín. En el centro de éste, vuelta hacia la entrada para observar a todo el que pasara por allí, se hallaba el Maitreya feliz, el Buda del tiempo futuro, sobre un elevado estrado de loto, con una vieja estaca nudosa en la mano, el rostro sonriente y un gran vientre abombado. Encaramados sobre los grandes hombros del Buda risueño y sobre su panza flácida había un puñado de *arhats*, de discípulos, representados en forma de niños pequeños. Cuando llegaron al fondo del jardín, Di observó una gran Kuan-yin de madera cubierta de rico pan de oro, reclinada con esplendor sibarítico junto al curso serpenteante de una corriente de agua artificial. Di reconoció los personajes del panteón budista gracias a las someras investigaciones que había realizado aquella mañana, antes de ponerse en marcha. Pero una cosa era verlos como dibujos que acompañaban un texto y otra muy distinta encontrarlos casi vivos en aquel marco imponente.

—¿Y cuál es la naturaleza de tu piadosa misión, si se puede saber? —preguntó por fin el abad.

¡Ah, amigo mío!, se dijo el magistrado. Di estaba convencido de que su interlocutor no resistiría mucho tiempo sin hacer la pregunta, pero le habría concedido un centenar de pasos más antes de que se decidiera.

—He venido a rezar por la hija pequeña de los queridos amigos que me han enviado —explicó. Estudió a su acompañante en busca del menor cambio en su expresión, de algún gesto de vacilación ante aquellas palabras. Pero si su declaración

sorprendió al abad, éste demostró tener un dominio admirable de sí mismo.

—¿Está muy enferma la chiquilla? —preguntó sin una pausa, con la voz llena de preocupación. Al acercarse a la entrada de la sala, el perfume dulzón y sofocante del incienso asaltó el olfato de Di, abriéndose paso entre el intenso olor terroso de los pinos y el de las rocas húmedas.

—Ignoramos su estado.

—¿No sabes si está enferma? —El abad rodeó con el brazo los hombros de Di y sus facciones adoptaron una expresión en la que se mezclaba la preocupación y la pena—. ¿Acaso... acaso está poseída por los demonios?

—No, no, desde luego que no —respondió Di—. ¡Esperamos que no! No parece que se trate de nada parecido. La pequeña ha desaparecido. La han raptado.

—¿Raptado?

—La niña tiene apenas dos añitos.

—Apenas dos añitos... —repitió el abad, al tiempo que movía la cabeza con aire apenado—. Casi una niña de pecho...

—Sí —corroboró Di con parecido abatimiento—, casi un bebé. ¿Quién podría querer una criatura tan tierna? ¿Qué utilidad puede tener una niña, una hembra, para la prosperidad de nadie... y, sobre todo, una niña tan pequeña?

Di se contempló las manos con aire abatido. El abad añadió un comentario en actitud compasiva:

—A veces, el mundo es extraño y cruel, ¿verdad? A veces se muestra lejano e indiferente a nuestra sensibilidad de criaturas de moral recta. —Di asintió con tristeza a las palabras del abad, levantando esporádicamente los ojos hacia el rostro de éste—. Aunque este mundo es una mera ilusión material, resulta muy convincente y nosotros somos sus sufridos habitantes —continuó el monje mientras ascendía la escalinata hacia la Gran Sala—. Si éste es un mundo de ensueño, resulta muy tangible y rico, ¿verdad? Pero tú has venido para librarte de las realidades más ásperas... para elevar tu espíritu...

—Para rezar por el retorno de la pequeña, sana y salva —le corrigió Di con firmeza.

—¡Desde luego, desde luego! No es preciso mencionar el auténtico propósito de tus plegarias. La pequeña... esa chiquilla... Los misericordiosos *bodhisattvas* comprenderán lo que guardas en tu corazón. Sólo tienes que invocarlos.

El abad abrió los brazos para indicar en un amplio ademán el espléndido interior de la sala. La suntuosa exhibición de riqueza superaba todo cuanto Di había visto en su vida. Sobre el magnífico altar, que ocupaba toda la pared del fondo, se hallaban cuatro enormes estatuas bañadas en oro que representaban, sentados con las piernas cruzadas, a los cuatro grandes *bodhisattvas* santos del budismo chino: Kuan-yin, Wen-shu, P'u-hien y Ti-tsang. Detrás de cada una de estas resplandecientes deidades

había una gigantesca aureola de plata y oro batidos. Cada uno de los radiantes semicírculos de metal precioso estaba profusamente repujado con escenas decorativas de ángeles y demonios y de leyendas de la vida de Buda y de sus santos. Y alrededor de estas escenas había cientos de delicadas flores talladas, símbolo de la iluminación divina, como las tan habituales llamas, en cuyas hojas y pétalos aparecían incrustadas incontables piedras preciosas fuera de lo común.

Al otro extremo de la Gran Sala, en un recinto cerrado por unas barandillas, se hallaban las tres encarnaciones del Buda sagrado —el pasado, el presente y el futuro— con los labios entreabiertos en unas sonrisas enigmáticas y diabólicas bajo los ojos saltones en los que ardía un conocimiento inalcanzable. Sumido en aquel imponente simbolismo, Di percibió claramente el orgullo de propietario del abad, tan inconfundible como si estuviera mostrándole la casa lujosa y espléndida de un hombre acaudalado. En cierto modo, lo era, reflexionó.

Cuando entraban, pasaron ante ellos varios monjes con la cabeza baja en gesto reverente y con un murmullo grave, tan apagado que las palabras resultaban incomprensibles. El grupo cruzó la Gran Sala y desapareció por la puerta de una capilla trasera situada entre las cuatro enormes imágenes de los *bodhisattvas*, hacia las cuales se volvió el abad con un gesto amoroso.

—Ellos te escucharán. Pero antes dime quién te habló del monasterio de la Nube Dorada. —El abad había vuelto a posar la mano en el hombro de Di—. Nos creíamos una comunidad apartada... no tanto en la distancia física como en la de nuestras mentes y corazones. Éste es un monasterio contemplativo, un lugar de estudio y aprendizaje. Un recinto de clausura, casi. Nos ocupamos de una extensísima biblioteca de sutras y de textos antiguos y mantenemos un museo, un depósito de artefactos raros.

—Entonces, ¿no recibís muchos peregrinos y devotos? —preguntó Di, interesado en las últimas palabras del abad. «Depósito de artefactos raros», había dicho. Muy interesante, teniendo en cuenta todo lo que había visto.

—No es frecuente —respondió el abad—. Lo único que vemos por aquí es a algún viajero esporádico, como tú. No es habitual que alguien que no pertenece al monasterio... en fin...

El monje se encogió de hombros. ¿Pertener? Di advirtió que el intento de mostrarse cordial había llevado al abad a irse de la lengua.

—Necesitarás agua caliente y ropa limpia —dijo su guía, como si hiciera un esfuerzo para recuperar sus maneras afables.

—No; os agradezco vuestra hospitalidad, pero elevaré mis ofrendas e invocaciones y luego continuaré mi camino... —respondió Di con aire humilde.

—Entonces, ¿tienes algún lugar adonde ir cuando te marches, amigo mío?

—Mi cuñado y su familia residen en Yangchou y se han ofrecido a alojarme. Él es

ebanista, miembro del gremio. Hace unos trabajos de marquetería excelentes. Yo también tengo cierta experiencia en ese oficio. Pienso ofrecerme como aprendiz en su taller y, de ese modo, compensarle por tenerme en su casa. Seguro que necesita colaboradores, porque el negocio le funciona muy bien. —Para terminar. Di añadió—: Según he oído, aquí no hay escasez de trabajo. Últimamente, muchos hombres ricos construyen sus casas en Yangchou, ¿verdad? —preguntó, como si buscara una confirmación.

—¡Desde luego! —respondió el abad con satisfacción—. Los canales han traído un comercio floreciente. Mucha gente se ha beneficiado de ello bajo la mirada misericordiosa de la dulce *bodhisattva* Kuan-yin. Pero dime —preguntó, esta vez con firmeza, y miró directamente a los ojos a Di—, ¿cómo es que tus apesadumbrados amigos, por el retorno de cuya hija rezas ahora, te enviaron precisamente a este monasterio? ¿Cómo han sabido de nuestra existencia esos desgraciados padres?

Allí estaba la oportunidad que Di esperaba. Tomó impulso y se aventuró:

—Por un caballero indio —respondió, estudiando con detenimiento el rostro del abad—. Mis amigos recuerdan el día que lo conocieron... Para nosotros es muy raro ver extranjeros, y más aún acoger en nuestro pequeño pueblo a un caballero de color, y de tierras tan occidentales. Allí solemos desconfiar de forasteros de esta clase, tan diferentes de nosotros. Pero, como he dicho, esos amigos míos están realmente abrumados de dolor por la desaparición de la chiquilla.

—¿Un caballero indio? —repitió el abad, como si reflexionara sobre algún dato de interés, pero irrelevante—. ¿Y ese caballero indio... mencionó este monasterio? ¿Has visto en persona a ese... extranjero tan... peculiar?

—No, sólo he oído a mis amigos mencionarlo.

—¿Pero ese hombre sugirió a la familia que acudiera a nosotros?

—insistió el abad en tono paciente, como si intentara resolver un acertijo ingenioso y desconcertante.

—Dijo que acudiéramos al monasterio de la Nube Dorada para liberarnos de la carga de este dolor. Los padres necesitaban hacer algo en su aflicción. Necesitaban elevar plegarias y ofrendas.

Toda la narración de Di había sido un mosaico de fragmentos, una creación que pretendía resultar creíble, compuesta de retales y piezas del misterio, de la que esperaba sacar algo tangible.

—Al parecer, el caballero sentía un especial afecto por las niñas —continuó—. Y dijo que en este lugar las plegarias por la niña serían escuchadas, sin la menor duda.

—¡Por supuesto! Ese caballero no se equivocaba. Desde luego que lo serán. Desde luego. —Ahora, el abad parecía algo inquieto, algo distante, como si dejara hablar a su lengua mientras su mente se ocupaba en otra cosa—. La misericordia de los Cuatro... su misericordia es infinita y todopoderosa. Ellos escuchan todas las

plegarias: las de quienes ruegan por un niño, las de los propios niños... —Dejó la frase sin terminar—. Pero ahora tendrás que perdonarme. Debo dejarte para que realices tus meditaciones y ofrendas —anunció por fin. Su actitud de indulgente paciencia había desaparecido y su aspecto era ahora el de quien se ha demorado demasiado y ya sólo desea marcharse cuanto antes. Di no pudo resistirse a hacerle una pregunta directa.

—¿Conocéis a ese caballero indio, abad?

El monje movió la cabeza con aire ausente.

—Debo dejarte para que realices tus meditaciones y ofrendas —repitió—. Ya que no vas a quedarte aquí, desearás volver a Yangchou antes de que anochezca, supongo. El camino es muy oscuro.

Di contempló al abad. Aunque su rostro parecía delatar cierta inquietud, Di se contuvo e intentó no leer demasiadas cosas en él. Lo que parecía una actitud abstraída muy reveladora, llena de significados ocultos, podía deberse simplemente a un retortijón de estómago que le recordase que se acercaba la hora de la cena. Por lo que había observado de aquel hombre rollizo y complaciente, era un individuo que cultivaba con esmero sus hábitos y rutinas.

—Te deseo suerte —dijo el abad con una sonrisa afable y se dio la vuelta.

Di sacó la bolsita del incienso del bolsillo mientras sus ojos seguían al abad. Al falso devoto le pareció ver que el monje apresuraba el paso al marcharse. ¿O se trataba, simplemente, de aquel mismo caminar pomposo y arrogante que Di ya había apreciado en él? Exhaló un suspiro. No sabía más de lo que ya conocía cuando se había puesto en marcha aquella mañana. También él estaba hambriento. El ofrecimiento de comida que el abad le había formulado un rato antes con tanta afabilidad, parecía haber caído en el olvido. Sin embargo, pese al cansancio y al desánimo que sentía, aún no podía marcharse.

Sabía que debía continuar la pantomima de las ofrendas y las plegarias. Debía dar por sentado que le observarían mientras permaneciera en el monasterio. Vio un pequeño quemador de incienso en forma de buey al pie de la *bodhisattva* Kuan-yin. Levantó la tapa, vació de ceniza la base con un soplido y colocó los pequeños conos perfumados, menos uno, en un semicírculo en el interior. Acercó el vértice del cono restante a la llama de una vela y lo utilizó para prender los demás. Después, apagó las llamas con otro soplido y las puntas emitieron su resplandor, como un distante semicírculo de fuegos de campamento. Introdujo el último cono en el quemador y colocó de nuevo la pesada tapa de bronce. Un humo colorado surgió en volutas de los ollares del buey, y también se alzó de una hilera de pequeños orificios abiertos en el dibujo decorativo que cubría el lomo del animal. Sin mirar a su alrededor, Di se arrodilló respetuosamente y empezó a musitar una cháchara incomprensible, elevando sus balbuceos al cielo entre el humo del incienso.

Di extrajo una de las tallas religiosas de la caja, la estudió unos momentos y la colocó en una estantería, sobre el escritorio. En el suelo había varios fardos como el ya abierto.

Había hecho embalar con sumo cuidado la colección del ministro de Transportes y la había mandado llevar a su despacho. Era evidente que en la casa del ministro no había lugar para las piezas, y su sucesor, que ocuparía el despacho del difunto la semana siguiente, había expresado el deseo de que fueran retiradas de inmediato. Además, pensó Di, las tallas seguían constituyendo una prueba.

Pero la razón más importante era que se había despertado su curiosidad desde su ronda de los monasterios. Quería saber más sobre el misterioso pensamiento de la India, donde lo sagrado y lo profano parecían tan entremezclados.

Di quitó la paja de una de las cajas abiertas y dejó a la vista una porción de un friso tallado. Un grupo confuso de figuras se abrazaban, copulaban por delante y por detrás y se arrodillaban para realizar felaciones. En medio, un hombre gozaba con una yegua. Di contempló la escena un rato antes de levantar la pieza y apoyarla contra una pared. Era interesante, pero no le producía el mismo efecto que las tallas de parejas, las cuales le resultaban mucho más incitantes.

En una de ellas, un hombre de espaldas fuertes y proporciones heroicas abrazaba a una mujer delicada y voluptuosa que apretaba los pechos contra su cuerpo mientras rodeaba su cintura con una pierna ágil y flexible. El hombre le sostenía la pierna con una mano mientras con la otra acunaba la barbilla de la muchacha, alzando su rostro para contemplarla. Di examinó algunas otras y estudió las miradas francas de los amantes, las manos que acariciaban piernas, brazos y pechos con delicadeza y ternura; los gestos de aquellas figuras eran tan... humanos. No se le ocurría otro modo de describirlos. Y lo emocionaban profundamente. Dirigió de nuevo la mirada al friso apoyado en la pared; la obra presentaba una sexualidad indiscriminada, orgiástica, casi ritual, una fuerza desatada y sin control. Las parejas de amantes, en cambio, sugerían dulzura, gozoso coqueteo, un erotismo concentrado que resultaba mucho más de su gusto.

No era que Di no hubiera visto poco arte erótico a lo largo de su vida. Los maestros pintores chinos solían dedicar su atención a la descripción gráfica y vigorosa del acto amoroso. Incluso estaba al corriente de que existía una concepción de la sensualidad como forma de meditación religiosa; había oído hablar de las intrigantes prácticas esotéricas de ciertas sectas taoístas que se sumergían en el vasto flujo incesante del río de la vida, según decían, a través del sexo. Sin embargo, sus seguidores eran tachados a menudo de intrusos sociales y religiosos, de oportunistas detestables que se revolcaban en la concupiscencia y satisfacían sus apetitos carnales bajo el disfraz de la contemplación espiritual. Di tenía la sensación de que, en la India, el concepto era radicalmente distinto. Era como si los artistas que habían

realizado aquellas tallas hubieran tropezado con una rica veta de inspiración divina. Se llevó a la nariz una pieza de madera labrada y aspiró su leve fragancia, imaginando por un instante que se trataba del aroma de la propia India.

Quizás algún día iría allá. Por lo que había oído, un franco erotismo impregnaba todos los estratos de la sociedad india. Se preguntó si sería cierto lo que le habían murmurado: que en la India uno apenas podía tomar aliento, probar bocado o ver pasar una nube por el cielo sin una intensa percepción de la dimensión erótica de cada acto. Parecía que la manifestación de una sexualidad vigorosa y constante era poco menos que obligatoria para mantener el orden en el mundo. Los primeros textos hindúes estaban llenos de referencias a que las sensuales escenas de pasión entre humanos servían de estímulo a las deidades para tener relaciones sexuales, cargando así el universo de energía divina, como el cielo en la tormenta. Un recurso muy expeditivo, pensó Di.

Los autores de la obra que tenía ante sí habían estado verdaderamente inspirados. Di reconoció en las actitudes de los hombres y mujeres tallados sus propios deseos irrealizados y sus momentos culminantes, los raros instantes de su vida en que el abrazo sexual había sido sublime, trascendente, armonioso. Sí, comprendía muy bien el origen del poder de aquellas obras de arte. Y empezaba a comprender que resultara perfectamente apropiado que una confesión religiosa apelara a estas emociones en sus devotos.

Encendió una lamparilla y la colocó en el escritorio. Aún no había oscurecido, pero el día había sido nublado y ya empezaba a caer la tarde. Con cuidado, levantó la tapa de otra caja y quitó el relleno; en la paja había *lingams* de todas las formas y tamaños y con diversos grados de refinamiento o de tosquedad. Levantó varios y los instaló sobre el escritorio, apuntando hacia el cielo de forma muy realista.

El *lingam* ponía de relieve realmente la historia entera de la mentalidad de la India, pensó Di, estudiando la curva erecta, audaz, de uno de ellos. China tenía el yin y el yang, los principios masculino y femenino del universo, entremezclados y abrazados. Pero, en comparación con lo que ahora contemplaba, la forma china era tan seca, tan distante, tan... abstracta. En cambio, aquel simbolismo indio, hindú, era ardiente, apasionado, impregnado de energía. El *lingam* era, en realidad, un símbolo de un símbolo, pues el órgano viril erecto que imitaba ya era considerado una representación de la potencia divina.

En cierta ocasión, un erudito monje indio le había contado a Di que algunos devotos de aquella tierra lejana no se molestaban en venerar el símbolo secundario, el *lingam*, y adoraban directamente sus propios órganos erectos. El mismo monje le había hablado de salas especiales anexas a templos en las que se exhibían cientos y cientos de esas representaciones fálicas, y no había casa en cuyo altar familiar faltara una de ellas; allí era venerado, cuidado y ungido con manteca fundida y engalanado

con guirnaldas de flores. Incluso había lugares de la India, le había cuchicheado el monje, en los que era costumbre que la novia fuera desflorada, no por el marido, sino por el *lingam* ritual; de este modo, la mujer pertenecía primero a la deidad y después a su marido.

Bien, pensó Di, el ministro de Transporte había tenido su propia colección de falos divinos, comparable a la de un templo. Y él mismo podía atestiguar su efecto abrumador. De todos modos, seguía intrigándole el interés del difunto por aquellos objetos y por el resto de las obras de arte eróticas; ¿también el ministro había sido sensible a sus efectos? ¿Había conservado las piezas a su alrededor porque lo estimulaban, lo excitaban, porque lo hacían soñar? ¿O acaso el sentido de la presencia de aquellas piezas se limitaba estrictamente a su rareza y erotismo, obras sin duda muy costosas y que proporcionaban un prestigio especial a su poseedor? Encendió otra lamparilla y se volvió hacia las espléndidas escenas expoliadas a algún templo.

Apsaras. Éste era el nombre que recibían las mujeres de las tallas, según le había dicho el monje. Eran una especie de cortesanas divinas cuya belleza, atractivo y habilidad en el arte del amor excedían los de las mujeres terrenales, como la sabiduría y el tiempo de vida de un dios superaban los de un mortal. Las *apsaras*, se decía, habitaban en el otro mundo, donde languidecían de deseo por los virtuosos difuntos, sin otro propósito que recompensarlos por toda la eternidad. Y la recompensa empezaba en la tierra, al parecer; era muy propio, ciertamente, que un hombre intentara hacerse un maestro en el arte amatorio, mientras desarrollaba esta existencia terrenal, si quería encontrarse en los brazos de las *apsaras* por toda la eternidad.

Se arrodilló sobre una talla que aún descansaba en su embalaje. Era la figura solitaria de una *apsaras* voluptuosa y exuberante que contoneaba sus sensuales caderas. El contorno de sus pechos, increíblemente erguidos, estaba perfilado por un collar que descendía, adherido a cada curva, hasta su vientre, donde unas suaves líneas horizontales sugerían una lozana distribución de grasa que acentuaba el profundo triángulo entre sus piernas. La figura estaba desnuda, sólo unas joyas decoraban la cabeza y los brazos, y también pies y tobillos, y su rostro exhibía una sonrisilla críptica. Toda su postura sugería que estaba dispuesta y esperando. Era la auténtica cortesana celestial. Di entrecerró un poco los ojos, intentando observarla no como un pedazo de madera tallada, vieja y seca, sino como un ser de carne y hueso. Se empeñó en imaginarse una suave piel morena, un destello del oro de sus joyas sobre esa piel, un cabello y unos ojos de profunda negrura. Di sonrió. Bajo la suave luz de la lamparilla, imaginar todo aquello no era nada extraordinario. Por un instante, alcanzó a verla como deseaba. Tenía la misma piel de la cortesana que un joven pariente del magistrado le había proporcionado para su decimoquinto aniversario, sin el conocimiento del resto de la familia. Era una mujer india y su piel olía a humo y a pachulí. Para el joven, había sido una noche larga y febril; todavía

recordaba los menores detalles de aquellas horas con absoluta claridad.

Empezó a sacar la pieza de su embalaje, considerando que merecía ser colocada en un lugar de honor, y varias hojas de papel enrolladas cayeron al suelo, como si hubieran estado adheridas a la parte posterior de la escultura. Dejó ésta en un taburete y se agachó a recoger los papeles. Alisó uno de ellos sobre el escritorio, cerca de la lámpara, y leyó:

... sus muslos forman el altar del sacrificio; el vello entre ellos es la hierba sacrificatoria en la que se arrodilla el hombre; su piel es el licor sagrado que bebe el hombre hasta embriagarse; los dos labios entre los muslos son el lugar donde la vara enciende el fuego sagrado. En verdad, el mundo del hombre que practica el arte del amor consciente de todo esto es tan elevado como el de quien lleva a cabo el sagrado sacrificio de la libación de la fuerza...

Di levantó los ojos al tiempo que un torrente de sangre caliente afluía a su rostro desde todas los rincones de su cuerpo. Aquellas hojas de papel eran una traducción de algún texto sagrado indio; evidentemente, el difunto ministro de Transportes estaba interesado también en las imágenes verbales... ¡Y por el cielo que éstas eran aún más sugerentes que las tallas! Las esculturas no le habían producido, ni mucho menos, una impresión semejante.

Allí estaba el magistrado, a solas en su despacho, asaltado por punzadas muy tangibles de excitación física, con el rostro enrojecido y el pulso y la respiración aceleradas, y todo a causa de unas palabras en un papel.

Pensó en sus esposas. Aquella noche visitaría a una de ellas. Pero ¿a cuál? En aquel momento, la prerrogativa le correspondía a la segunda. Era ésta la que tenía el derecho a recibir sus atenciones y, a decir verdad, Di estaba comprometido con ella. Sin embargo, su primera esposa, una mujer más flexible e imaginativa, estaría más dispuesta a acompañarle adonde él quería ir esa noche. Si Di se decidía por ella, finalmente, tendría que asegurarse de compensar a su segunda esposa, y pronto. Cerró los ojos y dejó que desfilaran por su mente imágenes tentadoras. Se sentía potente y necesitaba con urgencia una sesión de relajación y revitalización. Esa noche, quizá pudiera ir con las dos. Sí, claro. ¿Por qué no? De nuevo, bajó la vista al papel: «... el lugar donde la vara enciende el fuego sagrado».

Si no hubiese captado el levísimo crujir de uno de los tablones del suelo detrás de él, el golpe le habría alcanzado de lleno en la parte posterior de la cabeza, pero su cuerpo reaccionó antes de que su mente tuviera tiempo de comprender qué sucedía. Se inclinó a un lado y recibió el impacto en el hombro derecho. Su mano se alzó en

aquel mismo instante, agarró un pedazo de madera áspera y astillada y lo retuvo. Luego, llevó atrás la otra mano y cerró los dedos con fuerza en torno a una de las prendas que vestía el atacante. En este extraño abrazo, que impedía a ambos contendientes verse el rostro, dieron vertiginosas vueltas por la estancia derribando muebles y tallas con un estrépito tremendo. Di tiraba de la cachiporra con todas sus fuerzas, con el brazo en un ángulo torpe y débil; las astillas se le clavaban en los dedos y notaba el aliento cálido de su atacante en el cuello. Después, retrocedió hacia la pared y estrelló el cuerpo de su adversario contra ella una, dos, tres veces, hasta que el desconocido soltó el garrote, que Di arrojó lejos, y sin soltar la ropa del agresor, el magistrado se volvió para verle la cara al tiempo que lo inmovilizaba contra la pared con un brazo a la altura del cuello.

La sorpresa mayúscula que se llevó al mirar lo dejó paralizado durante, quizás, el lapso de tres latidos. Un muchacho de no más de doce o trece años, larguirucho y delgado, con el cabello corto y erizado, le devolvía la mirada con ojos desorbitados, jadeando y con los pies rozando apenas el suelo. Di relajó la presión del brazo para que el muchacho pudiera respirar. Esos escasos segundos en que bajó la guardia bastaron al otro. Clavó los dientes en el brazo de Di, se desembarazó de él, que lanzaba alaridos de dolor, y antes de que Di supiera qué había sucedido huyó por la puerta que daba al balcón. El magistrado se lanzó en su persecución, pero algo rodó bajo sus pies y Di se llevó un tremendo costalazo. Cuando consiguió incorporarse, dolorido, y salió al balcón para asomarse a la barandilla, el muchacho había desaparecido.

Tembloroso y con la espalda resentida, Di observó el despacho. La talla de la hermosa *apsaras* yacía, en la alfombra, boca abajo. Los *lingam* habían caído al suelo y rodado en todas direcciones. En uno de ellos había resbalado, naturalmente: un falo sagrado lo había derribado. Y Di podía considerar un milagro que no se hubiera abierto la cabeza. Con manos aún temblorosas, empezó a poner las piezas en orden con el temor de que alguna hubiera sufrido daños. Por suerte, no había nada roto; igual que aquellas obras de arte, su estado de ánimo también estaba en desorden. Cogió la *apsaras* y la contempló. La sonrisa de la escultura no había variado. Ninguna trifulca terrenal, ninguna pelea entre mortales podía perturbar su deseo eterno, inalterable.

En el extremo opuesto de la estancia, adonde la había arrojado, encontró la porra destinada a hundirle el cráneo; era un pedazo de madera pesado y basto, del grosor de un brazo y la mitad de su longitud, perfectamente adecuado para un golpe mortal mientras uno estaba sentado, absorto y desprevenido. Así era como había muerto el ministro de Transportes, precisamente. Di tuvo casi la certeza de sostener en sus manos la misma arma que había causado la muerte de aquel desgraciado. ¿Y el diablillo que había huido por el balcón? Sin duda, durante unos breves momentos, el

magistrado también había tenido en sus manos al asesino.

Se miró las palmas. En la que había sostenido la porra debía de tener clavado un centenar de astillas. Empezaba a escocerle y a dolerle intensamente. Por la noche, cuando acudiera a alguna de sus esposas, sería para pedirle que buscara, con su infinita paciencia femenina, todas las mortificantes astillas, que las extrajera y que ungiera con bálsamo calmante las heridas con sus manos suaves y frías.



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Empiezo a considerar que las magulladuras del hombro y la espalda, junto con los vendajes de la mano y el brazo, son una forma que tiene el jardinero muerto de reclamar mi atención. Ahora, su recuerdo me acompaña mientras estoy despierto. Me arrastro de un lado a otro renqueando como un viejo y, tanto si me levanto del lecho dolorosamente como si me agacho con esfuerzo para calzarme una zapatilla, o incluso cuando levanto un pincel para escribir, percibo su espíritu ultrajado en cada punzada y cada calambre. Lo único que he conseguido es confirmar mi teoría, pues, gracias a mis palos de ciego, es evidente que he atraído la atención de los verdaderos asesinos.

¿El muchacho que casi logra despacharme, cuyos dientes aún llevo marcados en el brazo? No puedo creer que sea el único autor; la complejidad de la vida del ministro de Transportes (aunque ésta sea sólo una sensación inconcreta e inquietante, envuelta en sombras) me lleva a pensar que el muchacho es, sin duda, un asesino a sueldo, un mono ágil y letal capaz de moverse sin ser percibido y de escabullirse por las rendijas, escalar balcones y escapar por los tejados.

Aunque me gustaría mucho, no puedo dedicar todas mis horas a este caso. Existen muchos otros asuntos que debo atender, pues he sido ascendido al cargo de primer ayudante del magistrado superior. Incluso hay varios casos más de asesinato. Después de lo que he visto, sé que debo aplicarme a ellos con especial diligencia. No puedo permitir que ningún inocente más caiga en manos del verdugo. Mis golpes y heridas mejorarán y, muy probablemente, el fantasma hambriento del jardinero quedará en un segundo plano, pero nunca estará ausente de mis pensamientos. Y buscaré entre la gente el rostro del joven asesino. Desde luego, a éste no lo olvidaré. Y también estaré más atento a los crujidos de los tablones a mi espalda, a las puertas que se abran con cautela y a la sensación de un aliento en la nuca.

¿Y si el muchacho hubiera conseguido su propósito y hubiesen hallado mi cadáver tendido sobre la alfombra? ¿Habrían hallado a algún otro jardinero a quien cargar la culpa, o habrían puesto todo su empeño en descubrir la

verdad? Me da miedo pensar en la respuesta.

3

Año 653

Luoyang, la capital oriental, sede del gobierno imperial y emplazamiento del Palacio Real

La luz que se filtraba a través de la cortina de la alcoba aquella mañana debía de producir extraños efectos en el reflejo de su imagen. Era la única explicación. La estampa que le ofrecía el espejo transformaba su apariencia juvenil en una realidad demacrada y profética. Cansados y gastados, los ojos que le devolvían la mirada eran los de una vieja, hundidos en los pozos oscuros de sus cuencas huesudas.

La señora Yang podía apreciar sin ninguna dificultad las bolsas que formaba la piel bajo sus pómulos altos y la palidez marmórea de sus facciones, salpicadas de manchas de origen hepático y de esos pelos ralos que les salen en la barbilla a las abuelas. Sí, eso es lo que eres ahora, le dijo a su imagen reflejada: una abuela. Mejor dicho, no tardaría en serlo. Entonces le llegó la inspiración. Aquella era, sin duda, la razón de aquella manifestación persistente, de una severidad inusual. Era una señal de la inminencia del parto.

Ladeó la cabeza y echó un vistazo a la bruja del espejo. De la noche a la mañana, se había convertido en su madre. Así pues, era cierto lo que todo el mundo decía: que poco a poco una adquiriría, de alguna manera, la imagen de su padre o de su madre. Pero la mujer no había esperado que el proceso fuera tan rápido y alarmante.

Los bruñidos espejos del pasillo que conducía al recibidor recogieron y multiplicaron la misma imagen. Naturalmente, todo era un efecto truculento de una luz poco halagadora, se dijo la señora Yang. Una profecía sin fundamento. Un mero producto de su imaginación. Pero las profecías, bien lo sabía, acababan por cumplirse si una les daba crédito y les insuflaba vida. Intentó apartar de su mente tan inquietante idea. Dio media vuelta y, a continuación, volvió otra vez la cabeza como si quisiera pillar desprevenidos a sus múltiples reflejos. Esta vez eran cuatro, que la miraron de nuevo. Pero en esta ocasión eran un poco más viejos, como si los ojos de la mujer no se engañaran. Y un poco más exasperados que antes... ¡como si se estuvieran hartando de ella!

Elevó las cejas, abrió mucho los párpados y levantó la barbilla con aire enérgico; luego, se miró de perfil en el espejo, volviendo la cabeza a uno y otro lado. La señora Yang sabía que en realidad seguía siendo joven y hermosa y en absoluto parecida a su madre, pero aquel efecto envejecedor, aquella broma de los sentidos, que últimamente le había producido tantos quebraderos de cabeza, resultaba especialmente difícil de desvanecer aquella mañana. Sí, se dijo la mujer, aquello sólo podía significar una cosa. El momento estaba ya muy, muy próximo. ¡Más de lo que había creído! Se incorporó, alarmada. ¡Quizás era ya demasiado tarde! ¡Tal vez era ésa la causa del retraso de su hija aquella mañana!

Incapaz de permanecer sentada sin hacer nada, deambuló por la estancia sin

descanso. Era un manojo de nervios. En su ir y venir llegó hasta el diván antes de dar media vuelta y recorrer de nuevo el pasillo. Esta vez intentó cerrar su mente a las reflexiones críticas y mordaces, se encaminó directamente a la ventana y corrió las pesadas cortinas de brocado para contemplar el exterior a través de las rendijas de las sólidas persianas de madera. El patio estaba vacío.

Abandonó el recibidor, pero apenas había recorrido medio pasillo en dirección a sus habitaciones —por un instante, aquellos rostros viejos, fatigados y obstinados la acosaron de nuevo— cuando dio media vuelta y se encaminó de nuevo hacia el vestíbulo de la casa. La cortina apenas había dejado de oscilar después de su último contacto; en esta oportunidad, la mujer la asió y la corrió completamente a lo largo de su barra de madera, tallada con esmero. Abrió los delicados postigos y dejó la estancia a merced de la luz brillante y uniforme de la mañana.

Afuera, el patio estaba tranquilo, bañado por el sol y retadoramente vacío. No llegaba el menor sonido prometedor desde la calle, al otro lado de las altas puertas de madera, ni siquiera un lejano traqueteo de pezuñas. Nada. Olfateó el aire y la impaciencia arrancó un silbido de su nariz. Las macizas puertas parecían testarudas y solitarias, como si no fueran a abrirse nunca más.

Al cabo de un instante, se retiró de la ventana y llamó a los criados. La vitalidad y la determinación fluyeron a su ser, desplazando los sentimientos muertos, ásperos y atrofiados de la frustración y de la pérdida de tiempo. De nuevo, llamó a los criados a gritos desde las puertas del recibidor. En aquel preciso instante, percibió la presencia de su hija.

Wu, la hija, llegó sentada en un palanquín con cortinas transportado en peso por ocho hombres. Llegó como lo hacían todos los miembros de la familia, siempre libres de la común e inevitable necesidad de esforzarse. Todo trabajo era vulgar y despreciable, solía repetirle su madre. Cualquier cosa que no llegara a su hija con facilidad y sin esfuerzo no era indicada para ella.

Últimamente, sin embargo, la señora Yang había tenido que modificar su actitud. La posición de la familia, un día encumbrada, bajo la anterior dinastía Sui y bajo el primer emperador T'ang, Kao-tsu, había decaído un poco. Bajo el reinado de Tai-tsung, el usurpador del trono de Kao-tsu y difunto padre del actual emperador, Kao-tsung, la familia había recuperado parte de su prestigio gracias a la hija. Wu había sido la consorte favorita —joven, embrujadora e imaginativa— del viejo emperador. Ahora, muerto Tai-tsung y con su hijo a la cabeza del imperio, se daban las condiciones para que la familia volviera a ocupar el lugar que le correspondía. Con Tai-tsung, la hija sólo había sido una consorte; con Kao-tsung, en cambio, su papel no tenía limitaciones. Pero no lo había conseguido sin dedicar un esfuerzo y unos sacrificios considerables a ello. Y el trabajo que quedaba por delante para la señora Yang y su hija prometía ser arduo, pero el fin era absolutamente noble y merecía la

pena. La madre sabía que su difunto esposo, el amado padre de Wu, habría dado su aprobación. Si una se veía obligada a trabajar, se dijo a sí misma, no había nada mejor que hacerlo con resolución. Ella y su hija demostrarían al mundo qué era trabajar de verdad.

Wu descendió del palanquín a las losas del patio, calentadas por el sol, y posó los dedos de largas uñas en las palmas de las manos que le ofrecían sus doncellas de compañía. La señora Yang estudió con alivio y aprobación el vientre abultado de su hija, ya próxima a dar a luz, que destacaba bajo la seda brillante de su vestido. Bien, pensó. Todavía tenía tiempo.

Apenas la hija había puesto su delicado pie en las piedras cuando un enorme parasol con flecos fue alzado sobre su cabeza para protegerla del sol al tiempo que se desenrollaba ante ella una larga alfombra de ricos colores. Madre e hija cruzaron una mirada. *Piensa como una reina. Compórtate como una reina. Sé una reina.* La señora Yang había aleccionado a su hija Wu a repetir estas palabras mentalmente cada día, igual que las monjas del budismo *Mahayana* invocaban a numerosos salvadores ayudantes. Todo era pura mentalización. A esto se referían los budistas cuando hablaban de trascender la materia con el pensamiento. La señora Yang lo entendía perfectamente.

Madre e hija se sentaron a solas en torno a la gran mesa, a la sombra del cenador del jardín.

La madre había despedido a las doncellas para asegurarse una absoluta intimidad. Las seis muchachas caminaban ahora entre risas y murmullos junto al estanque, de aguas como un espejo; desde allí no podían oír lo que hablaban sus dueñas. La madre sirvió a la hija un poco de vino frío mientras daban cuenta de un plato de cerdo frito al jengibre y un poco de fruta con miel.

—¿Aún sigue complacido? —preguntó la señora Yang con la boca llena, señalando con los palillos el vientre de su hija.

—En gran medida —respondió ésta con una sonrisa—. Todo le complace. —Tomó un abundante bocado y añadió—: Tenías razón, madre. Por supuesto.

—Dime en qué tenía razón —quiso saber la señora Yang, satisfecha, al tiempo que empalaba un pedazo de carne.

—Ya sabes que ha heredado las predilecciones de su padre. —Wu pasó el revés de la mano por el canto redondeado de la mesa con gesto sensual—. Pero, en el hijo, son más que predilecciones.

—La casta es la casta, tanto entre los caballos como entre los hombres. Todas las características se manifiestan con el tiempo —afirmó la madre y se llevó a los labios un trozo de sabroso cerdo—. Las predilecciones del padre se convertirán finalmente en las costumbres del hijo. Si se cultivan un poco, naturalmente —añadió.

Luego, pensativa, fijó la mirada en el plato y en la copa de vino, disfrutando de la

agradable intriga, del entendimiento tácito entre ambas de que todos los detalles serían revelados a su debido tiempo. La hija extendió la mano derecha sobre la mesa brillante con gesto lánguido. La señora Yang observó que sólo cuatro de sus dedos mostraban las uñas largas y cuidadas; un capuchón de exquisito *cloisonné* cubría la yema de su dedo corazón, el más largo. Madre e hija se sonrieron.

—Ciertas cosas que deleitaban al padre también lo hacen con el hijo —apuntó Wu—. Pero en éste los gustos son más... ¿cómo lo diría?... están más desarrollados.

—... más plenamente realizados —sugirió la madre.

—Con mi ayuda, por supuesto —añadió la hija. Alzó la mano derecha con el dedal e inclinó el cuerpo hacia su madre por encima de la mesa—. El emperador Kao-tsung se vuelve loco con este dedo —cuchicheó.

La señora Yang echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Su risa era contagiosa y las dos se desternillaron, balanceándose en sus asientos hasta atraer la atención de las doncellas, que las miraron alarmadas desde el estanque. La señora Yang dejó sus utensilios a un lado y se secó las lágrimas. La hija apoyó la barbilla en la mano y estudió el placer de su madre.

—Es cierto —insistió Wu-chao, tratando de recuperar una pizca de seriedad—. La emperatriz hace cosas por él, pero con indiferencia, sin ningún placer, sólo porque es su deber conyugal. Está dispuesta a hacer lo que su imperial marido exija. Pero él se da cuenta, lo percibe y me confiesa que la actitud de la emperatriz apaga su deseo. Yo, en cambio...

Se encogió de hombros. No necesitaba terminar. Adelantó de nuevo la mano y sacó el capuchón de *cloisonné*, ofreciendo el dedo al examen minucioso de su madre.

—He hecho que los médicos del emperador me extirparan la uña para que no volviera a crecer. —Al oír la declaración de su hija, la señora Yang hizo una mueca. Wu cogió el dedal y lo contempló con admiración—. He mandado fabricar muchos de estos objetos, de diferentes colores y formas. Protegen el extremo sensible del dedo. Y, naturalmente, su presencia sirve para recordarle al emperador en todo momento...

Las dos se echaron a reír otra vez y Wu volvió a colocarse el dedal con un movimiento exagerado y sensual que provocó en la madre una comedida sonrisa de admiración.

—He desarrollado para él una técnica muy sutil, madre; la he perfeccionado y te aseguro que le hace perder todo control de sus pasiones. Es la absoluta renuncia de su voluntad. Su miembro se pone tan rígido que pasa «de arenisca a jade». —Wu se acarició con cariño aquel dedo talentado.

—Ningún sacrificio es excesivo —apuntó la señora Yang.

—El dolor y la excitación alcanzan tal grado de tormento y de éxtasis que queda absolutamente incapacitado. ¡Absolutamente! Tan desvalido como un niño de pecho.

Si lo dejara en ese momento, creo que se volvería loco. Se convierte en un muñeco, en un juguete con una cosa entre las piernas dura como una roca... —Wu se calló unos instantes mientras evocaba el recuerdo de la lujuria indefensa del emperador.

—Es la tortura más exquisita —continuó—. El flujo del *ch'i* a través de los conductos inferiores de su cuerpo queda prácticamente obturado, de modo que esos humores son devueltos a su organismo. Entonces es totalmente incapaz de liberar la presión que se acumula dentro de él. A no ser... —hizo una pausa—, a no ser que yo lo libere. ¿Sabes, madre, cuántas veces lo he llevado a ese estado y luego lo he abandonado...? ¡Sólo en broma, para burlarme de él! Lo he llevado a esa maravillosa dureza y luego le he atado las manos... siempre jugando, entiéndeme —explicó Wu, abriendo las manos—, lo he atado a los postes del dosel de la cama con el ceñidor de seda de mis ropas.

Wu suspiró de placer y tomó con los palillos un bocado de fruta, al tiempo que bajaba los ojos modestamente. Al cabo de un momento, continuó:

—Y luego (ésta es la parte más divertida, madre) bailo para él, levantando las faldas muy por encima de las rodillas; y hay ocasiones en que, sencillamente, giro seductoramente en torno al diván, y me contoneo y me acaricio... Él es incapaz de soportarlo. Me dice que ninguna de las otras es capaz de llevarlo a ese estado. Intenta cogerme o, al menos, eso finge. Es una de las cosas que más le excita. El depredador aprisionado. Intenta liberarse de la seda mordiénola como un animal salvaje, agita los postes del dosel y los hace temblar hasta el punto que temo que la cama vaya a hundirse en cualquier momento. Creo que podría escapar si realmente quisiera hacerlo, pero no es así. Siempre se detiene antes de hacerse daño o destrozarse el mobiliario. El juego sólo le sirve para excitarse hasta la locura; le extasía la demora, la espera, con su verga de jade latiendo, hinchada hasta casi estallar... La cabeza de su «tortuga» es tan roja y brillante como los pilares bermellón de su porche.

—Sin duda, ya se fijó en esa burlona perversidad tuya cuando era el príncipe heredero y te observaba de lejos. Ya entonces, algo en él, inconsciente e inmaduro, se sentía atraído hacia ti. En esa época, él apenas lo entendía. Pero yo lo sabía. Muchas veces, lo sorprendía observándote. Ya lo tenías prendido.

»Al principio, el príncipe no comprendía qué le sucedía en tu presencia —continuó la madre, como si le contara a su hija la historia de personas de un tiempo remoto—. Tal vez lo tomó por simple deseo, por mera lujuria que quedaría saciada cuando finalmente se acostara contigo. Pero, naturalmente, no podría hacerlo mientras continuaras siendo consorte de su padre, de modo que tuvo que borrar la idea de su cabeza, ya que no podía hacer nada al respecto. Pero entonces llegó el momento en que vio expedito su camino y tú eras el agente del destino. ¡Tú! —La señora Yang señaló a su hija y sacudió el dedo—. No te había podido apartar de su mente.

Wu se sentó muy erguida, absorbiendo extasiada cada palabra de la conocida historia de su creciente influencia. Nunca se cansaba de escuchar el relato.

—Es cierto, madre. Es incapaz de apartar sus ojos de mí, ni siquiera cuando está presente la emperatriz. Ella se muestra tolerante. Supongo que lo considera un interés pasajero por otra mujer. O, tal vez, que debemos limitarnos a compartirlo: ella, como emperatriz, y yo, como primera consorte. —Wu se arrellanó en su asiento y entornó los ojos—. Sí, ella es tolerante, pero la corte... La corte es otra historia. Lo peor son los seis viejos consejeros de Tai-tsung a los que el difunto emperador dejó encargado que cuidaran de Kao-tsung como otras tantas amas de cría melindrosas. Eso no se hace, dicen todos ellos en un coro estúpido, moviendo la cabeza. No es un comportamiento correcto, según ellos. Esos viejos aristócratas creen que cualquier mujer que forme parte de la vida de Tai-tsung debería ser relegada a un palacio distante o a un convento y llevar allí una existencia de luto perpetuo. Y consideran que, a la muerte del esposo imperial, sus mujeres deben darse por acabadas, por muertas. Los consejeros han dejado muy claro que eso es lo que preferirían. Mi presencia es apenas tolerada... y sólo porque he proporcionado a Kao-tsung el temple necesario para enfrentarse a ellos. Mientras no me deje ver demasiado, mientras me mantenga en un segundo plano, mientras él utilice las escaleras de servicio para llegar hasta mí, los consejeros no organizarán ningún escándalo sonado. Pero no les gusta, madre. No les gusta en absoluto. ¡Claro que a mí tampoco me gusta ese condenado grupo de viejos entrometidos! —Hizo una pausa para paladear su justa indignación—. ¡Qué absurdo, madre! ¡Que seis ancianos que deberían estar en la tumba desde hace tiempo compartan un poder casi igual, una responsabilidad pareja en el gobierno...! ¡Es absurdo! ¡Absurdo!

Wu descargó sobre la mesa una enérgica palmada que hizo temblar la vajilla.

—¡Deberían estar todos en el infierno, madre! —exclamó en voz alta. Sus palabras atrajeron de nuevo la atención de las doncellas que aguardaban junto al estanque—. ¡Son viejos y deberían morir antes de interponerse en mi camino!

—¿Has terminado? —preguntó la señora Yang con tranquilidad. Su porte era sereno y controlado; su tono de voz reflejaba una larga experiencia en el trato con su hija—. Quizá llegue el momento —añadió con una sonrisa insinuante— en que mi hija comprenda que la corte no cuenta. Que los deseos de los consejeros, sus proyectos para el joven emperador y su consorte no importan en absoluto.

Al contemplar el hermoso rostro de su madre y escuchar sus palabras tranquilizadoras y su tono confiado, que siempre eran un bálsamo para su carácter incendiario, Wu se relajó de nuevo. Siempre, en toda circunstancia, podía confiar en su madre.

—Ya casi lo tienes encandilado, Wu-chao —dijo entonces la señora Yang.

—¿Qué quiere decir «casi»? ¿A qué te refieres, madre?

—Me refiero, querida mía, a que todavía no lo has conquistado. Solamente has atrapado a la bestia que hay en él; todavía te queda hacer caer en la trampa al hombre. —La señora Yang se llevó un dedo solitario hasta la altura de la nariz con gesto enérgico. Cerró un ojo como si se dispusiera a tasar una pieza de joyería y miró a su hija—. Todavía no tienes su devoción completa. Llevas muy poco tiempo con Kao-tsung. Demasiado poco para poder estar segura. Y, por supuesto, está la emperatriz, que se interpone en tu camino.

»También está el Consejo de los Seis, aunque éste es el menor de tus problemas. Los consejeros le indican al emperador lo que puede o no hacer, con quién debería casarse... Probablemente, les gustaría marcarle incluso cuándo tomar aliento o cuándo ir de vientre, si él lo tolerara. Y, ya que hablamos de ello, no estoy muy segura de que nuestro joven emperador posea la fuerza de voluntad necesaria para resistirse...

La señora Yang movió la cabeza a un lado y otro y dejó la frase en el aire. Con la barbilla apoyada solemnemente en el hueco de la mano y los dedos cerrados ante los labios, Wu aguardó embelesada a que su madre dijera algo más. Entonces, de repente, la señora Yang alargó las manos y tomó por las muñecas a su hija.

—¡Tú tienes la oportunidad de cambiar todo eso! Tienes una oportunidad única, perfecta y preciosa —declaró con vehemencia.

—¿De qué se trata? —Wu estaba perpleja.

—Posees algo que agrada a Kao-tsung. Algo que complace en gran medida al emperador. Kao-tsung está muy orgulloso del hijo que le darás. Este niño —exclamó, al tiempo que alargaba la mano y la colocaba sobre el vientre de su hija— es el instrumento del destino que estábamos esperando.

La hija bajó la vista a la mano que la tocaba. Después, alzó de nuevo la mirada hasta encontrar la de su madre.

—¿Qué estás diciendo, madre?

—Estoy diciéndote, hija mía, que debes adueñarte de la situación —susurró la señora Yang, al tiempo que retiraba la mano—. Se te presenta una oportunidad de ganarte completamente a Kao-tsung, en cuerpo y alma, pasando por encima de las reticencias del Consejo de los Seis, y, al mismo tiempo, apartar de tu camino el estorbo de poca monta que significa la emperatriz. Todo eso puede hacerse con rapidez... y convenientemente. —La mujer hizo una pausa para observar la reacción de su hija—. Supongo que entiendes lo que estoy diciendo, ¿verdad?

—Lo entiendo perfectamente —asintió Wu, y añadió en voz baja—: Poco después de que tenga el niño...

—No más de una quincena —precisó imperiosa la madre—. No más de ese plazo. Wu no dijo nada; se sentó y asintió con la cabeza, pensativa.

—Debes saber —continuó la madre, bajando de nuevo la voz e inclinándose hacia

delante— que tu padre vino a verme anoche. Dice que no descansará hasta haber hecho todo cuanto esté en su mano por ti. —Abrió los brazos en un amplio gesto que abarcaba todo el jardín—. Su espíritu debería haber pasado a formar parte de todo cuanto existe aquí: las piedras, los muros, los árboles, los estanques, los peces. Pero en lugar de ello sigue esperando. Emergiendo del éter, logra mantener durante unos momentos una forma provisional y vacilante, un delicado equilibrio entre lo real y lo irreal, entre lo material y lo inmaterial, entre el ser y el no ser, entre la sustancia y la forma, entre el *anatta* y el *atman*... Y lo hace por su hija. Por ti. —La madre se inclinó aún más sobre la mesa y continuó su cuchicheo—: Los textos del budismo Hinayana me han ayudado a comprender este proceso. Está todo en el sutra del Diamante. Pero, naturalmente, los tibetanos lo llevan mucho más allá...

—Madre, ¿qué te dijo exactamente? —preguntó Wu, impaciente.

—Tu padre puede ver el pasado y el futuro. Para alguien como él, que ha trascendido estas rudimentarias ataduras materiales, el tiempo no tiene esa tediosa dimensión lineal. Para él, todo el tiempo es como un lazo de seda. Fíjate bien. Coges los extremos de la cinta y haces un lazo de esta manera... —Con una servilleta de seda, la señora Yang hizo una lazada y juntó los dos extremos—. ¡Ya está! —Contempló con satisfacción el resultado—. El pasado y el presente convergen así y, para quien se encuentra en medio —sostuvo en alto la representación para que la observara su hija—, todo el tiempo y todos los acontecimientos resultan igualmente visibles. La invisibilidad es un concepto que sólo defienden los ciegos. No existe ninguna diferencia, ninguna distinción en absoluto entre lo que ya ha sucedido, lo que se produce en el presente y lo que aún tiene que acontecer. Para quien está en el centro, todo es lo mismo.

El crepúsculo descendía sobre el jardín y la media luz daba un carácter excepcional y peculiar a las palabras de la señora Yang. Los cuidadores del jardín y las doncellas se habían retirado al interior de la casa hacía rato y todos los criados sabían que no debían acercarse. Aquí y allá, las aves nocturnas empezaban sus cantos con notas pálidas y tímidas que florecerían en composiciones completas bajo la protección de la oscuridad. Los insectos lanzaban sus chirridos entre las hierbas altas junto al estanque de las carpas, las ranas croaban y el fresco aire del atardecer se notaba cargado.

—A veces, en sus apariciones, vibra como si no consiguiera fijarse en el plano material —continuó la señora Yang—. Otras veces, resulta muy tangible. En estas ocasiones, me siento más que segura de que alcanzaré a percibir el calor de su aliento —explicó con afecto—. Ha visto el futuro y el nacimiento de tu hijo —añadió.

—¿Será niño o niña, madre?

—No lo ha dicho.

—¿Y no se lo has preguntado?

—Una no hace preguntas a un alma en tal estado de tránsito. Se limita a escuchar —dijo la madre con la dignidad y seguridad de un erudito que corrigiera un error en un texto—. Pero una cosa dijo: no debes esperar más de una quincena. La oportunidad se presenta como una puerta en una mansión de sólidas paredes de granito sin ventanas —continuó la señora Yang en su tono suave y apremiante—. Y sólo los más valientes abren esas puertas cuando aparecen.

—No importa, madre —respondió Wu, contundente—. Yo me ocuparé de todo. —No estaba demasiado convencida de la historia de las visiones de su madre, pero creía a pies juntillas en la infalibilidad de sus palabras.

—Y el resto vendrá a continuación. Eso es lo que tu padre ha...

—¿Lo que ha predicho?

—¡Cielos, hija, no! Las predicciones son para los ciegos —precisó la señora Yang al tiempo que se levantaba del asiento—. Tu padre hace declaraciones de hechos. Hace anuncios oficiales.

Las primeras luces de la mañana se colaban en el cuarto de los niños, y Wu reposaba en un asiento con su hija recién nacida en el regazo. Contempló con asombro la miniatura perfecta de las facciones de la niña: los labios curvos, delicadamente esculpidos, las brillantes pestañas apoyadas en el carrillo y la piel traslúcida con las venas azules extendiéndose debajo como zarcillos. Abrió uno de los puños diminutos, extendió los dedos, examinó los verticilos de la palma y de las yemas y, volviendo la manita de la pequeña, inspeccionó las uñas, increíblemente minúsculas pero ya completas, rosadas como escamas de madreperla. La niña yacía de espaldas en ese extraño estado de adormecimiento propio de los recién nacidos, no dormida pero tampoco despierta, agitando brazos y piernas como si soñara y con un gesto enfurruñado, como concentrada en algún malestar interno. Wu puso el índice entre los ojos de su hija y alisó la arruga de preocupación; la pequeña cerró los puños y los agitó en el aire.

Abrió la delantera de la túnica y, sentada bajo los primeros rayos del sol, amamantó a la niña durante un rato, sin apartar la vista del rostro menudo y de los ojos opacos que se abrían esporádicamente mientras la pequeña se alimentaba. Cuando ésta tuvo suficiente y empezó a dormirse, Wu se levantó, con gran cuidado de no despertarla, y la acostó en su cama.

Wu aguzó el oído. No escuchó voces próximas, ni pisadas en el pasillo. Estaba completamente sola. Cogió un edredón grueso, se acercó a la cuna y estudió a su hija, grabando en la memoria las facciones de la criatura dormida. «Vas a contribuir a engrandecer a tu padre» —le susurró; a continuación, colocó el edredón sobre el rostro de la niña y apretó con toda su fuerza.

Mucho después, le pareció despertar de un sueño. Abrió los ojos, vio que la niña había dejado de moverse y dejó de apretar. Sacó el edredón, volvió a la pequeña boca

abajo, colocó brazos y piernas en una posición normal, como si durmiera, y arropó el cuerpo con la colcha.

Se metió en la cama, dispuso las almohadas a su alrededor, se soltó el cabello y lo desordenó como si acabara de despertar. Oyó aproximarse los pasos de Kao-tsung y escuchó su cortés llamada a la puerta.

—Mi señor no necesita llamar —dijo, como de costumbre; el emperador asomó la cabeza, como siempre, y le dedicó una sonrisa antes de entrar.

—He pensado que tal vez querrías descansar un rato más esta mañana —murmuró él con tono solícito.

Wu lo observó mientras se acercaba al lecho. La mujer sabía que existía la opinión generalizada de que Kao-tsung era un joven débil a quien quizá faltaba un poco de decisión, en abierto contraste con su padre, Tai-tsung, amado y venerado como un dios. Con todo, el rostro bien parecido del joven emperador y la simetría de su figura le daban, a los ojos de Wu, un aspecto satisfactorio de fuerza viril. El resto lo aportaría ella. Wu sabía que dentro de ella tenía fuerza de sobra y se disponía a regalarle una parte. Su amante iba a convertirse en un hombre mucho más fuerte.

Wu le dedicó una sonrisa.

—¡Me siento muy bien! —dijo, y cogió la mano del hombre cuando éste hincó la rodilla junto a su lecho—. Soy una mujer muy feliz.

Soltó la mano y atrajo su cabeza hacia ella, forzando a Kao-tsung a apoyar el rostro sobre su vientre distendido.

—Pero me temo que te he decepcionado —añadió con tono apenado.

—¿Decepcionarme? —exclamó él, al tiempo que alzaba la cabeza—. ¡Imposible! ¿Cómo podrías...?

—Bueno, la niña es muy bonita...

—La cosa más bonita que he visto nunca —asintió él.

—... pero es una niña. Yo querría haberos dado un varón.

—No quiero varones —respondió el emperador con fervor, al tiempo que besaba sus manos—. Quiero hijas, hijas tuyas, que sean igual que tú cuando crezcan.

—¡Vaya cosas dices! —murmuró ella con una sonrisa acompañada de un movimiento de la cabeza—. ¡Un emperador que declara que no quiere varones! Sólo lo dices para no herir mis sentimientos.

—No. Hablo en serio —declaró él, con la voz sofocada por la ropa de cama.

—¿Entonces, quieres a la pequeña?

—Es parte de ti y parte de mí. La amo —afirmó Kao-tsung con profundo sentimiento.

—¿Por qué no la contemplamos juntos? —propuso Wu, como si acabara de ocurrírsele la idea—. Hagamos que nos traigan a nuestra hija y así podremos admirar su perfección. Y dirás todo lo que te venga en gana acerca de ella.

Hizo sonar la campanilla para llamar a la doncella y envió a ésta al cuarto de los niños.

—Asegúrate de que esté limpia y perfumada —indicó a la muchacha cuando ya se marchaba. Se volvió a Kao-tsung con una sonrisa y añadió—: Dile que su padre desea verla.

El sol bañó el lecho con sus rayos sesgados. Kao-tsung, aún de rodillas, apoyó el torso sobre Wu mientras ella le acariciaba el cuello y los hombros. El emperador desplazó el cuerpo un poco más arriba, aplastándola bajo su peso, y posó los labios en la piel del cuello de Wu.

—¿Cuánto tiempo más...? —susurró.

—¡Oh! Quince días, por lo menos —respondió ella—. Tal vez un poco más.

El emperador emitió un gruñido de frustración.

—¡Pero ya hace diez días que nació la niña! —protestó débilmente, respirando junto a su clavícula y apretando con suavidad su pelvis contra la de ella.

—Si mi señor lo desea, será antes —murmuró Wu con voz humilde—. Si su necesidad de mí es tan grande que no puede esperar, correré el riesgo.

—¡No, no, no! —protestó él—. No. Esperaré, si es preciso. Pero...

Wu cogió a su amante por las orejas, lo obligó a levantar la cabeza y le dirigió una sonrisa de complicidad.

—Pero no te preocupes —musitó con aire pícaro—. Te atenderé cumplidamente. Soy una mujer... una mujer con recursos —y pasó la lengua por uno de los párpados del emperador—. Hay muchas otras torturas que puedo infligirte, ¿verdad? —cuchicheó a continuación—. Sí, se me ocurren toda clase de cosas.

Desplazó las manos hacia abajo y le hizo cosquillas a lo largo de las costillas hasta hacerlo revolcarse entre carcajadas, con el rostro enterrado en las ropas perfumadas del lecho.

—¿Señora? —Una voz femenina temblorosa procedente de la puerta hizo que Wu interrumpiera bruscamente el juego y que la risa de Kao-tsung muriera en sus labios. Los dos se volvieron a observar a la doncella, que aguardaba en el umbral de la estancia con un bulto en brazos y con el rostro blanco de pavor.

Los criados iban de una parte a otra de puntillas, espantados y admirados de la terrible pena de la desgraciada dama. Wu llevaba un día y una noche llorando y gimiendo sin parar. A los largos y estridentes gritos desgarradores les sucedían los gemidos graves, hondos, de una desazón mortal. Después, la voz se alzaba de nuevo, intensa y aguda, antes de desintegrarse en otra serie de sollozos. Luego empezaban otra vez los gritos, roncós y potentes.

Todos se preguntaban de dónde sacaba la energía pues, además, la oían derribar muebles, romper cosas y dar patadas a las paredes. Por el ruido, parecía un elefante en pleno acceso de locura.

El día anterior había llamado a su madre, y trajeron a la señora Yang de la ciudad. Impecablemente vestida y engalanada como para una gran celebración, rebosante de engreimiento, había llegado a palacio a media tarde y acudido directamente a los aposentos de su hija. Allí había pasado la noche y allí seguía todavía, entrada ya la mañana. Algunos criados cuchicheaban entre ellos que les parecía distinguir dos voces distintas que gemían y lloraban alternándose; otros sirvientes rechazaban tal idea por ridícula; ¿qué madre incitaría a su hija a dar rienda suelta a su dolor de manera tan excesiva, tan agotadora y angustiosa?

Cuando la señora Yang hizo acto de presencia en palacio, todos quedaron asombrados de la semejanza entre madre e hija. No sólo eso: las dos mujeres incluso parecían de la misma edad. La bella Wu, como todo el mundo sabía, tenía veintisiete años, y su madre no parecía mayor. Según una de las doncellas de la consorte imperial, la señora tenía cuarenta y uno; había tenido a su hija cuando sólo contaba catorce. Eran prácticamente la misma persona.

¿Y dónde estaba el emperador? Deambulando lleno de abatimiento por los pasillos, destrozado y aturdido. De vez en cuando aparecía, pálido y demacrado, y llamaba a la puerta y suplicaba, pero las dos mujeres no abrían y continuaban sus lamentaciones. Los quejidos eran una evidente tortura para él. Se tapaba los oídos y lanzaba gemidos con una expresión de dolor e impotencia en su rostro. Luego se marchaba, para volver a intentarlo un rato después.

Cerrarle las puertas de aquella manera era algo terrible, realmente terrible, decían los criados. Él haría cualquier cosa por ella. ¿Acaso las mujeres pensaban que al emperador no le consumía la pena?, preguntaban unos. Sí, pero el dolor de una madre siempre era peor, replicaban otros. Nadie puede conocer el dolor de una madre.

A primera hora de la tarde, el llanto cesó de pronto. Poco después, la puerta de los aposentos de la consorte Wu se abrió y salió la señora Yang, con el mismo aspecto inmaculado que a su llegada, el día anterior. Sin dirigir una palabra a nadie, abandonó el palacio entre el crujido de las sedas y el tintineo de las joyas.

Kao-tsung estrechó con fuerza las manos de Wu y contempló su rostro hinchado y mustio. El cabello le colgaba enmarañado y su pecho y sus brazos mostraban los largos arañazos que se había infligido. Tenía la expresión vacía y los ojos secos. La sala estaba patas arriba: cortinas arrancadas, jarrones rotos, tapices y edredones hechos trizas, muebles astillados y volcados y restos de comida arrojada contra la pared. Las ropas de la mujer colgaban de su cuerpo hechas harapos.

Wu permaneció sentada, sin decir nada y con los ojos entrecerrados.

—Por favor —susurró Kao-tsung—. Dime qué puedo hacer para que vuelvas a ser feliz. Te lo suplico.

Ella levantó la vista y le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué puedes hacer? Devuélveme a mi pequeña. Vuélvela a la vida y deposítala

en mis brazos.

—Si pudiese, lo haría —respondió él con un gemido—. Lo haría mil veces... —insistió, y agachó la cabeza para romper en sollozos.

—Eso, o... —se dispuso a añadir Wu, y el emperador alzó de nuevo la cabeza con expectación.

—¿Qué? ¿Qué? Lo que sea. Te lo prometo.

Ella lo miró fijamente.

—Hazme emperatriz —dijo.

Kao-tsung irguió el cuerpo, boquiabierto, incapaz de responder.

—Pero... —titubeó.

—Hazme tu emperatriz y me devolverás la alegría. Nada conseguirá jamás borrar el dolor que siento; permanecerá en mi interior, enroscado como una serpiente, durante el resto de mi vida. Pero, al menos, lo que te pido es una alegría que puedes otorgarme.

—¡Pero ya tengo una emperatriz! —protestó débilmente Kao-tsung—. Lo sabes perfectamente. La escogió mi padre para mí y no puedo...

—Me decepcionas —replicó ella al escucharle—. Dices que harás cualquier cosa por mí, pero te pido algo tan sencillo y me respondes que no puedes hacerlo.

—¡Pero... pero me pides algo tan extraordinario como que devuelva la vida a la pequeña! —protestó él—. Es imposible. No puede hacerse. Yo... tendría que deponer a la emperatriz, saltarme todos los antecedentes, causar terribles quebrantos y actuar contra la voluntad del Consejo de los Seis y de mi difunto padre. Y la familia de la emperatriz se volvería contra mí y contra todos mis descendientes. ¡Durante generaciones, probablemente! ¡Lo que me propones me partiría en dos!

Wu no dijo nada pero bajó los párpados, hundió los hombros y clavó la mirada en el suelo.

—Muy bien —susurró—. Muy bien.

Kao-tsung se había incorporado y deambulaba arriba y abajo con aire de desesperación y de impotencia.

—Por favor —rogó, con los brazos extendidos en gesto suplicante. Ella no dijo nada. El emperador se detuvo y la miró. Después, descubrió el único objeto de la estancia que no había sido destruido, un vaso de noche vacío que asomaba debajo del lecho. Lo cogió y lo arrojó contra la pared.

Los ancianos miembros del Tsai-hsiang, el Consejo de los Seis, ocupaban sus escaños frente al emperador Kao-tsung con el aspecto de sabias y venerables tortugas. Sus facciones arrugadas y flácidas estaban contraídas de incredulidad e indignación.

—¡No podemos permitirlo! —exclamó Sui-liang, el consejero de más edad, con un pronunciado temblor en los pliegues de la piel de su sotabarba—. Vuestro padre nos encargó la sagrada misión de ocuparnos de vos, de ser sus ojos después de

muerto.

—Si tuvierais a vuestro padre sentado ante vos, ni se os pasaría por la imaginación hacer lo que planteáis —intervino Wu-chi, quien, a sus sesenta años, era el miembro más joven del consejo—. Desafiarnos es desafiar a vuestro padre. ¡Más aún! ¡Nosotros *somos* vuestro padre! —declaró, levantando las manos y agitándolas en dirección a Kao-tsung—. Vuestra esposa es una emperatriz perfecta. Vuestro padre la amaba. Y también el pueblo.

—La emperatriz está libre de todas las malas características femeninas —terció el viejo Han-yuan—. No es ambiciosa, ni vana, ni intrigante. No es celosa. Es inocente, agraciada y recatada. Y es hermosa. ¡Y os ha dado un hijo! —añadió, agitado, elevando el tono de su voz vieja y cascada—. ¿Cómo se os ha ocurrido esa idea?

Kao-tsung no respondió. Permaneció sentado, mascando con gesto nervioso.

—No tengo que dar explicaciones a nadie —dijo por último—. Si quiero destituir a la emperatriz, no tengo por qué dar cuenta de mis motivos. Debería bastaros a todos con saber que los tengo.

—¡Ah, joven estúpido! —exclamó Lai-chi al oírle—. ¡Mirad a la cara a vuestro padre y repetid eso! ¿Acaso no os importa la posteridad? ¿Y la familia de la emperatriz? ¿Deseáis su enemistad durante generaciones? ¿Dónde creéis que descansa la estabilidad del buen gobierno? ¿En los deseos de un joven egoísta? —preguntó con pasión.

—Por lo menos, pensad en el pueblo —planteó Wu-chi en un tono más contenido, al tiempo que posaba la mano en el brazo tembloroso de su colega para apaciguarlo—. La plebe... son como niños, en cierto modo. Necesitan saber que la vida de quienes los gobiernan es firme, que no está sometida a los caprichos de la indecisión humana y del destino como las suyas. ¡Sois responsable ante ellos!

—En otras palabras —corroboró Min-tao, asintiendo—, vuestra vida no es vuestra. Haríais bien en recordarlo: Perteneceis al pueblo, al recuerdo de vuestro padre, a la historia...

—Esperad —intervino Ho-lin, que no había abierto la boca hasta aquel momento y había permanecido sentado con sus ojos viejos y cautos fijos en Kao-tsung—. Tengo una pregunta para el joven emperador. ¿Acaso tiene ya prevista una... una sustitución? ¿Desea desembarazarse de la emperatriz por algún defecto de ésta, o simplemente se propone reemplazarla por otra mujer?

Kao-tsung se movió en su asiento.

—Es un asunto personal —respondió con voz tensa, rehuendo la mirada del anciano.

—Creo que sería mejor que nos pusierais al corriente —dijo Ho-lin.

—Sí —le apoyó Lai-chi, con voz irritada todavía, pero ya más tranquila—. Será mejor que nos lo contéis todo.

—Es Wu Tse-tien —respondió Kao-tsung a regañadientes—. Deseo que mi consorte Wu sea la nueva emperatriz.

—¡Wu Tse-tien! —exclamó Han-yuan, mirando en torno con incredulidad—. ¡Pero... pero si fue consorte de vuestro padre! ¡Ya es bastante penoso que os acostéis con ella! Eso ya es un escándalo terrible, ¡pero hacerla emperatriz...! ¡Destruir un voto matrimonial sagrado e instituir en su lugar una relación corrompida, para... para dar satisfacción a vuestras... a vuestras pasiones inmoderadas... a vuestras necesidades egoístas y vulgares... a vuestras...! —balbuceó, sin saber cómo terminar.

—Sería, simple y llanamente, incesto —sentenció Min-tao en tono rotundo, al tiempo que se ponía en pie con esfuerzo—. Por mí, podéis acudir al mausoleo de vuestro padre y orinar en él. No pienso escuchar una palabra más.

Tras esta declaración, el anciano dio media vuelta y abandonó la sala. Los demás consejeros se dispusieron también a levantarse de sus escaños entre murmullos y movimientos de cabeza.

Kao-tsung se levantó y empujó su silla hacia atrás con un gesto de exasperación. Sui-liang rodeó la mesa y lo asió por el brazo. El más anciano de sus ministros contempló al joven emperador con un brillo de fervor en sus ojos viejos y lacrimosos.

—Recordad lo que estáis haciendo —lo apremió—. Recordad que podéis contármelo todo. ¡Cualquier cosa! ¡Para eso estoy aquí! ¡Por encima de todo, soy vuestro amigo! —Se acercó más a su oído y le susurró en tono confidencial—: No he sido siempre el viejo marchito que ahora tenéis ante vos. ¡Yo también fui joven una vez!

Durante unos instantes, Kao-tsung contempló al anciano casi como si diera crédito a tan estafalaria declaración, pero la mirada no se prolongó. Se sentía incapaz de articular palabra. La expresión del viejo amigo de su padre era tan franca, tan implorante, tan llena de confianza en que el joven emperador recapacitaría, que Kao-tsung se encontró paralizado. Lo único que podía hacer era sacudir la cabeza con aire apenado. Wu-chi se acercó al viejo consejero Sui-liang y le puso la mano en el hombro. Sui-liang retiró la suya del brazo del emperador, cruzó una mirada con Wu-chi y asintió.

—Sui-liang tiene razón —dijo Wu-chi a continuación—. Y podéis hablar conmigo, también. Vendréis a visitarme en privado, ¿verdad? Vendréis a contárselo todo a Wu-chi antes de tomar cualquier decisión precipitada. Estoy seguro de que lo haréis —y dio un afectuoso apretón en el brazo a Kao-tsung antes de marcharse.

Abatido, el emperador volvió a sentarse. Comprendía que los ancianos tenían razón. Era imposible. El dolor y el trastorno que se avecinaban si continuaba con sus proyectos serían verdaderamente terribles. Wu tendría que conformarse con otras cosas. La ascendería de rango... a Consorte Favorita, tal vez. Incluso le construiría un palacio, si quería. Y podían tener más hijos. Perder a su primogénita la había

trastornado, evidentemente, pero con el tiempo se recuperaría. Estaba decidido: le diría que era imposible.

Pero no lo hizo inmediatamente; permaneció allí sentado largo rato, incapaz de levantarse de la silla. Se sentía como el durmiente que quiere despertar pero no consigue que sus brazos y sus piernas le obedezcan.

Wu escuchó con exquisita calma y perfecta compostura a Kao-tsung mientras éste le comunicaba su decisión. Sus habitaciones habían recuperado el orden y también ella volvía a estar acicalada y radiante, con los arañazos de los brazos ocultos bajo largas mangas.

—Tenemos que pensar en mi padre —decía Kao-tsung—. Los dos lo queríamos, ¿verdad? Para un seguidor de Confucio, sería la peor demostración de ingratitud filial y un insulto imperdonable a la memoria de su padre empezar a deshacer su obra después de su muerte. Conforme hablaba, el emperador se relajó. Wu le prestaba atención, sus palabras parecían adecuadas. Su discurso era firme y sensato. Ella se daba cuenta de que su petición era inaceptable.

—Sé que no me pedirías nunca que insultara la memoria de mi padre —concluyó—. Sé que tú también lo querías.

Kao-tsung esperó, acariciando con ternura la mano de Wu entre las suyas.

—Sé quién mató a la pequeña —dijo ella entonces.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó él, sorprendido y alarmado—. A la niña no la mató nadie. Se murió, sencillamente. Eso dijo el médico. A veces sucede. La fuerza de la vida es frágil, no está enraizada con firmeza y... y se mueren...

Wu levantó los ojos y, en aquel instante, Kao-tsung notó que le abandonaba toda su fuerza y toda su determinación.

—Mi hija no «se murió, sencillamente» —declaró en un tono de voz que lo dejó helado—. La asesinaron.

—Pero... pero... ¿quién? —inquirió sin convicción, con el corazón galopando de pánico. Ella lo miró un momento antes de responder.

—La emperatriz.

—¿Qué? —exclamó él, al tiempo que soltaba su mano—. ¡Estás loca!

—Es verdad —insistió Wu; bajó la voz hasta convertirla en un susurro y añadió—: Tengo pruebas. Alguien la vio.

Kao-tsung se puso en pie, anduvo hasta el extremo opuesto de la estancia y regresó.

—Estás volviendo el mundo del revés en mi cabeza —dijo—. ¡Me harás pensar que me estoy volviendo loco! ¡La emperatriz una asesina!

Se sentó otra vez y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Tengo pruebas —repitió ella—. Pero estoy dispuesta a perdonarla. —Kao-tsung alzó la mirada con incredulidad—. He pensado un modo de ocultar el hecho de

que es una infanticida. Yo también pienso en la memoria de tu padre. No haré nada en absoluto para que esto se difunda. Sería el peor escándalo posible. Estoy dispuesta a hacer el sacrificio, pese a lo mucho que me gustaría vengar la muerte de mi hija — declaró, con un timbre de dolor en la voz—; estoy dispuesta a hacerlo por ti.

Wu bajó el rostro hacia él con humildad.

—Pero no alcanzo a comprender... —empezó a balbucear de nuevo el emperador, impotente.

—Lo que haremos —continuó ella— será sellar un pacto entre nosotros. Guardaremos el secreto de este hecho espantoso para siempre. La emperatriz debe ser depuesta, desde luego, pero comunicaremos al mundo un motivo completamente distinto. Algo que no arroje manchas sobre la memoria de tu padre, que nadie pueda discutir y que la elimine con el mínimo conflicto y el menor descrédito posibles.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Kao-tsung, anonadado.

—Muy sencillo —dijo Wu, tomando la mano del emperador y llevándosela al pecho—. Harás una simple declaración pública. Dirás que has contraído una aversión física hacia la emperatriz.

—¡Ah! ¡Ahora si que estoy completamente loco! —exclamó él, retirando la mano—. ¡Estoy seguro de que preferiría que la llamaran asesina! ¡No merece tan terrible insulto!

—¿Que una asesina no merece un insulto? —replicó Wu con ardor—. ¿Merece la muerte, pero no un insulto? ¿La mujer que ha matado a mi hija... a tu hija... no merece un insulto?

—¡Pero no puedo creer que sea una asesina! —exclamó Kao-tsung a gritos.

—¡Chist! —susurró Wu y le tapó la boca.

—No puedo creerlo —repitió él con voz grave y áspera.

—No sabes de qué es capaz una mujer celosa —replicó ella con tono apenado—. Yo, sí. —Cogió la mano de él otra vez—. Ahora me toca a mí implorar. Piensa en la ignominia. La escogida para emperatriz por tu padre, una asesina. Qué desdoro para su memoria. Qué descrédito para tu familia. Te evitaré todo eso. —Movié la mano imperial arriba y abajo por su pecho—. De lo contrario, me veré obligada a revelar la verdad, pues no puedo permitir que una asesina continúe en el trono. Mi conciencia no me lo permitiría.

Kao-tsung se quedó mirándola con los ojos desorbitados y moviendo la boca, aturdido y sin palabras.

—Haz la declaración —añadió ella con tono tranquilizador— y pronto habrá terminado todo felizmente. Pero permíteme una sugerencia, algo que te facilitará las cosas a ti y a ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, atontado.

—Díselo tú mismo, primero.

Wu-chi marchaba silencioso y pensativo al lado de Kao-tsung, cogiéndole el brazo con afecto. El contacto paternal de aquellos dedos hacía que Kao-tsung deseara contarle el asunto al anciano y, después, renunciar a todo y huir a esconderse. No podía apartar de su cabeza los suaves sollozos de la emperatriz. Los había oído a través de la puerta cuando la había dejado: un sonido grave, prolongado y espasmódico que lo había sacado de sus casillas porque, por un instante, lo había tomado por una risa. Pero había aplicado el oído a la puerta y, al instante, se había dado cuenta de su error. Entonces se había retirado, lleno de vergüenza y de confusión, porque de algún modo había llegado a convencerse de lo que Wu había sugerido. Incluso había experimentado cierta aversión a la emperatriz al verla sentada ante él, escuchando sus palabras. El dolor y la humillación que ella había expresado le habían resultado odiosos y por su cabeza cruzó el pensamiento de que, realmente, no le importaba no volver a tocarla nunca más.

Después había acudido a Wu-chi porque no sabía adonde más ir, y ahora los dos paseaban por el jardín privado del anciano.

—En el amor, es mala táctica dar a la mujer todo lo que quiere —le comentaba Wu-chi con aire sabio y juicioso—. Vuestro padre lo sabía y yo lo sé. Y estoy seguro de que vos, en vuestro fuero interno, lo sabéis también. Cumplid todos los deseos de una mujer, y su respeto por vos se verá mermado. ¡Tenedla siempre un poco insatisfecha! —Siguieron andando en silencio unos instantes—. Tal vez creáis que hacéis feliz a Wu Tse-tien plegándoos a sus deseos, pero os equivocáis. En realidad, contribuís a su descontento. Ella querrá más. ¿Y qué podéis darle, más allá de hacerla emperatriz? Decidme. Ya no le quedan más peldaños que ascender, de modo que ya veis: no haríais sino darle una vida de frustración, y no de satisfacciones.

Ante la mención del nombre de Wu, las palabras de Wu-chi produjeron en Kao-tsung el mismo efecto que el agua al fluir sobre una roca.

Se sentía denso e impenetrable. Cuanto más hablaba el viejo, más acusada era la sensación. El deseo de confesar le abandonaba y se sentía más sólido por momentos.

—Si deseáis hacerla feliz —continuó Wu-chi—, mostrad mano firme. Es lo que desea de verdad. Las mujeres son seres contradictorios. Carecen de la franqueza natural del hombre. Si no conseguís entender este hecho, os encontraréis absorbido en las tortuosas complicaciones del pensamiento femenino y...

—Es demasiado tarde. —Kao-tsung cortó bruscamente el discurso de Wu-chi. El anciano lo miró con severidad.

—¿A qué te refieres? ¿Qué significa demasiado tarde?

—La emperatriz me ha dicho que desea renunciar voluntariamente. —Wu se detuvo en seco y se volvió a mirarlo. El emperador continuó—: No desea seguir siendo mi emperatriz. Hemos dejado de ser... compatibles físicamente. —Kao-tsung rehuyó la mirada del anciano.

—¡Ah, alocada juventud! —exclamó Wu-chi con tristeza. La paciencia y la solicitud habían desaparecido por completo de su voz—. Entonces, no nos dejáis más opción. Tenía la esperanza de evitar esto. Tenía la esperanza de apelar a vuestro buen juicio. Ahora veo que carecéis de él. Por lo tanto, debemos protegeros de vuestra propia estupidez, como habría hecho vuestro padre. Yo y los demás miembros del Tsai-hsiang —anunció, al tiempo que soltaba el brazo del joven emperador— censuraremos vuestra decisión.

—No podéis hacer nada, Wu-chi —respondió Kao-tsung—. No podéis recurrir al trono. ¡El trono soy yo!

—¡El trono es Tai-tsung, vuestro padre! —replicó el anciano.

—Mi padre está muerto.

—Su cuerpo, tal vez, pero os aseguro que él vive todavía. Os conocía bien. Dejé una serie de provisiones para evitar eventualidades como ésta.

—Está muerto —repitió Kao-tsung.

—No mientras yo siga respirando —declaró Wu-chi con voz irritada—. Si vuestro padre estuviera ante vos en este momento y os ordenara que desistierais de vuestros propósitos, lo haríais.

—Pero no está —dijo Kao-tsung con tono paciente.

—¡Sí que está! ¡En mí! ¡Su voluntad vive en mí! En su lecho de muerte, me transfirió su responsabilidad con respecto a vos. Tengo un documento de su propio puño, una carta que él escribió para vos, su hijo. ¡Y la carta dice que debéis obedecerme como si fuese el propio Tai-tsung!

El anciano miró fijamente a Kao-tsung para observar el efecto de sus palabras. El joven emperador permaneció mudo, desconcertado, y contempló a Wu-chi como si realmente estuviera viendo a su padre. Sus miradas se encontraron durante unos instantes llenos de tensión. Por fin, Kao-tsung exhaló un suspiro.

—No —dijo a continuación—. Nadie, ni siquiera mi padre, puede seguir ejerciendo su voluntad desde la tumba. El documento de mi padre tiene validez sólo si yo lo consiento. Su voluntad sólo vive si yo lo acepto. Sin mi sanción, sin mi conformidad, no es más que un pedazo de papel. ¡Ahora, el emperador soy yo! ¡Mi padre ha muerto!

Wu-chi lo miró de hito en hito.

—¿Dónde habéis adquirido esta terquedad? ¡Jamás os había visto desplegar tal firmeza! ¡Jamás! ¡Qué lástima que esté enfocada en la dirección errónea! ¡Y qué lástima que vaya a destruirnos!

Kao-tsung dio media vuelta para marcharse, pero la voz del viejo amigo de su padre lo siguió mientras abandonaba el jardín:

—Min-tao tenía razón. Seríais muy capaz de presentaros en el mausoleo de Tai-tsung y orinar en él.

El día que la emperatriz debía abandonar el palacio, Kao-tsung se aseguró de estar a buena distancia, en una expedición de caza por el coto imperial. Sin embargo, no estaba nada concentrado en lo que hacía y, después de desaprovechar buenas oportunidades de acertar a los faisanes que pasaban volando, entregó el arco al palafrenero y se limitó a cabalgar por los caminos umbrosos.

A Kao-tsung no le había gustado la actitud inexpresiva que mostraba el palafrenero aquella mañana. Por lo general, el hombre era locuaz y sociable, pero aquel día evitaba la mirada del emperador cuando éste se volvía hacia él. Lo mismo sucedía desde hacía días con todos sus servidores y criados. Los eunucos apenas abrían la boca y Kao-tsung había notado que muchas de las criadas tenían los ojos enrojecidos e hinchados. Todas las mujeres de palacio parecían afectadas de similar manera. La noche anterior, se había detenido ante la puerta de los aposentos de las mujeres y había captado con irritación un sinfín de sollozos y de suspiros. Allí donde posaba la vista, el emperador encontraba rostros apenados y vacíos, miradas ausentes y ojos que rehuían los suyos.

La única que aún lo miraba abiertamente era Wu. Mientras se desarrollaba el proceso de repudio de la emperatriz, la mujer había dedicado toda su atención a su amante. Aquella misma mañana, le había confiado que ya estaba recuperándose, física y anímicamente, y había acompañado sus palabras con una caricia de sus largas uñas, que recorrieron el costado del cuello de Kao-tsung provocándole un hormigueo de placer. Pues bien, podían llorar y apartar la mirada, pensó el emperador, podían implorar y razonar cuanto quisieran.

Y podían presentar todas las peticiones que les viniera en gana. Dos días antes, el Consejo de los Seis le había entregado solemnemente una larga lista de respetados altos cargos, la mayoría de los cuales había sido miembro del gobierno de su padre. Debajo de cada nombre había un elocuente párrafo que expresaba la opinión del funcionario acerca de la actuación del emperador. Graves y altisonantes, estos escritos mencionaban todas las consecuencias posibles, desde la erosión de la unidad del cuerpo gubernamental hasta el descontento —incluso la rebelión— entre la plebe. El documento recogía descripciones espantosas de la disolución moral del emperador, cuyos terribles efectos no podrían paliarse en generaciones.

Todos los comentarios habían resultado bastante perturbadores, pero uno de ellos, un escrito especialmente áspero de un viejo ministro retirado, se había limitado a hablar del espíritu acongojado de su padre tratando en vano de poner su mano fantasmal en el hombro del hijo descarriado. Aquello dejó helado a Kao-tsung, y sólo el contacto de la bella Wu pudo evitar que sus articulaciones, sus músculos y su voluntad se agarrotaran por completo. Y, mientras se ocupaba de ello, Wu le había comentado que haría bien en recordar que Tai-tsung la había tenido en especial estima cuando era una de sus consortes. A él también le gustaba que lo tocara, le

había susurrado. De aquella manera. Seguro que el padre no podía culpar a su hijo por apreciar lo que a él le había dado tanto goce, añadía Wu al tiempo que le empalaba en un agudo éxtasis.

Más tarde, Kao-tsung había recuperado el documento, arrugado y manchado de sudor, de entre las ropas revueltas de la cama. Lo había alisado y enrollado. Un día volvería a sacarlo, para demostrarles a todos lo equivocados que estaban.

Las sombras de la tarde empezaban a alargarse. Cabalgaría durante una hora más y luego, al amparo del crepúsculo, regresaría a palacio tranquilamente. La emperatriz ya habría partido y la nueva emperatriz lo estaría esperando.

A veces, la emperatriz Wu Tse-tien se sentía alborozada. En otras ocasiones, se descubría llena de cólera. Y no siempre era capaz de diferenciar ambos sentimientos. La ira, cuidadosamente avivada como una llama podía convertirse en una fuente de placer que inundaba todo su ser con una energía de intensidad embriagadora.

Wu sabía cultivar los resentimientos dentro de sí, y les permitía enconarse y madurar hasta extremos peligrosos. No lamentaba aquella ira; al contrario, se enorgullecía de ella. Era una bendición gloriosa; era su poder y su tesoro.

La emperatriz Wu estaba sentada en el extremo de su diván de día y se sentía revitalizada. Aquella mañana tenía un antojo. ¿De qué? No estaba demasiado segura. Había dormido sorprendentemente bien. Se reclinó en el asiento para que el sol le calentara el rostro y se sumió en el recuerdo de algunos de sus accesos de furia más escogidos. En aquel momento estaba serena, pero se permitió una pequeña dosis de cólera, una mera traza, para estimularse.

En el camino de la felicidad sólo quedaba un último obstáculo. Durante las horas nocturnas lo había olvidado, entretenida y agitada por sus sueños; ahora, en cambio, volvió el recuerdo. Eran seis obstáculos, para ser precisa: seis ancianos sumamente molestos para los que no había lugar en ninguno de sus sueños. Tendrían que desaparecer.

Wu Tse-tien se incorporó y se enfundó con rapidez en una túnica. Por aquella mañana, ya tenía bastante de tomar el sol lánguidamente. Sus movimientos se hicieron más firmes y decididos. Acudió a la puerta y llamó a la doncella; luego, sin dar tiempo a responder a la pobre muchacha, llamó a gritos a varios miembros más de su servicio doméstico. Buscad a mi esposo, les gritó. ¡Ahora!

El sonido de su propia voz la estimuló, provocándole un estado de inquietud e impaciencia. Tenía que hablar con él de inmediato. Lo que debía hacer requería la presencia de Kao-tsung y le ardía por dentro, peor que cualquier impaciencia que hubiera experimentado nunca. Empezaría una búsqueda. Pondría patas arriba el palacio y los salones de gobierno; los arrasaría, si era preciso.

Ya hacía rato que había concluido la audiencia matinal en la sala de la Gran Armonía. Era casi mediodía. ¿Dónde se había metido el emperador?

Cuando le llegó la noticia de que todavía estaba en la audiencia, Wu se enfureció. El lugar de Kao-tsung estaba junto a ella. La sesión se había prolongado mucho más de lo habitual. Wu recordó que la noche anterior, mientras ella se entregaba al sueño, Kao-tsung le había estado hablando de problemas con el almacenamiento de grano, de unas inundaciones o de algún asunto en la provincia de Kiansi, pero ella no había prestado atención a sus palabras. Ahora se daba cuenta de que eran aquellos asuntos los que retenían al emperador.

Cada instante que pasaba, su irritación iba en aumento. Deambuló como una furia por sus aposentos. No se trataba únicamente de su ausencia en aquel momento —un asunto menor—, sino del creciente convencimiento de que cuando Kao-tsung no estaba a su lado era porque la evitaba. El emperador de China sólo podía estar en dos lugares: a su lado o ausente. Y lo segundo era, decididamente, un fastidio y se hacía intolerable por momentos.

Pensó en la audiencia matinal y en el mar de ancianos con túnicas que rodearía a Kao-tsung con rostro serio y llenos de gravedad, cada uno con su correspondiente escrito largo y tedioso entre los dedos, como zarpas, de sus manos viejas y arrugadas para proceder a su lectura, punto por punto, y luego a su discusión, estudio y disección palabra por palabra. La cólera de Wu estaba alcanzando un grado embriagador y satisfactorio.

Dejó vagar la mirada. Los objetos empezaban a irritarla. Sillas, lámparas, jarrones, estatuas...; su atolondrada alegría pedía un castigo. Derribó varios incensarios de bronce y candelabros, que produjeron un gran estruendo metálico al caer. El ruido atrajo a los criados, que acudieron corriendo a la estancia. Sólo entonces supo qué hacer.

—¡Decidle al emperador que estoy muy enferma! —ordenó, apoyándose con una mano en una mesa mientras se llevaba la otra al pecho.

—Pero... señora... ¡el emperador está en plena audiencia matinal! Quizás el médico podría...

—¡Al diablo con los médicos! —gruñó ella—. ¡Los médicos...! ¡Que se vayan al infierno montados en sus difuntas madres! No me importa dónde esté. ¡Decidle que la reina está muñéndose!

—Sí..., desde luego...

El mayordomo, muerto de miedo, retrocedió con los demás criados apoltonados detrás de él. Wu avanzó hacia ellos con aire amenazador, blandiendo un pesado jarrón de flores.

—¡Traedlo enseguida! —gritó—. Enviad mensajeros al salón de la Gran Armonía. ¡Decidles que lo traigan aquí ahora mismo!

Los criados se escabulleron por la puerta, empujándose unos a otros a causa del pánico. Wu arrojó el jarrón al suelo embaldosado mientras los sirvientes huían

perseguidos por sus gritos enfurecidos:

—¡Traedlo! ¡Traedlo aquí ahora mismo! Me estoy muriendo, ¿entendéis?

Nunca, que se tuviera noticia —ni siquiera en tiempos de guerra— se había interrumpido la sacrosanta audiencia matinal, el solemne mar de túnicas de colores turquesa, púrpura o dorado de los cientos de magistrados perfectamente formados en filas según su rango. Incluso la noticia de una defunción en la familia reinante se guardaba hasta que el emperador se levantaba de su trono del Pavo Real tras el velo y daba por concluida la audiencia.

Los eunucos de su servicio doméstico personal transmitieron las palabras increíbles de la inminente tragedia a su jefe, el cual, incrédulo, informó a los altos consejeros en las antecámaras imperiales. Un infortunado mensajero ascendió sin aliento los tres tramos de escalera hasta la sala de la Gran Armonía y, tras cruzar las grandes puertas, irrumpió en el largo pasillo central y, de inmediato, se postró de rodillas con las manos en el suelo. Al otro extremo de la vasta y concurrida estancia, directamente delante de él, el Hijo del Cielo presidía la reunión y el mensajero bajó la frente hasta el suelo en demostración de respeto. Sentado en su trono al fondo del largo pasillo central de la sala, un Kao-tsung perplejo cuchicheó algo a su consejero. Este descendió entonces los peldaños del estrado, pasó junto a la figura arrodillada de un ministro que en aquel momento presentaba su memorial al trono y ordenó al mensajero postrado que se acercara al emperador. Todos los rostros se volvieron para seguir a aquella figura solitaria y el crepitar de las sedas se vio acompañado de una oleada de murmullos que se extendió por la sala, un grave runrún de voces especulativas.

—El Hijo del Cielo te ordena que hables. Nuestro Divino emperador tiene mucha curiosidad por saber qué noticia puede ser tan importante como para interrumpir la asamblea matinal —proclamó el consejero.

El mensajero se postró de rodillas nuevamente. El emperador movió la cabeza con incredulidad y el consejero le indicó que se levantara. El hombre lo hizo, con la vista fija en los pies de Kao-tsung.

—He venido a decir al augusto Hijo del Cielo que su muy venerada emperatriz está muñéndose...

—La corte está hecha una furia —dijo Kao-tsung por último, sin alzar la voz, cansadamente, sentado al borde del diván en el que yacía Wu.

—¿Una furia? —repitió ella, boca abajo, como si no terminara de entender el significado del término.

—Como poco después del funeral de mi hija y del repudio de mi primera emperatriz...

—¿Tu primera qué? —replicó ella, como si ésta última fuera otra palabra

misteriosa, desconocida para sus oídos.

—Mi primera esposa imperial —se corrigió él—. Tú eres la única auténtica emperatriz, por supuesto. Pero me cuesta entender qué quieres de mí —dijo en tono paciente, mientras volvía a sentarse.

Ella se hundió de nuevo entre los almohadones.

—Lo único que importa es que estoy enferma —dijo Wu—. Te necesito a mi lado. Los acontecimientos de los últimos meses... —Dejó que sus ojos se llenaran de lágrimas. Él tomó sus manos y se las llevó al rostro, mientras sus ojos empezaban a nublarse también. Wu emitió un suspiro desgarrado—. Pero te pasas toda la mañana en la audiencia, como si yo no existiera.

—Las inundaciones de Kiansi... —Kao-tsung inició una débil protesta con voz contrita.

—Pero yo... yo estoy inundada de pesar —sollozó ella, echándole los brazos al cuello.

—Hay mucho sufrimiento —murmuró él entre los cabellos de Wu—. La gente muere a miles... los diques han cedido a causa de las lluvias...

—Los campesinos sólo pueden morir una vez —replicó la mujer—. La suya es una muerte fácil comparada con la de mi corazón. El sufrimiento de los grandes es más profundo, proporcionado a nuestro lugar en el universo. Es nuestra carga como criaturas esclarecidas... Yo podría padecer para siempre bajo el dictado cruel de los viejos consejeros de tu padre...

Wu se echó hacia atrás y miró a Kao-tsung tristemente.

—¿Qué querrías que hiciera? —preguntó él con impotencia—. ¿Renunciar al cargo? ¿Renunciar al Consejo de los Seis, que comparte mi carga? Me tienes desconcertado.

—Preferirías renunciar a mí, ¿verdad? —preguntó ella con pesar, con el rostro bañado en lágrimas—. Te librarías de mí con la misma tranquilidad y arbitrariedad con que lo hiciste de la pobre emperatriz. ¡Y sólo porque no la encontrabas deseable físicamente!

—¿Porque yo no la encontraba deseable...? —Kao-tsung estaba perplejo.

—El Cielo te ha concedido oídos como a todos los animales. Utilízalos.

—¿Qué yo no encontraba deseable físicamente a la emperatriz? ¿Me he vuelto loco? ¡Estas palabras surgieron de ti!

—¿Ah, de modo que era yo quien no la encontraba deseable físicamente? ¿Yo quien experimentaba aversión por su piel? Supongo que era yo quien dormía con ella... ¿No es eso lo que insinúas?

—Pero... —balbuceó él, y no continuó.

—Y supongo que fui yo quien la despidió —continuó Wu—. ¿Acaso la historia recogerá que una mera consorte puso en la calle a una emperatriz porque olía mal?

Las generaciones futuras no creerán que los inferiores ejercieran tal poder sobre el gran Hijo del Cielo. —Sacudió la cabeza—. El gran Kao-tsung, dirá la historia. Una mujer y seis viejos le decían qué hacer. Estos hechos resultan realmente asombrosos por el trasfondo misterioso que sugieren, dirán los historiadores.

Kao-tsung se puso en pie una vez más y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Lo retuerces todo hasta hacerlo irreconocible! ¡No consigo entenderte!

—Te olvidas de mi dolor y de mi angustia. Sólo hablas de los tuyos. —Las lágrimas brotaron de nuevo.

Kao-tsung, desesperado, anduvo hasta la ventana y volvió sobre sus pasos sin saber adonde huir, mientras se restregaba las palmas sudorosas de las manos en los muslos.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó finalmente—. ¡Por favor, dime qué es lo que quieres!

—No es preciso que me levantes la voz, esposo mío —respondió ella, casi con mansedumbre—. Sólo quiero lo que tú quieres. Deseo lo que sea mejor para el Imperio.

—¿Y qué es?

—Librarlo del Consejo de los Seis de tu padre —contestó Wu con indiferencia—. De esas seis viejas tortugas desagradables. De esos ancianos que no me aceptan como emperatriz legítima, que no me quieren a tu lado —añadió con aire apenado.

—Los consejeros son prudentes, eso es todo —los disculpó el emperador.

—¡Los consejeros son unos entrometidos! —replicó ella—. Envenenan a la aristocracia de la corte contra mí. —Hizo una pausa y recuperó el dominio de sí misma—. Pero no es ésa la razón de que deban desaparecer. No; tienen que marcharse porque es un rito de transición que tu padre exige de ti. ¡Porque es una manera de demostrarle a Tai-tsung que eres un verdadero emperador!

—¿Mi padre...? —Esta vez, Kao-tsung se quedó absolutamente anonadado.

—¿Acaso él no obligó a abdicar a su propio padre? Ahora, tú debes hacer lo mismo. Tienes que obligar a abdicar al fantasma de tu padre. —Wu le cogió las manos y empezó a retroceder hacia el diván—. Y el fantasma de tu padre no reside en un solo lugar, sino en seis —musitó, atrayendo al hombre hacia ella.

Llegados de toda la ciudad e incluso del resto de la provincia en respuesta a un llamamiento general efectuado por la nueva emperatriz, Wu Tse-tien, los artesanos se arremolinaban ante las puertas del palacio.

Todos los presentes consideraban que aquélla era la oportunidad que podía cambiar sus vidas. Ojalá su boceto despertara el interés de la emperatriz, pensaba cada cual; ojalá fuera el suyo el escogido. El anuncio efectuado semanas antes había llevado a más de un artesano a las bibliotecas de los monasterios budistas para instruirse lo más de prisa posible. Otros, por supuesto, estaban ya preparados tras

vidas enteras de estudio.

Lo que deseaba la emperatriz —y lo que tan fervientemente esperaba proporcionarle cada aspirante— era un diseño único y original, nunca visto, para un *stupa*, una capilla votiva budista.

Corría el rumor de que el santuario sería para un miembro de su familia. Otros decían haber oído que era en memoria del difunto emperador Tai-tsung, quien a su vez había encargado la construcción de muchos *stupas* para honrar a los hombres que habían caído ayudándole a conseguir sus victorias guerreras. Algunos opinaban que no, que sería una afrenta por parte de la emperatriz dedicar un santuario al fallecido emperador. El espíritu de éste ya debía de agitarse, dispuesto a volver a los viejos huesos que descansaban en el mausoleo, levantarse de la tumba y presentarse en palacio, enfurecido. ¿Acaso la mujer no había deshonrado a Tai-tsung, no se había burlado de él al convertirse en emperatriz?

Cuando por fin se produjo el anuncio, nadie terminó de creérselo. De entre cientos de bocetos para el *stupa*, se había seleccionado uno, y al afortunado elegido para la construcción se le había comunicado la identidad de la persona cuyo recuerdo conmemoraría el monumento. Siguiendo la tradición de Tai-tsung, el difunto padre del emperador Kao-tsung, que erigió sus capillas votivas en honor de los valerosos soldados que entregaron su vida en los campos de batalla, se erigiría un *stupa* magnífico y glorioso dedicado a una chiquilla de apenas diez días que ni siquiera tenía nombre: la primogénita de Wu Tse-tien, muerta en la cuna.

La gente movía la cabeza y se hacía la misma pregunta una y otra vez: ¿quién es esa mujer?

4

Año 655 Luoyang

La carta que llegó una mañana, varios meses después de la terminación del *stupa*, llevaba el sello del Ministerio de Registros Históricos; de otro modo, Wu ni siquiera se habría molestado en echarle una ojeada.

Rompió el sello con una de sus largas uñas y extendió el pergamino sobre el tocador, entre los frascos de cosméticos y perfumes. Wu procedió a la lectura despacio y con dificultades, casi penosamente. Sus progresos eran constantes, pero aún sentía la frustrante impresión de que se le escapaban los posibles sentidos ocultos, las indirectas y los matices sutiles. Así pues, examinó cada ideograma con mirada firme y decidida.

A la Muy Esclarecida, Muy Justa y Muy Respetable Emperatriz del Gran T'ang, Wu Tse-tien, Que Viva Mil años:

El advenimiento de la Verdadera Reina ha impulsado a este humilde Siervo a buscar la Verdad de las Verdades, incrustada en las capas de la Historia igual que el Oro yace en la Tierra a la espera de ser liberado por las manos del Minero. Este humilde Servidor y Minero cree que las comparaciones entre la Verdad y el Oro pueden ampliarse todavía más. ¿Qué es el Oro? Es, de todos los Metales, el más Difícil de Obtener de la tierra Terca y Protectora, reacia a Entregar sus Tesoros. Pero, una vez Obtenido, a cambio de Grandes Costes y Esfuerzos, resulta brillante, precioso, deslumbrante, inspirador y, a la vez, el más Maleable y Dúctil de los metales, el placer del Artesano. Puede ser Trabajado hasta un grosor No Mayor que el del Ala de una Mariposa, o esculpido en proporciones Enormes, Heroicas, hasta rivalizar con la Luz del Sol. Su Naturaleza es Servir. Y lo mismo sucede con la Verdad.

Wu dejó la carta a un lado y se frotó los ojos. Estaba intrigada. Si no andaba confundida, la carta no tenía nada que ver con el arte de la metalurgia. Sus ojos volvieron con vehemencia al escrito y leyeron de nuevo la última línea antes de continuar:

... Y lo mismo sucede con la Verdad.

¿Por qué mantenemos unos Meticulosos Registros Históricos? Para que

la Posteridad nos recuerde y conozca a Quienes La Precedieron. Es evidente que no podemos dejar al Azar algo de tan Vital Importancia. ¿Acaso Su Majestad consentiría que sus Galas Reales fueran realizadas por Costureras ciegas? ¿Permitiría que la vistieran para una Ceremonia de Estado en la Oscuridad, sin haber revisado previamente los Colores y Dibujos de las Ropas? Por supuesto que no. Y así debería suceder con las palabras que las Generaciones Futuras lean acerca de nosotros.

Majestad Imperial, sin duda tenéis a Vuestro Servicio peluqueros, costureras y orfebres que llevan a cabo Vuestros Deseos y Valiosas Indicaciones. De igual modo, yo, Shu Ching-tsung, Gran Admirador de la Verdadera Emperatriz Wu Tse-tien, deseo ser su Más Atento, Perspicaz e Imaginativo Historiador Personal.

Wu alzó la vista del papel y contempló el reflejo de su imagen. Estuvo a punto de echarse a reír. Aquel individuo, quienquiera que fuese, le había leído el pensamiento. A decir verdad, últimamente se había estado entreteniendo con cierta fantasía. Los cortesanos todavía la hacían sentir incómoda; notaba su rechazo y sus quejas y las comparaciones con la primera emperatriz cada vez que respiraba. Wu había concebido muchos posibles modos de silenciarlos; entre sus planes favoritos se contaba el de fabricar «pruebas» que comprometieran la virtud de la emperatriz repudiada. Había llegado a pensar que quizá fuese posible contratar a un hombre para que se presentara a declarar que había sido el amante secreto de la emperatriz. Alguien de baja cuna... un criado incluso. Sin embargo, había descartado la idea, pues sabía que no podría pagar a nadie el dinero suficiente como para acusarse a sí mismo de una transgresión punible con el suicidio forzado.

Se levantó del tocador teniendo buen cuidado de su vientre abultado, pues volvía a estar embarazada de seis meses. Un biógrafo. Le dio vueltas en la cabeza a la idea. Había oído hablar mucho de la historia a su esposo. Los discursos de Kao-tsung sobre la piedad filial confuciana versaban invariablemente sobre el respeto debido a los antepasados, el honrar a los difuntos. A ella no se le ocurría ninguna razón para dar por sentado que los difuntos eran mejores que los vivos por el simple hecho de haber muerto, al parecer, los antepasados lo eran todo. Si era así, ahora se le presentaba una buena oportunidad. Sería magnífico demostrar que la emperatriz había sido una prostituta o algo parecido, pero Wu se dio cuenta de que, con un poco de planificación y de cuidado, podía conseguir algo aún mejor.

Tomó asiento otra vez, volvió del revés la carta del historiador Shu y empuñó el pincel de cerdas. Tras sumergirlo en un recipiente de tinta morada pálida, se dispuso a escribir. Muy despacio y con gestos concienzudos, pues su dominio del lenguaje escrito no era completo, construyó los caracteres de «primera emperatriz» y «padre».

Con cuidado, añadió el resto de las palabras que, en su consideración, transmitirían satisfactoriamente sus deseos y la información que aquel hombre necesitaría. Si el tal Shu era lo que aparentaba, no debería tener problemas para interpretar su mensaje. Notó moverse dentro de ella a su hijo, como un puño que le golpeaba las entrañas. A Wu le complacía que el pequeño mostrara una marcada tendencia a responder con golpes y sacudidas a los pensamientos de su madre en los momentos en que la mente de ésta estaba más activa. Para ella, eran las señales secretas de un conspirador íntimo. Aquel niño, había decidido Wu, se sentía su aliado.

Cuando hubo terminado, enrolló otra vez el papel y lo envolvió en un retal de seda. Lo enviaría a Shu Ching-tsung inmediatamente, Esperaba que su respuesta fuera rápida; si había una cosa en el mundo que no toleraba era que la tuvieran esperando.

El panfleto, excelentemente realizado, circuló por la corte con la rapidez de un rumor de guerra.

Todas las conversaciones susurradas que el viejo Wu-chi alcanzó a captar se referían al opúsculo. Si se detenía y prestaba atención, casi podría oír un leve murmullo que se alzaba de todas partes de la corte y de la ciudad, y todas las voces comentaban lo mismo: el contenido del escrito.

Wu-chi se encontraba en su despacho con un ejemplar del mismo y notó que le recorría los huesos un desagradable escalofrío. Había decidido retirarse a un lugar tranquilo donde poder leer el panfleto con detenimiento y en privado. Junto a su brazo había un cuenco de té, y al otro lado de la ventana, posado en una rama, trinaba un pájaro. El anciano tuvo que hacer un esfuerzo para mantener firmes las manos.

Estudió el sello, claramente auténtico, del Ministerio de Registros Históricos. La cinta de brocado de seda que rodeaba el documento era de la mejor calidad, igual que el papel impreso. No se había reparado en gastos para su difusión, y aquel solo detalle lo hacía más amenazador. Cerró los ojos un momento, tomó un sorbo de té caliente, abrió el panfleto y alisó el papel. Lo primero que vio fue un nombre y un título. ¿Quién era aquel Shu Ching-tsung, que se llamaba presidente de la Oficina de Registros Históricos? Empezó a leer:

*Una biografía rectificadora de Wang Chu-i,
padre de la reciente Emperatriz Wang.*

Por muy Tristes y Apenados que tengamos los Corazones a causa del reciente Repudio de la emperatriz Wang, podemos consolarnos con el hecho de que sólo estamos siendo Testigos de cómo la Historia se corrige a sí misma en un proceso natural que debemos Agradecerle. Se trata del mismo Proceso

Milagroso por el cual el cuerpo, en su Infinita Sabiduría Misteriosa, se cura a sí mismo cuando está enfermo o herido. La Desaparición de la Emperatriz fue, sencillamente, un Acto de la Propia Naturaleza para corregir una Enfermedad. Esa Enfermedad se encontraba en la Dinastía Imperial. Debemos dar Gracias en nuestros Corazones de que la Naturaleza actúe con tal Prontitud y Oportunidad para Corregir una Afección en la Casa Real, pues nos demuestra que la Dinastía Imperial es Auténtica, y Necesaria, y tan Establecida por la Naturaleza como la sangre que corre por nuestras Venas y como la salida y la puesta del Sol y como el Río que fluye hacia el Mar.

La Dolencia que aquejaba a nuestra Esclarecida Línea Sucesoria provenía de un caso de Tergiversación. Como todos sabemos, una Emperatriz es como una Flor en un Árbol. Para que la Flor posea una Belleza Impoluta, una Forma Perfecta y un Aroma Fragante, es preciso que el Árbol del que salen las Ramas en cuyos Brotes aparecen los Capullos esté Sano y Fuerte. En el caso de Nuestra Anterior Emperatriz, no era Culpa Suya que la Rama que sostenía el Brote no fuese del todo Perfecta y Pura.

La «biografía» continuaba con la aseveración de que unos diarios recién descubiertos del padre de la emperatriz desposeída revelaban que, pese a ser recordado como un ministro valioso y de confianza del padre de Kao-tsung, el hombre escondía un pasado sórdido. Si bien era cierto que procedía de la casa de los Wang, no tenía vínculos de sangre con la noble familia sino que, según revelaba tristemente el opúsculo, era hijo de un criado. El escrito describía su naturaleza ambiciosa cuando había crecido y salido al mundo, y sus éxitos en muchas empresas comerciales, algunas de ellas poco escrupulosas y otras abiertamente traidoras. El texto aseguraba que los sólidos carros de guerra utilizados por las fuerzas que pretendían oponerse al venerado emperador Tai-tsung y que extendieron la muerte y los conflictos sangrientos contra la dinastía T'ang estaban hechos con madera obtenida en las provincias del Oeste por el propio Wang Chu-i.

El panfleto describía cómo se había enriquecido con la operación, sin que le importara la erosión de la tierra causada por la tala indiscriminada de árboles para su empresa maderera, y cómo, cuando el emperador había derrotado por fin a sus enemigos, el hombre se había abierto camino hasta una posición importante en el nuevo régimen haciendo uso del buen nombre de la casa en la que una vez había sido, simplemente, el hijo de un sirviente.

Las últimas líneas del escrito aseguraban que no era de extrañar que Kao-tsung hubiera experimentado una aversión física hacia la depuesta emperatriz Wang. El joven emperador no podía saberlo, pero se trataba de «una rectificación de la Naturaleza».

Wu-chi cerró el libelo. Las manos le temblaban intensamente y la sensación de espanto se trasladó a su plexo solar y se enroscó allí como una serpiente. No la había creído capaz de tales extremos, pero para la emperatriz Wu lo mismo daban los vivos que los muertos. No tenía reparos en remover un montón de huesos si lo consideraba necesario, o en enterrar a los vivos si le convenía. Era capaz de mirar a un hombre con vida y verlo muerto. ¿Y dónde se encontraba él, Wu-chi? ¿Entre los vivos o entre los muertos? No lo sabía. No tenía la menor idea.

Estudió de nuevo el encabezamiento del disparatado escrito. Shu Ching-tsung. En el nombre del Cielo, ¿quién era aquel hombre?

El historiador Shu era un hombre menudo. La señora Yang se alegró de ello, pues el hombrecillo producía la impresión de pertenecerle, como un perro faldero; y como tal, Shu mostró una actitud atenta, casi con las orejas erectas, vibrando de pies a cabeza con un ansia viva y exaltada por obedecerla que complació mucho a la mujer. En el rostro de ésta apareció una sonrisa, pues apenas pudo reprimir una imagen mental en la que arrojaba un palo y el historiador Shu corría tras él agitando las ropas y levantando polvo. La señora Yang se sintió cómoda con el hombrecillo enseguida.

Nadie tenía la menor información acerca del pasado de Shu. Nadie podía recordar las circunstancias de su nombramiento. Era el típico funcionario invisible en quien nadie había reparado... hasta aquel momento en que había surgido de su absoluto anonimato para convertirse en historiador jefe, presidente del Gabinete de Historia, un caigo que llevaba aparejado un buen sueldo. Desde luego, pensó la mujer con satisfacción, en aquel momento era un hombre conocido.

Shu decía estar en posesión de los títulos de Ming Ching y de Chin Shih, pero la señora Yang dudaba de que tal cosa pudiera ser cierta. Al fin y al cabo, la prueba final para quienes habían superado con éxito las tres jornadas agotadoras del examen escrito de ingreso en el cuerpo de funcionarios era una entrevista con el tribunal de Examinadores y Destinos. Allí era dónde se tomaban en consideración otras cualidades menos tangibles que el rendimiento académico brillante: el porte, la conducta, la seguridad en uno mismo, incluso la cualidad de la voz..., todos ellos requisitos valiosos en un hombre que vestiría las honrosas ropas de funcionario del gobierno más poderoso que existía entre cielo e infierno. Al escuchar la voz aguda y cómica de Shu, al observar su mueca obsequiosa y huidiza, la señora Yang dudó mucho de que el tribunal le hubiera concedido los máximos grados.

Pero la mujer sabía que, en realidad, la figura de Shu resultaba irrelevante. Desde luego, no había necesidad de profundizar más en el asunto. ¿Qué importaba? En cualquier caso, lo que iban a discutir allí era la naturaleza fluida y flexible de la verdad, ¿no era así? Si el historiador Shu era capaz de reformar el pasado de otros, bien podía haber hecho lo mismo con los datos que se referían a él mismo. A la señora Yang le bastaba con saber que el hombrecillo había acudido a su hija, la

emperatriz Wu, gracias a su propio espíritu imaginativo y emprendedor. Aquello era recomendación suficiente para ella.

Y apenas les costó unos instantes centrarse en el tema que les interesaba: la naturaleza de la verdad.

—Tenéis un jardín espléndido y muy elegante, señora —dijo la voz aguda mientras su propietario se esforzaba por seguir el paso de su anfitriona. La señora Yang era una mujer alta, como su hija; en su entusiasmo por mostrar a Shu otro lugar destacado de la casa, había echado a andar de nuevo con sus zancadas amplias y ágiles sin reparar en que ello obligaba al hombrecillo a un esfuerzo para mantenerse a su altura—. Es cierto que uno puede deducir la categoría y la cuna del dueño... (disculpado, señora: en vuestro caso, de la dueña) de una propiedad por la elegancia de su distribución. Cada objeto en sensible y perfecto equilibrio con los demás, cada arbusto y cada piedra, cada árbol y cada estatua...

Cuando llegaron a un delicado puente que salvaba una cascada en miniatura, Shu resollaba. La señora Yang redujo la marcha apenas lo necesario para que el historiador la alcanzara de nuevo.

—La magnificencia que contemplas es la herencia de mi difunto esposo. —La mujer hizo una pausa, reflexionó y añadió—: Él deseaba reflejar en esta casa y en sus terrenos circundantes la nobleza y la grandeza que se manifiesta por todas partes a nuestro alrededor.

—¡Ah...! El difunto Wu Shih-huo, el muy augusto padre de la emperatriz Wu... —Shu asintió con aire pensativo—. ¡Por supuesto, por supuesto!

—No soy más que la celadora de la propiedad de mi esposo, si me permites expresarlo así —expuso la señora Yang con falsa humildad.

Llegaron a un largo pasillo de columnas y volvieron sobre sus pasos por los jardines de la parte de atrás de la casa en dirección al refinado pórtico de la mansión.

—Debo decirte, maestro Shu, que me siento muy cómoda contigo. Eres exactamente como me dijo mi esposo. Él me aseguró que serías un aliado muy comprensivo.

—Disculpadme, señora, pero... ¿Decís que vuestro esposo os habló de mí? Pero si lleva muerto...

—Diez años —le ayudó la señora Yang.

—Diez años... —repitió Shu—. Lamentablemente, es imposible que me conociera; no llevo aquí más de siete años... —El historiador tuvo que dejar de hablar unos momentos para apresurarse tras su anfitriona. Ella tenía el mentón levantado con aire soñador y una sonrisilla serena en los labios—. Aunque lamento profundamente que no llegáramos a tratarnos...

—Perdona, maestro Shu —interrumpió ella—. Quizá debería haberte puesto al corriente de todo desde el principio. —Se detuvo en mitad del pasillo y se volvió

hacia él—. Un descuido terrible por mi parte. Verás, ha sido mi esposo quien te ha invitado aquí.

—Pero, señora, vuestro esposo está muerto —dijo Shu con cuidado, estudiando su expresión.

—Para algunos, maestro Shu. Pero para otros que creen que hay otros planos de existencia...

El rostro de Shu se relajó al oír aquellas palabras y sonrió.

—Entonces, ¿sois una budista devota, señora Yang?

Ella hizo caso omiso de la pregunta y continuó:

—Fue mi marido quien guió tus talentos literarios e históricos hacia mi hija, desde el primer momento. —Shu permaneció en silencio, expectante—. Quizá creíste que actuabas por tu propio impulso al ofrecer tus servicios a mi hija, pero sólo era un espejismo.

La mujer se acercó a la balaustrada y pasó los dedos por la lisa madera de la barandilla mientras contemplaba el jardín con aire ausente.

—Quizá no entiendo con la claridad que debiera lo que me decís, señora —murmuró Shu con cauta timidez.

Ella se volvió y le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Es difícil entender estas cosas, incluso para los más devotos.

—Por supuesto.

—Todo lo que ves a tu alrededor, maestro Shu, toda la grandeza y la belleza de esta casa y sus terrenos circundantes, el mobiliario, el oratorio budista de la familia, el jardín de rocas, el gran vestíbulo... todo lo que has admirado con tanto gusto no es, en realidad, un reflejo de la familia de mi marido sino, más bien, de la en otro tiempo gran familia de los Yang. De mi familia. Una estirpe que se remonta a la dinastía Sui, antes de la fundación de nuestros T'ang, y previamente a los Chou del norte y a las grandes familias que impulsaron las enseñanzas budistas.

La señora Yang se retiró de la barandilla y reemprendió la marcha, esta vez muy despacio y con aire meditabundo.

—A diferencia del clan Yang, el recuerdo de la familia de mi esposo se ha perdido para la historia, maestro Shu. El clan Wu, aunque se remonta a la dinastía Wei, tres siglos, no aparece citado entre la aristocracia de la nación. Su única esperanza de ingresar en ella era una alianza por matrimonio con nuestra grande y prestigiosa familia Yang. Sin embargo, ha llegado el momento de que él también posea grandeza. Es el padre de una emperatriz. No sería conveniente que los enemigos de mi hija pudieran aducir una «ascendencia inadecuada». El nombre de Wu debe compartir grandeza con el de Yang. Mi esposo, Wu Shih-huo, el padre de Wu, tiene que ser un gran hombre. ¡Requiere una vida nueva, historiador! —exclamó con enérgica convicción—. ¿Eres capaz de entender eso?

Esta vez, Shu sonrió abiertamente antes de contestar:

—¡Perfectamente capaz, señora!

—Has sido señalado por fuerzas más allá de tu comprensión. Has sido traído a nosotras gracias a la buena fortuna de un universo que entiende que la historia debe rehacerse para dar cabida a múltiples realidades. Esta es la tarea... no, debería decir el destino de quien es escogido para preparar nuestra biografía para la posteridad, de quien inscribe nuestro nombre en la eternidad con sus tintas indelebles.

Shu sacó pecho con evidente orgullo, se acercó a la señora Yang, que aún estaba junto a la balaustrada, y contempló su silueta con admiración. La mujer era elegante y hermosa como su hija; la diferencia de edad era apenas apreciable. El historiador acababa de oírla compartir en buena medida su opinión respecto a la naturaleza de la verdad. ¿Quién era nadie para decir que lo que podría haber sucedido era menos cierto que lo acontecido de verdad? Y si lo que había sucedido realmente era un evidente error, si no resultaba bastante espectacular o fascinante, o si conducía en una dirección inconveniente, ¿no era responsabilidad suya corregirlo? ¿Acaso se edifica una casa sobre unos cimientos en malas condiciones? ¿O bien se empieza por afirmar éstos y ponerlos en condiciones para que sostengan las habitaciones que pensamos construir encima?

Uno junto al otro, contemplaron en silencio el estanque de las carpas. Los juncos que sobresalían del agua se juntaban con las imágenes que se reflejaban en ella para formar las extrañas líneas angulosas de algún escrito místico.

Shu respondió en un susurro, como si las palabras de la mujer le hubieran provocado un renovado y profundo respeto por todo lo que lo rodeaba.

—Sí —musitó—, comprendo perfectamente. Pero puedo preguntar —Shu hizo un esfuerzo por utilizar las palabras de la forma más diplomática posible— cómo es que vuestro esposo...

—Viene a mí a menudo, en sueños —respondió ella sin darle tiempo a terminar—. Ha trascendido las barreras entre los mundos, maestro Shu.

El historiador asintió.

—La muerte es, ciertamente, la trascendencia definitiva, señora —respondió, no muy seguro de qué significaba aquello, pero tratando de mantener viva la conversación.

—¿Definitiva? Difícilmente, maestro Shu. Es sólo el primer paso —le corrigió ella con suavidad—. Me encantará hablar contigo de estos temas, maestro Shu. Está todo en los divinos *sutras* de los Vijnanavadin. Más tarde tendremos tiempo de especular sobre filosofía y ontología... mucho tiempo. Pero la tarea que nos aguarda es urgente. Mi esposo se me apareció porque ya no desea ser recordado como fue.

Al oír aquello, el menudo historiador adoptó de inmediato un aire interesado y profesional.

—Señora, ¿cuál es la... perdonad el término... la verdad acerca del difunto Wu Shih-huo? —preguntó, en el mismo tono de franqueza que había empleado ella.

—Que no era nadie —respondió la señora Yang sin la menor vacilación—. Al menos, en lo que se refiere a los vínculos familiares que corresponden al padre de una emperatriz, lo que la tradición, la costumbre, la opinión general... *exige*.

—¿Entonces, no fue un héroe de la fundación de los T'ang, como a la emperatriz Wu le gustaría que creyéramos?

—De ninguna manera. Mi hija casi ha terminado por convencerse de ello, pero no.

Habían llegado de nuevo al pórtico y se detuvieron bajo su techo abovedado. La señora Yang empleó un tono de divertida paciencia, como si los hechos que relataba fuesen meros inconvenientes que pronto se corregirían (y no eran otra cosa):

—Wu Shih-huo no ayudó a Kao-tsu en el establecimiento de la dinastía T'ang frente a Yang-ti, el emperador loco de los Sui. A decir verdad, maestro Shu, lejos de haber colaborado en la lucha de Kao-tsu y de Tai-tsung por restaurar la paz y la unidad en el reino bajo los T'ang, mi difunto marido empezó ayudando al emperador loco, a quien vendió la madera para la construcción de doscientos mil carros de guerra con los que enfrentarse a los T'ang. No, mi esposo no estuvo entre los fundadores de la dinastía —insistió la señora Yang y apartó la mirada de Shu para dirigirla a los jardines, con una carcajada—. En realidad, él hizo la fortuna que mantuvo viva esta gran casa, que la mantiene viva aún hoy, gracias a los suministros que proporcionó a los enemigos del imperio.

En aquellos instantes, Shu estaba absolutamente radiante de admiración.

—Muy cierto, señora, muy cierto —dijo—. ¿Y no es verdad, también, que vuestro estimado esposo... adoptó el apellido Wu...?

—Muy cierto, historiador Shu —contestó ella y le devolvió la sonrisa—. Muy cierto. ¡Ah!, otra cosa, historiador —añadió, con la mirada perdida en la lejanía—. No todo tu trabajo para nosotras será de naturaleza tan delicada. Mi hija y yo tenemos otro proyecto, que pondremos en marcha después de llevar a cabo éste. Uno que se podría denominar una recompensa por tu esfuerzo.

—Excelente, señora —asintió Shu con una reverencia—. Si algo soy, es un decidido amante de la diversión.

El consejero Wu-chi observó a Kao-tsung desde el otro lado del escritorio. Sus viejos ojos, negros y brillantes, estudiaban al joven que se sentaba frente a él, agitado, cruzando y descruzando los brazos. Entre los dos hombres había tres escritos finamente encuadernados, cada uno con una cinta de seda alrededor. Wu-chi empujó uno sobre la mesa, apartándolo de sí como si fuera pescado podrido.

—¿Qué os digo ahora, hijo de mi buen amigo? —murmuró, al tiempo que movía la cabeza—. Supongo que sabéis leer. ¿Sí? Entonces, seguro que habréis echado un

vistazo a estas obras maestras de la literatura y os habréis formado una opinión.

Kao-tsung evitó mirar directamente los papeles o el rostro de su interlocutor.

—No he tenido tiempo de leerlos, Wu-chi —respondió.

—¿No habéis tenido tiempo? —replicó Wu-chi con frialdad—. En ese caso, sin duda habréis ordenado a alguno de vuestros consejeros que los estudie y os haga un resumen, ¿no?

Kao-tsung cambió de posición, incómodo.

—Entonces, permitidme que lo haga yo. —Wu-chi alargó la mano hacia el escrito más próximo a él.

—Wu-chi, por favor... —dijo el emperador en tono irritado, y apartó la mirada.

—El primero es muy interesante —continuó Wu-chi, impertérrito—. Una «biografía» de Wang Chu-i, el padre de la depuesta emperatriz Wang. Una lectura fascinante. ¡Se puede aprender tanto de un combinador de palabras habilidoso! Y cuando uno ya cree que no le queda nada por ver en el universo, ¡sorpresa! ¡Otra gran obra de significación histórica! —Alzó el segundo panfleto, con los ojos fijos en el emperador, y desató la cinta de seda—. Una «biografía» de Wu Shih-huo, padre de la emperatriz Wu Tse-tien. —Arrojó el escrito de tal modo que resbaló sobre el escritorio y se detuvo contra el brazo de Kao-tsung. El emperador no hizo el menor ademán de cogerlo—. ¡Estoy asombrado! ¡Ahora resulta que era Wu Shih-huo, y no Wang Chu-i, el amigo fiel e invaluable aliado de vuestro padre, Tai-tsung! ¡Resulta que fue él quien llevó a cabo el inmenso servicio de derrotar a Yang-ti y consolidar a los T'ang, y que Wang Chu-i, el hombre que yo conocí, no fue más que un usurpador y un oportunista! ¡Es extraordinario cómo, después de tratar a un hombre durante años, de trabajar con él, puede uno descubrir lo poco que sabía de él en realidad! —terminó con profundo sarcasmo.

—¿Qué importa eso, Wu-chi? —respondió débilmente Kao-tsung—. Los dos están muertos. Nunca leerán esos escritos, esas historias estúpidas.

—Casi no puedo creer que esté escuchando a un confuciano decir que es aceptable difamar a los muertos —murmuró Wu-chi, sacudiendo de nuevo la cabeza—. La verdad, joven emperador Kao-tsung, es casi demasiado embarazosa como para comentarla en voz alta. ¡La verdad, mi señor, es que tenéis miedo! —Dijo estas últimas palabras con gran energía. Después, bajó el tono hasta casi un susurro y se inclinó hacia delante para añadir—: ¡Miedo de vuestra esposa! ¿Por qué? —preguntó en un siseo—. ¿Por qué no os enfrentáis a ella?

—No sabemos que ella tenga algo que ver con todo esto —respondió Kao-tsung sin convicción. Wu-chi se limitó a mirarlo.

—Por favor —dijo el anciano—, no perdamos más tiempo engañándonos. Sabéis perfectamente que su mano está detrás de todo esto. La suya y la de su bruja gemela, la señora Yang. Fabulaciones. Transgresiones históricas. Explicaciones espúreas. —

Con estas palabras, la cólera de Wu-chi empezó a crecer de nuevo—. Por lo menos, decidme que me equivoco en eso. Decidme que el emperador de China no ha permitido que una mujer se imponga a su autoridad, que habéis nombrado vos mismo a ese... ese Shu Ching-tsung. Una mala elección, pero vuestra al fin y al cabo. ¡Una decisión que podéis rectificar!

Kao-tsung estuvo tentado de mentir, decir al anciano que, en efecto, había sido él quien había elevado al anónimo cuentista a la presidencia del Gabinete de Historia. Empezó a abrir la boca, pero desistió en el último momento. Miró de nuevo a Wu-chi y comprendió que el otro hombre había visto todo lo que le había pasado por la mente en aquellos breves momentos.

—Por lo menos, no te miento, Wu-chi —dijo, cansado.

—Os lo agradezco, de todos modos —respondió el consejero—. ¡Shu Ching-tsung, «Historiador Jefe»! Como si los cargos oficiales fueran una broma, juegos infantiles... no, pinturas y bisutería de mujer, para su frívolo placer. Estos no son actos de frivolidad, sino graves actos de guerra. De agresión contra la casa reinante. De enfrentamiento con esta corte. De combate contra mí y contra mis colegas.

—¿Contra ti? ¡Pero... pero si esas historias no se refieren a ti! —replicó Kao-tsung.

—Es verdad, mi joven emperador. Son historias sobre «hombres muertos», como tan acertadamente habéis dicho. Pero no las habéis leído. Os he contado lo que dicen los dos primeros escritos, pero no os he dicho nada del contenido del tercero —continuó, empujando el papel por encima de la mesa con gesto pausado—. No voy a revelaros nada en absoluto de él. Sencillamente, dejaré que lo leáis. Y estoy de acuerdo con vos en un punto: los tres escritos se refieren a muertos. No importa que mis colegas y yo no ocupemos todavía nuestras tumbas. Todos somos hombres muertos.

Kao-tsung tomó por el brazo al anciano.

—Hablaré con ella, Wu-chi. La haré entrar en razón, te lo prometo.

—Con las brujas no se razona —declaró Wu-chi, desasiéndose de la mano del emperador con un firme gesto de desafío al tiempo que se incorporaba de la silla. Rodeó la mesa, cogió el escrito y lo dejó caer sobre los muslos del emperador—. Al menos, mientras uno está bajo su hechizo.

Mucho después, cuando estuvo completamente a solas, Kao-tsung se atrevió por fin a abrir el documento. Cuando lo hizo, el estómago se le revolvió; eructó y tragó saliva, percibiendo el sabor amargo que le subía por la garganta. Esta reacción de sus entrañas ante un documento oficial no era insólita; en los últimos tiempos, todo lo que llegaba a él —peticiones, proyectos de declaraciones, calendarios de audiencias civiles, peticiones de retiro o de traslado— le causaba náuseas o presión en la cabeza.

La noche anterior, el pescado al jengibre —uno de sus platos favoritos desde

hacía mucho tiempo— le había sentado mal. La fruta siempre lo había aliviado, pero aquella mañana le había causado un intenso ardor en medio del pecho, que los médicos imperiales habían disipado mediante expertos masajes circulares. Pero, una vez aliviado el malestar, aún le quedaba el sabor del queso de soja. Era penoso. La comida era la energía del cuerpo; comer y digerir tenían que ser una experiencia armoniosa.

Cerró los ojos y evocó con anhelo el sol caliente en la espalda, las hojas acariciándole el rostro, el ruido sordo de los cascos en un sendero de bosque tapizado de pinocha. Cualquier cosa menos esto, pensó al tiempo que abría los ojos de nuevo para contemplar el objeto que tenía en las manos, insidiosamente atractivo y elaborado con gran gusto. Su estómago emitió un rugido largo y grave, como el de un león distante.

Kao-tsung desató la cinta de seda. El papel era más fino de lo que esperaba; el texto, que había sido impreso, era elaborado y obra de un profesional. El título estaba en página aparte, una disposición inhabitual: *Historia de Seis Tontos*. En la hoja siguiente, leyó una breve advertencia: «*Historia de Seis Tontos* es una mera invención del autor de este documento, el presidente del Gabinete de Historia, y no guarda ninguna relación con la realidad, sino que ha sido escrita con la única finalidad de servir de entretenida parábola».

El emperador inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones para expulsarlo luego en un largo suspiro. Pasó la página. De nuevo, apareció *Historia de Seis Tontos*; esta vez, en letras pequeñas debajo del título, había un añadido que decía: «Quizá debería leerse como una *Historia de Seis VIEJOS Tontos*.» Kao-tsung se frotó suavemente el pecho, imitando los movimientos del médico aquella mañana. Sus ojos iniciaron el obligado viaje por la página.

Eran seis hombres, aunque no se sabe si eran amigos desde la cuna o si se conocían gracias a antiguas relaciones familiares. En cualquier caso, los seis eran ya viejos en los tiempos sombríos de la corrupta dinastía anterior... y mucho más viejos cuando quedó instituida la nueva. Desde el inicio de sus vidas despreciables, todos ellos dieron muestras de su inutilidad y de su estupidez. Todos sufrían extrañas dolencias que les afectaban los ojos y el Mar de Tuétano. En otras palabras, los viejos estaban parcialmente ciegos o completamente atontados.

Estos seis hombres se habían repartido en tres parejas en un intento de compensar sus deficiencias físicas y sus carencias mentales, pero su esfuerzo era en vano. La primera pareja la formaba uno que veía de lejos con claridad pero era incapaz de reconocer los objetos cercanos y otro que veía bien de

cerca pero no distinguía nada de lejos. En la segunda pareja había un miembro que sólo alcanzaba a ver las cosas para las que tenía un nombre: si no podía dar un nombre a un objeto, sus ojos no se percataban de su existencia; el otro olvidaba continuamente el nombre de las cosas y, además, las confundía: si veía una vela podía confundirla con un árbol y si topaba con una cabra podía tomarla por la esposa de su vecino, de la cual era un gran admirador, pero al menos era capaz de dar un nombre a las cosas (aunque fuera un nombre equivocado) para que su compañero pudiera verlas. Finalmente, estaba la tercera pareja. El primero de sus componentes tenía una vista perfecta pero, aunque lo reconocía todo, era completamente incapaz de hablar y de escribir. Su compañero, por último, parecía muy normal en todos los aspectos, pero todo cuanto experimentaba se volvía muy confuso cuando lo explicaba a otros.

Un día, los seis se reunieron en una taberna de Luoyang para hablar de la naturaleza del mundo y de los servicios a los que, finalmente, dedicarían sus energías. Los viejos no tenían necesidad de techo y comida, pues los vecinos siempre se apiadaban de ellos, pero deseaban encontrar empleo. Cuando llevaban un buen rato en la taberna y sonó el redoble de los tambores que anunciaban el toque de queda, ya estaban todos bastante ebrios de vino de arroz.

Iniciaron el regreso a casa pero pronto descubrieron que se habían perdido. Borrachos y tambaleándose, consiguieron llegar hasta el canal y se sentaron en un parapeto, pero, sumidos en su confusión, creyeron que habían descendido hasta el río Lo y que en aquel momento estaban sentados en su ribera cubierta de hierba.

Ebrios y medio dormidos, aguardaron pacientemente junto al canal que confundían con el río Lo. Al cabo de un rato vieron acercarse a una bella joven con el cabello en un doble moño, vestida con unas ropas pobres y harapientas, pero inmaculadamente limpias, que traía en la mano una cesta de mimbre. Sin duda, la muchacha volvía del mercado y se dirigía a su casa antes de que se desvanecieran las últimas luces del crepúsculo. Pero no fue eso lo que vieron los viejos. Cuando pasó junto a ellos, la joven les dedicó un cortés saludo con la cabeza y unas palabras para desearles buenas noches, imaginando probablemente que se cruzaba con seis venerables sabios de la Academia Imperial. Pero no fue eso lo que ellos escucharon.

Cuando se hubo marchado, los seis estúpidos se enzarzaron en un largo debate, considerablemente acalorado, sobre la identidad de la joven. Cada cual había visto y oído cosas distintas y no se ponían de acuerdo en nada. Por último, el que parecía totalmente normal, pero que lo confundía todo cuando

volvía a contarlo, efectuó el pronunciamiento final en nombre de todos ellos:

A juzgar por su aspecto, proclamó, la muchacha tenía que ser la diosa del río Lo. Al fin y al cabo, ¿acaso no iba vestida con las ropas de una reina clásica como las descritas en los registros antiguos, con un tocado de oro y plumas de martín pescador y el corpiño adornado de perlas de suave brillo? ¿Y no estaban sentados en la ribera del Lo? Todos coincidieron en ello atolondradamente, asintiendo entre suspiros. ¿Y acaso no les había hablado para revelarles que debían servir al emperador como altos dignatarios y consejeros de estado? La diosa del Lo, la hija del gran Fu Hsi, no podía equivocarse en aquello, ¿verdad? De nuevo, todos asintieron al unísono. Ninguno de ellos recordaba ya que sólo habían visto pasar a una joven campesina que les había deseado buenas noches. La mañana siguiente, los seis viejos estúpidos, ciegos y testarudos, consiguieron acceder a palacio. Y quedó claro que, allá donde fueran, no harían sino extender la confusión.

Kao-tsung dejó que el librito le resbalara entre los dedos y cayera al suelo. No podía seguir leyendo. Se inclinó, doblando el espinazo, y cerró los párpados con fuerza en un gesto de dolor. En aquel momento sólo le apetecía una cosa en el mundo, y era el tacto de las manos de Wu. El contacto con ella podía disolver nudos y rigideces y apagar el ardor. Pese al difuso conocimiento, en algún rincón de su mente, de que la mujer era la responsable de tales ardores, no podía evitar aquel pensamiento. Evocó sus manos frías y sedosas recorriéndole la piel y el dolor de estómago disminuyó un poco. Inclinado todavía, abrió ligeramente los ojos. El opúsculo estaba en el suelo a unos dedos de su nariz; el elegante brocado de la tapa brillaba bajo el sol de media tarde.

Su madre cogió a uno de los recién nacidos y ella sostuvo al otro. La emperatriz irradiaba orgullo y vanidad. Sabía que lo sucedido era un generoso regalo de la pródiga Naturaleza, una restitución por el sacrificio de la niña. ¡No un solo hijo varón, lo cual ya habría sido compensación suficiente, sino dos!

Exhaló un suspiro y se sumergió indolentemente en la satisfacción cálida y animal de la mujer cuyo sangriento trance ha terminado, y ha proporcionado descendencia masculina a su señor.

Miró a su madre, que había recibido el extraordinario acontecimiento sin alterarse. La señora Yang sostuvo en alto a uno de los niños y lo estudió con aire perspicaz y valorativo, como si fuera un pato que pensara servir en su mesa.

—Éste es tu verdadero heredero —declaró—. Es el que lleva tu espíritu.

Wu era incapaz de adivinar qué veía su madre en la criatura sonrosada y fea que se agitaba ante ella, colgada de sus manos, pero dio crédito a la declaración, puesto

que venía de ella. El pequeño llevaba una cinta de seda roja en torno a la muñeca para distinguirlo de su hermano.

—Ése se llama Hsien —le dijo a su madre—. Es el nuevo príncipe heredero. Por lo menos —añadió al observar la mirada inquisitiva de su madre—, lo será dentro de no mucho. Y este otro —señaló el bulto que tenía en el regazo— es Hung. Es mi seguro, por si le sucede algo al primero. —Las dos mujeres se miraron y sonrieron—. ¡Oh, madre! —añadió Wu a continuación, y se recostó de nuevo en los almohadones—. Me siento fuerte. ¡Me siento como si tuviera dentro cien hijos esperando a salir!

—Los tienes —respondió la madre—. Pero no los dejes salir todos. Guárdate algunos dentro. —Se inclinó hacia delante y le susurró en tono conspirador—: Guárdate parte de su fuerza vital para ti misma. Es lo que yo hice.

Cruzaron otra mirada, echaron la cabeza hacia atrás y se rieron con ganas. La vida era estupenda, sin duda. La vida era espléndida.

El emperador contempló a los dos pequeños durmientes como si hubieran descendido directamente del cielo a la cuna cubierta de gasas en la que reposaban. La emperatriz estaba a su lado en la terraza acariciada por la brisa y perfumada por las flores, apoyada en él como si necesitara su sostén. Kao-tsung notaba la lengua paralizada, pero se obligó a hablar.

—Querida mía —empezó a decir, muy a regañadientes—, han llegado a mi conocimiento ciertas cosas...

—¿Sí? —respondió ella con suavidad.

Kao-tsung contempló las caritas arrugadas y sonrosadas de los recién nacidos y continuó:

—El consejero Wu-chi está muy preocupado por ciertos... escritos que circulan por la corte y por la ciudad.

—¿Qué escritos? —contestó ella despreocupadamente, al tiempo que introducía la mano entre las gasas para acariciar los ralos cabellos negros de uno de los pequeños príncipes. El emperador suspiró.

—Los de un tal Shu Ching-tsung, que se hace llamar historiador jefe. Se trata de un cargo que no ha sido cubierto oficialmente desde hace muchos años.

—Wu-chi no tiene de qué preocuparse —contestó ella—. Son un mero entretenimiento, unos cuentos divertidos. Nada más. No tiene nada que ver con él o con sus amigos.

—Él considera que son algo más. Que son una... una sátira velada de él mismo y de los otros miembros del consejo.

—¡Si Wu-chi ve algún parecido entre él y los viejos estúpidos del cuento, no hace más que delatar su propia estupidez! Esos relatos no tienen ninguna relación con él. Son cuentos ejemplarizantes que ilustran la estupidez del mal gobierno, pensados para entretener enseñando. No puedo hacer nada si Wu-chi y los demás se ven

reflejados en ese espejo. Por cierto... —añadió—, Shu se hace llamar historiador jefe porque yo le dije que podía hacerlo. No es oficial, desde luego; eso te corresponde decidirlo a ti. Pero he creído que estarías satisfecho con su trabajo. Es un hombre de mucho talento y nos será de gran ayuda.

—¿Satisfecho con su trabajo? —replicó Kao-tsung, incrédulo—. ¿Qué me dices de la... la «biografía revisada» del padre de la anterior emperatriz? —Al emperador le disgustó la debilidad y el tono de disculpa que se insinuaban en su voz.

—¿Qué te digo? —replicó ella—. ¿Todavía no te has dado cuenta de qué objetivo tiene eso? ¡Todo es en tu favor! ¡Todo! —Se volvió hacia él bruscamente, con una mirada penetrante—. Estoy protegiendo tu reputación. Así de simple. De este modo, todo el mundo sabrá que nunca mereció ser emperatriz y aceptará la decisión de repudiarla. Y alejará aún más las sospechas respecto a ese asunto. El secreto seguirá siendo sólo nuestro.

La idea de la anterior emperatriz como asesina se mantenía como un espacio en blanco, como una estancia vacía y sin ventanas en la mente de Kao-tsung. El emperador no tenía palabras.

Volvió la mirada a la cuna, como hacía Wu en aquel momento. Al cabo de un instante, le sorprendió ver que caía una lágrima en el encaje de seda.

—¿Qué sucede? —se apresuró a preguntar, mientras contemplaba el rostro de Wu con alarma.

—No es nada —respondió ella—. Sólo que temo que mis hijos estén condenados.

—¡Condenados! ¡Pero si sus vidas acaban de empezar! ¡Vivirán cien años!

—Mi hija sólo cumplió diez días —murmuró ella con tristeza, y alzó el rostro hacia él con los ojos brillantes—. ¿O acaso lo has olvidado?

—No —respondió él, exhalando el aliento con cansada resignación—. No lo he olvidado, ¿pero quién habría de...? —dejó la pregunta en el aire, confundido y reacio a terminarla—. Me refiero a que la emperatriz...

—Sí, ella ya no está —replicó Wu—. Pero eso no significa que su influencia no pueda extenderse. Al fin y al cabo —añadió, bajando de nuevo la voz—, el príncipe heredero sigue siendo su hijo, Jung. Y él todavía está aquí. Y esos ancianos. También siguen aquí.

—No puedes hablar en serio —protestó Kao-tsung débilmente y notó una aguda contracción en el estómago al hablar.

—Estos pequeños pueden darse por muertos —insistió ella con abrumada resignación—. Sería mejor que yo misma les diera muerte en este momento y les ahorrase la ignominia de morir a manos de un extraño.

Kao-tsung la asió por los brazos.

—No hables así —dijo con desesperación—. No lo soporto. A los niños no les sucederá nada.

Wu se apoyó suavemente en él y le habló con la boca junto al hombro.

—Lo único que quiero es hacerte grande —susurró—. Es lo único que he querido siempre. Y te pido muy poco a cambio.

Kao-tsung se sintió derrotado. Notó que todas sus defensas se hundían y que su lengua se disponía a articular las palabras que ella deseaba escuchar.

—¿Qué quieres?

—Guardias —respondió ella. De pronto, su voz se hizo firme y autoritaria.

—¿Guardias? —Kao-tsung no entendía a qué se refería.

—Quiero que dos... no, cuatro guardias sigan a cada uno de los miembros del Consejo de los Seis allá adonde vayan, a cualquier hora del día o de la noche. No deben permanecer un solo momento sin vigilancia.

—¡Pero eso es una locura! —protestó el emperador; pero ella lo hizo callar.

—¿Una locura? ¿Consideras una locura proteger a tus hijos recién nacidos de que corran la misma suerte que mi hija?

—Pero... no puedo humillar así a unos prohombres tan respetados.

—Los viejos y el príncipe Jung deben estar vigilados estrechamente en todo momento. ¡En todo momento!

—¿El príncipe Jung, también? —inquirió Kao-tsung, asombrado—. Pero... pero si no es más que un niño.

—¡El príncipe también! —replicó ella, terminante—. ¡No correremos ningún riesgo! El muchacho es el hijo deshonorado de una emperatriz indigna.

El emperador miró a su alrededor con aire apesadumbrado, como si buscara la ayuda del cielo en calma o de los pájaros que gorjeaban en los árboles.

Al verlo así, Wu adoptó un tono de voz más suave y dijo gravemente:

—No sé qué sería capaz de hacer si les sucediera algo a esos pequeños. Simplemente, no lo sé. Probablemente, sería mi fin.

—No, no, no. —Kao-tsung sacudía la cabeza—. No soporto escuchar estas palabras de tus labios. No lo soporto. Como tú quieras, pues. Guardias. Todos los que desees.

—Y hay una cosa más —añadió la emperatriz, apoyando de nuevo la mejilla en su hombro—. No tiene ninguna importancia; es un pequeño favor que me ayudará en mi tarea. —El no dijo nada, se limitó a esperar—. Haz oficial el nombramiento de Shu Chin-tsung. Concédete la legitimación del emperador al que con tanto anhelo desea servir.

Kao-tsung no respondió de inmediato, ocupado en contener una náusea biliosa que ascendía de su estómago revuelto. Cerró los ojos y notó la frente bañada en un sudor frío y fino. Cuando abrió otra vez los párpados, se sintió como si volviera de algún lugar lejano; Wu lo miraba con una expresión satisfecha y complacida, como si acabara de darle su consentimiento, aunque no recordaba haberlo hecho. Se preguntó

si realmente lo había dado. Se sentía profundamente desorientado.

—Eres maravilloso —exclamó ella con alegría, sin esperar su respuesta—. Se lo diré a Shu esta tarde. —Tomó las manos de Kao-tsung entre las suyas y se las llevó a los labios para besar y acariciar sus dedos—. Estamos trabajando en unos cuentos maravillosos —comentó con aire conspirador—. Quedarás muy complacido. ¿Quién dice que no hay lugar para el humor y la ligereza en el gobierno? Extenderemos la risa y la alegría entre la gente, hasta los últimos confines del imperio.

Kao-tsung se apartó de ella bruscamente al tiempo que experimentaba otro acceso de náuseas.

—Discúlpame, querida, por favor —musitó, y se acercó a la barandilla. Se inclinó sobre ella, convencido de que iba a vomitar, pero no salió nada y la náusea remitió gradualmente. Cerró los ojos y descansó un momento con la cabeza hundida. Oyó a Wu acercarse por detrás y notó sus dedos fríos que le acariciaban la frente y terminaban de aliviarle.

—¡El pueblo te recordará y te amará por ello!

Kao-tsung permaneció muy quieto entre las sombras moteadas de un huerto de frutales ornamentales, mientras oía pronunciar su nombre a lo lejos. Si se quedaba inmóvil, pensó, tal vez no lo encontrarían.

La voz pertenecía a Wu-chi. Era enérgica y potente y, pese a la distancia, el emperador la notó cargada de irritación. Miró hacia las ramas que tenía sobre su cabeza; sería fácil encaramarse al árbol y pasar allí el resto de la tarde. Podían buscar por todo el palacio y el parque imperial sin dar con él. A modo de prueba, alargó el brazo y asió una rama. Soportaría su peso con facilidad.

La voz sonó más próxima, y también el ruido de unas pisadas recias y poderosas. Experimentó un breve momento de terror, como el que debe de sentir cualquier animal acosado. No se movió. Se quedó asido a la rama y esperó, paralizado por la indecisión. Wu-chi apareció en un recodo del sendero, gritando su nombre. Las llamadas cesaron bruscamente cuando, sorprendido, descubrió al joven emperador bajo un árbol frondoso, apenas a unos pasos de él.

Wu-chi no estaba solo. Las pisadas pertenecían a los cuatro guardias inexpresivos que flanqueaban al anciano. Kao-tsung y Wu-chi se miraron durante un instante de perplejidad. Luego, avergonzado, el emperador bajó el brazo con el que se agarraba a la rama.

—¡Por fin os encuentro! —exclamó Wu-chi con voz neutra—. Si me hacéis el favor de liberarme de mis amantes excesivamente celosos, hay asuntos urgentes que debo tratar con vos.

Kao-tsung ordenó a los guardias que se mantuvieran a distancia. Los soldados titubearon al principio, pero la ferocidad del tono de voz del emperador les hizo retirarse a unos cien pasos.

—¿Habéis visto eso? —apuntó Wu-chi—. ¡Poco ha faltado para que no os obedecieran, a vos, el hijo del Cielo! Han recibido sus órdenes de alguien cuya autoridad los impresiona más.

—Tonterías —replicó el emperador—. Sencillamente, la primera vez no me han entendido.

Wu-chi enarcó una ceja con aire irónico y tomó asiento en un banco de piedra.

—¿Habéis leído esto? —preguntó Wu-chi con calma, tendiendo un folleto encuadernado a Kao-tsung. El emperador se dispuso a responder pero Wu-chi lo interrumpió—. No os hablo de la *Historia de Seis Viejos Tontos* ni del fascinante relato del celebrado héroe de los T'ang, Wang Chu-i. No; esto supera todo lo anterior. —El tono sereno y amenazador de la voz de Wu-chi amilanó al emperador—. Al parecer, esos «seis viejos estúpidos» aún siguen con sus asombrosas hazañas. Me sorprende que no estéis al corriente. En la corte y en la ciudad entera, todo el mundo conoce al dedillo este escrito. Muchos incluso son capaces de recitar párrafos de memoria.

Mientras decía todo esto, Wu-chi temblaba perceptiblemente. Al ver que el emperador no hacía el menor ademán de coger el panfleto que le ofrecía, Wu-chi empezó a desatar la cinta él mismo, con mano insegura, y continuó:

—Muy bien, yo os lo leeré. ¿Por dónde empiezo? —se preguntó a sí mismo mientras pasaba rápidamente las hojas—. No importa, cualquier ejemplo servirá. Sentaos —ordenó a Kao-tsung. El emperador, obediente, se aposentó en el suelo y prestó atención al anciano consejero, quien seleccionó una página y empezó a leer con un tono de voz frío, cargado de ira:

Un caso flagrante entre los Viejos Tontos era el del anciano Borrico Cojo, cuya lascivia indecorosa excedía con mucho su discreción. Muchas eran las ocasiones en que su asistente lo descubría con la blusa levantada hasta la cabeza y los pantalones bajados hasta la rodilla, sudoroso y jadeante, mientras trataba de conseguir por la fuerza el «melocotón aún inmaduro» de alguna joven sirvienta, que no tenía más remedio que ceder a las demandas de un funcionario de alto rango...

Wu-chi levantó la cabeza y descubrió con sorpresa una expresión de agonía en el rostro contraído de Kao-tsung, quien se había llevado un pañuelo de seda a la boca y tenía los ojos cerrados con fuerza. El anciano consejero sabía que el emperador tenía problemas de estómago últimamente, y le alegró comprobar que el relato le producía algún efecto.

—Esto es absurdo —musitó Kao-tsung dolorosamente a través del pañuelo—.

¿Cómo iba a suceder algo así?

—¡Oh, pero hay más! —respondió Wu-chi—. Escuchad esto...

El anciano leyó otro párrafo:

Si bien no hizo acto de presencia en el funeral de su padre, el viejo Borrigo Cojo regresó a la casa de campo de la familia algún tiempo después para ocuparse de su hermana, pero como lo que deseaba con más empeño no era el bienestar de ésta, sino satisfacer su propia lujuria, empezó a perseguirla por toda la granja. Sin embargo, la incapacidad de Borrigo Cojo para distinguir las cosas lo llevó a fornicar con una cabra, que había tomado por su hermana. Las autoridades locales lo habrían detenido mientras sodomizaba al animal de no ser porque conocían el estado de confusión mental de Borrigo Cojo. Cuando sorprendieron en el patio al viejo, con las ropas levantadas hasta la cabeza y los pantalones de seda bajados hasta los tobillos de sus piernas flacas, todos pensaron que, sencillamente, buscaba un lugar donde aliviarse... El viejo tuvo buen cuidado de corroborarlo, consciente de que, en el caso de ser descubierto, la corte imperial lo obligaría a quitarse la vida.

Mientras leía, Wu-chi había captado unos sonidos inquietantes, como gemidos, procedentes de Kao-tsung. Alzó los ojos y vio su rostro tan colorado y contraído que por un instante creyó que el emperador estaba llorando. A través del pañuelo de seda surgían unos jadeos espasmódicos y se le escapaban unas lágrimas por los rabillos de los ojos, cerrados con fuerza. Wu-chi tardó un prolongado y extraño momento en comprender que el emperador no estaba llorando ni trataba de contener algún acceso gástrico.

Kao-tsung estaba riéndose.

Mudo de asombro, Wu-chi aguantó sentado tres o cuatro latidos de su corazón antes de ponerse en pie de un brinco.

—¡Me alegra observar que esto os divierte tanto! —exclamó—. ¡Lo mismo ocurrirá, sin duda, con cualquiera de vuestros súbditos que lea este vil libelo!

Kao-tsung se esforzó por recobrar el dominio de sí mismo. Levantó una mano mientras la otra sujetaba todavía el pañuelo contra los labios y se encogió de hombros.

—Lo siento, Wu-chi —murmuró—. Lo siento, lo siento.

Sin embargo, su voz se perdió en una nueva risotada.

—¡Entonces, quizá también encontrarás divertido esto! —añadió el anciano consejero con frialdad—. Esta mañana, Min-tao y Ho-lin me han comunicado que

han presentado su dimisión del Tsai-siang, el Consejo de los Seis.

En aquel momento, Kao-tsung tenía los ojos vidriosos. El acceso de histeria había borrado el dolor de estómago. Miró a Wu-chi con aire estúpido y el anciano añadió en tono enérgico e iracundo:

—Y Ho-lin está dispuesto a suicidarse. Anoche estaba preparando una carta a su familia.

Al oír estas palabras, las risas de Kao-tsung cesaron tan brusca y completamente como un fuego apagado con agua. Wu-chi aprovechó la circunstancia.

—He pedido al maestro Sui-liang que intervenga ante él para informarle de que vuestras decisiones pondrán fin a esta situación. Le he asegurado que haréis lo debido.

—Estoy asombrado... No sé qué decir... —murmuró Kao-tsung.

—Esto no es todo —dijo Wu-chi, interrumpiendo al emperador—. Aún quedan otros cuatro viejos estúpidos sometidos a «examen». ¿Continúo leyendo? Las circunstancias difieren en cada historia; el autor demuestra tener una inventiva más que encomiable. Pero el único elemento común a todas es la degradación absoluta, la posición humillante del Viejo Estúpido que la protagoniza: las blusas levantadas hasta la cabeza y los pantalones bajados hasta las rodillas. ¡Quizás os plazca soltar otra buena carcajada...!

—No... Ya es suficiente, consejero —respondió Kao-tsung, al tiempo que se ponía en pie y se secaba el sudor de la frente y del rostro.

—Esto debe ser detenido por decreto imperial. Estos cuentos deben ser retirados y Min-tao y Ho-lin rehabilitados en sus puestos del Consejo —dijo Wu-chi, despacio y con voz enérgica—. Vos sois el único que puede hacerlo, el único capaz de devolver al Consejo de los Seis el prestigio que merece y de castigar a quienes lo han ofendido. —Hizo una pausa para estudiar el efecto de sus palabras—. El único que puede salvar la vida de Ho-lin —añadió acto seguido—. Ahora os dejaré para que reflexionéis sobre estas cosas —dijo por fin, y se dispuso a abandonar el huerto de frutales.

Los guardias, que habían permanecido a distancia, cerraron filas en torno a él con caras inexpresivas. Kao-tsung observó al grupo incongruente que se alejaba; Wu-chi no se molestó en volver la cabeza siquiera.

El dolor, que se había aliviado durante aquel acceso desmedido de risa, volvió a apretar su puño. Era un dolor sordo y apagado, pero tenía un punto al rojo vivo, una pequeña punta lacerante. Su pensamiento voló a Wu, y notó un levísimo regusto a sangre en lo más hondo de la garganta.

Ella lo pilló por sorpresa. Llevaba toda la mañana esperándola y se había rendido finalmente a una tenaz modorra. Ahora, ella estaba inclinada sobre él y le sonreía. Kao-tsung tuvo de inmediato la sensación de que llevaba un rato en aquella posición; era evidente que se complacía en la certeza de que sería lo primero que sus ojos

contemplarían al abrirse.

Se incorporó enseguida. Uno, pensó, debía estar en pie para anunciar lo que se proponía. En el mismo instante en que saltaba del lecho, ella se sentó en su borde. La contempló. Resultaba curioso: los rigores de la gestación y del parto parecían haberla favorecido. Al contrario que otras mujeres que conocía, que parecían perder un poco de fulgor con cada niño que daban a luz, Wu parecía florecer con cada embarazo. Aquel día, exudaba vitalidad y energía.

—He recibido una agradabilísima visita de mi madre —comentó—, pero quería verte. Espero que no te importe que me haya presentado así. ¡Estaba tan impaciente! —añadió con una sonrisa.

Habla pronto, o todo estará perdido, se dijo él. Percibía una intención oculta en la demostración de satisfacción de la mujer. Dio un paso atrás.

—Has ido demasiado lejos —intervino, sin alzar la voz—. La broma se te ha escapado de las manos y está causando verdaderos sufrimientos. Voy a tener que ponerle coto al asunto.

Ella le dedicó su sonrisa más torcida.

—Entonces, te ha gustado —murmuró—. ¡Lo sabía!

—¿Que si me ha gustado, dices? —inquirió, exasperado—. ¡Dos de los amigos más antiguos y fieles de mi padre están dispuestos a quitarse la vida! ¡Los ministros y funcionarios me miran como si me hubiera vuelto completamente loco!

—¿No se te ha ocurrido —replicó ella con voz calmada— que existe una razón para que esos viejos se tomen de manera tan personal mis inocentes cuentos morales? —Lanzó una mirada picara a Kao-tsung—. Y esa razón sólo puede ser que en algún momento de sus vidas, largas e inútiles, han cometido las faltas que se atribuyen a los ancianos de los relatos. ¿Por qué, si no, habrían de mostrarse tan sensibles y de protestar tan ruidosamente?

—He hecho una promesa a Wu-chi —continuó él con determinación—. Le he prometido que se acabarían las historias. ¡Y así será!

—Espera un momento —respondió ella entonces, fijando sus ojos en los de él y ladeando la cabeza—. ¿Estás seguro de que hablamos de los mismos cuentos? Asegurémonos, no vaya a existir alguna confusión. —Se levantó y avanzó hacia él. Kao-tsung retrocedió; no estaba seguro de lo que se proponía Wu, pero se temía alguna mala jugada—. ¿Hablamos de ese relato de los viejos que se emborrachan en una taberna y luego van dando tumbos hasta llegar junto al canal?

—Sabes muy bien que no me refiero a eso —replicó él con firmeza.

—¿No es el cuento de los Viejos Tontos que se sientan junto a un canal y creen que están en las orillas del río Lo?

—No, tampoco es ése —dijo él, nervioso, mientras ella avanzaba un paso más, con sus ojos más oscuros todavía, provocándole una leve opresión en el estómago y

en el pecho.

—¿Seguro que no es ése en el que encuentran a la hermosa campesina y la toman por una diosa? —insistió ella con voz grave y apremiante, al tiempo que sus manos se extendían hacia él. Kao-tsung levantó las suyas en gesto defensivo. Era absurdo. ¡Le aterrorizaba la idea de que sus dedos empezaran a hacerle cosquillas!

—¡Sabes muy bien de qué cuento hablo! —repitió, zafándose de sus manos mientras trataban de alcanzar los puntos sensibles de los costados, entre las costillas y en las axilas. Él notó una sonrisa ridícula en las comisuras de los labios y agarró sus manos; Wu se desasíó enérgicamente, cogió las dos de él con una de las suyas y, con la otra, empezó a hurgarle aquí y allá en los flancos. Cuanto más trataba Kao-tsung de reprimir la sonrisa, más insistente se hacía ésta; ella sonreía abiertamente, sin dejar de hacerle cosquillas, con una mirada divertida.

—¡Ah, creo que ya sé de qué historia hablas! —Su mano soltó las de él e inició un pausado descenso a lo largo del pecho de Kao-tsung—. Déjame pensar... —Sus dedos continuaron bajando mientras seguía hablando, con los ojos fijos en los de él—. Sólo puedes referirte a la historia del Viejo Estúpido al que sorprenden en su despacho con la joven sirvienta; ¿me equivoco?

Fue incapaz de responder. Un acceso de carcajadas crecía dentro de él como una inundación.

—La del Viejo Estúpido que forzaba el... el «melocotón aún inmaduro» de la muchacha... —Wu subrayó insinuante esto último.

Para entonces, Kao-tsung era presa de una risilla incontrolable. Mientras hablaba, Wu se había agachado lentamente, sin apartar los ojos de los suyos, y había bajado las manos hasta tocar el borde de su larga túnica.

—Y el Viejo Estúpido es sorprendido con las ropas levantadas hasta la cabeza y los pantalones de seda bajados hasta las rodillas. ¡Así! —exclamó, levantándole la túnica por encima de la cabeza y bajándole los pantalones hasta las rodillas prácticamente al mismo tiempo. Recogió con rapidez la túnica y envolvió con ella cabeza a Kao-tsung de modo que no viera absolutamente nada y le hizo cosquillas en la piel desnuda. Él reía como un loco y se tambaleaba, tropezando con los muebles en su intento de escapar de los dedos despiadados, sofocado bajo la tupida seda.

—¿O era el cuento del estúpido que codiciaba a su hermana y la perseguía por toda la casa? —oyó decir a Wu. Las manos recorrían ahora todo su cuerpo, llevándolo de aquí para allá mientras él se retorció y jadeaba, hasta que quedó contra la cama, en la que se derrumbó—. ¿Ese que se confunde y sodomiza a una cabra, tomándola por su hermana? ¿Hablas de esas narraciones? —insistió ella, riéndose también; se colocó sobre él y lo inmovilizó—. ¿Te refieres a ésas? ¡Dime!

—Sí, sí, sí, ésas precisamente —respondió él con un jadeo desde su prisión de brocado, entre carcajadas y sacudidas, avergonzado e impotente, agradecido a la

oscuridad que lo ocultaba.

Año 657

Era la más grande de las madres que el mundo había conocido. Esto era lo que comentaba la gente acerca de la emperatriz Wu. En esta ocasión se congregaban miles de personas para participar en el magno acontecimiento que la emperatriz había preparado. Su coronación era también una conmemoración del segundo aniversario de sus hijos, los queridos príncipes herederos Hung y Hsien. Y el brillante volumen de sus ropas no hacía nada por ocultar el hecho de que, una vez más, se hallaba en orgulloso estado de buena esperanza.

Wu se había convertido poco menos que en una diosa de la maternidad. A los ojos de sus súbditos, era incapaz de obrar mal. Su derroche de fecundidad y su dedicación a la crianza eran un modelo para todos. Las mujeres de buena posición se miraban en su ejemplo de atención a los niños, tratando de emularla con sus propios hijos siempre que era posible. En sus imitaciones deslustradas de las celebraciones regias, las familias ricas ofrecían suntuosas recepciones para conmemorar aniversarios en el marco de jardines encantados.

Todos pronosticaban que, si era cierto el dicho de que como se inclina el arbolillo, así crecerá el tronco, Wu no podría tener sino príncipes perfectos y honorables, dechados de nobleza filial, a semejanza de su madre. Serían hijos que honrarían el extraordinario ideal humano de su madre, que asumirían las virtudes que ella había demostrado. Y el pequeño príncipe Hsien, cuyas manitas regordetas sostenían en aquel instante la corona que levantaba hacia la cabeza de su madre, era su más perfecto reflejo.

5

Año 657

Yangchou y alrededores

Todos los vecinos del pueblo reconocieron al hombrecillo que descendió a regañadientes del carruaje que había entrado en la plaza con estruendo y se había detenido junto a la fuente. Su rostro mostraba una expresión insólita de amargo disgusto que provocó un silencio general de perplejidad y temor. Cargado al hombro, llevaba un saco abultado del que salía un ruido tintineante. Dos alguaciles armados le siguieron desde el carruaje. El hombre se detuvo un momento a alisar sus ropas de abad con la mano libre; después, trabajosamente, emprendió la marcha calle adelante bajo el peso de la carga. Con gesto altivo, sus ojos evitaron cualquier contacto. A continuación, saltó del carruaje un funcionario vestido con ropas y bonete de magistrado, que fue tras los pasos del hombrecillo y su escolta de alguaciles. Los espectadores empezaron a seguir a la comitiva a respetuosa distancia.

El hombre del saco dobló una esquina y se internó en un callejón sin salida de pequeñas casas desvencijadas. Cuando se detuvo ante una de ellas, los espectadores cuchichearon y se dieron codazos de complicidad. El hombrecillo dirigió una mirada implorante a los alguaciles de expresión pétrea, levantó una mano y llamó a la puerta con unos golpes tan débiles que parecían inaudibles desde el interior. No obstante, la puerta se abrió y apareció en el umbral una anciana. Desconcertada ante la presencia de su visitante, inició una serie de respetuosas reverencias mientras el hombre depositaba su carga en el suelo con una mueca. Murmurando y maldiciendo por lo bajo, el recién llegado introdujo una mano en el saco, palpó el interior y extrajo una refulgente caja de plata con incrustaciones de nácar. Durante unos momentos, contempló el bello objeto con aire pesaroso; después, enderezó la espalda y ofreció la caja a la anciana. Al tiempo que lo hacía le dirigió la palabra, hablando al espacio situado justo por encima de la cabeza de la mujer y evitando sus ojos, pese a que la anciana mantenía la mirada fija en el suelo en actitud humilde.

—Mi verdadero nombre es Chang Feng-tsui —dijo con voz aguda y altisonante—. No soy un auténtico abad de la iglesia budista y no soy digno de ser tomado por tal. Yo...

El hombrecillo carraspeó, reacio a continuar, mientras los testigos se dirigían miradas de incredulidad. Uno de los alguaciles le aguijoneó en el brazo con la vara, instándole a seguir. El falso abad lanzó una mirada envenenada al alguacil y continuó, hablando entre dientes esta vez:

—Soy un ladrón y un promulgador de falsos sutras. Os he robado a ti y a todos los demás vecinos. He... me he aprovechado de vuestra fe sencilla para mi propio beneficio. Deseo ofrecerte... —Sus ojos se volvieron con pesar hacia la caja brillante que sostenía en las manos—. Aunque sé que es insuficiente, deseo ofrecerte esto como compensación.

Los espectadores contemplaron el lujoso objeto. Con facilidad, su valor podía superar el de una decena de cosechas; con él, había suficiente para pagar los impuestos de toda una vida. Avergonzada, la mujer agachó la cabeza todavía más, negándose a aceptarlo.

—Toma la caja, mujer, haz el favor —intervino entonces el magistrado. Su voz silenció todas las demás—. Es tuya. Este hombre te lo debía. Por una vez, está diciendo la verdad.

La anciana miró a su alrededor con expresión dolorida. La caja permaneció donde estaba, a unos dedos de su rostro y en las manos extendidas de su visitante, cuyas facciones reflejaban la severa determinación de quien tiene una promesa que cumplir.

—Yo... te la guardaré. En custodia —murmuró, aceptando la caja para retirarse de inmediato al interior de la casa y cerrar la puerta. La mano del visitante descendió lentamente hasta su costado al tiempo que escapaba de sus labios un largo resoplido de exasperación.

—Muy bien —masculló, sin dirigirse a nadie en concreto, mientras volvía a cargarse el saco a la espalda. Su voz estaba cargada de mal humor—. Continuemos con esta pequeña farsa, ¿de acuerdo?

La comitiva avanzó por el callejón hasta llegar ante otra puerta. El hombrecillo levantó la mano y llamó.

Entrada ya la noche, Di pidió al cochero que lo dejara a varias manzanas de su casa con la intención de respirar un poco de aire fresco después de ir de un lado a otro en el carruaje desde primera hora de la mañana. Chang Feng-tsui y los dos alguaciles habían quedado en el cuartelillo de policía. El día siguiente —y el otro, con toda probabilidad—, el prisionero llenaría de nuevo el saco y procedería a repetir su discurso ante diversas puertas de la ciudad y de la comarca, con el saco cada vez más ligero y su corazón codicioso y ávido cada vez más abatido.

Di se tocó el bonete para cerciorarse de que no se había movido de sitio. Sus esposas no estaban en absoluto felices con su calva. Una semana antes, reclinado en el jardín, cerraba los ojos ante el círculo de rostros que se cernía sobre él —las facciones espantadas de sus esposas y las impertinentes sonrisas de sus hijos— mientras el criado afeitaba a regañadientes la cabeza de su amo y rasuraba sus cabellos con el cuchillo más afilado de la casa.

A lo largo de los años, Di había comprobado la utilidad de adoptar diversas identidades para moverse con facilidad por las calles o cuando deseaba satisfacer su curiosidad. Era hábil con los disfraces y se sentía cómodo en ellos. De joven, había tenido un tío, un medio hermano de su madre mucho más joven que ésta, que en ocasiones le llevaba de aventura a explorar las calles de su ciudad natal, Ch'ang-an. Los dos se escabullían de la gran casa familiar y se vestían de mendigos, de campesinos o de forasteros y salían a observar lo que como jóvenes bien nacidos de

clase alta jamás habrían podido presenciar.

Ya de adulto, siendo magistrado, Di había limitado los disfraces a la indumentaria: túnicas de mercader, ropas de campesino y demás. Sus esposas lo toleraban, pero nunca terminaban de aprobarlo. Aquel juego las inquietaba. Decían que comprometía su dignidad de alto funcionario, y más aún desde su nombramiento como juez superior tras la jubilación del anciano magistrado Lu, dos años antes. Sin embargo, en las objeciones de sus esposas había algo más; su primera esposa le había dicho en una ocasión que aquella costumbre lo alejaba de ellas, que lo convertía en un extraño. El juez reconocía que algo había de cierto en eso. Lo hacía sentirse un extraño, pero a él no siempre le desagradaba la sensación. Perderse, convertirse en otra persona durante un tiempo, resultaba agradable e instructivo.

Pero, desde luego, nunca hasta entonces había hecho algo tan drástico como afeitarse la cabeza. Aquel día en el jardín, al contemplar su cráneo desnudo, sus esposas debían de haberle tomado por un perfecto desconocido. Di lo había lamentado, pero no podía hacer nada por evitarlo. Desde el momento en que había tenido noticia de que su viejo «amigo». Chang Feng-tsui (conocido en ciertos círculos por el sobrenombre, más apropiado, de Ojos de Diamante) estaba en acción, Di no había tenido más remedio que desenmascararlo, y para ello tuvo que convertirse en monje. Había sido una semana agotadora pero infinitamente satisfactoria, en la que el magistrado Di Jen-chieh caminó incontables *li* con unas toscas sandalias de cuero que le dejaban en carne viva los pobres pies; le salieron ampollas en las manos a causa de los trabajos físicos extenuantes, se despellejó las rodillas en interminables sesiones de plegarias monótonas y por último condujo a un delincuente a presencia de la justicia, inventando para él un castigo tan adecuado que el magistrado se rió de placer al pensar en ello; un castigo adaptado directamente del sabio y completo código legal de los T'ang.

Todo había empezado un par de semanas antes con un asunto de impuestos. O, mejor dicho, con muchos asuntos de impuestos, todos ellos procedentes de una misma población agrícola, cercana a la ciudad. Era una época de gran abundancia en la que carretas y barcazas arribaban rebosantes de productos, pero siete agricultores no habían podido pagar su tasa anual. Los sacos que habían entregado estaban llenos de arena y heno con una fina capa de grano por encima.

Di había notado algo muy familiar durante los interrogatorios de los granjeros que fueron conducidos ante él. La actitud profundamente evasiva de los campesinos le recordó los muchos diálogos que había mantenido con sus hijos. La diferencia residía en que aquellos hombres eran ingenuos y simples y en que, al contrario que sus retoños, no le producían la sensación de tener auténticas intenciones delictivas. Su absoluta falta de malicia y el tosco método empleado para intentar eludir el pago lo evidenciaban. Por otra parte, a lo largo del interrogatorio, los campesinos invocaron

el nombre del bendito Maitreya y del bendito Amitabha, además de mencionar otros términos religiosos. Di sabía que no era infrecuente que los campesinos profesaran el budismo mahayana, con su idea central de salvación. Pero aquellos hombres parecían mucho más... devotos de lo habitual.

Intrigado, Di hizo retener a los campesinos unas horas mientras enviaba a su ayudante a que investigara un poco los archivos del censo y el registro de templos. ¿Cuántos habitantes tenía el pueblo? ¿Había algún monasterio en sus proximidades? En caso afirmativo, ¿cómo se llamaba y cuántos monjes tenía? Mientras el ayudante se ocupaba de averiguarlo, Di bajó del estante superior de su despacho un volumen enorme que había tenido intención de estudiar en profundidad desde el irresuelto asesinato del ministro de Transportes, cuatro años antes, con sus misteriosas alusiones, sagradas y profanas, a la India. Contempló la intimidadora página del título y recordó una vez más por qué había aplazado el estudio detenido del libro que un día se había propuesto hacer: *Traducción del sánscrito de los textos sagrados del budismo mahayana: el Sukhavati-vyuha-sutra, el Vagrakkhedikka-sutra, el Prajñaparamita-hridaya-sutra, el Amitabha-dhyana-sutra*. A falta de una idea mejor de por dónde empezar la lectura del inmenso texto, decidió hacerlo por el sutra Sukhavati, pues éste era un término que no le resultaba del todo desconocido, gracias a sus antiguos estudios, y que había sido mencionado al menos en dos ocasiones durante el interrogatorio de los campesinos.

Llevaba casi una hora leyendo, completamente absorto, cuando regresó el ayudante. Di levantó la vista de la página mientras sus labios articulaban todavía la última palabra leída, pues había estado susurrando sus extraordinarias palabras en voz alta. El ayudante le contó lo que había averiguado: el pueblo tenía unos trescientos vecinos, nunca habían tenido problemas especiales con los impuestos y en las cercanías había un nuevo templo, erigido hacía apenas un par de años, llamado Tierra de Felicidad, cuyo abad era un hombre que antes respondía al nombre de Chang Feng-tsui.

Di repitió el nombre en voz alta, bajó la vista de nuevo a la página que tenía delante y se puso en pie de un salto, con aire perplejo. En un abrir de ojos, alcanzó la puerta y echó a correr por las calles. Una hora más tarde estaba de vuelta, cargado con un puñado de objetos de valor que había recogido apresuradamente de las estanterías, mesas y cómodas de toda la casa, mientras sus esposas lo seguían de estancia en estancia balbuceando breves exclamaciones de horror ante cada pieza que desaparecía en la bolsa.

A continuación, llamó a los campesinos a su despacho uno por uno, los desarmó invocando el nombre del piadoso Kuan-yin y suplicando a cada uno que permitiera al *bodhisattva* actuar a través de él. A los granjeros ya les produjo bastante asombro oír el nombre de la deidad más poderosa del Mahayana en boca de un alto magistrado

confuciano, pero lo que Di hizo a continuación los dejó sin habla. Entregó a cada uno un tesoro de su casa: un lagarto de plata, unos alfileres de cabello de oro y rubíes, un elefante de marfil tallado con incrustaciones de piedras preciosas, un broche que había pertenecido a la abuela de Di, unas bandejas de plata, adornos para el cabello y un joyero de perlas y *cloisonné* de más de seis siglos de antigüedad.

«Toma, empéñalo y paga tus impuestos —dijo Di solemnemente a cada uno de los perplejos campesinos—. Guarda el resto para los impuestos del próximo año. Pero tiene que ser nuestro secreto —añadió en voz baja—. Esconde eso en la bolsa o entre las ropas y no cuentes lo sucedido entre nosotros a nadie, ni siquiera a tus compañeros. Diles que te he impuesto una fuerte multa».

El juez clavó su penetrante mirada en los ojos de cada hombre, en un intento de forjar un vínculo suficiente para hacerles respetar esto último, pero no más. Di confiaba en que más adelante los campesinos se fueran de la lengua. Observó con una punzada de dolor cómo desaparecían sus tesoros irremplazables, uno tras otro, bajo las sucias camisas o en el interior de unas bolsas raídas e intentó tranquilizarse con el convencimiento de que, si el plan salía como esperaba, todos aquellos objetos valiosos regresarían a su debido lugar. Con un suspiro, trató de recordar qué habían dicho los sabios budistas respecto a la sujeción al plano material.

Di esperó. La caminata hasta el monasterio de la Tierra de Felicidad, una semana después —con la cabeza afeitada y el roce molesto de la tela áspera de la túnica contra la piel—, fue larga, y cubrió a pie los doce *li*^[3] del trayecto para llegar a su destino convenientemente sucio de polvo y dolorido de pies. Aunque no era lo mismo que veinte años de peregrinación, Di pensó que la caminata quizá le pondría en el estado de ánimo adecuado. Mientras andaba, murmuró fragmentos y citas de las escrituras sagradas que había leído: la forma es vacío, el vacío es forma... el vacío no es distinto de la forma y la forma no es distinta del vacío... la percepción es vacío, el entendimiento es vacío y el conocimiento es vacío... aquí, en este vacío, no existe forma, ni percepción, ni nombre, ni concepto, ni conocimiento... no hay ojo, ni oído, ni nariz, lengua, cuerpo o mente...

Empezaron a dolerle los pies y a salirle ampollas; resultaba extraño recorrer aquel camino —con arena en los ojos y entre los dientes, oliendo el aroma del abono y de las flores en el viento mientras pasaban a su lado los granjeros conduciendo sus bueyes, y las mujeres cargadas con verduras y odres de agua— y negar la realidad de todo aquello.

El monasterio de la Tierra de Felicidad era tan nuevo que todavía no estaba terminado; por todas partes, monjes y campesinos se afanaban en cavar, acarrear y transportar en carretilla rocas y tierra. Deambuló entre las obras, observando el lugar mientras entonaba para sí el sutra de la forma y la ausencia de forma, y reconoció entre los obreros por lo menos a dos de los hombres que había interrogado por no

pagar los impuestos. Numerosos campesinos, que deberían estar trabajando sus campos, se dedicaban a la jardinería y a la ornamentación de la zona, y el ojo refinado e imaginativo de Di se percató de que el terreno virgen, todavía por acondicionar, se transformaría pronto en un ameno oasis con estanques de carpas, árboles umbríos, elegantes muros de piedra y abundantes fuentes: un edén particular. La ausencia de forma en su expresión más elegante y ordenada.

Precisamente lo que debería haber esperado.

Para pasar inadvertido, se ofreció a ayudar a unos obreros que movían unas grandes rocas. Pasado un rato, los monjes que trabajaban en las proximidades dejaron las palas y las carretillas y se encaminaron a la puerta del templo. Uno de ellos dirigió un cortés saludo a Di con un ademán que parecía una invitación a unírseles si lo deseaba. Así lo hizo y, una vez dentro, se arrodilló con los demás en una sala de oraciones casi carente de ventilación y bajo la luz mortecina de unas velas de sebo que ardían con llama vacilante en los candelabros de las paredes. La escasa iluminación y las voces monótonas de los monjes producían el efecto de un hechizo poderoso e incitante.

Di pronunció la plegaria siguiendo las voces, apenas una fracción de sílaba retrasado:

«... llamado Amitaprabha, poseedor de esplendor infinito; Amitaprabhasa, poseedor de brillo infinito; Asamaptaprabha, cuya luz nunca se agota; Asangataprabha, cuya luz no está condicionada; Prabhasikhotsrishtaprabha, cuya luz procede de las llamas de la luz; Sadivyamaniprabha, cuya luz es la de las joyas celestes...».

Cuando sus ojos se habituaron a la escasa luz, Di alzó la vista un momento y captó una imagen fugaz de una serie de pequeños objetos brillantes expuestos en el altar.

Y la plegaria continuó, monótona. En la cabeza de Di resonaron los nombres de los sabios del Paraíso Occidental:

«... Abhibhuyanarendrabhutrayendraprabha, poseedor de una luz mayor que la de los señores de los hombres y la de los señores de los tres mundos; Srantasankayendusuryagihmikanaprabha, poseedor de una luz que supera la de la luna llena y la del sol... Abhibhuyalokapasakrabrahmassuddhavasamahesvarasarvadevagihmi karanaprabha, poseedor de una luz que somete a todos los dioses conquistados, Mahesvara, los Suddhavasas, Brahman, Sakra y los Lokopalas...».

Los monjes continuaron el sutra Sukhavati, el que Di estaba leyendo en su despacho el día que habían conducido a su presencia a los campesinos. Sukhavati, la Tierra de Felicidad, el paraíso engalanado y fuente de inspiración (Di estaba seguro de ello) del nombre del monasterio.

«... ¡Oh, Ananda!, este mundo Sukhavati está perfumado de diversos aromas fragantes e intensos, es rico en flores y frutos de muchas variedades, está adornado con árboles de piedras preciosas frecuentados por bandadas de pájaros de dulces trinos... Y, ¡oh, Ananda!, esos árboles son de oro, de plata, de berilo, de cristal, de coral, de perla, de diamante... y, ¡oh!, los seres que nazcan en ese mundo Sukhavati serán dotados de gran profusión de vestidos, ornamentos, jardines, palacios y pabellones... y si desean ornamentos de cualquier clase, adornos de cabeza, de oreja, de cuello, de manos y de pies, diademas, pendientes, brazaletes, pulseras, collares, redecillas de perlas, de joyas o de campanillas hechas de oro y piedras preciosas, verán esa tierra de Buda reluciente de tales ornamentos, que penden de árboles ornamentales...».

La larga plegaria terminaba con un pasaje que a Di le resultó familiar y, al propio tiempo, desconocido. Era una exhortación a quienes deseaban ver los árboles ornamentales de cristal, berilo, coral y diamantes, a quienes deseaban llevar joyas en los brazos y en las piernas y caminar por los senderos entre los árboles ornamentales escuchando los cantos melodiosos de los pájaros mientras aspiraban la brisa perfumada que mecía las joyas que colgaban de los árboles como frutos pesados y chocaban unas con otras produciendo una música celestial, a quienes deseaban bañarse en sus ríos de aguas cálidas y de suaves colores esmeralda y zafiro. Si deseaban ver aquellas cosas, tenían que construir una escala desde el reino terrenal. Una escala de joyas y tesoros terrenales que, naturalmente, parecían simples rocas y fango en comparación con las joyas celestiales de la Tierra de Felicidad.

A continuación, Di se puso en pie con las piernas entumecidas y avanzó con el resto de los monjes hacia el altar y su misteriosa exposición destellante, una exhibición de tesoros y piezas de joyería que parecían rivalizar con los objetos del Sukhavati. Con un sobresalto, reconoció entre las piezas el lagarto de plata que había entregado al campesino una semana antes. Sin embargo, al acercarse más, observó algo en el objeto que no terminaba de encajar. Los ojos de esmeraldas estaban apagados y las escamas, toscamente trabajadas. Y entonces, fue como si desapareciera de delante de sus ojos una fina capa de mugre, distinguió con claridad lo que tenía ante sí: todos los objetos del altar eran falsificaciones, copias baratas propias de un tenderete de mercado. Las joyas, cristal de colores chillones; el marfil, madera pintada; las perlas, fragmentos de conchas marinas pulimentados. Para un ojo poco experto, y a la luz de las velas, el conjunto de objetos del altar podía parecer el tesoro de una emperatriz.

¿Dónde estaban, entonces, las piezas auténticas? Cuando salió al exterior, parpadeó hasta acostumbrarse al brillo del sol y se encaminó hacia un grupo de hombres que pugnaba con un enorme peñasco ornamental, tratando de ponerlo vertical con largas pértigas y cuñas de madera. Con una sonrisa amistosa, se colocó

junto a uno de los operarios y aplicó el hombro a la roca. Entre todos, la movieron hasta dejarla en equilibrio. Di notó la solidez fría del áspero granito contra su mejilla y pensó que era el paradigma perfecto de la vida terrena. En este mundo, reflexionó mientras daba un enérgico empujón y notaba que la roca se movía unos centímetros, se trata de la carne contra la piedra. No existen los jardines placenteros sin el esfuerzo penoso de los músculos, los huesos y los tendones. Tampoco los campos de grano y de arroz.

Con la cabeza gacha, sin dejar de empujar con todas sus fuerzas, Di oyó dos voces que se aproximaban. Una de ellas le resultó absolutamente conocida, aunque habían transcurrido más de diez años desde la última vez que la oyera. Prestó atención mientras la voz peroraba grotescamente sobre las escasas cualidades de la carpa moteada frente a la de colores lisos. La segunda voz asentía de vez en cuando con un murmullo respetuoso y se dirigía a su interlocutor como «Su Santidad». Los dos hombres se detuvieron cerca del grupo de operarios sudorosos y esforzados.

Las voces estaban apenas a tres o cuatro pasos de Di, que mantuvo la cabeza baja y el hombro apoyado en la gran roca y se encontró mirando un par de pies perfectamente cuidados, calzados con sandalias, que sobresalían bajo una túnica azafrán. La voz que Di conocía tan bien dijo a los operarios, en tono bondadoso, que debían tener cuidado de no lastimarse y tomar el trabajo como una meditación: cada empujón, una plegaria; el peso de la roca, la carga de las existencias.

Di no fue capaz de contenerse. Razonablemente seguro de que la cabeza rapada, los muchos años transcurridos y la absoluta incongruencia de su presencia allí protegerían su identidad, levantó los ojos y observó el rostro redondo y agradable del abad del monasterio de la Tierra de Felicidad. Era exactamente la cara que Di esperaba encontrar, pero lo que le hizo mantener la mirada un instante más de lo que dictaba la prudencia fue el broche con dos rubíes centelleantes en una montura de oro pulido, inconfundiblemente auténtico, que llevaba prendido en el cuello de la túnica.

El broche de la abuela de Di.

Mientras Su Santidad seguía parlotando sobre cómo se colocarían las piedras — a semejanza de grandes cabezas atentas, según sus palabras—, Di le dirigió una sonrisa bobalicona y bajó la cabeza.

Al día siguiente, Chang Feng-tsui fue detenido.

Di casi lamentó entrometerse en el acuerdo entre Chang y los vecinos del pueblo, satisfactorio para ambas partes pues ofrecía un propósito y un consuelo a los campesinos al tiempo que proporcionaba a Chang la vida a la que estaba acostumbrado y a la que creía sinceramente tener derecho. Porque para Chang Feng-tsui (u Ojos de Diamante, como se hacía llamar cuando Di lo había conocido), la vida sin lujos, sin buenas casas y ropas y sin objetos de arte, no merecía la pena. Todo aquello eran mínimos vitales, más importantes que la comida o que el propio aire.

Su primer encuentro con aquel hombre había tenido lugar más de una década atrás, cuando Di era un joven magistrado ayudante en Ch'ang-an, la capital occidental. Chang Feng-tsui era un individuo de buena cuna y refinada educación, procedente de una familia antigua pero venida a menos. Cuando ya estaba cerca de culminar su educación, que le habría procurado con el tiempo una buena posición, lo había echado todo a rodar en un acceso de impaciencia, y empezó a cultivar la amistad de los más ricos. Durante años, se movió entre los círculos cerrados de su sociedad como coleccionista y tratante de objetos de arte de gran éxito. Y su mayor pasión, el mundo en el que convergía y se concentraba toda su veneración por lo raro y hermoso, era la joyería más selecta.

Una noche, fue sorprendido cuando salía de una fiesta en casa de un opulento ministro con las mangas cargadas de joyas de la esposa del anfitrión. Entonces se descubrió todo: las joyas y otros tesoros robados a lo largo de los años a sus amigos ricos le habían proporcionado una animada y satisfactoria actividad de compraventa. Las piezas que le gustaban especialmente, se las quedaba. Tras su detención, fue condenado a varios años de trabajos forzados pese a las peticiones de clemencia que elevaron muchos de los amigos a los que había robado. Un día, cuando llevaba unos pocos meses cumpliendo condena, desapareció de su grupo de trabajo. La opinión general fue que uno de sus amigos ricos y poderosos había dispuesto la fuga. La desaparición lo convirtió en algo parecido a una leyenda, y fue el origen de su pintoresco sobrenombre.

Di cayó en la cuenta de quién era cuando regresó a su despacho el día del interrogatorio de los siete campesinos. Di se hallaba precisamente leyendo el sutra Sukhavati-vyuha, la descripción de la Tierra de la Felicidad, engalanada de joyas; casi estupefacto ante la deslumbrante exposición, Di había levantado los ojos del escrito al oír a su ayudante pronunciar el nombre de la persona para quien dicha tierra parecía ideada casi ex profeso. ¿Y qué otro nombre habría puesto tal persona a un monasterio sino el de Tierra de Felicidad?

Di recuperó los tesoros de la familia, incluido el broche de la abuela, tras el registro de los aposentos de Chang Feng-tsui, el día de la detención. Pero la noche anterior, cuando Di estuvo de regreso en su casa, agotado y con los pies doloridos, releyó el sutra Sukhavati y descubrió que el fragmento que los monjes habían entonado en la sala de plegarias aquella tarde no estaba en el texto. Ojos de Diamante, al parecer, había dedicado su mano versátil a la escritura de sutras y había introducido un pasaje que sonaba auténtico, pero era totalmente espurio, en aquellos antiguos documentos sagrados. El que hablaba de que debían construir una escala desde el reino terrenal, y que debía hacerse de oro y joyas...

El hombre había labrado su pequeño imperio a partir de esa frase poco sospechosa pero fructífera. Se había construido una buena casa con el sudor y el

trabajo de sus monjes y campesinos. Con los bienes y el dinero que le entregaban los campesinos, tras haber convencido a los lugareños de que así los ayudaría a alcanzar el esplendoroso paraíso, se encontró de nuevo en feliz disposición de recomenzar su comercio de tesoros raros. Su sistema era muy ingenioso: cuando un campesino le llevaba una ofrenda, utilizaba ésta para adquirir algún objeto de valor que le gustara. Después, mostraba el objeto al campesino y manifestaba que pertenecía a éste y a su familia y que ocuparía un lugar permanente y destacado en el altar. Cuanto más espléndido fuera el altar, más benéfica sería la intervención de la piadosa Kuan-yin, que les aseguraría abundantes lluvias y cosechas feraces y todo lo demás... y el acceso final al Paraíso, por supuesto. Se realizaba un duplicado sin valor del objeto y se depositaba en el altar, bajo la permanente luz mortecina de la sala, mientras la pieza auténtica quedaba en poder de Ojos de Diamante, para su colección personal o para ser cambiada o vendida.

Cuando había entregado sus tesoros personales a los campesinos en su despacho, Di desconocía los detalles del asunto, pero suponía que, por algún camino, terminarían en posesión del «líder espiritual». Había confiado en que la influencia de Ojos de Diamante sobre aquellos hombres fuera más poderosa que cualquier tentación de guardarse los objetos o de empeñarlos para pagar los impuestos. Aquél había sido el aspecto más arriesgado del plan, pero no se había equivocado.

Aunque Chang Feng-tsui se la merecía sobradamente, una condena a años de trabajos forzados no habría hecho gran cosa para corregir a aquel individuo. Así pues, Di decretó para él otro castigo mucho más doloroso: devolver los tesoros y presentar una disculpa pública. Pocas cosas le parecían más dignas de reprensión que aprovecharse, por lucro y comodidad personal, de las esperanzas de los esforzados campesinos por alcanzar el paraíso.

Di había disfrutado de su largo paseo desde que el carruaje lo dejara aquella tarde. Cuando dobló la esquina de su calle, tranquila y desierta, lo hizo con gratitud. Mientras pasaba junto a las grandes propiedades, seguras tras sus altas verjas, pensó que la gente normal estaba siempre muy desprotegida y expuesta: a las inclemencias del tiempo, a los azares del futuro, al destino y a la política y a cualquier dogma supersticioso que pudiera existir sobre la tierra.

El portero le esperaba, y le franqueó el paso sosteniendo en alto una linterna para iluminar el camino. ¿Qué esperanza había, pensó Di mientras se adentraba en los seguros territorios de su jardín, de alcanzar una sociedad justa, racional y moral cuando los hombres andaban siempre buscando más allá de este mundo, atraídos por visiones quiméricas del próximo?

¿Y qué fuerzas daban forma a un tipo sin escrúpulos como Ojos de Diamante, tan dispuesto a aprovecharse de la debilidad de los demás?

En el vestíbulo exterior que conducía a la sala de recepciones. Di sorprendió a sus

hijos en plena conversación furtiva. Ambos alzaron la cabeza bruscamente y sus cuchicheos cesaron cuando entró. Tiradas en el suelo, detrás de ellos, estaban sus bolsas escolares. Los chiquillos se colocaron uno al lado del otro, plantados ante su padre como dos pequeños soldados.

Di intentó trabar conversación con ellos; les preguntó qué habían aprendido en la academia aquel día y recibió las respuestas de costumbre, acompañadas de sonrisas mal disimuladas. Al parecer, no eran capaces de dominar la risa que les producía su aspecto. Di conservó la paciencia, les dio unas palmaditas en los hombros y se despidió. Pese a darles la espalda, no se le escapó que los pequeños reanudaban su conversación entre cuchicheos.

—¿Qué es esto? —Di se detuvo en el centro de la sala de recepciones y pasó la vista de una estatua a la siguiente—. He estado un día fuera, ¿y esto es lo que encuentro al llegar?

Sus ojos se detuvieron en una gran figura de un Buda en pie junto al macetero que dividía el salón, grande y espacioso.

—Si mi esposo no quiere esas estatuas aquí, podemos ponerlas en nuestras habitaciones, con las otras —dijo la primera esposa de Di con voz firme.

—¿Las otras? —El magistrado miró a las dos mujeres—. ¿Estás diciendo que hay más?

Di cruzó la estancia en dirección al pasillo que unía la biblioteca y las alcobas, pero se detuvo en seco antes de poner el pie en las escaleras, al observar los extraños folletos y libritos esparcidos sobre las bajas mesillas que orlaban las paredes, cuyas cubiertas mostraban brillantes impresiones xilográficas de flores de loto y Budas sentados junto a hileras de caracteres sánscritos y chinos.

—¿Y estos libros? ¿Qué son estos escritos? —Su voz adoptó un tono de perplejidad. La primera esposa corrió a poner sus manos sobre uno de los montones con gesto protector.

—Son sufragios populares y libros de oraciones —se apresuró a explicar—. Han llegado con las estatuas. —Hizo una pausa y luego, como si aquello contribuyera a mejorar las cosas, añadió animadamente—: Y sin costes añadidos. Los ha traído un monje del monasterio de la Gloriosa Flor que se ha presentado en casa. Lo hacen todo allí. ¡Qué destreza, qué oficio!

—¡Oh, sí, excelente! —replicó Di con marcado sarcasmo—. Excelente. ¿De modo que los libros de rezos no me cuestan nada? ¡Estoy encantado! —Sacudió la cabeza y continuó—: ¡Pensar que permito al mayordomo y a los criados y cocineros que regateen con los mercaderes el precio de la comida para la despensa! Sin duda, debería permitirte a ti negociar con ellos. No sabía que tuvieras tanto talento, no tenía ni idea. Dices que los libros de marras no me cuestan nada. Entonces, no debería importarte que haga esto —y arrojó al suelo los libros.

—Sólo son para consuelo de mendicantes de paso —protestó la segunda esposa.

—¿Qué es esto? ¿Un monasterio? —imploró Di—. ¿Una estación de paso para contemplativos? ¿Qué encontraré la próxima vez que regrese a casa? ¿Unos ascetas peregrinos con cuencos de mendigar durmiendo cómodamente en mi cama? ¡No lo consentiré!

Se encaminó a los aposentos de dormir. Entró en la alcoba de la primera esposa y miró a su alrededor. Advirtió unas risillas a su espalda y, cuando se dio la vuelta, descubrió a sus dos hijos fisgando en la puerta.

Dirigió una severa mirada a los sonrientes chiquillos.

—Ya tenía suficientes problemas con mis hijos. Ahora, también empiezan las mujeres —murmuró, abarcando con un ademán los iconos distribuidos con cuidado por la estancia.

—Déjalos donde están —le avisó la primera esposa cuando Di se aproximó al tocador—. ¿Qué haces?

Di se detuvo ante el mueble, apartó cuidadosamente en una esquina todos los objetos que había sobre él y liberó el gran trozo de seda sobre el cual habían descansado. Cogió dos estatuillas budistas, las depositó en la pieza de seda y luego transportó el pequeño fardo a otra mesilla y repitió la operación.

—¡Eso son Lohanes y Lokapalas! —chilló la segunda esposa—. ¡Nuestros santos y guardianes!

—Sé perfectamente qué son —replicó Di, depositando dos estatuas más en el hatillo—. No creo que haya una sola pieza de iconografía que no haya visto en algún rincón de esta maldita ciudad.

Retiró las manos, apartándolas de los intentos de la segunda esposa por asir el retal de seda.

—Devuélvelas a su sitio —exclamó ella, airada, y alargó de nuevo la mano. Di apartó la suya. Las estatuillas tintinearón con estrépito dentro de la tela—. ¡Vas a romperlas como no te vayas con cuidado!

—Voy a hacer algo más que romperlas. Voy a juntarlas en una pila con los rosarios y los libros de oraciones y voy a quemar toda esta basura.

—¡No harás tal cosa! Rotundamente, no. —Ahora, la primera esposa estaba al otro lado de Di, tratando de alcanzar la seda—. Esas imágenes son útiles y confortadoras.

—No son más que promesas huecas —replicó él, golpeándole la mano con el fardo.

—¡Ay, me has hecho daño!

—Bien. El sacrificio duele.

Di se encaminó hacia una figurilla de la diosa de la piedad, Kuan-yin, colocada en una repisa con plantas junto a una ventana. La segunda esposa captó la mirada de su

marido y corrió hacia la estatua.

—No. No la toques. Kuan-yin es nuestra bendición matutina.

—¡Dame esa figura y déjate de tonterías!

La mujer acunó la estatua en sus brazos como si fuera un niño. Di agarró la imagen de la diosa por la cabeza; su esposa tiró con violencia en sentido contrario y el cuello de palisandro se partió limpiamente.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo ella con un sollozo—. ¡Ahora sí que estoy furiosa contigo, marido!

—¡No quiero nada de esto en mi casa! —replicó Di, arrojando la cabeza al fardo, junto a lo demás. Unas risillas burlonas hicieron que Di y sus dos esposas se volvieran hacia la puerta; el mayordomo de la casa apareció de pronto detrás de los dos chiquillos, los agarró por el brazo y se los llevó.

—No están en tu casa —replicó la primera esposa, enfurruñada—. Están en nuestros dormitorios. Tú ni siquiera deberías saber que las tenemos.

—¡Pero lo sé, de modo que ya es demasiado tarde!

—Entonces, finge que lo ignoras.

—Ahí fuera hay una ciudad entera que desea lo mismo de mí. Desea que mire hacia otro lado. ¡Pero no puedo hacerlo! ¡Y no lo haré! Ni puedo permitir que vosotras os entreguéis a esto. Bajo mi techo, no. Mi padre tampoco permitió que la superstición anidara bajo el suyo. En eso residía el conflicto con mi madre. «Una familia respetable es una familia confuciana —decía mi padre—. El budismo es para los criados». ¿Qué imagen daríamos? Esta... esta religión extranjera —farfulló—, ¡es una religión para eunucos y para ancianas!

—Y nosotras seremos ancianas bastante pronto —declaró la segunda esposa—. ¡No hace ningún daño, esposo! ¡Sólo es un pequeño consuelo! ¿Vas a negárnoslo?

Más tarde, en su despacho, después de una despedida poco concluyente con sus esposas, durante la cual se disculpó por el golpe en la mano de la primera y consintió a regañadientes que conservaran unas cuantas figurillas en los confines de sus alcobas. Di estaba sentado tras su escritorio tratando de efectuar una anotación en su diario. Oyó unos arañazos en la puerta que conducía al jardín y se levantó a abrir. Bribón irrumpió en el despacho con el aire de haber trabajado mucho durante el día y se dejó caer, jadeante, en su rincón bajo la mesa del magistrado. Di se agachó a acariciar las orejas y la cabeza del animal. Bribón era el único miembro de la familia que no contribuía a la discordia general de la casa, pensó, y se desperezó cansadamente.

Di había tomado una segunda esposa hacía diez años. No tenía nada de insólito que un próspero funcionario confuciano tuviera dos e incluso tres esposas. Aquello formaba parte de las apariencias que uno debía guardar. Sin embargo, Di había seguido aquella norma social por razones muy distintas; no lo había hecho porque

creyera especialmente que era lo correcto en un hombre de su posición, sino porque su madre había insistido en ello. ¡Había tomado una segunda esposa sólo para apaciguar a su madre!

En efecto, aplacarla era una parte principal de sus deberes filiales como confuciano. Su madre lo había convencido de que tomara por segunda esposa a la hija de un aristócrata muy acaudalado al que conocía desde la infancia. Cuando contrajo segundas nupcias. Di ya tenía un hijo pequeño de su primera esposa; al cabo de un año, la segunda le dio otro y muy pronto se hizo evidente que los dos chiquillos habían sido hechos el uno para el otro por el propio Destino. Cuando el menor apenas empezaba a gatear, él y su hermano formaban una unidad prácticamente inexpugnable: hablaban el mismo idioma y veían el mundo con los mismos ojos. Di recordaba muy bien el primer incidente en el que el pequeño, con apenas tres añitos, había demostrado la ardiente y ciega lealtad a su hermano; el mayor le había dicho que se comiera un grillo —que lo masticara y se lo tragara— y el pequeño lo había hecho sin vacilar. No mucho después, el mayor le había ordenado quitar las colchas de las camas y meterlas en el orinal, y también había obedecido tan contento.

Después de estos sucesos, hubo algunas riñas entre las esposas de Di, pues ambas afirmaban que el instigador de las bromas había sido el hijo de la otra. Sin embargo, cuando no se peleaban, las mujeres solían actuar en alianza. A veces, entre sus hijos y sus esposas, Di se sentía como una presencia tolerada en la casa y poco más. Lo sucedido aquella noche había sido un buen ejemplo de la situación.

La madre de Di era una mujer sumamente convincente, incluso a muchos cientos de *li*, la distancia que separaba la ciudad costera de Yangchou, en el canal, de la capital del oeste, Ch'ang-an, donde residía la mujer. Sus cartas llegaban con gran regularidad, llenas de advertencias, admoniciones y consejos. Nunca había accedido a vivir con su hijo, como se esperaba de un progenitor de edad avanzada, y el hecho producía cierto apuro en Di. Sin embargo, en secreto, éste se alegraba mucho de la situación, y lo mismo sentían sus esposas. Aunque la madre había aprobado calurosamente el primer matrimonio de Di y se había ocupado en persona de la elección de la segunda esposa, se declaraba incapaz de llevarse bien con ninguna, de modo que vivía con otros parientes en Ch'ang-an. Gracias a los dioses, había susurrado Di para sí más de una vez.

El magistrado suspiró y tomó el pincel. Alguien llamó a la puerta del despacho. Con gesto cansado, dejó el pincel otra vez.

—Adelante —dijo. El criado entreabrió la puerta tímidamente y asomó la cabeza.

—Visitantes, amo —anunció.

—Lamento perturbar tu velada, magistrado —dijo otra voz. Di levantó la cabeza y reconoció a uno de sus alguaciles—, pero tenemos un ligero problema.

Detrás del alguacil había un anciano que mantenía los ojos firmemente clavados

en el suelo.

—Éste es el viejo Ling, un tallista. Posee una pequeña tienda en el barrio vecino.

El anciano inició un intento de postrarse ante él, agarrándose a su grueso bastón de madera mientras flexionaba su rodilla sana. Di le dispensó del esfuerzo. El anciano se detuvo y a continuación inclinó la cabeza ligeramente, pero siguió sin levantar la vista.

—¡Seguro que este anciano no ha cometido ningún delito que no podamos perdonarle! —dijo Di, pero el comentario no provocó la menor sonrisa en los labios del alguacil.

—Magistrado, maese Ling no ha cometido ningún delito. Ha sido víctima de uno.

—¿Maese Ling ha sufrido un quebranto?

—Sí, magistrado. Robaron en su tienda de tallas de madera. Me ha dicho que algunos objetos de pequeño tamaño han desaparecido. El procedimiento habitual: uno de los ladrones distrajo a maese Ling mientras el otro trabajaba.

—¿Sabemos quiénes son los culpables?

—Sí, magistrado. Creo que sí. —Se produjo una larga pausa mientras el alguacil escogía sus palabras—. Había dos chiquillos. Uno parecía tener nueve o diez años; el otro, trece o catorce. A los dos se les veía limpios y bien alimentados. —Hubo otra pausa—. Los han seguido hasta... hasta este barrio.

Di contempló al alguacil y al anciano durante unos momentos, y recordó a sus hijos plantados delante de sus bolsas de libros en el vestíbulo, como si las ocultaran.

Arrojó el pincel a la alfombra, anduvo hasta la puerta y gritó sus nombres en el pasillo desierto.

6 Año 658 Luoyang

Wu-chi estaba profundamente preocupado por el viejo Sui-liang. En su décima mañana de agotadoras audiencias, planificadas con el evidente propósito de agotar y vencer la resistencia de los viejos consejeros y quebrar su ánimo, Wu-chi veía a su amigo atenazado por el dolor. Un rato antes, Sui-liang se había puesto sumamente pálido y había precisado la ayuda de Wu-chi para mantener su paso vacilante escaleras arriba y a lo largo del interminable pasillo hasta su asiento en el salón del Tribunal de Revisiones.

Wu-chi asió la mano ajada y envejecida que descansaba sobre el muslo del anciano sentado a su derecha, la estrechó ligeramente entre sus dedos en un gesto tranquilizador y notó que los huesos, frágiles como los de un pajarillo, se apretaban como las varillas de un abanico de papel bajo su leve presión. Había lágrimas en las mejillas arrugadas de Sui-liang, pero Wu-chi fingió no haberlas visto. Mientras apartaba prudentemente la mirada, Wu-chi dio unas palmaditas en la mano de su amigo.

A sus ochenta y cuatro años, Sui-liang era el más anciano de los consejeros y Wu-chi sabía que no vería su siguiente aniversario. Su amigo ya no paseaba por los senderos cubiertos de hojarasca del Coto Imperial, una costumbre que le había producido gran placer y solaz. Y hacía muchísimo tiempo que no tocaba el chin de dieciséis cuerdas. Su hijo le había regalado aquel espléndido laúd unos treinta años atrás, y Sui-liang había experimentado una gran satisfacción tocándolo. «La música produce un placer sin el cual la naturaleza humana no puede sobrevivir», había indicado en cierta ocasión a su meto. Wu-chi evocó al anciano afinando las cuerdas y recitando citas del Libro de los Ritos ante la atenta mirada del muchacho. «La virtud es el tronco firme del árbol de la naturaleza del hombre», había añadido a continuación, dirigiendo una sonrisa al muchacho que contemplaba extasiado y lleno de admiración el maravilloso instrumento, «y la música es la flor de la virtud». Y ahora, reflexionó Wu-chi, la desaparición de la música de Sui-liang era una profecía conmovedora. Como la desaparición de un animal que conoce que le ha llegado la hora de morir.

Virtud y honradez: el anciano Sui-liang era un compendio de ambas cualidades. Naturalmente, lo mismo cabía decir de Han-yuan y de Lai-chi, sus colegas en el Consejo de los Seis, que también ocupaban esa mañana, con aire estoico, la hilera de bancos a la izquierda de Wu-chi en el Tribunal de Revisiones. Aquélla era la última jornada de las sesiones del proceso oficial, que se habían sucedido sin interrupción, y el día en que sería leída la declaración final, es decir, el veredicto del tribunal.

¿Quién habría podido prever que un día sucedería algo semejante? Ni siquiera constituían ya el Consejo de los Seis. Tan profunda era la desesperación y la

humillación a que habían sometido a sus miembros que dos de ellos ya habían puesto a salvo su honor con el único medio de que disponían: el suicidio.

Wu-chi no reconoció al recién nombrado vicepresidente de la Censura que cruzaba la sala delante de ellos. En el torrente de sucesos incomprensibles de aquellas últimas semanas, aquel nombramiento sólo era un hecho extraordinario más. Wu-chi no había visto en su vida al nuevo vicepresidente, pese a que el anciano consejero ocupaba teóricamente la presidencia de la Censura Suprema, un cargo que había ejercido con dedicación completa junto a su servicio a tiempo parcial en el Consejo de los Seis. Por lo menos, así había sido hasta hacía apenas un par de semanas, cuando habían aparecido las primeras «acusaciones» contra los cuatro miembros supervivientes del Tsai-siang.

La Censura era el cuerpo judicial e investigador supremo entre el Departamento imperial de Castigos y el Tribunal de Revisiones. Si alguien tenía que juzgar a otro por calumnias o por traición al gobierno, debería haber sido el propio Wu-chi. Sin embargo, la mano de la emperatriz Wu y de su mimado historiador, Shu Ching-tsung, era omnipresente. La semana anterior, Wu-chi había descubierto a otro personaje fundamental en todo aquello: Lai Chun-chen, recientemente «designado» responsable del Ministerio de Nombramientos Civiles y de la policía secreta de Wu. Una combinación interesante, reflexionó Wu-chi. Sin duda, el tal Lai tenía a su cargo la selección de los funcionarios y se ocupaba de llenar las salas de los tres cuerpos judiciales con aquellos que poseían el enfoque adecuado y el «punto de vista» correcto.

Un hombre rechoncho avanzó finalmente por el pasillo con paso lento pero decidido, portando en la mano un rollo de documentos de aspecto oficial. Su respiración trabajosa escapaba de sus narices con un silbido mientras procedía a sentarse en el estrado junto a los demás miembros del estamento judicial reunidos en la sala. Wu-chi tampoco reconoció al recién llegado. Han-yuan y Lai-chi le devolvieron su mirada inquisitiva.

Sin levantar la mano apenas, Wu-chi hizo una seña disimulada a Lai-chi, tratando de animar a su amigo a no darse por vencido. Y necesitaba decirle algo más, aunque temía que ya fuese demasiado tarde. Al iniciarse las comparecencias, diez días antes, los cuatro consejeros habían sido sometidos a arresto domiciliario. Las acusaciones eran desquiciadas, pues vinculaban a los cuatro miembros del Tsai-siang, el Consejo de los Seis, con una vaga e inverosímil «conspiración matriarcal» para llevar a cabo un golpe de estado contra el emperador Kao-tsung en favor del hijo de la depuesta emperatriz Wang, el ex príncipe heredero Jung, un muchacho de trece años.

Pero aquella situación de arresto domiciliario había resultado muy peculiar y muy distinta de lo que Wu-chi esperaba. Los acusados eran tratados como príncipes. Tenían a su disposición un lujoso recinto palaciego y cada uno disfrutaba de un

apartamento privado y de un grupo de criados y médicos personales. Las puertas traseras de los refinados apartamentos daban a un jardín central común, de gran tamaño y bellamente decorado, donde los consejeros podían reunirse y charlar con libertad.

Los guardias que los escoltaran a todas partes durante casi un año habían desaparecido. Al principio, Wu-chi quiso pensar que sus perseguidores empezaban a recobrar el juicio, poco a poco. Al fin y al cabo, aquellas insinuaciones de conspiración contra el trono eran tan inconcebibles... Además, ¿qué podían hacer cuatro viejos artríticos? Wu-chi había alimentado durante mucho tiempo aquella débil llama de optimismo. Pero hasta la más leve y escurridiza esperanza había quedado barrida tan pronto como se había anunciado la presentación de las «acusaciones». Aquel día, todo había quedado muy claro.

El rechoncho magistrado carraspeó y desenrolló el documento. La sala, en la que ya reinaba la calma, se sumió en un silencio extremo, atentísimo. El hombre empezó a leer:

En este decimocuarto día del séptimo mes del segundo año de la era de Lin Te, la Excelencia Moral de la Unicornia, en el reinado del emperador Kao-tsung, de la casa de Li.

Por fin, el orondo lector terminó los prolegómenos y proclamó:

La decisión de los órganos judiciales mayores y menores de los tres Tribunales supremos es unánime en relación a las actuaciones de los cuatro consejeros del Tsai-siang. Este tribunal resuelve que los cuatro consejeros, servidores del augusto Hijo Supremo del Cielo, el emperador Kao-tsung, y leales y valiosos consejeros de estado ya con su padre, el difunto divino emperador T'ang, Tai-tsung, son inocentes de todos los cargos de complot contra el gobierno; son inocentes de todas y cada una de las acusaciones de colaboración con el príncipe Jung, noble hijo de la retirada y virtuosa emperatriz Wang, e inocentes de todas y cada una de las acusaciones de participar en una «conspiración matriarcal» con la emperatriz Wang, que actualmente vive en un apacible retiro a cargo del estado...

¿Qué clase de trampa letal era aquélla? Wu-chi se volvió con expresión perpleja a sus colegas, que permanecían inmóviles, como tallados en piedra.

—Buen chiste —susurró Sui-liang a Wu-chi. En un vano gesto protector, Wu-chi alargó la mano y sujetó las de su amigo, cerradas con fuerza sobre sus muslos, con los nudillos muy blancos. El lector de la sentencia dirigió una breve mirada a la sala y continuó:

... y no son, por separado o en unión, responsables de intento alguno de socavar el bienestar del estado o de derrocar el trono del Pavo Real y, por tanto, de ninguna tentativa de suplantar y usurpar el Mandato Divino de los cielos. Son inocentes de todas las acusaciones de fechorías y, además...

Una pequeña burbuja blanca de saliva escapó entre los labios apretados de Sui-liang. La primera reacción de Wu-chi fue evitarle la humillación, y alzó la mano hacia el mentón de su amigo, pero en aquel preciso instante Sui-liang empezó a inclinar pesadamente la cabeza hacia delante. Después de observar el rostro de Sui-liang mientras éste caía poco a poco en aquella especie de trance, la mirada de Wu-chi se posó por fin sobre la tela que cubría los muslos de su amigo y advirtió la mancha húmeda, oscura y reluciente. Un olor intenso, acre, alcanzó su nariz y la inquietud de Wu-chi por su anciano colega se redobló.

Qué vergüenza, pensó, molesto y perplejo. ¿Cómo era posible que el viejo Sui-liang se orinara encima? ¡Estaba hecho un cascajo! Después, con los ojos muy abiertos, Sui-liang inclinó el cuerpo como si quisiera apoyar la frente en las rodillas. Al ver aquello, la vergüenza y el apuro desaparecieron de la mente de Wu-chi, desplazados por una certidumbre que inundó todos sus sentidos con el ímpetu de un torrente. Sui-liang acababa de expirar.

Wu-chi tomó a su amigo por los hombros e incorporó su cuerpo, evitando que se deslizara del asiento. El único pensamiento que ocupaba su cabeza en aquel instante era el ruido sordo que produciría el cuerpo del viejo Sui-liang si golpeaba el suelo de madera y la urgencia de evitar que aquello sucediera. Cuando empujó hacia atrás el tórax huesudo de su amigo, los pliegues de piel flácida que colgaban de la sotabarba de Sui-liang se derramaron sobre sus dedos. La piel manchada de pecas estaba cálida y floja y Wu-chi fue consciente de que estaba percibiendo el último hálito de vida en el instante de abandonar el cuerpo del anciano.

Sin dejar de sostener el cuerpo con una mano, se volvió hacia Han-yuan y Lai-chi. El primero seguía casi inexpresivo, como de costumbre, pero Lai-chi sonrió y asintió. Frente a ellos, impertérrito, el magistrado continuó la lectura mientras las cabezas se volvían y se extendía un murmullo entre las pobladas filas de auxiliares, escribientes y otros funcionarios. La atención de los presentes se dividió. Sus ojos, desconcertados ante el inesperado espectáculo de la muerte, observaron la escena

unos instantes con aire confuso; después, se volvieron respetuosamente hacia el escaño del magistrado que presidía la sesión. La voz infatigable continuó desgranando párrafos de la declaración como si no hubiera sucedido nada en absoluto.

... Es decisión de los Tres Tribunales Superiores que los cuatro consejeros del Tsai-siang han sido incapaces de cometer traición contra este trono e incapaces de cualquier intento de conspiración o de encubrimiento de conspiradores debido al grave y preocupante ataque de confusión y locura que padecieron durante el último año, desde la muerte por su propia mano de dos miembros del Consejo...

Unos sirvientes aparecieron en la sala y avanzaron entre los bancos hacia Wu-chi y Sui-liang. A regañadientes, Wu-chi soltó a su amigo mientras los criados levantaban el cadáver. Uno de ellos limpió cuidadosamente el charco del asiento. Los cuellos se estiraron y los crujidos de los bancos, los murmullos y el roce de las ropas de seda crecieron en la sala mientras el cuerpo era retirado a toda prisa.

... En consideración a ello y a los servicios ejemplares rendidos a este trono, los cuatro consejeros supervivientes... Rectificación: los tres consejeros supervivientes. Tómese nota de que el documento ha sido enmendado aquí para hacer referencia a tres consejeros supervivientes...

Con estas palabras, Wu-chi captó por fin en toda su crudeza lo que acababa de suceder. Un pincel despiadado e insensible, una gota de tinta, sin aguardar siquiera un instante para respetar su recuerdo, había eliminado a Sui-liang del documento mientras su cuerpo sin vida aún era transportado fuera de la sala. El magistrado, aquel cerdo obeso, retorcido y pomposo, se limitó a continuar leyendo, implacable. Mientras el cuerpo laxo de Sui-liang, con los brazos colgando desgarradamente, era conducido por el amplio pasillo central de la estancia, el eco repetía las palabras del hombre como si hablara en una gran caverna.

... serán relevados de todas sus obligaciones y liberados de cualquier nuevo servicio al trono. Se les garantizará y proveerá una vida cómoda y lujosa acorde con su elevada posición y los grandes servicios prestados y se

les mantendrá esta prerrogativa el resto de sus vidas...

Esta vez, la mano de la emperatriz y sus adeptos quedaba claramente de manifiesto. La destitución sería enviada por las Asambleas Judiciales, la Mayor y la Menor, al emperador para su aprobación. Y, por supuesto, Kao-tsung la refrendaría. ¿Qué otra cosa podía...?; no, se corrigió a sí mismo: ¿qué otra cosa le *estaba permitido* hacer a un hombre sometido al hechizo de dos brujas?

Kao-tsung. Ya no era el nombre de un emperador, sino el de un hombre asustado. El de un hombre sometido por una mujer.

Wu-chi comprendió también que no le quedaba mucho tiempo de vida; que su esperanza, a los sesenta y un años de edad, de disfrutar otras dos décadas de vida como las que había tenido su padre era absolutamente vana. Ahora, quizá le quedarán unos meses, como mucho. El tiempo suficiente como para que la noticia del juicio perdiera actualidad y...

Han-yuan y Lai-chi no habían demostrado la menor emoción; para ellos, no había diferencia entre la muerte de Sui-liang y la lectura de la declaración final. Wu-chi intentó de nuevo captar su atención con la mirada, pero los dos mantuvieron las suyas fijas al frente. En aquel instante, más que nunca, Wu-chi sentía la urgente necesidad de hablar con ellos antes de que se hiciera de noche.

El rechoncho magistrado continuó la lectura; de vez en cuando, se llevaba la manga de la túnica a la frente, ancha y pálida, mientras proclamaba:

... Para que el funcionamiento de una burocracia bien ordenada continúe sin interrupción, se considera necesario que, hasta el momento en que puedan encontrarse sustitutos más adecuados y permanentes para ellos, los Tres Tribunales Superiores cubran los puestos vacantes de forma interina, de la manera siguiente: el presidente Shu Ching-tsung, cuyos grandes logros en el Gabinete de Historia Imperial con la compilación de la Verdadera crónica del emperador Kao-tsung ya han sido debidamente elogiados, asumirá las tareas adicionales de Alto Secretario de la Cancillería, el cargo desempeñado por el anterior canciller, Han-yuan, relevado ahora de sus obligaciones civiles después de haber sido declarado inválido e incapacitado para continuar en el cargo; por otra parte, Lai Chun-chen, cabeza del Ministerio de Nombramientos Civiles y de la Policía Secreta de la emperatriz, ocupará el cargo en el órgano judicial de la Censura que hasta hoy desempeñaba el antiguo honorable consejero Wu-chi, declarado incapaz de seguir desarrollando...

Wu-chi se dijo que, sin duda, era imposible odiar a todos sus acusadores. La mayoría de ellos se había visto atrapada, simplemente, en la urdimbre de las maquinaciones de la emperatriz. ¿Alguno de ellos se consideraría un asesino? ¿Entenderían tal vez que, en pequeña medida, cada uno de ellos era responsable de la muerte de un anciano llevado hasta los límites de su resistencia después de diez jornadas seguidas de «audiencias»?

Había funcionarios, escribientes, guardias y gran número de ministros de bajo rango del Tribunal de Revisiones y de la Censura que sólo creían estar cumpliendo con su trabajo... Jamás se les habría pasado por la cabeza la idea de que también ellos eran delincuentes. Y, sin embargo, al estudiar sus rostros, imaginó que aquí y allá detectaba síntomas de que algunos funcionarios percibían que sucedía algo incorrecto: podía ser tan sólo la fijeza de una mirada, una vibración involuntaria de los músculos de la mandíbula, un humedecimiento de los labios, un dedo llevado a la boca. Pero incluso esos pocos apartarían de su mente tan desagradable idea antes de que llegara la hora de cenar, antes de que sus ojos volvieran a ver a sus esposas y a sus hijos. Porque Wu-chi estaba seguro de que la mayoría de ellos se limitarían a mentirse a sí mismos. Así era la naturaleza del hombre. Y allí residía su vulnerabilidad.

Y lo propio del mal era la facilidad con que uno podía dejarse llevar por él. El mal era el rebaño. El mal era lo vulgar, lo corriente. Era lo que uno toma para desayunar. Aquélla era la amenazadora verdad que le señalaba como hombre muerto.

La sentencia se completó con las declaraciones finales relativas a las vacantes creadas por los consejeros destituidos. Los miembros de los Tres Tribunales Superiores fueron escoltados al exterior de la sala y los sirvientes avanzaron lentamente hacia los tres ancianos supervivientes.

Fuera, el aire era fresco y vigorizante; los pinos del parque imperial tenían un verde intenso contra el cielo azul, limpio de nubes. ¿Sería aquello lo último que Wu-chi vería del mundo? Bajo sus pies, unas matas de hierbas y zarzas de milagrosa belleza se abrían paso entre las grietas del pavimento y crecían en espirales de hojas cada vez mayores. La brisa estremecía las copas de las coníferas con suaves siseos, acariciaba el borde de su túnica y agitaba las borlas de los faldones decorativos del palanquín que le aguardaba. Puñados de hojas de pino de un pardo intenso quedaban atrapadas en remolinos sobre el pavimento cuarteado y el aire estaba impregnado de su fragancia resinosa.

Han-yuan y Lai-chi eran conducidos hacia el recinto y sus palanquines ya desaparecían de la vista tras la tupida arboleda. En el patio, los ocho porteadores de Wu-chi sostenían el vehículo y esperaban pacientemente. El anciano se quejaba de una rodilla artrítica que se le había inflamado y descendía la escalinata despacio, cojeando y con muecas de dolor cada vez que apoyaba el pie en un peldaño. Su joven

serviente se mostró amable y, con gestos comprensivos, le sostenía por el codo a pesar de sus protestas.

Una vez que montara en el palanquín, todo estaría perdido. Aunque mantuvo una apariencia de calma, la sangre se le aceleró y los pensamientos se le agolparon en la cabeza mientras avanzaba poco a poco hacia los sirvientes que le esperaban. En aquel instante, sin razón aparente, evocó una imagen del *Cuento de los Seis Viejos Tontos*, aquellos consejeros lascivos con las ropas levantadas hasta sus cabezas seniles. ¿Por qué le venía a la memoria un asunto tan ridículo en aquellos momentos? La respuesta le llegó de inmediato.

—Lamento muchísimo el repentino tránsito de vuestro amigo —murmuró el criado, interrumpiendo los pensamientos de Wu-chi.

—El mundo ha sufrido una gran pérdida, pero de poco sirve lamentarse ahora. El maestro Sui-liang tuvo la sabiduría de nacer antes que el resto de nosotros. Y ha sido aún más sabio al abandonar a los tontos que permanecemos aquí. Nos lleva cierta ventaja. Tendremos que afrontar este día sin él. —Carraspeó, reprimiendo un espasmo de pena—. Pero no puede decirse que no esperásemos su muerte.

Wu-chi calló y apoyó las manos en la barandilla. La pesadumbre creció en su pecho con persistencia, hasta que notó las lágrimas a punto de rebosar de sus ojos. Echó atrás la cabeza y se llevó las yemas de los dedos a la mejilla para enjuagarlas. Notó el calor del sol y una suave brisa verde en la cara, que resultaba fría al contacto con las lágrimas. Era la música otoñal de Sui-liang, que sonaba para él una última vez.

—¿La acupuntura no os alivia el dolor y la rigidez, maestro Wu-chi? —preguntó el sirviente, apurado, en un intento de cambiar de tema.

—Me ha aliviado algo —respondió Wu-chi con brusquedad, al tiempo que reanudaba su descenso, exageradamente trabajoso, sin dejar de hacer aspavientos cada vez que el pie tocaba un escalón. Ahora estaba seguro de lo que debía hacer. ¿Acaso había sido el espíritu del viejo Sui quien había llevado a su cabeza la imagen de los Viejos Tontos y sus ropas levantadas? Se volvió hacia el criado y le cuchicheó en voz baja, con discreción—: Pero es el diurético que el médico más «servicial» ha decidido administrarme lo que me ha causado el mayor problema... seguro que entiendes a qué me refiero. Ha sido una mañana muy larga...

Al principio, el criado no dio muestras de entender, pero luego dirigió una mirada de dolorida comprensión a su señor.

—¡Desde luego, consejero! ¡Claro que os entiendo! —murmuró, bajando la vista—. Afortunadamente, bordeamos los bosques del parque...

—Es una gran suerte —asintió Wu-chi—. Por supuesto, tendrás que conceder un poco de tiempo a este anciano. Mis conductos ya no poseen el vigor de la juventud.

—Desde luego, consejero. Esperaré junto al palanquín.

El sirviente volvió junto a los porteadores y les indicó que se tomaran un descanso. Los hombres depositaron la adornada silla en el suelo entre un coro de gruñidos y murmullos y se dispersaron por la cuneta cubierta de hierba.

Al principio, Wu-chi avanzó despacio, consciente de que los criados aún podían tener sus ojos en él. Volvió la cabeza con cautela y observó al sirviente sentado despreocupadamente en el pavimento, con la espalda apoyada en el recargado palanquín y absorto en un rompecabezas de papel que Sui-liang había realizado para el muchacho la semana anterior. Agradeció su generosidad al espíritu del maestro Sui-liang y prometió realizar una ofrenda por el alma del difunto anciano. Quizá yo sea un hombre que ha vuelto la espalda al funeral de su propio padre, se dijo Wu-chi recordando aquellos panfletos espúreos, pero no te olvidaré fácilmente, mi viejo amigo. Se adentró en la arboleda y, al poco, echó a correr. Las ramitas se enganchaban en los bordes de la túnica y del chaleco y tiraban de él; esquivó una, pero la siguiente le arrancó de la cabeza el bonete almidonado. ¡Mejor! ¡Que el bosque se quede ese objeto inútil!, pensó, apresurando la marcha. El dolor de rodilla había desaparecido. Las canas grises pendían de cualquier manera en torno a su rostro. Continuó internándose en la espesura, saltando viejos troncos caídos cubiertos de musgo y ascendiendo pendientes rocosas a la carrera con una agilidad renovada.

Intentó recordar la disposición del parque imperial. Recordó sus paseos por el coto, muchos años atrás, y que aquella extensión de bosque denso y sin cuidar se abría a unas tierras de labranza llanas a cierta distancia hacia el norte de la capital. Era poco más de mediodía; por tanto, debía mantener el sol sobre su hombro izquierdo. Y, por encima de todo, tenía que evitar los senderos para caballos. Mientras corría, el olor de las hojas en putrefacción y el intenso aroma de la tierra del bosque calentada por el sol le embriagó, despertando recuerdos de tiempos lejanos, más felices.

El sonido de unas voces y el retumbar de unas pezuñas despertaron a Wu-chi de sus fantasías. Se había acercado demasiado al camino. Se alejó rápidamente, pero descubrió que el terreno iniciaba una pronunciada subida y arriba se distinguía un pedazo de cielo abierto, como si hubiera un gran claro en los árboles. De muy abajo, le llegó el sonido de una corriente de agua y, de pronto, recordó: ¡la cañada! Una depresión del terreno profunda y peñascosa, sembrada de pinos tortuosos y altos helechos cortaba el parque como una inmensa cicatriz desde sus límites orientales hasta el lado contrario, y por su fondo corría un riachuelo que en aquella época del año llevaría más fango que agua. Si no se hubiera apartado del camino, habría encontrado un puente adecuado para salvar el barranco. Pero, en sus circunstancias, sólo tenía un modo de cruzar: descender la pendiente.

Wu-chi bajó la cuesta rocosa a trompicones, agarrado a las ramas y a los arbustos para controlar el impulso mientras sus pies desprendían montones de guijarros y los

mandaban dando saltos hasta la espesa vegetación del fondo de la cañada. Resbaló, sus pies perdieron el apoyo y cayó de culo pesadamente, deslizándose unos metros pendiente abajo. Se asió a una rama y se incorporó de nuevo. La rama se quebró y las piedras desprendidas chocaron entre sí con un sonoro matraqueo. El estrépito adquirió una intensidad terrible y Wu-chi temió que tanto estruendo tal vez frustrase su huida, pero enseguida se dijo que quizás estaba a suficiente distancia del camino. Además, era poco probable que ya hubieran decidido buscarle. El ruido que estaba haciendo era inevitable; además, como es lógico, los bosques estaban llenos de ciervos y otros animales que huían de los seres humanos; quien captase aquellos ruidos creería estar oyendo a un animal asustado. Precisamente lo que él era, reflexionó.

Se deslizó entre la cenagosa extensión de helechos, a unos palmos apenas del riachuelo que serpenteaba entre las rocas delante de él. Cuando hubo vadeado la corriente y ascendido la pared opuesta de la cañada, observó que el bosque se había cobrado su tributo no sólo desgastando sus fuerzas, sino también sus ropas. Se detuvo unos instantes bajo el cálido sol en lo alto del barranco y pasó revista a su aspecto. Tenía varios sietes en la túnica y también espinas y cardas adheridas a la tela; además, el fango espeso que empezaba a secarse como argamasa entre los dedos de sus pies había engullido las zapatillas que calzaba. Se tocó el cabello, convertido en una maraña de resina, ramitas y agujas de pino que sobresalía de su cabeza dándole el aspecto de un loco.

Wu-chi se quedó allí unos momentos, tembloroso. ¿Adónde iría ahora? ¿Quién acogería a un pobre loco? ¿En qué lugar de la ciudad podría encontrar un refugio seguro? En ninguno, si tenía en cuenta que los agentes de la emperatriz emprenderían su búsqueda antes de la caída de la noche. Buscar la protección de una familia quedaba descartado, pues su presencia pondría en peligro a cualquiera que tuviese la bondad de ofrecerle abrigo.

El dolor de la caída se extendía ahora desde la rabadilla hasta las caderas; con una mueca, Wu-chi trató de asearse, hizo un vano intento de ordenar su indumentaria y se pasó los dedos por el cabello, pero, de pronto, tuvo una inspiración y se detuvo. Un loco. ¿Qué mejor disfraz? Sabía quién daría acogida a un pobre loco... sobre todo, a uno que ni siquiera podía recordar su propio nombre.

Año 658

Monasterio del Loto Puro, al norte de Luoyang

Wu-chi había perdido la cuenta exacta, pero debía de haber transcurrido bastante más de un mes desde que había sido recogido por los compasivos monjes y monjas y, desde entonces, residía en el enorme recinto monástico budista del Loto Puro, al norte del parque imperial y a unos diez *li* de las puertas septentrionales de Luoyang. Dentro

de aquellos muros, el tiempo fluía serenamente.

A su llegada, no había sido así. Entonces, el tiempo se le había hecho tan eterno como el incesante canturreo de los monjes en oración. Incluso la solicitud de las monjas, con su compasión infinita por aquel pobre espíritu perdido que se declaraba incapaz de recordar su pasado o tan siquiera su nombre, le había resultado presuntuosa e irritante. A Wu-chi le molestaba el continuo sonar de campanas, flautas y platillos que llamaban a la oración y la meditación en la Gran Sala, dividiendo el día una y otra vez en porciones de tiempo inmanejables. El sol persistente se dedicaba en todo momento a extender las sombras a lo largo de las paredes deslustradas de su celda.

Pero, después, las cosas habían cambiado. Poco a poco, Wu-chi fue despojándose del ardiente fervor confuciano que lo había acompañado toda la vida y relajándose en lo que los buenos budistas llamaban un estado superior del ser. A sus sesenta y un años, habiendo dejado atrás su condición de consejero de estado abrumado por la inmensidad y la importancia de sus deberes imperiales, Wu-chi había encontrado tiempo para recuperar la prodigiosa infinitud de la infancia en un cálido día estival. El zumbido de los insectos, su belleza y complejidad, el aroma a verdor tostado por el sol de los árboles, la hierba y las flores y, a continuación, el aliento gélido del otoño; nada escapó a su percepción y a su placer. La pérdida de memoria, una mentira que había contado a los monjes como una medida para proteger su disfraz, había dejado de ser una absoluta ficción. Había días en los que apenas recordaba el pasado, aunque tenía buen cuidado de no olvidarlo por completo.

Trabó muy buena amistad con el abad, el maestro Liao, un hombre erudito y más o menos de su edad, que demostraba un profundo interés por las noticias del mundo exterior y estudiaba las novedades cotidianas que llegaban de la capital con el mismo interés, imaginaba Wu-chi, con el que un día debía de haberse dedicado a los sufragios. Wu-chi declaró compartir tal interés. Hasta donde sabía el abad, su huésped sólo recordaba fragmentos dispersos de su vida. Así, parecía recordar que un día había sido un magistrado provincial de bajo rango o algo parecido. Quizá sólo un funcionario en algún remoto puesto de la administración. Pero en un empleo muy literario. Al principio, el maestro Liao dijo que aquel interés podía perjudicar su felicidad, que las noticias del mundo exterior podían llevar a la mente confusa de su nuevo amigo alguna sombra desagradable del pasado, pero Wu-chi convenció al abad de que las ojeadas que pudiera echar a su propio pasado no lo apartarían de su estado de dicha, que ya tenía profundamente arraigado y centrado en sus divinos chakras. Además, Wu-chi sabía que el viejo abad estaba encantado de tener un colega inteligente con quien discutir los sucesos, cada vez más extraños, que se producían en la política imperial.

La primera información que Wu-chi obtuvo del abad fue el anuncio de su propia

muerte. Según parecía, los tres consejeros supervivientes del extinto Tsai-siang se habían suicidado, pese a todos los esfuerzos que se habían hecho para asegurar su comodidad y su bienestar.

... La súbita locura que afectó a los dos primeros consejeros hace un año ha resultado, al parecer, contagiosa. Los tres honorables prohombres supervivientes, los maestros Han-yuan, Lai-chi y Wu-chi, fueron encontrados muertos en sus respectivos aposentos, con evidentes señales de haberse quitado la vida... Los criados no percibieron el menor síntoma de incomodidad o malestar en ninguno de ellos con anterioridad a la trágica sucesión de hechos, lo que ha llevado a los médicos de la corte a la conclusión de que, finalmente, la locura se apoderó de los malogrados maestros.

Wu-chi sopesó todas las posibilidades. ¿Había llegado a difundirse la noticia de su fuga o se había producido un complejo encubrimiento para evitar que ésta llegara a conocimiento de la emperatriz? El anciano consejero pensó con una punzada de dolor en el joven sirviente que tuvo la amabilidad de dejarle internarse en el bosque para hacer sus necesidades. Su destino no debía de haber sido muy agradable, sin duda, pero Wu-chi no había tenido otra opción.

¿Y qué le habría contado la emperatriz Wu Tse-tien a Kao-tsung respecto a los desdichados consejeros? Que se habían vuelto locos, probablemente. Que estaban tan trastornados, con su Mar de Tuétano tan marchito, que habían padecido una profunda histeria plagada de alucinaciones. Y el emperador, el pobre e inútil Kao-tsung, le habría dicho a la mujer que aquellos ancianos no habían cometido ninguna falta...

Después, Wu-chi se preguntó de quién sería el cuerpo que había ocupado su lugar en el escenario de su supuesta muerte. ¿Qué pobre anciano había tenido la desgracia de parecerse a él? Y sus viejos amigos, Lai-chi y Han-yuan. Las lágrimas le nublaron la vista mientras elevaba oraciones para pedir que su muerte no hubiera sido demasiado penosa.

Wu-chi permaneció despierto hasta entrada la noche, dándole vueltas a sus pensamientos.

Cuando por fin concilio el sueño, éste estaba lleno de imágenes espantosas que le atenazaban a través de capas finas y permeables de conciencia. De madrugada, estaba agotado; sólo entonces se sumió en un sopor profundo, desprovisto de sueños.

Se desperezó con esfuerzo a primera hora de la tarde. Observó la ropa de cama, los detalles minúsculos de las paredes y el techo, hasta su propia mano llena de pecas, inmóvil sobre el lecho junto a su rostro, bajo la luz mortecina y gris de un día

cubierto, pero Wu-chi no fue capaz de incorporarse. La fatiga y la opresión pesaban de tal forma sobre su pecho que creyó que no podría levantarse nunca más.

Era un delincuente. Jamás podría regresar a su vida porque no le quedaba ninguna.

Pero tenía al abad. Los dos hombres descubrieron que entre ellos crecía una firme amistad.

Año 659

—Esta mañana llegas tarde con el desayuno —comentó Wu-chi al maestro Liao cuando el abad entró en sus aposentos con la fuente de la colación. Wu-chi no levantó la vista de la carta que estaba redactando.

—Bueno, lamento mucho el retraso, consejero, pero hay demasiada gente hambrienta que nos espera cada mañana en las calles —respondió el abad con un profundo suspiro de exasperación—. Cada día alimentamos a un centenar de pobres mendigos mugrientos. Pero por cada uno al que damos de comer, hay mil más que claman por nuestra comida y por nuestra piedad. En este orden.

—Bastaría con la primera, sin necesidad de la segunda. Seamos sinceros: lo único que les interesa es la comida. El buen budista no puede esperar otra cosa de la gente desdichada a la que ayuda. Los que sufren no desean oír prédicas; límitate a darles la comida y tendrán todo lo que desean de ti —añadió Wu-chi, con los ojos aún fijos en el papel.

—Excelente, excelente —dijo el abad—. Te estás volviendo tan cínico como yo.

—Me parece que no es para tanto. —Wu-chi dejó el pincel y alzó la cabeza por fin—. La comida es el trabajo terrenal de este monasterio.

—Di, mejor, nuestra penitencia. Sin duda, en la vida anterior todos fuimos cerdos cebones ahítos de engullir. Y ésta es nuestra recompensa.

—Hablando de saciar el hambre, ¿dónde está mi desayuno, abad?

—Aquí lo tienes —dijo el viejo monje con paciencia, mientras dejaba la fuente sobre el escritorio—. Y esta mañana te he traído un obsequio especial.

—No quiero nada especial —replicó Wu-chi con cierta irritación—. Tus sorpresas culinarias me traen sin cuidado. Quiero mi desayuno normal y corriente. ¡Pastelillos de arroz secos! ¡Es lo único que como! Ya sabes que tengo el estómago muy delicado. —El consejero se concentró en la fuente de la comida. Cuando levantó la cabeza de nuevo, su expresión no era de satisfacción. Apartó del plato varios pastelillos de soja cargados de grasa—. Estas bolitas grasientas no son ninguna sorpresa. Me producen gases.

—No, no me refiero a eso. No busques en la comida, consejero —dijo el abad, tratando de aplacarlo—. La sorpresa a la que me refiero es completamente indigerible.

Liao desenvolvió un pequeño paquete y empezó a desplegar unos papeles.

—Dudo que sean menos digeribles que estos pasteles —refunfuñó Wu-chi mientras quitaba los grasientos envoltorios.

—Yo no pondría la mano en el fuego por ello. Se trata de unos *sueños*, *no* de algo en lo que hincar el diente. Es más, mi querido amigo, creo que si te los llevaras a la boca, tendrías que escupirlos al otro extremo de la sala.

—Lo mismo que el desayuno.

—Son sueños de nuestra gran emperatriz Wu —continuó el abad Liao, impávido—. Un texto que recoge sus sueños ha circulado por la capital para demostrar a todos sus súbditos la asombrosa verdad de su grandeza divina. —El abad hablaba al tiempo que masticaba un trozo de pastelillo—. Para mostrarnos a los pobres incrédulos su lugar en el gran plan del universo.

—Continúa, haz el favor —dijo Wu-chi, más atento en esta ocasión.

—Bien, parece que nuestro pequeño historiador, Shu Ching-tsung, presidente del Gabinete de Historia imperial y secretario de la Cancillería, ha añadido unas cuantas cosas al Registro Fidedigno de los Hechos de nuestro pobre y acosado emperador, Kao-tsung. Augurios y portentos. Cuando uno cree haberlo oído todo, nuestro siempre prolífico maestro Shu descubre algo que, por alguna razón, había escapado al Registro Fidedigno de los Hechos de Tai-tsung, el padre de Kao-tsung. Vaya descuido. ¿Cómo pueden suceder tales cosas? —Miró a Wu-chi y añadió—: ¿Por qué comes los pastelillos de soja si dices que te sientan mal?

—¡Oh, no importa! Continúa.

—El primer sueño —dijo el abad, al tiempo que revolvía los papeles— se atribuye a Wu Shih-huo, el padre de la emperatriz Wu.

—¡Ah, sí! Wu Shih-huo, uno de los grandes padres fundadores de los T'ang.

—Según esto, Wu Shih-huo tuvo un sueño que le predijo el destino de su hija. El párrafo dice: «... y durante su prolongado y desprendido servicio al padre del divino Kao-tsu, el augusto emperador Tai-tsung, el honorable general gobernador de Ching-chou, el duque Wu Shih-huo...».

—¡Aaah! De modo que Wu padre también es duque...

—«... el duque Wu Shih-huo tuvo un sueño en el que se encontró flotando en una nube perfumada».

—¡Claro! ¡Nada menos!

—En pocas palabras —indicó Liao tras recorrer rápidamente con la vista las filas de caracteres—, dice que Wu Shih-huo fue llevado a los cielos y voló en torno a las constelaciones. Una vez allí arriba, tocó la luna y el sol con una vara de oro. Y, según el escrito, tocar primero la luna significaba que el fundador de la nueva dinastía sería yin, mujer. Y tocar el sol a continuación significaba que esa mujer estaría imbuida de yang, de potencia viril.

—De modo que Wu fundará una nueva dinastía... No me había enterado de que

la anterior, los T'ang, hubiese caído. Esto tiene más importancia que el renacimiento del Buda. —Wu-chi casi se echó a reír, y se limpió los dedos grasientos en la delantera de la blusa del abad con indiferencia—. Pero la noticia no debería sorprenderme.

—Resulta extraño que tú hables del renacimiento del Buda —murmuró el abad Liao, pasando las hojas—. Parece que el padre del pobre Kao-tsung, el emperador Tai-tsung, también tenía propensión a los sueños proféticos o, como dice aquí, a que «voces desencarnadas» cantaran o cuchichearan palabras sin sentido en su oído, anunciando que llegaría un Príncipe Marcial para derribar la dinastía T'ang. Este príncipe fundaría una dinastía que duraría mil años con las bendiciones de Maitreya, el Buda futuro que todo lo ve, y de sus representantes terrenales, los vigilantes bodhisattvas Avalokitesvara/Kuan-yin: dos formas, masculina y femenina, del mismo bodhisattva salvador. Esta dualidad masculina/femenina significa, se dice, sangre de varón corriendo por venas de mujer. Así pues, el príncipe que gobernará encarnado, amado del pueblo, será una mujer que asumirá el papel de un hombre.

El abad levantó la vista de la página y añadió:

—¿Y quién supones que pueda ser esa figura?

—Sí —murmuró Wu-chi por fin—. De modo que los T'ang, o como sea que se hagan llamar, se hallarán bajo el imperio de un nuevo gobernante. Uno que será un fenómeno de la naturaleza. De esto último ya tenemos la certeza... —concluyó con acritud.

Aquella mañana, la madre de la emperatriz vestía una túnica muy hermosa, casi austera, con el cabello peinado en un moño, liso y brillante, que favorecía mucho sus facciones. Sólo llevaba un par de adornos sencillos, de buen gusto, y su piel perfecta estaba libre de cosméticos. El historiador Shu pensó que era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

La mujer estaba sentada con su hija y con Shu en la sala de meditación recién instalada en la casa de la ciudad. Había hecho retirar todo el refinado mobiliario, las obras de arte y las chucherías. Sólo quedaba una elegante alfombra en el suelo y varios mullidos cojines bordados, colocados frente a un altar que presidía una estatuilla dorada, de pequeño tamaño pero muy refinada, de un Buda sentado en perfecto reposo y con los ojos cerrados en contemplación del infinito, flanqueado por dos lámparas de aceite de llama vacilante. Las paredes estaban desnudas y el olor de la madera recién impregnada de aceites se mezclaba con el perfume de las lámparas.

La señora Yang se arrodilló delante del altar con el rostro extasiado y los ojos concentrados en el papel del hechizo, que acercó a la llama de una lámpara. Sostuvo el amuleto en la mano durante un instante mientras se consumía, contempló la llama y luego dejó caer los restos en un platillo de oro a los pies del Buda. El papel se ennegreció y se retorció; el borde irregular, rojo resplandeciente, avanzó hacia dentro

devorando el blanco puro hasta apagarse. La mujer contempló la columna de humo un momento; luego se volvió hacia su hija y el historiador. Antes de hablar, aguardó unos instantes.

—He tenido un sueño —anunció, aunque los tres sabían perfectamente que aquella era la razón de su encuentro allí. El historiador tenía un recado de escribir pequeño y discreto sobre los muslos y un pincel en la mano. La señora Yang cerró los ojos un momento y empezó a narrar—: En el sueño, estaba asomada a un charco de agua cristalina entre dos peñas gigantescas. Me parecía extraño no ver en el agua mi reflejo, sino sólo el azul puro del cielo y el blanco de las nubes que pasaban sobre mi cabeza. Asomaba el cuerpo cuanto podía, pero seguía sin ver rastro de mí. Encontré un palo en el suelo, lo cogí y lo sostuve sobre el agua. Tampoco se reflejaba. En el agua sólo se veía el cielo y las nubes que pasaban.

La señora Yang hizo una pausa y cerró los ojos otra vez, como si se deleitara en el recuerdo del mundo del sueño. El historiador se inclinó hacia delante con concentración mientras los ideogramas fluían de su ágil pincel.

—Entonces empezó a soplar el viento —continuó su narración, con los ojos cerrados todavía y meciéndose suavemente como si estuviera entrando en trance—. Yo tenía miedo porque veía un montón de escombros pasar volando a mi alrededor: palos y piedras y pequeños animales y cosas así, levantadas y empujadas por el viento, que se hacía más y más fuerte. Me cubrí la cabeza para protegerme mientras rezaba una plegaria para suplicar la salvación. Me arrodillé en el suelo, enroscada como una pelota con los brazos sobre la cabeza y esperé, pues sabía que no podía hacer nada más. Muy pronto, el viento aullaba llenando el mundo con su sonido. No podía oír otra cosa que ese aullido.

Al llegar a este punto, la mujer cerró los labios y emitió un sonido como el de una poderosa ráfaga de viento, potente y resonante, que se apagó gradualmente hasta convertirse en un suave susurro apenas audible. La señora Yang abrió los ojos y observó a su hija y al historiador antes de continuar.

—El viento amainó por fin y levanté la cabeza para mirar a mi alrededor. Vi que el mundo estaba vacío, limpio y puro como el cielo, el viento se había llevado toda la materia muerta e innecesaria y había dejado solamente la roca limpia, fuerte y hermosa. Miré de nuevo hacia el agua y esta vez observé el reflejo de los farallones rocosos que se alzaban en torno a mí. Miré con más detenimiento y distinguí a lo lejos una figura masculina sentada en lo alto del despeñadero, enmarcada por el intenso azul del cielo. —La voz de la mujer descendió hasta convertirse en un susurro—. Aunque el hombre estaba muy lejos, supe al instante que estaba contemplando al bendito Maitreya, el Buda futuro encarnado. Estaba muy lejos porque aún no se encontraba completamente dispuesto a venir a este mundo. Pero una ranita dorada asomó en la superficie del agua y clavó en mí uno de sus ojos verdes. La rana tenía

una boquita perfectamente humana y me habló con una vocecilla aguda y trémula.

La emperatriz y el historiador estaban inclinados hacia delante, pendientes de cada detalle de la fascinante narración. Shu había llenado una página entera con caracteres minúsculos. Dejó a un lado la hoja con rapidez, sin preocuparse de cubrirla con el papel secante, y continuó en la siguiente.

—La ranita dorada me reveló que Maitreya no tardará en llegar y que sabremos que su venida es inminente porque un monarca universal aparecerá poco antes y limpiará un mundo confuso y corrupto, purificándolo para recibir al futuro Buda. Como el viento que había limpiado el mundo, dijo la rana. ¿Y cómo sabremos que ese monarca ha llegado?, pregunté al animalillo dorado. Por el nombre del monarca, respondió la ranita. Lo conoceréis por el nombre, porque tendrá el mismo sonido que el término que utilizamos para designar la ausencia de egoísmo, la negación del ser, el altruismo. El nombre, dijo la rana, que había pronunciado el viento.

La señora Yang cerró los labios otra vez y repitió el sonido del viento. Después, dejó que su mirada descansara en su hija un instante interminable, cargado de sugerencias.

—Existen varias palabras para esos conceptos —murmuró—. Pero sólo una de ellas suena también como el soplido del viento. Esa palabra es *wu*.

—Verás —dijo el magistrado Di a su ayudante sin hacer caso del papel, cuidadosamente doblado, que éste sostenía en su mano extendida—, no rechazo estas solicitudes para que haga acto de presencia en los banquetes porque sea un individuo insociable. La buena mesa y la conversación me gustan como a cualquiera. No; si declino asistir es por una excelente razón.

—Pero no habéis visto esta invitación en concreto, señor —insistió el ayudante.

—No es necesario. Hay demasiada gente que considera...

—Y tampoco habéis echado un vistazo a la tarjeta de visita que la acompaña —añadió el ayudante con determinación.

—Hay demasiada gente que considera la presencia del magistrado superior de Yangchou en su hogar como una mera oportunidad de acosarlo con mezquinas demandas de atención como máxima autoridad judicial de la provincia; unas demandas que, a menudo, toman la forma de peticiones para obtener alguna prerrogativa...

—No creo, señor, que la presencia en Yangchou de una persona de la posición de ésta sea un hecho muy habitual —apuntó el ayudante cuando Di hizo una pausa para tomar aire.

—... alguna prerrogativa, o un trato especial o, peor aún, para lucrarse con algún asunto. Esta es la razón de que los ricos sean cada vez más ricos y que rara vez tengan que pagar el precio de sus delitos o de su codicia. —Di estaba en plena forma. Aquél era un discurso que llevaba algún tiempo cristalizando en su cabeza.

—Y, sin duda, la invitación se ha cursado debido a la creciente fama de vuestro trabajo en el tema de los abusos monásticos y burocráticos.

Di continuó con lo suyo:

—Mientras tanto, los pobres no pueden permitirse estirar sus misérrimas colaciones, pues una sola boca más a la mesa significa una carga penosa para su desdichada familia. Es una vergüenza que los pobres tengan que sufrir un sistema legal que, a menudo, da más importancia a la influencia, la riqueza y el soborno que a la verdad.

—Es evidente, señor, que habéis despertado una atención considerable entre las altas instancias de la capital oriental.

—Pero quedamos algunos hombres a quienes no se puede comprar, y quiero que todos lo sepan.

—Sobre todo, la atención de un personaje tan importante y honorable como el presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios...

El ayudante dejó la frase en este punto y permitió que el título resonara unos momentos en el despacho.

Di enmudeció y alzó los ojos. El ayudante le tendió el pergamino. El magistrado echó un rápido vistazo al sello oficial del envoltorio y volvió la mirada al ayudante con una mueca de absoluta sorpresa.

—La notificación acaba de llegar, señor.

—¿Está aquí? ¿En Yangchou? ¿El presidente del Gabinete Nacional... cional...? — tartamudeó Di—. ¿Por qué no has interrumpido mi endiablado monólogo para decírmelo? —Desplegó con torpeza el papel y leyó su contenido—. Es una invitación del presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios para que me reúna con él en la propiedad de una de las familias más influyentes de Yangchou. ¿A qué crees tú que puede deberse el interés de ese hombre en hablar conmigo?

—No sabría decirlo —respondió el ayudante tras un carraspeo—. Pero es un altísimo honor...

El Gabinete Nacional de Sacrificios era el órgano superior del gobierno imperial que supervisaba los asuntos relacionados con todas las prácticas religiosas que se llevaban a cabo en el imperio: tanto el culto oficial del estado como las prácticas, ritos y celebraciones de los mil y un sistemas de creencias bárbaros, de origen no chino. Todas las religiones extranjeras no disgregadoras —el nestorianismo cristiano, el maniqueísmo, el zoroastrismo, el islamismo— eran toleradas por el Hijo del cielo de la gran dinastía T'ang, pues en realidad el emperador también era el monarca y gobernante de los pueblos bárbaros, aunque éstos no siempre lo reconocieran como tal.

El gabinete era el arbitro supremo de los conflictos, el enmendador último de los abusos y el que concedía o retiraba las licencias a las diversas sectas cuyas prácticas estaban autorizadas en el imperio. Entre ellas, el budismo estaba adquiriendo un predominio progresivo, lento pero constante, y ya era mucho más que una religión doméstica instrumental de dioses familiares, amuletos de papel y barritas de incienso. El budismo era una fuerza que ocupaba la mente de una nación y había penetrado todas las capas de la sociedad. Con sus miles de monasterios, sus enormes posesiones en terrenos, sus exenciones de impuestos y tasas imperiales y sus propias leyes de disciplina y reglamentación, se estaba convirtiendo en una fuerza política y era la principal preocupación del Gabinete Nacional de Sacrificios. Y, dentro de dicho organismo, el presidente del Gabinete era la autoridad suprema en estos asuntos después del propio emperador.

¿Por qué solicitaría aquel hombre su presencia en la finca de su anfitrión? Había algo en aquel asunto que producía una profunda inquietud al magistrado.

—¡Ah, aquí la tengo! —dijo el ayudante desde el otro lado del desordenado escritorio, arrancando a Di de sus pensamientos—. La tarjeta del presidente del Gabinete. Con la fecha y la hora.

—Pero ¿a ti todo esto no te resulta bastante... extraño? —le preguntó Di, tras

examinar la tarjeta y devolvérsela.

—¿Extraño? ¿Por qué? Sois la primera autoridad judicial de Yangchou.

—No; que el presidente del Gabinete me convoque a su presencia no es extraño. Lo que me parece raro es que no efectúe la visita de modo oficial, acudiendo a este despacho. Desde luego, es aquí donde tenemos los registros de abusos, las licencias y todo lo demás. ¿Por qué, pues, querrá encontrarse conmigo en una casa privada?

—Probablemente, el anfitrión es un viejo amigo de la familia —sugirió el ayudante—. Sin duda, debe tener una residencia espléndida y los fondos necesarios para ofrecer una fiesta por todo lo alto. ¿Qué tenemos aquí, en cambio? Un recinto de edificios viejos y descuidados y el estipendio de un magistrado de distrito...

—Pese a todo, sigue pareciéndome bastante heterodoxo que no haya acudido aquí, primero.

—Quizá tiene intención de hacerlo otro día.

—Quizá, pero... —Di se encogió de hombros, perplejo—. En fin, ¿para qué hacer preguntas que pronto tendrán respuesta?

Aquella noche tendría un encuentro con otro racionalista confuciano como él. Entre Di y el presidente del Gabinete de Sacrificios habría un terreno firme. Si era imposible dar la vuelta a las cosas, por lo menos habría algún modo de retardar el curso de los acontecimientos. Seguramente, podrían alcanzar un acuerdo sobre el número de nuevos monasterios autorizados o, al menos, encontrar algún medio inofensivo de limitar la mendicidad, el proselitismo y el reparto de limosnas fuera de los límites de los templos, pues, según estaban las cosas en aquellos momentos, las calles de la ciudad eran incontrolables. El presidente, sin duda, lo ayudaría a dar con algo que asegurase que la religión se mantenía «pura» e inmaterial, como propugnaba la fe budista.

Sí, sería una magnífica reunión de mentes y corazones confucianos. Di estaba impaciente por celebrar el encuentro.

Se aprestaba a marcharse cuando escuchó unos arañazos en la puerta del jardín que le resultaron familiares.

Bribón penetró en el despacho de Di arrastrando las patas y se dejó caer entre jadeos en su rincón favorito bajo una mesa. Di se acercó a acariciar la cabeza de su amigo. La lengua del animal pendía entre sus mandíbulas como una larga cinta rosa, mojada y flácida. El pelo del hocico presentaba un tono grisáceo y tenía el lomo casi completamente calvo; además, Di había empezado a percatarse de una opacidad blancuzca en los ojos del animal cuando les daba la luz en determinado ángulo. Con todo, el can yació jadeante después de sus vagabundeos, recuperando el aliento mientras olfateaba el jardín y la noche tras las tapias, tan ajeno e insensible a su condición mortal como sólo puede estarlo un animal.

Di murmuró unas palabras a su amigo mientras se incorporaba y se disponía a

marcharse:

—¿Hay algún mensaje en particular que desees que trasmita al presidente?

El mayordomo de la casa recibió al magistrado superior de Yang-chou a la entrada del sendero espléndidamente iluminado y lo acompañó en silencio mientras Di admiraba los jardines de su anfitrión. Puentes de formas delicadas salvaban un pequeño arroyo cuya corriente formaba un encaje de espuma, bordeado por una garganta rocosa en miniatura y un bosquecillo de pinos y bambú. Inclutados sobre el sendero con hileras de pequeñas linternas entre ellos, los troncos nudosos y las ramas bajas formaban sombras que parpadeaban y danzaban misteriosamente. La exquisitez del lugar resultaba seductora; durante unos breves momentos, Di disfrutó de la ilusión de haber olvidado la razón de su presencia allí.

Una música orquestal surgía de un pequeño pabellón y sus armoniosos sonidos se fundían agradablemente con el borboteo del agua del arroyo; el suave tañido rítmico de las cuerdas del *chin* enmarcaba una sencilla melodía seguida en virtuoso contrapunto por las flautas de bambú *hsiao* y los órganos de boca *sheng*. Una composición muy agradable, pensó Di. Y una música que, en el prodigio de imaginación de aquellos jardines y bajo aquel túnel de ramas de pino extraído de un mundo mágico, proporcionaba una calidad etérea y agradablemente fantasmagórica a cuanto le rodeaba.

Di escuchó unas voces, como si un grupo numeroso mantuviera una animada conversación a cierta distancia, entre las rocas y los árboles. El mayordomo lo escoltó hasta otro puente y lo guió luego a través de un laberinto de setos, a lo largo de un sendero de losas que avanzaba en zigzag. Por último, Di alcanzó a captar fragmentos de una conversación acalorada que se desarrollaba en el jardín del atrio.

—... no es difícil poner reparos al tamaño...

—... pero esos seiscientos capítulos completos del Mahaprajnapar...

—... en cuanto a los Estadios del Yogacara, salvo el tratado inicial, dudo que...

—El problema es que los árabes han cerrado el extremo occidental de las rutas terrestres...

—Hsuan-tsang haría mejor en prestar atención a...

Di aguzó el oído, pero el mayordomo lo conducía en una dirección que lo alejaba de la animada conversación y lo aproximaba a la orquesta. Se dio cuenta de que pronto no sería capaz de oír otra cosa que el retumbar del timbal *weir* y el rasgueo del *bi-pas*.

—... y, sin embargo, ha traído unos seiscientos cincuenta y siete sutras escritos, empaquetados en quinientos veinte estuches...

—Sería imposible. Cien mil monedas apenas cubrirían una pequeña parte de los costes...

—Habrá tremendos problemas de traducción.

—Naturalmente, el problema del Abhidhar es el oscuro dialecto en que está escrito...

El mayordomo invitaba a Di a cruzar una segunda verja en dirección a un pasadizo que le conducía en la dirección opuesta.

—... resulta todo muy caro —dijo una voz de marcado acento extranjero, que sonó entremetida—. Pero si no es éste el deber de la riqueza, ¿cuál será, entonces?

¿Y cuál sería ese deber de la riqueza al que se refería?, se preguntó Di mientras las dulces notas melodiosas sofocaban definitivamente las voces. Se sintió cada vez más irritado con las cuerdas altisonantes y con los órganos de boca que repetían sus sonos. Le resultaban tan chillones como la voz de una abuela fastidiosa.

—Magistrado Superior Di Jen-chieh, me alegro mucho de que haya llegado por fin —prorrumpió una voz muy cerca de su hombro izquierdo. Di se volvió hacia un hombre alto, atractivo y con barba, no muy lejos de los sesenta años. Ensayó una sonrisa para corresponder a la mueca, exageradamente cálida, de su interlocutor. El mayordomo hizo una reverencia y se retiró después de entregar la tarjeta de presentación del juez al hombre de la barba, que no hizo el menor ademán de leerla; daba la impresión de conocer a Di personalmente. El magistrado no recordaba haber visto o hablado jamás con aquel hombre—. ¿Cree que el gran Confucio se sentiría contento con nuestra música y nuestro jardín, esta noche? —preguntó, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Todo es espléndido —comentó Di con cortés entusiasmo y con la mente puesta todavía en la conversación fragmentada que había escuchado en el jardín. ¿Cómo era qué unos invitados en casa de un confuciano discutían los costes de traducir unos sutras y de los viajes de unos peregrinos religiosos? Había oído mencionar el nombre de Hsuan-tsang. Di lo conocía de referencias: era uno de los monjes eruditos más influyentes que tenía el imperio, un hombre que había realizado muchos viajes al lejano oeste y había traído de allí textos sagrados. Despierta, muchacho, se dijo a sí mismo. Aquella noche podía resultar mucho más interesante de lo que había calculado—. Realmente espléndido. Y hace una tarde tan hermosa y apacible... —añadió.

—Nuestras plegarias no podrían haber sido mejor escuchadas —apuntó su interlocutor—. Esta noche es importante para todos nosotros, ¿no le parece?

—¡Desde luego! —respondió Di, evasivo, no muy seguro de a qué se refería el hombre.

—¡Ah!, perdone. Discúlpeme, juez Di Jen-chieh. He olvidado por completo las normas de cortesía. Una tarde tan maravillosa puede hacer que uno olvide las cuestiones más básicas. Nos volvemos como niños, y eso es muy censurable. Por supuesto, todos conocemos a nuestro buen y concienzudo magistrado por su trabajo en nuestra gran ciudad, pero ¿cómo podría él saber quién somos nosotros? Es una

grave falta de tacto por mi parte. Me presentaré. Soy Lu Hsun-pei, su más humilde anfitrión durante esta velada y dueño de esta pequeña propiedad rústica. Y me acompaña...

—De modo que usted es el joven y brillante magistrado superior Di Jen-chieh —dijo una voz a la espalda de ambos. Di volvió la cabeza hacia la escalinata del vestíbulo principal. Un hombre bajo y sonriente, envuelto en las brillantes ropas de seda turquesa y tocado con el bonete almidonado de los funcionarios confucianos de rango más elevado, descendía los peldaños dando animados saltitos—. He oído hablar mucho de usted —añadió el recién llegado—. Qué sustituto más valioso para su predecesor. Un funcionario de tal energía y tal honradez... ¡de tal integridad! Sí, juez Di Jen-chieh, somos muy afortunados. La gran ciudad de Yangchou está orgullosa de tenerlo. Y lo necesita.

—No sé qué decir... —murmuró Di con una reverencia.

El hombrecillo rechazó las formalidades con aspavientos. Después, movió la cabeza de un lado a otro:

—No, no. Debería ser yo quien me inclinara ante usted, magistrado —proclamó mientras levantaba ambas manos en gesto de súplica—. El mundo es tan difícil hoy en día. Tan complejo. Sobre todo, una ciudad como la suya. Tanta actividad, el comercio marítimo, los canales. Y todas las influencias extranjeras... *bárbaras* con las que debe enfrentarse. Es usted un funcionario confuciano de extraordinaria valía. Los asuntos que ha tenido que resolver, su cantidad y la naturaleza de las infracciones... Resulta casi inconcebible para quienes ocupamos los círculos superiores de la administración imperial en el Gabinete Nacional de Sacrificios; nosotros estamos, por decirlo así, acorazados contra todo ello. Estamos protegidos de las pequeñas crisis. —De modo que tenía ante él al presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, pensó Di mientras estudiaba al individuo—. Sin duda es el día a día, los pequeños asuntos concretos, lo que debe de resultar tan abrumador añadió el hombre mientras sacudía la cabeza con fingida comprensión.

—Como sin duda habrá deducido, magistrado Di, quien le habla es el Honorable Maestro Fu Yu-i, presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios —intervino el alto y barbudo anfitrión.

Tras la presentación, Di saludó con una inclinación de cabeza al presidente. Ninguno era amigo de las ceremonias y Di lo agradeció. De este modo, las artificiosas barreras sociales podían romperse con mucha más facilidad y abrir camino, esperaba, a un diálogo auténticamente constructivo.

—Y nuestro anfitrión también me ha contado ya cómo el juez Di, el ilustre magistrado de la ciudad, ha recuperado los tribunales del descuido en que habían caído con su predecesor —dijo el presidente.

—Me temo, caballeros, que no puedo aceptar estos comentarios —fue la rápida

réplica de Di—. Mi predecesor se ganó una magnífica reputación y tuvo gran esmero en el cumplimiento de su cargo. Yo sólo soy el heredero de su sabiduría.

La humilde respuesta de Di era la salida más adecuada. No habría sido acertado atacar al viejo Lu cuando la reunión con aquellos hombres no había hecho sino empezar.

—Es usted muy bondadoso, juez Di. Es la encarnación del ideal confuciano — declaró el presidente; a continuación, se inclinó hacia delante y comentó en voz baja —: El magistrado superior Lu era un viejo tonto y corrupto; me complace que esté muerto y que usted ocupe el cargo. No necesitamos jugar con la verdad. En la cúpula imperial vemos a demasiados de la calaña de Lu que solicitan ascensos inmerecidos o piden traslados a otros distritos cuando han abusado de su puesto y...

—Caballeros, mientras continúan su conversación sobre política y ética, los dejaré un rato. Debo atender a nuestros venerables invitados del jardín. —Lu Hsun-pei hizo una ligera reverencia al presidente Fu y a Di—. Si me disculpan...

Di se quedó perplejo unos instantes. ¿Venerables invitados? Sin duda, se refería a los dueños de aquellas voces que le habían llamado la atención al entrar. Sin embargo, no tardó en volver a concentrarse en el presidente, que seguía dirigiéndose a él:

—... siempre, son los más sobornables —decía el hombre—. El viejo juez Lu era uno de esos seres insignificantes. No lo defienda, magistrado. No es preciso que un funcionario ejemplar como usted se moleste en disculpar a individuos vulgares e inferiores. Todos lo sabemos. —Bajó la vista al suelo lentamente, como si estuviera tentado de dar un tono de tristeza a sus palabras, pero volvió a alzarla rápidamente y la fijó en Di con un destello alegre—: En cualquier caso, juez Di, su labor está proporcionándole cierto renombre.

En aquel preciso instante, el graznido distante de unos gansos llamó la atención de ambos. En la lejanía del cielo crepuscular, visible por encima de los árboles del atrio, una flecha irregular surcó los aires hacia el sur, temblorosa como el hilo de araña bajo la brisa. No tardaron en distinguir las aves, como perlas de una sarta, volando sobre sus cabezas. Las copas de los árboles se mecían, las ramas oscuras de las coníferas se movían como los dedos de una bailarina y los dos hombres contemplaron juntos las aves del otoño durante un largo momento antes de retomar la conversación.

—Lo que nos interesa, a nuestro anfitrión, Lu Hsun-pei, y más aún a mí —dijo el presidente Fu Yu-i, frotándose la fina piel de la mejilla con la yema de los dedos—, es su envidiable trabajo contra esos charlatanes religiosos, magistrado.

Di prestó renovada atención. Aquél era el tema que había estado esperando que saliera a colación: el de los abusos clericales budistas y su relación con el Estado. Las formalidades y los prolegómenos habían terminado.

—¡Muy encomiable, sí, señor! ¡Muy encomiable! —dijo el presidente.

—Se lo agradezco, maestro Fu, pero me he limitado a cumplir con mi deber de la manera más normal. Un delincuente es un delincuente, cualquiera que sea su religión.

—¿Normal? No lo crea, juez Di. Es muy importante descubrir entre los dirigentes del budismo a esos charlatanes que se aprovechan de la mente vulnerable de los campesinos.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Pero, magistrado, me pregunto si se da cuenta de que este trabajo es más importante de lo que pudiera parecer en un principio —apuntó el presidente.

—Nunca he considerado que no fuera importante —respondió Di.

—No hablo sólo de la necesidad de separar el bien del mal en pro del debido orden en el mundo —dijo su interlocutor, y dirigió una firme mirada a Di—. No. Hay mucho más en juego. Hay que tener en cuenta los estamentos superiores.

¿Estamentos superiores? Di aguardó, sin decir nada. Estaba más que desconcertado.

—La iglesia no podrá llevar a cabo su tarea adecuada entre nosotros si se permite que los charlatanes desvíen a la gente de los caminos virtuosos —continuó el hombre—. La verdadera labor de la iglesia budista no debe verse empañada por esos egoístas, magistrado. Por eso estamos aquí hoy, ¿no es cierto?

Di no respondió y concentró todos sus esfuerzos en impedir que su rostro reflejara la perplejidad que sentía. El presidente del Gabinete de Sacrificios continuó, sin prestar atención al silencio de su interlocutor:

—Estamos aquí para asegurarnos de que la auténtica labor de la iglesia continúa desarrollándose sin obstáculos. Y de que esta labor va a ser costosa.

¿Costosa? Aquello era muy interesante. Di estaba seguro de haber captado las palabras «costes» y «dinero» entre el revuelo de voces del jardín.

—Magistrado Di Jen-chieh —dijo el hombrecillo, adoptando en esta ocasión un tono formal—, ¿se da cuenta de los enormes costes que significa la traducción de los sutras del sánscrito? El Cielo parece haber levantado barreras increíbles (para poner a prueba nuestra determinación, sin duda) entre nuestras dos lenguas: uno es el idioma de los hombres y el otro, el de esos estamentos superiores ¡Ay! Y ni siquiera hemos empezado a hablar de otros costes. Por ejemplo, el de los viajes de los devotos a la sagrada India, muchos de los cuales parten de aquí, de sus propios canales. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos como si calculara el peso de tal tarea—. La verdad es una cuestión de mecenazgo, juez Di. Y el mecenazgo es dinero. Cantidades ingentes.

Fu Yu-i abrió los brazos y clavó los ojos en Di, que respondió con una sonrisa que indicaba curiosidad y creciente interés.

—Muy cierto —asintió Di, meditabundo. Se detuvo un instante y, luego, se inclinó hacia delante para añadir en tono confidencial—:

Estaría muy interesado en conocer a nuestros venerables invitados.

—¡Por supuesto! ¡Desde luego, magistrado! Con tanta charla estoy impidiéndole el encuentro con gente tan esclarecida. Acompañeme a los jardines de atrás.

La oscuridad era ya casi completa. El presidente llamó a unos criados para que encendieran las linternas de las pértigas y los escoltaran a través del sinuoso laberinto de puentes y pabellones.

En el jardín de rocas, en las extensiones de césped y en las terrazas había movimiento y conversaciones. A la luz de las linternas, Di observó un numeroso grupo de hombres y mujeres que deambulaban entre las rocas y los pabellones como fantasmas envueltos en sedas brillantes. Allí había más gente de la que Di había creído. Los ojos del juez captaron destellos de color mientras los invitados se movían como maravillosos insectos exóticos entrando y saliendo de los charcos de luz. Pronto, sus ojos se acostumbraron a la luz y distinguió a lo largo del perímetro del jardín una hilera de mesas de banquete, rebosantes de una infinita variedad de manjares servidos en fuentes de plata y jade. El presidente asió a Di por el codo con suavidad y le llevó hacia la gente como haría un padre orgulloso con su hijo tímido.

—Venga, magistrado. Aquí hay muchas personas que desean conocer a su nuevo juez. Los señores y las grandes damas de las mejores familias de Yangchou están reunidos aquí esta noche. Todos son mecenas, cada uno a su modo, incluso de los ámbitos más recónditos.

Pronunció esta última palabra amorosamente, paladeándola como si fuera un bocado sabroso que se fundiera en su lengua.

El presidente condujo a Di hasta el centro del bullicio, donde dos monjes de cabeza rapada estaban enfrascados en un animado debate con un hombre delgado vestido con hermosas y ricas ropas de brocado adornadas de armiño. Su rostro enjuto y con grandes patillas quedaba oculto en parte por el ala ancha de su sombrero de crin, que se mecía arriba y abajo como una enorme ceja expresiva mientras hablaba.

El presidente del Gabinete de Sacrificios se acercó a ellos, pero no interrumpió la conversación. Se detuvo y prestó atención como si estuviera escuchando una pieza musical de especial belleza y quisiera —por propia iniciativa y con orgullo— iniciar al magistrado en sus placeres.

—Pero el problema, señor Li —decía uno de los monjes al hombre de aspecto acomodado— es el enorme trabajo al que se enfrenta el traductor de los sutras menos comunes. Sobre todo los dañados por las inundaciones del río Godovari y el desbordamiento de los afluentes del Tapti en las tierras centrales del sur de la India.

Era la misma voz aguda y estridente, de fuerte acento y cargada de urgencia y de pomposidad, que Di había oído al acercarse al lugar. Desde donde estaba ahora, el magistrado distinguió claramente que el hombre era extranjero y de tez oscura: un indio.

—Mi hermano se refiere a los grandes pergaminos de los templos de Elura y de Ajanta. Es un gasto imposible de calcular —añadió el segundo monje, que era chino, con su voz de barítono grave y calmada, monótona.

—En efecto. Y, sobre todo, cuando uno considera que las letras ligadas sánscritas apenas pueden ser descifradas a causa de las penosas condiciones de ciertos pergaminos sagrados muy antiguos —continuó el primer monje con su vocecilla aguda—. En cada fragmento, en cada frase, hay palabras clave envueltas en el misterio; en cada estrofa, cuatro o cinco son completamente ilegibles. Piezas enteras de la sagrada Ley Dhármica, las cuestiones más elevadas de la nomotética budista, con explicaciones para la confusión que afrontan nuestros devotos en China, corren peligro de sustraerse para siempre a nuestro conocimiento.

El señor Li asintió, se quitó el gran sombrero de crin de ala ancha y se secó el sudor de su frente tórrida. Sus ojos preocupados expresaron una clara comprensión de aquellos problemas.

—La verdad es bastante difícil de captar incluso si se nos proporciona en la más clara de las traducciones —continuó el indio—. Incluso en el mejor de los mundos es difícil discernir los caminos que conducen a la iluminación —murmuró, mirando a su alrededor y encogiéndose de hombros con tristeza.

—Entonces, ¿qué hay de los documentos hallados recientemente en nuestras cuevas budistas de Tunhuang? —preguntó el señor Li.

—¡Aaah! ¡La mayor de nuestras bendiciones es fruto de nuestras propias tierras! —tronó el monje chino con su voz profunda y confiada—. Pero, una vez más, será precisa una gran inversión para restaurar y traducir los textos. —Sacudió la cabeza y dejó que las palabras calaran en su interlocutor—. Bien, ya empieza a hacerse una idea de lo que afrontamos.

Sí, pensó Di. Observó el cráneo afeitado y pulido del hombre y le vio llevarse una copa de vino a los labios después de haber pronunciado sus palabras. En efecto, Di empezaba a hacerse una idea de lo que afrontaba.

Aquella reunión era poco más que un asunto de relaciones públicas de alto copete: un encuentro de ricos patrocinadores budistas con sus potenciales protegidos. Ya resultaba suficientemente descorazonadora la certidumbre de que un magistrado confuciano de alto rango podía ser seducido y apartarse de su recto proceder ético y moral, pero ahora se hacía evidente que a él mismo, el magistrado superior de la ciudad de Yangchou, le cortejaban con el mismo fin. ¿Por qué?

A aquellas alturas, el presidente estaba decididamente radiante y escogió aquella pausa oportuna en la elevada conversación para intervenir:

—Caballeros, permítanme que les presente al ilustre magistrado de Yangchou, el juez Di Jen-chieh... el valiosísimo sustituto del viejo juez Lu. —Para entonces, la presencia de Di y del presidente había sido advertida por el barbudo anfitrión, que

acudió a toda prisa a la terraza para unirse a ellos. El presidente del Gabinete de Sacrificios se volvió hacia el hombre delgado de la túnica adornada con piel de armiño y continuó las presentaciones—. Señor Li, éste es el magistrado Di, el ojo vigilante de nuestra ilustre ciudad. Magistrado, le presento al honorable Li, representante de una de las familias más prósperas de Yangchou —prosiguió con entusiasmo—. Y dos de nuestros abades más importantes del distrito —dijo, señalando a los monjes que habían participado en la conversación, los cuales protestaron por el halago levantando las manos al rostro con gesto recatado. Di les dedicó una cortés inclinación de cabeza.

—Sin duda, magistrado Di, ya habrá deducido de nuestras conversaciones que estamos preocupados por los gastos exorbitantes que representan las difíciles traducciones de los textos sagrados y los proyectos de excavación y recuperación en templos y *stupas* anegados por las inundaciones —dijo el primer monje, con voz más tranquila y no tan áspera—. El bondadoso presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, con la gentil colaboración de nuestro anfitrión, nos ha convocado a esta hermosa velada. Yo preferiría que se me permitiera mantener volcada mi atención en los temas sagrados, pero este mundo —el monje pronunció la palabra con desdén— demanda que se ocupen de él. Mientras estamos aquí, este mundo es muy real... y muy caro.

—Muy real, en efecto —asintió Di—. Y la obligación de afrontar los costes es, sin duda, un aspecto esencial de esta cruel realidad.

—Dice bien, juez Di —respondió el primer monje con voz compungida—. Por eso estamos aquí esta noche.

—¿Y usted, presidente Fu Yu-i, también ha venido hoy por este motivo? —inquirió Di.

—La gentileza de nuestro anfitrión —asintió el presidente del Gabinete de Sacrificios, al tiempo que dedicaba un gesto de reconocimiento al hombre de la barba, que se había colocado justo detrás de él—, ha hecho posible convocar hoy aquí a los mayores mecenas y protectores para un asunto de la máxima urgencia. Hsuan-tsang, el gran peregrino, ha regresado de la India con seiscientos cincuenta y siete textos sin traducir, embalados en quinientos veinte estuches.

Tras esto, se volvió al segundo monje y le invitó a ampliar la información. El monje procedió a ello con voz grave, contando con los dedos mientras hablaba:

—Está el Mahavibhasha, el Gran Comentario. Y el Yogacarabhumisastra, el tratado de los Estadios del Yogacara; el Jnanaprashtana, el Abhidharmakosa, el Trimsika... la lista es interminable, magistrado. —El monje miró a su alrededor solicitando el apoyo y el asentimiento de los demás—. El trabajo es casi infinito, y eso significa unos costes enormes. Y el hecho de que las rutas terrestres a los lugares santos estén cortadas... sólo puede añadir unas sumas ingentes a tales costes. Estoy

seguro de que se hace una idea de la envergadura del reto que afrontamos.

—Desde luego que sí —respondió Di con cortesía.

—Esta noche, magistrado —dijo la voz del anfitrión a su espalda—, hemos reunido aquí la riqueza y la justicia. Acaudalados protectores de la iglesia budista se unen a nosotros para patrocinar la empresa.

—Y aquí es donde se deben separar nuestros caminos, señor Lu —fue la respuesta de Di, en tono cortés, a su alto y atractivo anfitrión—. No es que este humilde magistrado niegue el brillo filosófico de los aspectos más nobles del budismo, ni la dedicación de aquellos destinados a contemplarlo, pero... En mi caso, este mundo en el que estamos requiere toda mi atención.

—Éste es un mundo de sufrimiento, magistrado —entonó el segundo monje en tono paternal, casi condescendiente—. Es una lucha fútil, como mucho.

Di entrecerró los ojos al volverse hacia el hombre.

—Quizá lo sea, pero es el único mundo que podemos conocer de verdad y el único que somos auténticamente capaces de asimilar. Y el estado continuará manteniendo y aprobando las actividades caritativas de la iglesia, los hospitales y las cocinas, como siempre.

—Juez Di, magistrado... —El anfitrión, Lu Hsun-pei, se abrió paso hasta el centro del corrillo y elevó las manos al cielo en gesto de exasperación—. Eso es muy triste, juez Di. Tristísimo —añadió, moviendo la cabeza con un gesto exagerado de pesar—. Pero no son el sufrimiento o las obligaciones *de* este mundo o *con* este mundo lo que importa. En absoluto.

—El amable Lu Hsun-pei tiene razón. Nuestras obligaciones son para con los reinos superiores del alma —proclamó el presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, al tiempo que alzaba la mano y cerraba los dedos en torno al hombro del magistrado—. Y para otros mundos distintos de éste —añadió. Di percibió en su barbilla el aliento acre del odioso personajillo. Su desagrado por el hombre aumentaba por momentos—. Juez Di, como presidente del Gabinete de Sacrificios ofrezco sin reservas mi apoyo a nuestro anfitrión y a sus esfuerzos por una iluminación superior en esta velada.

Di miró al dueño de la casa.

—Naturalmente, señor Lu Hsun-pei, usted es libre de seguir los dictados de su conciencia. ¡Pero él, no! —Di fijó de nuevo la mirada en los ojos del pequeño presidente—. Mientras conserve su cargo y su título, el honorable Fu Yu-i no está en libertad de ser otra cosa que un funcionario confuciano; ésa y sólo ésa es la mayor responsabilidad entre el cielo y la tierra. Sus obligaciones son para con este mundo, presidente Fu-Yu-i. Para con el emperador y sus súbditos, todo bajo el cielo.

—Juez Di —respondió el presidente, buscando apoyo a su alrededor con la mirada—, Confucio era adecuado para su época, ¡pero éste es un nuevo mundo! El

budismo viene a nosotros, nos abraza, reduce las distancias... Es, realmente, un mundo nuevo —repitió el hombrecillo paladeando cada palabra. Después, juntó las manos y se volvió a Lu Hsun-pei buscando su aprobación.

—A mí no me parece tan nuevo, presidente —insistió Di con cautela—. Yo veo a los mismos tontos cansados de cada día. Nada ha cambiado. Veo funcionarios que se burlan de su cargo.

Di cruzó los brazos y escondió las manos debajo de ellos. Su mirada descendió lentamente desde el rostro de presidente, con su mueca de indignación, hasta posarse en las manos del hombrecillo, cuyos dedos se enredaban nerviosamente. El magistrado saludó con cortés rotundidad a los cuatro hombres, dio media vuelta y se alejó.

Casi había llegado a la escalinata de la entrada del patio cuando su anfitrión lo interceptó, con unos ligeros golpecitos en el brazo.

—Juez Di, me disgustaría mucho que nos dejara de esta manera. Permítame el placer de ofrecerle, al menos, una muestra de nuestras extraordinarias delicias gastronómicas. —Condujo a Di con amabilidad pero con firmeza hacia una mesa próxima a la puerta, cuya superficie de incrustaciones de teca y palisandro, perfectamente pulida, reflejaba las fuentes de plata y jade bajo la agradable luz trémula de las velas—. ¿Un poco de vino, quizá, magistrado? ¿De Turfán, de crisantemo, de pimienta, de uva teta de yegua? De la mejor calidad. ¿Le apetece algo?

Di estaba exasperado, pero el hombre parecía tan sincero en su deseo de que ningún invitado dejara su casa insatisfecho que se apiadó de él y cedió a sus ofrecimientos.

—Gracias, Lu Hsun-pei —dijo, con una forzada sonrisa—. Una copa de vino... de pimienta, supongo, me sentaría muy bien.

El dueño de la casa hizo una señal al mayordomo, que les acercó sendas copas. El anfitrión levantó la suya y la bajó de nuevo con el saludo oficial de rigor antes de indicar a Di que probara el vino.

—Delicioso —dijo el magistrado, finalmente. Lu Hsun-pei le indicó entonces, con un gesto, que lo siguiera hasta un rincón tranquilo bajo los pinos.

Una vez allí, tomaron unos sorbos de vino en silencio durante unos instantes. Di hizo un esfuerzo por aparentar que, al menos, estaba disfrutando de aquel aspecto de la recepción. Su barbudo anfitrión habló por fin:

—Magistrado, comprendo que tiene que hacer su trabajo, pero ¿puedo pedirle un favor? En este asunto hay mucho en juego, ¿comprende? Mucho tiempo y esfuerzo... las mejores familias de Yang-chou...

—¡El mejor dinero, dirá! —sentenció Di. Apuró un buen trago de vino y se volvió a su interlocutor, que se quedó sentado y un tanto perplejo—. Estoy

asombrado, aunque no debería —continuó Di—. No debería sorprenderme en absoluto. En cierto modo, le agradezco que me haya abierto los ojos. —El anfitrión esperó—. Ahora veo con más claridad que nunca que el oportunismo religioso no conoce límites. ¡Se enfrenta a los ricos, se los impulsa a competir ávidamente por el privilegio de vincular su nombre a este o aquel gran sutra o documento, para gozar del prestigio de lo sagrado! —Movi6 la cabeza en un gesto de asombro—. ¡El paraíso a cambio de un patrocinio cada vez más oneroso! Y todo ello con el pretexto de que es actual, de que está de moda.

—Juez Di, mi petición es muy sencilla —dijo Lu Hsun-pei al cabo de un momento, mientras cruzaba su rostro un temblor momentáneo de meditada prudencia. Tomó suavemente por el codo a su interlocutor y lo llevó al interior de un pequeño cenador cercano—. Puedo hacerle muy rico. Mis recursos, como los del señor Li, de la gran familia de armadores, son casi infinitos, ya que están vinculados al Gran Canal.

»Voy a preguntarle cuál es su precio —continuó el anfitrión—. Y le prometo que, cuando lo haya fijado, no regatearé. ¿Qué me dice de un millón en metálico para empezar? —Hizo una pausa—. ¿Dos? ¿Tres? —Al ver que no tenía respuesta, suspiró y lo intentó de nuevo—. Entonces, ¿diez, quizá? —Di continuó impasible. El anfitrión disimuló su incomodidad ante el pétreo silencio inescrutable del magistrado y continuó insistiendo—: Sólo le pido que limite su brillante trabajo contra los abusos de los clérigos a las capas inferiores de la sociedad. Manténgase ahí. Impida que los pobres campesinos infelices sean explotados por los charlatanes que se ceban en su espíritu supersticioso. Adelante, haga el papel de buen magistrado paternal. Pero será mejor para todos que no vaya más allá. Mientras no ponga obstáculos a nuestra labor...

—Eso debería depender de cuál es esa labor, ¿no le parece, señor Lu? —respondió Di y estudió la expresión de su anfitrión—. Los pobres deben ser protegidos de las estratagemas de los charlatanes y los ricos deben serlo de sí mismos. Resulta irónico: ricos y pobres por igual fomentan el mismo fenómeno y terminan por ser víctimas del mismo espejismo.

—Ahí es donde se equivoca, juez Di. —Lu Hsun-pei soltó una carcajada y negó con la cabeza—. No es lo mismo. En este mundo existe un hecho innegable: con sus endebles esfuerzos, los pobres no hacen sino fomentar más pobreza a su alrededor. En cambio, como bien sabe, las cosas son muy distintas para los ricos. Éstos disfrutan la posición que ocupan en la vida porque se la han ganado. Mire a su alrededor. —Lu Hsun-pei abrió los brazos en un amplio ademán. Di no siguió el juego de su interlocutor sino que mantuvo los ojos fijos en él. Su actitud decía que ya había visto más que suficiente—. No; no me creará tan estúpido como para lanzarme simplemente a perseguir mundos invisibles y esquivos —dijo Lu Hsun-pei, en esta

ocasión con abierta arrogancia, jactancioso, abandonando cualquier simulación de piedad—. También nos interesamos por las perspectivas de éste, tan real y tangible. Nuestro patrocinio de las grandes traducciones y documentos y de los viajes religiosos que zarpan de nuestros propios canales es algo más que mera vanidad. Es una cuestión de puro sentido práctico. Recuerde, magistrado Di: quien paga al flautista indica la canción —dijo en tono enigmático—. El pobre, en su devota ignorancia, no tiene más remedio que hacerse más pobre, mientras que el rico no tiene otra opción que enriquecerse más. ¡Pero si los pobres —exclamó entonces, con una risotada— incluso nos venden a sus hijas, si el precio es el adecuado!

—Esas palabras no me resultan divertidas, ni siquiera en broma —replicó Di—. Pero le agradezco esta pequeña muestra de franqueza, por desagradable que resulte. Probablemente, es la única palabra sincera que he oído en toda la velada. No existe otra diferencia entre los ricos y los pobres. Los ricos poseen los medios para un espejismo más grande.

Su interlocutor hizo una reverencia como si Di acabara de hacerle el elogio máspreciado.

—¿Que le parece mi oferta? —preguntó a continuación—. Tal vez quiera pensárselo un poco...

—Sí —dijo el magistrado—. Me gustaría pensármelo. —Se volvió de espaldas a su anfitrión como si se dispusiera a abandonar el cenador—. ¡Oh...! Discúlpeme, Lu Huan-pei, me temo que olvidaba mis buenos modales.

Con estas palabras, cogió la copa de la barandilla donde la había dejado momentos antes. La sostuvo como si estudiara su peso y su composición; después, la levantó a la luz temblorosa de la linterna y examinó el delicado trabajo de talla de los dibujos de flores y la belleza de los detalles del cristal. Dirigió luego la mirada a un grupo de invitados que se arremolinaba en las cercanías y distinguió al presidente Fu Yu-i junto a una mesa cercana, visiblemente intrigado por lo que estaba sucediendo entre Lu Hsun-pei y el magistrado.

Di lo complació.

—Presidente Fu Yu-i —le dijo—. ¿Tendría la gentileza de acercarse, por favor?

Al hombrecillo le brillaban los ojos cuando dejó los palillos de plata y se acercó al cenador con paso ligero.

—Qué copa más hermosa, ¿verdad? —dijo el magistrado—. Es verdaderamente exquisita...

La sostuvo en alto para que el recién llegado la contemplara a la luz de la linterna.

—Bien... sí. Claro que lo es, pero... —dijo el presidente sin dejar de sonreír, pero esta vez en tono cauto, preguntándose qué clase de juego sería aquél—. Naturalmente. Todas las posesiones de Lu Hsun-pei son de la más refinada calidad. Muy hermosa, magistrado.

—¿Diría usted que es valiosa? —insistió, en tono inocente.

—Supongo que sí. ¡En cuanto copa, desde luego! —respondió el pequeño presidente del Gabinete de Sacrificios, con un leve destello de preocupación en la mirada, que pasó de Di al dueño de la casa y volvió al magistrado—. ¿Pero a qué viene esto?

—No viene a nada, maestro Fu Yu-i —respondió Di—. Es un mero comentario sobre el arte y su valor.

—¿Valor? —repitió Fu Yu-i.

—Sí, sólo me preguntaba cuál sería su valor. Verá: el señor Lu Hsun-pei, nuestro amable y opulento anfitrión, tan buen degustador del arte, me ha ofrecido un regalo.

El hombrecillo dirigió una mirada inquisitiva a Lu Hsun-pei, quien le previno con los ojos antes de inclinarse sobre el pasamanos del cenador para observar al resto de invitados.

—Pero el regalo era demasiado generoso —continuó Di—. Demasiado generoso. El precio del rescate de un príncipe, presidente Fu Yu-i. Por desgracia, he tenido que rechazarlo. —Di observó la parte posterior de la cabeza de su anfitrión, que le resultaba tan elocuente como si viera su rostro—. Caballeros, en lugar de aceptar la amable oferta de Lu Hsun-pei, me quedaré con esta copa. Una copa muy hermosa. Compensará sobradamente el coste de la tinta que deberé gastar en el informe que dirigiré al trono: un informe acerca de la corrupción de los funcionarios presuntamente responsables y de cómo se han dejado llevar, como los campesinos más pobres e incultos, por el influjo seductor de un dogma extranjero. Y no dudaré en utilizar el nombre del presidente Fu Yu-i como ejemplo de corrupción en los niveles más altos. Señor —añadió, con una reverencia—, dése por enterado de que investigaré los abusos de los clérigos allí donde se produzcan. Y si mis investigaciones conducen hasta su honorable despacho en el Gabinete Nacional de Sacrificios, sepa que buscaré allí también.

Di se volvió para marcharse después de aquella declaración altisonante, convencido de haber impresionado a los dos hombres. Pero antes de haber puesto el pie fuera del cenador, escuchó la risa del dueño de la casa y su voz, en un cuchicheo lo bastante audible como para que Di lo captara.

—¿Un informe al trono? Bien. Esperamos que mantenga su promesa y lo envíe pronto.

El presidente Fu Yu-i se unió a su risa, aunque con un tono más nervioso, sin la abierta confianza en sí mismo del otro hombre. Di no se detuvo, y las extrañas palabras lo siguieron hasta la verja y el carruaje que lo aguardaba allí.

Al día siguiente, lo despertó una idea. Se había acostado hirviendo de indignación, mientras escuchaba de nuevo la risa arrogante de Lu Hsun-pei y recordaba el descaro con que se había ufanado de su riqueza y de sus privilegios,

como si se los hubieran otorgado los propios dioses, y le hubieran convertido en un ser distinto de los demás seres humanos, exento de normas, divino. A Di debía de haber seguido funcionándole la cabeza mientras dormía porque al despertar ya no estaba enfadado. En lugar de ello, estaba lleno de determinación, de curiosidad y de impaciencia por llegar a su despacho lo antes posible.

Como siempre, su ayudante ya estaba allí. Di entró apresuradamente y se percató de que el joven levantaba la cabeza del escritorio con el rostro lleno de preguntas, pero no le dio tiempo de hablar.

—¿Recuerdas el asesinato del ministro de Transportes, hace algunos años? —preguntó al joven mientras pasaba junto a la mesa de éste.

—Por supuesto —replicó el joven, sorprendido—. Y del jardinero que pagó por él con su vida.

—¡Yo mismo estuve a punto de pagarlo de la misma manera! —añadió Di mientras tomaba asiento—. Ese caso me ha causado verdadera zozobra, escapando a mi comprensión, esquivándome, exasperándome, conduciéndome a callejones sin salida para luego estallar en mi cabeza en mi propio despacho. Ese caso me ha estado carcomiendo por dentro durante años.

—¿Y ahora tenéis una pista? —inquirió el joven, interesado.

—No exactamente. Pero he vuelto a pensar en el asunto. Anoche estuve en una reunión muy interesante. Conocí a un hombre que reúne todos los requisitos para conocer algo que yo ignoro acerca de ese asesinato. Es rico y arrogante y carece por completo de escrúpulos.

—Esa descripción sirve para mucha gente, señor —comentó el ayudante.

—Tienes bastante razón —reconoció Di—, pero ese hombre, en medio de sus jactancias, mencionó que gran parte de su fortuna está relacionada con el sistema de transportes de la ciudad. Además —añadió con aire sugerente al observar la expresión de interés en el rostro de su ayudante—, el hombre mantiene contactos regulares con extranjeros. Indios, para ser preciso —concluyó con satisfacción. Acercó a él una hoja de pergamino en blanco y mojó un pincel de escribir. Trazó los caracteres del nombre del individuo y sostuvo el pergamino en alto para que lo viera el joven—. Lu Hsun-pei. Un hombre acaudalado, de muchos y vanados contactos. Creo que merecería la pena buscar las relaciones que pudiera haber tenido con el difunto ministro de Transportes. Este caso ha permanecido paralizado demasiado tiempo. Incluso el fantasma del jardinero muerto se ha rendido. Se ha desvanecido. De vez en cuando aún asoma al fondo de mis sueños, pero cada vez menos, conforme pasan los años. —Movié la cabeza y continuó—: Y eso es muchísimo peor que si me asaltara noche y día. Investiga los registros comerciales, de transportes, de tasas... Busca cualquier lugar donde el muerto y ese hombre pudieran haber coincidido, profesional o personalmente. No sé si encontraremos algo, ni qué podría ser, pero

quiero que te encargues de ello.

—Parece que esa reunión fue muy interesante... —apuntó el ayudante.

—El mundo está lleno de sorpresas, desde luego —asintió Di, lacónico—. Pero mantuve abiertos los ojos y los oídos. Y lo que presencié supera cualquier obra moral o cualquier espectáculo de títeres metafórico que pueda encontrar en los bazares de la ciudad, esos dramas hiperbólicos que no se espera que nadie crea, pero que están pensados para instruirnos, a través del absurdo extremo, sobre el bien y el mal —dijo, complacido con la comparación—. Sí, era como una gran función de marionetas. Poblada de ladrones, damas hermosas, funcionarios corruptos, hombres santos y villanos que ofrecían sobornos.

—¿Hombres santos? —preguntó el ayudante, incrédulo.

—Por supuesto. ¿Qué, si no? —replicó Di con profundo sarcasmo—. Hombres santos tratados pródigamente, regalados con una buena cena y un buen vino. ¿Qué otra cosa podía esperarse de una reunión en la que el invitado de honor era un alto funcionario confuciano que ha jurado impedir que las supersticiones se difundan? De todos modos, el verdadero invitado de honor, aquel cuyo nombre estaba en todas las bocas, no estaba presente. Al parecer, ese hombre no tiene un momento libre debido a sus constantes y costosísimos peregrinajes a occidente, donde recoge con diligencia las Verdades y las vende como bloques de metal precioso.

—¿Y quién es ese personaje?

—Un monje viajero llamado Hsuan-tsang, que ha conseguido hacerse indispensable para los ricos ociosos de la ciudad, miembros de las familias más influyentes. Una lista de los asistentes a la reunión habría parecido una copia del Registro Nacional de Clanes. Es una suerte; no queríamos que esos hombres ricos y poderosos consideraran sus vidas completamente inútiles, ¿verdad?

—Hsuan-tsang... —murmuró el ayudante, pensativo—. ¡Ese nombre me suena!

—Seguro —asintió Di—. Como a todo el mundo.

—No. Me refiero a que he leído ese nombre. Y muy recientemente. Hoy mismo, para ser preciso. —Empezó a revolver los papeles que tenía ante él—. Está por aquí, magistrado. En alguna parte. El documento ha llegado esta mañana. Con tantos otros asuntos más urgentes que atender, no lo he considerado lo bastante importante como para presentároslo de inmediato. Pero ahora... ¡Ah! —Extrajo del montón de papeles un documento amarillo, doblado, y lo sostuvo en alto hacia la ventana. El sello imperial centelleó bajo la luz de la mañana—. Ha llegado doblado dentro de otra carta —continuó el ayudante, levantando una segunda hoja de papel, más sencillo—. Al parecer, alguien ha querido hacerlo llegar a vuestra atención.

—¡Dámelos ahora mismo! —dijo Di, y se levantó de un salto, arrancó los documentos de los dedos del sorprendido ayudante y se acercó a una ventana para leerlos.

—Uno de los papeles es un decreto de la familia de la emperatriz Wu —explicó, alzando la vista—. Más concretamente, de la madre de la emperatriz, la «reverenda» señora Yang. El otro es una carta de... no sé de quién.

El magistrado empezó a leer:

Al magistrado Di Jen-chieh:

Usted no me conoce, pero tengo la esperanza de que un día podamos saludarnos. Sé de usted gracias a su encomiable labor, cuya fama ha llegado ya a mucha distancia de las puertas de su ciudad. Yo estaba al corriente de las andanzas de ese criminal apodado Ojos de Diamante, cuya existencia conocía a través de un pariente que vive en otra ciudad y fue una de sus víctimas, y me ha alegrado el corazón la noticia de que usted ha puesto fuera de circulación a ese individuo y desbaratado su influencia corrupta sobre los campesinos. También soy consciente, como usted, de que no se trata de un fenómeno aislado. Conociendo su trabajo, tengo la certeza de que el documento que adjunto será de su interés. Hasta hace poco, yo también era un funcionario gubernamental de cierto rango, y estoy profundamente convencido de que nadie, por eminente que sea, debe quedar excluido de una investigación minuciosa.

Quizá le parezca a usted una ironía que haya buscado y recibido refugio en un monasterio budista, presidido por un abad bondadoso y honrado, un hombre que me ha enseñado con su ejemplo lo que no es un charlatán. Con el paso del tiempo, he terminado por confiar en él por completo y le he puesto al corriente de mi vida con todo detalle.

Dado que los muertos no necesitan nombres, he dejado de utilizar el mío. Puede usted llamarme, simplemente,

Un Viejo Tonto

Di volvió el papel y lo examinó detenidamente. Después, lo levantó para observarlo al trasluz.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Este hombre, quienquiera que sea, es muy valiente! —El ayudante se acercó para ver a qué se refería el juez. Di trazó con el dedo tres ideogramas siguiendo las difusas marcas de agua apenas visibles en la esquina superior izquierda de la hoja—. Es el nombre del monasterio, disimulado a los ojos de los hombres vulgares y poco observadores que pudieran interceptar el mensaje. ¡Pero el remitente sabía muy bien que yo no lo pasaría por alto!

—Ciudad... estrella... flor... —El ayudante leyó en voz alta los caracteres y se volvió hacia Di.

—Luoyang —explicó éste—. La ciudad estrella. La capital. Y la flor sólo puede referirse al loto, la más sagrada de las flores en la mitología budista. Buscaremos el nombre de un templo que lleve la palabra loto. Ese hombre me ha abierto la posibilidad de comunicarme con él. Espera. Un momento... —murmuró, al tiempo que echaba un nuevo vistazo a la carta—: «Un viejo Tonto»... ¡Cielos! —Se volvió a su ayudante—. ¿Te das cuenta de quién ha enviado esta carta?

La mueca inexpresiva del joven le indicó que no. Él, en cambio, había oído todos aquellos cuentos ridículos acerca de los Seis Viejos Tontos. Hacía de aquello un par de años. Los ancianos miembros del Consejo de los Seis, altos dignatarios de Taitung que habían sobrevivido a su reinado, parecían haberse vuelto locos, y a consecuencia de tales cuentos acordaron suicidarse.

Dio vuelta a la carta entre sus dedos. Los muertos no necesitan nombre, decía. Así pues, al menos uno de los viejos consejeros había escapado a la muerte y había establecido comunicación con él.

Excitado, abrió el otro documento y leyó:

... Con profunda fe y ardiente fervor, la Santa Madre de nuestra magnífica y amada Emperatriz, la Reverenda señora Yang, da la bienvenida y celebra el regreso de los Peregrinos de la Verdad, Hsuan-tsang y sus discípulos, I-ting y Tzu-en, de las regiones occidentales, de los reinos Budistas del archipiélago meridional y de la Tierra Natal del Buda. Enterada de la suma de conocimientos que el viajero ha traído consigo a China, la señora Yang ha volcado, gracias a la gran generosidad de la Emperatriz Wu Tse-tien, todos los recursos de la Corte del Divino y Augusto Emperador Kao-tsung para trabajar en la traducción de los grandes textos filosóficos de los Vijnaptimatrasiddhi y de los Madhyantavibhagatika. La Reverenda Madre Yang ha patrocinado el proyecto —un discurso sobre metafísica superior de la esotérica Escuela Hinayana, o del Pequeño Vehículo, en sesenta volúmenes, con mil trescientos treinta capítulos— en nombre de los Gloriosos T'ang, el Emperador Kao-tsung y la hija de la señora Yang, la Emperatriz Wu Tse-tien. Y lo ha hecho por el honor del trono y en nombre de Maitreya, el Buda Futuro...

Di miró a su ayudante.

—¿He hablado de los ricos, las clases superiores, los opulentos ociosos? Lo mismo habría dado que hablara de campesinos sucios y de granjeros descalzos con estiércol en los pies. —Exhaló un largo suspiro de desánimo—. Pero debería haberlo sabido, naturalmente. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa esperaba?

El juez volvió a escuchar en su cabeza la risa arrogante de Lu Hsun-pei y el sonido le resultó mucho más descarado, impúdico y desdeñoso ahora que tenía una idea más cabal de lo que había tras aquella actitud. Y recordó las palabras que habían llegado a sus oídos cuando se marchaba: «Ojalá mantenga su promesa y envíe ese informe al trono», había dijo Lu Hsun-pei en tono burlón. «Y ojalá lo haga pronto».

Debía de haber parecido un completo tonto cuando se retiró con aire de ofendida dignidad al término de su pequeño discurso. Era como si hubiera declarado su intención de quejarse al rey de los lobos de que le molestaba el ruido de los huesos al partirse entre sus fauces. Sí, debía de haber parecido un verdadero tonto.

8

Año 661 Luoyang

La muerte de los seis respetados consejeros había significado una profunda conmoción para la ciudad, naturalmente. Después de que la luctuosa noticia fuera anunciada con gran sentimiento en las gacetas, durante semanas, casi todas las conversaciones en las tabernas y casas de té de la capital se referían a la misteriosa enfermedad que había atacado a los seis ancianos como una peste y los había privado de la razón, empujándolos al suicidio. Corrían los rumores, las teorías y las especulaciones y el tema había suscitado animados debates. Había quienes asentían con aire de conocedores y decían que tales sucesos no eran del todo inauditos y que las mentes de los hombres eran tan propensas a contagiarse de enfermedades como sus cuerpos. Otros decían haber oído de pueblos enteros cuyos habitantes se habían dado muerte, uno tras otro, hasta que no había quedado ninguno. Y, normalmente, aquello solía empezar por los ancianos. ¿Alguien había llevado la cuenta de los suicidios que se produjeron en la ciudad tras la muerte de los consejeros?

Quien lo hiciera, decían las voces, comprobaría un incremento en su número. Y, efectivamente, hubo informes sobre diversos ancianos que pusieron fin a su vida en las semanas siguientes a las muertes, pero, para gran decepción de los agoreros, no sobrevino la plaga que habían predicho.

Y, naturalmente, hubo quienes aprovecharon la ocasión para sacar ventaja y dar rienda suelta a sus obsesiones personales. Un hombre decía que los suicidios eran un hecho natural inevitable, conclusión que se desprendía de las estadísticas elaboradas por él mismo a lo largo de los años sobre la lluvia caída, los daños de los roedores en los graneros de la ciudad, los nacimientos de varones, la migración de los gansos salvajes y la cantidad de cosméticos usados por las damas elegantes en un año determinado. El individuo declaró a la divertida concurrencia de una taberna que estaba dispuesto a ofrecer sus servicios al emperador si con ello podía ayudar a prevenir otra tragedia.

La mayor parte de la gente, sin embargo, se tomó el asunto con filosofía. La vida de los hombres sufre vaivenes, como la de los imperios. Había terminado una época y empezaba una nueva. Todo el mundo estaba al corriente del gran pesar con que la emperatriz Wu había recibido la noticia. Sin embargo, rápidamente se había ofrecido a aliviar el peso de la aflicción que se abatía sobre su esposo acompañándole en las audiencias oficiales, aconsejándole y prestándole su apoyo y sus perspicaces opiniones sobre asuntos trascendentes. Todo ello con la inestimable ayuda, por supuesto, del flamante Gran Secretario de la Cancillería, el historiador Shu Ching-tsung, y del presidente del Departamento de Nombramientos Civiles, Lai Chun-chen. Wu había establecido bajo su patrocinio unos programas cívicos para dar de comer a los hambrientos y encontrar empleo a los pobres. El pueblo estaba expectante. ¿No

era aquel el vigor renovado de los T'ang prometido en su sueño al difunto emperador Tai-tsung? ¿Y no obraba la emperatriz según el mandato de compasión del bendito Maitreya? Y, aunque paradigma de feminidad que daba a luz nuevos príncipes, uno tras otro, ¿no era acaso directa y franca *como un hombre*? Sin duda, era tiempo de dejar atrás la pena y el escándalo y de entrar con alegría en la nueva era de humanismo y prosperidad.

Pero incluso en el amanecer de una edad de oro, existen siempre cínicos incorregibles y comentarios irreverentes. Las historias jocosas y siniestras respecto al destino de la cabeza perdida del consejero Wu-chi se difundieron con la misma rapidez que la noticia de los innovadores programas sociales de la emperatriz. Según un rumor, apareció en un caldero de sopa en un restaurante de la ribera oriental. A continuación, fue arrojada a la basura, y luego la vieron flotando en el río, donde comentaba a quienes se cruzaban con ella que ya había tenido suficiente de Luoyang y que iba hacia el mar, para no volver jamás. Llegado este punto, más de un viejo contertulio bromista ponía en duda la veracidad del relato y añadía con aire misterioso que él había oído decir que la emperatriz utilizaba la cabeza de Wu-chi como almohada, para tener dulces sueños.

Una madrugada de invierno, antes del amanecer, un hombre despertó de unos sueños morbosos e inquietos y se descubrió incapaz de recordar quién era o dónde estaba. Permaneció tendido en la oscuridad helada, con los ojos abiertos y fijos en lo que parecía el infinito cielo nocturno, y captó el sonido de sus latidos y el siseo de la sangre en la cabeza. Su cuerpo estaba inerte y tan ajeno a él que su conciencia parecía suspendida en un gran vacío; tuvo miedo y quiso llamar a alguien, pero no recordaba ningún nombre, ninguna palabra, de modo que permaneció mudo largo rato antes de aletargarse nuevamente. Soñó con fuego, con llamas rojas y cálidas, y sus latidos atronadores llenaron el universo como el sonido de un inmenso timbal.

Cuando despertó, un rostro de mujer lo contemplaba con una expresión que reflejaba a la vez miedo, solicitud e impaciencia. La mujer lo sacudía por los hombros y le decía que le hablase inmediatamente. El hombre la conocía, de eso estaba seguro. Su rostro le resultaba muy familiar, pero estaba extrañamente desconectado de cualquier recuerdo acerca de su identidad. Intentó sonreír y notó un reguero cálido que escapaba de la comisura de sus labios y le corría por la mejilla hasta el cuello. Aquello pareció incrementar el disgusto de la mujer, que lo acusó de practicar juegos desagradables y le dio una nueva sacudida. Sin embargo, debió de ver algo más en el rostro del hombre, porque la cólera se desvaneció de su rostro con la misma rapidez que había aparecido y fue reemplazada por una expresión de alarma. Dijo que iba a buscar al médico imperial inmediatamente y abandonó la alcoba a la carrera. Él intentó decirle que no era necesario, pero no encontró las palabras para expresar el pensamiento. Pronto, el reguero de saliva de la mejilla y el

cuello se enfrió. Quiso secarse e intentó levantar la mano derecha, pero descubrió que ya no le pertenecía. Probó con la otra y ésta obedeció a la orden, temblorosa. Se secó la mejilla, tiritando, se echó por encima las mantas y permaneció acurrucado bajo ellas en la penumbra tranquilizadora de la estancia.

Por la tarde, el emperador Kao-tsung había recuperado el uso de la mano derecha, aunque estaba débil como un bebé. El médico lo estudió con ojos preocupados e imploró al emperador que le permitiera administrarle un tratamiento de agujas, pero Kao-tsung se negó, comunicando sus deseos por gestos, ya que las palabras aún le eludían. Para entonces, ya sabía quién era y reconocía a la mujer que se había inclinado sobre él aquella mañana y que en aquel instante conferenciaba con el médico en voz baja y con aire inquieto. Era su esposa, la emperatriz. También conocía su nombre, aunque le resultaba imposible trasladarlo del cerebro a la lengua. Palabras y frases se acumulaban dentro de su cabeza pero encontraban la misma barrera. No tenía la menor confianza en que, de abrir la boca, no surgiera de ella otra cosa que un galimatías incomprensible, de modo que se abstuvo de hacerlo. Era una experiencia extraña, y muy interesante, y se concentró de nuevo en sí mismo para explorar el fenómeno.

Cuando el médico se hubo marchado, la emperatriz se acercó y tomó asiento en la cama. Cogió sus manos entre las de ella y lo miró.

—Háblame —imploró. Él abrió la boca para responder, pero sólo salió de sus labios un jadeo inarticulado, como una brisa entre los árboles, que lo tomó por sorpresa. Cerró la boca rápidamente, al tiempo que la emperatriz daba un respingo.

—¿Qué te sucede? —exclamó vivamente, con un deje de miedo y fastidio en la voz, al tiempo que dejaba caer sus manos como si, de pronto, el contacto le resultara repulsivo. Kao-tsung movió la cabeza y la miró con impotencia, avergonzado ante lo extraño de la situación y no quiso probar a hablar otra vez. La mirada de la mujer se endureció—. Sólo haces esto para humillarme —añadió. Él movió la cabeza otra vez.

Entonces, la emperatriz suavizó la expresión hasta romper a llorar. Tomó de nuevo las manos de Kao-tsung y las acarició mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Pobre amor mío —murmuró—, pobrecillo. No te preocupes, yo me ocuparé de ti hasta que expulsemos esa cosa horrible que se ha apoderado de ti. Me ocuparé de ti como si fueras uno de mis pequeños.

Con esto, apretó su pecho perfumado contra el del emperador y apoyó la cabeza en su hombro de modo que su cabello ungido de esencias quedara directamente debajo de su nariz. Allí se quedó, sollozando suavemente, mientras Kao-tsung cerraba los ojos con resignación.

Durante las semanas siguientes, Kao-tsung se encontró más y más sumido en el

silencio que se había apoderado de él. Incapaz de cabalgar debido a la debilidad de una mitad de su cuerpo, daba largos y lentos paseos por el parque imperial, tratando de recuperar su fuerza de forma gradual y con cuidado. Durante estos paseos, evocaba durante horas enteras recuerdos de su infancia con tal detalle y claridad que revivía, prácticamente, partes enteras de su vida. Resultaba verdaderamente asombrosa su capacidad de recordar: días enteros de su adolescencia, largo tiempo enterrados y olvidados, volvían a él vividos y completos. Con estos recuerdos de juventud aparecían nítidas imágenes de su padre. Rememoró el día en que su padre le mandó sentarse y le informó de que iba a ser el príncipe heredero y de que algún día lo sucedería en el trono como emperador.

Su padre le había explicado con detalle todas sus cualidades y todas sus debilidades, y había insistido en que el Consejo de los Seis le prestaría ayuda durante los primeros años. La mayoría de sus miembros ya serían ancianos para entonces, le había dicho su padre, pero eran hombres vigorosos y de seguro vivirían lo suficiente. «Mi buen amigo Wu-chi, el más joven de los consejeros, sin duda vivirá hasta que tú mismo tengas un poco de nieve en la cima de esta montaña», había añadido Tai-tsung al tiempo que alargaba la mano para revolver el cabello del muchacho.

Pues bien, allí estaba a sus treinta y tantos años, con el cabello aún negro y brillante como cuando era aquel muchacho sentado ante su padre, pero débil como un anciano, y Wu-chi ya no estaba. La vergüenza, la pena y la nostalgia lo traspasaron; sus ojos se llenaron de lágrimas y los árboles que lo rodeaban se convirtieron en una mancha verde borrosa.

A veces, cuando estaba a solas entre aquellos árboles, en la seguridad de que no había nadie en las inmediaciones que pudiera oírle, probaba a articular alguna palabra. Al principio, las susurraba; después, las pronunciaba en voz más alta. Caminaba kilómetros hablando en voz baja consigo mismo o, en ocasiones, cantando una tonada o recitando un poema. Las palabras fluían con armonía durante un rato, pero luego se atascaban como en un desagüe obstruido por un amasijo de hojas muertas. Empezaba de nuevo y atacaba la palabra que se le resistía de la misma manera que afrontaba un obstáculo montado en su caballo. Si se veía impedido de hacerlo varias veces seguidas, se obligaba a sortear la palabra maldita y buscaba otra de significado parecido que, por alguna razón misteriosa, era capaz de pronunciar tranquilamente mientras la otra se negaba a salir de su boca.

Mantecía sus ensayos en absoluto secreto. Cuando regresaba a palacio y volvía a tener gente a su alrededor, no decía nada. En esos días, el recuerdo de Wu-chi parecía cabalgar sobre sus hombros en todo instante y Kao-tsung empezaba a creer que su propio mutismo y el aislamiento que engendraba eran el justo castigo a su traición.

Si él seguía callado e inactivo, la emperatriz estaba en plena forma y más activa, si tal cosa era posible, que en toda su vida. Durante la convalecencia del emperador,

ella se levantaba al amanecer, asistía a las Audiencias Matinales, consultaba con los funcionarios, recibía a los diversos ministros que se presentaban ante el trono y promulgaba leyes y regulaciones. Después acudía a su lado, se sentaba en el lecho y le contaba todo lo que había hecho. Kao-tsung se vio obligado a concederle, a regañadientes, su admiración. Los juicios de la emperatriz eran sensatos; sus ideas, innovadoras y sus programas sociales, progresistas, viables y humanitarios. El propio Tai-tsung habría quedado admirado.

Y nunca dejaba de acudir al lado del convaleciente y presentarle un informe completo, en un esfuerzo por hacer que se sintiera partícipe de los asuntos. Mientras le hablaba, le acariciaba el rostro y lo miraba a los ojos, con un aire de preocupada ternura en los suyos.

Pero, con el transcurso de las semanas, la tierna solicitud perdió intensidad. La emperatriz lo miraba de un modo que a Kao-tsung le sugería la imagen de alguien que se asomaba a una caverna oscura con una linterna, dispuesto a descubrir qué se ocultaba en ella. A veces, tenía la certeza de que la mujer había captado por un instante la imagen de Wu-chi que acechaba detrás de sus ojos, pues los de ella se entrecerraban de disgusto y redoblaba sus demandas de que le dijera algo. Y, cuando se daba por vencida, se ponía en pie y abandonaba la estancia.

Una tarde, después de uno de estos episodios, la emperatriz regresó a la alcoba. Kao-tsung dormía, pero despertó al notar que la mujer se sentaba en la cama. Despabiló un poco la lámpara y advirtió que la ira y la impaciencia de un rato antes habían desaparecido de ella. En aquel momento estaba dulce y cariñosa. La mano de la emperatriz le acarició el rostro y después llevó la débil mano de Kao-tsung hasta su suave vientre.

—Yo te devolveré las fuerzas —declaró—. Y el habla.

El emperador quiso resistirse. Permaneció muy quieto e intentó pensar en Wu-chi y en los otros viejos consejeros. Intentó pensar en el espíritu irritado y decepcionado de su padre. Trató de reflexionar sobre su propia persona, degradada y vergonzosa. Pero todo fue inútil; notaba que se excitaba, que se calentaba. Ella también lo notó. Con una sonrisa aviesa y victoriosa, murmuró: «¿Lo ves?», y montó sobre él. Kao-tsung aspiró apuradamente mientras ella empezaba a deslizarse con lentitud arriba y abajo. Cuando cerró los ojos con fuerza ante la primera oleada, casi dolorosa, de placer, el emperador vio que Wu-chi, su padre y los demás estaban allí realmente, contemplando la penosa exhibición.

La noche siguiente, la emperatriz ordenó que se sirviera la cena en los aposentos privados de la pareja imperial. Estaba vibrante y animada, un efecto residual que conocía muy bien. Y, como había experimentado Kao-tsung en tantas ocasiones anteriores, los designios ocultos de Wu llenaron la estancia como si fueran un ser vivo.

—Esta noche tienes buen aspecto, marido mío —le dijo—. Creo que hemos descubierto un tratamiento que no se le había ocurrido al médico —añadió, insinuante. El no respondió. Bajó los ojos y probó un bocado. Ella debió de ver algo en su expresión, pues cambió rápidamente de tema y de tono—. Hoy he pasado el día trabajando sin parar. Esta mañana hemos estudiado muchos decretos y leyes interesantes y deseo consultarte.

La emperatriz se sirvió un buen plato de comida y empezó a dar cuenta de ella. A Kao-tsung siempre le había impresionado su apetito. No comía como la mayoría de las mujeres, a pequeños bocados y apenas lo suficiente para mantener a un ratón de campo. Wu comía tanto como él, masticaba los alimentos con desinhibido deleite y, a menudo, hablaba con la boca llena.

—Existe la opinión generalizada —dijo sin dejar de mascar unos bollitos— de que nuestra legislación debe basarse en el incentivo, más que en el castigo. —Engulló otro bocado—. En cualquier caso, primero deberíamos organizar con leyes y resoluciones un sistema de estímulos que resulten beneficiosos para el pueblo y que, por tanto, les haga más fácil respetarlas. Las leyes de reclutamiento obligatorio, por ejemplo —continuó, masticando concienzudamente y sin apartar los ojos de él un solo instante—. Tal como están establecidas ahora, el pueblo considera estas leyes un castigo. Probablemente, deberíamos tratar de cambiar la idea que tiene la gente del reclutamiento. En lugar de utilizarlo para castigar, por ejemplo, a quienes no pagan impuestos o a quienes no se registran en los censos, quizá deberíamos desarrollar un sistema de beneficios a largo plazo para las familias de los reclutados. Tierras de labor, una reducción de impuestos, una garantía de cierta cantidad de semillas para plantar... cosas así. Los beneficios serían múltiples... —Al advertir la expresión aturdida de Kao-tsung, dejó la frase a medias. Los dos masticaron en silencio unos instantes—. Después están las barreras a la entrada de productos de importación. ¿Deberían reforzarse, para estimular la producción doméstica o deberían eliminarse para estimular el libre flujo comercial? ¿Tú qué opinas?

El emperador movió la cabeza. Le resultaba imposible concentrarse en las palabras de Wu, que no tenían nada que ver con la intención que se ocultaba tras ellas.

—A primera vista, parece mejor el fomento de la producción doméstica, pero opino que un imperio que se aparta del libre comercio corre peligro de aislarse —continuó ella—. Sin embargo me doy cuenta de que las circunstancias concomitantes no son sencillas. Por eso quería discutir el tema contigo. Tú tienes experiencia en estos asuntos.

Wu tomó un trago de vino y otro bocado. Kao-tsung notó un leve calor en el rostro. Trató de dar sentido a lo que la mujer le estaba diciendo pero el esfuerzo de entender y, desde luego, el de dar una respuesta, eran excesivos para él. ¿Por qué

había de contestar?, pensó. Poco importaba lo que Wu estuviera diciendo. Lo que hacía en realidad era procurar sacarlo de su estado, de sí mismo, y meterlo dentro de ella. Apretó las mandíbulas. Además, no confiaba en absoluto en su lengua. Era mejor quedarse a cubierto cuando el tiempo era amenazador, en el refugio, seco y a salvo. Volvió los ojos hacia Wu.

Ella le sostuvo la mirada y dejó la copa de vino en la mesa. No dijo nada más durante el resto de la cena. Por último, se limpió los labios, se levantó del asiento y se acercó hasta donde estaba sentado Kao-tsung. No lo tocó todavía, sino que se quedó a unos centímetros de distancia, callada. Él notó el rostro cada vez más caliente pero mantuvo la vista baja, fija en los restos de comida del plato. Se concentró en los pedazos de carne y de cartílago, en los fideos lustrosos y en el charco ambarino en que reposaban. Entonces, Wu se arrodilló y, como si buscara algo debajo del mantel, acercó su rostro y volvió el cuello enérgicamente, de modo que quedaron cara a cara. Al emperador, el corazón le latía desbocado, aporreaba su esternón como un puño. Estaba seguro de que ella podía oírlo. Ya tenía el rostro tan encendido como si estuviera junto a un fuego rugiente; cuando Wu alargó la mano y le acarició la mejilla con los dedos, sintió como si estallara en llamas.

—Estás ardiendo, amor mío —susurró ella y empezó a deshacer los lazos de su ropa, abriendo la parte delantera de la túnica para que la piel empapada del pecho del emperador quedara expuesta al aire frío. Sopló sobre él y luego pasó sus labios por toda su piel de tal modo que Kao-tsung echó la cabeza hacia atrás y exhaló todo el aire de sus pulmones. Su cabeza era un torbellino de imágenes fragmentarias, absurdamente mezcladas, de los rostros de su padre y de Wu-chi junto a los cuerpos desnudos de la emperatriz y de él mismo. A continuación, la mano de Wu llegó a su entrepierna. Ya lo tenía.

La noche siguiente, Wu no pronunció palabra ni le dio oportunidad de probar bocado siquiera antes de montar a horcajadas sobre Kao-tsung y echar la cabeza de éste hacia atrás cuanto pudo, para aplicar la boca a su cuello como si se dispusiera a devorarlo. Wu se mostró implacable: pellizcó la carne del emperador entre sus dientes y recorrió con sus manos los puntos sensibles del cuerpo del hombre hasta que lo tuvo en el suelo y montó sobre él otra vez, moviéndose arriba y abajo mientras lo miraba fijamente a los ojos con el aspecto, más que nunca, de quien intentara identificar unas formas confusas más allá del umbral de una habitación a oscuras.

Cuando hubieron terminado, Wu acercó una fuente hasta donde él yacía, exhausto y avergonzado, y empezó a ponerle en la boca pequeñas porciones de comida que escogía con los dedos.

—Estoy tan sola —murmuró por fin, y su voz sobresaltó a Kao-tsung. Wu hizo una pausa—. ¡Oh!, ya sé, piensas que es absurdo, que tengo a mi madre, al historiador Shu, a todos los ministros y criados y consejeros... —Se echó a reír—.

Que tengo a mis hijos... Pero, mientras no pueda hablar contigo, me siento sola. Necesito oír tu voz, oírte decir que me quieres, que aprecias el trabajo que estoy haciendo en tu lugar. Necesito oír de tus labios si estás disgustado por algo que haya dicho o hecho. Sencillamente, necesito oír tu voz. Aguzó el oído en todo momento, ajena a cualquier otro sonido, con un solo anhelo, con una sola esperanza: que volveré a escuchar tu voz. ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de ella? —imploró, levantando sus ojos llorosos al techo. Después, volvió a bajarlos hacia Kao-tsung y le susurró—: A veces, cuando estoy a solas, mantengo conversaciones imaginarias contigo. Hago una pregunta, un comentario, y respondo con tu voz. Es un mal remedo, en realidad, pero resulta mejor que nada. —Él alzó la mirada hacia ella con un destello de inquietud. No le gustaba la idea de que la mujer pusiera en su boca palabras inventadas por ella. Tal pensamiento tenía algo de especialmente siniestro. Kao-tsung se imaginó privado de voz e inválido de todas sus extremidades, una marioneta de tamaño natural cuyos brazos y piernas entumecidos se agitaban sin control mientras su boca se movía mecánicamente y de ella salía la voz de la emperatriz. La grotesca imagen era tan vivida que le hizo incorporar bruscamente hasta quedar sentado en el suelo, desplazando la mano que Wu tenía apoyada en su pecho.

—¿Qué sucede? —dijo ella con todo tranquilizador. Lo obligó a tenderse otra vez y le enjugó el sudor de la frente—. Descansa. No hay nada que temer. Nada en absoluto. Estamos juntos.

Posó las yemas de los dedos en los párpados del hombre y los cerró. Su rostro estaba tan próximo que Kao-tsung notó su aliento en la barbilla.

—«Sí, estamos juntos» —continuó ella en un tono de voz mucho más grave y con una modulación diferente a la natural en ella—. «Y estaría perdido sin ti, querida mía». —El hombre mantuvo los ojos cerrados con fuerza; la imitación que Wu hacía de su voz le causaba repulsión y, al mismo tiempo, le fascinaba—. «Prométeme que te quedarás a mi lado, que no te repugna mi enfermedad» —continuó ella con el mismo tono de voz—. ¿Repugnarme? —replicó con su otra voz, la normal, insuflándole un tonillo de incredulidad horrorizada—. ¡Imposible! ¡Jamás!

—«Me alegro mucho de oírlo» —dijo la otra voz—. «El amor es muy sutil y extraño. La pasión y la aversión están tan próximas que apenas se puede diferenciarlas. La una puede convertirse en la otra de la noche a la mañana como... como la leche cuajada, que se convierte de algo dulce y delicioso en una masa pestilente y de sabor espantoso».

—No —respondió la voz auténtica de Wu—. Quizá las cosas sean así en el amor corriente y vulgar, pero no en lo que yo siento por ti. Mi amor sólo puede volverse más dulce.

—«Entonces, ¿no me encuentras repulsivo?».

—Muy al contrario.

—«¿No te resulto grotesco?».

—Jamás. Es imposible. Soy yo quien teme haberse vuelto odiosa a tus ojos, esposo mío —dijo ella, pero esta vez no se contestó a sí misma, sino que esperó visiblemente a que fuera él quien respondiera. Kao-tsung notó a través de sus párpados cerrados la mirada de la mujer fija en él. El deseo de abrir los ojos y dejarla asomarse a ellos y verlo todo le resultaba casi incontenible, pero consiguió seguir absolutamente inmóvil.

Permanecieron tendidos así, en un callejón sin salida, durante largos minutos. Por fin, el emperador notó que la respiración de Wu daba paso a un leve sollozo espasmódico.

—Entonces, es cierto —susurró ella—. Te causo repulsión. Me odias.

Una lágrima rodó por su mejilla. Kao-tsung abrió los ojos y se incorporó mientras una protesta acudía a sus labios. Si había algo terrible para él, si había algo que no podía soportar en absoluto, era verla llorar. Tenía que evitarlo. Tenía que hablar, que decir algo, lo que fuera, para detener sus lágrimas.

Pero cuando abrió la boca, sólo salió de ella un espantoso siseo incoherente como el jadeo de un idiota, igual que había sucedido la primera vez que había intentado articular palabra. Ella se echó hacia atrás con una visible mueca de repugnancia y se puso en pie a toda prisa.

—¡No vuelvas a hacer ese sonido nauseabundo en mi presencia nunca más! —exclamó—. ¡Es insoportable! ¡No puedo soportarlo! —Wu dirigió una mirada colérica a su marido, clavándolo al suelo con sus ojos enfurecidos—. ¡No tienes nada de hombre! —masculló entre dientes, con el labio levantado en una mueca de desprecio. Se envolvió con las ropas que se había quitado desordenadamente y añadió —: ¡Me das asco!

La emperatriz giro sobre sus talones y salió de la estancia con paso enérgico, cerrando de un portazo. Kao-tsung continuó un rato tumbado en el suelo, y escuchó sus pisadas. Enseguida captó en ellas —con la misma claridad que si le hablaran— el orgullo herido de su esposa y tuvo la certeza de que aquella noche no volvería. Permaneció tendido en silencio mientras la habitación se sosegaba a su alrededor.

—No —dijo entonces con una voz que no era mucho más que un susurro—. No te odio.

La noche siguiente, Wu lo dejó completamente en paz. Kao-tsung esperaba que regresara, pero no fue así. Tampoco lo hizo las noches siguientes. Corría el rumor de que se había marchado a la casa de su madre en la ciudad. El emperador se dedicó a comer sin compañía, para gran contento suyo, y a dar largos paseos al atardecer, durante los cuales hablaba consigo mismo utilizando el mismo juego de ella: hablaba con su propia voz y, a continuación, respondía con la de ella. En estas conversaciones imaginarias, Wu era paciente, amorosa y comprensiva, y conversaba con él de forma

tranquilizadora sobre una gran variedad de temas que no tenían relación con ellos, con la enfermedad que lo afligía, con el gobierno o con la naturaleza del amor.

Cuando volvió a verla, no estaba sola. Al principio, su ánimo se hundió porque creyó que la mujer que paseaba por el jardín junto a su esposa era la madre de ésta. Cuando las tuvo más cerca vio que no se trataba en absoluto de la señora Yang, sino de alguien a quien no había visto nunca. La mujer tenía un marcado parecido con la emperatriz, pero había algo distinto: su rostro era el que habría tenido la emperatriz si hubiera estado dotada de gracia, paciencia, dulzura, amabilidad y generosidad. Aquellas facciones fueron una revelación para Kao-tsung, quien las contempló casi groseramente antes de recobrarse y oír a la emperatriz, que le presentaba a su media hermana, Wu Ssu-lin, hija de un matrimonio anterior de su padre.

La mujer le sonrió y el emperador notó que su rostro le respondía con una sonrisa amplia, bobalicona e incontrolable. Levantó la mano y se limpió las comisuras de los labios con gesto cohibido, presa de un repentino pánico a estar babeando. Sin embargo, su temor era injustificado; todo estaba en orden y Kao-tsung escuchó sonriente y con expresión satisfecha mientras su esposa le hablaba de la distancia que Ssu-lin había recorrido desde Ch'ang-an para visitar a su hermana, la emperatriz, y a la madre de ésta.

—Muchas veces he mirado a los ojos a mis perritos falderos, aunque sean criaturillas ridículas y estúpidas, y me he preguntado qué verán. ¿Cómo les sonarán nuestras voces? ¿Qué les parecerán nuestros rostros? ¿Cómo percibirán el mundo en el que viven con nosotros?

—Sí, sí —replicó Kao-tsung, complacido—. ¡Cuántas veces, mientras cabalgo en mi caballo, me pregunto qué pensará y sentirá! ¿Qué sensación le produce mi peso sobre el lomo, mis talones hincados en sus ijares? Y mi voz, al darle órdenes.

El emperador habló despacio, escogiendo las palabras con cuidado, pero éstas fluyeron con milagrosa facilidad desde su cerebro hasta su boca, sin el menor obstáculo. Como pedazos de hielo fundiéndose, pensó.

—A veces creo que puedo imaginarlo —dijo la duquesa Wu Ssun-lin—. A veces noto como si pudiera ponerme en el lugar del animal y mirar a través de sus ojos y escuchar por sus oídos, pero sé positivamente que nunca llegaré a saberlo a ciencia cierta. Es un misterio que siempre me estará vedado.

—Pero hay gente que conoce exactamente lo que se siente —apuntó él—. Hay practicantes del Tao que adoptan formas animales, que se desplazan de noche bajo la forma de un gato o vuelan sobre las copas de los árboles en pleno día, observando el mundo a través de los ojos de una gran corneja negra.

Wu Ssun-lin sonrió al oírlo.

—¿Lo creéis de veras? —se limitó a preguntar, sin el menor tono de censura o de

burla en la voz. Kao-tsung reflexionó sobre ello mientras seguían caminando en silencio. Era primera hora de la tarde. Había llovido durante la mañana, y el cielo encapotado y gris aún tenía un aspecto cargado y amenazador. La húmeda hierba alta había empapado los bordes de su pesada capa mientras cruzaban un prado del parque imperial.

—No es tanto que lo crea —respondió—, sino que *quiero* creerlo.

—Sí —murmuró ella—. Los practicantes del Tao conocen la mente y el corazón humanos. Conocen nuestra profunda curiosidad por el resto de la naturaleza. Comprenden los deseos de dejar atrás nuestra esencia humana en ocasiones, y por ello, en cierto sentido, lo hacen por nosotros. Son como emisarios que viajan por una tierra extranjera.

—¿Pero lo hacen de verdad? —preguntó Kao-tsung—. ¿O sólo imaginan o fingen que lo hacen?

—Es difícil saberlo —respondió la duquesa, pensativa—. Parece que el taoísta tiene una comprensión de la esencia humana que se nos escapa a los demás. Nos dicen que ser humano es ser cualquier clase de animal y que, por tanto, podemos experimentar la conciencia de todos ellos. Que sólo tenemos que meternos en esas naturalezas animales que ya existen en nosotros para *ser* ellos: el lobo, el cuervo, el gato, la serpiente...

—O el cerdo, el avestruz y el perro faldero —añadió Kao-tsung con una carcajada.

—Y la comadreja y el sapo y la pulga —asintió, compartiendo su risa—. Sí. Cuando recuerdo a cierta gente que he conocido, me quedan pocas dudas al respecto.

—Pero si esos animales viven dentro de nosotros, ¿qué parte de nuestro ser contiene la esencia puramente humana?

Ella le dirigió una sonrisa antes de responder.

—Le he dado muchas vueltas a eso y creo que lo sé.

Continuaron el paseo. Sus pies surcaban la hierba húmeda y el aire era fresco, vigorizante y aromático después de la lluvia.

—Imagináoslo así —dijo la duquesa—. Imaginad que estáis acicalando vuestro caballo, lleno de admiración por su pelo lustroso, sus músculos potentes, la grácil curva de su pescuezo... Contempláis sus grandes ojos de un intenso castaño-púrpura que os hacen pensar en un fino cristal. Imaginaos admirando una serranía, extasiado por los cambios de luz conforme el sol la ilumina desde diferentes ángulos con el paso del día. Imaginaos desplegando las alas de un insecto bajo la luz de la lámpara y forzando la vista para seguir las delicadas venas verdes; después, contempláis las venas de vuestro propio brazo y comprobáis que siguen el mismo dibujo, la misma estructura. Resulta tan extraño y hermoso que hacéis un dibujo de las alas del insecto. Vuestros ojos son, en esas ocasiones, los órganos que ha creado la naturaleza para

contemplarse a sí misma. ¡Esa es vuestra parte puramente humana!

—La naturaleza contemplándose a sí misma... —murmuró él con asombro. Era muy simple, muy obvio, pero jamás se le había ocurrido pensar en ello—. ¿Y por qué? ¿Por qué quiere la naturaleza contemplarse a sí misma? —preguntó excitado.

—No lo sé. Quizá no tiene elección.

—No tiene elección... —Kao-tsung reflexionó—: Quizá tiene algo que ver con la pura fuerza de la belleza, que exige ser contemplada.

—Y que no quiere quedar desaprovechada —apuntó ella.

—¡Sí! ¡Sí! —El emperador soltó una carcajada—. ¡Eso es! Nuestra vida, todas nuestras luchas y dolores y los momentos esporádicos de felicidad... ¡todo ello es a causa de que la belleza de la naturaleza no quiere quedar desaprovechada!

—Es posible, desde luego.

Habían pasado del prado silvestre al largo y serpenteante sendero de losas que conducía a los jardines de palacio. El emperador y la duquesa habían pasado casi toda la tarde charlando. Habían hablado del movimiento de las estrellas, de la infancia, de los orígenes de los cuentos míticos, de lenguas extranjeras, de la definición del dinero, de si era o no posible desplazarse en el tiempo a una velocidad distinta que el resto de la gente, de insectos, de sueños, de enfermedades, de la fealdad, de la muerte y de caballos. Al llegar al tema de los equinos, Kao-tsung había comentado que entre el hombre y el caballo que montaba se producía algo único que no sucedía en ningún otro aspecto de la naturaleza; la mente del hombre y la del caballo se hacían una sola y así era como el hombre controlaba a la montura cuando ésta notaba su dominio, como el caballo controlaba a su jinete al percibir su nerviosismo. Ella había apuntado que hombre y caballo estaban concebidos específicamente para complementarse y había añadido que el emperador podía comprobar, con este ejemplo, que su teoría era correcta.

Llevaban más de una hora hablando y paseando cuando Kao-tsung cayó en la cuenta de que no se había atascado ni una sola vez, que no había tenido dificultades con ninguna palabra. Pero incluso este fenómeno extraordinario quedó pronto olvidado mientras proseguían la charla y entraban en una prolija discusión sobre si en nuestro interior —ya que los humanos eran realmente toda clase de animales— se oculta la capacidad de volar.

Atravesaron los jardines de palacio sin advertir que había empezado a llover otra vez, ligera y persistentemente. Tampoco se percataron de los criados que se materializaban junto a ellos con paso silencioso y abrían sobre sus cabezas unos amplios parasoles de seda, situados con destreza justo detrás y ligeramente a un lado, de modo que resultaran prácticamente invisibles, como si no estuvieran.

¿Acaso no había hechiceros y hombres santos que afirmaban conocer el secreto del vuelo? ¿Acaso los peregrinos que volvían del lejano Occidente no contaban

historias de maestros de yoga que se levantaban del suelo y permanecían flotando durante horas seguidas? Sí, dijo ella; también había oído esas historias, pero en su opinión la importancia de aquellas narraciones era la fascinación que despertaban en el pueblo. Hasta que lo viera con sus propios ojos, añadió, estaba decidida a considerar todas las historias de hombres que volaban o levitaban como una mera expresión de los anhelos humanos.

Sí, concedió él, pero quizás estos anhelos eran un indicio de un potencial interior por expresar.

Tal vez, respondió ella.

Sí, tal vez, dijo él con satisfacción.

La lluvia caía ahora con fuerza, repiqueteando en la seda extendida sobre sus cabezas. El agua formaba riachuelos saltarines en torno a sus pies y empapaba a los mudos criados que caminaban tras ellos sosteniendo los parasoles.

—De modo que quieren volar, ¿eh? —gritó Wu—. ¡Yo les enseñaré a volar! ¡Oh, sí, yo les enseñaré...! —Arrojó una estatuilla de jade de Kuan-yin contra la pared del fondo, pero no se rompió. Rebotó en ella y fue a estrellarse contra una colección de miniaturas de marfil, que cayeron al suelo con estrépito—. ¡Van a volar! ¡Sí, van a encontrarse volando antes de que sepan qué ha sucedido! —masculló, enfurecida, mientras buscaba a su alrededor otro desventurado objeto que destruir.

Su madre se sentó y la observó con ojos impasibles, tomando nota detallada de los objetos que su hija escogía para arrojar. La estatua de Kuan-yin era prescindible, igual que las miniaturas de marfil. Pero cuando la vio alargar la mano hacia un valioso caballo de cerámica, se levantó rápidamente, tomó por el brazo a su hija con mano firme y la obligó a volverse y a mirar en otra dirección. Wu tenía ahora ante sí una jarra de cerámica vidriada y un perro de terracota. Tomó una pieza en cada mano y, en un abrir y cerrar de ojos, ambos yacían en el otro extremo de la estancia, hechos añicos.

—¡«Un potencial interior por expresar»! —masculló Wu con voz burlona y cargada de gélida furia—. ¡No tienen ni la menor idea de potenciales interiores por expresar! ¡Ni la más remota idea! —Volvió sus ojos llameantes hacia su madre; pero un instante después, su rostro se transformó en una máscara de pena, enrojecida y sollozante. Las lágrimas habían aparecido en sus ojos tan de improviso como una tormenta de verano—. ¡Oh, madre! —continuó con una voz aguda y alterada por la pena, al tiempo que se dejaba caer de rodillas sobre la alfombra—. ¡Estaban hablando, madre! ¡Hablando! ¡Los he oído! Pasaban justo por debajo de mi balcón. ¡Conmigo sigue tan callado y atontado como un animal, como una roca! Conmigo es una especie de cosa muerta, muda, que produce asco. Con ella habla como un chiquillo despierto, como un pequeño mono listo, como una criatura, viva, astuta e inocente. ¡Ah!, no puedo soportarlo... —se lamentó, y se postró en el suelo.

Allí permaneció, inclinada hacia delante con la cabeza apoyada en la alfombra, sollozando desconsoladamente. Al cabo de un rato, levantó la cara y miró a su madre. Tenía las facciones flojas, húmedas y distorsionadas; la pintura de los ojos corría por sus mejillas y un largo reguero, húmedo y brillante, escapaba de su nariz sin que reparara en ello.

—¿Cómo se atreve? —imploró en un susurro—. Después de lo que he hecho por él. ¿Cómo se atreve?

La señora Yang se inclinó hacia delante y empleó la manga de su vestido para limpiar el ofensivo hilillo que manaba de la nariz de su hija.

Se había limpiado el rostro de todos los cosméticos y llevaba un vestido sencillo y elegante. Había soltado sus largos cabellos negros, los había cepillado y peinado en un moño sujeto a la nuca con un alfiler. En aquel momento, estaba sentada frente a Kao-tsung con la mesilla entre los dos. Cuando él alargaba la mano para coger comida de una de las bandejas, o si mostraba el menor indicio de que algo pudiera apetecerle, ella se apresuraba a cogerlo y servírselo. Cada vez que Kao-tsung tomaba un sorbo de vino de su copa, la mujer la llenaba luego con la jarra que tenía a su lado.

—Me encanta la lluvia que hemos tenido últimamente —comentó—. Me encanta su sonido por la noche, despertarme de madrugada para escuchar su tamborileo y luego, al despertar otra vez, oír la caer de nuevo con furia. —Tomó un sorbo de vino y miró más allá de Kao-tsung, como si se deleitara con el recuerdo. El no respondió—. Y la fragancia del aire, cuando escampa —continuó ella—. Tan limpio, tan nuevo. Como si a todo el mundo se le hubiera concedido una segunda oportunidad. —Se sentía complacida con aquel súbito y extemporáneo acceso poético—. Parece que hace feliz hasta a los pájaros. Se los oye trinar y gorjear y se los ve retozar en los charcos. Los pájaros tienen que trabajar mucho en sus pequeñas existencias, pero éste es su día de fiesta —continuó, con el rostro iluminado, y levantó la jarra de vino para llenar la copa que Kao-tsung acababa de dejar en la mesilla.

Lo observó masticar. Mantenía la mirada baja, y el movimiento de sus mandíbulas era visible en las sienas. Vio subir y bajar su nuez al tragar y lo vio llevar más comida hasta su boca, introducirla en ella, masticar y tragar otra vez. Los ojos cautos levantaban la vista del plato en ocasiones, la miraban un instante y volvían a bajar. La mujer carraspeó.

—Debería ser un pájaro. Durante un par de días —añadió—. Sólo para saber qué se siente sentada en la copa de los árboles y persiguiendo insectos por el aire. Supongo que tendría que comer insectos y gusanos y orugas —Hizo una ligera mueca de disgusto, pero pronto sonrió otra vez—. Pero, si fuera pájaro, me gustaría esa comida, ¿no? Insectos y gusanos me resultarían tan sabrosos como estos maravillosos manjares que tengo delante.

Apenas ella hubo dicho aquello, Kao-tsung apartó su plato. La mujer se reprendió

a sí misma: había hecho un comentario inoportuno y sus palabras habían provocado el asco del emperador.

—Naturalmente, los pájaros también pueden ser devorados —se apresuró a continuar—. Podría capturarme un gato o una comadreja, o un gran búho, y tragarme en un santiamén. —Soltó una risilla, irritada por lo forzada que sonaba, y se apresuró a tomar otro trago de vino—. Los pájaros son criaturas musicales. ¿Crees que disfrutarán con el sonido de la lluvia? —preguntó. Él movió la cabeza y emitió un pequeño gruñido—. ¿Sí? ¿Crees que sí? ¿Los hace felices?

Kao-tsung movía la garganta como si estuviera engullendo o tratara de hablar. Ella sabía que no tenía comida en la boca, de modo que no podía tratarse de lo primero. Esperó, con una alegre sonrisa en los labios y dominando con mano férrea su creciente irritación ante aquella garganta que se convulsionaba fútilmente.

—Por supuesto —musitó, sin dejar de sonreír, al tiempo que se levantaba de la silla y rodeaba la mesa para sentarse en las rodillas de Kao-tsung—. Claro que los hace felices —insistió. Tomó el rostro del hombre entre sus manos y contempló sus ojos opacos—. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Notó la excitación de Kao-tsung contra sus muslos como si un animalillo hurgara con insistencia bajo la tela de su vestido.

—Claro que sí —repitió.

Acababan de servirles la sopa clara de aleta de tiburón, la especialidad culinaria de la señora Yang, cuando Wu Ssu-lin palideció y dejó el cuenco con la expresión de quien acaba de caer en la cuenta de que ha olvidado hacer algo importante.

La señora Yang la miró con severidad y reanudó su conversación con el erudito anciano budista que las acompañaba a cenar aquella noche.

—La era de la Ley de la Degeneración Final no se avecina, en absoluto —decía el anciano con voz ronca y canturreante, entre sonoros sorbos de sopa—. Los que insisten en ello son agoreros y descontentos que acusarían de traición al propio Buda si se presentara en su casa a tomar el té. ¡La sopa, señora, está realmente deliciosa! —aseguró, y se hizo llenar de nuevo el cuenco.

Con expresión abstraída, la duquesa había tomado otra vez el suyo. El viejo erudito sorbía la sopa con audible delectación.

—Debo deciros, señora, que en privado no he sido nunca partidario de la doctrina de la Ley de la Degeneración. Me parece casi un insulto al Sabio, pues implica que su influencia y sus enseñanzas pueden, digámoslo así, perder vigencia, perder eficacia debido, simplemente, al paso del tiempo.

—Para mí —replicó la señora Yang, pendiente todavía de la duquesa—, representa un sabio equilibrio, un reconocimiento de la inevitable debilidad de la humanidad, que empieza con la mejor de las intenciones y armada de enseñanzas perfectas e inspiradas, pero termina por corromper y distorsionar esas enseñanzas

hasta hacerlas irreconocibles.

La duquesa había levantado el cuenco casi hasta la boca y lo mantuvo allí, inmóvil, para dejarlo de nuevo en la mesa sin haberlo probado. La mano que sostenía el cuenco se apoyó en la mesa; una arruga de preocupación apareció en su frente mientras permanecía con la mirada perdida en el espacio vacío entre ella y sus acompañantes.

—Pero decir eso —replicó el erudito después de tragar y de secarse los labios húmedos— es declarar tácitamente que las enseñanzas del Buda son... imperfectas. Al fin y al cabo, si no puede prever la debilidad humana... si no puede llevarnos a vencer nuestra imperfección innata...

—Quizá le interesaba ver adonde podían ir a parar sus enseñanzas entre una raza imperfecta —dijo la señora Yang—. Como un modo de medir nuestra imperfección. Quizás omitió a sabiendas lo que nos habría hecho perfectos.

Ahora, la duquesa estaba inclinada hacia delante con los ojos desorbitados y los puños cerrados con fuerza.

—Es posible, señora, desde luego —dijo el anciano—, pero tal afirmación significa, por supuesto, que el Buda no es perfectamente omnisciente. Él conocería íntimamente la altura, la amplitud y la profundidad de nuestra imperfección. ¿Qué necesidad tendría un ser que todo lo sabe de hacer experimentos de ninguna clase?

El discurrir de la conversación fue interrumpido por la señora Yang al levantarse inesperada y bruscamente de su asiento. El invitado parpadeó, miró a su alrededor y advirtió que a la duquesa le sucedía algo. Su frente casi tocaba el cuenco que tenía ante ella y las manos estaban contraídas con fuerza sobre su vientre.

—Tal vez no sea un experimento —continuó la señora Yang, llegando rápidamente al lado de la duquesa—. Quizás eso nos beneficie de una manera que sólo Él conoce y que nos será revelada cuando al fin alcancemos la iluminación.

—Quizá... Quizá —murmuró el anciano, inquieto e incómodo, mientras la señora Yang posaba las manos en los hombros de la duquesa con gesto solícito. La mujer exhaló entonces un gemido y levantó el rostro de la mesa con una mueca de dolor. Su mirada se clavó en la del erudito; horrorizado, el anciano se levantó de su silla, derribándola—. ¡Señora! ¿Qué sucede?

—No es nada —respondió la señora Yang, sin apartarse de la otra mujer—. La duquesa es propensa a unos ataques terribles de indigestión. Ha tenido este problema toda la vida. Es culpa mía, no he tenido suficiente cuidado con el menú. No puedo dejar estas cosas a los cocineros; tengo que revisarlo todo personalmente. La próxima vez, no sucederá. ¡Mayordomo! —gritó mientras la mano de la duquesa se agitaba a ciegas delante de ella, agarrándose a los objetos que encontraba en la mesa. Con una fuerza asombrosa, la señora Yang obligó a la mujer a ponerse en pie y alejarse de la mesa. Apareció el criado y se acercó presuroso a prestar ayuda—. Que la acuesten —

dijo la señora Yang al hombre—. Por la mañana se encontrará perfectamente. Siempre es así.

La duquesa estaba ahora doblada por la cintura, incapaz hasta de sostenerse en pie. El atemorizado sirviente la cogió por los codos. El invitado permaneció en pie, desencajado e impotente, con unos restos de comida en el mentón, mientras la duquesa era conducida en volandas fuera de la estancia. La señora Yang los acompañó hasta la puerta; después, cerró ésta con firmeza y volvió hasta el anciano. Tras enderezar con destreza la silla de éste y alcanzar de nuevo la suya, tomó asiento y reanudó la charla:

—Quizá no tengamos la menor idea, en realidad, de qué entendía el Sabio por «conocimiento». Tal vez existe algo que debe enseñarnos y que sólo podemos aprender a través de una experiencia penosa y amarga.

Lentamente, el anciano se sosegó y tomó asiento con aire aturdido. Con el dorso de la mano, se limpió las migajas de la barbilla y miró la puerta recién cerrada, del espacio vacío en la mesa delante de él y por último a su anfitriona.

—¿Qué? —Había perdido el hilo de la conversación por completo.

—Quizá la iluminación es algo completamente distinto de lo que creemos —repitió ella con tono paciente.

—¿Sí? —dijo el hombre—. Sí, sí. Claro que sí, por supuesto. Indudablemente, sí —proclamó, sin la menor idea de a qué estaba asintiendo.

La señora Yang había recogido su cuenco y sorbía la sopa con satisfacción. El invitado recordó las normas de educación y levantó el suyo, pero descubrió que había perdido el apetito por completo.

—Envenenadores —confió la emperatriz Wu al historiador Shu—. Hay envenenadores entre nosotros y es evidente que era a mí a quien querían matar.

—No digáis eso, señora —respondió Shu con grandes alharacas—. El mero pensamiento es demasiado terrible... —Mientras lo decía, el pincel no dejó de moverse hábilmente sobre la página.

—Mi hermana, aunque sólo era mi media hermana, se parecía mucho a mí. Algún desconocido debió de verla aquel día cuando abandonó el palacio y recorrió las calles en carruaje hasta la casa de mi madre. Ese o esos desconocidos se colaron a traición en la cocina de la casa y, de algún modo, echaron el veneno en su comida. ¿Pero cómo? ¿Cómo pudieron averiguar qué plato iría a mi madre, cuál al invitado y cuál a mi hermana?

Wu hablaba deprisa, deambulando arriba y abajo mientras Shu escribía.

—En la cocina de una casa principal, la gente entra y sale casi inadvertida —apuntó el historiador.

Wu estudió sus palabras unos momentos, pensativa.

—¿Pero cómo introdujeron el veneno precisamente en la comida de ella? No has

contestado satisfactoriamente a esa cuestión.

—Bien, dejadme pensar... —Shu lamió la punta del pincel con ademán de concentración—. ¿Sentido de la oportunidad quizá, señora? Ciertamente, tales cosas son posibles, ¿sabéis? Un exquisito sentido de la oportunidad unido a una aguda capacidad de observación.

—Es posible —dijo ella—. Aunque me resulta un poco traído por los pelos, historiador.

—No os lo parecería tanto si tomarais en cuenta la posibilidad de que el o los envenenadores fueran personas ya conocidas del personal de la casa. O quizá... —continuó siniestramente mientras su activo pincel se detenía un instante—, es posible que los envenenadores fueran miembros del propio personal de la señora Yang.

—¡Sí! —dijo Wu—. Claro que es posible. Sugiero que arrestemos de inmediato al mayordomo.

—Y al cocinero —apuntó Shu.

—No. —Wu acompañó su negativa de un movimiento de la cabeza—. El cocinero, no. Sus habilidades son irremplazables. Mi madre no me lo perdonaría nunca.

—El mayordomo, pues.

—Existe otra posibilidad, por supuesto —añadió Wu, mientras observaba el pincel del historiador—. Quizás a mi hermana no la envenenase nadie. Puede que muriese, simplemente, de complicaciones digestivas. Nunca fue muy fuerte, ¿sabes?

—Causas naturales... —murmuró Shu, iniciando una nueva página—. Es muy posible. Cayó enferma y, pese a que el servicio de la casa de la señora Yang hizo todo cuanto estuvo en su mano por ella, falleció. Cuando el médico llegó, ya era demasiado tarde. Muy triste —comentó, al tiempo que levantaba la vista—. Pero parece que era casi inevitable, ¿no? Dada su frágil naturaleza...

—Por supuesto —asintió Wu, volviendo el rostro para mirar al historiador—. Quizá se atragantó con algún bocado, simplemente.

Kao-tsung reconoció los pasos de Wu, que se aproximaban. Aquel día, las pisadas resultaban especialmente elocuentes; las podía interpretar como si fueran palabras gritadas en su oído: enérgicas, vibrantes, llenas de engreída exuberancia, con un trasfondo de intenciones ocultas, inexorables y testarudas. También detectó un asomo de júbilo incongruente. ¿Eran sus designios lo que provocaba su impaciencia, o era ésta lo que estimulaba aquéllos? Se trataba de un acertijo al que Kao-tsung le había dado muchas vueltas en la cabeza. La respuesta seguía tan confusa como siempre, pero esta vez podía captar ambas cosas, la impaciencia y las intenciones, dirigirse contra él tan infalibles como flechas salidas del arco del cazador más certero.

Rodó hasta el costado del enorme lecho y se dejó caer al suelo en el estrecho espacio entre la cama y la pared. Quedó tendido con el hombro firme y cómodamente

encajado, olió el polvo de la alfombra y disfrutó de la extraña perspectiva de la cama y de las tallas del techo desde aquel enfoque insólito, mientras pensaba que aquél sería un buen sitio para yacer eternamente.

Cuando oyó abrirse la puerta, se quedó muy quieto. La presencia de Wu llenó de inmediato la estancia. No era que hiciese mucho ruido, o que su perfume fuera muy intenso, o que jadeara audiblemente; no se trataba de nada tan obvio. Era su determinación y sus intenciones ocultas, tangibles y palpables como algo vivo, lo que desplazaba físicamente el aire de tal modo que Kao-tsung notaba su presión. Llegó a la conclusión de que, en aquel momento, lo que imperaba en Wu eran las intenciones, por encima de la impaciencia. Cerró los ojos y esperó.

Escuchó el crujido del armazón de la cama y el roce de las colchas. Percibió el instante en que dejaba de estar a solas y empezaba a ser observado. Abrió los ojos y encontró el rostro de ella directamente encima del suyo; su cabeza asomaba del costado de la cama y sus ojos oscuros lo miraban con calma, fijos e impenetrables.

Se contemplaron largo rato. Por último, ella desapareció; instantes después, Kao-tsung se percató de que la emperatriz estaba retirando la cama de la pared para ensanchar un poco el hueco. A continuación, notó que Wu avanzaba de nuevo por la cama y se descolgaba hasta su escondite. No se movió. Ella se acurrucó contra él sin una palabra, con el rostro en su cuello para que notara su aliento.

—Por supuesto, te darás cuenta de que en realidad era a mí a quien intentaban matar —murmuró por fin con los labios pegados al oído del emperador—. Mi pobre hermana es una heroína. Se interpuso y recibió el golpe dirigido a mí. Estoy desolada. ¿Quién querría matarme? ¿Quién? ¡Tengo tanto miedo! —Wu lo rodeó con sus brazos—. Quedémonos aquí juntos, para siempre. Nos esconderemos y nadie nos encontrará.

Al tiempo que hablaba, colocó una pierna encima de él y la levantó lentamente, deslizándola sobre el muslo de Kao-tsung en dirección a su vientre. Al llegar a la entrepierna, la dejó descansar allí un momento y empezó a moverla suavemente.

El emperador se percató de la concentración de Wu, cuya atención se había volcado en su ingle, pendiente de su respuesta. Al ver que no había ninguna, que su carne no mostraba la menor reacción, la mujer levantó hábilmente la camisa de dormir de Kao-tsung y abrió sus pantalones de seda hasta que la pierna desnuda, la sedosa cara interna de su muslo, acarició directamente la piel de su esposo.

Así permaneció varios minutos, variando la presión, mientras su lengua recorría la oreja y el cuello del hombre. El se mantuvo absolutamente inmóvil. Soy un rey muerto, se dijo Kao-tsung a sí mismo. Llevo tres mil años reposando en mi tumba. Hace tanto tiempo que no veo el sol, que no oigo otra voz y que no huelo el aire de una mañana de verano que ya no recuerdo ni siquiera esas cosas. Lo único que conozco es la oscuridad, el vago recuerdo de algunos rostros y los muros húmedos de

mi sepulcro.

Kao-tsung notó las manos de la mujer, que acariciaban y daban masajes a su carne flácida. Después, empleó la boca y la lengua en una resuelta exigencia de respuesta. Un rey muerto en su tumba, sin recuerdos ni deseos, continuó pensando él.

Ahora, Wu se empleaba con tenaz determinación. Se había quitado la ropa y estaba encima de él a horcajadas; después, se deslizó hacia abajo para emplear de nuevo la boca, acariciándolo con la lengua, royéndolo delicadamente con los dientes y aplicando de nuevo la lengua. Frotó, apretó, lamió, acarició y chupó, incluso trató de introducirlo en su cuerpo por la fuerza, pero todo fue en vano. Él abrió los ojos y bajó la mirada y la vio sostener lo que parecía una serpiente ahogada, tan flácida e inútil como su brazo la mañana del ataque. La expresión con que Wu contemplaba el mísero colgajo que tenía en la mano era de absoluta repulsión.

El magistrado Di bostezó bajo el gélido aire del amanecer, mientras observaba las aguas aceitosas y oscuras de uno de los incontables y anónimos canales secundarios de Yangchou. Unas pequeñas ondas batían suavemente el estribo de roca en el que se encontraba el juez y en la superficie del agua se mecían restos de basura y desperdicios. Di pensó que el agua, por sucia y descompuesta que estuviera, no importaba qué clase de detritos repulsivos flotaran en ella, siempre resultaba llena de gracia en su movimiento. Inocente; ésa era la palabra, se dijo. El agua contaminada y pestilente que tenía a sus pies acariciaba la piedra con la misma inocencia despreocupada que la corriente más pura y cristalina que brotara de un manantial.

Las pequeñas olas se hicieron más frecuentes cuando la pequeña barca de fondo plano llegó al centro del canal impulsada por las pértigas. El puñado de espectadores que se había congregado en torno a Di mantuvo una actitud respetuosa y un extraño silencio mientras observaba a los hombres de la barca extender un largo garfio hacia el cadáver que flotaba boca abajo en el agua; Di pensó que, de haber sido mediodía, con las calles llenas y el tráfico y el comercio de la ciudad en plena actividad, habría habido allí una muchedumbre ruidosa, apretujada y chillona, que no pararía de hacer sugerencias, especulaciones y chistes. Sin embargo, la atmósfera gris, tranquila y solitaria de aquellas primeras horas del día, la luz frágil y nueva y el frío de la noche aún presente parecían extender un ánimo pensativo e introvertido entre el puñado de personas que, casualmente, estaban por la zona y se habían acercado a observar.

El garfio enganchó el cadáver por el cuello de su hinchada túnica. Los hombres de la barca tiraron para acercarlo. Cuando lo tuvieron a su alcance, lo subieron con torpeza. Se oyó un desagradable crujido cuando la cabeza golpeó el fondo de madera de la barca. Después, ésta se dirigió adonde estaban el magistrado y el alguacil que lo acompañaba.

Di bajó a la pequeña barcaza, hincó la rodilla y examinó el cuerpo: era un hombre de poco más de cincuenta años, calculó, sano, bien alimentado y de aspecto próspero. La túnica era cara, de seda de buena calidad, y el buen corte y el estilo indicaban que pertenecía a un miembro adinerado de la clase de los mercaderes.

El magistrado suspiró. El canal corría a través de un barrio de burdeles y tabernas. No era infrecuente que apareciesen cadáveres de ahogados en aguas como aquéllas, ni que las víctimas fueran visitantes, no residentes, de aquellos barrios bajos poco salubres. Di inspeccionó la indumentaria del muerto. Conservaba su bolsa, intacta y llena de monedas de cobre. No había rastro de ningún golpe en la cabeza. Si no había sido víctima de un robo, era más que probable que hubiese caído al canal mientras recorría las callejas desconocidas con la vista nublada por el alcohol, al confundir en la oscuridad la negra superficie lisa de las aguas con el camino. Imaginó la sorpresa

del hombre al no encontrar bajo su pie el suelo firme que esperaba, el vértigo, el breve instante de absoluta claridad en medio del estupor y la conmoción al sumergirse en el agua helada.

Sí, era fácil de imaginar, pero la escena no terminó de convencer a Di. El magistrado no habría tenido ningún reparo en incluir al muerto en la desdichada categoría de las muertes accidentales por caída al agua, de no haber sido porque idéntico suceso se había producido apenas un par de semanas antes a muy poca distancia de donde había aparecido el cadáver solitario y empapado de aquella madrugada. El otro ahogado también era un próspero comerciante cuya bolsa iba tan cargada que el cuerpo había quedado prácticamente lastrado en el fondo del canal; en esa ocasión, se había levantado un considerable revuelo cuando, de buena mañana, un campesino que impulsaba su barca camino del mercado había descubierto la cara palidísima del ahogado que lo miraba desde un palmo por debajo de la superficie del agua.

No había habido demasiados problemas para identificar a la víctima. Se trataba de un comerciante de gran fortuna, establecido en Yangchou desde hacía tiempo. La conclusión había sido muy simple: el muerto había tenido un desgraciado accidente a causa de la bebida y de los excesos. Pero al cabo de unos días, la viuda del hombre apareció en el despacho de Di quejándose de que su marido no le había dejado prácticamente nada en su testamento. La mujer quedaba poco menos que desamparada y sería expulsada de su casa al año de la muerte de su marido. El beneficiario que éste designaba en su testamento era un hombre del que nunca había oído hablar pero a quien el documento identificaba como un «hijo adoptivo». Que la mujer supiera, su esposo no tenía hijos, adoptados o no. Ella no le había dado ninguno y el difunto no había tenido más esposas.

Di le dijo a la afligida viuda que no estaba seguro de la legalidad de tal disposición y que se ocuparía del asunto. Las leyes de sucesión favorecían a los hijos por delante de la esposa como principales beneficiarios de la hacienda del difunto pero, normalmente, no sucedía así con los hijos adoptivos... a menos que la esposa —dijo a la mujer con toda la delicadeza de que fue capaz— hubiera quebrantado algún código de propiedad.

La viuda le dirigió una mirada ofendida tan sincera que Di prefirió no continuar aquella línea argumental en su presencia, aunque en su fuero interno decidió investigar aquella posibilidad.

De momento, el magistrado tenía casos más urgentes de que ocuparse, de modo que el asunto de la esposa desheredada aún estaba pendiente. Dado que no iba a ser desahuciada hasta pasado un año, Di instruyó a su ayudante para que investigara las particularidades más sutiles de las leyes sucesorias. También prometió a la mujer que intentaría ponerse en contacto con el «hijo adoptivo» y apelar a su sentido de la

justicia. Pero, de momento, no había podido localizarlo. En realidad, no había dado una gran importancia al caso... hasta aquel momento.

El cadáver chorreante que tenía ahora ante sí sería identificado, probablemente, en el plazo de un día. Estudió los labios azulados y los ojos muertos que brillaban débilmente bajo los párpados entreabiertos y tuvo la sensación de que allí se ocultaba un secreto, algo que no era exactamente lo que parecía. Se levantó y se volvió al alguacil que aguardaba en las inmediaciones. Habían mandado por una carretilla de mano para llevarse el cuerpo y los dos portadores estudiaron el cuerpo que yacía a sus pies; un muerto opulento era mucho más interesante que uno harapiento y sin un penique.

—Llévalo al depósito central de cadáveres —ordenó Di al alguacil mientras se encaramaba de nuevo al estribo de piedra—. Que hagan circular un anuncio con su descripción: edad, rasgos distintivos, si le encuentran alguno, ropas que viste y lugar en el que ha sido encontrado. Y asegúrate de que, si se presenta alguien a decirnos quién era, sea conducido ante mí. Quiero interrogarlo.

El alguacil asintió y dio la orden a los portadores, que descendieron hasta la barca, levantaron el cuerpo, lo descargaron en tierra y lo montaron en la carretilla. Después, cubrieron el cadáver con un pedazo de tela basta y Di los siguió con la vista mientras se alejaban calle abajo, con los pies del muerto sobresaliendo de la tela. Bostezó y se ciñó la capa en torno a los hombros. Estuvo tentado de volver a casa y meterse otra vez en la cama, de la cual lo habían sacado con la noticia del suceso apenas una hora antes. Por fin, echó a andar resueltamente en dirección a su despacho. Aquella mañana empezaría a trabajar temprano.

Dejó el pincel y se frotó los ojos, fatigado. Ya era primera hora de la tarde y empezaba a notar con toda su fuerza el efecto del par de horas de sueño perdidas. Volvió la mirada al cómodo sofá bajo colocado junto a una pared del despacho. ¿Por qué no?, se dijo, y se dirigió a él. Había sido uno de esos días largos y apagados, con el cielo cubierto, que debilitan por igual el cuerpo y el ánimo. Una siesta corta —o un mero instante con los ojos cerrados y la mente vagando a su gusto— era exactamente lo que pedía un día como aquél.

Se recostó en el sofá y se cubrió con la capa. Sus huesos agradecidos descansaron con un agradable dolorcillo. Ello lo condujo a reflexionar sobre el tema de los huesos en general; los imaginó reposando decorosamente en mausoleos, diseminados sobre llanuras desoladas, tallados con arte como adornos de la choza de algún caudillo de las junglas. Pensó en los horribles títeres de esqueletos que aparecían con tanta frecuencia en las narraciones morales. Los huesos, nuestros sólidos restos terrenos, que nos producen tanta impresión y suscitan en nosotros tanta fascinación, tanto miedo, tantos ritos; el símbolo y el foco de toda nuestra inquietud ante el misterio de la muerte. La religión y el misticismo eran la respuesta natural a la infelicidad

humana ante el hecho irremediable de la muerte; un sofisticado refinamiento del abierto miedo a la muerte de los animales y una compensación de ese miedo. ¿Miedo a la muerte, los animales? Sí y no; Di recordó las ratas acorraladas a las que había visto tornarse feroces en pos de la supervivencia y los bramidos asustados de los animales condenados en el matadero. ¿Acaso la resistencia instintiva a la muerte de los animales, su lucha y sus ojos en blanco, no susurraban al hombre un siniestro mensaje sobre sus propias perspectivas de una vida futura? Pero entonces recordó a Bribón el día que, calmado e impertérrito, había desaparecido en el jardín para afrontar el momento de la muerte a solas y con dignidad. Di buscó al perro y enterró luego el pequeño cadáver allí donde había caído. En el lugar escogido por Bribón.

Y pensó en los huesos amarillentos del animal, envueltos en la rica tierra negra del jardín. Ya estaba sumido en una plácida modorra, en la que sus pensamientos desbordaban y bullían suavemente como unas gachas puestas a cocer a fuego lento en un cazo, cuando el llanto y los suspiros de una mujer le devolvió bruscamente a la realidad. Sonó una llamada a la puerta del despacho y se apresuró a incorporarse. Se compuso la ropa y se frotó el rostro.

—¡Adelante! —dijo a continuación.

La mujer que se presentó sollozando ante él tenía el mismo aspecto próspero que el cadáver del canal. Ella también estaba bien alimentada y tenía cara de buena salud, y su edad se aproximaba a la del ahogado. El parecido no era casual, llevaban casados treinta años, le dijo la mujer deshecha en lágrimas. El magistrado mandó traerle un té caliente y le ofreció asiento.

—Cuénteme cosas de su marido, señora —le dijo mientras le ofrecía la taza humeante—. En qué se ocupaba, sus intereses, sus costumbres...

—Era un buen hombre —respondió ella—. Generoso y amable.

Se interrumpió y sollozó de nuevo unos instantes. Di esperó. Los muertos eran siempre muy generosos y amables. Era asombrosa la transformación que experimentaban los hombres en el momento de la muerte.

—Era... era una persona acomodada, ¿verdad? —sondeó Di con diplomacia.

—Proveía espléndidamente nuestra casa —asintió ella con cierta tristeza.

—Cuénteme más —insistió el magistrado—. ¿Cuál era la fuente de sus ingresos?

—¡Oh, qué terrible ironía! —gimió—. ¡Que tuviera que perder la vida en el canal!

—¿Ah, de modo que el negocio de su esposo tenía alguna relación con la red de canales? —preguntó Di, intrigado. El otro comerciante ahogado había sido un comerciante de grano, un hombre que dependía en gran medida de los canales de la ciudad. Pero, como era de esperar, prácticamente todo el comercio de Yangchou tenía relación con esas vías de agua, era casi inevitable. Con todo, una parte de su mente no podía dejar de considerar el asunto como un punto en común entre ambas muertes.

—Era propietario de una flota de barcazas —explicó la mujer—. Las alquilaba a agricultores y comerciantes. Había trabajado muchísimo durante muchos años y levantó el negocio. Era honrado y respetado. Era un hombre justo.

—Entonces, ¿no tenía enemigos?

—¡Ninguno, en ninguna parte! —aseguró ella como si le sorprendiera que Di insinuase siquiera tal cosa.

—¿Tenía por costumbre... frecuentar esa parte de la ciudad? —Di hizo la pregunta con delicadeza. Normalmente, sólo había una razón para que un hombre descendiera a aquellos callejones apartados, tortuosos y pestilentes y, aunque hacerlo constituyera ciertamente una prerrogativa masculina, muchos hombres eran reacios a notificarlo a sus esposas. La mujer levantó la cabeza y dirigió una mirada altiva y ofendida al magistrado.

—Sólo si lo exigía el negocio, señor —replicó con frialdad.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Di, reflexionando sobre la futilidad de cualquier intento de obtener de una mujer una descripción honrada de la vida y costumbres de su marido. Sus virtudes, tendería a exagerarlas; sus pecados, haría cuanto pudiera por ocultarlos para disimular su turbación. Por lo que él sabía, aquel individuo era un felón mentiroso y salaz que salía de copas y de mujeres todas las noches de su vida, al acabar un duro día de trabajo dedicado a estafar a sus clientes.

—Bien, señora —dijo pues, sumariamente—, si su esposo no tenía enemigos, sin duda acudía a algún negocio y cayó accidentalmente al canal. Fue el azar, nada más.

La mujer hizo ademán de levantarse de la silla pero volvió a sentarse con actitud resignada. Sin una palabra, tendió una nota al juez.

Di la cogió y leyó en voz alta:

Yo, Fang Yu-chih, al abandonar este mundo trasmito mis riquezas terrenales a manos del llamado Chang-lo, de la provincia de Yangchou, que se hará cargo de ellas transcurrido un año.

Bajó el papel y miró a la mujer con perplejidad.

—No tenía intención de revelar esto —susurró la viuda—. Estaba decidida a no hacerlo. La vergüenza, el oprobio... Ser omitida en el testamento de mi propio esposo sólo podía ser entendido como el castigo a una... a una adúltera, o algo peor —su voz se hizo casi un susurro—. Antes pasaría hambre que permitir que alguien supiera que estaba en la miseria. No iba a enseñar la carta a nadie. Pero si no lo hacía...

Hizo un gesto vago y dejó la frase en el aire.

—Si no lo hacía —la ayudó Di con tono comprensivo—, se cerraba cualquier posibilidad de recuperar una parte de las posesiones de su esposo para mantenerse en

la viudez. Lo entiendo perfectamente, señora. —Di se inclinó hacia delante—. ¿Pero quién es Chang-lo?

La mujer movió la cabeza, pesarosa.

—No lo sé. Jamás he oído hablar de él.

—Dígame, señora —preguntó él juez con una súbita inspiración—: ¿tiene hijos?

—No —respondió ella con tristeza—. Tuvimos dos hijos, pero ambos murieron en la infancia. Era uno de los mayores pesares de mi marido.

La casa de Di era un tumulto cuando regresó a ella por la noche. Su primera esposa se había encerrado en su alcoba y no quería hablar con nadie, mientras que la segunda, bañada en lágrimas, deambulaba de un extremo a otro del recibidor de la casa.

El juez no tardó en descubrir el motivo del trastorno. La responsabilidad de cualquier discordia importante en la familia siempre conducía a sus hijos, y aquella vez no era una excepción. Ambas mujeres se acusaban mutuamente de la nefasta influencia que el hijo de la otra tenía sobre su propio vástago. ¿Y a cuál de los dos tenía que culpar? Di no había encontrado nunca una respuesta satisfactoria. Sería natural considerar que el mayor arrastraba al más joven, pero Di no creía que las cosas fueran tan sencillas, en realidad.

¿Y cuál era el problema, esta vez?

—Va a traer la vergüenza sobre todos nosotros y no le importa en absoluto —declaró su segunda esposa entre lágrimas—. ¡La vergüenza y la ruina! —Se refería, por supuesto, al mayor; su hijo era el otro—. ¡Y ella no quiere reconocer su responsabilidad!

Él dirigió unas pocas palabras ineficaces de consuelo a la mujer, unas palabras que sonaron débiles e inadecuadas en sus propios oídos; luego, fue a llamar con suavidad a la puerta de la otra esposa y esperó, pendiente del terco silencio que emanaba del otro lado de la recia puerta. Llamó de nuevo, despacio y con insistencia. Ella abrió con una rapidez que sorprendió a Di y se quedó mirándolo con cólera.

—Tus hijos —dijo con voz fría— van a convertirse en delincuentes. Y no asumo la responsabilidad. Ella siempre le echa la culpa a mi hijo, simplemente porque es el mayor. ¡Siempre hemos sabido que es el pequeño quien maneja a su gusto al mío, quien lo azuza para cometer actos cada vez más atrevidos y temerarios! No —añadió, antes de cerrar de un portazo—, me eximo de responsabilidad.

—Lo único que ha cambiado —dijo a los dos jóvenes hoscos que tenía ante él— es que yo me he vuelto canoso y cansado mientras vosotros os habéis convertido en dos jóvenes robustos. Salvo esto, nadie diría que esta escena no sucede diez años atrás, que no estoy corrigiendo a dos chiquillos revoltosos.

Los observó detenidamente en busca de alguna señal de que estuvieran conteniendo una risilla o una mueca impertinente, pero comprobó con satisfacción que sus expresiones eran solemnes... aunque, por otra parte, aquella misma solemnidad le producía una sensación de inquietud. Sobre el escritorio, alineados entre Di y sus hijos como otras tantas preguntas sin respuesta, había una daga con la empuñadura tallada, una máscara de mono pintada y emplumada, una estatuilla de Kuan-yin y dos lingams de jade. Los muchachos mantenían la vista apartada de los objetos, como si negaran su existencia.

—Sencillamente, queremos saber de dónde habéis sacado estas cosas —dijo con voz paciente—. Yo, en concreto, quiero saberlo. No os acusamos de nada. Sencillamente, tenemos curiosidad por saberlo.

—Los hemos encontrado, padre —contestó el mayor.

—¿Y por qué no me los habéis enseñado?

—Bueno... —empezó a responder el menor, y lanzó una mirada a su hermano.

—Pensamos que podíamos venderlos... —dijo éste.

—Entiendo —contestó el padre—. ¿Y no se os ocurrió pensar que podían ser objetos robados? ¿Os habéis detenido a pensar alguna vez qué sucedería si los hijos del magistrado superior de Yangchou fueran detenidos mientras traficaban con bienes robados? —preguntó con parsimonia. Sus hijos se encogieron de hombros.

Di los miró. Aquel día, le parecían distintos y se dio cuenta de que, por primera vez, estaba viendo a dos hombres adultos a los que no conocía, en realidad. Sus rostros recordaban los de aquellos chiquillos que había criado pero, misteriosamente, las facciones se habían agrandado y endurecido hasta hacerse las de dos extraños. No, pensó, no los conozco en absoluto.

—¿Acaso os gustaría presentaros ante mí no aquí, en mi estudio, donde podéis hacer caso omiso de mi autoridad impunemente, sino en la sala del tribunal? —dijo con voz fría.

—No, padre —respondió el mayor con un temblor casi imperceptible en la voz.

—Está bien —dijo Di con voz cansada—. Os disculparéis ante vuestras madres, devolveréis estas cosas al lugar donde las encontrasteis y pondréis fin a esta costumbre de rondar de noche después del toque de queda y volver a casa cuando os viene en gana. Ya ha sucedido muchas veces últimamente y, por alguna razón, no puedo dejar de pensar que existe alguna relación entre eso y esto —señaló con un gesto los objetos colocados sobre el escritorio. Luego, volvió la vista hacia los muchachos exigiendo un comentario. Ellos desviaron la mirada y apretaron la mandíbula; estaban, decididamente, rebosantes de secretos.

Di reflexionó sobre la posibilidad, muy real, de que un día tuviera que sentenciar a sus propios hijos en un tribunal oficial y recordó cuando jugaba con ellos como si fueran cachorros de paso vacilante. La vida era extraña, ciertamente. Muy pronto,

pensó mientras los observaba recoger los objetos del escritorio sin una palabra, los dos estarían fuera de su responsabilidad. Entonces, su transformación en extraños sería completa. Y él se sentiría aliviado.

Pese a lo cansado que estaba, aquella noche durmió mal. Escuchó voces que discutían en otras partes de la casa: sus esposas y los hijos de cada una. Las palabras eran ininteligibles, pero el sentido estaba muy claro. La agitación y la discordia se habían instalado bajo su techo.

Se tapó los oídos con una colcha gruesa en un intento de sofocar los murmullos dolidos que se alzaban y descendían, que avanzaban y retrocedían, muchas estancias y muchos tabiques más allá. De no ser por aquel par de hijos, todo estaría en calma y él se encontraría sumido en un bendito olvido o disfrutando en sueños de una excursión por otro mundo. En lugar de ello, estaba varado en este mundo contra su voluntad, incómodo, intranquilo y exhausto. Recordó a la viuda sollozante de hacía unas horas, cuando le hablaba del pesar de su marido por la pérdida de sus hijos. Se atrevió a pensarlo: si hubiera ahogado a los suyos como si fueran cachorros, se dijo con irritación mientras daba otra vuelta en la cama y se tapaba nuevamente los oídos, en aquel momento estaría durmiendo plácidamente. Tan plácidamente como, sin duda, lo hacía el difunto ministro de Transportes en su recluso recinto de feminidad.

El ministro de Transportes había estado en los pensamientos de Di muchas veces últimamente. Gracias al excelente trabajo de su ayudante, el magistrado había determinado que el asesinato y Lu Hsun-pei, el anfitrión de aquella reunión un año antes, habían sido mucho más que conocidos casuales. Se habían tratado desde jóvenes y, años atrás, habían participado juntos en varias empresas comerciales; incluso existía un parentesco por matrimonio entre sus familias. Y, por supuesto, el señor Lu tenía muchos contactos indios; había al menos tres con grandes posibilidades de ser el misterioso caballero que acostumbraba a aparecer por la casa del ministro de Transportes con su surtido de chiquillas.

Di pensó en los dos hombres ahogados, también sin descendencia masculina, flotando muertos en las mismas aguas que les habían traído la prosperidad. Los dos habían dejado a sus esposas sin nada al legar su dinero a un extraño, el uno, y a un dudoso hijo adoptivo, el otro, excluyendo deliberadamente de la herencia a las mujeres. Apartando de sí todo lo femenino. Todo lo contrario que el ministro de Transportes, que se había rodeado de ello.

Su cabeza zumbaba como un avispero mientras se estiraba y daba vueltas y luchaba con las sábanas. Los *lingams* que sus hijos habían traído a casa a escondidas le evocaron el vivido recuerdo de la colección de objetos exóticos del ministro; pensó en mujeres de ojos negros vestidas sólo con joyas, en indios vestidos con hábitos de monje y sedas resplandecientes y en las aguas aceitosas y tortuosas del gran sistema de canales de Yangchou, que serpenteaba a través de la ciudad y de la vida de cuantos

vivían en él.

Por fin, Di empezó a adormecerse como una barca que se apartara delicadamente de la orilla, sensible al impulso de la corriente y dejándose llevar. Justo antes de perder la conciencia, escuchó, clara y fugaz, la voz de su hijo mayor que se alzaba en una queja lastimera:

—¿Por qué padre siempre piensa lo peor?

En algún momento de la noche empezó a llover. Di creyó haber dormido apenas cinco minutos cuando, por segunda mañana consecutiva, le despertó la mano de su mayordomo, que lo sacudía por el hombro con gentileza pero con insistencia en un amanecer plomizo.

—Señor —decía el hombre con sentimiento—. ¡Señor!

Di prestó oído unos instantes al tamborileo de la lluvia, pensó en fingir que dormía profundamente para que el hombre lo dejara en paz y, por último, se incorporó sobre un codo.

—¿Qué sucede? —preguntó con infinito cansancio.

—Otro cuerpo, señor.

—¿Un cuerpo? —Al principio, no entendió a qué se refería.

—Sí, señor. Ahogado. En el canal.

Cuando llegó al lugar, apenas a dos bocacalles de donde encontrarán el cadáver del día anterior, ya habían sacado el cuerpo del agua y lo cargaban en un carro. El alguacil presente era el mismo y también los porteadores que esperaban bajo la lluvia, que seguía cayendo inmisericorde. Di descendió del carruaje y abrió el parasol. Desde donde estaba distinguió que la víctima era tremendamente gorda; su gran vientre prominente formaba una gran curva bajo la tela que lo cubría. Unos pies menudos, casi delicados, calzados con chinelas, sobresalían en un extremo del carro. ¿Por qué dejarían siempre los pies al descubierto?, se preguntó mientras se acercaba y hacía un gesto de saludo con la cabeza al alguacil y a los camilleros.

Levantó el improvisado sudario. El muerto no le resultó desconocido. Después de unos instantes de reflexión, el magistrado tuvo la certeza de haber visto al hombre en su tribunal, un par de años antes. Sí. De hecho, Di había estado en casa del difunto para tratar algunos detalles del caso, una reclamación relacionada con un socio comercial que tenía una deuda con él por cierto negocio relacionado con los canales. Contempló las facciones pálidas y sebosas del difunto: otro empresario de buena posición. Retiró más la tela y vio lo que esperaba encontrar: una abultada bolsa, con su contenido intacto. Suspiró y se cubrió el rostro, recordando la animada agitación del hombre cuando hablaba del dinero que le debía el otro, con un temblor de sinceridad y convicción en la papada. Di había visto muchos muertos, pero siempre le afectaba de forma especial encontrarse con uno que había conocido, aunque fuera de

forma superficial.

—No será necesario conducirlo al depósito —indicó al alguacil—. Lo llevaremos directamente a su casa.

La viuda reaccionó como si no tuviese nada de insólito que le devolvieran a su esposo empapado, muerto y tendido en la caja de un carro. Salió a la puerta y se quedó bajo el porche cubierto, cuando Di descubrió el rostro del ahogado, lo contempló impertérrita.

—¿Dónde está su bolsa? —preguntó directamente. Di retiró la tela hasta dejarla a la vista—. Quítasela —ordenó la mujer con voz seca a su mayordomo; éste, desencajado, tenía la mirada fija en su difunto amo—. Y dámela —añadió ella, al tiempo que cogía la bolsa llena de monedas—. Por lo menos, esto no me lo quitará, el muy estafador...

Después de decir esto, dio media vuelta y entró en la casa, indicando al magistrado que la siguiera.

—Si me disculpa que lo diga, señora —apuntó Di con cortesía, mientras aceptaba agradecido un cuenco de té caliente—, no parece muy sorprendida de lo que le ha sucedido a su marido.

—No lo estoy —replicó ella.

—Entonces... ¿esperaba una cosa así? —preguntó él, con cautela.

—Digamos sólo que no me sorprende. Y tampoco lo siento especialmente, salvo por ciertas circunstancias.

Impasible y sin una lágrima, la mujer permaneció sentada muy erguida y tomó un sorbo de té. Di estaba impresionado. Dos viudas llorosas y, esta vez, una que se comportaba como si fuese normal que su esposo volviera a casa muerto; como si lo hiciera cada día.

—Discúlpeme, señora, pero le he oído mencionar algo respecto a que su marido la estafaba... ¿A qué se refiere?

Esta vez, los ojos de la mujer lanzaron una llamarada. Era la primera muestra de emoción que Di veía en ellos. La viuda dejó el cuenco sobre la mesa.

—No se saldrá con la suya —masculló en tono categórico—. Perdóneme un momento, por favor. —Se incorporó y abandonó la estancia. Regresó con un indignado crujir de sedas y dejó caer un documento enrollado sobre los muslos del juez—. No, no estoy nada sorprendida, después de que mi marido se marchara de casa ayer por la tarde y yo encontrase esto en mi joyero.

Di observó el rostro inexpresivo de la mujer, desenrolló el documento y leyó:

Me llamo Chou Lu-ti. Voluntariamente, y por mi propia mano, pongo fin a mi existencia despreciable, contaminada por la riqueza. Dejo todas mis

pertenencias terrenales (con la excepción de las joyas de mi esposa, que ella conservará) al llamado Chang Fang-chi, que tomará posesión de ellas en el plazo de un año.

Liberados de las ataduras de la prisión de la existencia, poseedores de naturalezas perfectamente puras, alcanzaréis el nirvana. ¡Quienes sois conquistados por las mujeres, aprestaos a conquistar esta tierra!

—¡Suicidio! —exclamó Di. Pensó en los otros dos ahogados y levantó la vista con júbilo. Su voz delataba, tal vez, un poco más de entusiasmo del que parecería oportuno en aquellas circunstancias. A pesar de su ademán impasible, la mujer pareció desconcertada ante el tono satisfecho del magistrado—. Señora —se apresuró a decir mientras en su cabeza empezaban a cobrar forma las teorías y las estratagemas—, ¿me equivoco si presumo que usted y su marido no tienen hijos?

—Sí, se equivoca.

—¡Oh! ¿Sí? —dijo el magistrado, decepcionado.

—Estrictamente hablando, se equivoca. Tenemos un hijo. Pero, en cierto modo, usted tiene razón. —Di aguardó, fascinado, mientras la mujer escogía sus palabras—. Nuestro hijo no vive aquí. Está en el campo, con una familia de campesinos. Pagamos su manutención, más un estipendio a la familia por cuidar de él. Verá, magistrado, nuestro hijo tiene la mente de un niño en el cuerpo de un hombre adulto. Es un idiota.

Cuando Di llegó a su despacho seguía lloviendo implacablemente, pero casi no se dio cuenta. Sacudió la capa mojada, la lanzó a un rincón y echó a correr escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos. Estaba impaciente por contar a su ayudante lo que había descubierto.

El joven ya estaba en su puesto, pero era evidente que había llegado apenas minutos antes que el juez. Aún tenía el cabello y el rostro mojados, y todavía estaba jadeante y acalorado.

—Otro ahogado —anunció Di antes de que el otro pudiera abrir la boca—. Pero éste nos ha dejado un rastro que seguir. El caso tiene todos los ingredientes de costumbre —prosiguió, después de servirse una taza de té y mientras se frotaba las manos—. Un comerciante de buena posición. Muerto en el canal con la bolsa llena. El testamento excluye de la herencia a la mujer. No hay heredero masculino directo a quien legar las posesiones. El testamento menciona a un desconocido. ¡Pero ahora, gracias al cadáver número tres, sabemos quién ha matado a esos hombres! —exclamó con satisfacción.

—¿Quién? —quiso saber el ayudante, fascinado.

Di sonrió y se corrigió:

—Por lo menos, sabemos quién ha matado al tercero y no tengo la menor duda de

que los otros murieron de la misma manera, ya que todo lo demás encaja. ¡Suicidio, mi joven amigo! —anunció con orgullo—. Esos hombres se han arrojado voluntariamente al canal. No se trata de accidentes. —Arrojó la última voluntad del difunto sobre la mesa de su ayudante, quien recogió la nota y la leyó. Mientras lo hacía, en su rostro iba creciendo una mueca de perplejidad—. Y el resto es, claramente, una referencia a algún sutra. Sin duda, ahí está la clave de todo el misterio. Debería haber comprendido que la religión jugaba algún papel en este asunto —declaró, antes de dar otro sorbo al té y coger una galleta de la bandeja colocada sobre la mesa.

—Yo también he descubierto algunas cosas —apuntó el ayudante mientras depositaba el documento sobre el escritorio—. Por eso no he podido regresar hasta hace unos minutos.

—¿Sí? ¿Algo importante? —preguntó Di con impaciencia.

—Bueno, he determinado que el beneficiario nombrado en el segundo testamento también es un «hijo adoptivo».

—Sí, muy bien. Y lo mismo descubriremos, sin duda, del citado en éste —señaló el rollo de papel húmedo.

—He investigado algunos de los aspectos más sutiles de las leyes sucesorias —continuó el joven—. La legalidad de excluir a la esposa en beneficio de un hijo adoptivo es decididamente cuestionable y bastante incierta. La esposa y su familia podrían, sin ninguna duda, impugnar el testamento, siempre que demostraran que la esposa era una mujer intachable, que no había cometido delito ni adulterio y había guardado el respeto debido a los padres del marido y demás.

—¿Y existe alguna demostración de lo contrario?

—Nada que conste en los archivos. Y parece improbable que podamos encontrar algo en cualquier otra parte.

—Bien. Entonces, podemos tranquilizar a las viudas, decirles que no deben inquietarse por la posibilidad de encontrarse en la calle... Localizaremos a esos «hijos» y les informaremos de que no van a engrosar sus bolsas gracias a las muertes de sus «padres». Los interrogaremos y sacaremos a la luz la espuria trama sagrada que se oculta tras estos sucesos. Tal vez podamos impedir que otra alma engañada le dé un susto de muerte a otro pobre campesino que avanza de buena mañana por el canal impulsado por su pértiga.

El magistrado empezó a ordenar los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Tal vez —murmuró el ayudante—. Pero hay otro problema. Quizás el dinero no vaya a parar a las mujeres, después de todo.

—¿Eh? —Di alzó la cabeza.

—He hecho otro descubrimiento en los archivos del distrito. En el momento de su muerte, ninguna de las víctimas era un hombre casado. Los dos hombres se habían

divorciado de sus esposas pocos días antes de que los encontraran muertos.

La lluvia continuó el resto del día. El crepúsculo encontró a Di en el cómodo estudio de su casa, cálido y seco, donde las lámparas ardían alegremente. El magistrado tenía una taza de té caliente junto a su brazo y unos pesados volúmenes de traducciones de escrituras sagradas abiertos ante él. Aquella noche, la casa estaba silenciosa como un templo; sus hijos estaban concentrados en sus lecciones, aparentemente, y sus esposas se habían apaciguado, al menos por el momento. Al llegar a casa, Di se había mudado las ropas empapadas por el chaparrón y dado cuenta de una cena deliciosa. Luego se había sentado tranquilamente para concentrarse en la lectura. Su hogar, con el suave resplandor de las lámparas, sus muebles refinados y útiles, sus colores armoniosos, sus bronce pulidos y sus aromas agradables, parecía un auténtico refugio y aquella noche era agudamente consciente de ello. De vez en cuando, levantaba la vista del texto y paseaba la mirada por la estancia, satisfecho y admirado.

Sin duda, los ahogados también habían tenido casas agradables y confortables, ropas secas y de tacto suave y manjares deliciosos. Trató de imaginarse cambiar todo aquello por una zambullida en las aguas oscuras y frías del canal. ¿Qué fuerza podría obligarle a él a levantarse de la silla y salir en plena noche para no regresar más?

Tendría que ser algo realmente poderoso. «Liberados de la prisión de la existencia, conseguiréis el nirvana», había escrito el último hombre en su nota.

Sus ojos dieron por fin con la página que andaba buscando. «No temo tanto a las serpientes o a los rayos que caen del cielo, ni a las llamas que impulsa el viento, como a esos objetos mundanos —leyó—. Esos placeres transitorios que nos roban nuestra felicidad y nuestra riqueza, que flotan por el mundo vacíos como fantasías, hechizan la mente de los hombres incluso cuando son deseados, y mucho más cuando se instalan en el alma... ¿Qué hombre con dominio de sí podría encontrar satisfacción en esos placeres, que son como una serpiente iracunda y cruel, que son como coger en la mano una brasa ardiente, como los deleites de un sueño... y obtenidos después de múltiples peregrinaciones y trabajos, y que luego perecen en un instante?».

¿Quién podría? Por otra parte, pensó Di, ¿cómo llegaba uno al convencimiento absoluto de que los placeres mundanos son una sarta de mentiras? Por supuesto, si hubiera algún modo de demostrar a ciencia cierta que la doctrina de que tales placeres terrenales lo convertían a uno en esclavo del deseo y perpetuaban el ciclo de nacimiento, muerte, reencarnación y sufrimiento, uno se lo pensaría dos veces. Pero Di sabía que él nunca sería capaz de realizar aquel acto de fe. ¿Cómo podía uno estar seguro de nada, más allá de lo que tenía en sus manos en cada momento? ¿Y qué clase de universo cruel, marrullero, tramposo y conspirador, jugaría con las pobres almas mortales, tan impresionables, tentándolas con comodidades que, en realidad, eran un ramillete de serpientes siseantes, para luego decirles que el único camino al

verdadero placer es la renuncia a ellos, la mortificación de la carne? Si era posible que los placeres terrenales fueran una trampa y un espejismo, ¿no cabía también la posibilidad de que lo falso, el engaño, la ilusión que apartaba a los hombres de los únicos placeres auténticos al alcance de unas criaturas de carne y hueso, fuese esa doctrina religiosa?

Se le ocurrió que el poder seductor de las escrituras sagradas procedía en gran medida de su lenguaje poético. ¿Acaso la poesía no llenaba un vacío en el espíritu humano? ¿Y no podía llevar con ella, en ocasiones, algo más a ese vacío? ¿No podía, por así decirlo, llevar algo más en su lomo? A él, desde luego, así se lo parecía. «Los ciervos son atraídos a su destrucción por las canciones; los insectos se consumen en las llamas, seducidos por su brillo; el pez ávido del cebo engulle el anzuelo de hierro. Del mismo modo, los objetos mundanos terminan por producir dolor».

Había allí cierta lógica filosófica que también resultaba convincente; los siguientes versículos que leyó trataban la definición de placer de manera incisiva: «En cuanto a la opinión común de que los placeres son goces, ninguno de ellos es merecedor de ser gozado, si es examinado con detalle; las ropas finas y todo lo demás sólo son aditamentos y deben ser considerados meros remedios para el dolor. El agua es deseada para saciar la sed; la comida, de igual manera, para aplacar el hambre. La casa, para resguardarse del viento, del calor del sol y de la lluvia». Di no pudo evitar una nueva mirada a las tangibles comodidades de la estancia; ¿era todo aquello un mero alivio para el dolor y no un auténtico placer en sí? Continuó leyendo: «Dado que en todos los placeres se registra una variabilidad, no podemos aplicarles el nombre de goces; las propias condiciones que producen el placer traen a su vez el dolor. Las ropas tupidas y la fragante madera de aloe son agradables con el frío, pero una incomodidad con el calor; los rayos de luna y el sándalo son gratos en tiempo caluroso, pero molestos con el frío».

Di no podía estar de acuerdo con aquello en absoluto. Desde luego, entendía la tesis filosófica, pero no alcanzaba a ver por qué un placer real no podía ser relativo: el reposo cuando el cuerpo estaba cansado, el frío cuando uno ardía de fiebre o el fuego cuando uno tiritaba de frío. Negar que todo esto fueran verdaderos deleites le pareció un intento vano de congelar, de solidificar un universo en constante cambio; es decir, una falta de comprensión del verdadero sentido del placer. Hojeó el texto hasta que su vista se posó en un versículo que le hizo detenerse: «Yo, tras haber experimentado el miedo a la vejez y a la muerte, vuelo a este sendero de religión en mi deseo de liberación y dejo atrás a mis queridos parientes con lágrimas en sus rostros». Claramente, estas últimas palabras describían a las viudas, con excepción de la dama con la que había hablado aquel día.

¿Y qué había de las mujeres? Di sabía que la actitud de la doctrina hacia las mujeres era compleja, por decir poco. Aunque, aparentemente, las mujeres eran tan

capaces de emprender el sendero del conocimiento como los hombres, daba la impresión de que lo hacían desde un punto de partida aún menos ventajoso. Recordó al respecto un significativo pasaje del sutra de la Tierra de Felicidad. Comprobó sus anotaciones, avanzó varios cientos de páginas en el texto y empezó la búsqueda. Estaba en la descripción de Sukhavati. Recorrió las hojas con el dedo, línea a línea, saltándose los versos repetitivos, cadenciosos, casi hipnóticos. El dedo se detuvo; lo había encontrado: «¡Oh, Bhagavat!, si después de haber alcanzado el Sumo Conocimiento, al oír mi nombre, mujeres de todos los países de Buda permitieran crecer en ellas el abandono, no despreciaré su naturaleza femenina; y si, vueltas a nacer, asumieran una segunda naturaleza femenina, que yo no obtenga el supremo conocimiento perfecto...».

Estudió de nuevo las últimas palabras del documento que había dejado el ahogado de aquella mañana: «¡Quienes sois conquistados por las mujeres, aprestaos a conquistar esta tierra!». En todo el resto de los escritos, las mujeres y la feminidad figuraban como un verdadero lastre, un peso denso y penoso que anclaba a los hombres a la tierra, que los privaba del conocimiento perfecto y les obstaculizaba el camino al paraíso, como objetos terrenales que ofrecían un paraíso ilusorio, destinado a la destrucción.

Continuó sentado largo rato, pensativo, mientras la lluvia —la música más dulce del mundo y la que más inspiraba su razonamiento inductivo— sonaba sobre su cabeza. Aunque faltaban muchos detalles, algunas de las piezas mayores del rompecabezas empezaban a encajar bastante bien. Di empezaba a notar también la excitación que siempre precedía a sus pequeñas correrías. Tomó el último sorbo de té, se sirvió un poco de licor de melocotón de un frasco y, con delectación, dejó que el líquido dulzón se deslizara hasta su estómago, donde lo notó estallar como un capullo en flor. El placer era tal precisamente por su cualidad de efímero, pensó mientras tomaba otro sorbo, cerraba los ojos y escuchaba la lluvia. Y también por su inconsistencia.

En su mente empezaba a tomar forma un plan. Sonrió. Esta vez, sus esposas no tendrían razones para enfadarse con él. No sería necesario que se afeitara la cabeza.

El carruaje que lo transportaba era la pieza más importante del disfraz de Di. El magistrado no tenía por qué poner el pie en el suelo jamás, si ése era su deseo; en razón de su cargo, tenía la prerrogativa de acudir a todas partes, si gustaba, en carruaje o en palanquín. Sin embargo, el magistrado imperial de más alto rango de Yangchou era conocido en toda la ciudad como un andarín infatigable. La mayoría de la gente sólo le había visto de aquel modo, caminando por las calles. Si los detalles de un caso exigían desplazarse hasta algún barrio alejado, Di enviaba a los agentes policiales. Cómo se desplazaran era asunto de ellos, pero del magistrado podía esperarse a ciencia cierta que iría a pie, si era materialmente posible y si el tiempo lo

permitía.

Aquella mañana, brillaba el sol y el aire era vigorizante. Hacía un día perfecto para un paseo. Sin embargo. Di viajaba en el interior, tapizado de rico satén, del mejor carruaje que había podido alquilar dada su premura.

Sabía que el elemento más importante de cualquier disfraz era la actitud de la persona que lo llevaba, de modo que el lujo suntuoso de su carruaje debía cumplir su cometido. Avanzando tras él por el camino polvoriento que partía de Yangchou, venía un segundo carruaje bien aprovisionado. En su interior había un elegante palanquín cubierto y cuatro recios porteadores que le conducirían desde la puerta del monasterio de la Nube Dorada hasta el templo principal. Sus pies no tocarían el suelo en ningún momento; este simple detalle serviría en gran medida para evitar que el abad relacionara al opulento comerciante que hoy lo visitaba con el viajero indigente y de pies doloridos de tantos años atrás. Una voz y un porte distintos, una expresión y una manera de levantar la cabeza diferentes, la rala perilla canosa fijada minuciosamente al mentón y también los pelos sobre el labio superior, los acolchados bajo las ropas para darle un aspecto de opulenta prosperidad y la dentadura falsa, ligeramente sobresaliente, hecha de marfil para encajar como una funda sobre sus dientes auténticos, lo convertían en otra persona. Di estaba seguro de ello porque había probado el disfraz con su primera esposa. Se había acercado a ella por detrás sin que lo oyera, le había hecho una pregunta y la había visto sobresaltarse ante la aparición de un desconocido en la residencia familiar.

Además, reflexionó mientras se acercaban al último recodo del camino, era muy probable que el abad lo mirase con otros ojos, con los reservados a los ricos, ciegos a todo lo que fuera sucio, viejo o gastado.

Cuando llegaron ante la entrada de la enorme propiedad monástica, los criados sacaron la silla y el mercader solitario, el extraordinariamente rico «señor Lao», emprendió el último tramo de la marcha. Esta vez, en lugar de tener que realizar la vertiginosa excursión de años antes, fue transportado por la pronunciada pendiente del camino, que llevaba desde la carretera hasta el valle que daba abrigo al monasterio, por los cuatro hombres robustos que avanzaban con paso firme y cuidadoso. Dejar que otros lo llevaran era siempre una sensación extraña. Requería cierta complacencia que él estaba seguro de no poseer, pensó mientras se sujetaba a los brazos de la silla, pues temía caerse en cualquier momento. No tardaron en llegar a terreno llano. Descorrió la cortina y vio la puerta ante él.

Debajo del dintel, como si hubiera sabido con antelación que llegaba un personaje importante, y con un aire aún más empalagosamente cordial que la última vez que lo había visto, se encontraba el abad de la Nube Dorada. Volvemos a encontrarnos, viejo amigo, pensó Di mientras los porteadores bajaban con cuidado el palanquín hasta dejarlo en el suelo. Descorrió el resto de la cortina y se apeó de la silla.

—Buenas tardes, Santidad —saludó con su nueva voz al hombre que avanzaba hacia él con una sonrisa amplia y acogedora—. Quizá podáis ayudarme. Busco la salvación.

10 Año 662 Luoyang

Los criados lo siguieron mientras deambulaba por la estancia arrastrando los pies. Uno de ellos intentó cerrar las hebillas de la bata matinal que, a pesar de sus esfuerzos, insistía en abrirse a las húmedas corrientes de aire. Sus ojos, oscuros y vivos, lucían brillantes en la ruina pálida de su rostro, aunque los movía con independencia de las correrías agitadas e inconexas de su cuerpo desde la silla al sofá y de allí a la mesa, al escritorio, la ventana y de vuelta a la silla y al sofá.

Tomó asiento y llevó el brazo inútil a su regazo empleando el sano, sin prestar atención al mantón que se deslizaba de sus hombros. Los criados se apresuraron a colocar de nuevo la prenda pero, antes de que pudieran llegar hasta él, ya estaba en pie otra vez, vagando por la habitación.

—¿Es que no podéis mantenerlo quieto, estúpidos? —masculló Wu, descargando el puño sobre la mesa en la que estaban extendidos los brillantes esbozos preliminares—. ¿Cómo puedo enseñarle los planos si no lo mantenéis quieto? —Todavía controlaba su tono de voz, aunque empezaba a subir peligrosamente.

—Hacemos lo que podemos, Su Gracia, pero... —El pequeño eunuco estaba rojo de inquietud.

—Es que él no parece estar aquí, con nosotros, en absoluto —lo ayudó el jefe del personal del Círculo Familiar imperial, más viejo y experimentado.

Mientras tanto, Kao-tsung había llegado hasta el rincón donde se encontraba Wu y se había sentado en una silla cerca del escritorio en el que estaban los planos. Tras colocar el brazo inútil sobre los mismos, apoyó el otro en la mesa descuidadamente, arrugando y desplazando los papeles como si no existieran, mientras sus ojos rehuían los de Wu y parecían dirigir preguntas a las esquinas de la sala.

—Su mente está enferma —declaró Wu de manera terminante, disgustada—. Atadlo ahí.

—¿Qué desea la señora? —preguntó el eunuco jefe, como si no hubiese oído bien.

—Atadlo a la silla —repitió ella, pronunciando cada palabra con exagerado cuidado—. Usad los lazos de la bata, lo que sea, con tal que no pueda levantarse y seguir vagando de un lado a otro.

—Pero, señora —protestó el médico presente—, un hombre en su estado debe ser tratado con suma delicadeza.

—Entonces, serás tú quien lo ate a la silla, con suma delicadeza —replicó ella, imitando la voz del médico con acento fiero—. Y ciérrale esa boca babeante. ¡No quiero verla! —Volvió la cabeza enérgicamente y dirigió una mirada colérica al eunuco jefe y a su ayudante—. ¡Daos prisa!

—Pero, señora... —el médico personal del emperador se sintió obligado a insistir

en la protesta.

—¡Hazlo! —rugió ella. Todos se pusieron en acción.

Mientras Kao-tsung permanecía sentado, los criados empezaron a correr por la estancia para recoger los cinturones de las numerosas batas imperiales esparcidas por ella y para extraer las cadenas de contrapeso de las persianas. Pasaron los cinturones, uno tras otro, al eunuco jefe, quien, entre murmullos, procedió a la compleja y nada envidiable tarea de atar al emperador enfermo, una tarea que su ayudante se vio obligado a compartir. Mientras tanto, sin que Wu reparase en ello, el médico había abandonado la estancia irritado, absolviéndose con vacilante convicción de cualquier responsabilidad en el odioso crimen que se estaba perpetrando contra el Hijo del Cielo.

Cuando los criados terminaron su trabajo, el brazo útil de Kao-tsung estaba atado a la filigrana del costado de la silla, los tobillos a las patas de madera de teca y el cuerpo al respaldo del asiento. Sólo podía mover libremente la cabeza. Los eunucos no tenían valor para amordazarlo, de modo que Wu cogió un pañuelo y envolvió su boca y su mandíbula. Los criados se retiraron mientras Wu se colocaba delante de su esposo. Tomó la cabeza de éste entre sus manos y, con suavidad, la volvió hacia su rostro obligándolo a mirarla.

La expresión de la emperatriz se ablandó cuando posó sus ojos nublados por las lágrimas en los del hombre y dijo con voz cálida y maternal:

—Todo esto es por tu propio bien, ¿sabes? Sólo lo hago pensando en ti. En este estado podrías hacerte daño fácilmente; tropezar con algo que no ves o lastimarte las espinillas contra los cantos agudos del mobiliario. Ahora, fíjate en esto —continuó, con un renovado entusiasmo en la voz, al tiempo que alisaba los papeles que había ante ellos—. Te mostraré lo que he proyectado para mayor gloria de los T'ang y tuya, mi marido y emperador. Tendremos un nuevo Título del Reino y cambiaremos el nombre del palacio. Lo llamaremos P'eng-lai. El historiador dice que en las antiguas leyendas de la dinastía Han, P'eng-lai era una isla de hermosos seres inmortales y árboles de coral en algún lugar de los mares orientales. ¡Una tierra de leyenda! ¡Y nosotros vamos a convertir la ciudad imperial de Luoyang en una auténtica tierra de cuento de hadas!

Por primera vez, le pareció que Kao-tsung le dedicaba toda su atención; la miraba con ojos brillantes y alertas y con el cuerpo atado en una parodia absurda de sumisión.

Año 663

Acompañada de su disminuido esposo, Wu Tse-tien hizo inesperado acto de presencia una radiante mañana de finales de primavera en un espléndido estrado-altar para la consagración de los cuatro Lokapalas guardianes de las puertas que marcaban los límites del terreno que abarcaría el proyecto, con el templo del Jambhala Blanco

en su centro.

Kao-tsung, apoyado en un recio bastón, contemplaba en silencio a los ministros reunidos en el palacio del Trono del Pavo Real. Wu sabía que era la primera vez que el emperador veía los enormes proyectos de construcción de la Ciudad de la Burocracia que ella había impulsado. Ante ellos, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía un mundo de nuevos edificios y, en torno a éstos, un laberinto de paredes a medio levantar, junglas de andamios de bambú, tierra removida, pilas de leña astillada y montones de adoquines hechos añicos, extensiones de ladrillos de pavimentar recién instalados y rimeros de tejas recién cocidas, de porcelanas ornamentales y de figuras de alfarería para los aleros y acroteras de las nuevas construcciones.

El taoísmo, la ideología tradicional de los T'ang, tenía su iconografía ancestral de grullas, tortugas y dragones, ¿pero qué pensarían los funcionarios supervivientes acerca de los grandes Mahasiddhas, los magos tántricos voladores, bañados en oro y con sus extrañas orejas y sus cabezas deformes? ¿Y del Kirittimukha, medio hombre y medio animal, de los Garuda alados y de los Makaras semejantes a reptiles? Toda aquella imaginería formaba parte del reino exótico de Buda y era adecuada para templos y monasterios, pero no tenía cabida en los centros tradicionales del gobierno civil confuciano, se dijeron los ministros (pero en voz muy baja y cautelosa, pues tenían muy presente la muerte «por suicidio» del Consejo de los Seis). Así pues, se limitaban a desviar los ojos o a dirigir su atención a otros temas mientras pasaban ante las formas dotadas de trompas y tentáculos, extrañamente sensuales, que despedían unos insólitos efluvios concupiscentes e inefables.

Wu elevó sus preces para pedir diez mil años de bendiciones sobre los reunidos y luego un *kalpa* mil años— de la paz del Buda del futuro para el imperio de los T'ang. La emperatriz estaba rehaciendo el mundo de los hombres y dando nueva forma al universo. Y, mientras lo hacía, Kao-tsung permanecía a su lado con su silencio impasible y con el brazo inútil metido en una manga cosida a la cintura para que la extremidad no colgara de forma indecorosa.

—Pero es todo uno con el universo, majestad imperial —dijo el joven de tez oscura, baja estatura y cuerpo delgado pero fuerte, mientras daba airoas vueltas con los brazos extendidos. Al girar, sus ropas se levantaban dejando a la vista unas pantorrillas musculosas y torneadas. Aunque se lo veía muy fuerte, el hombre resultaba sorprendentemente ágil, ligero y fluido; algo que Wu había advertido desde el primer momento—. Yo obtengo mi poder del universo y este poder me devuelve ciento por uno —continuó, pero se detuvo rápidamente mientras sus brazos ondulaban en el aire como si atrajeran una fuerza mágica a través de las yemas de sus dedos y sus largas trenzas se agitaban en torno a sus facciones morenas y atractivas—. Y, así, mi crecimiento se suma al suyo, de modo que el universo y yo nos

acrecentamos mutuamente. Es un poder y un estímulo ilimitados que penetra el espíritu y los conductos corporales.

El individuo se pasó las manos de arriba abajo por su amplio pecho y las detuvo en las caderas de modo que la tela de la túnica se le pegó al cuerpo poniendo de relieve sus proporciones. Extendió los brazos al frente otra vez y empezó a deambular por la estancia con gestos lentos y majestuosos, como si estuviera ocupado en algún extraño ritual que imitaba el pavoneo de un ave. Wu siguió con la vista la extraña procesión mientras los ojos del hombre lanzaban breves miradas, inesperadas y centelleantes, al rostro de la emperatriz y se desviaban enseguida hacia algún punto distante e impreciso.

—Nosotros sondeamos en el infinito, majestad, buscamos en las incontables formas de la naturaleza y entramos y salimos de este mundo desplazando nuestro espíritu sin más esfuerzo que el de una vieja al retirar la tetera del fuego.

El hombre había contado a Wu que era un *gomchen*, un sacerdote de magia tántrica, y que pertenecía a la Nagaspa, una secta tibetana muy rara y misteriosa, aunque él era un indio de Ghandara. También le había dicho que había acudido a estudiar ciertos temas en las bibliotecas imperiales, aunque Wu tenía sus dudas al respecto puesto que las bibliotecas imperiales, aunque bien provistas en los temas del budismo indio, estaban vacías todavía de fuentes documentales del tantrismo tibetano. La emperatriz no se tomó demasiado en serio nada de lo que decía el joven acróbata, pero se avino gustosamente a discutir con él sobre temas abstrusos. Y contempló al joven con agrado.

Wu había dispuesto lo necesario para que el hombre visitara la biblioteca de sus aposentos privados varias veces por semana. Allí, él le explicaba el significado de antiguos textos sagrados y de rituales místicos, le contaba la historia de éste o aquel monasterio *gompa* influyente o de algún sabio *rimpoche* legendario por su fervor, o de algún *gomchen* afamado, y le hablaba de los fantasmas y de la mente, de las alucinaciones y de la realidad y de la resurrección de los muertos. Evocaba remotos mundos montañosos y conjuraba escenas de batallas con demonios —reales o imaginarios, aunque él afirmaba que no existía diferencia— que tenían lugar en esos escenarios desolados.

Y bailaba; «con la fuerza de un tigre y la ligereza de un pájaro», se vanagloriaba ante Wu sin el menor asomo de modestia en sus ojos profundos y luminosos. A continuación, empezaba a dar saltos y giros por la estancia en una especie de fervor extático tal que los criados recibieron la orden de arrimar mesas y estanterías a las paredes y de recoger las alfombras antes de sus visitas.

A pesar de sus sospechas de que el estado de trance del hombre era sólo una actuación teatral elaborada a conciencia y bien representada, Wu reconoció su mérito. Si lo que tenía ante ella era un reflejo de cosas que el hombre había presenciado en

lugares lejanos y exóticos, poco importaba si su «posesión» era falsa. Impostura o no, la actuación la fascinaba. Pero, por encima de todo, a la emperatriz le resultaba profundamente halagador que el forastero se esforzara de aquel modo por impresionarla. Wu notó que volvía a fluir por su ser la vitalidad y la energía.

—Majestad, soy un *lung-gom-pa* —anunció con artificiosa premura entre varios animados giros sobre las puntas de los pies—. ¿Sabéis qué significa eso?

El hombre arqueó el cuello grácilmente y dejó que sus brazos y sus manos, extendidos al frente delante del rostro, siguieran el rítmico batir de unos tambores que sólo él podía escuchar. A juzgar por su expresión, la concentración en que estaba sumido era tal que no tenía el menor interés en cualquier posible respuesta de Wu. Esta no respondió; se limitó a mostrar una tímida sonrisa y esperar. El hombre continuó su danza mientras añadía:

—Es una práctica antigua y poco conocida. Dudo de que en todo el imperio haya alguien que conozca la respuesta. ¡Pero, naturalmente, a la emperatriz de la China le será revelada!

Se lanzó hacia delante como un espadachín, con un brazo dirigido al frente, como si lanzara una estocada a un demonio con su daga *phurba* ritual. A continuación, echando hacia atrás enérgicamente el brazo del arma imaginaria y con expresión victoriosa, extrajo la «hoja» de la garganta atravesada del demonio, se impulsó hacia arriba y giró sobre sí mismo varias vueltas, con los pies a buena altura del suelo. Wu estudió el perfil bien formado de su esbelta cintura y de sus nalgas firmes y pensó de nuevo que era el joven más agraciado que había visto.

—El adiestramiento en la antigua práctica del *lung-gom* —continuó explicando— se inició en el lejano *gompa* de Shalu. Mediante una preparación profunda y rigurosa, el *naljopa* adepto adquiere la ligereza y la velocidad de un caballo.

—¡Ah, un caballo...! —murmuró ella.

—Sí, pero con mucha más resistencia, mi señora. El *lung-gom-pa*, el que ha asimilado el *lung-gom*, puede correr y saltar sin parar durante días. Puede atravesar en dos días, sin detenerse, lo que llevaría dos semanas recorrer a quien no está versado en él. El que domina esta práctica puede correr por las planicies cubiertas de hierba del Tíbet en un estado de trance meditativo durante días y días sin parar, mientras el trance no se interrumpa. Su cuerpo es tan ligero que la carrera se convierte en saltos y éstos en pura levitación.

—¿Días y días? —repitió Wu—. ¡Extraordinario! Y, sin duda, todo eso tiene un gran propósito. ¿Me equivoco? —preguntó con suavidad, estudiándose la mano con el capuchón de brillantes piedras preciosas en el dedo corazón.

—Por supuesto —asintió él, y sus ojos se clavaron en los de la emperatriz resueltamente—. Existe, como decís, un gran designio en todo esto. —La mirada de Wu siguió la mano del hombre, que trazó unos gráciles arcos en el aire y luego se

detuvo sobre su pecho—. El corredor *lung-gom* se ejercita en tal perfección física con el fin de poder realizar una tarea muy importante: llevar una invitación al diablo Shinjed, el Señor de la Muerte, y a sus demoníacos secuaces. —El joven iniciado se detuvo tras un airoso giro y, con el mismo movimiento fluido, terminó apoyado en uno de los taburetes recamados, al otro lado de la gran mesa de la biblioteca tras la que se hallaba la emperatriz—. Veréis, señora, éste es un rito que debe efectuarse cada doce años. Shinjed y sus discípulos matarían a todo ser vivo en la tierra para satisfacer su hambre insaciable. Los primeros magos se vieron obligados a convencer al dios maléfico para que aceptara en su lugar una cena de infinito número de pájaros inmateriales que ellos conjurarían y pondrían en su boca. Pero el dios Shinjed ha reunido un buen puñado de discípulos durante este tiempo y el emisario tiene que recorrer grandes distancias hasta diversos rincones del norte del Tíbet para invitarlos uno a uno a la cena de sacrificio de las palomas fantasmales. Una vez saciados los demonios sanguinarios, la humanidad está a salvo durante once años más.

—¿Y las invitaciones deben ser cursadas por emisarios mágicos? —preguntó Wu—. ¿No bastaría con un hombre a caballo?

—¡Tal cosa ofendería la dignidad del demonio, mi señora! —contestó el joven sin alterarse.

—¡La ofendería! —repitió Wu—. Y tú... ¿Eres uno de esos corredores *lung-gom-pa*?

—Sí, señora —afirmó él, irguiéndose con orgullo—. Y de excepcional resistencia. Se trata de una práctica que procede de aprender a controlar el «aire interior». Creo que los chinos denominan a ese «aire» *ch'i*. —Hizo una pausa, cerró los párpados y, con una mueca de felicidad, hizo una profunda inspiración hasta llenar los pulmones con la sustancia vital. Después, abrió los ojos y miró fijamente los de ella—. Cuando me pongo en marcha, no descanso en días. No cambio el paso. No me inclino jamás, sino que me mantengo erguido y activo hasta que he terminado el trabajo y todas las partes están plenamente satisfechas.

—Estoy segura de ello y me encantaría verte en acción. —Wu le miró con aire retador y recorrió el contorno de sus labios con la yema del dedo—. ¡Sin duda, sería muy instructivo!

Kao-tsung sabía que había perdido mucho tiempo. Wu había estado ocupada. Muy ocupada.

Durante su enfermedad, flojo y descuidado, bajó la guardia, y Wu llenó aquellos momentos con proyectos y tomó diez mil decisiones sin contar con él. Y esta vez no tenía a su lado a sus consejeros. Pero no estaba completamente desamparado. Su silencio era un arma formidable, que blandía desde lo más profundo de su ser.

Ya no pronunciaba jamás una palabra. Ni siquiera cuando estaba solo.

Su silencio era una especie de promesa, un regalo que se hacía a sí mismo. Era un

lujo, un lugar al que podía retirarse y desde el cual podía observar desde una distancia segura todo lo que le sucedía y a todos los que le rodeaban.

Ella, por supuesto, odiaba aquel silencio, pero no podía ponerle remedio. Kao-tsung no quería volver a oír su propia voz. Era como si en su interior se hubiera quebrado una cuerda que separara sin remedio su voluntad de su lengua. Se encontraba cada vez más cómodo en su silencio. Era la mejor protección contra ella.

El emperador había dejado de considerarla su esposa; era una excrescencia que le había salido y que debía ser combatida. Wu era la manifestación de todo lo que él no era, de todo lo que había descuidado. Era fuerte y poderosa porque él no lo era. Por eso tenía que mantenerse en silencio: las palabras eran la ventana abierta, la puerta entornada, la grieta en la pared a través de la cual ella podía colarse y mediante la cual accedería a su escondite privado.

Se despojó de la bata matinal hasta la cintura y luego la dejó resbalar hasta el suelo, donde formó un bulto blando en torno a sus tobillos. Se apartó de la ropa, completamente desnudo; quería estudiarse en la pulida superficie del gran espejo ovalado, colocado junto al diván, y observar el grado de debilidad en el que había caído. Tenía el rostro demacrado; toda la energía que había en él se había ablandado con los músculos. Con la yema del dedo, tiró del párpado inferior hacia abajo, primero en el ojo derecho y después en el izquierdo. Tenía la córnea amarillenta e inyectada de sangre; como un viejo vagabundo, pensó. Le pareció que le proporcionaban una cierta seriedad y dignidad, aunque los médicos que habían acudido a leer los signos de su lengua y de sus ojos aquella mañana le habían asegurado que el blanco de éstos recuperaría su color normal.

Aunque la comisura derecha de sus labios ya no le colgaba de forma tan acusada, aquella mitad de su rostro estaba ahora torcida permanentemente. A Kao-tsung no le gustó en absoluto, aunque la certeza de que le proporcionaba una mueca burlona perenne le producía una extraña satisfacción.

El brazo derecho le colgaba flojo e inútil y en el hombro se le había formado un hueco. Pero su brazo bueno era fuerte y se hacía más potente cada día que pasaba. El mismo se había preocupado de ello, insistiendo en todas las ocasiones posibles en que los criados le dejaran servirse el té, echar el agua en la jofaina y ponerse la ropa, por difícil que le resultara hacerlo al Hijo del Cielo.

Aquella mañana, a pesar de su rostro macilento y de su brazo colgante, se sentía renovado y lleno de determinación y había despedido a su viejo maestro de *t'ai chi* antes de lo habitual. Quería ver por sí mismo qué sucedía a su alrededor, y que su escolta de la guardia del palacio de Yu-lin no lo estorbara. Si insistían en seguirle, los guardias deberían mantenerse a distancia y fuera de la vista del emperador. Su energía e interés renovados le hacían sentirse otra vez como un muchacho en busca de aventuras. El aire era fresco y vigorizante y le hablaba en susurros de cosas

inexploradas. Y esta vez iba a explorar un mundo que era nuevo para él: su propio palacio.

Aunque mudo, no había estado sordo. Kao-tsung había oído muchos rumores sobre toda suerte de extrañas actividades religiosas. Por supuesto, conocía todos aquellos proyectos de reconstrucción y cambio de nombre de edificios, pues le habían forzado a asistir a la exposición de muchos de ellos. Pero eran otras las historias que le interesaban: comentarios poco creíbles acerca de la emperatriz, de su madre y de las actividades «espirituales». Y por las zonas públicas del complejo palaciego deambulaba toda clase de ascetas religiosos; las dependencias estaban infestadas de monjes, abades, anacoretas y otros devotos que andaban de un lado para otro con sus plegarias, sus murmullos y tarareos incomprensibles, los cantos y los rezos de sus letanías en sus extraños idiomas. Desaparecidos sus consejeros, el mundo al que volvía Kao-tsung había cambiado mucho; desde luego, el palacio era muy distinto del que había conocido. Wu se había encargado de ello.

Cuando salió al largo pasillo que conectaba los aposentos imperiales, los salones del trono y las bibliotecas privadas de la familia real, el propio aire le pareció cambiado, distinto. El emperador estaba excitado ante la perspectiva de descubrir lo que había más allá. Miles de dependencias, algunas que no visitaba desde hacía meses, otras, años enteros. Las había que no pisaba desde la infancia, e incluso algunas que no había visto jamás. Pero se disponía a cambiar aquello. Durante el periodo de su alejamiento de la vida, de su enfermedad y su retiro, había tenido la impresión de que las febriles actividades de la emperatriz se producían muy lejos. En cambio, aquella mañana, Kao-tsung se sentía profundamente interesado por todas las cosas.

Se detuvo en mitad del largo pasillo, apoyado en su recio bastón. Contempló el corredor de baldosas negras, enceradas y brillantes, y de maderas bellamente talladas. Aspiró el aire viejo y acre. El olor más intenso y el primero que le llegó fue el de la laca y los aceites que impregnaban la marquetería y los muebles. Era el aroma más familiar y poderoso para él, el aroma de su vida, e hizo una profunda inspiración. Pero detectó algo más, algo extraño y nuevo; una nota dulzona de incienso, extrañamente deslustrada por un ligero olor a moho. Además de éste último, había algo más, algo tan sutil que le habría pasado inadvertido en sus días de salud y vigor, pero que ahora se revelaba a sus sentidos agudizados: la esencia fría y húmeda de la piedra.

Se asombró. El olor del aire lo decía todo. ¿Por qué no lo había advertido antes? Era una metáfora completa y perfecta de la existencia: en primer plano, obvios y penetrantes, estaban los olores brillantes y apetitosos de las ceras y aceites: los barnices de la civilización. Debajo estaban los efluvios, no desagradables, que nos hablaban en susurros de los primeros trances de la muerte, pero que aún estaban vivos

y procedían de la vida: el moho, mezclado con los aromas exóticos de perfumadas ofrendas rituales. Este, reflexionó, era el lado humano de la muerte, percibido desde la atalaya de la vida. Kao-tsung hizo una nueva inspiración y se concentró. Por último, había aquello otro, el olor por debajo de todos los demás, subterráneo y profundo como el interior de una sepultura: la emanación fría y húmeda de la eternidad, de la piedra. Aquél era el aspecto letal de la muerte.

Kao-tsung oyó ruidos procedentes de la biblioteca de la familia imperial, cuyas puertas estaban cerradas. Se colocó entre las dos puertas que se abrían al pasillo y acercó el oído, apoyándose en el bastón; todavía no estaba completamente seguro sobre sus pies. Esperó. Durante largo rato no captó más sonidos que unas voces lejanas y unos pasos distantes, pero luego se oyeron unos gemidos suaves y apagados, una voz de mujer, unos jadeos más roncós, una voz de hombre, unos sonidos confusos, el chirriar de las patas de un mueble de madera al ser arrastrado sobre las baldosas, una respiración profunda y más jadeos, como si alguien intentara mover otro objeto pesado. Hubo un breve silencio que dio paso a la respiración acelerada de una mujer. Kao-tsung prestó atención. Pronto, unos gruñidos masculinos se unieron a los jadeos de la mujer; después, los dos sonidos se acompasaron en un ritmo creciente, y entrecortado.

El emperador se sintió irritado y, a la vez, lascivamente intrigado. Aquélla había sido la biblioteca de su padre y, antes, de su abuelo. Puso la mano en el tirador, titubeante. Los guardias que le escoltaban a discreta distancia habían visto su vacilación y avanzaron en silencio hasta las puertas de la biblioteca. Kao-tsung movió la cabeza ordenándoles que se apartaran. Su gesto les dijo que no era nada importante y un destello en la mirada les indicó que el placer, fuera cual fuese, era privilegio suyo. ¿Una criada con un sirviente, tal vez? ¿Una concubina de alto rango con acceso al círculo íntimo del emperador? Evidentemente, el sirviente no era ningún eunuco; ¿pero quién...?

La voz masculina estaba ahora tensa de esfuerzo mientras los gemidos entrecortados de la mujer estallaban en abiertos gritos de agonía y deleite; algo pesado, de madera, golpeaba con fuerza la pared como acompañamiento, con un ritmo frenético. El hombre gimió; la mujer gimoteó con él.

Kao-tsung movió el tirador y abrió la puerta de un silencioso empujón. La pareja estaba encima de la gran mesa de la biblioteca, el hombre, de espaldas a la puerta. Estudió el abrazo con interés. Las nalgas prietas, oscuras y musculosas que se contraían y empujaban, se relajaban y retrocedían, para volver a empezar. Dentro, fuera. La pareja ya no podía contenerse; el ritmo le dijo al emperador que los amantes se correrían juntos muy pronto. No lo habían visto. Les dejaría terminar antes de echarlos al pasillo sin sus ropas. Sería suficiente castigo con eso.

Las suaves piernas femeninas se cerraron con más fuerza en torno a la cintura del

hombre. Los hombros bien definidos de éste se levantaron y las nalgas se contrajeron de nuevo en una última embestida. Los delicados pies blancos de la mujer se deslizaron hasta la rabadilla del hombre y se detuvieron con un largo estremecimiento final. Estaba llegando al clímax mientras las nalgas de su amante continuaban contrayéndose y relajándose en un garboso arco. El hombre era experto, apreció Kao-tsung; sabía lo que se hacía.

La mujer se detuvo. Había quedado satisfecha. Entonces, su mano se deslizó por la espalda de su amante y Kao-tsung vio un destello de color en la punta de su dedo corazón; hipnotizado, el emperador vio que la mano descendía hasta acariciar el «saco de nueces» del hombre, cuyas nalgas se contrajeron formando firmes arrugas en su carne. Con violentos espasmos que lo hacían penetrar más y más profundamente en ella, el hombre descargó también. Después, se dejó caer, agotado, sobre la mujer.

El emperador entró en la biblioteca y avanzó hasta el «lecho» de los amantes. En aquel instante, las miradas de Wu y de su marido se encontraron. El hombre, fuera quien fuese, no alcanzó a mirar más allá de las chinelas del emperador; al momento, se quedó paralizado como si se hubiera vuelto de piedra. Desvió el rostro y mantuvo la vista fija en el suelo, como si esperara que en cualquier momento le cortaran la cabeza.

Kao-tsung descargó el recio bastón sobre el suelo de madera con ferocidad, haciendo un ruido tremendo. Cuatro hombres de la guardia de palacio irrumpieron en la biblioteca, tropezando unos con otros y con sus propias armas, a medio desenvainar, y contemplaron con asombro y confusión los cuerpos entrelazados sobre la mesa. Kao-tsung señaló hacia allí sin una palabra, con los ojos llameantes de ira.

—¡Matadlo! —ordenó el capitán de la guardia, mientras dirigía su lanza hacia el cuerpo oscuro y musculoso del indio desnudo. Pero Kao-tsung lo interceptó con su brazo bueno y dijo que no con la cabeza mientras movía la boca tratando de hablar. Señaló enérgicamente a la emperatriz. ¿Por qué clase de hombre lo tomaban? ¿Acaso pensaban que era como ella? ¡No es preciso matar al hombre seducido por la emperatriz, pues mal podía resistirse a sus deseos!, intentó expresar con enérgicas gesticulaciones. ¡Echadlo fuera y matadla *a ella!*, señaló.

Los guardias lo entendieron. Apartaron bruscamente de Wu el cuerpo sudoroso del joven nagaspa y lo empujaron al pasillo, desnudo. Kao-tsung escuchó las pisadas del hombre que huía a la carrera para poner su vida a salvo.

Después, se volvió hacia Wu.

Ella, perpleja, seguía en la postura en que la había dejado su amante. A Kao-tsung le invadió la rabia. La visión de la emperatriz desnuda, con las piernas abiertas, las rodillas levantadas, el cuerpo vulnerable y reluciente de sudor, lo enardecía más todavía. Wu le devolvió la mirada con descaro, juntó las piernas y empezó a

incorporarse sobre los codos, pero él la forzó a tenderse otra vez. Ella pugnó por levantarse. En esta ocasión, él le cruzó el rostro de un fuerte revés. La cabeza de Wu se volvió a un costado al tiempo que su espalda caía plana sobre la mesa. Kao-tsung volvió a golpearla. Ella no dijo nada ni ofreció resistencia. Dos pequeños regueros de sangre se entrecruzaron bajo las ventanas de su nariz. Él la miró fijamente. Ella se incorporó hasta quedar sentada, con ojos desafiantes.

—¿La matamos ahora, Padre Imperial? —preguntó el capitán de la guardia, con el arma preparada. Kao-tsung levantó la mano y ordenó al hombre que esperara. Sólo tengo que indicarlo, dijo a Wu con la mirada. Un gesto. Y nadie preguntará nada. No tengo que tramar nada. Ningún plan retorcido. Puedo matarte o exiliarte de por vida a los más lejanos confines de la tierra. Es lo mismo.

Ella hizo un movimiento para cubrirse con alguna prenda, pero él se la arrancó y contempló el vello negro y brillante y la carne tierna abierta allí, la blancura perfecta de sus ingles. La rabia ardió en su pecho y, al momento, se convirtió en otra cosa. Su cólera se desplazó, se concentró en su bajo vientre como ascuas al rojo. Apretó los puños, la vista se le nubló y la respiración se le aceleró. Su cuerpo se agitó sin que él lo deseara. Su mirada fue de la cintura de Wu a sus ojos y, como siempre, encontró en ellos el desafío. En aquel momento, la cólera era deseo y el deseo era cólera. Se sintió excitado como no alcanzaba a recordar y su respiración se hizo más áspera y ronca. Se volvió a los guardias y los vio allí plantados con los ojos desorbitados y las armas flojas a los costados, contemplando a su reina desnuda.

Bajadla de la mesa, indicó con un gesto enérgico. Los hombres dejaron las lanzas y cogieron a Wu por las axilas. De improviso, ella los atacó. Su pie golpeó en la entrepierna del guardia colocado a su izquierda y el hombre cayó de rodillas entre alaridos, con las manos en la zona del impacto. La emperatriz se desasíó del otro escolta pero, en ese instante, un tercero se sumó a la refriega y entre los dos hombres la agarraron por los brazos y la forzaron a retroceder hacia las inestables estanterías de libros. Wu se puso a patalear de nuevo, pero los guardias no la soltaron. El hombre alcanzado por el golpe continuó rodando por el suelo entre gemidos mientras el capitán de la escolta levantaba la lanza otra vez, pendiente de la orden del emperador. Kao-tsung estaba galvanizado. La visión de Wu luchando, desnuda, contra los guardias palaciegos lo había excitado hasta el punto de resultar una tortura exquisita, extrema.

—Cerdo inválido —chilló Wu a su esposo—. ¿Es todo lo que puedes hacer? ¿Ordenar a estos imbéciles matones tuyos que me acosen como a un animal? ¿Se te ha quedado tan marchito el cerebro como tu «hermano calvo»? —añadió burlona.

Lanzó de nuevo los pies y acertó al capitán de la guardia por encima de ambas rodillas. La lanza del hombre cayó al suelo con estrépito. Los otros dos soldados levantaron los brazos de Wu muy por encima de su cabeza y tiraron de sus muñecas

hacia atrás, contra el estante superior de la librería.

—¡Un emperador estúpido e impotente que manda llamar a sus perros amaestrados para que actúen por él porque es incapaz de hacer nada por sí mismo! ¿Acaso pensaste que iba a consumirme anhelando tener de nuevo tu sexo? ¡No iba a esperar mientras seguías en ese maldito silencio babeante! —gritó Wu al techo.

Kao-tsung se sentía mareado a causa de la sangre que corría de su cabeza hacia la parte inferior de su cuerpo. Señaló el suelo. La orden era clara.

Wu se resistió empujando con los pies y llevando el cuerpo hacia atrás hasta que todos —guardias, ella misma y estanterías— cayeron al suelo. Los hombres se colocaron encima de ella mientras la emperatriz lanzaba patadas y trataba de desasirse. Finalmente la tendieron en el suelo entre los volúmenes esparcidos. El capitán le separó las piernas mientras los otros dos, sin dejar de sujetarle los brazos, colaboraron con su jefe inmovilizándole entre las suyas.

—¡Asquerosos cerdos impotentes! ¡Puercos repulsivos! ¡Perros! —aulló ella.

Kao-tsung arrojó su bastón, se quitó la ropa y se colocó ante ella, desnudo. Su miembro erecto, reluciente y púrpura, vibraba con cada latido. Hizo otro gesto, señalándose la boca; una vez más, los guardias lo entendieron. Wu, también. Soltó un escupitajo y lanzó una mirada furibunda. El guardia pateado, que seguía en el suelo gimiendo y meciéndose adelante y atrás, se movió para cumplir la muda orden del emperador. Se levantó a duras penas y se arrastró encorvado hasta el diván, donde yacían revueltas las ropas de los amantes. Con un gemido de dolor, cogió uno de los ceñidores de la emperatriz y lo depositó en la mano extendida del capitán. El capitán acercó el ceñidor de grueso satén a la boca de Wu.

—¡Haré que os descuarticen a todos! ¡Os haré despedazar! ¡Os castraré! ¡Os ahogaré y os descuartizaré! ¡Os echaré a los perros!

Por fin, quedó amordazada, pero no antes de dar un buen mordisco en la mano al capitán. El hombre lanzó un grito y se llevó el dedo herido a la boca mientras el otro guardia, el que había recibido la patada, hacía cuanto podía por terminar el trabajo de taparle la boca a la emperatriz.

Kao-tsung se inclinó y le introdujo el resto del ceñidor en la boca con su propia mano; apoyado en el brazo bueno, se colocó entre sus piernas. Con un empujón brutal de las caderas, la penetró mientras los guardias miraban como si fueran a caérseles los ojos de las órbitas.

La penetró con toda la energía que pudo, y movió la pelvis violentamente una decena de veces; después, hizo una pausa y se mantuvo inmóvil, saboreando la sensación del cuerpo de Wu retorciéndose bajo el suyo mientras sus ojos negros enfurecidos lo taladraban por encima de su boca tapada, y el placer creció dentro de él con dolorosa intensidad. Se sintió a punto de vaciarse y luchó por contenerse.

Y entonces, habló. Su voz, que nadie había oído desde hacía meses, llenó la

biblioteca y lo sobresaltó tanto como a Wu y a los guardias. Y cada sílaba fue acompañada de una violenta acometida.

—Las ciudades que construyen los hombres inteligentes las hacen caer las mujeres astutas —proclamó con voz ronca, repitiendo las palabras del Libro de Odas.

A continuación, sus ojos se cerraron y su rostro se acercó al de ella hasta que notó en la mejilla fría y sudorosa el aliento cálido que escapaba de la nariz de la emperatriz. A pesar de sí misma, Wu también cerró los párpados mientras la rabia acumulada en tantos meses de silencio se descargaba dentro de ella.

11 Año 662 Yangchou

—La salvación no es un asunto tan sencillo, maese Lao —dijo el abad mientras avanzaba despacio, pensativo, con una mano solícita en el codo del visitante—. No existe ninguna fórmula preestablecida, ningún ritual infalible, ninguna jaculatoria cuya repetición asegure la entrada en el paraíso. Es más bien como un conjunto de prendas de vestir. Las que a uno le sientan bien pueden resultar completamente inadecuadas para otros. Si quieres que te ayude debes abrirme tu mente y tu corazón. —Anduvo unos pasos en silencio y añadió—: Si estás dispuesto a ello...

Dejó la frase a medias al tiempo que entraban en el enorme Gran Salón.

Di recordaba la opulencia del lugar de su anterior visita, pero el brillo del oro resultaba casi cegador en esta ocasión. Los cuatro bodhisattvas seguían sentados con las piernas cruzadas en estado contemplativo, pero tras ellos la pared tenía ahora muchas hornacinas pequeñas, en cada una de las cuales se había instalado una figurilla de oro de Buda. Las otras paredes también tenían pequeños nichos, vacíos de momento, pero era evidente que el abad se proponía llenarlos.

—Estoy completamente dispuesto, vuestra gracia —respondió Di, fingiendo que apenas reparaba en el esplendor que lo rodeaba—. No habrá secretos.

Captó el leve suspiro de satisfacción del abad al escuchar sus palabras. Di estudió con curiosidad al extraño hombrecillo mientras llegaban a una puerta que el abad abrió con un gesto ampuloso. Era la misma puerta por la que el hombre había desaparecido años atrás, cuando Di había acudido al monasterio de la Nube Dorada vestido como un pobre campesino, en su búsqueda de un indio escurridizo, después de la extraña visita a la casa del asesinado ministro de Transportes. La última vez que Di había visto al abad, éste lo había dejado arrodillado ante la estatua de Kuan-yin, haciendo ofrendas a los pies indiferentes de la diosa.

Cómodamente sentado en los aposentos privados del abad, «maese Lao» aceptó el té que le ofrecía su amable anfitrión.

—De poco serviría, sin duda —decía el abad—, darte un fajo de plegarias, hacerte entonar unas palabras de sonido impresionante y despedirte. Lo cual, me temo, es precisamente lo que algunos de mis colegas estarían inclinados a hacer. Yo, no. Yo me tomo muy en serio la presencia de un hombre que viene a pedir guía espiritual de algún tipo. Mi conciencia no me permitiría tratar ningún asunto, por nimio que sea, sin volcar en él toda mi atención —aseguró mientras se servía un tazón de té, recogía las ropas en torno a sí y tomaba asiento.

Salvo, naturalmente, estuvo a punto de replicar Di, que quien acudiera a él vistiera ropas andrajosas y llevara los bolsillos vacíos, como había sucedido en su anterior encuentro.

—Eres un hombre de gran complejidad —continuó el abad con tono congradiente

—. Sólo con mirarte me doy cuenta de ello. Advierto que has llevado una vida variada e interesante. Quien está sentado ante mí no es un hombre corriente.

Sí, pensó Di, eres un tipo muy astuto... un tipo que sabe que el modo más rápido de hacer que un hombre hable de sí mismo es halagarle.

—Mi vida tal vez ha sido... demasiado rica, demasiado variada —respondió con voz pesarosa.

—No dudes en contármelo todo —lo instó el abad—. Yo no he sido siempre el asceta sencillo que tienes ahora ante ti. También he vivido —añadió en tono confidencial—. Aunque percibo en ti unos grados de profundidad que alguien como yo no podría conocer jamás. Con la vida que ahora llevo, rodeado sólo de hombres, resulta posible a veces olvidar... —Se encogió de hombros—. Nunca llegué a casarme —continuó—, aunque ello no me privó de la experiencia. Sí, tuve una vida mundana. Igual que tú, sin duda. —Tras esto, levantó la vista e inquirió—: Eres un hombre casado, ¿verdad?

—¡Oh! Sí, desde luego. —Di se asombró del extraño giro que estaba tomando la conversación.

—Pero tu experiencia no se limita al matrimonio, supongo.

—No, no del todo —respondió Di con cautela.

—¿Sabes?, tengo una teoría —dijo el abad—. La vida terrenal es un océano grande y profundo en el que nadamos. En ese océano, o bien nos movemos para siempre en sus profundidades más oscuras, sin hacer caso de la luz mortecina que penetra las tinieblas desde arriba, o queremos más de esa luz y empezamos a nadar hacia ella. En este mar de la vida —continuó, bajando la voz—, nadamos más hondo y nos despreocupamos más del débil rayo de luz procedente de las alturas cuando participamos de... de la comunión de la carne. —Se humedeció los labios—. ¿Y quién puede culparnos por ello? —se apresuró a añadir—. ¿Quién puede recriminarnos? Esos momentos de dicha terrenal, ¿no son acaso una luz efímera en la oscuridad? ¿No creemos que la luz brilla de lleno en esos momentos? ¡Ah, sí! —Tomó asiento, aparentemente sumido en reflexiones—. Dime, maese Lao, ¿tú y tu esposa... o esposas...? —dirigió una mirada interrogativa a su invitado.

—Esposa —respondió Di, recordando que todos los ahogados habían tenido una sola.

—¿Y tú y tu esposa todavía sois... digamos... compatibles?

Di no sabía cómo tomar aquello. Meditó unos instantes.

—Cuando éramos jóvenes, nada podía separarnos. Pero el tiempo y la convivencia se han cobrado su precio... aunque, de vez en cuando, todavía podemos...

—¡Ah, sí, el tiempo y la convivencia! Los mayores enemigos del amor terrenal —comentó el abad—. Pero, sin duda, estarás al corriente de los diversos remedios que

tiene la virtud de restaurar la pasión...

—¿Remedios? —preguntó Di, cauto.

—¡Sí, claro! Remedios de todo tipo: desde romper viejas costumbres hasta poderosos elixires para poseer una nueva mujer. —El abad hablaba con entusiasmo—. ¡Hay maneras, amigo mío! ¡Hay maneras! Yo mismo, una vez, fui proclive a, simplemente, encontrar nuevas mujeres como la mariposa vuela de flor en flor cuando ha libado su néctar.

—¡Vaya! —murmuró Di.

—Por supuesto —se apresuró a añadir el abad—, eso ocurría antes de que tomara los hábitos.

—Por supuesto —asintió el magistrado secamente.

—Las mujeres son criaturas interesantes —prosiguió su interlocutor—. Un hombre creerá que conduce a una mujer cuando, en realidad, es ella quien lo dirige a él. Estoy seguro de que comprendes a qué me refiero, ¿no? —Su expresión se hizo casi socarrona.

—Bien, podría decir que me he encontrado...

—Ella te conduce a las profundidades, amigo mío —lo interrumpió el abad con los ojos brillantes y los labios húmedos—. Te arrastra a las tinieblas. Te aparta de la luz. Pero es dulce mientras sucede, ¿no es verdad? Sí, muy dulce. Esa fue una de las razones por las que huí de la vida secular. Era susceptible, era muy impresionable. Pero no estamos aquí para hablar de mí, ¿verdad? Eres tú, amigo mío, quien merece toda mi atención.

Di aguardó, fascinado, lo que vendría a continuación.

—Eres un hombre de posibles, eso es evidente —dijo el abad—. ¿Puedo preguntar cuál es la fuente de tu prosperidad?

—Soy importador y proveedor de maderas raras —respondió Di—. Cualquiera día de la semana, diez de mis barcazas como mínimo se mueven por la red de canales.

—Ah, sí —comentó el abad, pensativo—. Posees riquezas, lo cual significa que estás involucrado en el mundo y en todas las cosas mundanas. A diferencia de mí, que llevo una vida austera y ascética dedicada a la contemplación del infinito —añadió, como si no acabaran de cruzar una sala tan deslumbrante de oro que uno podía quedar virtualmente cegado por su resplandor y como si no estuvieran sentados en unos aposentos privados tan confortables y bien provistos como la casa de cualquier rico mercader.

—Es cierto —contestó—, soy rico. Pero lo que anhelo de verdad es otro tipo de riquezas.

—Entonces, tenemos que dirigir esos anhelos.

—En realidad —añadió entonces el falso comerciante—, he pensado en dejarlo todo y convertirme yo mismo en monje. Viajar a la India, tal vez, para peregrinar,

estudiar y rezar.

Estudió con atención el rostro del abad para apreciar cualquier posible reacción, pero encontró poco más que disgusto.

—Muchos han optado por lo que dices, por supuesto —apuntó el abad casi con desdén—. Pero el hecho de vestir un hábito de tela áspera y derramar cenizas sobre tu cabeza no es ninguna garantía de alcanzar el paraíso. Resulta más difícil, me temo. Hay otros caminos. Te ruego que me permitas guiarte. Creo sinceramente que puedo ayudarte.

Di dejó escapar un suspiro calculado para hacer pensar al abad que «maese Lao» estaba profundamente agradecido de poder descansar su carga en otros hombros.

—Primero, permíteme una pregunta. Cuando tienes... hum, digamos... relaciones con tu esposa, ¿alcanza ella la... hum, la satisfacción completa? —Di notó que se sonrojaba abiertamente ante aquella pregunta tan personal, aunque era al ficticio señor Lao, y no a él, a quien la formulaba el abad. Contempló con creciente curiosidad el rostro de éste, que esperaba con atención su respuesta—. No te sientas avergonzado —añadió con tono tranquilizador—. Lo pregunto por muy buenas razones. Y no olvides que una vez fui...

—Sí, sí —se apresuró a decir Di—. Un hombre de mundo. Para responder a tu pregunta, debería decir que me parece que sí. Al menos, en ocasiones —concluyó, cohibido.

—¿Y no experimentas un mayor impulso de respuesta en ti, cuando eso sucede? —insistió el abad.

—Bien, quizá. Yo diría... en fin...

—Claro que sí. Claro que lo notas. Y ahí es, precisamente, adonde yo quería llegar. —Se contempló las manos con aire serio, como si se hubiera sumido en profundas meditaciones. Por fin, añadió gravemente—: Amigo mío, debemos empezar por alguna parte. Ahora que he tenido ocasión de conocerte un poco, empiezo a entrever el camino que debo ayudarte a abrir a través de la jungla de la vida terrenal. Sí, ya veo el camino —repitió y alzó la vista con una expresión de sinceridad. Después se levantó y se acercó a un estante de manuscritos. Escogió algunos, volvió a sentarse y colocó los papeles sobre la mesa con gesto de importancia—. Voy a darte unos escritos que deseo que leas y medites. Será necesario que te purifiques y te abstengas por completo de relaciones con tu esposa o, perdona mi atrevimiento, con otras mujeres durante las próximas semanas. Vuelve a verme dentro de diez días. Y debes tener cuidado de guardar en secreto los escritos, son sólo para ti. Es muy sencillo. No es demasiado pedir, ¿no crees? —dijo con voz alegre y estimulante. Posó la mano en el hombro de Di y, de pronto, adoptó una expresión grave—. Me complace que vinieras a verme. Percibo con gran intensidad que la misericordiosa Kuan-yin ha guiado tus pasos hasta mi humilde puerta. Y en el

momento más oportuno. —Con estas últimas palabras, la mano en el hombro de Di ejerció una sutil presión, como si el abad intentara transmitir el sentido de sus misteriosas palabras—. Además, presiento que vamos a ser grandes amigos.

En la intimidad del carruaje chirriante, Di se permitió por fin relajar la expresión que había utilizado como máscara durante la visita al abad. Tenía la molesta sensación de haber perdido, posiblemente, gran cantidad de tiempo y de esfuerzo. Había sido una experiencia grotesca, por decir poco, dejar que el extraño hombrecillo sondeara con tanta habilidad e insistencia los detalles de su vida íntima. Di, ciertamente, no estaba acostumbrado a hablar de tales asuntos con cualquiera, y responder a las preguntas del hombre, incluso en su papel del comerciante Lao, le había provocado tensión y apuro.

Observó el puñado de papeles que tenía en la mano, recorrió la cortina de la ventanilla para dejar entrar los últimos rayos de sol de la tarde y leyó como pudo, sacudido por el vehículo.

Resultó ser la historia de un joven príncipe de insólita nobleza al que su padre, un gran rey, adoraba profundamente. Un santón había anunciado al rey el destino del joven: liberar del dolor a la tierra y rescatar a las criaturas sufrientes del océano de pesar que es la vida. La narración mostraba con mucho detalle la vida protegida y feliz del joven en su infancia y adolescencia y cómo su presencia en el reino hacía que la prosperidad y la fortuna crecieran por doquier. El propio rey se convirtió en parangón de bondad y virtud, indultó a criminales condenados a muerte y reformó sus naturalezas, dejó a un lado las armas para practicar la serenidad perfecta, se despojó de todas las pasiones que significaban corrupción, evitó dañar a los seres vivientes, etcétera.

Entonces, un buen día, el joven príncipe decidió que era tiempo de conocer los magníficos bosques que rodeaban el reino.

El rey, al oír que su hijo deseaba llevar a cabo tal excursión, hizo los debidos preparativos, entre los cuales estaba apartar del camino a cualquier «persona achacosa»; el rey no quería que ninguna visión perturbadora estropeará la salida del príncipe, y así, «con gran delicadeza», alejó a los enfermos, a los decrepitos, a los lisiados, a los «mendigos escuálidos» y demás, de modo que el camino fuera sereno y hermoso para los tiernos ojos del príncipe. Pero los dioses, al parecer, tenían otros planes.

Di leyó con interés cómo habían colocado a un anciano encorvado y canoso junto al camino para que el príncipe lo viera; así fue como el pasmado joven conoció el fenómeno del envejecimiento. Después, los dioses colocaron ante su vista un hombre enfermo y tembloroso y, por último, un muerto. Así fue como el joven conoció la vejez, la enfermedad y la muerte, junto a la desagradable realidad de que todas las criaturas estaban sujetas a tales aflicciones. Su reacción al conocer el destino

inevitable que aguardaba a todos los seres vivos fue de profunda agitación, «como el de un toro que ha oído la descarga de un rayo cerca de él». ¿Qué persona racional que conozca la existencia de la vejez, la enfermedad y la muerte puede caminar o sentarse como si tal cosa, o dormir, o mucho menos reír?, se preguntó el príncipe, desconcertado.

Una pregunta excelente, que él mismo se había hecho más de una vez, tuvo que reconocer Di. Alzó los ojos brevemente hacia el paisaje que se deslizaba tras la ventana antes de reanudar la lectura.

El príncipe, en un estado de ánimo sombrío y preocupado, llegó por último a un claro del bosque donde lo aguardaba un grupo de hermosas mujeres que trataron de seducirlo con todas sus artes. Seguían unas profusas descripciones de sus «pechos abundantes», sus «caderas cubiertas de finas gasas», sus «bocas rojas de aroma embriagador» y sus «ojos como lotos». Las mujeres se las ingeniaban para «tropezar suavemente» con él, para rozarlo con sus pechos en sus intentos de ceñirlo con guirnaldas de flores al tiempo que lo «castigaban» con palabras como «el gancho de un conductor de elefantes, suave pero reprobador».

Todo fue inútil; el príncipe, que acababa de conocer la vejez, la enfermedad y la muerte, no estaba de humor para aquella frivolidad. Alejándose de allí, regresó a palacio con ánimo abatido e informó a su padre, el rey, de que deseaba olvidarlo todo y seguir el camino religioso que pudiera liberarlo del ciclo de la vida y de la muerte. El padre, naturalmente, trató de detener a su amadísimo hijo confinándolo en palacio. Pero una noche los dioses decidieron intervenir e hicieron que todos cuantos rodeaban al príncipe, incluso las mujeres del harén, cayeran en un profundo sueño. Durante un rato, el príncipe deambuló por el palacio y contempló a las durmientes en su estado inconsciente, descuidadas, con los brazos y las piernas extendidas sin gracia aquí y allá, la boca abierta, roncando. Y pensó que las estaba viendo como eran de verdad. Y no experimentó otra cosa que desprecio, disgusto y lástima, hasta el extremo de que se sintió impulsado a hacer una declaración antes de montar a caballo y marcharse para siempre del palacio de su padre a través de unas puertas que le abrieron los propios dioses: «Tal es la naturaleza de las mujeres, impuras y monstruosas en el mundo de los seres vivos; engañado por sus ropas y ornamentos, el hombre se rinde embelesado a los encantos de la mujer. Si ese hombre fuera capaz de reflexionar sobre el estado natural de las mujeres y el cambio producido en ellas por el sueño, seguro que no alimentaría su insensatez; pero el hombre seducido está privado de su voluntad y, así, sucumbe a la pasión».

La luz se debilitaba. Di dejó el manuscrito y cerró la cortina. Era muy extraño, realmente. La sensación de incomodidad que le había dejado la sensualidad apenas enmascarada del abad aún lo afectaba. Se sentía ligeramente sucio al recordar las preguntas embarazosas, la insistencia en saber, la visión de los labios húmedos y los

ojos brillantes del hombrecillo. Definitivamente odioso, pensó Di. Dudaba mucho de que el abad leyera escritos como el que había entregado a «maese Lao» con el espíritu distanciado del asceta estudioso y célibe.

Se acercaron a las puertas de la ciudad cuando caía el crepúsculo. Di estaba cansado del viaje y del esfuerzo por mantener su falsa identidad durante tantas horas y se preguntó con creciente disgusto si no habría perdido el tiempo y las energías para no descubrir otra cosa que a un viejo clérigo corrompido que se revolcaba en su lujuria alimentada por el aislamiento y la privación. Imaginó la biblioteca personal de escrituras sagradas del abad, con ciertas páginas marcadas y gastadas. No le costaba representarse mentalmente al hombre tras las puertas cerradas de sus aposentos, leyendo y releendo las historias de jardines con mujeres de senos abundantes cuyas ropas se deslizaban de los hombros, o de harenes donde yacían dormidas, inconscientes e indefensas, y utilizando esos episodios como fuente de inspiración con fines muy distintos de aquellos para los que habían sido escritos.

—No es que considere a las mujeres responsables de su condición —dijo el abad—. Cielos, no. ¿Puede alguien considerar responsable a un animal por no hablar, a una roca por no moverse? Claro que no. Los animales, como las mujeres, son lo que son, sencillamente.

Habían pasado diez días y «maese Lao» estaba sentado de nuevo en el estudio del abad con un cuenco de té en la mano. El tema aquel día era la pobreza de todas las cosas terrenales en comparación con lo que aguardaba en el paraíso. Mujeres, en particular. El abad estaba en buena forma, locuaz y elocuente, y mezclaba lo que sin duda eran sus propias fantasías y obsesiones con sus interpretaciones personales de las sagradas escrituras.

—Pobres criaturas, es casi como si tuvieran un conocimiento instintivo de que, si le dan una oportunidad, el hombre justo se apartará espontáneamente de ellas en lugar de aproximarse. Es como si fueran conscientes de la existencia de sus contrafiguras del paraíso, las apsaras celestiales, a cuyo lado la mujer terrenal más hermosa es como una piedra vulgar junto a una perla. ¡Oh, no! Ellas no quieren que veas esas perlas, maese Lao, no quieren que adviertas la magnitud de sus imperfecciones. Dime, ¿has seguido mi indicación? ¿Te has abstenido de relaciones con tu esposa?

—Sí, Vuestra Gracia —respondió Di.

—¿Y cómo... reaccionó tu esposa?

—Creo que ha sido más difícil para mí que para ella. Vuestra Gracia. Me temo que, cuanto más estudiaba los escritos que me dio, más... interesado me sentía.

La expresión del abad fue radiante cuando oyó eso, aunque adoptó un tono admonitorio en sus siguientes palabras.

—Bien, desde luego no era ése mi propósito cuando te los di. Disciplinarte es cosa tuya. Confío en que, al menos, no se te haya escapado la lección que encierran

esas escrituras.

—Desde luego que no. Vuestra Gracia —contestó Di—. La he entendido perfectamente. Es sólo que las descripciones de las mujeres eran tan...

—Deliciosas. Embrujadoras. Lo sé... —El abad se pasó la lengua por los labios de una manera que a Di empezaba a hacérsele irritantemente familiar—. Ahí quería ir a parar. ¡Se trata sólo del modo magistral en que están redactados esos textos sagrados! E, igual que has encontrado hermosas a las mujeres de esos relatos, ¿no te han causado la misma repulsión al leer el episodio en que el príncipe las encuentra dormidas y en posturas desgarbadas? ¿No has ido a ver a tu esposa mientras dormía y te ha causado la misma impresión?

—Bueno... —balbuceó Di, a quien la pregunta había pillado desprevenido. No pudo sino responder sinceramente en esta ocasión—: En realidad, la visión de una mujer dormida siempre me ha resultado bastante conmovedora.

—¡Ah, amigo mío, te queda un largo camino que recorrer! —El abad movió la cabeza, compasivo—. Me alegro de que hayas venido a mí. Hacerte sentir compasión por su desvalimiento es parte de la negatividad natural de una mujer. Es muy parecido a la atracción de los objetos mundanos, los lujos y placeres materiales. Todos tienen por propósito distraerte del mundo real que te aguarda. Imagina el día más espléndido, el más soleado y radiante que hayas visto nunca, las sedas más resplandecientes, la música más armoniosa, la comida más sabrosa, la mujer más bella que hayan visto nunca tus ojos, y a ti en medio de todo ello, en el cenit de tu juventud y vigor. Y piensa ahora que comparado con un día cualquiera en el paraíso, parecerías un viejo decrepito, un patético jorobado vestido con harapos y plantado bajo un cielo amarillento, lóbrego y desagradable, escuchando el chillido de los buitres mientras el hedor a putrefacción satura tu olfato. ¡Y la mujer sería una bruja espantosa, llena de piojos y de pústulas en los labios! ¡Así de hermoso es el paraíso, amigo mío!

Di estaba impresionado con la vivida descripción del abad, que le habría resultado divertida en otras circunstancias, pero empezaba a impacientarse. La perilla falsa empezaba a escocerle, los músculos de la cara le dolían de mantener la expresión de «Lao» y el trayecto hasta el monasterio se le hacía largo. Antes de dedicar más tiempo a aquel hombre, quería saber si estaba realmente tras la buena pista; tendría que hacer un esfuerzo por conducir la conversación en alguna dirección útil, enseguida. Creyó ver un modo.

—No me importaría si es hermoso o no. Vuestra Gracia, si allí pudiera volver a ver a mi hijo —comentó con aire apenado.

—¡Oh! Lo siento. —El abad empleó de nuevo aquel tono compasivo—. ¿Has perdido un hijo?

—Hace ya mucho tiempo. Era apenas un niño. Pero no me he recuperado nunca

de esa pérdida.

—Comprendo que es doloroso —apuntó el abad—. Pero, sin duda, otros hijos te han ayudado a mitigar el dolor...

—No tengo más hijos. Ese era el único.

El abad escuchó esto y se sentó a rumiar un momento antes de hablar. Luego, apuntó:

—En cierto modo, eres afortunado. Tener descendencia es estar atado a este mundo. Y la cuerda es muy fuerte. Tengo la convicción de que la descendencia puede atarlo a uno al ciclo del eterno renacimiento. Lo tiene a uno *involucrado* en la vida terrenal, atento a ella. Cuando uno tiene hijos, está preocupado por ellos constantemente: por su salud, por su bienestar, por su futuro. —Tenía mucha razón, pensó Di mientras observaba al hombre—. De modo que quizá, si me perdonas por decirlo, la temprana desaparición de tu hijo podría ser tomada como una bendición. Al menos, para alguien como tú, un sincero aspirante al paraíso.

—¿Pero volveré a verlo?

—Es posible, es posible... —dijo el abad como si entonara un sutra—. Hay varias escuelas de pensamiento sobre este tema. Yo, personalmente, me inclino a creer que lo encontrarás. Es posible que bajo una forma distinta. En el paraíso, existimos en nuestra esencia más pura, más idealizada y evolucionada; no como los seres imperfectos que somos ahora. ¡Ten en cuenta que, en otra reencarnación, tú puedes haber sido el hijo y él, el padre!

Aquello le sonó a Di como una simple evasiva arrogante, pero su papel de acongojado «maese Lao» le exigió una mueca de piedad esperanzada.

—¿Tu esposa aún puede dar a luz? —preguntó entonces el abad, sorprendiendo de nuevo a Di. Desde luego, uno nunca podía predecir qué haría el otro en el momento siguiente.

—Bien... —titubeó—. Sí. Yo diría que sí.

—Razón de más para practicar la abstinencia, amigo mío. El círculo interminable de nacimiento y renacimiento; piensa en ello: ¡todo es a causa de las mujeres! Atraen al hombre a su espacio negativo, a su... su imperfección, ¿y cuál es el resultado? ¡Un nacimiento! ¡Otra alma devuelta al mundo para vivir, sufrir y morir! Es la naturaleza de la mujer. Es dulce, es encantadora, ¡pero es como la fosa excavada para atrapar al león! ¡Un hoyo oscuro y peligroso en el que un hombre puede caer sin darse cuenta! Y todo para atarte a este mundo. ¡Ten cuidado, amigo mío! —Movi6 la cabeza a un lado y a otro—. Este sería un momento verdaderamente pésimo para que te comprometieras aún más. No consideres imposible que una mujer sepa, en un plano intuitivo, que andas en busca de la Verdad e intente impedirlo. No es que vaya a hacerlo de forma premeditada, o tan sólo consciente. No, no. Y lo hará con la mejor de las intenciones. Sucede, simplemente, que está en su naturaleza poner

impedimentos a un hombre, igual que está en la del cocodrilo devorar las cosas con un chasquido de sus mandíbulas, o en la del mono chillar y columpiarse de rama en rama. —El abad sacudió la cabeza con desconsuelo durante unos segundos y contempló a su visitante antes de ponerse en pie con un gesto que indicó a Di que la visita había concluido—. Voy a darte más material de estudio. —Sacó un fajo de papeles de un escritorio y los colocó sobre la mesa. Después, con la mano apoyada reverentemente sobre ellos, comentó—: Creo que estás haciendo excelentes progresos. Lo creo de veras. Muy de vez en cuando, llega alguien que, aunque aparentemente me busca para que lo instruya, revela ser el verdadero maestro, y yo el alumno.

Allí de pie, con la mano aún apoyada en los papeles como si tocara una reliquia del propio Buda, cerró los ojos con aire meditativo y las ventanas de su nariz vibraron cuando llenó los pulmones con una profunda inspiración y, acto seguido, expulsó el aire rítmicamente por entre los labios con un sonido siseante, como un yogui que llevara a cabo sus prácticas respiratorias. Di contempló la escena, absolutamente fascinado con la actuación del hombre.

Esta vez Di había salido del monasterio más tarde que en la visita anterior y ya estaba demasiado oscuro para leer en el carruaje. Una vez en casa, y después de quitarse los pelos de la barba del señor Lao, volvió a ocuparse de los papeles del abad. Era la continuación de la misma historia, la del príncipe.

Después de marcharse a los bosques, abandonando familia, amigos y reino, el príncipe conservaba todavía a su fiel sirviente, que lo había acompañado con la vana idea de convencerlo de que retrasara la partida. ¿Con qué objeto, respondió el príncipe a su criado, si el destino de todas las criaturas es partir finalmente, de todos modos? Animoso, el sirviente intentó apelar a las emociones del príncipe y a su sentido del deber y le recordó que su padre, el viejo rey, sin duda moriría de pesar, y le habló también de su madre, que con dolor le había dado vida, y de su joven y bella esposa y su hijo pequeño, que anhelaban su retorno. Pero la decisión del príncipe era irrevocable. Ser amigo, amante, marido, esposa, madre, padre, hermana o hermano, dijo el joven a su lloroso criado, significaba estar destinado inevitablemente a sufrir la separación y la pena; ¿de qué servía, entonces, retrasar lo inevitable? Con estas palabras, se despojó de sus ropas principescas, se cortó el cabello con la espada, se envolvió en una sencilla túnica de tela áspera y se internó más en los bosques sin mirar atrás, abandonando al criado y a su fiel caballo, ambos visiblemente compungidos. Di no pudo por menos que sonreír ante la idea de que un caballo llorase por su amo; estaba seguro de que la mayoría de las cabalgaduras se sentiría muy feliz de librarse de sus dueños humanos.

Al pobre criado, entretanto, le tocó volver a palacio sin el joven noble y soportar el peso del dolor abrumador de todo el mundo, desde el pueblo llano hasta el propio

rey. Los padres del príncipe se lamentaron terriblemente, por supuesto, entre sollozos y gemidos, pero la más afectada era la joven y hermosa esposa del príncipe. ¿Por qué me ha abandonado?, imploraba. ¿Por qué no me ha llevado al bosque con él, como los antiguos sabios se llevaban a sus esposas? ¿Acaso espera gozar de los encantos de las ninfas de los cielos en lugar de los de quien lo ama?

Di se frotó los ojos cansados. El relato llegaba hasta allí. Aquello era lo que el abad quería que «Lao» leyera y estudiara.

El magistrado no estaba nada seguro de querer volver al monasterio para una tercera visita. Había escogido el lugar por razones que le parecieron bien fundadas, pero en aquel momento albergaba ciertas dudas de que fuera a descubrir algo más que el grado de lascivia del abad. Sus preguntas eran cada vez más personales y, en opinión de Di, irrelevantes.

Repasó el razonamiento que lo había conducido al monasterio de la Nube Dorada. En su primer encuentro con el abad, años atrás, la ambigüedad complaciente de aquel hombre le había producido una profunda impresión. Aquello, por sí solo, había sido un buen motivo para atraer a Di. Pero no el más importante. Las consideraciones sociales eran notoriamente rígidas en la ciudad; habría resultado extraño que un hombre de la acaudalada clase de los comerciantes, por opulento que fuese, tuviera contacto, por ejemplo, con el abad de un templo que acogiera a la clase funcional y, con toda certeza, no se acercaría nunca a un templo que estuviera abierto a los campesinos. No; el de la Nube Dorada era, decididamente, el que habrían frecuentado los hombres de la clase y la posición de los comerciantes ahogados.

Por supuesto, había otras posibilidades: un abad solitario o alguna suerte de santón, un heterodoxo sin vinculación con ningún templo en concreto. Era improbable, pero no imposible.

Si los difuntos habían acudido al monasterio, no lo habían hecho en sus carruajes y con sus propios criados; Di había llegado a tal conclusión después de interrogar a los criados de cada una de las casas. Probablemente, habían utilizado otros medios de transportes para mantener la discreción. Pero tal vez estuviera completamente confundido, tal vez los muertos no habían estado nunca allí y no habían tenido la menor relación con el monasterio de la Nube Dorada.

Una visita más, se dijo. Haría un postrer intento, se sometería por última vez al embarazoso interrogatorio y a los extravagantes desvaríos sexuales del abad. Si no aparecía algo sustancial con lo que pudiera trabajar, volvería su atención en otra dirección. Sólo había una cosa de la que estaba seguro aquella noche, mientras recogía los papeles, y era que sabía todo lo que le interesaba saber acerca de las peculiaridades del abad del monasterio.

Transcurría la última hora de la mañana y Di estaba pensando en dejar el despacho judicial y tomarse libre el resto del día. Sencillamente, hacía un tiempo tan

espléndido que afectaba su concentración. El hermoso cielo azul del exterior lo distraía de las arduas y deprimentes tareas que tenía delante. Evocó los aromas tentadores de los tenderetes de comida y el alegre caos de la plaza del mercado y sintió el impulso de pasar la tarde deambulando por las calles para ver el bullicio. El trabajo matinal había resultado rutinario y sin importancia: una cuestión de impuestos, una querrela civil, un caso de hurto de pequeña cuantía. Seguro que en el resto del día no iba a suceder nada que sus ayudantes no pudieran resolver.

Se asomó a la ventana y aspiró el aire. La decisión estaba tomada. Volvió al escritorio, ordenó los papeles que había estado leyendo, formó con ellos un bloque, los ató con un cordel y se dispuso a llevárselos con él. No había ninguna razón por la que tuviera que seguir sentado allí.

Empezaba a abrir la puerta del despacho para llamar a su ayudante cuando escuchó el llanto irritado de un niño de pecho y una voz de mujer que intentaba acallarlo.

La primera intención de Di fue retroceder y ocultarse en el despacho; titubeó unos instantes... y enseguida fue demasiado tarde. Lo habían visto. Una pobre familia campesina, el marido, la mujer y un niño pequeño, ocupaba un banco en la antesala. El hombre y la mujer habían levantado la vista al entreabrirse la puerta. La mujer se puso en pie de un salto y corrió hacia Di con una sonrisa y sosteniendo al pequeño como una ofrenda.

—Deseamos venderte esta niña —dijo—. Nos han dicho que tú la comprarías.

Di se quedó paralizado, con una mano en la puerta. La mujer sostuvo a la pequeña, de aproximadamente un año, frente al rostro del magistrado para que pudiera estudiarla. La niña, limpiísima y con sus mejores galas, se agitó ante él.

—¿Y quién, si puedo preguntarlo, te ha insinuado algo así? —preguntó a la ansiosa mujer.

—Un hombre de nuestro pueblo —contestó ella con una sonrisa—. Nos dijo que una vez, hace muchos años, le pagaste sus impuestos.

«Maese Lao» y el abad paseaban con aire meditabundo por los terrenos del monasterio de la Nube Dorada, magníficamente cuidados. Afortunadamente, el abad parecía conducir la conversación por derroteros bastante diferentes a los de las visitas anteriores. A Di no le resultaba tan embarazoso hablar de los placeres y peligros de la riqueza como de la intimidad sexual.

—Que el príncipe del relato fuera un hombre de alta cuna, de gran riqueza y de elevada posición no es un detalle anecdótico —explicó el abad—. Es muy importante que entendamos a fondo este punto. Permíteme una pregunta, amigo mío. ¿Qué es lo primero que hace un buscador de la Verdad, si es sincero?

—¿Renunciar a las cosas materiales, a las cosas del mundo? —apuntó Di, no muy seguro.

—¡Exacto! —exclamó su interlocutor con entusiasmo—. Se despoja de sus ropas finas, se rasura la cabeza y duerme sobre el duro suelo. Pero no sólo quiero recalcarte la importancia del desapego del mundo; hay otra cosa mucho más sutil que quiero hacerte ver.

Habían atravesado los senderos del jardín y se encaminaron hacia el invernáculo abrigado que rodeaba el edificio principal del monasterio. Di captó débilmente el canturreo de los monjes en oración. El abad aflojó el paso mientras hablaba; de vez en cuando, se detenía por completo mientras insistía en esto o aquello, para reanudar enseguida el paseo. Di dejó toda la iniciativa a su acompañante, se detenía y reanudaba la marcha cuando el abad lo hacía. El religioso se detuvo en un claro, bajo un árbol, con los ojillos brillantes y moldeando el aire con sus manos mientras hablaba.

—La beatitud y la riqueza del príncipe tienen una profunda significación. La suya era la riqueza terrenal última, y renunció a ella. La riqueza, amigo mío, es una verdadera bendición, ¿sabes por qué? —preguntó, y reemprendió el paseo.

—Bien —aventuró Di—, hace más cómoda la vida.

—Es cierto. Pero, más allá de eso, estoy hablando de una bendición *espiritual*. La riqueza es una bendición espiritual. Probablemente, te parecerá una contradicción, ¿verdad?

—No lo sé, Vuestra Gracia, pero estoy muy atento a cuanto tengáis que decir —contestó Di y, ciertamente, así era.

—Sólo es una contradicción si uno permite que se le escape el verdadero significado de la riqueza. —El abad hizo un nuevo alto y volvió el rostro a su visitante. Cuando pronunció las siguientes palabras, les dio un marcado énfasis—. La riqueza que acumula una persona en su vida, o con la que nace, es una indicación de sus méritos. Es la manifestación terrenal de la riqueza y del valor de su espíritu. No es un mero accidente, amigo mío. Y no es algo de lo que avergonzarse. Hay quien te dirá que la riqueza es un obstáculo para la verdadera liberación espiritual, pero eso sólo es cierto si conviertes esa riqueza en un fin y no en un medio; es decir, si no sabes reconocer la simple verdad de que tu ropa, tu casa y tus posesiones son una medida de la grandeza de tu alma. Considéralo de esta manera: tu riqueza —apuntó mientras reemprendía la marcha— es un huevo espléndido del que un día eclosionarás.

Su paseo los había acercado al templo y las voces de los monjes llegaban claramente a la arboleda en que se hallaban. La serenidad de los jardines y el cántico ronco se fundían de la manera más deliciosa; Di se preguntó en qué medida su llegada a aquel lugar en ese preciso momento y en aquel punto de su discurso no respondía a un astuto plan del abad. Durante unos instantes, permanecieron en silencio. Di parecía sondear las profundidades del abad mientras éste contemplaba el

suelo, pensativo.

—Tengo algo muy curioso que contarte —murmuró por fin el monje, con tono divertido—. No sabía si con ello te molestaría pero después de meditar y de darle muchas vueltas al asunto he llegado a la conclusión de que tienes que saberlo. Como mínimo, lo encontrarás interesante. Acompáñame.

Con una sonrisa, lo condujo al interior del templo. Entraron en silencio a la sala de plegarias en la que se hallaban los monjes, los cuales, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, entonaban con los ojos cerrados la salmodia que ya le resultaba familiar a Di.

—¿Ves al monje de la cuarta fila, el séptimo por la derecha? —susurró el abad. Di contó y vio a un joven corriente, con la cabeza afeitada como todos los demás, que se mecía ligeramente mientras entonaba la plegaria—. Casualmente, te vio en tu última visita. Unos días después, vino a verme y me confió que te había reconocido.

Di alzó la vista bruscamente, aunque mantuvo serena la expresión. ¿Lo había reconocido?

—Por sus sueños —continuó su cuchicheo el abad—. Verás, ese joven es huérfano. No conoció a sus padres. Pero durante años ha visto con frecuencia en sus sueños a un hombre que fue su padre en una encarnación anterior; su verdadero padre, dijo, el que fue bueno con él y no lo abandonó como el de esta vida. El joven no había dado nunca demasiada importancia a esos sueños. Los consideraba un mero artificio de su mente para darle consuelo. Hasta que te vio —añadió significativamente.

—¿A mí? —preguntó Di, desconcertado durante unos instantes.

—A ti. Me contó que te reconocía como ese padre de otra vida. —El abad se encogió de hombros—. Tal vez te gustaría conocerlo.

Di miró al abad. Casi no podía contener una radiante sonrisa de gratitud, pues en aquel momento cualquier duda que albergara acerca de si volvería o no al monasterio tras aquella visita —dudas que había mantenido hasta aquel mismo instante— se desvaneció con la misma rapidez que desaparece la arena del alféizar cuando cambia el viento.

—Sí —respondió—. Me gustaría mucho conocerlo.

Di releyó los textos del abad con gran cuidado y atención antes de pasar al nuevo material que le había entregado en la última visita. Tenía a mano el pincel y la tinta para copiar los párrafos interesantes. Todo el mundo se había acostado y la casa estaba en completa calma.

Mojó el pincel y copió un único párrafo:

Si la muerte es un atributo característico desde el momento de abandonar

el útero, ¿por qué llamas inoportuna mi partida a la espesura? Me adentraría en el fuego o en las aguas más profundas, pero no entraría en mi casa sin haber llevado a cabo mi propósito.

La estancia a la que el abad condujo a Di estaba a oscuras y un intenso aroma a maderas perfumadas impregnaba la atmósfera. Mientras esperaba a que el abad encendiera una lámpara, Di permaneció en la negrura inhalando el agradable aroma, que le evocaba el estudio de su abuelo en la casa de éste, mucho tiempo atrás.

—Eres muy paciente —dijo el abad mientras rascaba repetidas veces un pedernal—. No tengo intención de mantenerte en las sombras eternamente.

Tras varios intentos más, la lámpara cobró vida con un fognazo. A Di le llevó unos instantes acomodar los ojos a la luz. Durante un momento, tuvo la impresión de haber sido transportado al despacho del asesinado ministro de Transportes, donde se había quedado maravillado en la penumbra. Las cuatro paredes, desde la altura del hombro hacia arriba, estaban cubiertas por un friso continuo: mujeres, hombres y animales entrelazados en toda clase de abrazos imaginables; voluptuosas *apsaras* rodeaban con sus piernas a hombres de pecho extraordinariamente ancho, apretando sus senos contra ellos y abrazándolos con la cabeza inclinada hacia atrás en gesto de absoluta sumisión, o de pie con las caderas ladeadas lascivamente en una postura de abierta sensualidad. La sala tenía dos veces el tamaño del despacho del ministro de Transportes y estaba poblada de mesas, estantes y altares abarrotados de *lingams* y estatuas indias exóticas. Hasta el último rincón estaba ocupado: aquí, una *apsaras* adelantaba los pechos con una mueca en los labios; allá, una legión de *lingams* apuntaba rígidamente al cielo. La evocación del estudio de su abuelo que acababa de experimentar en la oscuridad se desvaneció como un sueño.

El abad se incorporó con una sonrisa orgullosa y observó a su invitado mientras sostenía la lámpara, consciente sin duda del efecto que producían las sombras oscilantes.

—Mi sala de meditación privada —declaró.

Di se volvió y sonrió al abad; en aquel momento, su gratitud no conocía límites.

—Qué magníficas obras de arte. —Di paseó de nuevo la mirada por la estancia, despacio, con aire valorador—. Decidme, Vuestra Gracia —preguntó a continuación—, ¿sería posible adquirir alguna de ellas?

El abad apretó los labios un instante antes de responder, como si se le acabara de ocurrir una idea absolutamente novedosa.

—A cualquier otro, le diría que no —dijo el hombrecillo, obsequioso—. Pero contigo haré una excepción. Al fin y al cabo, ahora eres prácticamente un miembro de mi familia.

Di lo miró con las cejas enarcadas.

—No pensaba decírtelo hasta más adelante. ¿Recuerdas al joven monje que te presenté en tu visita anterior? Quedó muy emocionado con la reunión y me ha dicho que desea ser tu hijo. Estaría muy honrado si lo adoptaras —añadió con otra sonrisa.

En adelante, todas sus reuniones tuvieron lugar en la «sala de meditación» del abad, y siempre a la luz de una única lámpara que provocaba aquellas sombras hipnóticas y conmovedoras. Y el abad empezó a ofrecer vino a su invitado. Un vino exquisito, de su bodega privada. En ningún momento permitía que la copa de maese Lao quedara vacía. Ahora, al abad gustaba de leer en voz alta. Tenía una entonación excelente y siempre parecía como si estuviera descubriendo el texto que recitaba.

A Di, muchas de las historias le resultaron familiares. Al abad le gustaba sobre todo leer largos párrafos de las descripciones de la Sukhavati, la Tierra de la Felicidad, el paraíso engalanado de joyas que había sido el tema predilecto del pobre Ojos de Diamante, el cual había desaparecido de Yangchou tras sus disculpas forzadas y al que nadie había vuelto a ver. Di había pensado en él más de una vez en los últimos tiempos; comparado con aquel abad. Ojos de Diamante parecía poco más que un pequeño empresario inofensivo.

El hombrecillo releyó la historia del príncipe, con gran dramatismo y con una sorprendente variedad de registros, dando una voz distinta a cada personaje. Primero fue un viejo rey que lamentaba la pérdida de su hijo; después, una joven esposa que suspiraba y sollozaba porque su marido la había dejado para no regresar, sin duda con la esperanza de gozar de las ninfas celestiales en lugar de su pobre carne mortal. Terminó el relato cuando el príncipe, completamente resuelto a llevar a cabo su propósito, cruzaba las «olas veloces» del río Ganges. Y leyó, con todos sus minuciosos detalles, unos antiguos escritos religiosos que describían la belleza y las sublimes habilidades de las *apsaras* sedientas de amor que aguardaban a los muertos virtuosos en el paraíso. Y Di permaneció sentado sorbiendo su vino y escuchando la voz del abad. Contemplaba las sombras que acariciaban las esculturas del templo y recordaba su fascinación en la penumbra del despacho del ministro de Transportes, junto al canal, y después en su propio despacho. Así estuvo hasta que el crujido de un tablón del suelo a su espalda le sacó de sus pensamientos. Entonces empezó a darse cuenta del poder del hechizo que el abad ponía en práctica y que, sin duda, había utilizado ya en otras ocasiones.

—Hoy voy a pedirte que te pongas a prueba —dijo el abad a «maese Lao» al inicio de su séptima visita. Estaban sentados en la sala de meditación, pero esta vez las manos del monje no sostenían un fajo de textos, sino que estaban apoyadas tranquilamente en las mangas de su túnica mientras hablaba con un tono de serena determinación—. No tengo ninguna duda de que ya entiendes la importancia de apartarte de las ataduras terrenales. Con el ejemplo del príncipe y su determinación

inconmovible, incluso ante las súplicas de su propia familia, estoy seguro de que has captado la magnitud del sacrificio que se exige del verdadero buscador de la verdad.

Di asintió con aire pensativo. Estoy empezando a captar la magnitud del sacrificio que tú exigés, se dijo mientras observaba el rostro severo del abad.

—Hoy no habrá lectura. Esta vez, quiero que escribas algo. Quiero que te pongas en el lugar del príncipe que se retiró a los bosques. —Hizo una pausa, cerró los ojos e hizo varias respiraciones como un yogui—. Ya sé qué te estás preguntando: si te pediré que tú también te adentres físicamente en el bosque, como él. No, amigo mío. Lo que haré será iniciarte en los sacrificios simbólicamente. Quiero que empieces a acostumbrarte a estos conceptos. Se trata sólo de un ejercicio, una experiencia aleccionadora para un hombre de mundo como tú. Te internarás en la jungla, ¡pero en la de tu mente! —declaró, señalándose la cabeza con énfasis—. Continuarás tu vida habitual pero, por dentro, estarás apartado de ella en aspectos fundamentales. Este, amigo mío, será tu primer paso.

El abad empujó una bandeja de escribir y un pincel hacia su invitado.

—Escribe una nota en la que declares en términos concisos e inequívocos que renuncias a las trampas de esta existencia. Y piensa: ¿cuáles son las dos cosas que te atan al mundo, que te mantienen aquí? Las mujeres y las riquezas, amigo mío. Debes renunciar a ambas. Pero recuerda: esto debe ser tu secreto, el tesoro que lleves dentro de ti en todo instante, incluso cuando estás sentado con tu esposa o cuando realizas tus negocios. Será una contradicción gloriosa, una paradoja interior que actuará como el grano de arena dentro de la ostra, que con el tiempo da lugar a una bella perla.

Di, obediente, tomó el pincel de escribir y alisó una hoja de papel ante sí.

—Una cosa más. No debes redactar esa nota con el sentimiento de compensar a tu familia dejándole tus riquezas. La separación debe ser total. Recuerda, tu riqueza también es tu tesoro espiritual. No debes dejar jamás tal tesoro a una mujer.

—Pero, Vuestra Gracia... —preguntó Di con toda la ingenuidad de que fue capaz—, ¿qué habría de hacer con mi fortuna si fuera a retirarme al bosque? Hipotéticamente hablando, por supuesto.

El abad sonrió por primera vez en toda la visita.

—Bien, quizá deberías legarla a tu nueva familia espiritual —fue su respuesta, con un encogimiento de hombros—. A tu hijo adoptivo, por ejemplo.

—Vuestra Gracia —comentó Di mientras caminaban bajo el crepúsculo hacia el carruaje que lo esperaba—, tengo una cosa en la cabeza que desearía tratar con vos.

—Por supuesto —respondió el abad con tono amable—. Lo que sea.

—Bien —murmuró el falso señor Lao, escogiendo las palabras con infinito cuidado—, parece que teníais mucha razón acerca de la propensión innata de la mujer a poner obstáculos. Me habíais advertido, pero reconozco que en esa ocasión no di mucho crédito a vuestras palabras.

—¿Sí? —murmuró el abad, con visible interés.

—Últimamente, mi esposa está hablando con bastante nostalgia acerca de tener hijos.

El abad hizo unos rápidos chasquidos con la lengua.

—¿Qué te dije? Seguro que ha percibido tu búsqueda espiritual. La huele, incluso sin saber nada de ella conscientemente. Ten cuidado, amigo mío —dijo, sacudiendo la cabeza—. Mucho cuidado. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, desde luego que lo sé —replicó Di—. Pero tengo una idea que creo que podría ser excelente. Por supuesto, sólo es una idea. Nunca la llevaría a cabo sin haberla discutido antes con Vuestra Gracia. —Esta vez, fue él quien imitó el amaneramiento del abad; hizo una pausa y detuvo la marcha para pronunciar sus siguientes palabras—: ¿Qué os parecería una hija para mi esposa?

El abad pareció alarmado durante unos momentos, pero enseguida recuperó el dominio de sí.

—Amigo mío, no puedes correr el riesgo. ¿Qué te he dicho de la descendencia y de las relaciones con las mujeres? ¡Lo que buscas es liberarte de ataduras, no crearte otras nuevas!

—Pero una hija satisfaría sus anhelos sin atarme a nuevas responsabilidades. No sería lo mismo que tener otro hijo varón, para el cual tendría que realizar proyectos y sacrificios para asegurar su futuro. ¿Qué es una hija, en realidad, sino un bonito juguete, una florecilla?

El abad detuvo sus pasos y se volvió hacia «maese Lao».

—Hablas como si estuvieras seguro de que tu esposa daría a luz una niña sólo porque lo deseas. ¡No puedes correr el riesgo! —dijo en tono admonitorio—. ¡Ya has llegado demasiado lejos en tu búsqueda espiritual!

—¡Ah! Pero hay un modo. La doncella de la tía de mi esposa conoce a cierta anciana, una especie de chamanesa —apuntó Di, deleitándose ya con la repulsión que esa criatura suscitaría en el abad—. Dicen que puede proporcionar ciertos elixires que garantizan el nacimiento de un varón o de una niña.

—¿Y correrías ese riesgo?

Di captó la cólera y el disgusto que el abad intentaba reprimir. Naturalmente, lo último que querría el monje después de su cuidadoso trabajo sería que «maese Lao» tuviera de pronto un heredero. Habían llegado al carruaje y estaban junto a él bajo la luz menguante.

—¡La anciana tiene una fama excelente, Vuestra Gracia! ¡Dicen que no ha fallado nunca! Creo que es una buena idea. Ya le indiqué a mi esposa que se ocupe de los preparativos. Estoy absolutamente seguro de que mi búsqueda espiritual no se verá comprometida —anunció Di y dio media vuelta como si fuera a introducirse en el vehículo. El abad alargó la mano y lo asió por el brazo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada unos instantes. Di apreció cálculos y conjeturas en los ojos del abad; después, lo vio ensayar una sonrisa incierta.

—Tengo una idea mejor. —Di hizo un esfuerzo por mantener la voz baja y amable—. ¿Qué habría de malo en, digamos..., adoptar o en comprar una hija para mi esposa? —Se detuvo como si la idea le hubiera llegado de repente—. No me parece una idea descabellada —añadió con gesto pensativo—, pero no sabría cómo ocuparme de una cosa así, por dónde empezar a buscar. En cambio, esa anciana dice que no comete equivocaciones y...

El abad, que aún sujetaba con firmeza por el brazo a su acólito, lo interrumpió:

—Yo tengo contactos —dijo apresuradamente—. Yo te ayudaré a encontrar la niña perfecta para tu esposa.

Di sostuvo en sus manos el cuenco de porcelana más frágil y delicada que había visto nunca. Tomó un sorbo del té caliente, sazonado con extrañas especias, y depositó el cuenco sobre una mesa. Lo rodeaban varias esculturas indias y las paredes de la sala estaban cubiertas de sedas y tapices de la misma procedencia. El olor intenso, dulzón y ligeramente embriagador del incienso impregnaba el aire y sugería a Di algo destinado a enmascarar el olor a putrefacción que, según había oído, podía captarse en el aire de la India.

El hombre corpulento que le sonreía y le ofrecía más té llevaba ropas chinas, pero la piel de su rostro, con una marca roja en la frente, era oscura como la de un moro y sus cabellos, de un blanco deslumbrante.

—Tiene usted suerte, señor Lao —dijo el individuo con su voz melodiosa—. No sólo puedo ofrecerle un buen surtido, sino que puedo hacer que le resulte imposible decidirse. Así de deliciosas, perfectas y hermosas son las preciosidades que le voy a mostrar esta mañana.

El indio tenía unos marcados círculos de color ciruela bajo sus grandes ojos oscuros y hablaba de la forma más lasciva, como un amante de la buena mesa que comentara la cena que se preparaba. A Di no le costó esfuerzo imaginar la cálida camaradería que sin duda existía entre el hombre y el abad.

El individuo se levantó de su cojín con una sonrisa epicúrea; cada movimiento de sus brazos y piernas liberó en el aire una nueva oleada de perfume arrasador. Acudió a la puerta y dio unas palmadas; después, volvió al almohadón y se instaló en él como un pacha.

Cuatro mujeres indias que parecían la encarnación de las *apsaras* de las tallas del templo entraron en la estancia. Cada una llevaba en brazos o conducía de la mano a una niña china, ninguna mayor de dos años, que miraban con aire solemne a los dos hombres sentados mientras las mujeres mantenían la mirada respetuosamente fija en el suelo. La belleza de las mujeres dejó boquiabierto a Di; al propio tiempo, escuchó al indio suspirar de placer a la vista de las pequeñas. Era sólo el atractivo de lo

extranjero y lo exótico, pensó para sí mientras se volvía a su anfitrión con rostro sonriente.

—¿Desea que las desnuden para inspeccionarlas? —preguntó el indio, servicial, a su invitado—. Yo sólo ofrezco productos perfectos. Estoy realmente orgulloso de la calidad que puedo ofrecer.

—No será necesario. —Di acompañó sus palabras con un gesto de negativa—. La pequeña que escoja hoy será un regalo para mi esposa.

—Por supuesto —asintió él indio—, pero dentro de diez o doce años...

Dejó la frase sin acabar, pero levantó las cejas en una expresión insinuante. Di ocultó su desagrado y miró al hombre. El abad y su amigo extranjero eran hermanos de sangre bajo la piel, sin duda, pero había alguien más que el magistrado quería relacionar con su anfitrión; alguien cuyo poder e influencia eran amplios y profundos, le decía su intuición. Levantó el cuenco y tomó un sorbo de té.

—No, no será necesario —repitió Di—. El señor Lu Hsun-pei me aseguró una vez que sólo trata usted con el mejor género y me fío por completo de su opinión —declaró, recordando el nombre de su anfitrión de la fiesta, aquel hombre que, de forma tan arrogante, había intentado sobornarlo. Estudió al indio en busca de una reacción, pero el tipo permaneció impertérrito. O no conocía a Lu Hsuan-pei, y Di dudaba de que así fuera, o el efecto tranquilizador y balsámico del halago acalló la sorpresa que pudiera haber sentido ante la mención del nombre—. Él, igual que usted, es un hombre de gusto impecable —añadió. El indio guardó silencio un momento antes de responder.

—Desde luego —dijo entonces con una sonrisa.

Con calma, sin dar la menor muestra de su excitación interior. Di depositó el cuenco en la mesa.

—Creo que ya me he decidido —anunció, al tiempo que levantaba la mano y señalaba a una chiquilla que lo había estado observando con mirada firme desde el mismo instante en que llegara.

—¡Oh! ¡Excelente, excelente! —exclamó el indio con admiración—. Yo también la habría escogido a ella. Todas las pequeñas son deliciosas, pero cuando crecen pueden hacerse muy corrientes, incluso feas. Pero en ésta, la estructura ósea anuncia una gran belleza en el futuro. Yo... —Hizo una pausa. Un sirviente había aparecido en la puerta y le hacía señas con la mano. El indio se levantó y se excusó educadamente—. ¿Querrá perdonarme? Hay un pequeño asunto que debo atender. Sólo tardaré unos momentos.

A solas con las niñas y las mujeres, Di se sintió tímido y algo apurado. ¿Cómo lo verían a él todos aquellos ojos? Por supuesto, no tenían ante ellas al magistrado Di Jen-chieh, sino al señor Lao. Sus reflexiones fueron interrumpidas por el sonido de una discusión en la sala exterior. La cadencia melodiosa del indio se mezcló con otra

voz cuyo tono malhumorado le resultó absolutamente familiar. Di prestó atención unos instantes, incrédulo, y captó algunas palabras sueltas: la discusión giraba en torno a un pago por los servicios prestados; el propietario de la voz irritada consideraba que no había sido recompensado como era debido, mientras que el indio aseguraba que, en realidad, le había dado el doble de lo que merecía. Incapaz de reprimirse, Di se levantó de su asiento, llegó hasta la puerta y avanzó unos pasos por el corredor, con sigilo, hasta tener una visión clara del visitante, que se hallaba de perfil y no reparó en el espía estupefacto que lo observaba desde cierta distancia. En realidad había dos visitantes, pero uno de ellos permanecía callado, repantigado en un asiento, y dejaba que su compañero se encargara de llevar la conversación.

Di había descubierto muchas cosas aquel día, pero lo que en aquel momento presenciaba era una desagradable novedad que en ningún momento había previsto, aunque, pensándolo bien, debería haberlo hecho, se dijo. Recobró el dominio de sí y retiró la cabeza antes de que uno de sus hijos mirara por casualidad hacia donde él estaba.

El abad se apoyó en Di pesadamente mientras los dos hombres avanzaban por la calleja en penumbra, estrecha y pestilente. Di percibió en el cuello el aliento del abad, cargado e impregnado de vino, y notó el brazo del hombre entrelazado con el suyo, conduciéndole con firmeza en una dirección u otra mediante sutiles presiones. Si hubiera estado borracho como creía el abad, pensó, probablemente no se habría dado cuenta siquiera de que lo estaba dirigiendo como si su brazo fuera un timón.

El magistrado soltó una risilla y trastabilló, arrastrando consigo a su compañero, que lo ayudó a sostenerse. Di alargó la mano libre para apoyarse contra la áspera pared antes de recuperar el equilibrio. La escena era realmente extraña: Di fingiéndose borracho ante un abad que, pese a sus pasos tambaleantes y a sus carcajadas estentóreas, estaba tan sobrio como él. Los dos hombres se observaban con atención a través de la inexistente bruma del alcohol. La única diferencia, amigo mío, pensó Di, es que tú te crees mi representación.

Llevaban muchas horas bebiendo, cada cual evitando hábilmente la embriaguez. Cuando el abad le invitó a una expedición a la ciudad, indicándole que antes colocara la carta de renuncia en el joyero de su esposa, Di supo que no sería una noche cualquiera y tomó media taza de repugnante aceite para proteger su estómago. En cuanto al abad, Di no estaba seguro de qué técnica utilizaba. El tipo era capaz de consumir copa tras copa de vino y producía la impresión de estar completamente ebrio, pero Di percibía el astuto dominio de sí que se ocultaba tras ella, y lo notaba también en el brazo amistoso que agarraba el suyo con despreocupación, pero amenazador.

Los dos hombres se habían encaminado hacia el este hasta adentrarse en los barrios más destartados de la ciudad, siguiendo una ruta zigzagueante pero

constante, con pausas en diversas tabernas de mala muerte. Lo que a un hombre bebido le habría parecido un vagabundeo al azar los condujo inexorablemente hacia la zona de solitarias orillas del canal en el que se habían ahogado los ricos comerciantes, arrastrados al fondo por sus pesadas bolsas de dinero. Di se llevó la mano a la suya, abultada, que llevaba atada a la cintura. El propio abad se había encargado de mantenerla llena toda la noche, asegurando a «maese Lao» que le pagaba cada copa de vino que tomaba y cada paso que daba porque, según él, con cada uno de ellos avanzaba arriesgadamente y se acercaba más a la gloria.

—Somos criaturas inferiores y despreciables, ¿verdad? —dijo el abad mientras arrastraba a Di entre risotadas y jadeos—. Y todavía vamos a caer más bajo —anunció con burlona solemnidad al tiempo que se detenía ante una puerta iluminada por una luz mortecina. Di reprimió el impulso de mirar a su espalda. Había prevenido a los dos alguaciles que los seguían a distancia que tuvieran el cuidado más extremo; el abad no debía notar en ningún momento su presencia. Sus subalternos habían seguido la orden muy bien... demasiado, incluso, pensó Di con inquietud. ¿Qué habían hecho, se preguntó, convertirse en humo? Llevaba casi una hora sin advertir el menor indicio de ellos. Estaba seguro de que lo habían perdido.

—Esta noche, caminamos con peligro —apuntó el abad—. Por una noche, dejas la seguridad y la comodidad de la vida que has conocido. Tu carta está en el joyero de tu esposa. Te propones retirarla antes de que ella la vea, pero ¿y si ella la encuentra antes de que vuelvas? ¿Y si no llegas a tiempo? Podría suceder, ¿te das cuenta? Cuando se haga de día, podrías estar inconsciente en la acera de algún callejón. Podrías estar perdido, incapaz de orientarte. Sabes que la carta está ahí, en tu casa, irradiando peligro. Ese peligro es tu poder, amigo mío, es tu secreto y de él sacas tu fuerza. Esa carta podría destruir la vida segura y agradable que has conocido hasta hoy y lo sabes. ¡Lo sabes! Pero corres el riesgo y ése es tu poder. Porque en tu mente, *en tu mente*, estás apartándote inexorablemente de todo ello. Esa es tu manera de vestir la túnica de saco y retirarte a los bosques. —Hizo una pausa y miró con severidad a su pupilo—. Y ahora —prosiguió—, ¿estás dispuesto a cruzar otra puerta?

—Totalmente dispuesto, Vuestra Santidad —asintió Di. Se tambaleó ligeramente y trató de dar la impresión de que le costaba un gran esfuerzo concentrar la mirada. El abad empujó la puerta y ésta se abrió.

El local en el que entraron era diferente de las tabernas que habían visitado durante la ronda. Estaba limpio y amueblado con gracia; a Di le recordó los vestidores de sus esposas, aunque los muebles estaban algo desvencijados y la alfombra, gastada y con calvas. El olor empalagoso del incienso indio llenaba el aire. Una mujer se levantó de una silla con una sonrisa cuando el abad cruzó el umbral. Era hermosa, con la piel oscura como la caoba, y vestía unas sedas deslumbrantes.

—Este es maese Lao —dijo el abad a la mujer—. Desea experimentar las alegrías del paraíso —añadió con una mueca socarrona. Se encogió de hombros y añadió—: Le he insinuado que sólo existe un camino seguro.

—Nos complace ofrecer nuestros humildes servicios —respondió la mujer con el mismo deje melodioso que el indio vendedor de niñas. Di se sonrojó a su pesar cuando ella lo estudió de arriba abajo.

—Pero... Espera —dijo el abad al tiempo que ponía la mano en el brazo de su pupilo—. Eres un hombre casado, ¿verdad? Sería... muy impropio de ti, me parece, que... —Una sonrisa iluminó su rostro—. ¡Bah!, creo que conozco la respuesta. Una copa de vino para nuestro amigo —pidió, volviéndose hacia la mujer—. Y, quizás, una visita a la «Sala de Purificación», ¿no te parece?

La mujer hizo una reverencia. Una copa de vino apareció en las manos de Di, quien fingió tomar un sorbo. El magistrado era reacio a engullir nada de cuanto le ofrecieran entre aquellas paredes. Un canal atravesaba serpenteante aquella zona de la ciudad, apenas a un par de bocacalles. Qué fácil resultaría drogar a un hombre y arrojarlo al agua discretamente...

—Purificación —susurró el abad al oído de Di con tono afectado, y comenzó a empujarlo hacia la puerta del fondo de la sala, que se abría a un pasillo a oscuras. Di llevaba una espléndida daga bajo el chaleco, pero deseó fervientemente contar también con la ayuda de sus dos alguaciles. En la oscuridad del pasillo, Di vertió la copa con disimulo y el vino corrió por la alfombra. Cuando abrieron la siguiente puerta, la copa estaba vacía; se la llevó a los labios como si apurase las últimas gotas. Después, contempló la estancia.

Tras una mesilla de escribir con papel, tinta y pinceles, había un hombre vestido con la indumentaria de un funcionario de la administración; en realidad, toda la sala estaba decorada para dar la impresión de un despacho oficial, le pareció al magistrado. El hombre y el abad se dirigieron sendas sonrisas y el segundo instó a Di a adelantarse.

—Te presento a maese Lao —dijo al hombre—. Desea divorciarse de su esposa.

Una hora más tarde, bajo el aire frío de la callejuela, Di hizo vanas inspiraciones profundas y, durante un fugaz instante, creyó que iba a vomitar. Aquellas habitaciones cerradas y calurosas, cargadas de humo oloroso, lo habían afectado; la cabeza le daba vueltas y sentía náuseas.

De haber existido el verdadero señor Lao, a aquellas alturas ya sería un hombre divorciado. Di reconoció vagamente al pequeño funcionario corrupto, adscrito a un servicio del distrito de poca importancia, que llevó a cabo la ceremonia y estampó su sello en los documentos después de que «maese Lao», con meticuloso y ebrio cuidado, redactara la declaración y le pusiera su propio sello. No importaba que el sello fuera, en realidad, el del magistrado Di Jen-chieh. El tipejo y el abad

descubrirían su identidad bastante pronto. Luego, el abad felicitó a su pupilo y procedió con gran ostentación a añadir otro puñado de monedas a la bolsa de éste.

Concluido el trámite, dejaron el improvisado despacho para volver a la habitación donde aguardaba la mujer; allí. Di fue obligado a entrar en una pequeña alcoba con una muchacha india jovencísima, de fragante aroma. Cuando la puerta se cerró tras ellos y la muchacha ya iniciaba un movimiento tímido para despojarse de sus ropas, Di le indicó con un gesto que se detuviera y le entregó un puñado de monedas al tiempo que se llevaba la mano al estómago dando a entender que no se sentía bien. Después, agarró por la muñeca a la muchacha y se echó en la cama a descansar. Allí pasó casi una hora, mareado como si estuviera bebido de verdad, sin soltar ni un instante a la muchacha para que ésta no pudiera abandonar la estancia. Por último, se levantó, entregó otro puñado de monedas a la joven india y, tras advertirle con un cuchicheo que guardara silencio, entró, parpadeando y tambaleándose y con la mano dispuesta a empuñar la daga, en la habitación iluminada en la que aguardaban la mujer y el abad. Éste, con una sonrisa, sacó una buena cantidad de monedas de su bolsa, abrió la de Di y las dejó caer en ella, una a una, murmurando una plegaria.

Tras esto, los dos hombres volvieron a adentrarse en la noche con paso vacilante, el brazo del abad reposando pesadamente en el hombro de «maese Lao». En cierto momento, apoyado en una rugosa pared, Di llenó los pulmones y empezó a cantar. Era una contraseña, una señal acordada con los alguaciles que, esperaba, estarían en las inmediaciones, resguardados en la oscuridad. El abad se unió al canto y avanzaron juntos por el callejón.

—Ya te has marchado —dijo el monje de improviso, interrumpiendo la canción y hablándole directamente al oído—. Ya estás tan lejos de tu antigua vida como el príncipe cuando dejó el palacio para siempre. Sigues en medio de todo, pero podrías estar a un millón de *li* de distancia. Pueden olerte —añadió con un áspero susurro—, pero no pueden encontrarte. En este momento, tu esposa se despierta en su lecho. Olfatea el aire en la oscuridad y se pregunta qué es ese mal olor que se ha colado en sus limpios aposentos. Se pregunta si alguien le habrá gastado la broma de colocar un pescado podrido, o tal vez unos despojos de animal, bajo su cama. Pero no es ninguna broma. Eres tú, amigo mío. Apesta a paraíso y ella, con sus sentidos de mujer, lo huele con tal intensidad que despierta de su sueño. —Hizo una pausa, se detuvo unos instantes y aspiró ruidosamente por la nariz como un perro que olfateara el aire—. A decir verdad, yo mismo lo capto —añadió a continuación—. Hueles como una *apsaras-prostituta*. Llevas sobre ti sus efluvios. Estás ungido. ¡Liberado de ataduras mundanas y ungido!

Por cierto, un olor impregnaba el ambiente, pero Di sabía que no emanaba de él. Era más bien la intensa pestilencia del canal, al cual se estaban aproximando. Conforme se acercaban, la voz del abad se convirtió en un sonido monótono junto a

su oído.

—Uno no puede quitarse nunca ese olor. Las *apsaras* del paraíso te huelen también y suspiran por ti. Extienden sus suaves brazos morenos, anhelantes de ti. Pero, para ellas, hueles a jazmín, a ambrosía y a flor de melocotón. Para tu esposa, hueles a desperdicios y a pescado podrido. Ella yace despierta en su cama mientras olfatea; las *apsaras* están recostadas sobre sus suaves alfombras de pétalos de flores en el paraíso, bajo los árboles de gemas y junto a las centelleantes aguas esmeralda, aspirando tu aroma y deseándote con todo su ser.

Di captaba ya el sonido de las aguas del canal al batir contra el malecón. Mientras caminaban, el brazo del abad había vuelto a enroscarse en el suyo. La otra mano de Di estaba cerrada en torno a la empuñadura de la daga.

—Hasta los pececillos que surcan como deslumbrantes piedras preciosas las aguas esmeralda del paraíso cantan su deseo de ti —siguió el abad—. Y los pájaros de los árboles de gemas, que abren sus gargantas para entonar su añoranza inextinguible. Esas aves se posan con ligereza sobre los dedos largos y delgados de las *apsaras*, cubiertos de joyas, y beben las dulces lágrimas que resbalan de sus ojos inmensos y diáfanos. Lágrimas de añoranza de ti.

Estaban ya a pocos pasos del borde del canal y el hedor nauseabundo a basuras y aguas muertas se alzaba hasta sus narices.

—Las ondas presurosas del Ganges... —musitó el abad—. El Ganges, el río más sagrado de la India. Sus aguas están turbias de suciedad y transportan las carnes en putrefacción de los muertos en su amplio cauce, pero son las más deliciosas y las más puras, porque su curso es el camino al paraíso.

Mientras hablaba, su brazo dejó de asir el de Di.

—«Me adentraría en el fuego o en las aguas más profundas, pero no entraría en mi casa sin haber llevado a cabo mi propósito» —susurró el abad mientras forzaba suavemente a su pupilo a acercarse al borde del agua—. Tócala. Huélela. Úngete con ella —musitó cuando llegaron al mismo margen del canal.

El golpe en la parte posterior de las piernas hizo que a Di se le doblaran las rodillas, pero consiguió volverse y agarrarse a la ropa del abad; juntos, se precipitaron al agua desde el malecón. Mientras caían, Di lanzó un potente grito de auxilio. El abad cayó al agua luchando, buscando la cabeza de Di para tratar de mantenerla sumergida. Di golpeó con la rodilla en el vientre de su adversario, que lo soltó apenas un instante, para volver a aferrar su cabeza, sumergiéndola brutalmente. Di agitó las manos, encontró las orejas del abad, las agarró y tiró de ellas con todas sus fuerzas. Esta vez, la cabeza del monje quedó también bajo el agua. Permanecieron así, sumergidos en la negrura, durante un momento que pareció una eternidad; por fin, se soltaron a la vez y subieron a la superficie, jadeantes. Di inhaló y lanzó otro grito antes de que el abad pudiera arrastrarlo de nuevo bajo el agua. Un rodillazo dirigido a

su entrepierna no dio en el blanco por muy poco. Se arrojó sobre el abad y le inmovilizó la cabeza con una llave, utilizando un solo brazo. Las piernas de ambos se movían frenéticamente. ¿Dónde estaba el malecón? Tenía agarrada la cabeza del abad como si fuera un ariete y se proponía estrellarla contra el muro. Pero no lo mates, dijo una voz en su interior. Por mucho que desees hacerlo, no lo mates. Lo necesitas vivo.

Se hundían. El abad se debatió enérgicamente. La cabeza de Di quedó sumergida y su brazo aflojó entonces la presión. Su adversario se liberó. Di volvió a verse empujado hacia el fondo. El pesado cuerpo del abad estaba encima de él y presionaba con implacable determinación. Di empezó a perder la conciencia y vio una imagen de su propio cadáver flotando en el canal, lastrado por la bolsa que llevaba a la cintura.

Y entonces, cuando aquella imagen ya empezaba a convertirse en realidad, el abad soltó su abrazo como un amante que ha terminado bruscamente. Di salió a la superficie y buscó aire a bocanadas. A su alrededor, el agua se agitaba furiosamente. Ya no estaba solo con su enemigo. Los dos alguaciles se habían arrojado al canal y uno de ellos inmovilizaba al abad con una llave mientras el otro llegaba hasta Di y sostenía su cabeza por encima del agua con la misma determinación que había mostrado el abad para mantenerla debajo de ella. El monje emitía unos horribles estertores y daba tirones del brazo poderoso que le rodeaba el cuello.

—No lo mates —jadeó Di—. ¡Y no permitas que intente hacerlo él mismo!

El alguacil debió de aflojar un poco la llave, pues se escuchó de nuevo la voz del abad, en un absurdo chillido:

—¡Detened a ese hombre! ¡Ha intentado matarme!

Los alguaciles lo inmovilizaron rápidamente y lo izaron al malecón. Muy pronto, el abad yacía boca abajo, jadeante, con los brazos y las piernas atadas y sin más ganas de pelea. Con un temblor en las piernas a causa del ejercicio, Di se arrodilló a su lado y le murmuró al oído:

—Gracias por mostrarme el paraíso. Ahora voy a devolverte el favor.

Aquella mañana, Di había prestado cierta atención a su atuendo. Se había puesto sus galas más finas de magistrado e incluso había hecho que el mayordomo le recortase los escasos pelos de la barba, pues se disponía a visitar a una dama. Notaba un asomo de aquella peculiar expectación que había experimentado muchos años atrás, cuando empezaba a cortejar a su primera esposa. Y era extraño, porque la mujer que iba a ver había pasado ante sus ojos una sola vez, y sólo durante unos pocos segundos. Y existían motivos para considerarla una asesina.

Di iba a efectuar esta visita a sugerencia del depuesto abad del monasterio de la Nube Dorada, que había sido despojado de su título y era conocido ahora, simplemente, como el criminal y asesino Ch'u-sin.

El antiguo abad no iba a ser entregado al verdugo por sus crímenes. En lugar de ello, tendría que cambiar sus finas ropas por la tela áspera de la blusa de prisionero, y

el pico, la pala y la carretilla serían sus instrumentos de trabajo el resto de sus días. Aunque merecía sin duda la muerte, se le había perdonado la vida por diversos motivos.

Mucho antes de que emprendieran la excursión nocturna que había terminado en las aguas pestilentes del canal, el magistrado había comprendido que el abad, aunque de una astucia y una codicia sin límites, no era un empresario solitario, que su negocio era sólo uno más en un sistema interdependiente de oportunismo criminal que, probablemente, se extendía a todos los barrios de la ciudad de Yangchou y mucho más allá de sus límites. Después de la detención, convencido de que el hombre era un verdadero tesoro de información, el magistrado había ofrecido clemencia a Ch'u-sin si colaboraba con el tribunal.

Y lo había hecho, sin reservas y sin vacilaciones. Aunque era lo que esperaba de él, la rapidez con la que Ch'u-sin había traicionado a sus compañeros y contactos «comerciales» para salvar su propio pellejo había repugnado a Di. Pero gracias a las delaciones, muchos hombres culpables quedaron al descubierto, retorciéndose bajo la luz; las propiedades fueron devueltas a sus legítimos dueños y a las listas de impuestos y una compleja y extensa red de empresas ilegales y lucrativas en la que estaban implicados algunos de los ciudadanos más poderosos e influyentes de Yangchou, tanto funcionarios como religiosos, quedó desarticulada. En el proceso, muchos hombres arrogantes fueron humillados y se salvó a varias mujeres de perder la herencia. Y, por último, un antiguo caso de asesinato estaba siendo exhumado; muy pronto, el espíritu desolado de un jardinero sería rehabilitado y su familia compensada monetariamente por el error judicial cometido.

Todo esto, desde luego, era un componente importante del estremecimiento de expectación que Di sentía aquel día. Había grandes posibilidades de que, en menos de una hora, Di supiera por fin quién, realmente, había matado al ministro de Transportes casi una década antes.

Y todo ello gracias a un afortunado encuentro que resultó ser la costura que había unido la tela para él; un encuentro que por poco no tuvo lugar, debido a la tentación de un hermoso cielo azul en una espléndida tarde acariciada por la brisa. Evocó aquel día, poco después de su segunda visita al monasterio, cuando albergaba serias dudas sobre la conveniencia de volver allí. Se disponía a escapar del escritorio y de los papeles para dar un largo paseo cuando apareció la pareja campesina con la esperanza de vender a su hijita. De haber salido del despacho un momento antes, tal vez no iría ahora a visitar a aquella dama y muchos criminales estarían actuando aún impunemente bajo apariencias de respetabilidad, de piedad o de ambas cosas.

No despidió a la pareja, sino que la hizo sentarse y luego la animó a contarle todo el asunto. Los campesinos le dijeron que unos años antes había habido otra niña. Por supuesto, esperaban un hijo varón. Entonces, un indio —«un hombre santo», lo

llamaron— pasó por el pueblo y les compró a la niña por una pequeña cantidad. También les dejó un objeto al que atribuía una potencia infalible, el cual, junto con una oración especial, les proporcionaría el hijo varón que deseaban. El objeto era un *lingam* de madera tallada que la pareja llevaba consigo y que mostraron a Di. Según los padres, siguieron el ritual al pie de la letra y, pese a ello, tuvieron otra niña. Después no hubo modo de encontrar al «hombre santo», por supuesto, pero otro campesino del pueblo les contó que el magistrado Di, de la ciudad, lo había ayudado una vez con mucha generosidad en una deuda por impuestos, de modo que acudieron a él.

Di sostuvo el *lingam* en sus manos mientras pensaba que, sin duda, tenía que tratarse del mismo indio que visitaba al ministro de Transportes periódicamente con su surtido de niñas. Estaba claro que el hombre dirigía alguna clase de tráfico de niñas, vendiéndolas —Di ignoraba todavía a quién— como esclavas, criadas u objetos de placer y cebándose en los pobres para proveerse. Y entonces, con los perturbados padres sentados todavía delante de él. Di recordó algo que le había hecho dudar de que el indio actuara solo. Era un comentario especialmente desagradable que le hiciera el señor Lu Hsun-pei, el anfitrión que había intentado sobornarlo: «Los pobres incluso nos venderán a sus hijas». Unas palabras que, en el momento de ser pronunciadas, simplemente provocaron el desagrado de Di, pero cuyo auténtico significado estaba asomando por fin. Fue en aquel momento cuando Di empezó a percibir los perfiles, hasta aquel momento confusos, de algo mucho mayor que un mero acuerdo privado entre el indio y el ministro de Transportes. Qué insoportable arrogancia, pensó Di al término de su encuentro con la pareja; además de intentar comprarlo, Lu Hsun-pei había aludido descaradamente a sus complicidades criminales.

Las niñas, el indio, el *lingam*, las relaciones del ministro asesinado, las obras de arte religioso de la India... Sin duda, el traficante de niñas indio que había entregado el *lingam* tallado a los crédulos campesinos no sólo estaba relacionado con la colección de hijas del hombre, sino también con su colección de arte.

Hasta entonces. Di no había relacionado al abad del monasterio de la Nube Dorada con todo aquello. De hecho, mientras intentaba resolver el misterio de los cadáveres del canal, el magistrado estuvo a punto de renunciar a seguir investigándole. Sin embargo, decidió perseverar y, un par de visitas más tarde, le llegó la inspiración de la manera más inesperada: cuando el abad utilizó su mechero de pedernal en la oscuridad de la «sala de meditación» y la luz bañó de pronto la estancia, iluminando los objetos que la poblaban y, al mismo tiempo, los rincones de la memoria de Di.

De modo que el abad también está implicado, pensó en aquel momento el magistrado con una calmada sonrisa interna, mientras miraba a su alrededor. Después,

preguntó a Ch'u-sin con astucia si los objetos estaban a la venta. Tras oír la respuesta afirmativa, Di habría apostado su casa y todo cuanto había en ella a que el abad también estaba relacionado con el indio y con su complejo negocio, y asimismo, probablemente con el asesinado ministro de Transportes.

El magistrado recordaba muy bien la conducta vaga y evasiva del abad en su primer encuentro, años atrás, cuando acudió a él con una historia inventada acerca del hijo perdido de un amigo y fue incapaz de determinar si el tipo ocultaba algo o si, simplemente, pensaba en su siguiente colación. Bien, amigo mío, reflexionó Di mientras contemplaba con satisfacción la colección de arte del abad a la luz de la lámpara, no es probable que fuera la comida lo que te rondaba por la cabeza, después de todo, cuando desapareciste por esa puerta tan bruscamente y me dejaste en la sala postrado de rodillas, a solas con el incienso y con mis plegarias vacías.

¿Y fuiste tú quien envió a mi despacho al pequeño con intenciones asesinas? ¿O fue otro, alguien con quien me había tropezado aquel día, o los precedentes? Tú sabes, y todos tus «socios» también, sin duda, quién mató al ministro de Transportes, pensaba Di mientras una vieja emoción le estremecía.

Entonces le vino la inspiración y discurrió un modo de confirmar la relación entre el abad y el indio que también lo conduciría directamente a éste último. Fue entonces cuando inventó la historia de que la esposa de «maese Lao» quería otro hijo. El abad, tan próximo a cosechar otro rico converso, picó en el anzuelo a la primera.

Y, así, Di se encontró tomando té en el salón del indio mientras reflexionaba sobre la extraordinaria trama que estaba revelándose. Sin apenas esfuerzo, con un simple comentario fingidamente casual, confirmó sus sospechas de que Lu Hsun-pei conocía al indio y era miembro, incluso, de la próspera sociedad. Y, desde luego, Di iba a descubrir aquel día más de lo que le hubiera gustado saber acerca de la extensión de la corrupción en Yangchou. Di se ahorró el cumplimiento de una inquietante premonición que lo asaltaba desde hacía tiempo: que un día tendría que sentenciar a sus propios hijos en el tribunal. El magistrado logró dejar tal tarea en manos de un juez ayudante y los muchachos recibieron una sentencia justa que permitiría a Di no tener que mirarlos a la cara —ni ellos a él— durante bastante tiempo. El servicio militar en las lejanas provincias occidentales aseguraría que los dos estuvieran ocupados en trabajos duros y en vigorosas actividades al aire libre, lejos de las seductoras tentaciones de la vida urbana a las que tan vulnerables eran.

Di sabía que sus hijos, cualesquiera que fuesen sus debilidades y cualquiera que hubiera sido su contribución a la vida delictiva de Yangchou, compartían su responsabilidad con él, sin que importara lo que llegaran a ser o fueran ya. Esta era una de las razones por las que Ch'u-sin se había librado de la condena a muerte.

Las revelaciones del «abad» resultaron fascinantes. El indio y él eran, en efecto, colegas desde antiguo. El indio dirigió un lucrativo comercio en ambas direcciones

durante muchos años. Importaba extraordinarias y valiosas obras de arte religioso erótico de la India, robadas de templos, y otras piezas de calidad para venderlas a chinos ricos que sabían apreciarlas, y exportaba niñas a la India para convertirlas en preciadas concubinas de rajas y otros potentados. Algunas chiquillas eran vendidas en Yangchou a hombres que gustaban de prepararlas desde la infancia como juguetes sexuales.

Ch'u-sin colaboraba en la búsqueda de niñas utilizando sus muchos contactos entre los clérigos corruptos para guiar al indio hacia las casas que ofrecían mejores perspectivas, a cambio de lo cual recibía cierta cantidad de obras de arte exóticas, que él mismo escogía, para conservarlas o para venderlas. A su vez, el indio ayudaba a Ch'u-sin a localizar hombres ricos y sin herederos susceptibles de «conversión» y explotación, y recibía una parte de la «herencia». Lu Hsun-pei intervenía en la trama presentando a ricos compradores de arte o a algún que otro personaje de Yangchou interesado en comprar una niña; por esta tarea de intermediario, se lo recompensaba con una buena tajada del negocio.

¿Y cuál había sido el papel del ministro de Transportes en aquella confabulación? Más o menos, el que Di había pensado. El amo de la red de canales de Yangchou tenía contacto con todos los funcionarios corruptos y sobornables de la ciudad y se ocupaba de que los productos ilícitos circularan libremente y sin obstáculos por las vías acuáticas. A cambio de ello, el indio visitaba su casa con regularidad antes de abandonar la ciudad con su último lote de chiquillas y le otorgaba el privilegio de escoger una o dos antes de llevárselas a la India. Y lo mismo hacía al regresar de sus viajes por occidente, ofreciendo siempre al ministro de Transportes la oportunidad de ser el primero en escoger entre el cargamento de obras de arte.

Por supuesto, aquellos hombres formaban la cúpula de una versátil asociación empresarial, bajo la cual había muchos otros miembros subalternos de importancia decreciente: una enorme estructura ilegal, activa y lucrativa, de comerciantes, funcionarios, extranjeros, alcahuetes, encargadas de burdel, cortesanas y clérigos.

Y en la base misma de la pirámide, en el nivel inferior de los aprendices, estaban los muchachos mensajeros. No debería haber sorprendido a nadie que los hijos del magistrado jefe de Yangchou formaran parte de la organización. Con el tiempo, probablemente habrían ascendido en el escalafón. Pero ¿hasta qué grado? ¿Habrían llegado a convertirse en empresarios opulentos y arrogantes como Lu Hsun-pei, o se habrían quedado en poco más de lo que eran, como el chupatintas corrupto que se ocupaba de los divorcios en su despacho improvisado en un burdel, a cambio de una propina del abad? No había modo de adivinarlo. El equivocado orgullo paterno de Di acababa de sufrir un duro golpe.

El magistrado dejó la pregunta más importante para el final. Entonces interrogó a Ch'u-sin, el falso abad, acerca de la muerte del ministro de Transportes. Seguro que

estaba relacionada con todos aquellos turbios manejos, ¿verdad?

Ch'u-sin permaneció en silencio un momento, pensativo. Por último, respondió que en cierto modo así era. El magistrado quiso saber a qué se refería, exactamente, y el falso abad le miró entonces con una sonrisilla burlona al tiempo que decía:

—¿Por qué no vas a preguntárselo a su hija?

En el recibidor le esperaban, correctos y discretos, los alguaciles. Fuera aguardaban dos carruajes, el de Di y otro para la hija mayor del difunto ministro, pues el magistrado había acudido allí previendo la probabilidad de que tuviera que llevarse de la casa a la mujer. No estaba muy versado en las normas de cortesía en el caso de detención de una dama, de modo que había improvisado y seguía haciéndolo todavía.

La casa y su entorno eran exactamente como Di los recordaba: serenos, armoniosos y elegantes. Y, a pesar del tiempo transcurrido desde su asesinato, en la atmósfera de las habitaciones y de los jardines parecía reinar aún la presencia del dueño. Y también la feminidad: en las estancias y en los jardines sólo había mujeres y muchachas. El único varón que Di alcanzó a ver era el mismo criado que había recibido al magistrado en su última visita, hacía casi diez años. En esta ocasión, fue la propia hija del difunto quien lo recibió, sin mostrar la menor sorpresa, como si hiciera mucho tiempo que lo esperaba. Di se sentó frente al fantasma que había vagado por los pasadizos de su memoria incontables veces a lo largo de los años. Era todavía una mujer joven, pues sólo contaba diecisiete años la primera vez que la había visto. Contemplando su rostro encantador y su porte, cualquiera le habría atribuido muchas generaciones de antepasados aristocráticos. Pero sus verdaderos padres, pensó Di con asombro, sólo podían haber sido unos esforzados campesinos de alguna aldea remota.

—De modo que quiere saber por qué mi padre sólo adoptaba niñas, ¿no es eso? —decía la mujer—. Pues bien, era un asunto de preferencias personales, ni más ni menos. Le gustaba lo femenino. Había crecido con siete hermanos.

—Observo que usted ha mantenido la tradición —apuntó Di.

—Mis hermanas y yo somos muy felices aquí. Todas pueden casarse, si quieren. Yo no me opongo. Pero la mayoría ha escogido quedarse aquí. Estamos contentas en nuestra mutua compañía. No tenemos el menor deseo de abandonar nuestra casa para vivir bajo la tiranía de una suegra y para someternos a las exigencias de un marido.

—Entonces, señora, ¿he de entender que es usted la... hum... la cabeza de familia?

—En efecto —respondió ella fríamente. Su mirada se clavó en la de Di y provocó en él un ligero acaloramiento—. Mi padre tomó disposiciones especiales para que yo, su hija mayor, heredara todas sus posesiones a su muerte.

—¿Y por eso —preguntó Di con gran cuidado— usted lo hizo matar?

Ella le lanzó una mirada que debió de durar un minuto entero. Di mantuvo firme la suya mientras el corazón se le aceleraba. Después, la mujer suspiró y pareció

hundirse ligeramente en su asiento.

—No habría tenido que hacerlo si él hubiera dejado las cosas como estaban —murmuró por fin, y movió la cabeza con gesto pesaroso—. Pero en el último momento y absolutamente por sorpresa, decidió adoptar un hijo. Como es lógico, yo no podía permitir tal cosa.

No, pensó Di; claro que no. La herencia habría pasado a manos del adoptado. Una idea le vino a la cabeza:

—Dígame, ¿el abad Ch'u-sin tuvo algo que ver con la decisión de su padre?

—Desde luego que sí —respondió ella con la misma frialdad de antes—. Convenció a mi padre de que estaría mal dejar sus posesiones terrenales a una mujer. Lo convenció de que adoptara como «hijo» a uno de sus jóvenes monjes. Ch'u-sin quería quitarme lo que era mío. —Hizo una pausa—. Estaba furiosa con mi padre y decidida a hacerle respetar el acuerdo inicial.

—Y así, antes de que pudiera producirse la «adopción»... —apuntó el magistrado.

—Sí —reconoció ella con voz firme—. Pero he sufrido terriblemente a causa de ello. Por la noche, el fantasma de mi padre se sienta en mi lecho y llora. Eso ha... mermado mi serenidad considerablemente.

Al escuchar aquellas palabras, Di apreció por primera vez las ligeras bolsas bajo sus bellos ojos y la expresión cansada de su rostro, tan sutil que a uno podía pasarle inadvertida fácilmente, y comprendió que la mujer no había tenido una noche de verdadero descanso desde hacía años.

Establecer la culpabilidad del jardinero había sido tarea sencilla, por supuesto, sobre todo con la seguridad que proporcionaba el soborno del corrupto predecesor de Di, el viejo magistrado Lu. Y, aunque Ch'u-sin sabía que la muerte del padre era obra de la muchacha, se había visto obligado a guardar silencio debido al conocimiento que ella tenía de las actividades delictivas del abad.

—Naturalmente —apuntó Di a continuación—, no despachó a su padre con sus propias manos. ¿Puedo saber quién...?

—Nadie importante. Un rapazuelo que solía rondar la cocina para que le dieran de comer. Un muchacho listo y ágil como pocos, dispuesto a hacerlo por dinero.

El que me enviaste cuando me viste husmear por tu casa, pensó Di. El que casi acaba conmigo.

—¿Y dónde está ahora? —insistió.

—No sabría decirle. —La voz y el ademán de la mujer eran más secos—. Hace años que no lo he visto.

Di se preguntó que sería lo que vio en el rostro de la mujer en aquel momento. ¿Acaso el muchacho había crecido cerca de ella hasta hacerse hombre, se había aprovechado de ella de todos los modos posibles y, después, había desaparecido? Sí;

Di estaba seguro de que era eso lo que veía.

El caso estaba resuelto, pero no del todo. El autor material seguía fuera del alcance de Di. Y ahora —suponiendo, desde luego, que aún siguiera vivo y coleando— se habría convertido en un joven más de veinte años.

El disfraz perfecto.

Año 663, primavera

A mi amigo el Viejo Tonto:

Como sé que no eres ningún tonto, daré por sentado que tampoco eres tan viejo. Al menos, no tanto como para que no estés vivo y activo dentro de cuatro años, cuando viaje a Luoyang y podamos encontrarnos. Debido a mi reciente trabajo, mi nombre es pronunciado en tono de gran estima; me llaman héroe, paladín de la justicia y valiente investigador, pero todo resulta bastante hueco. Me esperan muchos otros casos.

He tenido noticia de que va a celebrarse en Luoyang un gran debate de importancia histórica. La cuestión que llevará allí a monjes budistas y a altos funcionarios civiles de todo el imperio y los polarizará en dos grandes partidos, el secular y el clerical, es la siguiente: ¿la comunidad budista debe respeto y obediencia al gobierno civil confuciano —y cada individuo a sus padres— o no está sometida a más ley que la de su propio dharma?

No veo cómo podría eludir esa reunión, pues varios altos cargos del partido civil confuciano me han hecho el honor de nombrarme representante del distrito metropolitano de Yangchou y de su prefectura. Desde hace bastante tiempo quería redactar un discurso contra los excesos de la iglesia budista popular... y ahora tengo más razones que nunca para dedicarme a ello. Por supuesto, me propongo leer ese discurso ante la asamblea. En el momento en que te escribo, ya llevo mucho tiempo trabajando y repasando mi humilde prosa para ese insigne concilio.

El encuentro de Luoyang ya tiene un nombre: el Debate del Pai.

*Hasta nuestro encuentro,
Di Jen-chieh*

12 Año 664 Luoyang

El emperador Kao-tsung se agachó a recoger una zapatilla de seda del sendero del jardín, se la llevó a la nariz, aspiró su olor y cerró los ojos. Pasó los dedos por el interior y apreció la suave textura de la seda. Después, levantó la vista y la paseó por el desierto jardín, sereno, florido y cálido bajo el sol primaveral.

Guardó la zapatilla en un bolsillo y continuó su marcha en silencio, apoyando el bastón delante de sí con gran cuidado. Al llegar a una encrucijada, se detuvo; el sendero de la izquierda descendía en una suave pendiente hacia un huerto de árboles frutales ornamentales y el de la derecha serpenteaba entre arbustos en flor y conducía finalmente a un pequeño y apartado pabellón de piedra. Tras unos momentos de vacilación, se volvió hacia el primero, examinó las hojas y las flores que colgaban sobre el camino a ambos lados y estudió el suelo en busca de los pétalos que pudieran haber caído con el roce de una túnica. A poca distancia, vio algunos esparcidos sobre unas piedras.

Avanzó hacia los pétalos escrutando el suelo con minuciosidad. Pocos pasos más allá, vio algo brillante. Se agachó y recogió una delicada horquilla para el cabello adornada con piedras preciosas.

Siguió el sendero hacia los árboles, cuyas copas eran una nube de capullos en flor que se mecían con la actividad de diez mil abejas que se afanaban en libar. Kao-tsung sabía que el zumbido monótono de los insectos podía disimular el murmullo de las voces de los amantes; contuvo la respiración y aguzó el oído. ¿Había oído una risa grave, breve y descarada? El emperador se apoyó en uno de los árboles.

La risa se dejó oír otra vez; luego, se interrumpió bruscamente. Kao-tsung avanzó con movimientos furtivos hacia donde le parecía que había sonado la carcajada; después, se detuvo y miró a su alrededor con cautela. Dio una lenta vuelta sobre sí mismo y las hileras de árboles parecieron desfilar con precisión geométrica, alejándose en todas direcciones mientras él completaba el giro. Se detuvo. Allí, al final de una hilera, donde los árboles ya no obedecían a un orden y empezaba el auténtico bosque: un movimiento, algo entre las hierbas altas, un desplazamiento casual, irreflexivo e inconsciente, de un pie o una mano cuyo poseedor no sabía que lo acechaban. Después, una vez más, la risa grave y abrupta.

Avanzó junto a la hilera de árboles, tan pegado a ellos como era posible; el corazón le latía aceleradamente y un sudor frío empezaba a perlarle la frente. Desde aquella distancia, el murmullo de las voces ya se distinguía claramente del zumbido de las abejas y llegaba, grave y nítido, a los atentos oídos de Kao-tsung.

Sus ojos distinguieron el borde una alfombra, un montón de ropas revueltas y un codo que, de vez en cuando, se convertía en un brazo gesticulante. Un brazo masculino.

Kao-tsung se acercó y el murmullo de la conversación se hizo ininteligible a causa de su propia respiración y de los latidos acelerados de su corazón. Apoyado pesadamente en su bastón, tembloroso, contempló los dos cuerpos desnudos que yacían sobre la alfombra extendida en la hierba bajo el árbol.

Wu, tendida de costado y apoyada en un codo, alzó la vista hacia él en aquel instante; el hombre de piel oscura, que yacía boca arriba, volvió la cabeza y miró también al emperador. A continuación, miró hacia el otro lado y tomó en su mano uno de los pechos de Wu. Ella sonrió y pasó la lengua por el hombro de su amante. Kao-tsung sacó la zapatilla del bolsillo y se la llevó a la nariz.

Wu acarició al hombre unos instantes más; luego, miró de nuevo a su marido. La mano acariciadora se detuvo en el pecho del amante, dio allí unos enérgicos golpecitos y se retiró. Lánguidamente, sin prisas, el hombre se incorporó hasta quedar sentado, se desperezó, recogió sus ropas y se puso en pie. Sin dirigir siquiera una mirada al emperador, se colgó las ropas del brazo y se alejó desnudo, deteniéndose de vez en cuando a rascarse o a oler una flor en una rama. Wu rodó sobre la alfombra hasta quedar boca arriba y esta vez dirigió una sonrisa tentadora a Kao-tsung, el cual había dejado caer el bastón mientras tiraba de sus propias ropas, que, de pronto, se habían vuelto obstinadas, tercas y nada colaboradoras.

—Podría curarlo por completo, ¿sabéis? —comentó el *nagaspá* a la emperatriz—. Podría recuperarlo por completo, como si no hubiera estado enfermo jamás.

—Mi pequeño hechicero... —murmuró Wu con calidez.

—Pero tendría que buscar el modo de compensar su debilidad esencial, por supuesto. Lo he observado detenidamente. Aunque él jamás me permitiría tocarlo, a menudo he deseado poder medir la distancia precisa entre sus ojos, la amplitud de su cráneo de sien a sien y el ángulo que forma la frente con el perfil de la nariz.

—¿Y qué conseguirías con ello? —preguntó Wu al tiempo que avivaba la llama de la lámpara, lo cual hizo bailotear las sombras de la gran estancia casi vacía. Era la habitación destinada a ellos, una de las incontables dependencias olvidadas del palacio, la que el hombre había escogido después de una minuciosa búsqueda durante la que, según sus explicaciones, percibió las oscilaciones magnéticas e interceptó los campos de vibraciones. Era el lugar al que acudían para que la emperatriz pudiera renovarse, donde ambos potenciaban mutuamente su *ch'i* absorbiendo, así decía él, la potencia de los cielos y provocando el regocijo y el estremecimiento de placer cósmico de los dioses.

—El alma dirige el crecimiento de los huesos, señora —dijo el *nagaspá*.— Y revela su propósito, su intención, su karma, en la conformación de los huesos. Sobre todo, de la cabeza. ¡Ah, la cabeza sola nos dice tantas cosas! Muchas veces he sostenido un cráneo en mis manos y he percibido la esencia viva y pulsante lo que era en vida esa persona. ¡Prácticamente, he conversado con ella!

—¿Y qué crees que podrías descubrir de mi marido? —quiso saber Wu, quien procedió a encender una barrita de incienso en la llama de la lámpara y a colocarla en el pequeño altar instalado ante ellos.

—Ya he descubierto bastante, sólo con observarlo. Aunque es necesario efectuar las mediciones para precisar los detalles, con la práctica es posible interpretar la cabeza de un hombre con sólo mirarla. La esencia vital no es abundante en vuestro esposo. Parte de su alma ya está mirando hacia el otro mundo. Además —el *nagaspá* se encogió de hombros—, es un gobernante incompleto. Parte de él está ausente, como si hubiera nacido sin un brazo o una pierna. Vos, señora, habéis ocupado el lugar de ese miembro que le falta. El emperador no podría gobernar sin vos —declaró, mirándola a los ojos con fervorosa intensidad.

A continuación, alzó las manos hasta la cabeza de Wu como si midiera algo y colocó las yemas de los dedos en sus sienes con tanta delicadeza que apenas rozaban la piel de la emperatriz. Con el índice y el pulgar como calibradores, comprobó la distancia desde el puente de la nariz hasta el límite del cuero cabelludo y midió la anchura de su rostro de pómulo a pómulo. Mientras palpaba la parte superior del cráneo y la zona posterior, el hombre entrecerró los ojos como si evaluara los datos. Ella aguardó el veredicto sin apartar la vista de sus ojos y con una sonrisilla paciente en los labios.

—Lo que yo pensaba, señora —murmuró el hombre al tiempo que bajaba las manos con ademán respetuoso—. Sois vos quien hace completo a vuestro marido, como hombre y como gobernante.

—¿Cómo puede saber tanto alguien tan joven? —exclamó ella, con afectación.

El hombre enderezó la espalda, cerró los ojos e inhaló por la nariz con gesto imperioso.

—Sólo este cuerpo es joven, señora —respondió, al tiempo que abría los ojos de nuevo—. Como vos, mi espíritu tiene más edad. Y los dos estamos aquí con un propósito. Vuestro marido conoce y no conoce vuestra grandeza de espíritu. Él no es uno de los elegidos.

Las palabras de halago provocaron en la emperatriz un profundo sentimiento de importancia y de magnificencia. De sus labios escapó un suspiro ante el peso de sus responsabilidades al tiempo que saboreaba un cálido e intenso estremecimiento de admiración por ella misma.

—El mundo entero lo sabe —continuó él—. El mundo entero es consciente de vuestra grandeza. Y vos lo hacéis grande a él. En una visión me fue revelado un nombre. Al principio, no estaba seguro de a quién se refería, pero ahora sé con certeza que era a vos y a vuestro marido, el emperador.

—¿Cuál es ese nombre, hechicero mío? —dijo con una sonrisa indulgente.

—Es un título para vos y vuestro esposo, que sois en verdad sabios gemelos,

gobernantes gemelos: los Dos Santos, mi reina —anunció con una mirada cargada de augurios.

Ella lo observó con solemnidad durante unos instantes; luego, echó la cabeza hacia atrás y se rió con ganas. La expresión seria e importante del *nagaspa* se transformó en una mueca ofendida.

—¿Por qué os reís, señora? —preguntó con un ligero tono quisquilloso.

—Porque es demasiado absurdo —contestó ella, al tiempo que movía la cabeza—. Incluso para mí. Es como una mujer que llevara cosméticos inapropiados, un corpiño demasiado ajustado o una peluca mal colocada. Jamás podría pronunciar esas palabras, u oírlas decir en mi presencia, sin llevarme la mano a la boca para contener una risilla tonta. —Adoptó una expresión de fingida seriedad, como si fuera un ministro de la corte exponiendo una petición—. Los Dos Santos —probó a decir, pero no pudo evitar una mueca burlona en los labios y se echó a reír de nuevo, al tiempo que agitaba las manos en gesto de disculpa al observar la frustración del *nagaspa*.— Lo siento, hechicero mío. No pretendo irritarte, pero esto es... es demasiado estúpido. ¡Espera! Yo también tengo un nombre para ti.

—No estoy muy seguro de querer saberlo —respondió él, malhumorado.

—¡Al contrario! ¡Te gustará mucho! —insistió la emperatriz. Se inclinó hacia delante y añadió, insinuante—: Tú eres mi Mono Divino.

El joven sentado entre los altos muros de su recoleto jardín alzó la vista del texto que estaba traduciendo y entrecerró los ojos para que no lo deslumbrara el sol. Al principio, no alcanzó a distinguir quiénes eran las dos mujeres que habían aparecido frente a él. Antes incluso de identificarlas, apreció que eran casi idénticas y, durante un extraño segundo, pensó que tal vez sufría una rara alucinación. Entonces, una de las mujeres habló y él, con un sobresalto, a pesar de que no la había visto en diez años reconoció a su madrastra, la emperatriz.

Aquel día iban a empezar las ceremonias de inicio de las excavaciones para la construcción de nuevos palacios conmemorativos del cambio de nombre de la ciudad. Se rumoreaba que un contingente de funcionarios confucianos, escandalizados por la idea de otorgar un nombre budista a la nueva capital, proyectaban presentarse para manifestar su desaprobación. Era un nombre absurdo, decían los funcionarios, un trabalengua desenterrado durante las excavaciones en las cuevas de Tunhuang y traducido bajo el patrocinio de la señora Yang.

El rumor corrió entre el pueblo con la rapidez de un incendio impulsado por los vientos estivales y dio la impresión de que todos los habitantes de la Ciudad de la Transformación pensaban acercarse cuanto fuera posible a las ceremonias. Por curiosidad, desde luego, y también porque las celebraciones estatales significaban a menudo comida, bebida y regalos para el vulgo. Pero, sobre todo, porque era una

oportunidad de ver a la emperatriz Wu, que para algunos parecía haber reemplazado en el cielo al sol y la luna.

¿No era la emperatriz, en verdad, la reina del pueblo?, se preguntaban unos a otros. ¿No había llevado la tierna solicitud femenina a la tarea de gobierno? ¿No posaba su mano en el hombro del pueblo como la tendría una madre amante en el de su hijo? ¿Y no ofrecía magia y esperanza con su invocación de un nombre sagrado? Los dioses, el propio Maitreya bendito, debían de estar satisfechos con la recién bautizada ciudad.

Algunos, naturalmente, no mostraban el mismo entusiasmo. Si la emperatriz sentía el deseo de dar un nuevo nombre a la ciudad, ¿por qué no recurría a las fuentes chinas tradicionales? ¿Por qué era preciso utilizar el que, al fin y al cabo, era un nombre extranjero? ¿No podía ofrecer la misma magia y la misma esperanza con un nombre taoísta?

Otros, incluso, eran más que escépticos; los había que se mostraban abiertamente sarcásticos y declaraban que si la emperatriz fuera a visitarlos a sus casas y se ofreciera a fregarles los suelos, ni se levantarían de sus asientos para recibirla.

Cuando llegó la hora de la ceremonia, la mayor parte de los habitantes de la ciudad se apiñaba tan cerca de los límites del palacio como le estaba permitido. Sonaba una música festiva y una larga fila de guardias a caballo espléndidamente uniformados, con el aire de guerreros de Kuan-yin, mantenían el orden frente a las primeras filas de personas. Todos los edificios, muros y farolas cuya altura permitía una buena visión estaban completamente cubiertos de gente. Los que no estaban lo bastante cerca o no habían tenido la fortuna de conseguir una buena atalaya se abrían paso a codazos y pisotones en un vano esfuerzo por llegar más adelante; otros esperaban pacientemente, sabedores de que lo único que les llegaría serían los comentarios de los situados en las primeras filas, que viajarían prácticamente a la velocidad del pensamiento hasta los últimos componentes de la multitud.

Corrían ya las primeras informaciones de los prolegómenos. Un grupo de funcionarios de edad avanzada, no más de veinticinco o treinta, estaban reunidos a un lado del estrado y allí leían, uno a uno, comunicados de protesta por el cambio de nombre de la ciudad. No había encendidas exhibiciones de oratoria ni invectivas agitadas: sólo un grupo de ancianos que, con calma, firmeza y determinación, leían sus protestas en voz alta a quien los estuviera escuchando. ¿Y acaso la emperatriz no demostraba su tolerancia y su paciencia con ellos? Aunque en torno a los viejos confucianos había un contingente de guardias que los observaba, los funcionarios no recibieron órdenes de dispersarse ni fueron molestados. Se les permitió decir lo que querían aunque, entre la música y los comentarios excitados de la multitud, sus palabras sonaban tan débiles e insustanciales como si fueran pronunciadas en plena tormenta.

Cuando la música aumentó de volumen y la muchedumbre se movió hacia delante, corrió la voz de que el emperador y la emperatriz habían llegado en un espléndido carruaje. El emperador, aunque cojeaba un poco y se apoyaba en un recio bastón, caminaba sin ayuda con la emperatriz a su lado. Los acompañaba un hombre joven, un muchacho pálido de expresión desconcertada y tímida. La gente se preguntaba quién era. ¿Tal vez el famoso historiador Shu? No; el muchacho era mucho más joven. Y Shu era un personajillo arrogante y presumido, en absoluto tímido; por el modo en que el muchacho parpadeaba y miraba a su alrededor con perplejidad, se diría que era una pobre criatura que acabara de emerger de un sótano oscuro a la claridad del día; alguien que quizás había tenido muy poca compañía humana durante mucho tiempo. Parecía tan asustado que casi producía la impresión de que, en cualquier momento, daría media vuelta y se ocultaría de nuevo en el carruaje.

Pero la emperatriz, al parecer, lo tenía asido por el brazo con fuerza y lo conducía hacia el lugar donde, junto con el emperador, bendecirían la tierra de la que habrían de surgir los nuevos palacios. Según lo establecido en el decreto, Transformación empezaría allí e irradiaría hacia fuera a través de la ciudad; sus vidas serían nuevas, el cielo bajo el que caminaban sería nuevo y sus espíritus serían nuevos.

Entonces, un nuevo rumor corrió entre la multitud. Un rumor que la gente, de algún modo, sabía cierto: el joven era un príncipe. ¿Cuál de ellos? ¿Uno de los hijos de la emperatriz? No, ninguno de ellos. El joven no era otro que el príncipe Jung, el anterior príncipe heredero, el hijo olvidado de la emperatriz repudiada. Imposible, decían algunas voces. ¿No llevaba muerto varios años? Muerto, no, respondían otros, sino alejado y prácticamente preso, recluido en un ala remota del palacio. Resultaba difícil de aceptar que aquél fuera el muchacho en torno al cual se había urdido, en otro tiempo, una conspiración. ¡Pero si no debía de ser más que un chiquillo cuando todo aquello había sucedido! Era evidente que, ahora, todo quedaba olvidado. ¡Qué magnanimidad la de la emperatriz Wu al traer al hijo de su rival y en otro tiempo enemigo y presentarlo junto a ella ante la multitud!

¿Acaso no enseñaba a todos, con su gesto, el sentido de la Transformación?

Aquella primavera fue excepcionalmente benigna, con cielos azules, vientos cálidos y una sensación de promesa en el aire. Los nuevos palacios crecían casi como seres vivos. Los habitantes de la ciudad convirtieron en una excursión habitual el ir a observar sus progresos. Y todos los días, no sólo el de la ceremonia, hubo comida y regalos para los asistentes. Los días inusualmente templados se hicieron muy pronto más calurosos; una mañana, al despertar, la gente se encontró con que la suave primavera había dado paso al calor rotundo y bochornoso del verano. Y aún no estaban en junio.

El calor había llegado para quedarse y se instaló sobre la Ciudad de la

Transformación como una dama obesa en una silla. El humor relajado de la primavera quedó completamente olvidado y la gente se volvió irritable y descuidada. En los barrios más pobres, donde los vecinos siempre tenían que sufrir mucho más de cerca los rigores de la naturaleza y donde la proximidad constante de otros seres humanos era una causa de continuos roces, los ánimos se inflamaron, se produjeron reyertas y los alguaciles no dieron abasto. Se contaba que una mujer había arrojado una olla de sopa hirviendo a la cara de su marido antes de intentar arrojarle al río y se sabía de al menos tres «hombres santos» que deambulaban por las calles afirmando ser el Buda reencarnado, entre la rechifla y las bromas crueles de grupos de muchachos.

La obra de palacio seguía su progreso y, mediado el verano, los muros exteriores estaban levantados y su nueva y enorme silueta dominaba el horizonte. Sin embargo, el flujo de regalos y convites para el pueblo, una vez copioso, se había reducido, igual que el caudal de los muchos ríos de la ciudad. Algunos se marchaban con disgusto después de que les entregaran un puñado de pastelillos rancios; un hombre escupió en el suelo al encontrar restos de un insecto en el que acaba de morder. Pero la feracidad de los ríos era insólita, más aún si se consideraba el escaso nivel de las aguas perezosas. Los pescadores recogían en sus redes cantidades inusuales de grandes peces rojos, cuyo tamaño parecía aumentar con el transcurso del verano. Algunos comentaron que el pescado era un bocado exquisito, aunque parecía perder sabor conforme aumentaba el tamaño; algunos de los más grandes resultaban francamente desagradables. Pronto, los pescadores devolvían al agua los mayores. Pero cuando los peces empezaron a alcanzar el tamaño de un hombre, algunos fueron sacados del agua como meras curiosidades. Un tipo emprendedor empezó a despellejarlos, afirmando que había descubierto un modo de conservar la frágil piel, con la que pensaba hacer exóticas prendas de vestir para la emperatriz y convertirse en un hombre rico, famoso y distinguido.

Una mañana de finales del verano, muy temprano, un grupo numeroso de gente se congregó en las orillas del río más caudaloso de la ciudad. Todos miraban hacia el lecho, donde las escasas aguas nauseabundas formaban charcos poco profundos. Aquí y allá, diversos desperdicios —huesos, fragmentos de ollas, zapatos viejos, pedazos retorcidos de metal oxidado— yacían en el fango pestilente que ya difundía su hedor bajo el cálido sol. Pero no eran estos interesantes detritos lo que llamaba la atención. Lo que atraía la mirada de la gente era el enorme pez rojo, largo como tres hombres, que se agitaba en el último palmo de agua, abriendo y cerrando las agallas carnosas casi obscenamente y con un ojo vidrioso vuelto hacia el limpio cielo azul.

El calor se prolongó más allá de la entrada del otoño, hasta un día de principios de octubre en que los cielos se abrieron y la lluvia repiqueteó sobre los adoquines y llenó los ríos. Ese mismo día, apareció en las gacetas que circulaban por la Ciudad de la

Transformación un comunicado del historiador Shu. Entre las capas populares había poca gente que supiera leer y escribir y, a lo largo del día, esos pocos instruidos se vieron obligados a releer numerosas veces en voz alta el comunicado; cuando lo hacían, la gente se arremolinaba a su alrededor, cubierta con parasoles y sombreros goteantes, y prestaba atención a las lamentables palabras al tiempo que sacudía la cabeza con gesto pesaroso y bajaba la mirada al pavimento resplandeciente. ¡Ah!, suspiraban; era un hecho triste y lamentable, pero necesario, pues se había evitado una crisis y los emperadores estaban a salvo. Gracias fueran dadas al bendito Maitreya, el emperador y la emperatriz estaban a salvo.

Comunicado del Historiador Shu.

Con Profundo y Supremo Dolor, el Emperador y la Emperatriz nos informan de que se ha Evitado Oportunamente una Catástrofe. En la Atmósfera Tolerante de la Corte, donde los Disidentes siempre han podido Decir lo que han querido, se ha descubierto una Conspiración Traidora encabezada por el Destituido Príncipe Heredero Jung; éste, impulsado por el Sentimiento de Culpa y la Cobardía, se ha Dado Muerte, ahorcándose. Esta ha sido una Prueba Especialmente Penosa para la Emperatriz, la cual, como es Sabido y Manifiesto, había Ofrecido su Amistad al anterior Príncipe Heredero. No obstante, la Emperatriz recurre a sus Abundantes Reservas de Ecuanimidad para Sobreponerse a la Pesadumbre y a la Traición. La Transformación, como podemos ver, entrañará en ocasiones Dolor, pero debemos Sobreponernos a él y Mirar Sólo Hacia el Futuro.

Así lo dicen el Emperador Kao-tsung y la Emperatriz Wu, los Dos Santos que Velan por Nuestras Vidas.

13 Año 667, primavera Luoyang

—¡Suéltame, madre, haz el favor! —musitó el joven, mirando a su alrededor abochornado, y abrió por la fuerza la mano de la mujer, que se agarraba a la chaqueta de su hijo. Este trató de obligarla a ponerse en pie, pero ella se negó resueltamente a sostenerse y dejó que las piernas se le doblaran hasta volver a caer de rodillas. Sus ropas eran viejas y gastadas y Di alcanzó a ver la carne pálida de sus pantorrillas desnudas y el recorrido zigzagueante de las venas violáceas.

La ira y el apuro dieron un tono áspero a las palabras del joven.

—¡Suéltame! ¡Aparta las manos! Ya te he dicho adonde puedes ir, vieja. Te he traído aquí para que puedas ir con ellos. —Los ojos del joven se volvieron con inquietud hacia los grupos de monjes que, con sus ropas de vivos colores, conversaban en pequeños corrillos en la plaza abierta, detrás del gran salón de debates—. Compasión. Es lo que ellos conocen mejor. ¡Ellos te darán de comer!

La anciana hundió la cabeza y sollozó. El hijo continuó:

—No puedo alimentarte. ¡Apenas puedo mantenerme yo mismo! —Su voz se alzó con exasperación—: Eres vieja y estás enferma. ¡Ya no puedo ocuparme de ti! Vete. Márchate con ellos.

La madre continuó llorando y se agarró a él con más fuerza.

Una pequeña multitud de curiosos, simples transeúntes y participantes en los Debates del Pai que habían salido a estirar las piernas durante el descanso de la tarde antes de la sesión final, se había congregado en torno a ellos y formaba un semicírculo de dos o tres filas, atraídos por la patética escena.

—Por favor, no me dejes aquí. No me dejes, te lo ruego —suplicó la mujer con su voz vieja y cascada—. Trabajaré. Traeré comida para los dos, ya lo verás. Pero deja que me quede contigo...

—Estás demasiado enferma. No puedes hacer nada, lo sabes muy bien —replicó él con frialdad.

Intentó de nuevo desasirse de la mujer, que esta vez se había agarrado a los bolsillos de la chaqueta. La tela, gastada, se rasgó y la mujer cayó al suelo con un jirón de tejido deshilachado en cada mano. El joven quedó libre de nuevo.

—Eres todo lo que tengo —gimió la madre—. Por favor, por favor, ¡no me obligues a marcharme!

Avanzó de rodillas hacia su hijo, pero éste se apartó agilmente de ella y señaló al grupo de monjes budistas que presenciaba la escena.

—No —dijo—. Ahí los tienes. Ellos se ocuparán de ti.

Y, tras esto, se escabulló entre la gente sin volver la vista atrás.

El llanto sacudía los hombros huesudos de la mujer. La multitud se dispersó mientras dos monjes budistas se abrían paso hacia la anciana. Un monje ya viejo, con

la cabeza rapada, hincó una rodilla y la ayudó con delicadeza a incorporarse. La mujer, temblorosa, parecía incapaz de mantenerse en pie y los monjes la sostuvieron, uno a cada lado, y le murmuraron unas palabras tranquilizadoras. Di había observado que la mujer tenía los ojos terriblemente amoratados. ¿Era posible que un hijo pudiera golpear así a su madre?, se preguntó mientras los monjes se llevaban a la mujer. La triste verdad era que la anciana estaría mejor, realmente, entre los religiosos y las monjas. Di había visto la confusión, la cólera y el sentimiento de culpa en la expresión del joven y sabía que su propia conciencia le daría, probablemente, una buena paliza. Durante un rato, al menos. El magistrado movió la cabeza con pesar. Nunca había presenciado una escena tan penosa. Dio media vuelta y abandonó la plaza.

Di iba a ser el último orador del partido confuciano y quien presentara las propuestas finales de los debates. Había preparado la intervención con gran esmero durante muchos meses y por fin tenía ultimada una composición —cuya copia envió a los emperadores— de prosa muy pulida, con un estilo moderadamente ampuloso; cada palabra había sido escogida y colocada con el cuidado de un orfebre al engastar una joya y juntas formaban una declaración de rechazo y un tratado histórico sobre los perjuicios de la intromisión de un orden extranjero. Era un discurso que podía perfectamente sobrevivirle y ser publicado y difundido durante generaciones. Sacó los papeles de la bolsa de cuero que colgaba bajo su brazo y los contempló durante unos instantes a la cálida luz de aquel día de primavera en Luoyang, antes de devolverlos bruscamente a su lugar. Algo iba muy mal.

Todavía quedaba bastante rato hasta que se reanudara la sesión de la tarde. No lejos de donde estaba había unos tenderetes de comida. La idea era tentadora; el frugal desayuno monacal de galletas de centeno secas y té que se había servido durante los debates no había resultado nada satisfactorio. Di echó a andar hacia el mercado, llevado por su olfato.

Mientras caminaba, acudió a su mente la imagen de la desdichada anciana y, naturalmente, le asaltó enseguida el pensamiento de cómo lo tratarían a él sus propios hijos cuando fuera anciano, si estaba a su merced. Fue entonces, mientras avanzaba junto al río respirando el aire fragante, perfumado con el aroma dulzón de las flores de los ciruelos, melocotoneros y cerezos exquisitamente cuidados, cuando decidió que nunca sería un viejo en su presencia. Y que, si resultaba preciso, sería preferible hacer como el perro y buscarse un rincón solitario donde echarse a morir.

Se abrió paso entre la muchedumbre de peregrinos y ascetas, de anacoretas budistas y lamaístas, de eruditos confucianos y de funcionarios que habían acudido a la capital para la gran reunión nacional y que abarrotaban posadas y habitaciones de huéspedes y se arremolinaban en los bulliciosos mercados, y se detuvo al llegar a un paseo que seguía el curso del río. Desde allí contempló en el agua el reflejo de la

multitud de forasteros y la profusión de colores de sus indumentarias variopintas. Luoyang, ciudad de ríos y afluentes de curso zigzagueante, era también una ciudad de infinitos reflejos. Aunque parecía la misma que cuando la había visitado años atrás en un par de ocasiones, algo había cambiado: su mente y su espíritu estaban afligidos. Daba la impresión de que el odioso nuevo nombre de la emperatriz Wu Tse-tien para la antigua y hermosa capital —la Ciudad de la Transformación— empezaba a tomar cuerpo.

Allí donde iba, en los restaurantes, en las casas de té, en los parques, mercados y tabernas. Di escuchó en centenares de bocas las mismas conversaciones, que giraban en torno a preguntas que al magistrado le parecían un verdadero insulto a la añeja y agradable ciudad. ¿Los budistas debían respeto a las autoridades confucianas y al propio emperador? Más aún, ¿debía el monje, una vez pronunciados los votos de apartamiento de la sociedad de los hombres, seguir mostrando el más elemental respeto al fundamento básico del orden confuciano: honrar a los padres? ¿O por el contrario, en virtud de su religión, quedaba exento de cualquier obligación para con el emperador, el estado y la familia y sólo debía obediencia a su «ley superior»? ¿Estaba la Shanga, la comunidad budista de miles de monasterios, separada del resto de la sociedad, de su orden y de sus leyes? ¿La Shanga sólo debía obediencia (*pai*) al *dharma*, a su propio código interno de la ley budista?

Las conversaciones se formaban y deshacían como los incontables reflejos en el agua que corría bajo los arcos de los puentes. Mientras se abría paso hacia los tenderetes del mercado entre la gente que había acudido a los debates, Di sintió que lo llenaba una nueva y más profunda determinación. Había acudido al Debate del Pai para pronunciar su discurso, pero en aquel momento daba gracias a aquel hijo terrible y descastado que había abandonado a su anciana madre a unos extraños, y las daba también a sus propios hijos, pues le habían recordado lo que estaba en juego en aquel envite.

Si se dejaba a un lado el barniz esotérico, tal vez no había tanta diferencia entre los charlatanes religiosos y sus hijos. ¿Acaso éstos, y otros como ellos, no se consideraban al margen de las leyes que gobernaban a todos los demás? Y, pensándolo bien, ¿no podía cualquier infractor de la ley descargarse de responsabilidades por «motivos religiosos»? Su experiencia le decía que muchos delincuentes parecían creerse inspirados por unas normas superiores (o, al menos, diferentes). De una cosa estaba seguro Di: algunos criminales creían tener un derecho casi religioso a vivir fuera de la ley. ¿Qué diferencia había entre el estafador común y el falso profeta? Los dos eran timadores que ofrecían falsas esperanzas e inculcaban la fe en falsas verdades. Cada cual, a su modo, vivía de la esperanza y de la credulidad.

Di subió de dos en dos y hasta de tres en tres los peldaños de una empinada

escalera que conducía a un hermoso puente de ladrillo con voladizos. Cuando alcanzó el punto más alto, en el centro del puente, tres pequeñas barcas de fondo plano se deslizaban silenciosas, una tras otra, por la rizada superficie del agua. Iban atadas como una reata de animales de tiro, con el cargamento cubierto con lonas.

Miró hacia abajo y estudió su reflejo en la estela de la última barca. Observó cómo la imagen del hombre que miraba hacia arriba desde las profundidades volvía a formarse con perfecta nitidez cuando las olas se calmaron. Cuando entrecerró los ojos pudo ver, devolviéndole la mirada, al anciano que un día sería.

Bajo las apariencias externas de aquel dogma extranjero había algo opaco, algo subterráneo, como la pasión secreta, oculta e hirviente de una mente muy perversa, muy astuta. Sí, sin duda había bondad, compasión y piedad entre los seguidores sinceros de la auténtica religión budista, pero un sistema de pensamiento transplantado desde un lugar lejano no podía evitar que se produjeran frutos extraños, híbridos, cuando era cultivado en lo que, al fin y al cabo, no era su suelo nativo. Según el parecer de Di, las debilidades y los defectos característicos de los chinos como pueblo, como civilización, encontraban expresión con excesiva facilidad en un sistema pensado para otro mundo, otro tiempo y otra mentalidad. ¿No acababa de ver a un joven sumido en la pobreza entregar a su madre anciana y enferma en manos de los budistas? En lugar de seguir el ejemplo de compasión que establecía el verdadero credo budista y ocuparse de su madre hasta su muerte, o de seguir la directriz de Confucio sobre la generosidad en la devoción filial, lo que habría producido el mismo resultado, el joven se había acomodado a su propia debilidad. Con sus actos, el joven demostraba que le parecía aceptable delegar sus responsabilidades en otros. Que era posible renunciar a la responsabilidad y al deber filial.

Mientras contemplaba las aguas, imaginó que algo se movía, que algo ascendía hacia la plácida superficie del imperio. Cuando hubo descendido la escalera del otro lado del puente, se consideró a suficiente distancia del gran salón del extremo del parque orlado de árboles y de las hordas de participantes que aprovechaban el descanso entre sesiones. Una idea poderosa empezaba a cobrar forma en su cabeza, como los fragmentos oscilantes de su reflejo en el río. Llevó la mano a la bolsa de cuero suave que colgaba bajo su brazo. El peso del pergamino doblado que contenía su discurso le resultó consolador; sabía muy bien lo que tenía que hacer. En aquel momento, las palabras empezaban a tomar forma también, una sombra de aquella nueva idea.

El magistrado compró dos bollos de masa frita en un puesto de un estrecho callejón y anduvo un buen trecho hasta la zona de la ribera del río menos concurrida para sentarse a comerlos. Un peldaño de piedra salpicado de hojas y flanqueado por dos pequeños leones de mármol tenía un aspecto prometedor, pero, junto a él, un banco tallado con respaldo parecía aún más confortable. Casi había llegado al banco,

sosteniendo los bollos con cuidado en un pedazo de papel aceitoso para evitar aplastarlos, cuando advirtió una placa de obsidiana negra detrás del asiento.

Se inclinó para observarla mejor. La parte superior tenía grabado el perfil de un *stupa* y debajo había unas hileras de caracteres perfectamente ordenados, acabados con pan de oro. El texto ensalzaba la virtud y la compasión incomparables de las servidoras y representantes terrenales de Maitreya, el Buda futuro: la divina emperatriz Wu Tse-tien y su madre, la señora Yang, gran protectora de los sutras y de las enseñanzas budistas. El resto era pura palabrería abstrusa: «... y al reposar, uno descansa, lejos de un mundo de conflictos y sufrimientos, en el Reino Maravilloso, cada día más cerca de las glorias terrenas finales del advenimiento de la Gran Era de la Ley del Buda Futuro, el Dharma...».

El sol primaveral que se reflejaba en el agua brillaba también sobre la reluciente piedra negra y un velo de polvo y de telarañas blancas impedía ver la fecha en el extremo inferior de la placa. Di hincó la rodilla y depositó con cuidado en el banco el papel con los bollos. Luego limpió la esquina inferior de la piedra con la manga. La fecha era la que esperaba: la placa y el banco habían sido instalados hacía apenas unos meses. ¿En previsión de los debates, tal vez?, se preguntó. ¿Todo aquello se había hecho para establecer la atmósfera «adecuada»?

Y había algo más. Cada vez que andaba por las calles de Luoyang, podía oír en boca de la gente los nombres de la emperatriz y de su madre, a quien también se referían con veneración como la santa madre, la señora Yang, generosa y devota discípula del Buda. Y los bancos, pensó Di, como todo lo que había visto durante los últimos días —fuentes, jardines y demás—, eran una especie de testamento visible, unas ofrendas expuestas ante el pueblo. Por toda la ciudad abundaban las obras públicas —nuevas cocinas, hospitales y orfanatos— y cada una de ellas aparecía ineludiblemente unida a los mismos nombres venerables: Wu, Yang y el bendito Maitreya, el Buda del futuro. Y testamento de la compasión de la emperatriz eran sus obras de caridad entre el pueblo.

¿Pero qué opinaba de todo aquello el emperador?, se preguntó Di. Ahora que pensaba en ello, no había oído pronunciar en absoluto el nombre de Kao-tsung, salvo cuando lo invocaban por la mañana para iniciar los debates; en cambio, los nombres de las dos mujeres parecían surgir hasta en el canto de los pájaros en los frutales en flor.

En todo Luoyang, en los jardines y mercados, en las grandes avenidas, los canales y las callejuelas, el Divino Emperador, el Augusto Hijo del Cielo, estaba ausente. Di prestaba atención y no oía nada. Habría dado cualquier cosa por tener un par de ojos y oídos detrás de las sagradas murallas. La textura de Luoyang, la capital imperial —la Ciudad de la Transformación, se corrigió con ironía—, parecía estar cambiando ante sus ojos.

Di estaba muy hambriento. Casi había olvidado los bollos. El hambre que experimentaba en aquel instante y la inminente promesa de saciedad eclipsó gratamente, al menos por el momento, todas las reflexiones sobre política y corrupción, sobre charlatanes y sobre hijos desnaturalizados. Abandonó la posición en que estaba, agachado ante la brillante placa negra, y se sacudió el polvo de las rodillas. Después, se dejó caer en el banco a disfrutar de sus bollos fritos, agradecido al compasivo Buda por el humilde descanso que le proporcionaba. Agradecido a *ella*, de hecho, por su esplendidez. Por último, dio una voraz dentellada al bollo.

Extrajo las páginas del discurso del saquito de cuero que descansaba en el banco junto a él. Sin preocuparse de si tenía las manos grasientas, cogió los papeles que se disponía a leer ante la asamblea, muy concurrida y polémica. Una ligera brisa movía las esquinas de las hojas como unos dedos invisibles que quisieran pasar las páginas. Tomó otro bocado. ¿Qué era lo que había estado oyendo en aquella gran ciudad, en aquella Ciudad de la Transformación? ¿Qué era lo que lo envolvía todo? Era algo mucho más pérfido que la actividad depredadora de unos abades charlatanes, sus falsos sutras y sus promesas espurias de intervención divina y de salvación. No, se dijo; era mucho peor que todo eso. Era un suave y gustoso gemido.

Estaba teniendo lugar un matrimonio. Un enlace entre dos seres que no deberían haberse conocido nunca pero que, una vez en contacto, se sentían atraídos inexorablemente, para desgracia de ambos. La novia era el budismo y el novio, el estado confuciano. Ella era una criatura exótica y atractiva que lo seducía con el embrujo de su fragancia y tentaba su sensatez con peligrosos caprichos. Y él, que quizás había ido demasiado lejos por la vía de la racionalidad estricta y de la lógica, era especialmente vulnerable y se dejaba seducir. La Ciudad de la Transformación no tenía el nombre que debía, pensó Di. Aquella grata ciudad de parques y de erudición, sede del gobierno imperial y joya del reino, debería haberse llamado Ciudad de la Rendición.

Di ya no tenía intención de pronunciar otro ampuloso discurso en el debate, como hicieran muchos de los colegas confucianos que lo habían precedido. Ya era demasiado tarde para oratorias. Quedaba demasiado poco tiempo.

En aquel punto de su curso, el río era rápido y profundo. En una ciudad de ríos y verdes parques comprimidos entre estrechas callejuelas bulliciosas, nadie repararía en un poco más de basura.

Se levantó del banco y se acercó al borde del canal. Allí estaba otra vez, sobre los contrafuertes de ladrillo y mortero a la orilla del agua, mirando al viejo que le devolvía la mirada desde la profundidad de su mundo de empañada turbulencia. Qué adecuado, pensó Di. Aquél era el lugar.

Arrancó las páginas de su discurso, unas páginas en las que había trabajado casi un año entero, llenas de planteamientos eruditos y de alusiones históricas con una

retórica sabiamente elaborada. En aquel momento, todo aquello parecía irrelevante, mera vanidad y autocomplacencia. Y Di dejó que volaran, una tras otra, hasta las rápidas aguas.

No leería su farragoso discurso. Di había decidido transmitir una advertencia. Un aviso claro e inequívoco.

En los momentos previos, Di estaba tenso y expectante. Estudió los rostros de la sala y de pronto le parecieron más brillantes, más despiertos, dispuestos para algo. Una corriente palpable llenó la sala; un rumor de pies que se arrastraban, unas cuantas tosecillas mientras se despertaba una atención que le indicaba a Di que se preparaban para algo más que otra oportunidad de echar una cabezada al arrullo de una perorata. Así pues, parecía que gozaba de cierta reputación, reflexionó Di. Cuando se dio cuenta de que toda la sala se hallaba a la espera del discurso del magistrado de Yangchou, notó la garganta seca y un revoloteo como de un abanico de papel en el estómago. Sólo dispondría de aquella oportunidad ante los estamentos allí reunidos. Todos esperaban sin duda algo distinto del apreciado y diligente magistrado. Muchos habían regresado a la sesión de la tarde sólo para escucharlo, y no podía defraudarlos.

Con el anuncio de su apellido y rango, su grado y su título oficial, terminaron las formalidades. Di se levantó de su asiento en el fondo de la sala y se dispuso a emprender el largo desfile por el pasillo central hasta el estrado de oradores. Detrás de él, alguien empezó a dar golpes rítmicos sobre una mesa como si acompañara una tonada con un tambor *weir*. Otro de los presentes se unió al primero y pronto se sumaron otros grupos de tres o cuatro en varios puntos de la sala; luego, los grupos fueron de cinco, seis, ocho, diez, doce... El rítmico golpeteo aumentó hasta que el salón entero se estremeció con el atronador aplauso al «joven» magistrado de Yangchou.

Di avanzó con paso rápido por el pasillo y dirigió a los reunidos breves miradas furtivas. Los clérigos permanecían visiblemente quietos en medio de la conmoción; sus expresiones pasivas parecían dar a entender que habían previsto aquel alboroto. Di, desde luego, no. Mientras subía los peldaños hasta el estrado, se sonrojó. El tamborileo subió en un gran crescendo, para detenerse bruscamente en el momento en que alcanzó el último peldaño.

Contempló la sala, ahora tan callada y atenta que se podía oír hasta el más leve roce de la seda cuando alguien cambiaba de postura. La intensa luz del mediodía bañaba de lleno los rostros vueltos hacia arriba en el centro de la sala. Muchos utilizaban como visera la mano, la manga o unas hojas de papel. Di contempló la asamblea, inmóvil salvo los abanicos que revoloteaban aquí y allá. Cientos de ojos, algunos entrecerrados para no deslumbrarse, estaban vueltos hacia su rostro. Empezó a hablar y su propia voz le sonó aguda y metálica, la de un impostor.

—He oído decir que la fama de un hombre lo precede. Que mi humilde e inmerecida reputación me haya precedido como los tambores marciales de la provincia de Shensi... En fin... —Di se ruborizó de nuevo y titubeó unos instantes mientras pensaba sus siguientes palabras—. Es mucho más de lo que podía esperar o, en realidad, de lo que habría esperado nunca. He acudido con placer a esta muy honorable y venerable reunión esta espléndida tarde de primavera en la ciudad más bella de la tierra. Pero no he venido a contar historias agradables, sino a prevenir de un peligro para el tejido social. Al parecer, mis brillantes colegas no han sabido plantear el problema más acuciante; no han sabido plantear las auténticas cuestiones ante nosotros y ante este imperio.

La sala se agitó. Di esperó un momento antes de proseguir.

—Pero el no hacer mención de ellas no hará que desaparezcan. Lo que tratamos aquí no es una mera cuestión de deberes y obligaciones o de devoción filial. —Hizo una nueva pausa y dejó que el peso de la herejía calara en los presentes. Una oleada de murmullos se extendió por la sala; por todas partes, las cabezas se movían.

Dos monjes ataviados con espectaculares gorros de color amarillo intenso, cuyo tocado de plumas le sugirió a Di que pertenecían a alguna escuela budista esotérica, tal vez a alguna tradición lamaísta tibetana, descruzaron sus piernas, se levantaron y abandonaron bruscamente el recinto por la entrada de atrás, sin volver la cabeza. El magistrado aguardó a que hubieran salido y continuó:

—Al hablar de las enfermedades que atacan a la raíz del gobierno y de la ley, debo primero hacer referencia al estado de los asuntos humanos. Imploro a nuestro Augusto Padre Imperial que se apiade de las decenas de miles de súbditos que, en este mismo momento en que pronuncio estas palabras, están siendo engañados y estafados y cuyas vidas se hundan en el vacío; llevados por su deseo inocente y mal encauzado, siguen los dictados de esta religión foránea y sucumben ante las formas infinitas de sus ídolos, raptados a bordo de su «Preciada Balsa».

»Complejas pagodas y grandes salones rivalizan con las más espléndidas edificaciones imperiales, a costa de enormes esfuerzos humanos y con gastos sin precedentes en los últimos tiempos, que sangran los recursos de la nación. En cuanto a estos monasterios y conventos, muchos están fuera de la ley, pues se consideran por encima de requerimientos y obligaciones.

»Cuando os miro a cada uno de vosotros en esta gran asamblea, me asomo a vuestras conciencias y a vuestras almas y os hablo del verdadero gasto que estamos obligados a soportar. En esto no hay nada de magia, aunque hay miembros del estamento religioso que, en ocasiones, querrían hacernos creer lo contrario. No; no hay magia ninguna. Sólo una simple verdad: para el enriquecimiento de unos pocos, se empobrece a muchos.

Llegado a este punto, Di pudo apreciar que la última fila de monjes situada junto

a la pared del fondo se levantaba de sus cojines y se encaminaba hacia los jardines de la parte de atrás.

—Si estos budistas no desean perjudicar a las masas, y estoy seguro de que no quieren, ¿cuáles son sus propósitos, entonces? La existencia humana sobre la tierra sólo dura un tiempo determinado, pero no parece haber límites en el dispendio que se exige de ella, aunque lo más frecuente es que sean las familias más pobres las víctimas de esta alucinación en masa, aparentemente mágica e hipnótica. Un grandioso engaño. Un juego de manos a una escala nunca vista hasta hoy. Incapaces de satisfacer la codicia sin límites de la iglesia, las masas, el cuerpo consumido y torturado de la nación, son seducidas, primero, y luego empujadas más allá de los penosos límites de su resistencia. Y nosotros, camaradas míos confucianos, colegas míos, eruditos y funcionarios... todos nosotros nos contentamos, parece, con seguir cómodamente instalados en nuestra complacencia mientras nos arrebatan de las manos una nación.

Una oleada de murmullos de sorpresa ante su vehemencia se extendió por la sala. Había captado su interés, se dijo.

—¡Vamos, atreveos a mirar a vuestro alrededor! —continuó—. ¡Todos vosotros! Os desafío a recorrer las calles de esta magnífica ciudad y mirar a vuestro alrededor con una visión incontaminada. No os gustará lo que veréis. Allá donde vayáis, los barrios y distritos, las calles y callejas y recovecos están repletos de toda suerte de secretos centros de culto budistas. Junto a cada muralla y bajo cada puerta de mercado se extiende una innumerable variedad de extrañas capillas, de pequeñas casas de los espíritus. Pequeños antros en donde se sorbe el alma de los hombres.

»Y hay otra cuestión. Un problema con el que me he topado demasiado a menudo. Los establecimientos monásticos que ofrecen refugio a los puros también proporcionan cobijo a los criminales. Los fugitivos de la ley, los criminales, asesinos y sinvergüenzas de todo tipo que quieren escapar al castigo corren a resguardarse tras las verjas de esos monasterios budistas, en la seguridad de que allí están a salvo. ¿Cuántas decenas de miles de delincuentes anónimos han escapado al castigo entre los acogedores brazos de esas instituciones? Las oportunas investigaciones de los tribunales de la capital y de las provincias río abajo han culminado ya con la captura de miles que intentan evadir la ley de esta manera. ¿Cuántos más quedan aún por detener? Y, en su falso papel de monjes y de abades, esos delincuentes —esos charlatanes— apelan a los deseos más bajos de los cuerpos de los hombres y no a la elevada metafísica de sus corazones y de sus mentes; de este modo, poco a poco, alma a alma, razón a razón, estamos siendo seducidos. ¡Seducidos!

Dejó que esta última palabra resonara en el aire; desde el fondo del salón respondió un rumor de murmullos irritados ^[4].

Fuera, se había levantado la brisa y las ramas de los árboles, con su delicado

nuevo verdor, se mecían bajo su soplo; los rayos del sol centelleaban erráticamente a través del velo de follaje como los reflejos de un espejo movido por el viento. En esta ocasión, la oleada de insatisfacción se convirtió en un coro de toses que parecía haber surgido espontáneamente en las últimas filas de monjes sentados en sus cojines con la espalda contra la pared. Las toses se transformaron en una risilla contagiosa y escarnecedora que se extendió de un monje al siguiente hasta que todo el grupo de la última fila carraspeaba y resoplaba en burlona respuesta al gran orador confuciano del estrado. Las toses continuaron durante largos minutos mientras los monjes se mecían y se daban palmadas en la espalda unos a otros con un ruido que resonaba en toda la sala. En las primeras filas, alguien empezó a dar palmadas sobre su pupitre en una repetición del homenaje que había acompañado a Di hasta el estrado; el golpeteo se extendió entre los partidarios confucianos del magistrado, que lanzaban su andanada desafiante.

El golpeteo y las toses llenaron la gran sala y continuaron mientras Di permanecía inmóvil, incrédulo, contemplando a la multitud. Los confucianos levantaban los ojos hacia él con expresión arrobada mientras golpeaban los pupitres y el suelo. Alzó las manos para pedir silencio pero el tumulto continuó muchos minutos más con la misma intensidad, hasta que los cuatro monjes que habían iniciado la insurrección se echaron a reír a carcajadas, alternadas con carraspeos y abucheos. Los cuatro miraron a sus colegas, volvieron la cabeza hacia Di con una mueca cómica y se pusieron a patalear en una especie de vertiginosa danza infantil mientras se dirigían hacia la puerta de atrás. Un monje anciano y enjuto que hacía girar su molinillo de oraciones de madera sentado en las inmediaciones hizo un gesto de asentimiento con una sonrisa desdentada a cada uno de los cuatro cuando salían. Di mantuvo los brazos en alto, implorando orden; poco a poco, los golpes y las risas se apagaron y el gran salón quedó de nuevo en silencio.

—¿Qué me decís del hombre que no trabaja sino que consigue su sustento a costa de otros? ¿No es esto fraudulento? ¿Y qué me decís de aquellos cuyos medios sobrepasan con mucho a los de las gentes humildes y pese a ello deciden dedicarse a la explotación de esas gentes? Sólo puedo llegar a la conclusión de que este reino es en verdad un lugar de dolor y de sufrimiento, como nos dicen los budistas; pero también es un reino de falsos sufras y falsas reliquias, de falsas esperanzas y promesas que nos infectan como una plaga de pústulas virulentas.

Di alzó los ojos tras estas palabras para medir su efecto. A una pieza de oratoria nunca le iba mal un poco de retórica elaborada... pero sólo un poco, un leve barniz. Sabía que las lecciones tenían un efecto pasajero, a pesar de ello apenas se oía un murmullo en la enorme sala. Los tenía interesados. De momento, al menos. Incluso los clérigos que se habían quedado estaban callados ahora, pendientes de sus palabras como si los cogiera de nuevas la denuncia de las transgresiones cometidas por los

charlatanes en nombre del budismo. Tal vez era así. Ahora, tenía que formular sus últimos razonamientos antes de perder la atención de ellos. Se frotó las palmas sudorosas contra los muslos y dirigió una mirada penetrante a la sala antes de continuar.

—Vemos una nación ahora en crisis, que se sumerge cada vez más en una tenebrosa sombra de superstición. A nuestro alrededor, todas las grandes rutas y cualquier sendero apartado está oscurecido por la seda negra de las túnicas budistas. Y parece que no queda nadie que ayude al estado en este tiempo de crisis... porque a nuestro alrededor, muchos hombres preeminentes están cayendo víctimas de esta enfermedad de la mente. Buenos hombres en cuyos sensatos consejos habíamos confiado, en otro tiempo.

»Si el budismo es una religión de compasión, los buenos budistas deberían adoptar esta compasión como el principio universal que los guíe. Y deberían presentar este ideal de compasión como un ejemplo, un paradigma de rectitud y de justicia para la gente común. Esta compasión debería estar en lo más profundo de sus corazones y de sus conductas. Si siguieran su dictado, no se apartarían de ella. Pero no lo hacen porque la religión está en manos de charlatanes... ¡De charlatanes que siguen la ley de la codicia para mantener sus vanos e insustanciales ornamentos!

Di hizo un nuevo alto. La sala permanecía en silencio, casi sin respiración.

—Si no plantamos ahora las semillas adecuadas, provocaremos la hambruna para nosotros y para el futuro. Sin la colaboración leal y diligente de nuestros funcionarios, la justicia no prevalecerá. Si desperdiciamos la riqueza oficial y permitimos que se agoten las fuerzas del pueblo, ningún rincón de la nación escapará a las amargas consecuencias. Y será demasiado tarde para salvarnos. Demasiado tarde. Los historiadores sólo hablarán de la gloria perdida del pasado...

Había terminado. Dirigió una nueva mirada a la sala; era evidente que los presentes esperaban algo más de él, pues ni siquiera cambiaron de posición en sus escaños y continuaron mirándolo fijamente. Sus ojos se volvieron hacia las puertas del fondo. Tras ellas, en el jardín, Di distinguió a un grupito de monjes sentados que parecían esperar a alguien; de vez en cuando volvían la cabeza hacia los árboles y la verja exterior, antes de enfrascarse de nuevo en una animada conversación.

Mientras se concentraba de nuevo en los rostros expectantes que tenía ante él, repasó sus palabras de conclusión, las más importantes de todas. Habían empezado a cobrar forma en su mente unas horas antes, cuando había limpiado la suciedad de la placa en el parque y había leído los nombres de la emperatriz Wu y de la señora Yang.

—La religión es superstición —dijo con una voz cautivadoramente grave y baja—. ¡Superstición! Y el gobierno es el imperio de la razón y de la ley. Una y otro no pueden dormir en la misma cama. Ello es imposible si el estado ha de seguir guiado

por principios de orden y de idoneidad... y, sobre todo, de racionalidad. Como hombres una vez racionales, hemos llegado a dudar de nosotros mismos. Dudamos del imperio de la razón y de la ley. Y como dudamos, nos debilitamos y permitimos que nos conviertan en víctimas. Hemos permitido que nos encandilaran y nos hechizaran.

»¡Alerta! El gobierno no puede ni debe jamás someterse a los caprichos abstractos de la metafísica, ni debe confiarse el bien común a la subjetividad extravagante de unas enseñanzas misteriosas. El gobierno, con toda su imperfección, es territorio de los hombres, no de las divinidades.

Tras esto, Di descendió del estrado; el trueno que se levantó a su paso amenazó con ensordecerlo.

Quizá fue la presencia del afamado monje al final de los debates lo que inclinó la balanza contra el partido confuciano con tanta claridad, aunque Di había sabido desde mucho antes de su intervención de aquella tarde que, pese a la entusiasta acogida, la posición confuciana estaba ya perdida: la jerarquía monástica podría actuar a sus anchas, libre de obligaciones civiles para con el emperador, el estado y los padres. Pero Di no habría podido prever jamás la magnitud de la derrota. Para el magistrado, fue un desastre de primer orden, un insulto a los T'ang y a los milenios de civilización que los precedían. Pero los momentos finales de los Debates del Pai habían sido una exhibición de teatralidad que ningún confuciano habría podido igualar; en aquel aspecto, Di reconocía su inferioridad sin reservas.

Antes de que se apagara la ovación tras sus últimas palabras y Di hubiera abandonado la sala, los monjes se postraron de rodillas y bajaron la frente hasta el suelo. Pero no era al magistrado de Yangchou a quien reverenciaban. Tres notas largas, hondas y dolientes, como tremendos suspiros afligidos de los propios dioses, sonaron al otro lado de la puerta e hicieron que todos los comentarios y movimientos cesaran bruscamente en la sala. A continuación, la voz de un único monje pronunció el nombre del más ilustre discípulo del budismo.

Entonces fue introducido en la asamblea el gran Hsuan-tsang, transportado en su trono de plumas de pavo real como un sumo sacerdote o como el Buda reencarnado. Así era precisamente, suponía Di, como le consideraban. Toda la asamblea, hasta los representantes confucianos, guardaron silencio mientras el afamado peregrino era conducido hasta el estrado de oradores. Aquél era el hombre cuyos atrevidos viajes a tierras bárbaras, cuyas traducciones arcanas y revelaciones históricas, culturales y religiosas de los mundos misteriosos de la India y del Tíbet estaban en boca de cualquier budista chino.

Fuera, sonaron de nuevo las grandes notas melancólicas; esta vez, Di observó las enormes trompas tibetanas, de más de cinco metros de longitud, con sus cuellos curvos apoyados en el suelo. Nacidos en las remotas montañas, aquellos instrumentos

estaban creados para enviar una voz que viajara de un encumbrado pico al siguiente, por encima de las nubes. Allí, en aquel jardín urbano, civilizado y lleno de verdor, su sonido llenaba el mundo.

A Di lo sorprendió durante unos instantes la vejez de Hsuan-tsang. Desde luego, había oído hablar del famoso monje y erudito peripatético, pero nunca se había imaginado al abuelo ajado y de pelo blanco que ascendía los peldaños con la ayuda de dos asistentes. Una frágil y venerable figura. Desde luego, no se parecía en nada a la imagen del hombre enérgico, de cabello negro, que Di se había hecho de él, pero al fin y al cabo las historias de sus largos viajes y de sus grandes traducciones corrían por China desde hacía décadas.

Nada en la indumentaria del anciano monje o en su conducta indicaba que fuese otra cosa que un caballero y erudito chino tradicional. Los monjes que habían salido de la sala volvieron a sus lugares en la última fila y se sentaron en los cojines con las piernas cruzadas. Todos, monjes y funcionarios por igual, contemplaron con extasiada atención al anciano, que levantó una mano enjuta, con la piel manchada, en señal de bendición. Después, Hsuan-tsang empezó a hablar con voz suave, pero sorprendentemente llena y vigorosa, con una energía controlada que insinuaba la rotura inminente de toda restricción.

—Nosotros, como pueblo, nos veremos más y más esclarecidos, en grado creciente. Este es nuestro destino.

Su respiración resultó audible en la pausa que siguió a estas palabras iniciales; las aletas de su nariz se ensancharon cuando hizo una profunda inspiración, y acto seguido expulsó el aire entre sus labios con un extraño siseo. También Di estaba fascinado, arrobado.

—Y mediante estos mismos pasos graduales, nosotros, como imperio de hombres, aprenderemos a negar nuestros egos y, en ese estado, a entrar en un mundo de CONOCIMIENTO DE LA BENDICIÓN DE NUESTRAS DIVINIDADES. —La voz cobró intensidad y fuerza—. CON EL ADVENIMIENTO DE MAITREYA, EL BUDA FUTURO, COMO NUESTRO GUÍA.

Las palabras del anciano llenaron el gran salón.

—NOS REFUGIAMOS EN LOS TRES PRECIOSOS —invocó Hsuan-tsang con ardiente fervor.

—NOS REFUGIAMOS EN LOS TRES PRECIOSOS —repitieron los budistas como un eco.

—COMPRENDEMOS LA TRIPLE GEMA DE ILUMINACIÓN —entonó el viejo monje con su gran voz.

—COMPRENDEMOS LA TRIPLE GEMA DE ILUMINACIÓN —canturrearon los devotos.

—BUSCO REFUGIO EN EL BUDA.

—BUSCO REFUGIO EN EL BUDA.

La salmodia a coro de los monjes difundía el poder de su hechizo espiritual en la enorme sala bañada por el sol. Di se sintió envuelto por el sonido, atravesado y casi paralizado. Las vibraciones penetraban hasta el tuétano, inmovilizándolo donde estaba.

BUSCO REFUGIO EN EL DHARMA.

BUSCO REFUGIO EN EL DHARMA.

BUSCO REFUGIO EN LA SANGHA.

BUSCO REFUGIO EN LA SANGHA.

REZO A MAITREYA, EL BUDA FUTURO, PARA QUE ME GUÍE.

REZO A MAITREYA, EL BUDA FUTURO, PARA QUE ME GUÍE.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

REZO POR EL ADVENIMIENTO DE LA ERA DE LA LEY.

Di y algunos confucianos más encontraron fuerzas para liberarse del hechizo y abandonar el salón. El cántico continuó a su espalda y la frase, extrañamente ominosa, se repitió una y otra vez, alzándose hasta el techo, y más allá, hasta el cielo.

No era una plegaría; era un ultimátum.

14 Año 667, finales de primavera Luoyang

A lo largo de su vida, el magistrado Di había sido invitado a muchas casas ricas y elegantes, casas de proporciones espléndidas y de mobiliario lujoso; pero todas ellas le parecían ahora chozas de adobe comparadas con la opulencia que lo rodeaba. Disponía de diez enormes estancias para él, de un jardín privado rodeado de tapias con estanques como espejos y varias esculturas, de cinco grandes camas, mullidas y fragantes, entre las cuales podía escoger cada noche, de baúles llenos de brillantes túnicas de seda bordada y de criados dispuestos a atender su más pequeño deseo a cualquier hora del día o de la noche.

El Debate del Pai había terminado, Luoyang estaba en pleno revuelo y el «brillante» magistrado de Yangchou había sido convocado a palacio. Poco después de la conclusión de los debates llegó a manos de Di una carta del emperador en la que Kao-tsung se declaraba muy impresionado por su fama, por el memorial que había remitido al trono antes de que se iniciara la asamblea y, sobre todo, por el tumulto que se produjo en el salón cuando el magistrado —una verdadera leyenda ya en la ciudad y fuera de ella— se levantó para pronunciar su discurso. El emperador le escribía que estaba impaciente por conocerlo y que había un asunto de cierta importancia que deseaba discutir con él. La carta concluía con una invitación.

Decir que Di estaba confundido, intrigado y lleno de expectación sería quedarse muy corto. Allí estaba, en palacio, como invitado de honor y con la perspectiva de una inminente entrevista con el emperador, cuando el partido confuciano acababa de ser declarado perdedor oficial de lo que se suponía que había sido un debate no oficial, lo cual sin duda tendría unas repercusiones tan devastadoras para el imperio como los peores terremotos e inundaciones.

Sí, todo aquello resultaba muy curioso. A la conclusión de los debates, el recuento final de votos fue elevado al trono en la forma, previamente determinada, de una petición: quinientos treinta y nueve votos a favor de la posición clerical y sólo trescientos cincuenta y cuatro para el planteamiento confuciano. El propósito de aquella asamblea había sido puramente simbólico. Por lo menos, así se había entendido: un foro destinado a poner de manifiesto el estado de opinión predominante en la nación y a ofrecer el sello de garantía de una opinión ponderada en torno a la gran cuestión del conflicto entre la fidelidad al Dharma y la lealtad al estado, a la familia y al emperador.

Entonces, con desconcertante rapidez y de forma totalmente inesperada, la exención del deber de lealtad para con imperio entre los budistas había sido transformado en ley. ¡En ley! ¡Sellada y aprobada, aparentemente, por el propio emperador! Aquello sólo era posible por la influencia de la emperatriz, decía la gente. Sólo ella podía impulsar al Hijo del Cielo a un acto tan contradictorio. Otros

descartaban tal razonamiento, calificándolo de absurdo; ¿por qué iba la emperatriz a apoyar una política oficial que reforzaba la autocracia religiosa y provocaba la pérdida de autoridad del emperador —y, en consecuencia, de ella misma— sobre una parte considerable de la población? Sin embargo, aquellos que habían visto a Wu después de la celebración del debate y la humillación del partido confuciano decían haber apreciado un destello socarrón y satisfecho en su mirada, pese a la clara pérdida de poder que sufriría.

¿Por qué, entonces?

Di tenía su propia teoría. Para él, la explicación resultaba obvia y le costaba entender que no lo fuera para los demás. Era muy sencilla:

Wu estaba rebosante de contento ante el revés que había sufrido el viejo sistema confuciano atrincherado en el poder. El confucianismo, por tradición histórica, establecía que la mujer permaneciera en el lugar que le era propio, subordinada al hombre; ahora, en aquella nueva atmósfera y con sus fuertes vínculos con un budismo fortalecido, la emperatriz no podía sino hacerse más influyente. Había perdido pero, en realidad, había ganado. Todo era muy sencillo, pensó Di. Por supuesto que estaba contenta. ¡Por supuesto!

Tomó asiento ante el enorme escritorio adornado de su grandiosa antecámara en el palacio imperial, desde la cual se dominaba el exquisito jardín primaveral. En la soledad de la enorme y tranquila estancia, Di llenó página tras página de su diario con impresiones de los debates y de aquellos últimos días vertiginosos. Era la tarde previa a su cena con la familia imperial; la invitación había llegado por fin aquella mañana. El magistrado estaba excitado y meditaba sobre los muchos chismes que le habían contado acerca de las excentricidades de la familia real. Sin duda, las historias debían de exagerar, pensó mientras limpiaba el pincel y alisaba las cerdas con aire pensativo. Era propio de la condición humana ampliar, distorsionar y embellecer las cosas. Aquella noche, hablaría con el emperador y averiguaría la verdad.

Y, por supuesto, tenía un gran interés en conocer a la emperatriz.



ANOTACIÓN EN EL DIARIO, SIETE HORAS DESPUÉS:

He oído rumores sobre aberraciones, pero no pueden modificar lo que ahora sé con certeza. Anoto aquí lo que he presenciado con la esperanza de que cuanto escribo me sobreviva y con el conocimiento cierto de que, si estas frases fueran descubiertas antes de mi muerte, sin duda sería ése mi último día de vida.

Acabo de volver de una cena en palacio. Ha sido un acontecimiento que

nunca olvidaré, mi presentación a la Augusta Familia y la primera oportunidad que he tenido de observar de cerca el fenómeno que representa nuestra Divina Emperatriz, Wu Tse-tien, esposa del Hijo del Cielo. Debo mencionar que también he conocido, brevemente, a la Descendencia Imperial, que fue conducida a nuestra presencia por sus ayas para saludar al «invitado de honor». La Emperatriz ha dado no menos de cinco príncipes al Padre Imperial; los mayores son un par de gemelos de buen porte, de unos trece años, que se parecen mucho a la Emperatriz. Aunque es una mujer de aspecto refinado y delicado, tiene la fortaleza de un buey, pues está grávida otra vez y sigue conservando una salud de hierro. Los hijos son un puñado de principitos consentidos y adorados, y en lo más hondo, en lo más recóndito de la mente, me pregunto si Kao-tsung será el padre de todos ellos. Uno de los príncipes, un pequeño de un año aproximadamente, tiene la tez oscura. Sin embargo, la presencia de los niños ha sido efímera, pues los han despachado enseguida tras dar las buenas noches.

Ha sido una velada íntima, con la asistencia del círculo más allegado. Además de la Emperatriz, del Emperador Kao-tsung y de la madre de la Emperatriz, la señora Yang, estaba aquel tipejo, el historiador, cronista y adulador Primer Secretario, Shu Ching-tsung (el cual, una mera prolongación de la mente y la lengua de madre e hija, expresaba su aprobación con movimientos de cabeza y acogía con gorjeos cualquier comentario gracioso). Y citaré aquí, por mor de la precisión histórica, la presencia de un variado conjunto de monjes, abades y santones estrafalarios. Todos ellos forman parte de un entorno que, sin duda, cambia constantemente; son símbolos del estado de ánimo femenino, indicadores del estado especial de «trascendencia» alcanzado esta semana.

Con trascendencia o sin ella, el Hijo del Cielo, el Divino Emperador de China, producía la impresión de ser incapaz de comer por sí solo sin considerables dificultades y estropicios. No estoy muy seguro de cuánto hay en ello de comedia urdida para captar la atención de la reina y cuánto de exhibición del estado lamentable al que se ha visto reducido. La maniobra para llamar la atención es eficaz, ciertamente, aunque no estoy seguro de que el resultado sea siempre el que se propone el Hijo del Cielo, o de si éste sabe realmente lo que se propone. Esta noche, creo que el Emperador ha conseguido lo que deseaba, pues la Emperatriz le ha dedicado mucha atención.

Aunque habíamos tenido un día caluroso, con la caída de la tarde la Emperatriz declaró que sentía frío y ordenó a los eunucos que encendieran los braseros del comedor. Kao-tsung, que parece encontrarse en un estado

permanente de sofoco, se quejó entonces, con el tono de un niño malcriado, enfermizo y egoísta, de que tenía demasiado calor. Su reina le dijo que estaba equivocado, que en el comedor no hacía calor en absoluto. Para corroborarlo la Emperatriz preguntó a los demás si tenían calor y todos lo negaron. Pero el Hijo del Cielo parecía decidido a plantar cara a su esposa. Sin prestar atención a los demás, le preguntó a su esposa, con tono exigente y sorprendente energía, por qué había insistido en encender los braseros y los kang, las estufas de ladrillo.

Entonces —ruego a la posteridad que preste atención— presencié un episodio del deporte favorito de la Emperatriz: a la pregunta de su Divino Esposo de por qué había ordenado encender los fuegos, ella declaró que, sencillamente, había atendido a la queja del propio Kao-tsung, de que tenía demasiado frío para disfrutar de la espléndida cena, y se volvió a los demás para que confirmasen lo que decía. Todos aprobaron con gestos amistosos y gruñidos considerados esta exposición de los hechos. Yo, al no ser más que el «brillante joven magistrado de Yangchou», un invitado insignificante de allende los muros de la Ciudad Prohibida, me vi forzado a no decir nada en absoluto.

Entonces, nuestro Padre Imperial descargó una palmada sobre la mesa con la mano buena e insistió en que él no había dicho en ningún momento que tenía frío. Ahora, Kao-tsung babeaba ligeramente, bien de cólera o porque había perdido el control de sus músculos y ya no podía concentrarse en dos cosas a la vez. ¿Frío? ¿Frío?, exclamó ella, saltando de su asiento, y añadió que el pobre debía de estar aterido a causa de la fiebre. Deprisa, ordenó a los criados, atended el fuego y cubrid al Emperador con una colcha gruesa. La enfermedad le ha afectado la razón, es evidente, pues el pobre no puede recordar siquiera que ordenó encender los braseros. Los eunucos, pobres criaturas confusas, cumplieron los deseos de su Emperatriz e intentaron cubrir con la colcha a su enfermo Emperador. Con el brazo útil, Kao-tsung se la quitó y la arrojó al suelo. Allí se quedó, pues los eunucos se retiraron rápida y sumisamente ante su explosión de ira. En ese momento, él se puso a aullar (escribo «aullar» porque creo que no hay otra palabra para describir el sonido que emitía) que estaba asándose con el maldito calor que ella había causado. La Emperatriz le respondió que su tono era indigno y que consideraba injusto que la increpara por esforzarse tanto en complacerlo y en ocuparse de su comodidad. Entonces, él dijo que ya no sentía calor, que estaba helado. La Emperatriz, entonces, se volvió hacia nosotros y observó: «Ved, mi pobre esposo querido es presa de la fiebre y está sumido en una confusión completa. Pasa del frío al calor con la arbitrariedad de un

péndulo». Tras esto, se levantó y colocó una mano en la frente de Kao-tsung; pasado un instante declaró que estaba demasiado caliente y que era preciso enfriarlo.

Pero fue lo sucedido a continuación lo que me hizo dudar de mi propia objetividad. ¿Es cierto lo que vi, o estaba bebido? Creí estar soñando. La Emperatriz repitió que debían enfriarlo y ordenó a los criados que desnudaran a su Imperial Marido. Kao-tsung protestó enérgicamente, lo cual sumió a los criados en un atormentador conflicto. Algunos eunucos no hacían otra cosa que deambular en círculos, estrujándose las manos regordetas y sollozando como viejas, pero Wu se mostró inflexible; su tono de voz me erizó el vello de la nuca. Si fuera poeta, diría que su voz era capaz de hendir las montañas y de invertir el curso del poderoso Yang-tse, pero como no lo soy, comentaré sólo que los criados cumplieron lo que ella ordenaba. Contra sus propios deseos y los de él, aferraron al Emperador por las ropas. Sin embargo, muy pronto empecé a dudar de la sinceridad de la resistencia de Kao-tsung. Parecía debatirse con valentía, golpeando a los eunucos con su brazo bueno como quien espanta insectos. Mis compañeros de mesa se reservaban sus opiniones y continuaban conversando como si no sucediera absolutamente nada fuera de lo corriente alrededor de ellos, pero estoy seguro de haber detectado en los ojos de la señora Yang una expresión de cálida aprobación de la conducta de su hija. Y mientras Kao-tsung se debatía, Wu siguió insistiendo con ternura y suavidad en que era por su propio bien.

Al final, las ropas del Hijo del Cielo formaban un montón en el suelo y el Emperador quedó sentado a la mesa completamente desnudo. No dijo nada más a su Imperial Esposa y se dedicó a comer con fruición.

Los demás, después de aguardar a que él comenzara, lo imitamos. La Emperatriz, entre bocado y bocado (Wu muestra siempre un apetito voraz, igual que su madre; en la mesa, ninguna de las dos hace ascos a nada), siguió atosigando a su esposo con breves observaciones. «¿Ves cuánto mejor te sientes ahora, querido mío? La comida te ayudará a bajar la fiebre». Y así, un comentario tras otro. El se limitó a refunfuñar de vez en cuando. No sabría decir si eran respuestas o meros ruidos producidos al comer, pero el Emperador parecía absolutamente concentrado en su cena y ajeno a la torcida lógica de su Divina Esposa.

Los ascetas empezaron a llenar los vacíos de la conversación, a soltar su habitual parloteo especulativo y filosófico sin pies ni cabeza y a plantear de vez en cuando una pregunta, como si de una ofrenda sagrada se tratara, a su distinguida protectora, la señora Yang, quien durante la escena anterior se había comportado como si lo que sucedía estuviera en completa armonía con

el normal comportamiento de la Familia Imperial. Durante el resto de la cena me sentí un poco incómodo y costó esfuerzo probar bocado, pero la emperatriz no tardó en concentrar la atención en mí y mostró un gran interés por mi carrera como «brillante y destacado» (son sus palabras) cazador de charlatanes religiosos en Yangchou, y me halagó sin tregua cuando no se dedicaba a asediar a su esposo. Wu Tse-tien, que no se había percatado de mi incomodidad, se deshizo en atenciones para hacerme sentir apreciado. Decir de ella que es un ser con muchas facetas apenas le hace justicia.

He hecho cuanto he podido para reflejar fielmente los sucesos de esta velada, pero no espero que la posteridad crea lo que voy a añadir ahora como conclusión de mi relato. Sin embargo, esto es lo que he presenciado y, por tanto, estoy obligado a llevarlo al papel con lo demás.

Cuando la cena ya se acercaba a su fin, que me pareció tan lejano como el propio fin de los tiempos, creí... no, estoy seguro de que vi al Emperador y a su Divina Esposa dirigirse una fugaz sonrisa clandestina.

Casi se me olvida mencionar aquí un detalle que parece insignificante en comparación con el resto de acontecimientos de la velada: cuando por fin se me presentó la oportunidad de marcharme, el Emperador —desnudo y con la boca llena de comida— se volvió a mí y me informó que recibiría un nombramiento oficial. Cuando me dijo de qué se trataba, le di las gracias y me retiré a mis aposentos en un estado de confusión e incredulidad como pocas veces he experimentado.

—Por supuesto, comprende usted la naturaleza del nombramiento —comentó Wu-chi a Di mientras se pasaba el índice por el labio superior, pensativo.

—Del doble nombramiento —lo corrigió Di—. Hubo otro, aparte de éste.

Cara a cara, por fin, con el «Viejo Tonto», Di contempló con respeto y admiración al último miembro superviviente del Consejo de los Seis del difunto emperador Taitzung, al hombre que había escapado de las manos de la Emperatriz como el animal que se escabulle de la trampa en el instante en que la puerta va a cerrarse definitivamente.

Wu-chi le había contado a Di toda su desconcertante historia, lo cual hizo que la extravagante cena imperial de un par de días antes adquiriese un carácter profundamente siniestro en el recuerdo de Di.

—Cierto, pero es el primero el que nos interesa. No habría sido nombrado para ese cargo si ella no hubiera querido que lo ocupara. —El anciano miró al exterior. Los jardines del monasterio del Loto Puro, al norte de la ciudad de Luoyang, estaban radiantes de color aquella espléndida tarde primaveral. Una bandada de azulejos reñía por un puñado de brillantes bayas rojas que colgaba de un arbusto—. Su

nombramiento como presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios no se habría producido si ella no estuviese de acuerdo.

—Yo creía que en ciertos asuntos Kao-tsung ejercía aún un poco de poder —respondió Di, pero tan pronto como lo dijo, comprendió lo absurdo que sonaba y supo cuál sería la respuesta de Wu-chi.

—No, a menos que ella se lo conceda —dijo el viejo consejero con tono categórico—. Seguro que no esperaba usted otra cosa...

—No sabía qué esperar.

—Claro que no. Pero ya empieza a conocerla mejor, ¿verdad? Hubo una época en que yo la conocía muy bien. La conocía muy a fondo, sí. —Su voz se apagó, entristecida—. Aunque han pasado muchos años y ya no tengo el placer de ser testigo de su... de su *determinación*, sobre todo, conozco muy bien su escrupulosidad.

Di miró a su alrededor con una mueca dubitativa. Wu-chi movió la cabeza y sonrió.

—Dentro de este recinto monástico no hay espías. Llevo aquí tanto tiempo que conozco el alma de todos los monjes tan bien como sus caras. Aquí no hay charlatanes ni criminales que busquen refugio. Excepto yo —soltó una risilla discreta—. Cuando me enteré de que el gran Di estaba en la ciudad, supe que era hora de que nos conociéramos por fin, de modo que lo he convocado utilizando únicamente mi nombre budista. Ni siquiera los sicarios de Wu pueden enterarse. Su nuevo cargo como presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios lo coloca en la nada envidiable situación de tener que recibir mil y una peticiones del estamento clerical, siempre bajo la estrecha vigilancia de la emperatriz, pero confiaba en que reconocería mi carta.

—Por supuesto —asintió Di—. Yo mismo habría dado con usted, en cualquier caso. Pero... respecto a mi nombramiento, ¿debo considerar que no ha sido decisión de Kao-tsung y que...?

Sin dar tiempo a que el magistrado terminara la frase, el viejo se puso a hablar con voz firme y potente, sin prestar atención a las contraventanas abiertas en par en par ni a los monjes que paseaban, meditaban o cuidaban los jardines en las inmediaciones. Sus ojos siguieron la tímida carrera de una ardilla a través del patio.

—Conozco por amarga experiencia que Wu es la mano que guía cada paso del emperador. Él es su marioneta. Aunque usted, joven y brillante magistrado y erudito confuciano, represente la oposición, el viejo bloque de poder confuciano que siempre ha estado maldispuesto hacia ella, la emperatriz está encandilada con usted. Es la única explicación. Dígame, ¿no percibió la... la satisfacción de Wu por su presencia?

El viejo consejero apartó la mirada de la ventana y la volvió hacia Di. Este recordó con detalle la atenta mirada de la emperatriz, sus ojos profundos e imperturbables, una sima en la que los incautos podían precipitarse fácilmente, y

experimentó un extraño estremecimiento de temor, de excitación y confusión. La expresión de su rostro y su silencio revelaron a Wu-chi todo lo que éste quería saber. El viejo dirigió de nuevo la atención a la escena que se desarrollaba al otro lado de la ventana.

—Lo imaginaba —se limitó a decir—. Por la razón que sea, la emperatriz está intrigada con el brillante magistrado de Yangchou capaz de resolver cien misterios. A primera vista, parece muy extraño —continuó, mientras sus ojos seguían a dos monjes que, enfrascados en un animado debate, pasaban junto a la ardilla oculta, inmóvil entre las raíces de un gran árbol. Wu-chi miró luego a Di y le dedicó una sonrisa—. Pero es muy sencillo, amigo mío. Usted le gusta. ¿Quién sabe? —añadió tras una pausa—, quizás incluso desee acostarse con usted. —Al advertir el estremecimiento del magistrado, continuó—: La cuestión es si se trata de algo así de simple o de otra cosa que sólo conoce su enrevesado intelecto. Tenemos que considerarla capaz de todo, de absolutamente todo.

—La emperatriz es un misterio para mí —reconoció Di, al tiempo que movía la cabeza—. No la comprendo.

—Y no le resultará más fácil entenderla con el tiempo, se lo aseguro. Si ahora cree que su Wu resulta desconcertante, tenga en cuenta una cosa que me había reservado hasta este momento. Sin duda, estará usted al corriente de que el cargo de presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios está vacante por la muerte de su anterior titular...

—¡Por supuesto! He sido nombrado para ocupar ese vacío.

—¿Pero conoce con detalle cómo se ha producido esa vacante? ¿Conoce las circunstancias precisas de la muerte de su predecesor en el cargo? —preguntó el anciano de un modo que causó un estremecimiento de inquietud en el magistrado.

—El presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios era un hombre profundamente corrupto —apuntó Di, con cierta vacilación—. Tuve un encuentro con él en una fiesta en Yangchou, hace algún tiempo. Un tipejo insípido y desagradable. Estaba involucrado en las actividades clandestinas de los grupos budistas en Yangchou. Y, por lo demás, era un individuo nervioso, impaciente e incómodo.

—Sí, todo eso es verdad, magistrado Di, pero...

—Me contaron que se ahorcó poco después de que cerrara mis investigaciones.

—¡Ah...! ¡Muy lógico! ¡Una explicación muy sencilla! ¡Y también increíble! —El anciano alzó las manos complacido, absolutamente encantado con su juego de misteriosas insinuaciones. Luego, de pronto, se puso muy serio—: ¿Pero no se da cuenta de que eso, precisamente, es lo que ella quiere que usted piense? —preguntó—. Escuche, Di, aunque las cosas han cambiado mucho desde que yo estaba en palacio y mis contactos se hacen más tenues con cada año que pasa, todavía tengo mis fuentes de información internas. Aún sigo al corriente de lo que sucede. Mientras

yo siga vivo, el Consejo de los Seis existirá.

Di asintió distraídamente mientras recordaba al orondo y grasiento presidente. Casi le inspiraba lástima.

—Los agentes de la emperatriz hace mucho tiempo que han abandonado mi búsqueda; probablemente, me dan por muerto. Piensan que ya he sido pasto de los gusanos como los otros. Pero sigo vivo para revelarles que, cuando la emperatriz Wu se enteró de que el gran magistrado Di Jen-chieh acudiría a su infame Debate del Pai, quiso buscarle un buen cargo. —El anciano clavó la mirada en Di—. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Pero lo que resulta evidente es que, antes de ofrecérselo, quería conocerlo personalmente. Dígame, ¿en qué momento exacto de la velada con la familia imperial le informaron del nombramiento?

—Fue casi lo último que me dijeron después de muchas horas de extravagancias.

—Exactamente lo que yo pensaba —murmuró Wu-chi—. En algún momento de la cena, después de haberlo examinado, Wu concedió su tácito permiso al emperador para que le anunciara la designación. Quizá le gustaron sus ojos.

Al observar la expresión firme e imperturbable del anciano. Di comprendió que hablaba completamente en serio.

—La emperatriz es una experta en estos asuntos. Puede deshacerse de una persona y reemplazarla por otra sin más problemas ni remordimientos que un decorador que cambia un jarrón por otro en una peana de palisandro. Obligó a quitarse la vida al anterior presidente, Fu Yu-i, porque ya no le era útil.

—¿Y yo lo soy?

—La Divina Esposa Imperial actúa según designios misteriosos. Se me escapa el motivo por el que quiere al concienzudo magistrado de Yangchou, perseguidor de budistas, como presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios... o de lo que quede de esta institución después de la victoria clerical —apuntó Wu-chi antes de hacer una pausa para seguir la carrera de la ardilla a través del patio hasta la seguridad relativa del siguiente árbol—. Pero, desde luego, usted ha despertado su interés. Así pues, no nos corresponde a nosotros estudiar sus motivos, sino sólo seguir su tortuoso camino lo mejor que podamos. Y ahora, magistrado Di, forma usted parte, una parte envidiable, de ese camino. Ahora luce usted dos sombreros —continuó Wu-chi—. No sólo es presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, sino que es también el juez civil superior de la capital del distrito de Luoyang... siempre, por supuesto, que decida aceptar este último cargo. Y le ruego que reflexione con calma antes de tomar una decisión porque, si acepta, descubrirá que nuestra espléndida ciudad es un lugar muy diferente de Yangchou. Sí, muy diferente. Ahora, tiene usted una nueva amante —añadió con una sonrisa nostálgica—. Lo único que puedo aconsejarle es que la corteje con mucho cuidado.

15 Año 667, comienzos del verano

—¡Ya veis cómo me sigue esta gente!

Los ojos negros del larguirucho extranjero parecían concentrados en los de Di mientras decía aquellas palabras, como si las dirigiera precisamente a él. Di, entre las últimas filas de la multitud en el mercado, sabía que era improbable que el hombre le estuviera hablando a él en concreto. Buena parte de la habilidad de un actor callejero consistía, como bien sabía el magistrado, en hacer sentir a los espectadores que la actuación iba dirigida a cada uno de ellos.

—¡Me siguen y se arremolinan en torno a mí como gallinas tontas, como corderillos tras las ubres de su madre! —Los ojos del desconocido permanecieron fijos en Di durante un momento antes de estudiar a los espectadores que se apiñaban a su alrededor, uno a uno y a ninguno en concreto, con una mirada penetrante y ardiente—. ¡Como chacales hambrientos que han captado en el viento el olor de la carroña! —gritó.

La gente retrocedió unos pasos entre risillas y murmullos. Di se dio cuenta de que el hombre tenía enganchada a su audiencia. Los espectadores eran suyos. Despertaba en ellos la mezcla adecuada de intriga y repulsión: los asustaba lo suficiente para excitarlos... pero no tenía la menor intención de ahuyentarlos. El hombre agitó sus largos brazos por encima de la cabeza y las mangas de sus ropas estrafalarias se le deslizaron hasta los codos huesudos.

—Y si os cogiera de la mano y os condujera a ese canal de ahí y os dijera que saltarais, ¿lo haríais? ¿Eh? —Un murmullo de noes se alzó entre los más valientes—. ¿No? —dijo el hombre con gesto pesaroso—. Yo creo que sí. ¡Y si os llevara ante las mayores tallas de las cuevas de Lungmen y os colocara sobre la cabeza del Buda colosal y os dijera que saltarais, creo que también lo haríais!

Cuando volvió a hablar, su voz sonó tan potente como el trompeteo de un elefante.

—¡ESTÚPIDOS! —exclamó—. ¡No sólo creo que lo haríais! ¡Estoy seguro de ello! Porque si no fuera así, ¿qué lugar habría en el mundo para hombres como yo?

Aquel tipo era un verdadero artista, reflexionó Di, en absoluto un actor callejero vulgar. El magistrado no había visto jamás tal poder sobre una multitud, ni semejante exhibición de audacia sin freno.

—Ahora, marchaos. —La gente retrocedió entre algunos empujones—. Pero tú, muchacho, quédate ahí... No te muevas de donde estás.

El individuo bajó la voz de nuevo, al tiempo que sus ojos se clavaban en un joven campesino de ropas sucias y gastadas situado a unos pasos. El joven se quedó paralizado. A su alrededor, la gente retrocedió y el muchacho se encontró súbitamente solo.

—Tú y yo nos conocemos, ¿verdad? —dijo el extranjero; con los ojos

entrecerrados fijos en el muchacho, le estudió y asintió, pensativo—. Sí. Sí, nos conocemos bien, estoy seguro. Y veo que tú lo sabes tan bien como yo. No es que nos hayan presentado, no. Nada tan superficial como eso. El nuestro es un conocimiento que viene de antiguo. ¡Nos conocemos —insistió, al tiempo que adelantaba el brazo con un movimiento sinuoso hacia el rostro sonriente y asustado del joven— como la mangosta conoce a la cobra!

La mano del extranjero, grácil como la de una bailarina sagrada, se agitó en el aire ante los ojos del campesino.

—Con cada buen pensamiento —declaró, modulando la voz hasta convertirla en un susurro grave y teatral—, una flor crecerá de las losas del suelo.

Sus ojos negros centellearon con malicioso humor mientras una flor de papel de colores chillones se abría entre las sandalias del joven. El muchacho, anonadado, bajó la vista a sus pies y retrocedió de un brinco.

—Pero en la misma medida y por las leyes de equilibrio del universo —continuó el hombre—, una plaga de ratas sucias, repugnantes e infestadas de piojos correrá sobre tus pies desnudos si tus pensamientos son malos...

El prestidigitador saboreó las últimas palabras como si fueran un bocado delicioso. Con cara de auténtico pánico, el joven campesino lanzó una rápida mirada hacia sus pies, pero esta vez no sucedió nada.

—Tal es el manifiesto poder del pensamiento —continuó el mago—. Y... —Sus ojos se iluminaron como si acabara de encenderse una brillante linterna que proyectaba su luz a través de las pupilas—. A veces, si sabemos aprovechar los ríos que fluyen por el universo invisible y perforar el pozo invisible, los mundos ocultos nos recompensan con las demostraciones más inesperadas y fantásticas.

Mientras el hombre continuaba su actuación, el número de espectadores aumentó. La gente dejaba lo que estaba haciendo para abrirse paso a codazos y empujones entre la multitud que, poco a poco, empezaba a acercarse otra vez al hombre. Los de las últimas filas se ponían en puntillas y estiraban el cuello para echar una ojeada al extraño mago.

Decididamente, no era chino, pensó Di. Un mago ambulante y adivino del lejano occidente, oyó comentar a la gente, que aquel día ofrecía su espectáculo en aquel pequeño parque de la avenida. No les costaba nada presenciarlo, aunque el mago cobraba una moneda de cobre por ver el futuro de cada persona. Una mísera moneda de cobre por asomarse al camino aburrido y gris de una vida insignificante.

—¡Retiraos... guardad la distancia, por favor! —imploró—. Dejadme espacio para respirar. Si os acercáis tanto, me priváis de las esencias vitales del aire. Además, tengo que concentrarme. ¡Resulta muy difícil!

El prestidigitador era muy alto y delgado y habría resultado desgarbado de no poseer una cierta elegancia vigorosa. Sus facciones eran angulosas y atractivas; su

piel, oscura y cobriza como la de otros extranjeros occidentales que Di había conocido. Pero eran sus ojos, con aquella extraña luz, lo que atraía a la gente y mantenía su atención.

—Debo concentrarme en el joven caballero que se ha presentado ante mí —dijo el mago al tiempo que alzaba la mano hacia la multitud con un gesto imperioso e impaciente—. Y necesito de cada uno de vosotros silencio absoluto para poder *escuchar y ver* los años que se extienden en el futuro. Ahora, ni un susurro. Ni un aliento... por favor...

La multitud observó en silencio al hombre alto, envuelto en su blusa de vivos colores, que se cernía sobre el joven campesino de corta talla y mal vestido. El mago dio la impresión de crecer. Era como observar a una espléndida araña de jardín abatiéndose sobre una mosca. El mago se inclinó sobre el muchacho y empezó a cuchichearle al oído. Desde su posición, Di vio que los ojos del campesino, dos estrechas rendijas, vibrantes de incertidumbre, se abrían de pronto como platos, perplejos.

Aquel día, Di recorría las calles de Luoyang como lo había hecho en Yangchou, en calidad de magistrado civil superior pero vestido con ropas de calle corrientes y no con la indumentaria oficial del cargo. Y aunque también era presidente del muy mutilado Gabinete Nacional de Sacrificios, nunca pensaba en sí mismo más que en su calidad de juez civil. Después de algunas dudas, había decidido aceptar este último cargo y permanecer en Luoyang durante un tiempo, un par de años o quizá tres. La oportunidad de vivir y trabajar en la capital, tan cerca del gobierno y del gran corazón pulsante del imperio, no era algo que uno pudiera rechazar... sobre todo, cuando mediaba el interés de una criatura como la emperatriz Wu.

Respecto al otro cargo, la única prerrogativa que le quedaba al gobierno y, por lo tanto, al presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios era el derecho a supervisar las leyes relativas a la ordenación de monjes y sacerdotes y también, en raras ocasiones, la posibilidad de expulsar a quienes abusaran de su condición. Aquella mañana, como magistrado civil. Di tenía que presidir una querrela relativamente sencilla sobre lindes de tierras, pero el asunto podía esperar. En aquel momento, Di estaba fascinado por el individuo que tenía ante él.

El aire se llenó entonces con un redoble de tambor, unos golpes y un destello de blancura, plumas... alas... ¡pájaros! ¡Y asombrosa e increíblemente, el mago desapareció!

La gente retrocedió asustada, tropezando y trastabillando en su esfuerzo por escapar de lo que estaba sucediendo, fuera lo que fuese. Di no se movió de donde estaba; desde su posición, al principio, había tenido la impresión de que el propio mago estallaba en un revuelo de luminosa blancura. Enseguida, observó a la multitud. Casi todos los espectadores seguían tratando de alejarse, y Di no tardó en localizarlo.

Estaba casi seguro de que era él. ¡Pero la ropa era distinta! A pesar de ello, estaba seguro: ¡era el mago, no cabía duda! ¿Cómo había hecho para cambiar de ropa en un abrir y cerrar de ojos?

Entonces, cayó en la cuenta. Gracias a la maniobra de distracción, mientras todo el mundo estaba atento a los pájaros, el hombre se había limitado a hacerse a un lado y, hábilmente, había vuelto del revés la chaqueta, dejando a la vista otro diseño y otro color. En aquel momento, el mago se encorvó y la transformación fue completa. De pronto, parecía un anciano confuso, impaciente por alejarse del epicentro del tumulto.

¿Y los pájaros? Al menos un centenar de palomas blancas como la nieve revoloteaban sobre el lugar que hasta entonces ocupaba el mago.

¿Pero cómo...?, empezaba a preguntarse Di, cuando un último grupo de aves se unió al resto de la bandada batiendo las alas. El magistrado miró en la dirección de la que venían y comprendió. Era sencillo y, al mismo tiempo, tremendamente complejo.

Ocultas entre los matorrales y rocas del otero cubierto de hierba donde el prestidigitador había instalado su «escenario», había una serie de cajas con aspecto de trampas, perfectamente camufladas. Otra cuestión era cómo hacía el mago para abrir las cajas desde donde estaba, pero Di no tuvo ninguna duda de que habría una explicación racional.

Era ingenioso. La ilusión del mago dependía únicamente de las reacciones previsibles y de la tendencia inmutable de la gente a ver lo que espera ver. Y de la habilidad del mago para desviar su atención durante brevísimos instantes. Brillante. Decididamente brillante. Di se frotó la barbilla. ¡Las cosas más sencillas siempre lo eran!

La misteriosa bandada blanca se dispersaba ya, batiendo las alas para posarse en las copas de los árboles y bajo los aleros de los edificios cercanos. Con cautela, la multitud empezó a reagruparse entre comentarios y ademanes que señalaban a las milagrosas palomas del paraíso, restos del gran mago que se había convertido en un revuelo de plumas.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó en ese momento una voz resonante, que hizo que todas las cabezas se volvieran. Una figura alta y delgada dominaba la escena desde el tejado de un edificio de dos plantas. La multitud se quedó boquiabierta—. ¡Contemplad, mis pobres amigos engañados, a este miserable charlatán que tenéis entre vosotros! —continuó el mago. Tenía los brazos extendidos, los puños cerrados y la chaqueta vuelta del revés para dejar a la vista los colores chillones que lucía cuando había desaparecido. Los espectadores emitieron un murmullo cuando el hombre se acercó al borde del tejado y abrió la mano para dejar caer al suelo un puñado de monedas de cobre deslustradas—. No tengo corazón para quedarme el dinero que os he sacado con engaños y dejar sin él los estómagos hambrientos de vuestros hijos. ¡Habéis sido engañados! Y estoy seguro de que no es la primera vez...

¡ni será la última! Pero, ahora, recoged vuestras monedas. Hay catorce monedas, y recuerdo los rostros a los que pertenecen —añadió, como advertencia—. ¡Vamos, adelante! ¡El dinero os corresponde por derecho! —Desde su atalaya, paseó la mirada por los presentes—. Pero, en principio, esas monedas pertenecen al hombre que es lo bastante listo como para dejaros sin ellas —declaró—. Y es muy justo. Que os sirva de lección. ¡Coged vuestro dinero y marchaos!

Pero la gente permaneció quieta, reacia a ser engañada de nuevo. Todos contemplaban las monedas como si éstas fueran a quemarlos o a morderles las manos.

Di se sentó en la hierba y sonrió. Aún quedaban ladrones lo bastante sutiles como para no tener que abrirle la cabeza a uno para robarle la bolsa, se dijo.

Una hora después, el magistrado había olvidado sus compromisos de la tarde y estaba sentado con el mago en un pequeño jardín de té. Una vez terminada la actuación y dispersada la multitud, Di cruzaba una calle cuando tropezó con el prestidigitador, que venía en sentido contrario. Siguiendo una inspiración, Di se acercó a él, lo felicitó por la actuación y se presentó. El hombre se llevó una agradable sorpresa y le propuso compartir un té.

Sin duda, pensó Di, cualquier cosa que pudiera averiguar de aquel hombre excepcional merecía el cambio de planes. Di estudió su rostro, agradable y expresivo.

—Hubo un tiempo —decía el espigado extranjero, en el pequeño jardín, mientras se inclinaba hacia Di y miraba a su alrededor— en que el cargo de presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios tenía un peso real, ¿verdad? Mucho antes de que le fuera adjudicado a usted. Y mucho antes de que el presidente Fu-Yu-i y su piara de cerdos corrompieran el cargo... corrompieran la institución hasta hacerla irreconocible. ¿Sabe, magistrado?, estuve en la sala durante todo el Debate del Pai y seguí hasta la última palabra su brillante alocución. Aunque sobre el papel soy miembro del partido opositor, yo, mejor que nadie, aprecié y comprendí sus referencias a la delincuencia instalada en la iglesia. También estoy al corriente de su trabajo en Yang-chou y de cómo siguió el rastro pestilente de esos corruptos, disfrazados tras el nombre sagrado de Buda, hasta la misma puerta del presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios.

—Y más allá. Me siento muy halagado de que haya seguido mi pobre trabajo —respondió Di al tiempo que estudiaba las facciones del extranjero; los ojos, sobre todo. Hablar con él era casi como caminar cerca de un vertiginoso precipicio.

Resultaba interesante observar al mago de cerca después de verlo actuar desde cierta distancia. La arquitectura oscura y leñosa de su rostro contradecía la evidente juventud y la fuerza clásica y relajada de sus brazos y piernas. Unas profundas arrugas surcaban su cara desde la nariz hasta las comisuras de los labios y otras, como trazos más finos, surgía de los rabillos de los ojos. Di decidió que podía tener

cualquier edad entre los veinticinco y los cuarenta. Su cara era muy expresiva, por decir poco, igual que sus dedos largos y gráciles que revoloteaban y danzaban sobre la áspera superficie de la mesa mientras hablaba. Di pensó que, de no ser por su destacada estatura, aquel hombre podía disfrazarse, si quería, con un mero cambio de expresión. Incluso sin volver la chaqueta del revés.

El hombre no olía como un mendigo mugriento, pero tampoco como alguien que viviera en una buena casa y se lavara con jabón perfumado todos los días. Probablemente, se recogía en alguno de los templos de la ciudad. Di apreció que bebía y comía con una afición muy poco ascética.

Mientras hablaban. Di estudió los diferentes semblantes que adoptaba su interlocutor y se preguntó cuál sería el verdadero. El mago le había contado que, además de ser lo que él mismo calificó como «un prestidigitador ambulante pasable», era también un maestro artesano, diseñador de templos y jardines, y dominador de otro tipo de ilusionismo: era proveedor de cosméticos poco corrientes. Sólo él, declaró, podía obtener lociones y cremas exóticas capaces de eliminar de verdad todos los rastros de la edad de la cara de una mujer e invertir el curso del tiempo de modo que se hiciera más joven con cada año que pasara. Era un buen oficio, le aseguró al magistrado; una vez que cruzaba la verja de la casa de un cliente con el propósito de diseñar un jardín o un pabellón, estaba dispuesto a apelar al auténtico poder de la casa: la vanidad de las mujeres del amo.

—Igual que el taoísta con sus elixires, prometo conservarlas jóvenes. La diferencia es que yo puedo conseguirlo —declaró con confianza mientras hacía tamborilear los dedos largos y delgados sobre la mesa del jardín.

Pero ante todo, le reveló a Di, era un monje tibetano, discípulo de una orden tántrica profundamente esotérica, y en aquel estadio de su viaje espiritual había recibido el encargo de salir al mundo a contrarrestar el daño hecho por los falsos profetas de la palabra sagrada.

—Usted y yo nos dedicamos al mismo trabajo —dijo al magistrado—. Lo único que sucede es que yo lo enfoco desde el oeste, por así decirlo, mientras que usted lo hace desde el este.

Di se quedó considerablemente intrigado. Aunque todo cuanto decía el mago tenía algo de críptico, no detectó ninguna impostura.

—A decir verdad —continuó el tibetano, que utilizaba el nombre chino de Hsueh Huai-i—, he acudido a la ciudad atraído por el Debate del Pai y, más en concreto, para oír al gran Di Jen-chieh. Mal servicio se hace usted, magistrado, ¿no? Su labor no puede tacharse en absoluto de pobre. Respecto de los que explotan la debilidad y las supersticiones de los crédulos, no puedo sino desearles grandes padecimientos en la próxima reencarnación. —Entrecerró los ojos, apoyó la barbilla en la mano y sus largos dedos repiquetearon esta vez contra la mejilla—. Es triste además de perverso,

¿no?

Esta vez, la extraña interpelación final tuvo un tono lúgubre e inquisitivo.

—Estoy de acuerdo, amigo mío. —Di sirvió una taza de té verde caliente al monje y llenó otra para él.

Hsueh Huai-i dio un sorbo a la infusión y se apoyó lánguidamente contra el muro, murmurando con voz queda como si mostrara su acuerdo con alguna voz interior al tiempo que cruzaba las manos detrás de la cabeza. Di no pudo evitar el recuerdo de los suaves arrullos de las palomas e imaginó al mago hablando a las aves en su propio idioma, ordenándoles que salieran de sus jaulas. El monje levantó la mirada hacia las vigas mal desbastadas de la techumbre del jardín.

—Éste, magistrado, es el aspecto que debería tener el techo de un monasterio.

—¿Es decir...? —preguntó Di y siguió su mirada.

—Sencillo. Primitivo. Sin vestigios dorados de riqueza terrenal. Esa riqueza y ese poder son un engaño, una ilusión, una mentira, una contradicción con los principios de la verdadera fe budista y una abominación. ¿Dónde está la lógica?

—¡Sí, dónde! —respondió Di. La conversación y el hombre que tenía delante se hacían cada vez más interesantes. ¿No acababa de ver al mago dar una lección sobre supersticiones y charlatanerías a los campesinos, al tiempo que se ganaba su exigua paga? ¡Y bien que se la había ganado! Algunos de los presentes no quisieron recuperar su moneda, que acabó en la bolsa del hombre. Pero una actuación como aquella tenía un gran mérito.

—Y tales riquezas monacales, tantas gemas relucientes, tanto oro, tantos iconos y demás, lejos de ser una metáfora de la verdad y un reflejo de reinos superiores, no hacen sino confundir y cegar a los pobres e ignorantes.

—Y a los que no lo son tanto... —murmuró Di en tono irónico, pero Hsueh no le dejó continuar.

—Ya sé, magistrado. No sólo entre los campesinos encontramos gente débil y crédula. Proceden de todas las clases sociales, ¿no?

—Así es, desde luego. —El magistrado contempló al perspicaz extranjero que tenía ante él—. Y todos se adhieren a una religión de supersticiones, a una multitud de dioses y diosas y demonios y espíritus malignos a los que se debe aplacar o exorcizar.

—Mmm... Una visión terriblemente inocente y estúpida de lo inefable, pero la única que sus mentes pueden comprender —respondió el tibetano; enderezó el cuerpo y posó las manos en la mesa.

Admirablemente expresado, pensó Di.

—Un médico del alma diría que los canales de los *chakras* están atascados en el ignorante —apuntó.

—¡Mmmmmmm! Una imagen tosca pero útil, magistrado. Si le sirve de algo

visualizarlo así... —Con una sonrisa, el mago recuperó su postura relajada, con las manos detrás de la cabeza—. El pecado capital es manipular la fe del inocente por lucro. No hay lugar para la riqueza o el provecho materiales a costa del semejante. Clérigos corruptos... monasterios ostentosos... —La mano descendió velozmente y golpeó la mesa con indignación, haciendo saltar las tazas—. Todo eso es tan incongruente, tan innatural como... ¡Como un cerdo volando!

»Iré al grano, señor Di —añadió entonces el monje—. La actuación de esta tarde ha estado dedicada a usted. Ha sido mi tarjeta de visita, si quiere. No deseaba ser un simple admirador más que se presentara con alabanzas y adulaciones. Quería llamar su atención, primero. Ofrecerle un, digamos, pequeño regalo.

Di cambió de postura en el duro banco para aprovechar un rincón calentado por los últimos rayos de sol. Ya era tarde y la mayoría de la gente a su alrededor se había marchado. Pensó en lo sucedido aquella tarde y en la posibilidad de que el extranjero hubiera organizado aquella actuación a su paso para que Di no pudiera evitar verla. ¿Era posible? ¿O el hombre improvisaba porque tenía sentado ante él al magistrado Di? No había modo de saberlo. Di sonrió. La lección sobre credulidad que había dictado desde lo alto del tejado... ¿también eso iba dirigido a él?

—Bien, señor Hsueh, se lo agradezco mucho —respondió—. Y tiene usted mi atención, se lo aseguro.

El monje sonrió.

—Apenas llevo unas semanas en la ciudad —dijo—, pero ya he conocido al menos tres abades poco escrupulosos. Uno está difundiendo un falso sutra y sacando provecho con ello. Otro dirige un santuario de ladrones a los que saca de los trabajos forzados a los que han sido condenados y los envía luego, vestidos con la indumentaria ascética, a hurtar bolsas y cometer otras pequeñas raterías. El tercero preside un convento que, en realidad, es un burdel. Ha convencido a sus jóvenes adeptas de que realizan una especie de sacramento con sus ricos clientes. Naturalmente, todos los beneficios son para él. Y hay otros. Muchos otros. —Exhaló un profundo suspiro y movió la cabeza—. Y, tras el resultado del reciente debate, podemos estar seguros de que aumentará el número. ¡Los pillos acudirán como cucarachas!

—Ahora tiene usted toda mi atención, Hsueh —afirmó el magistrado al tiempo que se inclinaba hacia delante con gran interés. El monje también acercó la cabeza.

—Piense, señor Di, en lo que usted y yo podríamos lograr si uniéramos nuestras capacidades y nuestros recursos. Tenemos la misma misión. Yo, el monje y mago, y usted, el investigador infatigable y presidente del Gabinete de Sacrificios y magistrado civil superior de Luoyang. Su trabajo en Yangchou fue brillante. Su labor en Luoyang lo será tres veces más. Todo el mérito se lo llevará usted, aunque sé que eso no le interesa. Mi satisfacción será únicamente llevar a cabo mi misión espiritual.

—La extraña luz en los ojos del monje adquirió un poco más de brillo mientras hablaba. Después, titubeó—. ¿Proyecta usted quedarse en la ciudad cierto tiempo, verdad?

—Sí —confirmó Di—. Una temporada, al menos. Y como el plazo es indefinido, mi familia desea quedarse en Yangchou. —Reflexionó sobre la extraordinaria propuesta que acababa de hacerle el hombre—. Voy a sentirme bastante solo.

—Bueno, ahora tiene un amigo, ¿no? —apuntó el monje con afabilidad—. Y un socio y colega, si lo desea. —Bajó la voz y, con una sonrisa de complicidad, añadió —: Un espía...

Di contempló al altísimo tibetano.

—Se está haciendo tarde —dijo con tono terminante, al tiempo que se incorporaba de la silla—. ¿Querrá hacerme el honor de compartir la cena conmigo? Tenemos mucho de que hablar.

—Desde luego, señor Di. Muy honrado.

El mago se puso en pie, desplegando toda su estatura.

Año 668

Tras casi un año de separación de su familia. Di la echaba de menos cuando su cabeza no estaba ocupada directamente en el trabajo. Pero dado que dedicaba a su trabajo prácticamente todos los momentos del día, no le quedaba mucho tiempo para añorarla. Sólo cuando estaba a punto de sumergirse en el sueño, avanzada la noche, en sus aposentos sencillos pero cómodos de una hospedería del centro de la ciudad, se permitía pensar en sus esposas, en la hijita que había comprado al indio e incluso en sus hijos, a quienes no veía desde hacía cuatro años, cuando se marcharan al oeste a cumplir el servicio militar. Di mantenía el contacto con sus esposas a través de cartas largas y minuciosas. La niña, que ya contaba cinco años, las tenía felices y ocupadas; a veces, el magistrado abrigaba la sospecha de que las mujeres estaban muy satisfechas con su ausencia.

Pero era preferible que estuvieran lejos, en Yangchou, pues no habrían hecho otra cosa que quejarse del mucho tiempo que en esos días dedicaba a trabajar y sólo a trabajar. El monje tibetano tenía mucha razón. En el año transcurrido desde el Debate del Pai, los abusos de los clérigos habían proliferado como los hongos tras una lluvia abundante. Iban desde los pequeños y poco importantes a los más refinados e ingeniosos. Una decena de abades, por lo menos, tanto delincuentes habituales como advenedizos, junto a gran cantidad de secuaces, habían sido encarcelados y sus monasterios, cerrados. Hsueh tenía razón acerca de ellos.

Y Hsueh Huai-i había estado en lo cierto, también, acerca de la eficacia de una asociación entre el magistrado y él. Hsueh se movía con sinuosa facilidad a través de la sociedad de monasterios y clérigos, se infiltraba, hacía amigos y reunía información con unos procedimientos tortuosos, propios de un prestidigitador, que

provocaban la admiración de Di. Las detenciones y juicios progresaron con rapidez. Tan pronto un abad corrupto o un falso santón era sentenciado, Hsueh se lanzaba a otro caso como un perro tras la liebre. Su placer por «purificar» la fe se equiparaba perfectamente a la satisfacción de Di por librar de corrupción a la sociedad.

A Di, Hsueh le resultó también un compañero muy satisfactorio; un buen amigo, pero que sabía respetar su intimidad, y un excelente colega intelectual con el que mantenía animados debates y discusiones hasta avanzada la noche. Hsueh quería aprender cuanto pudiera sobre derecho civil, historia y funcionamiento del gobierno. Del monje, Di conoció detalles fascinantes sobre diversas sectas esotéricas del budismo en las altas montañas del oeste y llegó a tener una idea mucho más clara de la doctrina y las prácticas budistas en sus formas más puras, incorruptas.

A Di no le habían vuelto a invitar a palacio, pero recibió diversas alabanzas de la emperatriz en las que encomiaba su «distinguido trabajo», y lo consideraba verdadero amigo de la fe, combatiente de la verdad, etcétera. Hsueh se mostró especialmente irónico con aquellas misivas y comentó que Wu era, probablemente, la peor transgresora religiosa de todos. Según él, se habían filtrado unos rumores absolutamente fantásticos a través de los muros de la Ciudad Prohibida. Por lo que había oído, la emperatriz se entendía con varios «hombres santos» ante las mismas narices del pobre y disminuido Kao-tsung, con lo que apaciguaba apetitos carnales y espirituales de un solo golpe. «... O de otros tantos golpes», se había apresurado a añadir con aspereza.

Entonces, Hsueh lo miró muy serio y declaró que había un nido de sabandijas y de gusanos en especial que le gustaría limpiar: el de los falsos santones que habían accedido al círculo íntimo del emperador, desde donde su ponzoña podía derramarse sobre la sociedad y contaminar la pureza de la fe de todos.

Y Di replicó que tenían mucho trabajo que hacer y que no debían proponerse objetivos inalcanzables. Además, añadió, burlándose un poco del monje, ¿no empezaba a estar un poco *atado* a su guerra contra los charlatanes? ¿No era él quien había dicho que la vida era ilusión, que el estiércol en la bota y la perla en la mano eran lo mismo? Hsueh sonrió al oír aquello y dijo que así era, en efecto, pero ¿sabía Di que existía una categoría especial de seres iluminados que tomaban la decisión consciente de colocarse en medio del mal, ponérselo encima como un gabán y neutralizarlo desde dentro? ¿Y que si fracasaban, si el mal los vencía, había un plano especial en el infierno reservado precisamente para ellos?

Di y Hsueh mantuvieron muchas conversaciones estimulantes y provocadoras. Entre el tibetano y Wu-chi, en su santuario al norte de la ciudad, Di consiguió mantener a raya la soledad. Visitó a Wu-chi y al buen abad, maese Liao, con la mayor frecuencia posible, y mantuvo estrictamente el juramento de silencio, sin revelar ni siquiera a Hsueh a quién iba a ver, aunque a menudo deseaba hacerlo. Más adelante,

tal vez, se dijo.

Sus viajes al monasterio del Loto Puro resultaban siempre rejuvenecedores. Mientras estaba allí, sus nervios y sus pensamientos agitados parecían relajarse un poco y aligerar la presión a que lo sometían. Di siempre tenía preparado un aposento especial en el monasterio. Le encantaba observar la excepcional amistad que unía al abad Liao y a Wu-chi. El anciano consejero se complacía en emplear un tonillo de ligera irritación y suficiencia con su amigo, quien lo toleraba con infinita paciencia y buen humor, siempre dispuesto a dar un paso más para asegurar el bienestar del anciano. Formaban una especie de viejo matrimonio, pensó Di, en el que ambos conocían perfectamente sus respectivas manías y se sentían seguros con sus pequeños arreglos y diálogos.

Di agradecía al buen abad y al monje Hsueh que le mostraran los principios de la fe pura e incorrupta. Ésta era ahora mucho más que un mero concepto abstracto y daba un nuevo sentido a su trabajo.

Mientras tanto, podían apreciarse también por todas partes los efectos de las buenas obras de la emperatriz. Wu estableció programas para dar de comer a los pobres, fundó una decena de orfanatos y declaró una amnistía fiscal para los necesitados en todo el imperio. El pueblo la adoraba. Di reflexionó largo y tendido sobre aquellas buenas obras, sobre los estrafalarios rumores oídos por Hsueh, sobre lo que le había comentado Wu-chi y sobre lo que él había visto con sus propios ojos, y le dio muchas vueltas en la cabeza al enigma de quién era la esposa del Hijo del Cielo.

¿Qué era Wu, en realidad?

16 Año 668, principios de invierno Luoyang

Los parientes son una molestia —murmuró la señora Yang—. Una no los escoge, pero tiene que cargar con ellos. Son un peso muerto, circunstancias fortuitas y desafortunadas de la vida.

Se reclinó en el diván de su pabellón del jardín y acarició con una mano la sotabarba de su gran gato del Himalaya, que dormitaba en su regazo. Hacía un día insólitamente cálido y soleado, aunque el otoño ya había quedado bastante atrás, y por ello Wu y su madre estaban tomando el refrigerio de media tarde al aire libre, en el pequeño cenador.

Su madre tenía razón. Los parientes tenían que ser observados, dirigidos y controlados en todo momento. En aquel preciso instante, Wu estaba preocupada por una clase especial de parientes, próximos pero prescindibles: dos sobrinos y una sobrina.

—De veras —insistió la señora Yang, mientras rascaba enérgicamente al gato detrás de las orejas de tal modo que el animal movía la cabeza con expresión extasiada—. La historia está llena de ejemplos. Algún día tendremos que encomendar a nuestro servicial historiador Shu que nos haga una crónica de los casos.

—Tendría que estudiar un volumen enorme de documentos, madre —comentó Wu sin levantar la vista y sin dejar de picotear en los deliciosos platos dispuestos sobre la mesa.

—Hay tantas historias de parientes codiciosos, inútiles y peligrosos que se entrometen en las vidas de otros por falta, simplemente, de un destino claro para ellos.

—¡Es imperdonable! —masculló Wu, con la voz amortiguada por un *lichi* en salmuera—. ¡Inexcusable!

—¿Ha habido alguna mejoría? —preguntó la señora Yang con sarcasmo. Tras expulsar bruscamente al gato de su regazo, se incorporó hasta quedar sentada en el diván.

—Ninguna que pueda apreciar —respondió Wu—. El *nagaspá*, por supuesto, afirma lo contrario, pero no alcanzo a ver que haya exorcizado al fantasma de mi infortunada media hermana, la duquesa. Si acaso, su presencia se hace más notoria. —Pensativa, la emperatriz ensartó una fruta—. Mi sobrina, Ho-lan, se parece más a su madre cada día que pasa.

—Desde luego que sí —respondió la señora Yang—. A sus quince años, se está haciendo una mujer. La muchacha ha heredado la feminidad de su madre.

—No, madre. Hay mucho más. El parecido de Ho-lan con mi media hermana no se limita a esa simple semejanza.

—No, tienes razón —asintió la señora Yang—. Y me alegro de que te hayas

percatado. Has heredado mi perspicacia, hija. —Atrajo al gato con una pequeña tira de pescado seco. El animal se levantó sobre las patas traseras al tiempo que la mujer levantaba el pescado delante de él. Después, la señora Yang lo puso fuera del alcance del minino, incitando a éste a avanzar a dos patas, con las delanteras extendidas como pequeñas aletas. Era un truco del cual la señora Yang se sentía especialmente orgullosa y que nunca dejaba de provocar las risas de Wu. A la señora Yang le complacía hacer reír a su hija; a veces, la emperatriz se mostraba demasiado seria, arisca incluso. Continuó incitando al gato a avanzar.

Wu se reía ya abiertamente; pocas veces había visto al animal mantenerse en dos patas tanto rato. La madre soltó también una carcajada. Los esfuerzos denodados del animal y su postura forzada resultaban verdaderamente absurdos. La señora Yang bajó el pescado tentadoramente y volvió a levantarlo de un tirón en el último momento, haciendo que el gato se tambaleara como si estuviese ebrio. Las risas aumentaron de tono hasta que la señora Yang se apaciguó.

—No soporto ver sufrir a mi cariñito un segundo más —declaró, y dejó caer el pescado al suelo. Recuperando de inmediato su posición natural, el animal capturó el pescado entre las fauces—. Los parientes se parecen mucho al gato. Son pequeños actores voraces que ansían lo que sostenemos ante ellos y siempre desean más. Pero no son en absoluto tan encantadores y entretenidos como ese animal. —La señora Yang se agachó a mirar bajo la mesa, donde el gato se relamía después del festín—. ¿Verdad que no, gatito? ¡Claro que no! —comentó con la vocecilla solícita que sólo utilizaba con el animal.

Después, se enderezó y miró a su hija con seriedad.

—Tu padre me ha dicho que veríamos al espíritu de tu media hermana empezar a consumir el de su hija. Me ha revelado que, poco a poco, tu sobrina Ho-lan se convertirá en su malograda madre. —Mientras hablaba, la señora Yang vio ensombrecerse los ojos de su hija, como si alguien hubiera corrido una cortina sobre una ventana; era la expresión que adoptaba cada vez que surgían en la conversación determinados temas, como el de la difunta duquesa—. Y eso es lo que está sucediendo —añadió.

—Eso explicaría muchas cosas —comentó Wu tras una breve pausa.

Con una especie de visión premonitoria, la emperatriz había advertido algo en el modo en que Kao-tsung miraba a su sobrina cuando lo visitaba, aunque estaba segura de que ni el propio Kao-tsung se daba cuenta del sutil efecto que la muchacha causaba en él. A menudo, Wu captaba las cosas antes que él.

La chiquilla tenía una especie de dulzura ingenua, un asomo de inteligencia festiva que irritaba especialmente la sensibilidad de Wu. Y todo ello formaba parte de la creciente semejanza con la madre. Holán estaba floreciendo. Y era una flor espléndida, cuando habría bastado con que fuera una hierba vulgar. Wu se estaba

cansando de los hechizos y encantamientos del *nagaspa*, claramente inútiles en aquella situación. Se llevó una ciruela azucarada a la boca y masticó el fruto gomoso y excesivamente dulce. Las sobrinas eran ya suficiente molestia con su particular feminidad, pero ¿qué decir de los sobrinos?

¡Parientes!

Llegaron del lejano oeste, de la provincia de Sechuan. Habían enviado una carta al Padre Imperial, pero Kao-tsung no llegó a leerla porque Wu la interceptó y consultó con su madre y con el consejero Shu. Entre los dos la ayudaron a redactar la respuesta. Al fin y al cabo, se trataba de un asunto de familia y los dos sobrinos no formaban parte de la familia de Kao-tsung.

Los muchachos tenían diecinueve y veintitrés años y estaban emparentados con la emperatriz a través de la primera esposa de su padre. En realidad eran sólo medio parientes y constituían otro molesto recordatorio de la vida del padre de Wu antes de contraer matrimonio con la señora Yang. La emperatriz y su madre se parecían mucho y había algo en especial que compartían: ambas se tomaban a mal el hecho de que el universo contuviera cosas que escaparan a su control. Los dos sobrinos recién aparecidos no sólo eran una evocación de aquella otra vida del padre de Wu, también eran un inconveniente.

—Los parientes son baúles de más en un carro que ya va sobrecargado —comentó la señora Yang una tarde, poco después de la llegada de los sobrinos—. Y los parientes lejanos —añadió con sarcasmo— son una carga más que excesiva. ¡Ni siquiera van en el carro que les corresponde!

—Pero, madre —apuntó Wu—, ¿no podrían ser bendiciones disfrazadas?

La señora Yang meditó su respuesta.

—Podrían serlo, sí —reconoció—. Existe una remota posibilidad.

Los jóvenes venían, presuntamente, a rendir homenaje ante el altar de su difunta tía, la duquesa Ssu-lin. Y, aunque los jóvenes habían llevado el luto desde que se anunciara su muerte, hacía algunos años, no habían podido realizar el largo viaje a la capital y a la Ciudad Prohibida hasta aquel momento.

Los sobrinos fueron recibidos con prodigalidad y buen trato y se les asignaron unos lujosos aposentos en la reciente ampliación del ala oeste de palacio, en el Salón de la Piedad Terrena del Buda. Y aunque Wu tuvo buen cuidado de tratarlos como príncipes (trato al que, claramente, no tenían derecho), los jóvenes eran arrogantes y desdeñosos. Aunque mantenían las formas y se mostraban respetuosos ante Wu, sin violar jamás el protocolo ni el decoro, era evidente que la emperatriz no era de su agrado.

Después de verlos una única vez, la señora Yang dijo que advertía en su mirada un abierto rechazo. Wu replicó que seguramente no había para tanto, pero se dio cuenta —aunque no se lo dijo a ella para no perturbarla— de que los muchachos

veían a la señora como una entrometida completamente innecesaria.

El mayor de los dos, a sus veintitrés años, era bajo y robusto y de facciones ordinarias. Se parecía bastante al historiador y consejero Shu, pero sin el encanto de éste. Con los ojos saltones, la nariz aplastada como la de un pez y un rostro descolorido y demacrado, carecía de atractivos. Y con su manera de hablar arrastrada y evasiva, se hacía odioso enseguida. El menor, en cambio, a sus diecinueve, era esbelto, de estatura mediana y rostro cuadrado y regular, casi atractivo. Quien tenía el aire más despectivo era el feo, pero Wu consideró que, probablemente, el más peligroso de los dos era el más joven.

Éste tenía la irritante costumbre de levantar las cejas de una en una mientras escuchaba hablar a otros; una costumbre, declaró Wu, que ponía de manifiesto que desconfiaba de todo el mundo. Un insulto, simple y llanamente. Las dos mujeres estuvieron de acuerdo en ello.

A ambas les parecía que aquellos jóvenes parientes habían acudido a la corte con el único propósito de husmear, de averiguar cuanto pudieran acerca de la duquesa. ¿Y qué había que averiguar?, preguntó Wu a su madre. Al fin y al cabo, a veces la gente se muere, sin más. ¿Por qué iban a fisgonear? La atmósfera de sospecha, decididamente incómoda y desagradable, que aquel par de individuos había creado resultaba imperdonable y absolutamente innecesaria. Las alusiones y la rivalidad habían penetrado en los pacíficos dominios de Wu. Era necesario poner coto a todo aquello antes de que se fuera de las manos.

Fue entonces cuando la señora Yang anunció que deseaba reunir a la familia para una cena por todo lo alto.

La fiesta se daría en la propiedad de la señora Yang en la ciudad, una novedad frente al aislamiento de palacio, y estarían más cerca del túmulo funerario de la duquesa. Una orquesta de músicos imperiales especialmente seleccionados acompañaría la cena en honor de los sobrinos. Estarían sólo los cuatro; el emperador se quedaría en palacio, decidieron, pues su estado de salud lo convertía en una molestia y su presencia irritaba los nervios de Wu.

Kao-tsung no se daba cuenta de que tenía los dedos de la mano útil en la boca y estiraba con ellos las comisuras de los labios en una mueca estrafalaria que hacía que le cayera la saliva por la barbilla. Tampoco se daba cuenta de esto último; no fue consciente en absoluto de dónde tenía los dedos hasta que, de pronto, cerró las mandíbulas con fuerza al leer las palabras de la proclama de Wu en un pequeño pergamino desenrollado que descansaba en sus rodillas. Soltó un grito y apartó la mano de la boca.

Notó el sabor de la sangre y se pasó el dedo, que le dolía terriblemente, entre los labios. Te estás convirtiendo en uno de esos viejos atontados que van por ahí tambaleándose y haciéndose daño, se dijo. ¡Oh, el pobre Kao-tsung, ese viejo débil!,

dirán. ¿Dónde está? ¿Qué hace? Se muerde los dedos. Está ahí sentado y se muerde los dedos y se moja los pantalones y el viejo tonto ni se entera.

Apretó con fuerza el dedo dolorido entre los labios y leyó por segunda vez las palabras que ya habían aparecido en una proclama pública y en un decreto imperial en los diarios oficiales, a lo largo y ancho de Luoyang, la capital.

Diciembre de 668

Con Considerable Pesar, el Reino de la Piedad de Buda ha tenido que dar paso al Reino de la Venganza del Buda Colérico. La Divina Emperatriz, Wu Tse-tien, anuncia esto con Gran Tristeza, tras haber Enviado a la Ejecución a dos parientes del Reino, sobrinos de la Casa Real de Wu en segundo grado, por el Lento Envenenamiento de la Duquesa Ssu-lin, amada media hermana de la Emperatriz, y por el Asesinato Insidioso, mediante una parecida y sutil Administración de Veneno, de la hija de la Duquesa, la Hermosa e Inocente Ho-lan, que no había Visto aún su Decimosexto Aniversario.

Los motivos de los dos asesinatos no están Plenamente Aclarados de momento, y tampoco se sabe si los sobrinos Actuaban de Acuerdo con Otros, ajenos a la Familia Imperial. Para Dar Respuesta a estas incógnitas, miembros de la Policía Secreta de la Guardia de Palacio Yu-lin de la Emperatriz llevarán a cabo una Investigación. Pero dado que la Duquesa no tenía más Descendencia que su Hija y no había Otros Herederos Varones de su fortuna, se cree que los sobrinos perseguían, mediante el Engaño y el Asesinato Cruelmente Calculado, eliminar rivales en la Línea de Sucesión.

Lloramos la muerte de nuestra sobrina Ho-lan, llevada en un Momento de Alegría a la casa de la amada Matriarca Imperial, la señora Yang. Pero tenemos una Razón para el Regocijo ante la presencia de una milagrosa Oca Blanca como la Nieve que fue vista Ascendiendo al Cielo Azul Invernal desde el Alero del Pabellón en el Momento de la Partida del Alma de Ho-lan. Éste es un claro signo del Cielo de que su Alma ha Viajado a la Tierra Pura de la Felicidad del Buda.

Di dejó de leer, bajó el papel y miró a Hsueh, que había atendido con sumo interés.

—¿A qué huele esto? —preguntó Di al monje. Hsueh frunció los labios, pensativo.

—A flores de melocotón, no —respondió.

—¡Desde luego que no! —asintió Di—. Estoy muy interesado en saber más detalles de la muerte de la duquesa Ssu-lin.

—Sucedió hace varios años.

—Los años no significan nada para quien ha muerto injustamente, amigo mío. Es algo que conozco por experiencia.

—¡Mmm! —murmuró Hsueh, concediéndole la razón—. Hubo otra muerte que tampoco olía bien, ¿sabe? Fue poco antes de su llegada a la «Ciudad de la Transformación». Un joven, también. El anterior príncipe heredero, Jung.

—¡Ah, sí! La «conspiración». Oí hablar del tema.

—Y, por supuesto, muchos ancianos. —Hsueh se encogió de hombros—. Y al menos un presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios.

Di alzó la vista con una sonrisa vaga.

—Sólo uno, de momento, ¿no es eso?

—Mmm...

—Amigo mío —dijo Di con gran parsimonia—, una vez me contó que entre sus habilidades de mago estaba la de moverse entre los ricos y poderosos. ¿A qué ricos, a qué poderosos se refería?

Hsueh devolvió la mirada a Di sin parpadear.

—Ninguno lo es demasiado para mí. Dígame que vaya y lo haré. El magistrado ensayó una nueva sonrisa y empezó a notar una extraña excitación.

—Al fin y al cabo, la señora Yang es una gran protectora del budismo. Y usted es monje y erudito.

—En efecto. Y ella también es una mujer hermosa de cierta edad —añadió Hsueh con una sonrisa de complicidad—. Y yo también soy un proveedor de los cosméticos más refinados de éste o de cualquier imperio.

—Mmm... —Di hizo una buena imitación del murmullo del monje y ambos se echaron a reír.

—Amigo Di —dijo entonces el monje—, ¿sabía que hace muchos años la primogénita de la emperatriz Wu, una niña de apenas diez días, fue encontrada muerta en la cuna?

Di lo miró un instante; después, movió la cabeza.

—No. Me niego a pensarlo siquiera, Hsueh. Sería... sería sencillamente imposible.

Hsueh se encogió de hombros.

—Yo no hago más que ofrecerle la información.

—No —repitió Di con firmeza, tras reflexionar—. Es sencillamente imposible.

Según los que estudian las antiguas doctrinas clásicas del Libro de Ritos, se ha llevado a cabo siempre una distinción entre las ceremonias que son femeninas y las que son masculinas. Cuando se trata de llevar a los participantes ante el altar femenino o ante el masculino, los participantes se han atenido siempre al género que les es propio: devotos masculinos para las deidades masculinas y devotas femeninas para las divinidades femeninas. Entonces, ¿por qué no se sigue esta norma cuando se lleva a cabo la ceremonia más importante en el mantenimiento del orden y de la relación entre el cielo y la tierra, la Feng Shan? Esta ceremonia —un viaje a los picos sagrados donde se puede adorar a la Divinidad de la Tierra— ha sido llevada a cabo por todos los gobernantes y sus séquitos desde los tiempos más remotos, cuando toda la historia quedaba registrada en las conchas de tortugas. Y, sin embargo, ¿no es esta ceremonia, en esencia, un acto de adoración a la Divinidad de la Tierra? ¿Y no es esa Divinidad femenina? Pero en ningún momento de la historia se ha permitido la asistencia de una mujer. ¿No es éste un gran descuido que precisa ser corregido? ¿Y no es justo que tan gran responsabilidad recaiga únicamente en la Hija del Cielo, la Divina Emperatriz Wu Tse-tien?

—¿La «Hija del Cielo»? —preguntó Di, incrédulo, arrojando la proclama imperial sobre la mesa.

Aquel día, el magistrado superior y principal investigador de Luoyang estaba sentado tras el escritorio de su despacho de presidente del Gabinete Nacional de Sacrificio. Llevaba puesto su otro gorro, según la expresión del viejo consejero. Y, a causa de su alta posición en la burocracia imperial, Di estaba entre los pocos que habían sido honrados con un conocimiento previo del anuncio «histórico» de que la emperatriz sería la primera mujer en dirigir un ritual sagrado que ya tenía una antigüedad de mil años cuando nació Confucio. Di no se sintió especialmente perturbado por aquella flagrante violación del protocolo y el decoro, aunque sabía que todos los confucianos que permanecían en el gobierno estarían farfullando de indignación. Suspiró. Ojalá la audacia de la emperatriz se limitara a pequeñas jugarretas como aquella.

No, Di no tenía tiempo ni interés para dedicar a la proclama de la emperatriz. Ante él estaba el plano de la ciudad de Luoyang y, marcado en él, la situación de la casa de la señora Yang, donde se habían producido las cenas fatales. Di comprobó

con satisfacción que la casa no formaba parte del recinto imperial.

Según el código legal T'ang, el lugar quedaba bajo su jurisdicción como magistrado superior de Luoyang. Sin embargo, sabía que su investigación chocaría con la santidad de las Divinas Puertas imperiales. Sería el asunto más delicado y peligroso que había llevado nunca. Los trámites serían como caminar por una habitación a oscuras bajo cuyos muebles yacen enroscadas las serpientes.

—Señor Hsueh —dijo Di—. Esta será una prueba singular de vuestro temple. Entre los budistas vinhayana, la señora Yang es considerada una divinidad; para ellos, es una demiurga.

—Le entiendo muy bien, presidente Di —respondió Hsueh con una sonrisa irónica y una leve inclinación de cabeza—. Un asunto muy delicado y una dama muy influyente.

—Recuerde que usted no sabe nada ni sospecha nada.

—Desde luego, magistrado. Comprendo nuestra situación.

—Ignoro que descubriré —le aleccionó Di—, pero ya he pensado el pretexto que utilizaré para llegar a su puerta. Le he proporcionado unas credenciales impecables como hombre santo del Tíbet, de modo que dudo de que le nieguen el paso. Pero, por si no es suficiente, le he procurado la credencial más extraordinaria.

»Verá, maese Hsueh, me he aplicado al asunto. Durante los últimos días me he esforzado por dar con la razón... no, con el medio —se corrigió Di, formando una esfera con las manos delante del rostro—, con el medio perfecto para acceder a la finca de la madre de la emperatriz. Pero antes de que le cuente de qué se trata, quiero oír su acento tibetano más cerrado e incomprensible. ¿Podrá volver a esa otra vida de hace tanto tiempo, verdad?

—¿A mi vida de muchacho? —preguntó el mago, divertido—. Mmm. No será difícil. Lo intentaré, desde luego, magistrado.

—Recuerde lo más importante: este pretexto que le conducirá hasta la señora Yang —susurró Di, inclinándose hacia delante en actitud conspiradora, aunque estaban completamente a solas— no sólo debe atraer su codicia y su vanidad, sino conducirlo a usted a una dependencia concreta de la casa.

—Reverendo padre, no me he acordado de preguntarle por su nombre tibetano.

—Y yo he sido muy negligente al no habérselo dado antes, señora —respondió el «lama». Hsueh Huai-i con una sonrisa encantadora—. Sin embargo, resulta muy difícil de pronunciar para una lengua china. Mi idioma es capaz de combinaciones de sonidos muy raras. *Ngogpa* —dijo con tono de importancia—. Significa el lama de Ngog, señora. Pero hay más. —Hizo una pausa sugestiva—. *Ngogpa Lhag-tong-pa-nyid*. Lama *Ngogpa Lhag-tong-pa-nyid* —repitió con su marcada entonación tibetana.

—¿Y significa...? —La señora Yang lo observó con curiosidad y placer.

—Significa «el lama de Ngog que posee el conocimiento de la Conciencia

Superior y la claridad del Vacío de Pensamientos». —Hsueh observó durante un momento la expresión admirada de la señora Yang. Era evidente que había conseguido su objetivo de causar una profunda impresión—. Es la mejor traducción que puedo hacer, señora. Inevitablemente, se pierde mucho en el cambio de palabras... —añadió con un encogimiento de hombros—. Pero vos, como nadie, comprenderéis a qué me refiero. Debo tomar prestadas palabras del léxico de los taoístas. Son las que más se acercan, pero incluso éstas se quedan cortas.

—Hay tanto que no podemos conocer —respondió la señora Yang, y sacudió la cabeza—. Es toda una lección de humildad.

—Todo verdadero conocimiento lo es, señora —asintió Hsueh—. Pero eso me lleva al gran regalo que os he traído. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Lo que me dispongo a revelaros es un poco de verdadero conocimiento sólo para vos, para vuestros ojos y oídos solamente.

Hsueh se volvió a la mesa en la que se encontraba la caja; hasta aquel momento, la señora Yang había hecho caso omiso, resueltamente, de aquel objeto misterioso y tentador. El tibetano abrió la caja, sacó de ella el relicario en forma de *chorten* y lo colocó con infinita delicadeza sobre la mesa. La señora Yang mantuvo el rostro impassible, pero notó que el corazón se le aceleraba: ante ella tenía un recipiente cilíndrico de oro con un profundo repujado que mostraba con gran riqueza de detalles el vuelo de unos gansos. En la tapa, la imagen del Buda reclinado, Gautama —el auténtico Buda histórico—, estaba flanqueada por las imágenes erguidas de Indra y de Brahma.

—Es realmente hermoso, lama Hsueh —dijo la señora Yang con gran comedimiento—. ¿Puedo tocarlo?

—Por supuesto, señora. —Hsueh le acercó el *chorten*.— Pero la belleza exterior de este antiguo recipiente no es nada en comparación con lo que contiene. —La señora Yang levantó el objeto, lo sostuvo de manera que la luz que penetraba por la ventana lo iluminara de lleno y lo estudió con todo detalle—. Es una copia, señora, de otro más antiguo: el Gran Relicario de Kanishka del *stupa* votivo de Loriya Tangai, en el valle de Swat, en Gandhara, al norte de la India. A la muerte del Gran Buda, sus seguidores dejaron su tierra natal en la región de Doab y se trasladaron a los valles de Gandhara, de clima más suave...

—Lama Hsueh, ¿qué significan estos gansos? —preguntó la señora Yang, alzando por fin la vista hacia él mientras acariciaba con el pulgar y el índice la suave superficie labrada de las alas extendidas de una de las aves.

—Su vuelo representa la difusión de la ley de Buda, el Dharma, a tierras lejanas.

—¡Qué maravillosamente adecuado para nosotros y nuestra Ciudad de la Transformación!

—Ciertamente, señora. Pero tengo algo aún más espléndido y, como vos decís,

adecuado para la Ciudad de la Transformación, que es la auténtica razón de que haya venido a abusar de vuestra amabilidad...

—No es ningún abuso, lama. Nos halaga que alguien de tan gran sabiduría se digne concedernos su gracia —respondió ella, animándolo a seguir. Hsueh le dedicó una ligera reverencia.

—Dentro de ese *chorten* —murmuró en un susurro— hay un secreto tan grande que no me atrevo a confiarlo a nadie más que a vos, la mayor devota del Buda Gautama de toda la China.

Hsueh procedió a abrir la tapa del relicario con dolorosa lentitud. Con extremo cuidado, extrajo del recipiente sagrado un cilindro de arcilla y lo colocó sobre su base. El cilindro, rojo y azul, llevaba grabadas en torno a la parte superior unas inscripciones que formaban pequeñas hileras de caracteres sánscritos.

—Éste también es un bello objeto, lama —comentó ella, disfrutando del pequeño juego de intriga. Hizo girar el objeto sobre la base y observó la expresión satisfecha del forastero de destacada estatura—. Muy bello —repitió, como si creyera que en esto consistía el misterioso regalo que el monje le había anunciado.

—Permitidme, señora. —Hsueh extrajo la tapa del cilindro—. Está muy bien disimulado. Un trabajo muy habilidoso de un artesano desconocido. El hombre tal vez imaginó que si había alguien lo bastante astuto como para descubrir el relicario sagrado y llegaba hasta el extremo de extraer el cilindro de arcilla, se detendría al llegar allí, frustrado, creyendo haber encontrado sólo otro molinillo de oraciones más, con sus inscripciones habituales. Pero...

La mano del monje desapareció en el interior del cilindro y extrajo de él un cubo azul transparente que encajaba a la perfección en un agujero cuadrado del interior del engañoso cilindro. El cubo era completamente claro, liso y sin imperfecciones, como un bloque de hielo. La señora Yang notó que, a pesar suyo, los ojos se le abrían como platos.

—Cristal, señora. Un hermoso cristal azul, quizá llevado de Macedonia a tierras de la India a través de la región septentrional de Gandhara por el gran conquistador Sikander ^[5]. —Hsueh aproximó el cubo a la señora Yang con cuidado reverente—. Sosténgalo a la luz y observe el interior.

—Qué cristalino. Muy bonito, pero... —Hizo una pausa, acercó el rostro al cubo y frunció el entrecejo—. Pero observa: parece tener una imperfección, una especie de grieta en el interior, tal vez. —La señora estudió el cristal con los ojos entrecerrados y lo acercó a Hsueh—. Ahí, lama. En el centro.

Hsueh permaneció inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión implacable.

—Fijaos bien, señora. He dicho que os traía el mayor tesoro y no engaño a la madre de nuestra Divina Emperatriz y máxima protectora del Dharma. Eso del centro

no es una imperfección. Eso es el tesoro del que hablo.

La señora Yang estudió de nuevo el cristal.

—Es blanco. ¿Es... un hueso? —Hsueh descruzó los brazos en el instante en que la mujer le dirigía una mirada sobresaltada—. ¡Cielos, lama, dime que sólo es la reliquia de un gran maestro... de un gran lama o monje muerto hace siglos!

—No puedo decir tal cosa, señora.

—Pero hay mucha gente que reclama estar en posesión de una reliquia del Excelso.

—Mucha gente afirma tal cosa, es cierto. —Hsueh juntó las yemas de los dedos—. Pero también es cierto que todos ellos son víctimas de su propia tontería o de los engaños de otros. Sólo existe un fragmento del que se conozca su autenticidad. Sólo uno que los antiguos seguidores reconocían como verdadero. Cuando esos primeros seguidores del Buda Gautama dejaron la tierra natal del Buda en la sofocante región meridional de Doab y se trasladaron al norte, a la zona de Gandhara, de clima más fresco, empezaron a llevar una existencia mucho más organizada. Allí se construyeron grandes monasterios y *stupas* del budismo Mahayana, edificios que se levantaban casi mil palmos del suelo, rematados con hileras de parasoles dorados y con los interiores decorados con filas y filas de Budas y bodhisattvas pintados con brillantes colores. Pero únicamente en un muro del gran *stupa* de Gandhara, hoy en ruinas, estaba oculto este relicario que contiene el único resto del Maestro cuyo origen está certificado en los textos antiguos.

Hsueh retrocedió un paso y efectuó una profunda inspiración, como si la revelación le hubiera dejado sin fuerzas.

—¡Cielos, lama! ¿Pero cómo ha llegado a tus manos? —preguntó la señora Yang mientras acariciaba el gélido cubo sagrado.

—Es una historia muy larga, señora, que preferiría ahorrármela. Sólo diré que llegué a la conclusión de que los gandharanos habían olvidado el verdadero mensaje, desdibujando la figura del único Buda con sus innumerables metáforas de santos bodhisattvas, diosas y demonios... Este hueso, señora, es el símbolo último de la ley del único Buda verdadero, el Dharma, la única norma que nos rige, en último término. Y consideré que debíamos hacer lo que fuera preciso, todo lo que fuera preciso... —repitió en tono insinuante.

—¿Me estás diciendo que hubo pérdida de vidas...? —preguntó ella con solemnidad.

—Quizá pague por mis transgresiones a lo largo de muchas reencarnaciones, señora —murmuró el tibetano—. Quizá...

—¿Quizá, qué, lama? —lo apremió la mujer.

—Quizás... Esto me resulta un poco difícil... —dijo él, juntando las manos como en una plegaria y mirándola directamente a los ojos—. Aunque el budista siente

veneración por toda vida, tal vez es preciso hacer una excepción cuando se trata de proteger el Dharma. Probablemente sea la única excepción... —Hsueh dejó caer estas palabras como piedras a un estanque.

—¡Oh, sí! Creo que tienes razón, lama —respondió la señora Yang sin la menor vacilación—. Ésa es, quizá, la única excepción. Yo misma he lidiado con este concepto tan difícil de digerir. Si resulta absolutamente necesario. Incluso nuestro código de respeto por toda vida, que tenemos por inviolable, queda subordinado a nuestro deber principal de proteger la Ley Dhármica. —El monje la estudiaba minuciosamente mientras la escuchaba y la señora Yang se sintió capaz de contárselo todo. ¡Todo! La mujer descubrió un inesperado y profundo sentido en lo que ella misma estaba diciendo; sus palabras proporcionaban todo un nuevo significado a su pasado—. La pérdida de vidas por esta causa superior sería, en último término... —buscó con delectación la palabra exacta— ...justificable.

Tan pronto como lo hubo dicho, el propio sonido de la palabra, su eco en la mente, envolvió a la madre de la emperatriz en un cálido bienestar.

—Tal vez, mi señora, tal vez. En cualquier caso, algún día lo averiguaré, ¿no? Con todo, sea cual fuese el destino kármico que me aguarda, merecerá la pena si ello significa que puedo depositar este regalo a vuestros pies. Pagaría con mil existencias por tener ese privilegio. Ahora, señora, en calidad de guardiana de la única reliquia verdadera del cuerpo físico del Buda, vuestra posición en el imperio y en el reino terrenal de Buda es aún más eminente que antes. Y, en consecuencia, vuestras obligaciones para con vos misma y para con vuestra familia son aún mayores. Os ruego que me permitáis ayudaros en ellas.

—Por supuesto, lama —asintió ella, complacida.

—Vuestra casa es vuestro templo, señora. En ella se encuentra ahora el centro del universo budista terrenal del Jambudvipa. Si me permitís, os ayudaré a convertirla en un refugio aún más perfecto para la contemplación y la exaltación de lo inefable, en un cristal refractor de la luz divina aún más perfecto, si queréis. Todo debe ajustarse con precisión: el alineamiento de las propias piedras de vuestro jardín, el ángulo con el que entran por la ventana los primeros rayos del sol matinal, la sutil gradación de colores de una estancia a la siguiente, los tonos utilizados para realzar la belleza ya perfecta del rostro de la señora. —Hizo una pausa y paseó la mirada por la suntuosa sala; a continuación, levantó el dedo índice con gesto decidido—. Y me gustaría empezar por la cocina.

—¿Por la cocina, lama?

—Hace un momento hablábamos del respeto por todos los seres vivos. Debéis permitirme acceder a la cocina, señora, para que pueda aleccionar a vuestro personal sobre los métodos adecuados para mantener una alimentación estrictamente vegetariana.

—¿Sabe, Hsueh, que el apreciado historiador de la corte, Shu, no me es desconocido?

—Por favor, no me diga que es amigo suyo.

—Claro que no —se rió Di—. Aunque parece que estábamos destinados a ser colegas de un modo u otro. No puede decirse que seamos coetáneos; en realidad, me lleva más de ocho años.

—¿Y cómo entró en contacto con ese caballero?

—Sucedió hace muchos años, cuando, como tantos otros jóvenes esperanzados, llegué a Luoyang durante una hermosa primavera para someterme a la prueba más intensa que se ha ideado para el cuerpo, la mente y el espíritu.

—¡Ah! Los exámenes trienales de ingreso en la Administración Imperial... — Hsueh empleó un tono de voz que sugería que la idea misma de los exámenes le resultaba pintoresca y divertida.

Aprovechando el espléndido día, inusualmente cálido para principios de enero, el magistrado y su amigo paseaban por un solitario parque rústico salpicado de arboledas, al norte de la ciudad, el día siguiente a la visita de Hsueh a la señora Yang.

—Sí, Hsueh, los Exámenes Trienales, que determinan quién no conseguirá un puesto en la administración. Una experiencia que tiene la suerte de haber podido evitar, amigo mío...

—No crea que mi preparación y mi iniciación han carecido de penalidades y rigores —apuntó el mago—. Me he sometido a pruebas que ni siquiera sería capaz de imaginar.

—Por supuesto, maese Hsueh. Por supuesto —se apresuró a asentir el magistrado.

—Pero háblame del historiador Shu —dijo Hsueh.

—No sé si él me recuerda, pero yo, desde luego, lo tengo muy presente. Esa primavera de hace tantos años, cuando llegué aquí por primera vez, Shu estaba también; pero no era la primera vez que él se presentaba. Aquella era su tercera y última convocatoria. Ya había suspendido las dos anteriores y el número máximo de exámenes que se permite a un aspirante es de tres. Si el candidato fracasa por tercera vez...

—Se ve en la obligación de echar mano de otros recursos —apuntó Hsueh.

—Con qué concisión lo ha expresado, maese Hsueh. Y con qué precisión. En cualquier caso, a muchos de los presentes no se nos escapaba la presencia de los aspirantes con algunos años más que el resto, los de aspecto más nervioso, que volvían para su tercer y último intento y se mezclaban con los más jóvenes en un esfuerzo por absorber un poco de su energía o, quizás, ese dato que marcaría la diferencia en la ocasión.

—¿Y el historiador Shu estaba entre ellos?

—En efecto. Lo recuerdo muy bien porque se acercó a varios candidatos más

jóvenes y les ofreció recompensarlos generosamente si hacían el examen por él. Yo fui uno de los que recibió la propuesta. Pero creo que nadie la aceptó, por tentadora que fuese, y Shu se vio obligado a presentarse él mismo por tercera vez.

—Y supongo que suspendió.

—En efecto. Pero, como se puede ver, el fracaso no lo ha detenido. Hablábamos de otros recursos: evidentemente, el historiador Shu los tiene en abundancia.

—Desde luego —respondió el mago con un seco bufido.

—Ya le he contado cómo es que me acuerdo de él. Es menos probable que él me recuerde a mí porque sólo era uno de los muchos jóvenes candidatos a los que tentó. Lo que no he decidido todavía —continuó Di, pensativo— es si me conviene o no recordarle que ya nos conocíamos.

—¿Va a reunirse con él? —preguntó Hsueh con entusiasmo socarrón. Di se encogió de hombros al tiempo que se detenía junto a un pequeño lago sereno y encantador cuya superficie, congelada durante tantas semanas, empezaba a fundirse bajo el cálido sol.

—Teniendo en cuenta la información que me ha traído de la casa de la señora Yang —comentó el magistrado mientras contemplaba el lago—, creo que debo hacerlo. —Se volvió hacia el mago—. Ahora necesito lo que en nuestro oficio denominamos «pruebas concluyentes». Estoy seguro de que recuerda usted la proclamación de la emperatriz como «Hija del Cielo».

—Mal podría olvidarlo.

—En palacio tuvieron consideración con mi cargo. La mayoría recibió copias impresas, pero a mi despacho llegó un original salido del pincel del propio historiador Shu, cuyo sello llevaba estampado [6]. Allí vi algo, algo muy pequeño pero que me hace arder en deseos de ver otras de las obras de «arte» de nuestro amigo.

—¡Caramba! ¡Magistrado Di, qué sorpresa tan agradable y propicia! —exclamó el hombrecillo, incorporándose de un brinco—. ¡Bienvenido, bienvenido!

El historiador, con un gesto ampuloso, invitó a Di a pasar a su despacho. Con una amplia sonrisa, Di le agradeció la amabilidad.

—Sin duda, maese Shu, esperaba usted mi visita en el instante menos pensado, —comentó el magistrado—. Sí, seguro que, desde que nos encontramos de nuevo en esa cena extraordinaria a la que tuvo la amabilidad de invitarnos la emperatriz, esperaba verme aparecer en cualquier momento.

—¿Encontramos de nuevo? —preguntó Shu, desconcertado—. No recuerdo que nos hayamos visto nunca, hasta esa velada.

—No, claro que no se acuerda. No hay ningún motivo por el que debiera hacerlo —murmuró Di, al tiempo que ocupaba un cómodo asiento junto al gran escritorio de Shu, decorado con hermosos motivos tallados—. ¡En cambio, hay muchos por los que yo debo recordarlo a usted!

Mientras decía esto, el magistrado mantuvo la cálida sonrisa y el tono de voz escrupulosamente amistoso.

—¡Por favor, magistrado, me consume la curiosidad! —Shu revolvió unos papeles y ordenó a un sirviente que trajera té antes de instalarse en su asiento y alisarse la ropa con un sonoro crujido de las telas de seda fina. Ya acomodado, miró a su visitante con una sonrisa de expectación en los labios.

—Los exámenes trienales, maese Shu. Hace casi veinticinco años. —Di observó que la sonrisa del historiador se debilitaba un poco, aunque mantenía la mueca de expectación. Se inclinó hacia delante como hace quien repasa sus recuerdos antes de contar una historia maravillosa y continuó—: Recuerdo la noche en que nos dejaron salir de las celdas después de tres días agotadores durante los cuales unos pocos habíamos vivido en una permanente zozobra y muchos otros sabían perfectamente que habían suspendido. Esa noche, sin embargo, antes de que se publicaran los resultados, lo cual no sucedería hasta pasado bastante tiempo, la mayoría de nosotros terminamos rebosantes de alegría y de vino por el mero hecho de haber abandonado por fin nuestras salas de tortura. Lo único que nos importaba en aquellos momentos era respirar, hablar, reír y beber como seres libres. Con el alboroto que armamos con nuestros cantos, nuestros brindis, vítores y discusiones sobre las preguntas y problemas que nos habían planteado durante los días de examen, seguro que tuvimos a toda la ciudad en vela. Esa noche, maese Shu, usted y yo compartimos una jarra de vino. Y es por esa jarra por lo que lo recuerdo tan bien entre los cientos de aspirantes. —Di sonrió y movió la cabeza, pensativo, como si evocara la escena; Shu esperó con una sonrisa que era un reflejo de la del magistrado—. Esa noche, usted y sólo usted permanecía tan tranquilo y sereno como una estrella en el cielo, mientras los demás estábamos casi locos de agitación. Recuerdo que entonces me pregunté por qué sería. Más tarde, lo descubrí.

Di empezaba a sentirse cómodo con la narración y advertía que, a pesar de la circunspecta sonrisa de Shu, tenía ante sí a un hombre cautivado por una buena narración. Era lógico que lo estuviera, pensó Di. El magistrado se había preocupado de leer todo lo que había escrito Shu desde su nombramiento como historiador personal de la emperatriz y de su madre y sabía que el hombrecillo era, ante todo, un cuentista de primera categoría.

—Muchas semanas después, cuando se publicaron los resultados, algunos se felicitaron y otros iniciaron el largo camino de vuelta a casa cargando con el peso del fracaso, como si portaran sobre sus hombros el peso de la propia muerte. Y recuerdo el rumor que corrió entonces por la ciudad y que nos dejó sin aliento de envidia e incredulidad.

En efecto, tal rumor se había difundido por esas fechas, aunque no se había demostrado nunca que tuviera fundamento. Pero Di estaba seguro de que Shu

también lo había oído y lo recordaba. Dedicó su sonrisa más franca al historiador, como si le invitara a terminar la narración, y murmuró en tono conspirador:

—Estoy seguro de que lo recuerda...

—Le aseguro que no tengo la menor idea, magistrado —respondió Shu con franqueza no fingida.

—Nadie podía darle crédito y sin embargo, al parecer, era cierto. Uno de nosotros, uno entre los miles de aspirantes que habían participado en los exámenes oficiales de aquella primavera, y por primera vez a lo largo de los siglos, había alcanzado lo que normalmente estaba reservado únicamente a los dioses: la perfección, maese Shu. Un resultado perfecto en las pruebas trienales. Entonces llegó a mis oídos y a los de algunos amigos míos que el hombre que había realizado tal proeza estaba celebrándolo en cierta taberna de la ciudad. Nos guardamos la noticia y nos escabullimos del resto del grupo sin decirles nada porque no queríamos provocar una estampida, y acudimos a la taberna para echar un vistazo por la ventana a aquel individuo que había conseguido lo que ningún hombre consiguiera jamás, ni antes ni después. —Di miró a Shu como si lo estuviera observando a través de esa ventana. Historiador, se dijo, ahora voy a regalarte una de esas historias que tanto te gustan—: Y lo vi, maese Shu. Vi a ese hombre y lo reconocí; era el bebedor sereno e impassible con el que había compartido una jarra pocas semanas antes. —Hizo una pausa, bajó los ojos y volvió a levantarlos hacia Shu—. No ha cambiado usted tanto como para que no lo reconociera cuando lo vi sentado a la mesa imperial aquí, en Luoyang, un cuarto de siglo más tarde.

Shu se sonrojó, hinchó los carrillos y balbuceó como una doncella tímida.

—¡No, no, magistrado! Se equivoca usted. Seguro que no cree de verdad que fuese yo... —murmuró en tono poco convincente. Era evidente que deseaba vehementemente que Di continuara creyéndolo—. Hice bien el examen, desde luego, pero no tanto —añadió, sin abandonar la sonrisa de contento.

—No importa —replicó Di—. No voy a insistir. Su modestia es la de un verdadero caballero. —Se echó hacia atrás en la silla y contempló con admiración al gran erudito—. Pero, aunque usted no lo quiera reconocer, yo sé que es cierto. ¡Y no le culpo por querer ocultarlo! ¡Si la gente lo supiera, no lo dejaría en paz ni un instante! —Cuando el pobre Shu ya se disponía a iniciar otra débil protesta, Di alzó una mano para acallarla—. No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. No le contaré una palabra de esto a ningún ser viviente. ¡Pero siempre tendré la íntima satisfacción de saber con quién estoy hablando!

—Bien, señor Di, yo... —Shu estaba casi aturdido de felicidad. Di insistió, sin darle apenas ocasión de pensar.

—Se decía que no sólo su erudición era impecable, sino también su caligrafía era sublime. Yo también he hecho mis incursiones en el arte de la caligrafía aunque, por

supuesto, soy un simple aficionado. Hoy he acudido a verle con la esperanza de que quizá tendría el honor de...

Se detuvo como si comprendiera que, sencillamente, estaba pidiendo demasiado de un hombre tan agradable y humilde.

—¡No, por favor! ¿De qué se trata, magistrado? —preguntó Shu, impaciente.

—Hoy he acudido con la esperanza de que tal vez me permitiría contemplar algunos ejemplos de sus elegantes trazos.

Di sabía que Shu, en efecto, estudiaba caligrafía y se tenía por un practicante distinguido. Los halagos apenas esbozados, referidos a algo que al menos tenía un ligero fundamento, dieron el resultado que Di esperaba. Shu se levantó de su sillón como impulsado por un resorte, corrió a un armario y lo abrió para dejar a la vista unos estantes llenos de pergaminos enrollados y atados. Tomó varios y los depositó con impaciencia en el escritorio, delante de Di. Al momento, empezó a desenrollarlos y a sujetar las esquinas con figurillas, cajas y conchas.

—Verá que soy un simple estudioso concienzudo y competente, y no un maestro —comentó con la debida modestia.

—¡Qué va! —exclamó Di, examinando ávidamente los documentos conforme el historiador los abría ante él. Como esperaba, algunos de ellos eran los documentos originales de las diversas proclamas e historias espurias que tanta fama le habían dado. Sus ojos se pasearon rápidamente sobre los pergaminos y examinaron la esquina inferior derecha de cada uno de ellos. Allí había poemas, incluso. ¡Shu, poeta!, pensó Di. Increíble. Hojeó los documentos con veneración, como si fueran objetos sagrados, y maldijo para sí. Había uno en concreto que deseaba ver, pero no lo encontró entre aquel montón. Sencillamente, no estaba.

—¡Aaah! —exclamó como si fuera el trabajo más incomparable que había visto en su vida—. Lo que sospechaba.

La caligrafía no era mala, en realidad, aunque tampoco tenía una calidad que inspirara admiración. Pero Di no dejó que aquello lo detuviera. Shu, desde luego, no iba a protestar.

—Por favor, magistrado, dígame lo que ve.

—Se trata de esa cualidad esquiva que el maestro de caligrafía no puede enseñar; el maestro sólo puede proporcionar a sus alumnos una buena técnica y un grado de práctica que permita, si uno posee esa cualidad innata, expresarla y darle vida. Muchas veces, en el trabajo del calígrafo más competente en cuanto a técnica se aprecia que, si bien los trazos son agradables a la vista, resultan... carentes de alma. Pero aquí, aunque usted quizá no sea consciente de ello, señor Shu, los trazos poseen una expresividad que concuerda perfectamente con el contenido de las palabras. Vea —continuó, y levantó una proclama relacionada con los proyectos urbanísticos de la emperatriz y con el cambio de nombre de la ciudad—: en éste, el contenido

emocional de las pinceladas es ligero, festivo y alegre. En éste otro —Di indicó la proclama que informaba de la muerte del desdichado príncipe heredero Jung— los trazos casi lloran sobre el pergamino. ¡Percibo perfectamente su pesadumbre!

A aquellas alturas, Shu estaba tan emocionado que le brillaban los ojos.

—Sí —reconoció—. Cuando escribí esas líneas, estaba llorando. Es un milagro que las lágrimas no corrieran la tinta del pergamino.

—Las lágrimas se notan en cada trazo, Shu. —Di hizo una profunda inspiración y añadió—: Si éstos eran sus sentimientos al escribir sobre la muerte de un joven, imagino su dolor al tener que hacerlo sobre la pérdida de una muchacha joven y hermosa.

—¡Ah, señor Di! —Shu movió la cabeza en gesto apenado—. Era como si hubiese humedecido el pincel con mis propias lágrimas, en lugar de emplear agua.

Di reprimió su impaciencia mientras Shu se dirigía otra vez a los estantes y volvía con otro pergamino, que depositó ante Di al tiempo que comentaba que le resultaba demasiado doloroso abrirlo con sus propias manos.

El magistrado desenrolló el documento. Era el original del anuncio de la ejecución de los sobrinos y la muerte de la sobrina de la emperatriz, Ho-lan, hija de la duquesa. Los ojos de Di se desviaron hacia la esquina inferior derecha del pergamino antes incluso de que estuviera desplegado del todo. Vació sus pulmones y comentó con aire compasivo:

—¡Ah, Shu! Cuánto debió de costarle incluso acercarse al pincel a la hoja. —El historiador movió de nuevo la cabeza con callada pesadumbre—. ¿Pero qué es esto? —preguntó Di, levantando un escrito en el que se había fijado momentos antes—. ¿Un poema? ¿También es usted poeta? «Oda a la luna de octubre» —leyó en voz alta—. Sí, ésa fue una luna excepcional. Yo mismo estuve a punto de escribirle unos versos, y le aseguro que no soy ningún vate. Fíjese en estos trazos de aquí —se apresuró a añadir—. Me transmiten paz, serenidad e inspiración. Y pura espontaneidad.

Clavó su mirada en Shu y el historiador asintió con vehemencia:

—¡Es cierto! ¡Muy cierto! ¿Sabía, magistrado, que escribí este poema durante la noche, al aire libre y sin más luz que la de la propia luna llena iluminando el pergamino? ¡Ah, fue como un sueño!

—Y su corazón aún estaba alegre y relajado. No observo indicios de la pesadumbre que aparecería más tarde, del pesar que se observa en sus últimas pinceladas. Entonces todavía estaba usted... sereno —dijo Di, sin dejar de mirar penetrantemente a su interlocutor.

—¿Qué? —replicó Shu tras un breve instante de vacilación—. Sí, claro. Tiene usted razón —reconoció—. Aún no me sentía conmovido. Mi ánimo todavía era ligero y despreocupado, todavía era capaz de tan frívolo placer. Tiene razón —repitió

con un movimiento de cabeza—, no tenía conciencia del dolor que se avecinaba. ¿Cómo es posible que esos asuntos nos asalten sin que percibamos su proximidad, su olor? —preguntó a Di.

El magistrado se encogió de hombros.

—La pesadumbre nos acecha con el sigilo y la astucia de un animal de presa —respondió, asombrado de su propia chabacanería.

—Eso mismo he oído decir de la inspiración, señor Di —comentó Shu con regocijo—. ¡Que puede saltar sobre uno como un tigre!

Di reflexionó y sonrió.

—Sí, señor Shu. ¡Como un tigre!

—Ese hombre es un gran improvisador, hay que reconocerlo —susurró Di—. Hila sus historias con la facilidad con que una araña teje su tela.

—O con la rapidez con que una rata roe el papel —replicó el monje con el mismo tono susurrante—. Mantenga quieta la lámpara, señor Di.

Hsueh refunfuñó por lo bajo y, a continuación, Di escuchó un chasquido metálico; la cerradura cedió y la puerta del despacho del historiador Shu giró sobre sus silenciosos goznes.

Era absolutamente milagroso. Puertas y cerraduras no tenían secretos para el mago y se fundían ante él como fantasmas al amanecer. Y desplazarse con Hsueh era hacerse auténticamente invisible; el monje era capaz de penetrar en un charco de sombras y desaparecer, o de quedarse absolutamente inmóvil y convertirse en una pieza de mobiliario. Y siempre, indefectiblemente, aprovechaba los descuidos momentáneos de los demás para moverse. El guardia solitario que hacía la ronda en torno al edificio no había sospechado nada.

—Su metáfora es mucho más oportuna, amigo mío —reconoció Di, y levantó la lámpara mientras penetraban en la estancia. Se encaminó directamente al pupitre de escribir del historiador Shu, levantó la tapa haciéndola girar sobre las bisagras y sostuvo la lámpara sobre lo que había dentro: pinceles, pastillas de tinta, ralladores, apoyamanos... y la cajita adornada que era el objetivo de su búsqueda—. Aquí está, señor Hsueh —susurró—. Una prueba de asesinato que uno podría esconder en la palma de la mano. Al menos, estoy seguro de que es eso lo que vamos a encontrar.

Dejó la lámpara junto a él, sacó un paquete de la bolsa que llevaba al cinto y lo desenvolvió con destreza sobre la gran mesa del despacho. Contenía un pedazo de pergamino, dos frasquitos, un pincel y un retal de tela. Abrió la cajita repujada que había sacado del pupitre y extrajo de ella el sello de jade del historiador. Lo sostuvo bajo la luz y lo examinó un momento; después, abrió uno de los pequeños frascos, mojó el pincel en su contenido, embadurnó la superficie del sello y lo estampó en el pedazo de pergamino.

Se acercó a los estantes en los que Shu guardaba sus poemas y proclamas, recogió

los documentos, los transportó hasta el charco de luz que formaba la lámpara y los desenrolló con cuidado y con rapidez, uno tras otro, refunfuñando de impaciencia hasta dar con los dos que buscaba: el poema a la luna llena y el anuncio de la triste muerte de la sobrina de la emperatriz. Acercó a la luz el poema y el pedazo de pergamino en el que acababa de estampar el sello del historiador y los examinó con expresión concentrada. Después, acercó el anuncio de la defunción y la comparó con los otros dos documentos. Cogió el sello, lo embadurnó otra vez, efectuó una segunda impresión y la comparó con el poema y con el anuncio, estudiándolos con detenimiento durante largos minutos.

—Una prueba de asesinato que uno podría esconder en la palma de la mano, señor Hsueh —repitió con satisfacción al oír la respiración del monje junto a su hombro izquierdo—. ¿Lo ve?

Di señaló la marca del sello al pie del poema y cogió los pedazos de pergamino en los que él mismo había estampado el sello.

—Hay una imperfección —apuntó Hsueh—. Falta un fragmento. ¿Es esto lo que advirtió usted en la marca de la proclama de la emperatriz como «Hija del Cielo»?

—Exacto. Como si el sello hubiera caído al suelo y se hubiera descantillado. Pero fíjese aquí. —Di sostuvo el anuncio fúnebre bajo la luz y Hsueh entrecerró los ojos.

—¡Está intacta! —musitó.

Di superpuso la marca reciente sobre la antigua y las levantó para mirarlas al trasluz.

—Sí. Y todas estas minúsculas rayas, muescas e irregularidades en la impresión indican que fue estampada con el mismo sello que se empleó para el poema... *antes* de que nuestro torpe historiador lo dejara caer al suelo, lo pisara o lo que fuese.

—Creo que empiezo a comprender...

—El poema fue escrito en octubre. La muchacha murió en noviembre. El anuncio oficial se efectuó a finales de ese mes. Y ahora tenemos la prueba de que fue escrito antes de que apareciera la desportilladura en el sello del historiador. Antes de que se escribiera el poema. —Di miró al mago y los ojos pesarosos de éste le dijeron que comprendía perfectamente su razonamiento—. Semanas antes de su muerte —concluyó.

—La idea no me gusta en absoluto, señor Di. Una muchacha que convive inocentemente con ese trío, las mujeres y el historiador, y come en su mesa y comparte conversaciones y risas con ellos... y, mientras tanto, el anuncio oficial de su muerte ya está redactado en un documento, oculto en algún cajón. No, señor; la idea no me gusta en absoluto. —Al cabo de un momento, su expresión de pena fue sustituida por otra de fría astucia—. ¿Cómo puede estar seguro de que el poema fue escrito en octubre? Ese insoportable charlatán es capaz de cualquier cosa. Podría haberlo escrito la semana pasada, anteayer mismo.

—Tiene razón, Hsueh. Mediante halagos, lo induje a que me hablara del poema. Lo escribió bajo la propia luna llena que lo inspiraba, y no semanas después. Yo lo creí y me parece que aún soy capaz de distinguir cuándo el historiador Shu me está diciendo la verdad y cuándo me cuenta una de sus tabulaciones. Pero, naturalmente, con eso no bastaba. Era un dato importante, pero no suficiente. Necesitaba una prueba irrefutable. Así pues, me he dedicado a revisar viejos ejemplares de las gacetas poéticas que se publican regularmente en la ciudad, hasta que he encontrado su poema. Efectivamente, fue publicado en octubre. Justo después de esa luna llena extraordinaria. —Di se rió discretamente—. He descubierto eso... y también otra cosa completamente irrelevante en este asunto, pero muy reveladora del carácter de nuestro amigo y muy propia de él.

—¿De qué se trata, magistrado?

—Shu publicó el poema bajo un seudónimo. Por pura modestia, naturalmente. — Los dos hombres sonrieron. Di cogió el retal de tela que había dejado sobre el escritorio, lo humedeció con agua del segundo frasco y limpió meticulosamente todo rastro de tinta del sello del historiador antes de devolverlo a su estuche—. Después, en el siguiente número de la gaceta poética, aparecía un comentario elogioso acerca de esos versos; era un breve párrafo que rebosaba admiración por el genio literario de aquel poeta anónimo. E iba firmado por el historiador Shu.

Sin embargo, a Di no le duró mucho la sonrisa. Una sombra había cruzado por su mente; una sombra triste y amenazante.

—Ho-lan... —musitó, pronunciando el nombre de la muchacha muerta en voz alta por primera vez. Un bonito nombre.

Dos días después de su expedición al despacho de Shu, Di vio amanecer después de su segunda noche fría y gris sin conciliar el sueño y comprendió que, pese a no haber conocido a la muchacha, el fantasma de Ho-lan se había convertido en una presencia tan persistente como lo había sido, tantos años atrás, el espíritu del jardinero ajusticiado.

De modo que tampoco ella iba a dejarle un momento de descanso, pensó mientras se levantaba de la cama, cansado como si lo hiciera de un sepulcro donde hubiera permanecido cien años. Se encaminó directamente al escritorio y redactó una nota para cierto funcionario, uno de los últimos confucianos que quedaban en la corte, según Wu-chi, cuyo nombre le había facilitado el viejo consejero.

La nota, que sería entregada por un mensajero privado, era muy breve; en ella sólo decía que deseaba tratar un asunto algo «delicado» relacionado con la madre de la emperatriz.

Di estaba entusiasmado y, a la vez, atemorizado. Tenía una cita con el hombre al que había escrito, el director de la Censura, el organismo judicial superior del

imperio. Di no sabía si habría modo de llevar ante la justicia a una persona tan distinguida como la madre de la emperatriz, pero tenía la imperiosa necesidad de tratar el asunto con alguien de confianza. La madre de la emperatriz... El pensamiento, no podía ocultarlo, le causaba escalofríos. Se sentía como si estuviera cruzando un puente de madera destartado mecido por el viento. ¿Y la emperatriz...? Casi no se atrevía a pensarlo. La señora Yang, se recordó Di mientras acudía a la cita, era una simple ciudadana. No era miembro de la realeza. Y, como habitante de la ciudad, estaba bajo su jurisdicción.

Estaba bajo su jurisdicción, bajo su jurisdicción, se repitió a cada paso. Pero, para ser sinceros, ¿estaba aquella mujer, realmente, bajo la jurisdicción de alguien?

El magistrado tenía una prueba. Una prueba excelente. Si alguien se presentase ante él con una prueba semejante, sin duda iniciaría diligencias de inmediato. En primer lugar, estaba el interesantísimo descubrimiento realizado por el monje durante su visita a la casa de la señora Yang: ésta poseía un juego de cazuelas, platos y otros utensilios que guardaba separado de todo lo demás y cerrado con llave en un arca de la cocina. La señora Yang le dijo a Hsueh que eran los enseres utilizados para preparar la postrera cena de su difunto marido, los platos que habían contenido esa cena y los últimos palillos con los que se había llevado la comida a la boca. No podía permitir que los usara nadie más, había declarado la mujer.

Pero Hsueh aseguró a Di que había oído hablar de utensilios semejantes que, impregnados de veneno, mataban al desdichado que comía en aquellos platos o que tomaba guisos cocidos en sus pucheros. Sí, tales cosas no eran en absoluto inauditas en el lejano oeste. Él mismo, le aseguró a Di, conocía más de un caso. Y la señora Yang, desde luego, podía tener acceso a recursos tan exóticos.

Una prueba importante, pero no suficiente para acusarla de asesinato, sobre todo sin tener los propios platos. Hsueh se ofreció a entrar en la casa a escondidas, abrir la caja y llevar su contenido a Di, pero éste decidió que era demasiado arriesgado. Si la señora Yang sospechaba algo, se escabulliría de sus manos como un gato por una ventana y la perderían sin remedio.

Di se dijo que sólo iba a establecer contacto con aquel funcionario e intentó tranquilizar su pulso acelerado. No se disponía a hacer nada precipitado o arriesgado. Sólo iban a hablar, eso era todo. Iba a tantear el terreno, de forma discreta y sensata.

¿Y la emperatriz? La pregunta surgió de nuevo, insistente, y de nuevo la apartó de su cabeza. No estaba en absoluto preparado, todavía, para darle vueltas. Sin embargo, se formaron en su mente unas imágenes inquietantes: una recién nacida, muerta en su cuna. Movié la cabeza en un vano intento de apartar aquellas imágenes, como una mujer sacudiría el polvo y los pelos de una alfombra vieja. Una recién nacida, muerta en su cuna.

No, se dijo por enésima vez. Sencillamente, era imposible.

—Lo siento mucho, magistrado Di —murmuró el escribiente de ojos acuosos—. Ignoro adonde ha ido el consejero de la Censura.

—Ayer me dijiste que estaba enfermo —murmuró Di con impaciencia cuidadosamente medida—. Me indicaste que volviera hoy. ¿Todavía se encuentra mal? ¿No ha dejado ningún mensaje para mí?

—Lo ignoro —dijo el hombre, encogiéndose de hombros.

—Entonces, tal vez vaya a su casa. ¿Dónde vive?

—No está en su casa, magistrado.

—No está en su casa, no está en su despacho... ¿Dónde se ha metido, pues?

—Ha salido de viaje.

—¡De viaje! ¡Teníamos una cita! ¡Ayer estaba enfermo y hoy se marcha de viaje! ¿A dónde? ¿A dónde ha ido?

—A visitar a su anciana madre, magistrado. Es todo lo que sé.

—¿Dónde? ¿En esta ciudad? ¿En otra?

—No lo sé, señoría.

—Su anciana madre... ¿vive aún o ya está muerta? —preguntó Di.

—Señoría... —El escribiente estaba desconcertado.

—No importa —dijo el magistrado, y se dispuso a marcharse—. Si ves al consejero, me gustaría que le hicieras una pregunta de mi parte.

—Por supuesto, magistrado —dijo el funcionario.

—Pregúntale si *él* está vivo o muerto —murmuró y abandonó el despacho.

Dio otro tirón a la puerta, sin creer todavía en lo que tan evidente era para sus sentidos: estaba cerrada. Y el despacho contiguo, que ocupaba otro alto funcionario confuciano, estaba silencioso y quieto como una tumba. Levantó la cabeza para abarcar en toda su altura la recia puerta de madera tallada y experimentó un momentáneo impulso infantil de aporrearla y darle puntapiés. Adelante, hazlo, parecían desafiarlo, burlones, los paneles adornados y majestuosos. Nosotros no sentiremos nada pero, para ti, será muy doloroso.

Bien, se dijo el magistrado mientras ascendía fatigosamente los peldaños hasta sus aposentos, siempre había sabido que era lento y torpe de entendederas, pero al final conseguía aprender. Había puertas que ni siquiera el mago sería capaz de abrir.

Se había dado de bruces contra cuatro de ellas hasta entender finalmente que no había en la ciudad de Luoyang un solo funcionario que quisiera escuchar sus sórdidos asuntos.

La mera mención del nombre de la señora Yang había viajado como una vibración a lo largo de un hilo de araña y todos los funcionarios se habían esfumado. Era evidente que se había extendido entre ellos la consigna de no dejarse atrapar por

el magistrado Di. Lo rehuían como a un mendigo costroso que divaga en una esquina con sus harapos pestilentes.

Sentado bajo la agradable luz de la lámpara con el pincel preparado, pensó en el último funcionario al que había intentado ver. Di llegó incluso a entrar en el despacho, pero cuando se aprestaba a hablar el tipejo lo había interrumpido con suma cortesía, diciendo que debía atender una llamada de la naturaleza y que regresaría en un segundo.

Cuando ya había transcurrido casi una hora sin que el hombre volviera, Di se levantó de su asiento y se marchó, sintiéndose absolutamente ridículo.



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Mis experiencias de los dos últimos días me han ilustrado sobre algunas cosas relativas a la naturaleza de la ley. Cosas que hasta hoy entendía sólo en abstracto, pero que ahora son tan reales como el suelo que piso: sin concurrencia, no hay derecho. Una ley puede estar escrita, puede constar en libros y códigos pero, si no tiene detrás la fuerza de muchas voluntades, no existe. Un concepto elemental, lo sé, pero cuyo sentido se me escapaba hasta hoy. El monje, al menos, me ha prometido su firme apoyo. No estoy completamente solo.

Mientras tanto, continúa llegando a la ciudad, sin descanso, un torrente de sutras hallados en las excavaciones de Tunhuang. Hoy, mientras caminaba por las calles, casi todas las conversaciones que llegaban a mis oídos trataban de la naturaleza del infierno y del paraíso. En cierto momento me detuve porque me golpeó la certeza de que el infierno y el paraíso no son dos lugares distintos, sino que están mezclados, entrelazados de forma inseparable, y que existen precisamente aquí y ahora, en este mundo.

Sólo podía haber sido la noticia de la gravedad de Kao-tsung tras su última afección lo que había provocado las pesadillas. Di había sentido crecer su inquietud durante los últimos días, desde la llegada de la carta de Hsueh Huai-i. ¿Por qué? ¿Qué importaba ya, a aquellas alturas, si el emperador estaba vivo o muerto? Pero Di conocía la respuesta: por muy débil e incapacitado que estuviera, Kao-tsung era un último vestigio —un símbolo, aunque sólo fuera ceremonial— de gobierno oficial confuciano.

Esta vez, Kao-tsung había sufrido una grave recaída. El día anterior, Hsueh le había escrito que el emperador quizá no se recuperase. El tibetano decía que, si bien la presencia de Wu le resultaba insoportable y se mantenía alejado de ella cada vez que visitaba a su madre, no podía evitar que llegaran a sus oídos los lamentos, los gritos y las quejas de la emperatriz.

Di consideró que, sin duda, la muerte de Ho-lan había sido demasiado para el emperador. La resistencia que pudiera quedarle en el cuerpo debía de haberse derrumbado junto con su voluntad y su espíritu. Era de admirar, había comentado en cierta ocasión a Di el anciano consejero Wu-chi, que el emperador hubiera sobrevivido tanto tiempo. En realidad, se había apresurado a añadir Di con su conocimiento de primera mano, era un milagro.

A Di le preocupaba la seguridad de Hsueh y dudaba de si había sido acertado permitirle que emprendiera aquella misión encubierta. Un par de semanas antes, el monje había entrado en la casa de la señora Yang y desde entonces vivía bajo su techo como solían hacer muchos «hombres santos», estudiosos y peregrinos. Era un invitado de honor, el gran «lama». Hsueh, encargado de actuar como consejero espiritual de la madre de la emperatriz, de aleccionar a su personal de cocina y de ayudar a la señora en sus planes de construcción de jardines y templos.

No había vuelto a ver al mago desde entonces, pero el hábil Hsueh mantenía bien informado al magistrado. Casi todos los días llegaban cartas llenas de detalles e informaciones fascinantes sobre la vida en la residencia de la madre de la emperatriz. ¿Y qué pensaban hacer con las pruebas que pudieran encontrar? Tampoco tenía respuesta para aquello, pero una cosa sí sabía: ahora, era incapaz de volverse atrás. No tenía alternativa. Simplemente, tenía que averiguar lo sucedido.

La noche anterior, Di había conseguido dormir, pero tuvo una noche desagradable y agitada, llena de sueños de incendios. En uno de ellos estaba en palacio, hablando con el emperador, mientras las llamas avanzaban sobre los suelos pulidos. Después, saltaba hacia la elevada cama, cuyas ropas empezaban a arder. Di tiraba ansiosamente de los brazos paralizados del monarca pero no conseguía mover al pobre hombre.

En aquel momento, había despertado. Sus pies se posaron en el frío suelo, y pidió

un té caliente al camarero de la hospedería.

Con el té llegó una nueva carta de Hsueh. Impaciente, rompió el lacre y leyó. Las últimas noticias eran realmente interesantes.

Kao-tsung, demasiado débil ahora como para ofrecer la menor resistencia a su esposa, había intentado abdicar... pero ella no se lo había permitido.

¿No se lo había permitido? ¿Que a un emperador no le permitía abdicar su esposa? Era extraordinario.

Una nueva mañana. Se llevó el tazón de té verde a los labios, casi escaldándose las yemas de los dedos. Sopló levemente sobre la superficie humeante, reflexionó sobre lo extraño de todo aquello y se preguntó qué novedades traería la siguiente carta del tibetano desde la mansión de la señora Yang.

Kao-tsung contempló al joven príncipe imperial Hung, que ya contaba quince años, sentado junto al lecho. Era un muchacho atractivo, se dijo; sí, un joven bien parecido, de hablar dulce y respetuoso. No se parecía en nada a él. Quizá la boca, un poco. Los ojos, en cambio, eran definitivamente los de su madre, oscuros y profundos, pero sin su... su intensidad.

El muchacho se inclinó hacia el emperador hasta mezclar su aliento con el de su doliente padre. Kao-tsung estaba seguro: la peculiar profundidad oscura de sus ojos no denotaba la locura de su madre, sino que reflejaba la vitalidad del joven. Un príncipe popular y de buenos sentimientos, pensó el emperador. Un joven querido por el pueblo por su naturaleza bondadosa y su amor filial.

—Padre... padre... —susurró el joven príncipe al tiempo que se inclinaba aún más hacia Kao-tsung, recostado entre almohadones—. Padre... no os esforcéis por hablar.

Debería intentarlo, pensó Kao-tsung, pero sólo conseguiría emitir sonidos guturales y babear. Era mejor no probarlo. ¿No veía el muchacho todas aquellas manos que le limpiaban la barbilla con las toallas perfumadas?

—Padre, sé que podéis oírme —continuó el joven príncipe—. Escuchad, pues, y respondedme con movimientos de cabeza. No tendréis inconveniente para eso, ¿verdad?

Con un gesto, Kao-tsung indicó que, en efecto, no lo tenía.

—Padre, tengo miedo de mi madre. —El muchacho susurró estas palabras con gran seriedad. Kao-tsung asintió otra vez—. Lamento mucho que estéis tan enfermo y rezo por vuestra recuperación. Pero tenéis que ayudarme en todo lo posible. Tenéis que ayudarme ahora, padre, a pesar de todo. —Hung hizo una pausa y movió la cabeza—. Vuestra enfermedad llega en mal momento, —añadió con una ligera sonrisa y un matiz humorístico en la voz. «A pesar de todo», pensó Kao-tsung e intentó devolverle la sonrisa.

»Porque voy a ser enviado al norte, al palacio de verano, para completar mi

educación —continuó el muchacho—. Partiré dentro de una semana. Así lo quiere mi madre... —Hizo una nueva pausa, como si reflexionara unos instantes, y se corrigió —: Así lo *ordena*. Tengo que profundizar el estudio de los clásicos con vuestro antiguo tutor. —Kao-tsung asintió; ésta había sido la tradición de su padre y de su abuelo—. Así pues, padre, no dispongo de mucho tiempo. Temo que mi madre recuerde cierto asunto del pasado y ordene la muerte de las dos doncellas.

Kao-tsung movió la cabeza y frunció el entrecejo en una expresión de desconcierto. Era cuanto podía hacer.

—Entonces, no recordáis lo sucedido, ¿verdad? Hace tanto tiempo y esas mujeres eran tan poco importantes que, sencillamente, todo el mundo se olvidó de ellas. Absolutamente todo el mundo, al parecer. La gente humilde, padre, parece capaz de escurrirse a través de los enredos de la vida. Esto que os cuento sucedió mucho antes de que yo naciera. —Hung debió de captar la perplejidad en los ojos de su padre—. Esas mujeres eran los infortunados restos de la destitución de la predecesora de mi madre; unas víctimas accidentales, que fueron encerradas y olvidadas. Os hablo de las doncellas del servicio personal de vuestra primera emperatriz —añadió Hung a modo de explicación—. Probablemente, os preguntaréis cómo ha llegado a mi conocimiento tal injusticia.

Kao-tsung movió la cabeza como si sintiera curiosidad por la respuesta. Pero el emperador no estaba preguntándose cómo había sucedido lo que le contaba su hijo. Demasiado bien lo sabía. Alguien que no podía continuar amordazando su conciencia —algún criado eunuco, un carcelero que les llevaba comida, tal vez otra sirvienta— había conseguido llevar el asunto a conocimiento del Joven príncipe, compasivo e inteligente.

—Fue hace más de un año, padre, pero no he tenido oportunidad, con mi madre tan cerca y... —Hung interrumpió su cuchicheo y permaneció callado unos instantes—. Luego vino lo de vuestra enfermedad y pareció que no habría nunca ocasión. Veréis —continuó y se inclinó de nuevo hacia su padre—, hay un eunuco, un criado del círculo íntimo de la familia imperial, que se ha ocupado del cuidado de esas mujeres durante todos estos años. Una de las mujeres estuvo muy enferma y él la ayudó haciendo acudir a un médico, pero, naturalmente, el criado temía por su vida...

¿Y quién no?, pensó Kao-tsung, pero no pudo sino asentir lentamente mientras miraba a su hijo sin parpadear.

—Esas mujeres han estado encarceladas todos estos años. Liberadlas antes de que mi madre recuerde su existencia. Dentro de cuatro días debo marcharme. Traeré a los carceleros imperiales ante vuestro lecho y prepararé vuestro sello. Si aún no estáis en condiciones de hablar, podréis confirmar el decreto imperial mostrando vuestro asentimiento, y yo actuaré de intermediario. Mis manos estamparán el sello. —Con aquella propuesta, al muchacho se le iluminaron los ojos de esperanza y también de

satisfacción por su ingenio frente a tantos obstáculos—. Y les daremos dinero y una escolta para que pongan tierra de por medio antes de que a mi madre se le ocurra volver a pensar en ellas. Mi madre ha estado muy ocupada, pero la intuición me dice que no tardará en recordarlas, pues la noticia de las visitas del médico habrá trascendido ya. Y pronto llegará a sus oídos, y entonces...

Kao-tsung asintió. El muchacho tenía razón; ella en realidad nunca olvidaba nada. Igual que los bibliotecarios imperiales que tenían archivados pergaminos que nadie tocaba en muchos años, Wu podía recurrir en cualquier momento a su archivo de recuerdos. Con ella, nunca se sabía. No se podía confiar en nada. Uno dejaba de esperar que todo saliera bien; sencillamente, abandonaba toda esperanza. Así, se ahorra la zozobra.

Kao-tsung esbozó una sonrisa al tiempo que Hung se levantaba de la silla y posaba una mano en su hombro. Aunque nadie salvo él podía saberlo, la sonrisa del emperador era de lástima por el muchacho. ¿Cómo habría podido explicarlo, aunque hubiese tenido voz? Qué firmeza de carácter, qué manera de entrometerse en los asuntos de su madre... aunque quizás... Era preciso actuar enseguida. No era necesario saber nada más. En cuanto a los carceleros, al médico y a los criados informantes, todos ellos serían despedidos y recibirían una pensión. Tal vez, entre los accesos de furia de Wu, la gente humilde pudiera, sencillamente, hundirse de nuevo en el anonimato.

Con la tercera carta de Hsueh en lo que iba de semana, la insistente preocupación que Di había intentado apartar de su cabeza por considerarla demasiado fantástica había crecido hasta convertirse en un mal presagio.

Las dos primeras cartas del tibetano relataban las súplicas del noble muchacho a su padre por la vida de las dos sirvientas y la posterior liberación de éstas, disfrazadas y al amparo de la noche. Hsueh no revelaba a Di cómo había tenido conocimiento de aquellos secretos; seguramente, por los canales habituales que difundían tales cosas: criados, alguien que pasaba por un corredor o que había pegado el oído a una pared, unas palabras sueltas de una conversación escuchada por azar... Pero se conocían muchos detalles, demasiados, y esto le resultaba muy inquietante al magistrado. Porque, fuera cual fuese la vía por la que habían llegado a oídos de Hsueh en casa de la señora Yang, era más que seguro que también habían llegado a los de la emperatriz.

En la tercera carta, el tibetano incluía el resumen de una proclama interna de palacio. Diversos signos meteorológicos, que se sumaban a la preocupación por el bienestar del príncipe Hung y a los problemas de la familia imperial con asesinatos ocultos entre los muros de la propia Ciudad Prohibida, hacían necesario enviar al príncipe y a su séquito al norte, al palacio de verano en la provincia de Hopei, cuatro días antes de lo proyectado y por una ruta distinta de la prevista inicialmente.

Di alzó la vista de la carta y apareció de nuevo en su mente la desagradable imagen de una recién nacida muerta en la cuna.

Cuando recibió la quinta carta de Hsueh, el hijo del emperador y su séquito ya habían emprendido la marcha con las bendiciones de Wu y de la señora Yang. Y el cielo encapotado y plomizo, que llevaba semanas amenazando lluvia pero se negaba obstinadamente a descargarla, contribuía a incrementar la ansiedad del magistrado. El oscuro temor que invadía a Di creció hasta que le pareció tan palpable como el manto de humo que se extendía en el viciado aire estival de Luoyang hasta el blanco edificio de los tribunales, de paredes desconchadas, situado al sur del mercado central de la ciudad.

Kao-tsung se incorporó hasta quedar sentado en el lecho de su sala del trono menor, donde aguardaba aquella mañana al visitante especial que le había pedido audiencia. Iba ataviado con elegantes vestiduras oficiales y las ropas de cama habían sido dispuestas a su alrededor de modo que disimularan su aspecto pálido y demacrado. El brillo del sol matutino le hizo parpadear. Había decidido volver a ser el emperador, aunque sólo fuera durante unas horas, pero se daba cuenta dolorosamente de su aspecto arruinado y desvalido bajo la luz inmisericorde. Un calor desagradable inundaba la parte izquierda de su rostro, el costado que aún se arrastraba detrás del otro.

—Las cortinas —susurró al criado que permanecía a su lado, muy atento. Este masculló unas secas órdenes y los otros criados se dispersaron a toda prisa por la estancia de alto techo cerrando postigos y bajando a medias las cortinas para amortiguar el resplandor implacable. Mejor así; pero no he ganado mucho, se dijo Kao-tsung. Notó que el lado bueno de su rostro se contraía en una mueca de insatisfacción.

—¿Desplazamos la cama, majestad? —preguntó el criado, solícito.

—Sí. Ahí —susurró él. Acompañó su respuesta de una débil indicación con la nariz, señalando un punto en el otro extremo de la estancia.

—Pero... los biombos, majestad. Están en medio del paso. Son muy pesados y están fijados al suelo.

—Quitadlos —respondió. Todos se apresuraron a obedecer, aunque Kao-tsung creyó captar cierta sorpresa: no estaban acostumbrados a que su emperador les diera órdenes.

A decir verdad, no estaban habituados a escuchar su voz. Y tampoco él. Le había vuelto de improviso un par de días antes, surgiendo de su garganta ronca y áspera, la tarde que había recibido aquella noticia como una patada en la entrepierna.

Y aquella mañana se disponía a recibir a un visitante. Un visitante de importancia cuya petición de audiencia lo había movido a luchar por sobreponerse a la enfermedad y a la pena.

Estaba impaciente por ver al audaz magistrado de Yangchou que había solicitado ser recibido por el doliente emperador. Wu se había marchado a pasar unos días en casa de su madre, donde podría llorar en paz y en soledad, había asegurado. Y entonces había sucedido algo extraordinario: tan pronto dejó el palacio, llegó la petición del magistrado. Kao-tsung estaba asombrado: Era como si, de algún modo, hubiese sabido que la emperatriz iba a ausentarse.

El día que recobró la voz —con un lamento de dolor que los había sorprendido a él y a quienes lo rodeaban— había sido la fecha aciaga en que supo el precio que su hijo había pagado por su valor y su compasión. El cortejo, según se dijo, se dirigió al palacio de Hopei por una ruta no anunciada. A pesar de viajar en un carruaje cerrado, rodeado por una escuadra de élite de lanceros y arqueros, el príncipe Hung fue alcanzado por una flecha asesina que, no se sabía cómo, atravesó el carruaje y la cabeza del joven, de sien a sien. El mensajero más experimentado, a lomos del caballo más veloz, llevó la noticia a la ciudad rápidamente. Cuando llegó a Kao-tsung, unos tres días después, éste había presentido ya la proximidad de un anuncio aciago, pues esa mañana se había despertado con la frente bañada de un sudor húmedo y frío, tras un sueño en el que oía el ruido de cascos al galope.

—Augusto Padre, si lo permitís, quizá vuestro humilde siervo pueda ayudaros a descubrir la naturaleza de esta calamidad que se ha abatido sobre la familia imperial.

Di presentó su petición formal en voz baja, con los ojos entrecerrados para que no le deslumbrara el sol matinal que se filtraba entre las cortinas. Bajo la luz, las doradas ropas imperiales de Kao-tsung resplandecían y añadían una palidez sobrenatural a su ya enfermiza tez. La última vez que Di viera al emperador había sido a la luz de unas velas. No había nada tan inclemente como la luz del día, se dijo el magistrado. Los estragos de una vida con la emperatriz eran evidentes en el rostro de Kao-tsung.

—No sé cuánto tiempo puede llevarme descubrir al traidor infiltrado en el séquito del príncipe. Augusto Padre, pero es posible conseguirlo. —Di hizo una pausa—. Sobre todo, si no dejamos que pase más tiempo. No debemos retrasarnos. El tiempo es nuestro peor enemigo —insistió. Hizo un esfuerzo para dominar el creciente tono de urgencia de su voz.

—En todas las cosas —susurró Kao-tsung.

—En todas las cosas, sí. Y, sin duda, en ciertas investigaciones, Augusto Padre —dijo Di. Y los dos sabían adonde podían conducir las investigaciones en último término, añadió para sí. Pero mantendrían las formas en aquel juego delicado de insinuaciones y rodeos.

—¿Qué es lo que quieres, investigador Di? —articuló con esfuerzo el emperador. Di se inclinó hacia delante para oír mejor al enfermo—. Ya no estoy en disposición de ofrecer mucho.

—Tal vez pudiéramos empezar a remediar tal situación —apuntó Di, temiendo

que sus palabras sonaran a promesa vacía.

El emperador movió la cabeza en un cansado gesto de negativa.

—Cualquier investigación será paralizada. Morirá antes de florecer. —Se encogió de hombros—. No hay órgano de gobierno que la pueda respaldar. No hay órgano de gobierno *sano* —se corrigió.

—Ésta es una de las razones por las que estoy aquí. Augusto Padre —aseguró Di. Bajó la voz y recorrió con la mirada la gran sala vacía—. Deseo contribuir a restablecer ese cuerpo de gobierno, ese órgano sano al que os referís.

El emperador miró a Di con ojos débiles e incrédulos, como si el magistrado hubiera sugerido invitar a los dioses a bajar de los cielos. —El Consejo, Augusto Padre. El Consejo de los Seis— susurró Di en una voz tan baja como la del emperador.

Sus palabras causaron una profunda reacción en Kao-tsung: sus ojos se desorbitaron y las aletas de la nariz vibraron como si aspirara una fragancia maravillosa. Un débil soplo escapó entre sus dientes.

—¿Puedes hacer tal cosa? —preguntó.

—Creo que quizá pueda. Con vuestra ayuda.

—¿Seis hombres buenos...? —empezó a preguntar Kao-tsung; después, sacudió la cabeza de nuevo—. No los encontrarás.

—He hablado con muchos —respondió Di, pero se detuvo. No era una contestación lo bastante rotunda y volvió a formularla—: He escuchado los crecientes murmullos. Creo que, con vuestro apoyo, podría conducir ese descontento.

—Descontento... —murmuró Kao-tsung—. Nada nuevo. Pero el miedo es otra cosa.

—Sí, Augusto Padre, pero creo sinceramente que ahora hay algunos dispuestos a responder a la llamada después de tantos años. Y esos pocos serán el principio —añadió Di con vehemencia—. Cuando sepan que cuentan con vuestro respaldo, otros los seguirán.

—¿Y tú? —Kao-tsung alzó la mirada al rostro del magistrado.

—Nunca mandaré a un hombre a un lugar al que yo no estuviera dispuesto a ir primero. Estoy preparado para asumir el vulnerable cargo de presidente del Consejo reformado. Si vos me consideráis merecedor del mismo. —Tras estas palabras, Di se sintió aturdido y el aire le pareció enrarecido—. Debo ser sincero, Augusto Padre. Existe mucho miedo entre los funcionarios con los que he hablado. Mucho miedo, como bien decís. Pero creo que, entre los dos, podríamos hacer que lo vencieran.

Por un instante, el magistrado se preguntó si el emperador habría oído lo que acababa de decir. Su expresión se había vuelto sombría y remota y su mirada estaba a muchas leguas de distancia. Di lo observó con inquietud, temiendo que su mente se hubiera ausentado y ya no regresara.

—¿Pensaréis en ello? —preguntó, inquieto, al tiempo que buscaba algún asomo de respuesta en su mirada.

La distancia desapareció lentamente de los ojos del emperador como una fina corteza de hielo en un charco. Kao-tsung asintió despacio, hundió la barbilla en el pecho y suspiró profundamente antes de levantar la cabeza. Con torpe movimiento de un dedo, indicó a Di que se acercara. Se produjo un largo silencio mientras ambos hombres se estudiaban. Por fin, el emperador habló con una voz casi inaudible.

—Estudiaré tu petición. De una investigación sobre la muerte del príncipe. Y también tu propuesta de restablecimiento del Consejo de mi padre. —Se detuvo. El esfuerzo de pronunciar tantas palabras seguidas lo hacía jadear como si hubiera subido un tramo de escaleras—. Pero... —Una nueva pausa—. Debo advertirte de la verdadera naturaleza de mi enfermedad... —Di contuvo el aliento—. Sería un crimen contra el hombre que el Hijo del Cielo se preocupase y no hiciera nada. Pero... —El emperador movió la cabeza, apenado—. Pero me temo que esto es muchísimo peor, investigador. Mi enfermedad es un crimen contra el propio cielo. Porque ni siquiera me preocupa.

Esa noche, en su cuarto de invitado de palacio. Di no se atrevió a descansar la cabeza en la almohada. Esperó a que llegara la mañana y la respuesta del emperador.

Al amanecer, los asistentes llevaron a la habitación té, frutas y pastas. También le entregaron un sobre con el sello imperial de Kao-tsung y de la Casa de los T'ang de Li. Mientras uno de los criados aguardaba, Di abrió la misiva. Era concisa y clara:

Al estimado magistrado Di Jen-chieh:

La familia imperial aprecia tu preocupación en estos momentos de profunda y dolorosa tragedia, pero te informa por la presente de que no habrá más investigaciones de la muerte repentina y misteriosa del príncipe Hung camino de Hopei. El departamento de Seguridad Interna de palacio, la Guardia Palaciega Yu-lin, seguirá llevando todas las pesquisas de forma concienzuda e imparcial. Por otra parte, cualquier futuro intento de restablecer los órganos de gobierno imperial disueltos sería considerado un gesto herético que indicaría falta de confianza en la organización imperial y poner en tela de juicio la credibilidad del Hijo del Cielo. Tal gesto, por tanto, sería considerado un intento de traición y, como bien sabrás, la traición se castiga con la muerte.

Se escuchó un revuelo de cuero y metal. Cuatro hombres con la armadura de la Guardia Yu-lin y adornados con los símbolos imperiales hicieron acto de presencia.

La escolta de Di. Tras ellos, unos portadores traían un palanquín. Di se llenó los bolsillos con frutas y un par de bollos y tomó a toda prisa unos sorbos de té demasiado caliente que le abrasaron las entrañas. Con un gesto rechazó la silla que aguardaba para llevarlo hasta su carruaje. Prefería cruzar las inhóspitas terrazas por su propio pie. Los guardias rodearon al honorable magistrado y todos abandonaron los aposentos.

Mientras descendía la escalera de caracol con los cuatro pares de recios pies resonando delante y detrás de él, Di se asombró de dejar el palacio aún con vida. ¿Cómo se había enterado la mujer? Llevaba dos días fuera, pero se había enterado de todo: de la visita de Di y de la propuesta hecha en una estancia en la que sólo había dos personas.

Cuando salieron a la pálida luz del sol invernal, Di aspiró el aire profunda y agradecidamente y montó en el carruaje que lo esperaba.

Carta de Hsueh:

Maese Di, he sabido que el gran magistrado de Yangchou fue huésped de palacio en fechas muy recientes y que pidió audiencia al Hijo del Cielo. Ignoro los detalles, pero confío en que me los revelará cuando volvamos a compartir unas copas de vino.

Tengo noticias de hechos de palacio posteriores a su partida que quizá no hayan llegado aún a sus oídos. Pero no voy a hablarle de ello todavía. Discúlpeme por mostrarme tan misterioso, pero le pondré al corriente mañana mismo. Reúnase conmigo en el lugar donde hablamos por primera vez. Preséntese entre el final de la hora de la liebre y la entrada de la hora del dragón. Hasta entonces, magistrado, y lleve cuidado.

Lleve cuidado. Las palabras se repitieron susurrantes en su mente mientras cruzaba con paso rápido la plaza del mercado. La ciudad aún no había despertado del todo y el cielo aún era rosa y frío. Hacía ya tres semanas que Di no veía a su colega. Se preguntó por qué Hsueh habría escogido aquellas palabras; luego, se dijo que eran una mera fórmula de despedida y que no debía buscarle más significados.

¡Llevar cuidado! El mundo era ciertamente un lugar muy peligroso, reflexionó. Uno estaba expuesto a la destrucción desde el instante en que nacía. Una broma cruel incorporada en nuestra naturaleza, como las palancas de la clepsidra que, indefectiblemente, hacen que el mecanismo describa un círculo completo. Y ante tal hecho inevitable, para consolarse y dar sentido a su existencia, los hombres buscaban la seguridad última, la salvación, la liberación del ciclo de sufrimiento y muerte que

es este mundo. Pero ni siquiera en el tema de la salvación podían los hombres ponerse de acuerdo y se dividían en muy dispares escuelas de pensamiento. Desde su asociación con Hsueh, Di tenía muy presentes aquellos temas, y lo que había aprendido del monje era un fuerte estímulo intelectual.

La escuela más antigua del pensamiento budista, el Hinayana, afirmaba que la salvación era una joya muy rara y sumamente escurridiza, reservada a unos pocos. Sólo se alcanzaba a través de la constante y rigurosa aplicación de conocimientos y disciplinas de naturaleza muy esotérica. Esta salvación no esperaba con los brazos abiertos al hombre corriente, sencillo pero perseverante, al sufriente común que avanzaba dando tumbos por este mundo lóbrego y hostil, reflexionó Di. Y no era coincidencia que el Hinayana fuera la forma de budismo más habitual entre los aristócratas de la sociedad terrenal. Como siempre, tales gentes preferían no tener que mezclarse con la plebe. La señora Yang era un ejemplo perfecto de ello.

Pero en el centro de las escuelas de pensamiento budista más populares, como el Mahayana, había un concepto mucho más atractivo: la salvación estaba al alcance de casi todos, no sólo de la élite. Era una fe pública, llena de bodhisattvas, seres que ya habían alcanzado la iluminación y podían, si así lo querían, abandonar la tierra para siempre y disfrutar de la dicha eterna del Paraíso Occidental, el reino del Buda Amitabha. En lugar de ello, estos seres esclarecidos escogían quedarse y recorrer este mundo triste y miserable tratando de ayudar a conseguir la salvación incluso al más humilde de sus congéneres.

Mientras atravesaba el animado mercado con sus olores y sus ruidos, Di intentó imaginar qué se sentiría siendo uno de aquellos seres iluminados que renunciaban voluntariamente a un mundo de perfección para vagar entre la enfermedad y dolor de este mundo como un marinero por unas costas hostiles y primitivas.

Este mundo ruidoso, sucio, bullicioso y complicado, pensó mientras cruzaba la agitada plaza central del mercado. En sus años de magistrado, Di había visto prácticamente todas las manifestaciones posibles de estupidez, crueldad y fealdad humanas.

Dado el estado de cosas, casi era posible creer en la Era de la Ley de la Degeneración Final de los budistas, en la que se suponía que se encontraba el mundo en estos tiempos, a la espera de la profetizada llegada de Maitreya, el Buda futuro. Una época tan alejada del momento de la muerte del Buda que sus enseñanzas se habían descompuesto, deteriorado, habían sufrido el inevitable desgaste del paso del tiempo; una época en que la forma y la materia, llenas de un vigor y una vitalidad engañosos y decadentes, conducía inevitablemente a un mal final.

¿Pero qué le parecería a él, al magistrado Di, un mundo libre de tentaciones, de corrupción, de deseo, de sufrimiento, de amor y de odio, de mujeres, de vejez, nacimiento, muerte y todo lo demás? Le sonaba a un mundo desprovisto de retos.

Reflexionó profundamente sobre ello. Sin la imperfección y la calidad de incompleto, sin la inevitabilidad de la muerte, sin un tiempo acotado de existencia como horizonte para el hombre, sin el dolor, ¿cómo tendría sentido la vida y todas sus acciones?

La salvación. Para los ricos y felices significaba más gloria y exaltación. Para los pobres y los trabajadores, la liberación del sufrimiento en la otra vida y la ayuda en ésta. Un espejismo, un mito. Era un mito muy comercial aquella salvación adquirible. Pero muy poco convincente para él. Cuando entraba en el último callejón camino de la tetería, notó la solidez de las losas rotas y desiguales del pavimento bajo sus pies. Al hacerlo, algo dentro de él le susurró que aquél era el único mundo que habría jamás.

Y había más que suficiente, pensó.

El jardín de té ya estaba concurrido a primera hora de la mañana. Los que trabajaban en las tiendas del mercado desde antes del alba ya llevaban allí un buen rato. Di prefería el anonimato de la gente, el ruido y el bullicio. Tuvo que acercarse al oído al tibetano para captar todas sus palabras.

—Magistrado, ustedes, los chinos, hablan de las bendiciones del cielo —apuntó Hsueh.

—*Nosotros*, los chinos —lo corrigió Di, recordando a su interlocutor que ya era tan chino como él—, también decimos que el cielo trae su contrario.

—Entonces, es ese contrario a lo que me refiero cuando hablo de ella.

—¿La madre o la hija, Hsueh?

—Ya no veo diferencias entre ellas. Sólo son dos rostros de la misma entidad. —Permaneció sentado en actitud pensativa—. Dos rostros de Chamunda, la diosa aniquiladora. Una visión de la muerte y la destrucción en las tradiciones budista y tántrica tibetana. Pero los rostros de sus víctimas siempre aparecen serenos.

Di enarcó las cejas en una mueca de interrogación.

—Sí, magistrado, serenos. Muchas veces, la diosa aparece representada en esculturas o pinturas arrancándoles los brazos o las piernas y devorando sus entrañas, con la barbilla embadurnada en sangre y las tripas colgando de su boca. Pero los artistas siempre se esmeran en dar la expresión más plácida y beatífica a los rostros de las víctimas. A veces, hasta sonrían. Sólo la diosa diabólica parece experimentar algún tipo de angustia.

—Serenos y apacibles —murmuró Di.

—Según parece, porque la idea de morir a manos de la diosa es una liberación. —Hsueh bajó la mirada a su taza de té como si reuniera fuerzas—. Le dije que tenía noticias.

Di esperó. El monje levantó los ojos.

—Kao-tsung ha nombrado regente en funciones a la emperatriz.

—¡Regente en funciones! —exclamó Di por lo bajo, incrédulo.

—Sí. En adelante, será ella quien presida la audiencia matinal en su lugar.

—Entonces, el gobierno está en sus manos —murmuró Di—. ¿Cuánto calcula usted que durará Kao-tsung, ahora? El emperador puede darse por muerto...

Hsueh asintió. Se llevó el tazón de té a los labios, hizo una pausa y lo levantó por encima de su cabeza.

—Por Chamunda —brindó antes de beber.

19 Año 669, otoño Luoyang

—No es idóneo, señora.

—Tiene que serlo. ¡Compruébalo otra vez! —exigió la señora Yang.

—Sí, hazlo. Vuelve a medir la cabeza del muchacho.

—Como vos digáis, mi divina emperatriz. Pero estoy seguro de los resultados. No puedo... —El hombre movió la cabeza con irritación y dejó la frase a medias.

—Utiliza esto. —Wu indicó los extraños calibradores de brazos curvos depositados en la mesilla baja—. Mídelo con esto.

—Sí, *nagaspa*, emplea los calibradores. Hazlo otra vez. No has marcado correctamente el ápice de la frente.

La señora Yang presionó enérgicamente el cráneo del príncipe con el dedo. El muchacho, que acababa de cumplir los dieciséis años, apartó la mano de la mujer con gesto irritado. La señora Yang hizo caso omiso de su resistencia.

—La frente no empieza ahí, *nagaspa*. ¡Es aquí! ¡Aquí! —Volvió a presionar la cabeza de Hsien, esta vez en un punto distinto, con tal fuerza que el príncipe se encogió, atemorizado—. ¡Es aquí donde empieza la frente! —insistió ella—. ¡No aquí!

Descargó un nuevo golpe en el cráneo del muchacho con la yema del dedo para dar más énfasis a sus palabras, al tiempo que dedicaba una mirada de reprobación al amante de Wu, aquel indio musculoso y de corta estatura.

—Madre —dijo la emperatriz—, ten cuidado con el muchacho. Le estás haciendo daño.

—Tonterías —replicó la señora Yang—. Tu *nagaspa* es un fraude. Eso no es la frente; es la línea del cuero cabelludo. El muchacho tiene un cabello tan tupido... —La mujer agarró un mechón y tiró de él.

—Esta vez fijaos bien, señora —dijo el *nagaspa* con impaciencia mal disimulada mientras manipulaba el extraño artilugio de medición sobre la frente del joven príncipe imperial—. Coloco este extremo de los calibradores donde vos indicáis. Ya lo veis... aquí... y aquí... y...

—hizo girar el brazo libre del artilugio hasta un punto entre los ojos del muchacho, justo sobre el puente de la nariz —aquí— terminó con aire pomposo.

A continuación, el indio procedió a interpretar las marcas del pequeño instrumento de geomántico:

—*Ben... Bing... Li... I...* Ahí lo tenéis, señora. Las dimensiones, como ya os he dicho, no son las idóneas. El príncipe Hsien tiene unas medidas inadecuadas. En absoluto parecidas a las de su desdichado hermano, el difunto príncipe Hung.

—Pero tus números no predijeron la infortunada muerte de éste —dijo la señora Yang con desdén—. ¿Y esperas que ahora creamos en tus mediciones, *nagaspa*?

—Es cierto —asintió Wu—. Tus números no decían nada, monje.

—El príncipe Hung tuvo una muerte desgraciada e impredecible. Una muerte ajena a los parámetros de los méritos y las causas. Por eso no aparecía en los cálculos —replicó el *nagaspa* con aire ofendido. Hizo una pausa y miró a la señora Yang con una falsa expresión dolida—. Además, lo cierto es que detecté cierta irregularidad en él, pero tan leve que no consideré necesario mencionar el hecho. En cualquier caso, los números del muchacho no mienten, señora. —El *nagaspa* volvió la mirada a la emperatriz en busca de apoyo, pero Wu se encogió de hombros. El indio continuó—: El príncipe Hsien no es idóneo para gobernar. Os he mostrado que la forma de la cabeza, los planos del rostro y, ahora, las mediciones no hacen sino corroborar que no es apto para el puesto. Jamás estará en condiciones de llevar las divinas riendas del gobierno terrenal.

Mientras realizaba esta declaración, sus dedos continuaron explorando el territorio de la cabeza del príncipe a través del pelo.

En aquel instante, la mano del muchacho se alzó bruscamente, agarró al *nagaspa* por la muñeca, recia y musculosa, y le retorció el brazo.

—Ya estoy harto de tu palabrería, monje —masculló el príncipe—. ¡Aparta esas manos detestables de mi cabeza!

—Me hacéis daño, príncipe. Os dejáis llevar demasiado por ese mal genio vuestro... —respondió el *nagaspa* con tacto, al tiempo que se desasía de un enérgico tirón.

—Ya tengo bastante de tanta pomposidad y tontería —dijo el muchacho a las mujeres.

—Y yo también tengo suficiente de su insolencia infantil ante mis irrefutables verdades. No es apto para gobernar —replicó el *nagaspa* con seca vehemencia—. Demasiadas francachelas con las doncellas del servicio. Demasiadas expediciones a los prostíbulos de la ciudad. El muchacho tiene muy poca disciplina y demasiada libertad. Si os interesa mi opinión...

—¿A quién puede interesar o importar algo de tan poco valor, charlatán? —soltó el príncipe.

Wu pensó con orgullo que Hsien era el espejo perfecto de su madre. Aquella sesión con los calibradores había sido idea de la emperatriz, un regalo de aniversario para el muchacho, pero estaba resultando muy distinta del entretenido pasatiempo, del juego de salón que todos habían esperado. Era evidente que el *nagaspa* se había decidido a hacer un movimiento atrevido para recuperar preeminencia, para reafirmarse ante los ojos de Wu. Qué aburrido, pensaba ella. Todos terminaban por hacerse aburridos.

—¡Silencio! ¡Callaos los dos! —exclamó la señora Yang, y su mirada taladró alternativamente al *nagaspa* y al príncipe.

—Como decía, señora, en mi opinión, el muchacho... —intentó continuar el *nagaspa*, sin hacer el menor esfuerzo por disimular la creciente cólera que trasmitía su voz.

—¡Calla, monje! Aquí, tu opinión no le importa a nadie. Tú no cuentas para nada —intervino la emperatriz—. Lo único que es irrefutable es tu boca.

—No he oído ese comentario descortés, mi divina emperatriz. —El *nagaspa* se cubrió las orejas y sacudió la cabeza—. Simplemente, haré como si no se hubiera producido —continuó con una terquedad arrogante que a Wu, últimamente, empezaba a resultarle insoportable—. Os decía que el muchacho expulsa sus fuerzas vitales sin la menor preocupación por su equilibrio interior. Mal puede compararse con su ejemplar hermano, el ilustrado príncipe Hung. Los rumores sobre los dudosos contactos del joven príncipe Hsien fuera de los muros de palacio, en la ciudad plebeya, han tenido un eco considerable. —La indignación y la santurronería farisaica pugnaron por imponerse en la voz del *nagaspa*.— Los rumores vuelan...

Wu lo interrumpió con una risotada.

—¿Y a quién le importa lo que diga o piense la chusma, monje?

La señora Yang oía el diálogo con expresión de hastío. Wu se acercó a su hijo adoptando una actitud maternal y solícita, y desplazó al *nagaspa*, que se trasladó al extremo opuesto de la mesa y empezó a guardar su instrumental en la bolsa con movimientos bruscos.

—Todos nos sentiremos mejor cuando hayamos tenido tiempo de relajarnos y de reflexionar sobre...

—¡Silencio, monje! —exclamaron Wu y Hsien al unísono. Luego se miraron y se echaron a reír.

—Empieza tu danza de mago y esfúmate de mi vista —dijo el príncipe, agitando la mano hacia el furioso *nagaspa*, que cerró su bolsa con gesto enérgico y abandonó la estancia.

El príncipe Hsien tenía una memoria extraordinaria. Podía revivir con todo detalle el día de la coronación de su madre y recordaba claramente a su ama de cría conduciéndolo de la mano por la amplia escalinata que ascendía hasta el trono. La imagen era nítida e inmediata, acompañada de todas las sensaciones concomitantes: olores, texturas... Incluso recordaba su torpeza al subir los peldaños con sus cortas piernecitas. Y aún tenía muy presente a su madre con la cabeza inclinada, el brillo de sus cabellos, y también el peso de la corona, fría y engastada de piedras preciosas, en sus manitas.

Tener unos recuerdos tan vivos de todas las cosas era, sin duda, una maldición. Su memoria era capaz de evocar el olor del elefante procesional de la coronación y la fragancia de las flores como si se difundieran por la estancia en aquel momento. Y, pese a que entonces contaba apenas un par de añitos, el príncipe recordaba haber

pensado que algo iba mal. Se había sentido ridículo. Era un chiquillo que apenas hablaba pero, de algún modo, se había sentido ridículo participando en una de las actuaciones teatrales de su madre, mucho antes de estar en disposición de comprender hasta qué punto era absurda.

Y había otras cosas que recordaba con perfecta claridad de sus primeros años; por ejemplo, el modo en que las estentóreas carcajadas de su madre podían metamorfosearse en alaridos de dolor. Y también a la inversa, con la misma facilidad. Cuando era muy pequeño, solía observarla mientras sometía a su padre a aquellos zarandeos emocionales, llevando al pobre de acá para allá, y el muchacho sabía que eran aquellas maniobras de su madre lo que había provocado los ataques del emperador y su terrible deterioro. En numerosas ocasiones la había visto hacer reír o llorar a su indefenso padre con tal intensidad que al príncipe le resultaba insoportable. Hsien recordaba que, de pequeño, estaba convencido de que a su pobre padre le estallaría la cabeza como un odre demasiado lleno. Era un temor tan real que, a veces, se acurrucaba en un rincón para protegerse cuando Kao-tsung pasaba cerca de él.

¿No era la emperatriz, con su absoluta falta de conciencia, como el hombre que nace sin vista, sin brazos o sin piernas? ¿Se debía aquella carencia a un olvido de la naturaleza, a un cruel defecto de nacimiento? ¿O se trataba de algo que había arraigado y crecido dentro de su alma? No sabía qué responder. Al entrar en la adolescencia, incapaces de hacer nada, Hsien y su hermano fueron testigos de cómo su madre y su abuela eliminaban a tías y primos y otros parientes sin inmutarse. Y lo más terrible era que ni la madre ni la abuela llegaron a conocer a ninguna de sus víctimas. Estas ni siquiera les interesaban lo suficiente como para conocerlas personalmente o para odiarlas. Hsien lo había visto todo. Presenció todos los engañosos pavoneos de su madre y su abuela, todos los gestos de complacencia consigo mismas, los bufidos de indignación, las lágrimas fingidas que brotaban de sus ojos. Y sabía, en lo más profundo de sí, que la razón de que comprendiera tan bien a su madre era que no había nadie que se pareciera más a ella. Todo el mundo decía siempre que él era el auténtico hijo de su madre, su heredero, y Hsien sabía que era verdad.

Y, ahora, era su hermano quien había muerto. ¿Una emboscada en el trayecto al palacio de verano? Lo dudaba muchísimo. Poco después de la muerte de su hermano, Hsien oyó al magistrado Di Jen-chieh, el famoso cazador de budistas, conversar con su padre. El muchacho se había ocultado tras la puerta; los eunucos no dijeron nada porque les advirtió que guardaran el secreto. Estaba intentando ayudar a su padre, les confió. Los criados también estaban de parte del pobre emperador, pues habían sido testigos de la tiranía de Wu durante muchos años.

Su padre hablaba tan bajo y el magistrado se inclinaba tanto hacia el oído del emperador en sus cuchicheos que Hsien apenas alcanzaba a descifrar lo que decían.

Se perdió algunas palabras, pero captó lo suficiente para comprender que, con la protección que ofrecía el séquito de su hermano, la eventualidad de una emboscada era prácticamente imposible. Y, desde luego, no se trataba de ningún golpe palaciego porque Hung no era una amenaza para nadie. Hung no tenía enemigos ni poder; nunca había sido el hijo escogido. Había muerto, simplemente, porque se había atrevido a intentar enderezar un mal cometido hacía mucho tiempo y liberar a dos infelices sirvientas olvidadas.

Y lo peor era que, si bien había mostrado indiferencia hacia sus otras víctimas, Wu quiso de verdad a Hung. Lo llenó de atenciones y había mostrado siempre un gran interés por su educación, alabando sus aptitudes y buscando los mejores tutores para él. Sí, su madre quería a Hung. Hsien estaba seguro de que el sentimiento era auténtico, igual que lo había sido su amor a Kao-tsung. Era esto lo que hacía de su muerte un crimen tan espantoso: igual que su risa podía convertirse en alaridos de dolor, su amor, con toda su intensidad, podía convertirse en... ¿en qué? El príncipe no encontró palabras.

Por eso lo había recorrido un escalofrío al constatar que el afecto que le demostraba a él también era auténtico. ¡Con qué rapidez lo había respaldado frente a su amante, aquel santón del norte de la India, su estúpido *nagaspa*, bailarín y medidor de cabezas! Hsien odiaba y despreciaba al «monje» mucho más que a cualquier otro de la colección de charlatanes místicos del oeste. Aquel musculoso *nagaspa* no era más que un adulator saltarín, engreído, entrometido, pretencioso y, con arreglo a las circunstancias, arrogante o lisonjero. Esperaba que su madre se hubiera hartado por fin del tipejo. Él, desde luego, sí.

Una mañana temprano, al final de la hora del tigre, una levísima pincelada de luz rosada iluminaba las losas pulidas y relucientes de humedad del sendero conocido como la Vía de la Santidad y de la Transformación, que zigzagueaba entre la espesura de pinos y bambúes. El camino formaba parte de una zona forestal silvestre, pero bien cuidada, en el extremo septentrional de los parques del palacio imperial. Cada mañana, al amanecer, se procedía a barrer a conciencia las agujas de los pinos, las hojas y los excrementos de animales y a fregar las losas para que los monjes, monjas y abades que frecuentaban el palacio pudieran llegar por accesos incontaminados a los templos, *stupas*, salones de meditación y santuarios de piedra que Wu había hecho levantar en aquel marco.

Aquella mañana, el grupo habitual de cinco eunucos se afanaba en barrer el sinuoso sendero de piedras. Uno de ellos estaba trabajando unos pasos por delante de los demás en un lugar donde el camino se hacía muy tortuoso antes de descender por una empinada pendiente a una hondonada cubierta de follaje. Poco antes de la cuesta, el eunuco descubrió unas gotas oscuras y gruesas de algo que parecía sangre. Sí, era sangre. ¿De algún animal, quizá? De un ciervo o un rebeco, probablemente. En las

zonas más remotas del parque no faltaban los depredadores, tanto animales como humanos. El criado empapó la escoba de paja en el agua del cubo que sostenía su ayudante y empezó a fregar las piedras, siguiendo el reguero errático de gotas que conducía ladera abajo hasta una zona de tupidos arbustos junto al camino empedrado. Poco después, lanzó un sorprendente grito de vieja aterrorizada. El ayudante, que venía unos pasos detrás del barrendero, se acercó a la carrera; de pronto, dejó caer el cubo y se quedó paralizado, incapaz de apartar los ojos de lo que tenía ante sí.

Aquello no era la carnicería azarosa de la naturaleza. Al contrario, era una escultura de mutilación creada meticulosamente y escenificada con la crueldad y el humor repulsivo que son prerrogativas del corazón humano.

Junto al camino empedrado, arrodillado en la postura de un monje dedicado a la oración, se encontraba el cuerpo de un hombre, sin la cabeza. Esta yacía a un paso del cuerpo, si es que se trataba de la cabeza del suplicante. Podía haber otra víctima en las inmediaciones.

Fueron los escalofriantes detalles de la crueldad del asesinato, más que la muerte en sí, lo que comentaron las voces nerviosas de contralto de todos los eunucos del servicio imperial. Parecía que aquellos que habían perdido también una parte de su cuerpo mostraran siempre una morbosa fascinación ante quienes padecían un infortunio semejante.

El cadáver había sido recogido muy pronto, de modo que muy pocos alcanzaron a ver el espantoso espectáculo. Los relatos transmitidos de boca en boca, adornados y repetidos una y otra vez por las malas lenguas de tantos eunucos excitados, perdían indefectiblemente precisión y objetividad, pero la crueldad descarnada y pérfida del hecho quedaba de manifiesto con terrible claridad.

Por todo el palacio, los eunucos murmuraban que había algo encima de la cabeza cortada. Cuando los demás les hacían la pregunta obvia, si la cabeza llevaba puesto un sombrero o gorro de alguna clase, los que difundían la jugosa noticia afirmaban que no se trataba de ningún gorro. Contaban que los ojos de la infortunada víctima estaban abiertos y vueltos hacia arriba, con la mirada fija para siempre en el último objeto que habían contemplado: un aparato de medir de dos brazos, muy inusual, que abarcaba la circunferencia de su cráneo.

¿Un qué? preguntan, curiosos, los eunucos del palacio. Un instrumento, era la respuesta de quienes habían oído la noticia «de primera mano», acompañada de enérgicos gestos de asentimiento. Sí, sí, eso era, respondían con entusiasmo. Según lo que habían oído, era un aparato de medición con unos extraños símbolos marcados en el metal.

¿Como un compás de calibración?, preguntaban los otros con incredulidad. Sí, como un compás de calibración. No había mejores palabras para describir el incomprensible tocado del muerto.

Unos guardias flanqueaban al príncipe imperial en su silencioso trayecto hasta los aposentos de su madre. Hsien mantuvo la mirada al frente hasta llegar al vestíbulo; entonces bajó los ojos al suelo de pizarra, negra y fría.

La emperatriz estaba junto al escritorio, con la vista fija en la distancia, mucho más allá de los muros de palacio. Luego dio la impresión de mirar a su hijo sin verlo mientras el muchacho era conducido al centro de la sala. La abuela del príncipe, la señora Yang, estaba sentada en un diván en un rincón, frente a una enorme pantalla de cinabrio y nácar con escenas de la vida temprana del joven Buda.

La figura diminuta del historiador Shu, con los ojos discretamente apartados de la escena, estaba sentada en las inmediaciones, revolviendo papeles detrás del pupitre de escribir con sus activas y ceremoniosas manitas. Shu se había convertido en un experto en sortear las corrientes coléricas de Wu, lo cual significaba que sabía cuándo debía ocuparse de sus propios asuntos.

—Detenedlo ahí —ordenó la emperatriz—. Que no se acerque más.

Estudió detenidamente al príncipe, de pies a cabeza, y continuó hablando en el tono calmoso que siempre provocaba en el historiador Shu un estremecimiento, no del todo desagradable, de inminente peligro.

—Éste no es el hijo que he criado, ¿verdad? —La emperatriz paseó la mirada en torno a la estancia como si buscara una respuesta. Los ojos de Shu pasaron rápidamente del muchacho a su madre antes de volver a su «trabajo».

Pensó que el príncipe parecía haber pasado toda la noche luchando con un demonio o con un fantasma. El cabello le colgaba en mechones enredados y tenía los ojos hundidos en las profundas cuencas de su rostro consumido por la falta de sueño. El semblante que Shu vio cuando el príncipe entró en la estancia no era el de un muchacho de dieciséis años, sino el de un chico agotado y asustado. El joven príncipe Hsien se había enfrentado a algo muy oscuro, pensó Shu. Y parecía haber perdido.

—Tú, mi brillante hijo, al que tanto he ayudado a educar... —continuó la emperatriz. Shu alzó los ojos furtivamente para examinar al muchacho y volvió una vez más a su fingido trabajo. Reconocía la calma amenazadora de la voz de Wu, que presagiaba algo terrible, y se dijo que resultaba especialmente ominosa porque no tenía la menor idea de qué se proponía la emperatriz. Shu estaba presente porque Wu lo había mandado llamar. La emperatriz no le había dado la menor indicación de por dónde llevaría las cosas en aquella ocasión y esto tenía a Shu sobre ascuas.

—Tú, príncipe Hsien, el brillante escritor de historia y de poesía, el estudiante tan prometedor, has decidido ahora escribir tu propia historia. —El muchacho no se movió ni miró a su madre—. Creías que tu lugar en la historia no estaba suficientemente asegurado y has empezado a actuar a tu gusto, ¿no es eso? —La voz de Wu se mantuvo suave y monocorde.

El historiador miró a la señora Yang. Creyó ver un destello socarrón de

reconocimiento en sus ojos.

—Creías que tu lugar en la historia no estaba suficientemente asegurado... — repitió la emperatriz, con voz un poco más alta—. ¿Entonces...? —añadió—. Hijo mío... Eres hijo mío, ¿verdad?

Shu vio que el príncipe apretaba las mandíbulas, sin apartar la mirada de las frías piedras a sus pies.

—¿Eres mi hijo? —preguntó Wu con los ojos muy abiertos y en un tono ahora suplicante. El historiador inspiró profunda y silenciosamente y apiló en montones inútiles los papeles que tenía ante sí.

—¿Por qué? ¡Por favor, dime por qué! —susurró Wu con sus ojos penetrantes fijos en los del muchacho—. ¿Por qué tenías que hacerme esto?

Hsien permaneció inmóvil, como esculpido en piedra. El único movimiento que Shu logró detectar fue el de su garganta, como si tragara o contuviera unas palabras con un poderoso esfuerzo.

—¿Por qué habrías de hacer esto? ¿Por qué habrías de traicionar a tu propia madre? —suplicó ella en un susurro, con un derroche de pesar en las tres últimas palabras. Shu escuchaba con atención ese tono angustiado que tan bien sabía fingir la emperatriz—. Soy tu madre. Te he dado la vida y te he alimentado. —Hizo una pausa y su rostro adquirió un tono encendido de ira. Contempló a Hsien con una mueca forzada que quería ser una sonrisa. Al cabo de un largo rato, volvió a hablar—. Pero dime algo. Hazme entender. Tal vez te entienda.

Shu observó los músculos de la mandíbula de Wu y trató de imaginar por un momento lo que se sentiría al ser molido por aquella dentadura blanca y fuerte. El historiador echó una medida de tinta negra en el agua y preparó ociosamente sus pinceles. Ya estaba, se dijo. Se había acabado la calma.

—HÁBLAME. ¡VAS A HABLARME —exclamó Wu con un grito que sobresaltó a todos los presentes. Incluso la señora Yang dio un respingo. De inmediato, la emperatriz avanzó hasta el muchacho, le echó la cabeza hacia atrás tirándole de los cabellos y le abofeteó las mejillas con fuerza. Antes de que el príncipe bajara la cabeza, lo abofeteó de nuevo hasta que brotó un hilillo de sangre de la nariz y luego otro de la comisura de los labios—. RESPONDE A TU MADRE!

Lo golpeó un par de veces más, y Shu frunció el entrecejo con cada sonoro bofetón. El historiador dejó caer accidentalmente los grumos de la barra de tinta en el cuenco de la piedra de amolar. Tuvo que pescar los pedazos en el agua y el pringoso negro de humo le teñía los dedos mientras Wu proseguía con sus gritos.

—¡ERES UN ASESINO! ¡UN ASESINO! ¿ME OYES? Tú has matado al *nagaspa*. Has asesinado al sabio y bondadoso monje. Mi hijo es un asesino. No un valiente guerrero, no. Mi hijo, el príncipe. ¡Es un asesino! Ataca por la espalda, cuando la víctima está indefensa. ¡MI HIJO HSIEN ES UN COBARDE ASESINO!

—¡No, madre! ¡No soy un asesino! —replicó Hsien por fin.

—¡SILENCIO! ¡ERES UN COBARDE ASESINO! ¡ERES UN COBARDE ASESINO FURTIVO!

—¡NO ES VERDAD! —replicó Hsien en el mismo tono que ella, al tiempo que, con la manga, se secaba la sangre del labio magullado—. ¡No he matado a nadie! Yo... ni siquiera sabía que el *nagaspa* había, salido a hacer ejercicio por el camino del parque tan temprano.

Hsien estaba pálido y parecía asustado, pero Shu también vio en él determinación.

Wu taladró al muchacho con una mirada tan dura que provocó el asombro del historiador.

—¿Y cómo sabías que el *nagaspa* había tomado ese camino?

—Todo el mundo está enterado de ello, madre —chilló el muchacho—. ¡Menos los sordos!

—Quizá yo lo esté. ¿Todo el mundo, dices? Pues yo no estaba enterada de que el cuerpo del *nagaspa* había sido descubierto junto al camino. —Se volvió a Shu—. ¿Y tú, historiador?

Shu fingió, absurdamente, que no había prestado atención hasta aquel instante.

—Lo siento, mi emperatriz, ¿qué habéis preguntado? Tenía los pensamientos en otra parte. —Con un gesto vago de la mano, el historiador indicó los papeles que tenía frente a él.

—¿Estabas al corriente de que el *nagaspa* tenía la costumbre de llevar a cabo un paseo por el camino del parque de buena mañana?

—Madre —intervino el príncipe—, yo no he dicho que...

—¿El camino...? —preguntó Shu.

—El sendero empedrado que cruza el bosque, historiador. Ya sabes cuál. El Camino de la Santidad y la Transformación.

—Sí, por supuesto. Un bellissimo sendero para la contemplación y la meditación en un ambiente de serenidad —dijo Shu con su parloteo irrelevante—. Pero debo reconocer que no estaba familiarizado con las costumbres del *nagaspa*. No suelo meterme en los asuntos de otros, ¿sabéis? —Enrolló varios de sus papeles y los ató con un cordel de seda—. De todos modos, no me sorprende que alguien tan cuidadoso de su bienestar físico como el *nagaspa* saliera a pasear tan temprano; el aire es especialmente agradable a esa hora de la mañana, mi señora. Al amanecer, el polvo y los humos de la ciudad no alcanzan todavía los bosques de palacio.

—Ahora haré la misma pregunta a mi madre —dijo Wu.

Desde el fondo de la estancia, la señora Yang asintió y se encogió de hombros.

—Ignoraba dónde habían encontrado a ese pobre desgraciado —declaró con todo desdenoso, como si hablara de un perro sarnoso cuyo cuerpo rígido se hubiera descubierto en un callejón—. Lo único que he oído es que fue un asesinato y que su

cuerpo fue profanado.

Wu se volvió hacia Hsien.

—Ya lo ves —dijo—. Ninguno de nosotros tiene más información sobre el asunto. Tú, en cambio, sí. ¿Cómo es eso, príncipe Hsien? ¿Cómo lo explicas? —La rabia había abandonado de nuevo su voz.

—Yo tampoco conocía las costumbres del *nagaspá*, madre. Sólo sé dónde ha sido encontrado esta mañana. Como todo el mundo.

El tono suplicante de Hsien recordaba el de su madre momentos antes. Cuánto se parecía el príncipe Hsien a la emperatriz, reflexionó el historiador; todo lo contrario que Hung, su difunto hermano. Hsien era rápido y resuelto, capaz de fingir sin que lo pareciera y hábil en manipular y viciar las emociones de otros con las suyas. El muchacho era el verdadero reflejo de su madre. Y el historiador se dio cuenta de que esto era también lo que veía su madre... y lo que, estaba seguro, más la irritaba.

—¡Ya basta, Hsien! ¡Basta de esto! —replicó Wu—. Ya sabes por qué te han traído aquí. Olvida al *nagaspá*. Eso no es tan importante como el otro asunto. Aunque no puedo perdonar el hecho, debería haber comprendido que eras capaz de cometer un asesinato. ¡Pero esto...! —continuó con disgusto, al tiempo que señalaba los papeles apilados en el pupitre delante de Shu—. No puedo creer que quisieras hacerme esto. No quería creerlo, me negaba a aceptarlo. Les dije a todos que no podía ser verdad, que mi propio hijo era incapaz de *fomentar una rebelión* contra su madre. ¿Pero qué encuentra mi fiel guardia palaciega Yu-lin cuando entra en tus aposentos? —Wu cerró el puño y golpeó la mesa como si aporreara un enorme tambor—. ¿QUÉ ES LO QUE DESCUBRE?

El muchacho hundió la cabeza y clavó de nuevo la vista en el suelo. Esta vez parecía dispuesto a rendirse a su madre, pensó Shu. O quizás el príncipe se preparaba a escuchar las inevitables acusaciones contra él. Hsien mantuvo un silencio abatido mientras su madre indicaba al historiador que retirara los documentos oportunos del montón de papeles. Cuando los tuvo en sus manos, Shu miró a la emperatriz, cuidando de mantener un aire impasible e inexpresivo mientras alisaba meticulosamente las páginas y esperaba a que Wu le diera nuevas indicaciones.

—Levantad la cabeza del traidor —ordenó la emperatriz a los guardias—. Obligadle a mirarme.

Los dos guardias forzaron la cabeza del muchacho tirándole del cabello, como antes había hecho su madre, y la echaron tan atrás que el príncipe quedó mirando al techo. A continuación, el guardia que lo sujetaba por la trenza desordenada aflojó ligeramente la presión mientras el otro tomaba la cabeza del muchacho entre las palmas de sus manos y, con firmeza, la movía hasta dejarla mirando al frente. Al príncipe le vibraban de ira las aletas de la nariz. Pero, a pesar de todo, Hsien consiguió dirigir los ojos en cualquier dirección, menos hacia su madre.

—Ahora, mírame —ordenó Wu—. El historiador leerá las acusaciones —decretó con calma y con firmeza. Shu se enderezó ceremoniosamente.

—Por la más grave violación de los Códigos Legales Civiles de la T'ang-lu Shu-i —entonó Shu con su tono oficial más pomposo—. Artículo veinte, capítulo dieciséis, por la tenencia y depósito, por la posesión y acopio de armas militares con la intención de fomentar un golpe, de provocar la insurrección y la rebelión contra la casa regente, legítimamente establecida y señalada por el cielo... En relación con... —Shu se apresuró a buscar la continuación en la página siguiente—. En relación con el descubrimiento de unas cincuenta espadas de hoja ancha, un centenar de dagas de cuerno de rinoceronte, sesenta y tres lanzas, el mismo número de hachas de guerra, ciento veintidós arcos, cuarenta ballestas cargadas, trescientas flechas de punta de hierro, treinta y dos corazas de cuero, cotas de malla iranianas y sasánidas en número de... —Shu se detuvo al advertir la mirada de impaciencia de la emperatriz—. ¿Su majestad no desea que siga? —Shu dio a sus palabras un tono ligeramente dolido, como si la compilación de las listas hubiese sido un gran logro literario.

—Es suficiente, maese Shu, para demostrar la peligrosa traición que rebosa del corazón del muchacho. —Esta vez, Wu habló como si se refiriese a un perfecto desconocido—. Lee el último párrafo, consejero.

Shu tomó otro pergamino y efectuó una profunda inspiración antes de arrancar.

—Este alijo, que comprendía armamento suficiente como para poner en peligro a la guardia palaciega Yu-lin y, por tanto, la seguridad de la familia imperial y la estabilidad del imperio, fue descubierto en los pabellones destinados al príncipe imperial Hsien, y en sus establos.

—Príncipe Hsien, ¿tienes algo que decir en tu favor? —Wu cortó en seco la lectura del historiador. Su hijo la miraba ahora sin pestañear—. ¿Tienes algo que alegar?

El muchacho entreabrió ligeramente los labios. Shu se preguntó qué se propondría. ¿Presentar una disculpa? ¿O una maldición? También en aquello era como su madre: amenazadoramente obstinado. Llevaba la sangre de la emperatriz. Pero Hsien no emitió el menor sonido. Se limitó a humedecerse los labios con la lengua. Nada más. Continuó observando a su madre como si tratara de comprender de una vez por todas al portento que le había dado la vida. Seguramente, el muchacho no consideró ni por un momento que la sombra pálida y vaga que tenía por padre tuviera papel alguno en aquel hecho.

En ese momento, Shu creyó captar algo en los ojos del príncipe. Hasta entonces no había estado seguro; a decir verdad, nunca podría estarlo del todo. Pero en aquel momento creyó ver un destello asesino. No tenía relación con la muerte del estúpido *nagaspá* danzarín de la emperatriz; era la manifestación de una amenaza.

Y, sin la menor duda, era aquello lo que Wu captaba también.

Lo que vio el historiador, lo que creyó advertir, no era siquiera esa primera llama que surgiría si tuviera combustible y aire suficientes. Era, sencillamente, la primera pavesa incandescente cargada de posibilidades en los ojos sombríos e impasibles del joven. Una pavesa que podía dar lugar a una llama saltarina o apagarse en un ahogo de humo y ceniza. Quizá las acusaciones tenían fundamento. Quizá lo que creía ver en los ojos de Hsien en aquel instante era la esencia más íntima del asesino: el príncipe de dieciséis años capaz de matar a su madre.

Era una situación difícil. Con el emperador enfermo y otro príncipe imperial muerto, era preciso nombrar un nuevo heredero, y la infortunada designación recayó en el mayor de los cuatro hijos restantes de Wu, un muchacho de sólo trece años llamado Chui-tsung. Que el cielo protegiera al desdichado príncipe.

El día anterior, Hsueh había pedido excusas por lo esquemático de la información que tenía que comunicarle, pero había formulado la atrevida promesa de ampliarla aquel mismo día.

Mientras esperaba en el pabellón, Di se sirvió otro tazón de té verde y estudió con impaciencia los rostros de la gente. Hechos y preguntas daban tumbos en su cabeza. El príncipe Hsien había sido desterrado de por vida a la isla de Hainan, pero no había llegado nunca a su destino. El muchacho se había suicidado.

¿Era cierta alguna de las extraordinarias acusaciones formuladas contra Hsien?

¿El joven príncipe imperial había fomentado una rebelión contra su madre? ¿Y realmente había terminado con la vida del *nagaspa*? ¿O acaso la emperatriz y la señora Yang le tomaron inquina al príncipe por otras razones? ¿Acaso descubrieron que el muchacho había colaborado con su difunto hermano en conseguir la liberación de las sirvientas encarceladas? ¿No era posible que las dos mujeres, hartas del pobre *nagaspa*, ordenaran su eliminación y luego le echaran la culpa al príncipe? ¿No había comentado Hsueh que la señora Yang se había referido a las discusiones cada vez más frecuentes entre la emperatriz y su amante indio en los últimos meses?

¿La muerte del príncipe Hsien había sido, de verdad, un suicidio?

Di miró bajo la tapa de la tetera, vertió los restos humeantes de la infusión en el cuenco y tomó un sorbo, pensativo, filtrando el líquido entre los dientes para retener los posos. Miró de nuevo a su alrededor en busca de la alta figura del monje y mago.

Fuera de los jardines, el mercado bullía de actividad con los compradores de última hora de la mañana. Los gañidos de los perros y los cantos rítmicos de los buhoneros formaban una extraña música que flotaba sobre los sonidos habituales de la multitud. En aquellos momentos, Di disfrutó de la zarabanda, cuya normalidad le resultó reconfortante. Era un canturreo, una tonada que decía que, mientras el mundo girara en desorden, el mercado seguiría siendo siempre el mercado.

Descubriera lo que descubriese, pensó Di con aire lúgubre, al menos lo legaría a la posteridad. No estaba seguro de si podría hacer algo respecto a aquellos terribles

sucesos durante su vida, pero la verdad acabaría por conocerse aunque fuese mucho después de su muerte. Y el monje le había prometido su colaboración. El magistrado se lo agradecía. No le habría gustado verse metido en aquel asunto sin ayuda.

De nuevo, miró a su alrededor y se preguntó qué disfraz utilizaría Hsueh en esta ocasión. La vez anterior había llegado cargando al hombro unas jaulas de aves chillonas. Cuando observó que el té ya estaba frío, pidió otra tetera y siguió esperando, retorciendo la tela de las mangas entre los dedos.

Di tardó mucho tiempo en convencerse de que el monje no iba a aparecer. La expectación dio paso a una impaciencia nerviosa cuando la hora de la cita quedó atrás. Y cuando la tercera tetera ya había perdido su calor y el aire se enfriaba conforme crecían las sombras, la impaciencia se convirtió en inquietud. El monje no había faltado a ningún encuentro. Sin embargo, Di aguardó hasta que el propietario del establecimiento empezó a encender las lámparas. Entonces, se levantó del duro banco y abandonó el local con la certeza de que algo no iba nada bien.

Habían pasado tres días desde la cita frustrada. La jornada anterior, Di había enviado un mensajero para que dejara la tarjeta de visita de un ficticio «devoto adepto» en la hospedería budista de la señora Yang. El criado de la puerta había aceptado la tarjeta con gesto brusco, sin una palabra y sin indicar siquiera si el «lama». Hsueh se había alojado allí alguna vez.

Sentado en su otro despacho, en el Gabinete Nacional de Sacrificios, mientras revisaba las licencias y los títulos de tierras de dos nuevos monasterios, Di temió que el monje Hsueh Huai-i se hubiera convertido en otra víctima del implacable Wu.

Pero quizás el tibetano andaba detrás de algo, se dijo esperanzado. Quizás había llegado a un punto de sus investigaciones en que tenía que ser aún más discreto y no podía ponerse en comunicación con nadie. El magistrado quería mantener la fe en las capacidades extraordinarias del monje. Perder la confianza en el tibetano sólo le perjudicaría.

Año 669, diciembre

Aún sin los ojos y los oídos de Hsueh Huai-i, quien ya llevaba casi tres meses desaparecido, Di debería haberse enterado enseguida de lo sucedido dentro de los muros del palacio. Pero el cortejo fúnebre que había recorrido el Sendero del Espíritu hasta las tumbas de la familia Li lo había hecho bajo el secreto de la noche, de modo que el mundo no fue informado del acontecimiento hasta que todo hubo concluido. Solamente los más allegados y los criados y funcionarios palaciegos encargados de llevar a cabo la mínima ceremonia estuvieron presentes en el acto. Cuando al fin aparecieron por la ciudad los muy modestos pasquines que informaban de la muerte,

el cuerpo ya estaba frío bajo las puertas selladas de la tumba, en el seno del túmulo funerario.

No se concedió al pueblo la oportunidad de llorar tan terrible pérdida. Di vio en ello una clara demostración de lo distorsionados que estaban los asuntos entre el cielo y la tierra. Según parecía, se había convertido en requisito imperial rehuir las formalidades oficiales y los rituales confucianos en favor del subterfugio y de la oscura autocracia y de cuanto le conviniese a Su Muy Augusta Majestad y a su Muy Augusta Madre. ¡Cuánto deseaba que apareciese Hsueh para conversar con él de aquellos temas! El magistrado no había reparado hasta entonces en cuánto había llegado a confiar en la perspicacia, la visión y la amistad del monje.

El emperador, a dos años todavía de su quincuagésimo aniversario, había muerto, y el jovencísimo, asustado e inofensivo Chui-tsung había sido nombrado su sucesor. Pero Di tenía serias dudas de que el chiquillo llegara a empuñar el cetro imperial o a sentarse en el Trono del Pavo Real alguna vez. Corría el rumor de que el nuevo «emperador» de China se encontraba encerrado en un ala oscura de palacio, a solas y sin amigos, como les había sucedido a tantos otros miembros de la familia imperial. Y mientras el muchachito coronado, Chui-tsung, permanecía aislado del mundo — probablemente, recibía incluso la comida a través de una reja—, su madre, la regente en funciones, era ya la única gobernante del imperio Chino.

Larga vida a la emperatriz Wu Tse-tien, escribió Di aquella noche en su diario. Y larga vida a todos nosotros.

SEGUNDA PARTE



*Tan grande fue la ola de espanto y terror que
atenazó los corazones de la gente, que ésta se limitó
a llevar el paso y a contener el aliento...*

TZU-CHIH TUNG-CHIEN
EL ESPEJO GLOBAL DE LA HISTORIA



EL EJÉRCITO DE MARA

(...). Pero aquí, tallados con toda inocencia hace siglos, había torsos convertidos en caras, ojos injertados en troncos, guirnaldas completas de ojos; también había pechos de cerdos, ancas de perro, seres con tres cuerpos o cuatro cabezas, polifemos y monstruos con cabeza de hidra, todo un espectáculo de feria de monstruosidad triunfante; formas que no serían más que juguetes si no estuvieran dotadas, cada una, de su correspondiente alma. Sus expresiones a veces nos resultaban incomprensibles. ¿Qué los impulsaba? ¿Qué los perturbaba? ¿Lloraban, reían, gritaban, mugían como el ganado, sonreían? ¿Se aterrorizaban o enloquecían de rabia? ¿Eran apasionados o vengativos?

Fosco Maraini
TÍBET SECRETO

20 Año 670, primavera Luoyang

Wu dormitaba en su baño como si se propusiera quedarse allí el resto de su vida.

—¡Ah, madre! Es como si hubiera nacido por segunda vez. ¡Vuelvo a estar viva! —declaró, pasándose las manos por el cuerpo en el agua caliente—. Estaba encarcelada, encerrada, como una criatura recluida dentro de un horrible caparazón óseo cuya carne no ha visto la luz jamás.

La señora Yang, sentada cerca de ella, se limitó a sonreír.

—Como una pobre tortuga que tratara de cruzar un camino —continuó Wu— y la rueda del carro le pasa por encima y le rompe la concha.

—Qué imagen tan horrible —comentó la madre afablemente.

—Sí. El ruido es espantoso y siniestro y el dolor resulta casi insoportable, pero de algún modo la criatura encerrada en ella sobrevive y he aquí que emerge renovada. ¡Ah!, qué asombroso el modo en que la naturaleza hizo a la mujer. Necesitamos el contacto de un hombre para ponernos en acción... —Se acarició las caderas y los pechos mientras hablaba, paladeando los recuerdos—. Sí, eso es. Necesitamos el contacto de un hombre, y cuanto mayor es su habilidad, mayor es nuestro movimiento y mayor es la distancia que recorreremos. ¡Y yo que creía haber encontrado hombres habilidosos en mi vida! ¡Ah, madre! —exclamó con un suspiro.

—¿Te he conducido alguna vez en la dirección equivocada? —preguntó la señora Yang con tono festivo y cómplice.

Wu se volvió y miró a su madre desde el agua.

—No. Nunca. Y debo agradecértelo. Podrías habértelo quedado para ti y yo nunca habría conocido...

—Bueno, querida, hay bastante para las dos, ¿verdad?

Wu sonrió al oír las palabras de su madre. Las miradas de ambas se encontraron.

—Más que suficiente —dijo, y las dos se echaron a reír.

Y el hombre era brillante, además. En comparación con él, el pobre *nagaspá* muerto se quedaba penosamente corto. Wu descubría ahora que el *nagaspá*, con sus pretensiones de erudición, había sido un pálido reflejo del nuevo. La pericia del *nagaspá* como amante, aunque aceptable, tampoco resistía la comparación. Aunque, por supuesto, la oportuna aparición del indio en un momento en que su esposo estaba tan obstinadamente enfermo y cuando la situación estaba haciendo mella en su alma, había parecido un regalo del cielo. Ahora lo comprendía. Era un proceso que se desarrollaba de forma continua: cada vez que ella entraba en un nuevo estadio glorioso de su vida, aparecía un hombre (cada vez más experto, más efusivo, más capaz de satisfacer sus crecientes necesidades).

Wu intentó evocar los primeros tiempos con Kao-tsung, cuando creía que éste era todo lo que necesitaría o desearía jamás. Entonces era joven, un simple capullo de

rosa cuyos pétalos apenas empezaban a abrirse. Después, cuando hubo florecido, desplegándose más abiertamente a la lluvia y al sol (así le gustaba imaginarlo), encontró al *nagaspa*. Todo estaba muy claro. A los demás —los esporádicos encuentros con monjes, mendicantes, estudiosos, peregrinos y algún que otro sirviente, cuyos nombres y rostros apenas podía recordar—, a los que no encajaban tan claramente en su placentera imagen de sucesión y destino, Wu los englobaba en una categoría especial de diversiones y entretenimientos y no dejaba que le emborronaran su imagen ideal.

Ahora, Kao-tsung había desaparecido y ella no sentía más que alivio. Y respecto al *nagaspa*... Bien, le costaba reconocerlo, pero ciertos aspectos del indio habían empezado a irritarle los nervios. La voz, por ejemplo. Durante el último año había adquirido poco a poco un tono quejumbroso, como si hubiera percibido que el desarrollo natural de las cosas iba a dejarle muy pronto en la cuneta. Y en lugar de retirarse con elegancia una vez cumplido su trabajo, había pugnado indignamente por mantener su posición. Una posición que, al fin y al cabo, había sido un regalo de ella, y el indio debería haber sabido que no la conservaría eternamente. Por supuesto, la emperatriz había sentido un poco de lástima por él. Por lo menos, no era un mero charlatán. Sin duda, había percibido las poderosas vibraciones de su sucesor, que ya se acercaba montado en la ola del destino. También ella las había notado. Sabía que algo extraordinario y asombroso movía ya el aire a su alrededor, se cernía sobre ella, acudía a ella.

Sí, el nuevo también era brillante. Había traído consigo el trabajo al que se dedicaba: su traducción de unos sutras que sólo se conocían en el sánscrito original. La vía por la que los sutras habían llegado a sus manos era un ejemplo de las misteriosas obras del destino. Según le había contado, el hombre trabó conocimiento con un viejo monje —un peregrino que había viajado a la India tantas veces durante los últimos sesenta años que ya no era capaz de contarlas— que en esos días proponía a los transeúntes que le compraran todas sus posesiones terrenales —un hatillo de ropas andrajosas, un cuenco de mendigar, un molinillo de oraciones, unos cuantos utensilios, una caja de madera y un borrico decrepito— por una única moneda de cobre pues, según proclamaba a todo aquel que quisiera escucharle, se disponía a ir al encuentro de la muerte muy pronto. Cuando el nuevo amigo de la emperatriz pasó por el lugar, aceptó la oferta porque, le dijo a Wu, había visto una luz extraña en torno al peregrino.

Y en el interior de la caja forrada de cuero raído estaban los sutras. Naturalmente, se puso a traducirlos de inmediato. Y fue entonces cuando vio que su destino era abrirse camino hasta ella, le había asegurado el hombre a la emperatriz con toda solemnidad. Todavía era pronto para revelar lo que había descubierto. Sí, demasiado pronto. La traducción todavía no estaba completa. Necesitaba más tiempo, y Wu

había pensado: «Te daré todo el que precisés».

La emperatriz sentía el deseo incontenible de honrar a aquel hombre, a ella misma, a su madre y a todo ser viviente con el que entrara en contacto. Decididamente, dentro de ella estaba creciendo algo, una manifestación tangible de lo que, hasta entonces, habían sido meras abstracciones. Sólo con la visión nítida y penetrante que ahora poseía era capaz de comprender lo aislada y apartada de estos principios que había permanecido sin darse cuenta de ello. Su nuevo amigo le explicó que el espíritu viviente del Buda se expresaba a través de ella, desafiándola no sólo a pensar o a hablar sobre él, sino a identificarse con él. Era el principio más profundo del budismo, que se manifestaba en el mundo a través de sus manos y de sus ojos, de su vida. Algo que no le sorprendía en absoluto, comentó el hombre enigmáticamente. Cuando terminara sus traducciones, lo sabría sin la menor duda, había añadido con una mirada punzante que atravesó a Wu, despertando en ella una desconocida excitación, intensa y profunda.

Sí, pensó la emperatriz con vehemencia, constituiría un ejemplo para todos los seres vivientes del imperio. Estaba dispuesta a dar vida a aquel principio que era el núcleo, el corazón palpitante del budismo. Ésta era su verdadera vocación, su propia esencia vital, la confirmación de sus derechos de nacimiento: el pathos, la compasión, el respeto por la vida...

Rara vez había experimentado Di tal frustración. Si en algún momento había necesitado del desaparecido Hsueh Huai-i, era ahora, aunque sólo fuese para ahorrarse una buena caminata. Durante los últimos días había deambulado por toda la ciudad; tenía los pies doloridos y estaba cansado e irritado. El magistrado se había dedicado a visitar los remotos emplazamientos del proyecto de edificación múltiple más reciente de la emperatriz. Di había querido ver con sus propios ojos la última extravagancia de la soberana.

Podría haber ido en carruaje, por supuesto, pero con ello habría perdido la inestimable ventaja de caminar inadvertido entre la multitud, confundido con ella y oyendo las conversaciones. La gente de la calle tenía mucho que decir y, si uno escuchaba con atención, podía entresacar informaciones valiosas.

Di no acababa de entender cómo o por qué, pero la gente corriente siempre conocía de algún modo si no la verdad completa, al menos partes y fragmentos de ella. Desde luego, el magistrado había obtenido de estas conversaciones más de lo que había sacado de sus colegas funcionarios, que respondían a sus preguntas con miradas inexpresivas y con una vaguedad enfurecedora. Todo el mundo había oído hablar del enorme proyecto de la emperatriz, por supuesto, pero nadie relacionado con los canales oficiales parecía capaz de decir exactamente qué estaba construyendo o por qué. Si aún tuviera a Hsueh a su lado, pensó Di, ya lo sabría.

Con todo, el magistrado realizó unos descubrimientos fascinantes, si bien

enigmáticos. Los edificios eran diferentes de cuanto se hubiese levantado nunca en Luoyang. Su origen budista resultaba evidente, pero eran distintos de los *stupas* que Di estaba acostumbrado a ver. Las inconfundibles siluetas extranjeras recortadas contra el cielo produjeron en Di un sentimiento de profunda inquietud, como si las tropas de un ejército invasor hubieran montado un campamento entre ellos.

Al salir a la calle aquella mañana, el magistrado no sabía cuántas de aquellas extravagancias se estaban construyendo a lo largo y ancho de la ciudad. Pero los mirones que había encontrado en la primera obra, justo en medio de uno de los parques más bellos de Luoyang, le indicaron el emplazamiento de otra, en una reserva forestal en un extremo de la ciudad. De allí, la gente lo envió a la siguiente, y así sucesivamente. Di observó al pie de cada obra a centenares de trabajadores forzosos que se afanaban como hormigas, de modo que la estructura prácticamente crecía ante sus ojos.

Llegó a contar siete de aquellos «templos ancestrales», como los llamaba la gente. Con ellos, la emperatriz honraba a sus antepasados al tiempo que expresaba su fe. Y cuando los edificios estuvieran terminados, se producirían las celebraciones de rigor, con comida y regalos para todos. Otro rumor, inquietante y extraño, decía que la emperatriz se proponía incorporar a su familia a un centenar de ciudadanos corrientes, a los que otorgaría su nombre y convertiría en sobrinos, tías o abuelos honoríficos, y que ellos serían los guardianes de los templos familiares durante el resto de sus vidas.

Un dudoso honor, reflexionó Di mientras se retiraba a descansar para, a la mañana siguiente, estar en condiciones de viajar al monasterio en el que residía Wu-chi. Por lo que había visto, ser miembro de la familia de la emperatriz era tan peligroso como bañarse en un río bajo cuya superficie merodeaban los cocodrilos.

Cada vez que entraba en el monasterio del Loto Puro, Di experimentaba aquella sensación de paz, de refugio, de tranquilidad. Si el verdadero espíritu del Buda residía en alguna parte, tenía que ser allí. Las frías piedras grises, los monjes en oración, la bienvenida humilde y amable del abad... Todo aquello le hacía sentir como si el mundo quedara definitivamente atrás en el momento en que las verjas se cerraban a su espalda.

El abad Liao le había susurrado a Di, con la solicitud de una madre que hablara de su hijo, que Wu-chi estaba descansando. El consejero necesitaba todavía una hora más de reposo, añadió, pero se alegraría de recibirle cuando despertara. Mientras tanto, el magistrado tenía la biblioteca a su disposición.

Así pues, Di estaba sentado en la soledad, agradablemente rancia, de la sala larga y estrecha con sus estanterías repletas de volúmenes, rollos, documentos y textos sagrados, tanto traducidos como en sus idiomas originales. En esta ocasión, el magistrado estaba interesado en los escritos de peregrinos que hubieran viajado al

extremo occidente y a las tierras montañosas y hubiesen dejado descripciones detalladas de lo que habían visto.

Sus esfuerzos tuvieron más éxito del que esperaba. Un volumen contenía originales dibujos de la arquitectura budista de diversas localidades. Una imagen a pincel de un *stupa* le llamó de inmediato la atención por lo familiar de la silueta y los detalles ornamentales. Y la inscripción bajo la estampa decía que era tibetano.

Di leyó el texto que la acompañaba pero no encontró nada significativo. Lo único que alcanzó a apreciar fue que la emperatriz se decantaba progresivamente por las expresiones más esotéricas de su fe. Las expresiones más firmes y concentradas, las más *extranjeras*. Cada vez menos chinas. Alzó la vista al ventanuco cubierto de telarañas junto al techo de la habitación. La tendencia de la emperatriz ya era, en sí, un hecho bastante preocupante, pero Di no dejó de preguntarse si tenía algún significado oculto que se le escapaba. De nuevo, maldijo la ausencia de Hsueh Huai-i. Su desaparecido amigo podría haberle ahorrado un montón de tiempo y de molestias en aquel asunto. Hsueh habría reconocido de inmediato el origen del diseño de los templos. Y si había alguien que pudiese saber si tal diseño contenía secretos arcanos, era su amigo, el monje.

—Para mí no es tan misterioso —declaró Wu-chi después de recibir a Di en su pequeño patio privado, donde estaba sentado al sol calentando los huesos después de la siesta—. Es muy sencillo. La emperatriz está construyendo templos a los antepasados en honor del clan Wu. Hay siete. El siete es el número cuyo uso está estrictamente reservado a la familia del emperador.

Wu-chi hablaba con indiferencia, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el sol para gozar de sus pálidos rayos. Su tono de voz era tan calmado que, por un instante, a Di se le escapó el sentido de sus palabras.

—¿Entonces, sólo estamos asistiendo a una exhibición de extravagancia y de presunción?

—Estamos asistiendo a algo más —respondió Wu-chi—. La familia Wu, hasta sus más antiguos antepasados, es elevada a la realeza.

—El anciano consejero abrió los ojos y observó la mueca de perplejidad de Di. — Veo que ni siquiera usted la habría creído capaz de tal audacia, pero debe comprender que yo sí la conozco.

Di, aturdido, no fue capaz de articular palabra.

—Sí —continuó Wu-chi—. E incluso voy a hacer una predicción. Pronto, muy pronto ya, tendremos noticias del temible historiador Shu, ese asombroso hombrecillo con su sorprendente capacidad para predecir el futuro o alterar el pasado.

—Pero la familia Li, la dinastía del emperador... —balbuceó Di.

Wu-chi se encogió de hombros:

—Destituir a los muertos es cosa sencilla. Y, como hemos comprobado, los vivos

tampoco significan ningún inconveniente para ella.

—¿Pero a qué viene toda esta... —Di vaciló y bajó la voz, cohibido— esta presuntuosa exhibición de imaginería espiritual extranjera?

—¿Se refiere a su profesión de fe budista? —lo ayudó el consejero—. No le preocupe lo que diga aquí —lo tranquilizó—. Entre estas paredes, nadie tomará a mal sus palabras. Mi buen abad deplora la trapacería y los excesos más que nosotros, si tal cosa es posible.

—Desde la muerte del emperador, todo el asunto se ha desbocado —declaró Di—. ¡Templos tibetanos en la capital de la China! ¡Los salones de gobierno rebautizados con nombres impronunciables para unos labios chinos! Supongo que estará al corriente de eso.

—Creo que conozco la respuesta a su pregunta. Sin duda, ha oído que la emperatriz no ha... no ha dormido sola desde la muerte de Kao-tsung y el asesinato de su amante charlatán, ¿verdad?

—Pues no. Lo ignoraba —respondió Di con voz apagada—. Desde hace un tiempo, he perdido contacto con mi fuente directa de información y me temo que, abandonado a mis propios recursos, me entero con mucho retraso de lo que sucede en palacio.

—Yo aún conservo algunos contactos —le confió el viejo consejero—. Además, habría reconocido los síntomas. Alguien aviva el fuego de la emperatriz. Y las llamas se alzan hasta el mismo cielo. Wu tiene un nuevo mentor espiritual —añadió con tono irónico.

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio durante unos instantes. Un pájaro trinaba en una rama sobre sus cabezas y hasta sus oídos llegaba el sonido distante de las oraciones de los monjes tras los elevados muros del patio.

—Sí, me he enterado del cambio de nombres —continuó Wu-chi—. Y, según he oído, se prepara otro. Es lógico que en una época de renovación y celebración como la que vivimos —dedicó una sonrisa a Di, que respondió con una débil mueca— se proclame un nuevo lema en el reino. Pronto dejaremos atrás el periodo de Wen Ming, de la «Iluminación Eminente», y entraremos en el glorioso presente de Kuang Chi.

—«Del Descubrimiento de Reliquias» —murmuró Di en tono sombrío—. No me gusta en absoluto cómo suena.

—A mí, tampoco —asintió el consejero—. Pero supongo que el historiador Shu está encantado con el nombre.

Los *stupas* ancestrales se completaron con tal rapidez que parecían producto de un sueño. Cuando Di supo que toda la ciudad iba a asistir a las ceremonias oficiadas por la emperatriz en el emplazamiento del primero, en mitad del mayor parque de Luoyang, decidió asistir también. Corría la voz de que ese día serían incorporados a la familia imperial los primeros afortunados, de modo que todo el mundo se

presentaría vestido con sus mejores galas, en la esperanza de atraer la atención de los emisarios de la emperatriz, que circularían disimulados entre la multitud a la busca de candidatos idóneos. Di decidió que acudiría vestido con ropas raídas para eludir cualquier posibilidad de ser escogido. Y quizá no estaría de más babear y desvariar un poco, pensó sombríamente. Sin duda, habría allí marginados, locos, mendigos y ladrones; un acontecimiento de aquel alcance siempre los hacía salir de sus escondrijos. Por un día, el magistrado sería simplemente uno más de la cofradía.

Cuando terminó de disfrazarse, agradeció que sus esposas estuvieran en Yangchou y no pudieran ver hasta qué punto y con qué facilidad se había transformado en un ejemplo de los despojos humanos que habitan todas las ciudades.

El parque y las calles y vericuetos que conducían a él estaban abarrotados de gente. Por todas partes había padres con sus hijos, chiquillos immaculados y vestidos con atractivos colores que eran transportados en alto como brillantes estandartes, como diciendo «¡Mirad! ¡Aquí tenéis un principito como no habéis visto otro!». La atmósfera era más que festiva y estaba cargada de una excitación inusual. Di, a su pesar, tuvo que concederle su mérito a la emperatriz. Era ella quien había creado aquel ambiente al conceder a la gente corriente, al menos por un día, la ilusión de que tenía su mágica posibilidad de alcanzar la realeza. Di pensó con ironía que sus hijos serían aderezos ideales para la familia de la emperatriz.

A diferencia de las familias, el magistrado tenía la ventaja de poder moverse solo. Las miradas pasaban de largo cuando tropezaban con él y todo el mundo se apartaba a su paso, evitando claramente su contacto si no era imprescindible.

Notó que se acercaba al lugar porque el aire empezaba a impregnarse de aromas deliciosos y de notas musicales y la multitud estaba cada vez más apelotonada. También advirtió que había hecho acto de presencia un ejército de ladrones. En una jornada como aquella, los hurtos eran cosa fácil y las desapariciones, rápidas.

El magistrado siguió sus actividades con interés, complacido del anonimato que le ofrecía el disfraz. Esta vez no estaba bajo la obligación de llamar a los alguaciles, de efectuar detenciones o de intervenir de ninguna manera. Observó cómo un muchacho flacucho, de apenas once o doce años, se acercaba a un hombre y le quitaba la bolsa del cinto, segando el cordón con tal habilidad que la víctima no se daba cuenta de nada.

Por un instante, le recordó al pequeño asesino que lo había asaltado en su despacho hacía tantos años. El muchacho percibió el interés de Di, le dirigió una breve mirada con sus ojos penetrantes de roedor y, tras observar su aspecto, se alejó con toda calma hasta desaparecer en el bosque de gente.

Di aún no había apartado la vista del lugar por donde se había esfumado el muchacho cuando notó que alguien le pisaba el borde de la túnica andrajosa; la tela desgastada amenazó con rasgarse y el tirón estuvo a punto de arrancarle una manga.

Se volvió y se encontró con un tipo ebrio y desastrado cuya indumentaria se hallaba aun en peor estado que la suya. El individuo inició una disculpa elocuente y caballerosa, pero Di sólo prestó atención a las primeras palabras. Su mirada estaba fija más allá del borracho, por encima de la cabeza de éste.

A unos cuarenta pasos, alguien muy alto se desplazaba contra la corriente de la multitud; el hombre, cuyas ropas parduscas contrastaban con los colores festivos de quienes lo rodeaban, sólo ofrecía a la mirada de Di la nuca y los hombros.

—¡Maese Hsueh! —oyó que exclamaba su propia voz. Intentó zafarse del borracho, que aún seguía con sus profundas disculpas. El individuo trastabilló y se enredó de nuevo con la túnica. Esta vez casi lo tiró al suelo. La costura de la manga, ya debilitada, terminó por rasgarse y la tela se desprendió en parte antes de que Di pudiera rescatar el borde de la prenda de entre los torpes pies del beodo.

Con una maldición. Di apartó al tipo a empujones y estiró el cuello desesperadamente. Volvió a ver durante un instante la parte posterior de la cabeza del hombre alto, alejándose como si la muchedumbre agolpada en torno a él no existiera. En vano, Di trató de abrirse camino. El gentío parecía cerrarse obstinadamente a su alrededor, y le impedía avanzar.

Recurrió al empleo de codos y rodillas de modo muy poco considerado. Con ello sólo consiguió aumentar la resistencia, pues los demás le devolvían los empujones, acompañados de insultos. Di se puso de puntillas y oteó el horizonte en todas direcciones, pero era como si el hombre alto no hubiera estado nunca allí. Por fin, frustrado y furioso, sintió deseos de encontrar al borracho que le había pisado la túnica y darle una buena paliza.

La gente seguía mirándole con disgusto. Entonces recordó su disfraz y el aspecto que debía de ofrecer. Tranquilízate, se dijo entre dientes, con las mandíbulas apretadas. Te estás volviendo loco. Un momento antes, estaba completamente seguro de que el hombre al que acababa de ver era Hsueh Huai-i, pero ahora ya no se sentía seguro de nada en absoluto.

Delante de él, el *stupa* se alzaba hacia el cielo y una oleada de expectación recorría a la multitud. La gente repetía las palabras que se decían en la ceremonia, pasándolas hacia atrás por encima del hombro para que otros las recogiesen y continuaran la cadena. El historiador Shu estaba pronunciando un discurso magnífico, comentaban. A regañadientes, Di abandonó su vana búsqueda del monje y prestó atención a las palabras del personaje:

—La emperatriz, en su infinita benevolencia y para celebrar la Nueva Era que sin duda se avecina, para hacer más fácil la vida de la gente común en el espíritu de esta Nueva Era, para demostrar que la piedad y la compasión son hechos vivos y no meras palabras, establece en este día sus Siete Actos de Gracia. En favor vuestro, su inmensa familia, la emperatriz decreta que se reduzcan los impuestos, se redistribuya

la tierra, se limiten las levadas militares, se declare la amnistía en las cárceles, se manumita a siervos y esclavos, se entregue a cada familia arroz para seis meses y se proceda a abolir la pena capital.

»Aunque hoy sólo seréis escogidos unos pocos, la emperatriz desea haceros saber que, en su corazón, ella os tiene a todos vosotros por verdaderos miembros de su familia, del antiguo y glorioso clan Wu, el cual, según ha descubierto vuestro humilde servidor, el historiador Shu, se remonta hasta la familia reinante de la antigua dinastía Chou, en los inicios de la gloriosa historia del imperio, hace muchos milenios. En honor de estos descubrimientos, la emperatriz y el joven emperador han declarado que la dinastía gobernante sea conocida en adelante como dinastía Chou.

Di quedó aturdido, mudo de perplejidad, mientras en torno a él estallaba un rugido atronador. ¿Era así cómo sucedía? ¿Era así cómo terminaban las dinastías? ¿Era posible que Wu se limitara a declarar que los T'ang habían muerto y con eso bastara?

Mientras corría hacia la cita, el magistrado se sintió como un ratón escurridizo. Aquel día, en los salones de gobierno reinaba un ambiente de miradas de soslayo, gestos inquietos y conversaciones susurradas que se interrumpían bruscamente. Di casi estuvo por mirarse la ropa, preguntándose por un instante si no se habría puesto, por error, el disfraz de mendigo.

Una equivocación que hubiera podido cometer fácilmente, tal había sido su prisa y su excitación cuando, aquella misma mañana, había recibido la respuesta del presidente de la Censura concediéndole la audiencia solicitada. Era el mismo tipo que, la vez que concertara una cita con el magistrado, había decidido inesperadamente hacer una visita a su madre. Di no abrigaba muchas esperanzas, pero tal vez el hombre hubiera recuperado la sensatez. Sólo había tenido un encuentro con él y, por tanto, desconocía su carácter, pero sabía que era mejor darse prisa, antes de que el hombre decidiera cerrar la puerta, escapar por la ventana o emprender otro viaje.

Observó con torva satisfacción los rostros inquietos de los funcionarios con los que se cruzó mientras subía la escalinata. Aquello no se parecía en nada a la atmósfera de gozosa celebración que reinaba el día anterior en el parque. Por cobardes que fueran, todos aquellos hombres habían pasado la vida dedicados a las tareas de gobierno y parecían darse cuenta del terrible insulto que la emperatriz les había propinado a todos y de las falacias que amenazaban la urdimbre misma de sus existencias. Al menos, algunos de ellos lo entendían. Y, sin duda, había otros que todavía se movían envueltos en una bruma protectora de complacencia. En cuanto a los demás, murmuró entre dientes mientras se acercaba a la puerta de la Oficina de la Censura, ojalá su inquietud se transformara en una buena jaqueca.

El magistrado fue conducido a presencia de dos hombres bastante jóvenes a los

que tomó por ayudantes del que iba a ver. Uno estaba sentado tras una mesa y el otro, de pie a su lado. El primero exhibía una sonrisa afable.

—Bienvenido, magistrado Di. Nos alegramos mucho de verlo. ¿Le apetece un té?

—Sí, gracias —respondió Di con cierta brusquedad—. Pero antes, una pregunta: ¿el presidente de la Censura me espera en su despacho, como me ha asegurado que haría?

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada.

—Está en el despacho, ciertamente —respondió el que estaba sentado—. E impaciente por verlo, señor. Y también lo está el Primer Secretario, que ha sabido de su visita y ha querido estar presente en la reunión. ¡Hay muchos asuntos importantes que tratar!

¡El Primer Secretario también! Otro hombre que Di había tratado apenas un par de veces. El magistrado no se esperaba aquello en absoluto, pero no le pareció mal. Al contrario: tanto mejor. Era el momento de protestar, y de hacerlo enérgicamente. Si conseguía reunir aunque sólo fuera un puñado de hombres rectos en torno a él, redactaría un memorial y apelarían al trono.

—Excelente —dijo Di y se instaló en una silla—. Haced el favor de decirles que estoy impaciente por reunirme con ellos.

Los dos ayudantes se miraron de nuevo. Esta vez, fue el que estaba de pie quien sonrió.

—¡Pero, maese Di! —respondió—. ¡Los tiene ante usted en este mismo momento!

Di se quedó mirándolos, desconcertado.

—¿A qué se refiere, exactamente? —preguntó con cautela.

El joven sentado tras la mesa se encogió de hombros.

—Yo soy Wu San-ssu, presidente de la Censura, y éste es Wu Cheng-ssu, el Primer Secretario. Mi hermano —añadió, casi como si se le ocurriera de pronto.

—Nuestros predecesores se han retirado —dijo el que estaba de pie.

Di se levantó de su asiento bruscamente, apartando la bandeja con el servicio de té que le ofrecía un criado en aquel instante.

—¿Puedo preguntaros qué parentesco tenéis con la emperatriz? —preguntó con frialdad.

—¡Ah! Somos sus sobrinos, claro —respondió el que estaba de pie. Di dio media vuelta y se dispuso a abandonar el despacho—. ¡Maese Di! ¡No se vaya tan pronto, por favor! Hay muchos asuntos importantes que debemos tratar.

—No tengo nada que tratar con vosotros —declaró el magistrado. Abrió la puerta de un empujón y salió de la estancia, pero los dos hermanos salieron también, pisándole los talones.

—¡El retiro de los príncipes Li! —exclamó la voz de uno de ellos mientras Di

avanzaba con paso enérgico por el pasillo. Al oír aquello, el magistrado se detuvo y volvió la cabeza. Miró a los dos hermanos, percibió, incongruentemente, el gran parecido entre ambos y esperó a que expusieran lo que tuvieran que añadir.

—¡Sin la colaboración de usted, no puede llevarse a cabo con la dignidad y la delicadeza que se merecen! —El que había ocupado el asiento tras el escritorio del despacho mostraba ahora una ancha sonrisa—. ¡Usted es el único que puede hacerlo, magistrado! Esos príncipes necesitan su ayuda... y la emperatriz lo consideraría un favor personal.

—El exilio y la degradación, Wu-chi. Eso es lo que significa el «retiro» en la jerga de la emperatriz. Hay veinte príncipes, primos, sobrinos y otros miembros de la familia del emperador encarcelados como delincuentes comunes y pendientes de ser enviados al infierno húmedo y bochornoso de la isla de Hainan, tres mil *li* al sur de aquí, junto con un gran grupo de funcionarios y estudiosos «jubilados» que se han declarado incapaces de seguir trabajando con la emperatriz. Yo he intervenido en las gestiones o, mejor dicho, se me ha permitido intervenir. He tenido que encontrar un lugar para cada uno de ellos en un plazo ridículamente breve, bajo la amenaza de ser enviado a Hainan con los demás si no lo conseguía. La emperatriz sabía que no tendría más remedio que consagrarme a ello si quería salvar a esos desgraciados. Seguro que le ha complacido mucho demostrarme que podía tirar de los hilos y hacer bailar a Di Jen-chieh como a cualquiera. Finalmente, he conseguido enviarlos a Yangchou e instalarlos en las fincas de algunos amigos míos acomodados. Sí, los he «rescatado», pero todo ha sido una burla refinada. Se ha mofado de ellos y de mí —terminó de contar el magistrado con gesto abatido.

—¿Acusaciones de conspiración, supongo? —apuntó Wu-chi. Di asintió y el viejo consejero añadió con voz cansada—: Esa mujer está desmantelando a los T'ang piedra a piedra. Elimina a los herederos legítimos de la familia del emperador y los reemplaza por pretendientes bufonescos de su propia familia y por gente de la calle, al tiempo que atribuye categoría de realeza a sus antepasados plebeyos. Pero la burla que usted ha sufrido, amigo mío, es poca cosa en comparación con las que tuvieron que padecer mis colegas. —Wu-chi permaneció sentado sin añadir nada, sumido en sus recuerdos. Por fin, continuó—: En realidad, me sorprende que la emperatriz se muestre tan magnánima. Estoy seguro de que rebosa admiración por ella misma y por su ánimo compasivo. —Tras otro momento de reflexión, añadió—: Últimamente, da la impresión de estar de un humor excelente. Me he enterado de los Siete Actos de Gracia que su majestad imperial ha concedido tan benévolamente a su pueblo. Este «retiro» de los príncipes Li es sin duda, desde su punto de vista, otro acto equiparable de gracia y de clemencia. ¡Y tiene mucha razón al considerarlo así! Al fin y al cabo —añadió con un encogimiento de hombros—, podría haberse limitado a matarlos. Sí, la emperatriz muestra un estado de ánimo muy expansivo y magnánimo. Y, por

supuesto, nosotros sabemos por qué.

Di no respondió, pero se le escapó un gruñido. Aquél no era un tema en el que quisiera profundizar o reflexionar con más detalle.

—Mi abad me ha contado que el «mentor espiritual» de la emperatriz le ha escrito una carta recientemente —expuso Wu-chi con su tono tranquilo e informal, que siempre sorprendía a Di. El magistrado miró a su amigo:

—¿Se refiere a su...? —No conseguía dar con la palabra adecuada.

—A su santón. Su amante —apuntó Wu-chi, conciso.

Sus palabras provocaron de inmediato la alarma de Di.

—¡Espero que esa carta no tuviera que ver con usted!

—No, no. Nada que ver —lo tranquilizó el consejero—. Por lo que a Wu se refiere, llevo muchos años muerto. No; la carta contenía una propuesta a mi buen abad. Parece que ese... ese hombre santo, ese monje, se propone fundar una secta para honrar la gran Nueva Era en la que estamos entrando. La idea cuenta con todo el apoyo y todas las bendiciones de la emperatriz y, al parecer, el monje está visitando o poniéndose en contacto con gran número de monasterios de la ciudad y sus alrededores. Los está reclutando, por así decir.

—¿Y me equivoco si doy por sentado que ese «reclutamiento» lleva aparejada una sustanciosa dotación económica?

—No se equivoca, en efecto. Una cantidad muy generosa. Y, a cambio, los monasterios sólo estarían obligados a acoger entre sus muros a los novicios de la nueva secta. Y, por supuesto, a introducir un cambio gradual hacia un nuevo orden de existencia, hacia un nuevo cuerpo de enseñanzas. No parece mucho pedir, ¿verdad?

—¿Y qué ha respondido el abad?

—Ha declinado el ofrecimiento con su impecable humildad y elegancia de costumbre.

—Sin duda, otros abades menos humildes y elegantes habrán actuado de otra manera.

—Sin duda.

—¿Y bajo qué nombre, si puedo preguntarlo, se conocerá a esa gloriosa nueva secta?

Wu-chi reflexionó unos instantes.

—El nombre es de lo más inocente. Suena dulce y tierno como el verso de una mujer. Y se le va de la cabeza a uno con facilidad. Deje que me acuerde... ¡Ah, sí! La Nube Blanca.

—La Nube Blanca —repitió Di, despacio—. Bien, amigo Wu-chi, quizás a usted todo esto le parezca un pequeño capricho impulsado a la deriva por la brisa. Pero a mí me sugiere el alarido de una flecha, salida del arco de un demonio del infierno, que corta el aire en pos de mi corazón.

21 Año 670, finales del verano Luoyang

—No hay confusión posible —aseguró él, tras estudiar su rostro detenidamente—. Llevo observándoos bastante tiempo, pero soy un hombre cauto y conservador. No me precipito a afirmar nada sin haberlo comprobado. Estoy absolutamente seguro —insistió, al tiempo que volvía el rostro de la mujer hacia la brillante luz solar que entraba por la ventana.

La madre, sentada cerca de ellos, sonrió afectuosamente.

—Yo también lo aprecio —asintió—. Los dos lo advertimos hace algún tiempo, pero nos prometimos guardar silencio hasta estar seguros.

—Sí, hasta estar seguros —confirmó él.

Wu esperó, reconfortada por los halagos y ardiendo de impaciencia, sumida en la exquisita ansiedad provocada por su madre y su amante.

—Y ahora ya no queda lugar a dudas —continuó éste sin dejar de estudiar su rostro, tan cerca de ella que Wu notaba su aliento en la piel—. Os estáis volviendo más joven.

—Qué tontería —protestó ella, deseosa de oír más.

—No, es cierto —intervino su madre—. ¿Quién podría verlo mejor que tu propia madre? Te observo desde el día en que naciste. Te conozco como nadie. Y te aseguro que el tiempo retrocede, los años se desprenden de ti. Es un fenómeno gradual, igual que lo es el proceso de envejecer, pero te aseguro que es absolutamente real.

—Absolutamente —asintió él—. Y creo que yo también estoy en condiciones de apreciarlo, ¿no? —añadió con una sonrisa insinuante—. Aunque, desde luego, no hay ninguna visión más clara que la de una madre...

El hombre dirigió su sonrisa a la señora Yang, que se la devolvió. Wu se sintió rebosante de calor, de vigor y de omnipotencia, y la asaltó un apetito voraz de futuro cargado de promesas.

—Absolutas tonterías —repitió, sumando su sonrisa a las demás.

—¡Ah, pero hay más! —continuó el hombre, dando más seriedad a su voz y a su expresión. Retiró la mano de la barbilla de la emperatriz y retrocedió un paso para contemplarla con veneración—. Hay muchísimo más. Pronto comprenderéis el significado de este fenómeno y sabréis que es completamente real. Estaba esperando el momento oportuno para revelarlo. Mejor dicho, vuestra madre y yo lo esperábamos, pues llevamos algún tiempo trabajando juntos en esto. Todo empezó el día que vi en la calle al viejo monje desdentado y lleno de arrugas que vendía sus escasas y raídas pertenencias pero que, pese a todo, despedía un fulgor más intenso que el del sol.

—Me niego a seguir escuchando estas bobadas —dijo Wu, feliz y satisfecha.

—Un resplandor más brillante que el del propio sol —insistió él—, y yo, aunque

cegado por él y con un dolor cada vez más intenso conforme me acercaba, llegué hasta él. Porque supe que tenía que hacerlo. —Se volvió hacia la señora Yang con la cabeza todavía inclinada en un gesto de veneración—. Pues bien, mi emperatriz, aprecié esa misma luz en torno a vuestra madre. Era ella, la gran protectora, la destinada a proporcionar a este humilde fraile el refugio y la absoluta tranquilidad sin las cuales no habría podido conseguir el estado de meditación que se requería para penetrar en las sagradas escrituras que el destino puso en mis manos.

—De modo que es eso lo que habéis estado haciendo... —dijo ella al tiempo que dirigía una sonrisa a su madre—. Penetrar en escrituras sagradas...

—No podéis haceros una idea de la dificultad, mi señora. Imaginad, si os place, un texto que es como una caja dentro de otra caja, y ésta dentro de otra. Pero cada caja que aparece cuando se destapa la anterior está compuesta de símbolos cada vez más misteriosos, expresados en una lengua que, incluso en su forma más sencilla, está repleta de giros, dobles sentidos, engañosas insinuaciones y puntos muertos. No sólo he conseguido abrir cada una de las «cajas» —afirmó al tiempo que se erguía, exhibiendo su impresionante estatura, y ensanchaba el pecho con aire orgulloso—, sino que he vuelto a cerrarlas y ordenarlas, para estar seguro de que todo encajaba. Existe una buena razón para que vuestro cuerpo experimente el retroceso del tiempo, para que los años se desprendan de vos. —Con una mirada penetrante el hombre anunció—: Es hora de revelar al mundo el *sutra* de la Gran Nube.

¿Existía algún territorio más glorioso y tentador que el futuro? En aquellos momentos, el deseo y la impaciencia ardían en su interior como un incendio que amenazaba con consumirla. Wu ansiaba hincar el diente en el futuro, en el banquete de infinitas posibilidades que se extendía ante ella, en la vida misma y en la carne de su amante, cuya mirada le prometía un festín, y a la que respondió con una sonrisa radiante y descarada.

—Pura basura —insistió.

Muchos meses después de terminados los *stupas*. Di cayó por fin en la cuenta de que la construcción de aquellos monumentos no era nada en comparación con el alcance del nuevo proyecto de la emperatriz: un templo, casi del tamaño de un ala del propio palacio, destinado a ser el santuario principal y sede central de la secta de la Nube Blanca. En su calidad de presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, debería haber conocido todos los detalles de la nueva secta: el nombre de su abad, el número de monjes con que esperaba contar, sus preceptos y sus medios de financiación. En efecto, la nueva institución religiosa debería obtener la licencia a través de él y de su Gabinete de Sacrificios, pero lo único que Di conocía del futuro templo era el nombre —el Caballo Blanco— y el hecho de que participaban en su construcción por lo menos un millar de obreros. Sus repetidas peticiones de una reunión con el abad de la nueva secta habían sido desoídas. Di habría ido a verlo sin

previo aviso, pero no sabía dónde encontrarlo... Fuera de la alcoba de la emperatriz, por supuesto, porque allí incluso al gran Di le resultaría imposible acceder.

Visitó los templos de la ciudad y sus alrededores que habían aceptado el ofrecimiento de formar parte de la Nube Blanca, pero los abades —algunos de los cuales parecían bastante íntegros y sinceros, para sorpresa de Di— no pudieron decirle gran cosa, salvo que habían recibido una generosa dotación económica e instrucciones de esperar. ¿Esperar qué?, había preguntado Di. Nuevas instrucciones, le habían respondido vagamente, y la divulgación del *sutra* de los *sutras*, que tendría lugar muy pronto.

¿El *sutra* de los *sutras*?

Sí, le habían contestado; el *sutra* que reemplazaría a todos los demás y sería el anuncio de un nuevo mundo.

Más tarde, cuando se detuvo a observar la construcción, comprobó que no había confusión posible. El templo del Caballo Blanco estaba tomando un aspecto exótico, parecido al de los *stupas* ancestrales. El arquitecto que había diseñado los planos era el mismo que había proyectado los monumentos a los antepasados. Un día, hizo un experimento. Levantó las manos de modo que ocultaran a su vista todo lo que rodeaba el templo. No era difícil imaginar aquel edificio exótico alzándose solitario sobre una cumbre remota en una tierra extranjera. Y sin embargo, allí estaba, creciendo incongruentemente en la familiar tierra de Luoyang como una orquídea en un huerto de coles. El efecto era tan evidente que se asombró de que el pueblo no reparara en ello.

Las visitas del magistrado al monasterio eran cada vez más frecuentes. Allí encontraba verdadera paz y sosiego en un mundo que cada día, cada hora, se hacía más caótico.

En esta ocasión, el abad Liao se había sumado a Di y a su amigo. El magistrado no era el único que tenía el templo del Caballo Blanco en la cabeza. El abad, siempre tan sereno, estaba visiblemente inquieto.

—Un emisario de la secta de la Nube Blanca vino a visitarme la semana pasada —anunció, ceñudo—. No se dan por vencidos tan fácilmente.

—Pero usted dejó claro en su carta que no están interesados en adherirse a ellos, ¿verdad? —preguntó Di.

—Desde luego —respondió el abad—. Lo dejé muy claro. En términos que no ofrecían lugar a dudas. Les agradecí su generoso ofrecimiento pero les aseguré que nos satisface continuar como hemos estado durante siglos. Les escribí que somos una orden especialmente sencilla y conservadora y que no deseamos cambiar.

—¿Cómo quedaron las cosas tras eso? —preguntó Di con curiosidad.

—Yo creía haber transmitido mis intenciones con claridad y sin que pudieran

tomarlo a mal. No esperaba volver a tener noticias de ellos. Y, desde luego, no esperaba una visita. —El abad miró a Di y a Wu-chi—. Esta vez me han hecho otra propuesta, una oferta que ellos deben de juzgar irresistible. Antes nos ofrecían riqueza; ahora, poder.

—¿Poder? —repitió Di, incrédulo.

—Sí. El emisario me dijo que la emperatriz regente y el abad de la Nube Blanca han decidido reorganizar las circunscripciones y prefecturas de todo el imperio. Las fronteras se modificarán y las regiones se denominarán «parroquias». Y cada parroquia estará bajo el cuidado benevolente de un templo local de la Nube Blanca. El enviado me sugirió también que nuestro monasterio estaba muy bien situado para presidir una de las parroquias más populosas y productivas de los alrededores de Luoyang.

—¡«Parroquias»! —exclamó el magistrado—. ¿Qué más le contaron, abad Liao? ¿Qué tamaño tendrán esas parroquias? ¿Cuánta gente, cuántas granjas tendrá cada una? ¿Habrá que pagar al imperio una tasa especial, además de los impuestos anuales vigentes? —El investigador que llevaba dentro había despertado de improviso.

—Magistrado Di —comentó el abad con una débil risilla—, hace usted muchas preguntas sagaces. Por desgracia, no conozco las respuestas porque he rechazado la oferta. Y, desde luego, no les permití llegar a tales detalles.

—¡Oh, desde luego! ¡Desde luego! —asintió Di—. Y actuó usted muy bien, abad. Y dígame —lanzó una penetrante mirada al monje—, ¿cómo han quedado las cosas esta vez? ¿Han aceptado de buen grado su segunda negativa?

—El emisario se mostró amable —respondió Liao—, pero no tuve la impresión de que vayan a dejarme en paz. De hecho —en los ojos del abad se leía la preocupación—, dijo que volverían en unas pocas semanas para tratar el asunto otra vez. Y añadió que, durante ese tiempo, el mundo será testigo de un milagro que disolverá todas las dudas que aún pueda abrigar. —Era la primera vez que Di veía tambalearse la ecuanimidad del buen abad—. ¡Un milagro, señor Di! —repitió—. Debería sentirme contento, interesado y curioso, pero la idea sólo me produce miedo. —Permaneció pensativo un instante antes de añadir—: Y la próxima vez que se presenten, vendrá con ellos el propio abad del templo del Caballo Blanco.

—¡El abad en persona! —exclamó Di. ¡Por fin, una oportunidad!—. Mi buen abad —dijo con entusiasmo—, ¿permitiríais a un magistrado errante entrar en vuestra orden por un breve tiempo? —Liao lo miró sin comprender todavía—. Cuando ese abad del Caballo Blanco llegue aquí con su séquito de la Nube Blanca, yo también querría estar presente. Como un miembro de la comunidad —explicó Di.

—Por supuesto, magistrado —asintió el abad Liao—. ¡En realidad, agradeceré mucho que lo haga!

—Excelente, excelente. —Di ya empezaba a esbozar planes.

Wu-chi había asistido a la conversación sin decir palabra. Por fin, hizo un comentario, con el tono de quien recuerda algo muy lejano en el tiempo.

—Un milagro —murmuró—. No me gusta nada la idea.

Di lo miró y notó que a él también le invadía la inquietud. Un milagro, nada menos.

No quedaba nada que hacer salvo esperar. ¿Y qué podía ser más enloquecedoramente vago que esperar a que se produjera un milagro?

Una tarde, unas tres semanas después de la visita al monasterio, Di entró en una taberna situada en una calle concurrida y bulliciosa y se sentó a leer una carta de uno de los príncipes Li «retirados» a los que había ayudado a encontrar cobijo en Yangchou.

Lejos de la atmósfera represiva de Luoyang, los estudiosos iban perdiendo el miedo. Se reunían a menudo para charlar y, como era muy lógico, el tema de conversación más frecuente era la emperatriz. Wu era una verdadera inspiración para ellos. Aquellos hombres, que jamás en su vida habían levantado una espada o tan siquiera la voz, cuyas manos delicadas estaban más acostumbradas al pergamino, a las tazas de té y a los pinceles de escribir que al frío metal y que probablemente ignoraban el color de su propia sangre, hablaban de rebelión. Y querían que el magistrado Di participara en ella y fuera su contacto en la capital. Todo esto se lo comunicaron en términos velados, por supuesto, con el lenguaje casi incomprensible de quienes habían recibido una buena educación, que constituía prácticamente otro idioma pero resultaba perfectamente claro para el magistrado.

Ojalá hubiera podido viajar a Yangchou para hablar con ellos cara a cara, pensó Di. No había modo de saber si la insurrección que proyectaban era verosímil o un patético delirio. ¿Tenían algún plan sólido, alguna posibilidad real? ¿O, cuando todo terminara, la emperatriz utilizaría sus huesos como palillos de dientes?

Contempló de nuevo la carta. El autor era un conocido suyo, Li Cheng-yeh, un erudito de mediana edad a quien el menor esfuerzo físico costaba siempre unos jadeos tremendos. El magistrado movió la cabeza, admirado. Esa misma noche escribiría una respuesta cauta en el mismo lenguaje simbólico. Les diría que esperasen, que estuviesen vigilantes y completamente seguros de sus fuerzas antes de intentar cualquier movimiento. En un acto de prudencia, Di decidió también enviar otra carta, a su casa en Yangchou, para indicar a sus esposas que estaba disponiendo lo necesario para el traslado de la familia a Ch'ang-an. A las mujeres les alegraría la noticia. Allí vivían la mayor parte de sus parientes y también parte de la familia de Di. El magistrado quería a los suyos lejos de una ciudad en la que podía estallar una rebelión.

Enrolló la carta y pagó al tabernero. Se disponía a pisar la calle cuando percibió un sonido familiar, pero absolutamente fuera de lugar, que se alzaba sobre el ruido

callejero y al propio tiempo un ligero revuelo. Retrocedió un paso en el umbral de la taberna para evitar tropezar con dos jóvenes que pasaban corriendo; cuando volvió a asomarse, vio más gente, sobre todo jóvenes, que bajaban por la calle precediendo a una comitiva de túnicas de color azafrán y cabezas rapadas. Di apreció al instante que aquellas cabezas afeitadas se alzaban claramente por encima del resto de la multitud. Pertenecían a hombres de una estatura inusual. Lo que estaba oyendo, y que había escapado a su comprensión hasta aquel instante porque era el último lugar donde esperaba oírlo, era el canturreo de los monjes. Rítmico e imponente, el cántico se hizo más fuerte cuando los monjes se acercaron por la abigarrada avenida principal, desfilando como soldados. La proximidad de los monjes, su estatura y su aspecto temible —rostros severos y sombríos como los de un ejército conquistador— hacían que la gente se apartara de su camino. Sólo los jóvenes y los pilluelos de la calle, presas de la excitación, los acompañaban entre gritos y carreras, abriendo paso a la comitiva.

Los monjes no desviaban la mirada en ningún momento, como si la calle bulliciosa no existiera. Era un coro experimentado de unas cincuenta voces, y el grupo parecía marchar en trance. Cuando la comitiva estuvo a unos veinte pasos de Di, éste empezó a reconocer las palabras de la salmodia. Se unió al grupo de muchachos que flanqueaba a los procesionarios y avanzó con ellos a la carrera, no porque se dejara llevar de un impulso pueril sino porque los monjes se movían a tal velocidad, con las enormes zancadas de sus largas piernas, que se habrían alejado rápidamente, y Di quería oír todo lo que cantaban al ritmo del disciplinado traqueteo de un centenar de pies.

«¡ELLA HA VUELTO A ESTE MUNDO DE CONDENACIÓN! ¡LA LUZ DE SU CUERPO ES PÚRPURA Y DORADA! ¡SU HALO SON CINCO MIL BUDAS TRANSFORMADOS! ¡SU LUZ BRILLA SOBRE LOS CINCO CAMINOS DE LA EXISTENCIA! ¡UN RAYO DE LA RAÍZ DE SU CABELLO CIEGA EL MUNDO! ¡LA LUZ DE SU SABIDURÍA NOS LIBERA DE LA CREACIÓN! ¡ELLA VIENE A NOSOTROS DESDE LA TIERRA DE WU-HSIANG! ¡WU-HSIANG, LA TIERRA DEL NO PENSAMIENTO, VIENE A NOSOTROS! ¡AVALOKITESVARA RENACIDO! ¡LUZ ILIMITADA, EL DIVINO BODHISATTVA! ¡LUZ ILIMITADA, EL DIVINO BODHISATTVA! ¡LUZ ILIMITADA, CAKRAVARTIN RENACIDO.

Di avanzó con ellos varias manzanas antes de abandonar el cortejo, jadeando por el esfuerzo de mantener aquel paso acelerado. Se hundió en la multitud, asombrado, y siguió con la vista la imponente columna de cráneos rapados que se alejaba y cuyo canturreo se fue apagando hasta ser inaudible. Envuelto ahora por el excitado parloteo de la gente, se volvió a la persona más próxima a él, un anciano situado justo a su espalda. El magistrado aún trataba de encontrar las palabras adecuadas cuando el

anciano respondió a su tácita pregunta.

—Discípulos de la Nube Blanca —dijo el hombre sucintamente. Di dio un último vistazo a las cabezas que desaparecían a lo lejos y se volvió de nuevo hacia su informador—. ¿No se ha enterado? —continuó el hombre—. Hoy se ha producido un milagro.

—¿Un milagro? —repitió Di, estupefacto.

—Sí. Parece que, durante una pequeña ceremonia de consagración de un ala del templo del Caballo Blanco, una talla sagrada del Buda que habían traído de la India se ha transformado en una bandada de inmaculadas palomas blancas. Las aves han volado hacia el cielo y la estatua ha desaparecido. —El anciano se encogió de hombros—. Ha habido decenas de testigos. Mi hermano estaba allí, casualmente, y lo ha visto todo con sus propios ojos.

Di se sentía como si hubiese sido presa de la fiebre durante una semana entera. Llevaba unos días con los nervios a flor de piel, esperando una llamada a su puerta o a su ventana en mitad de la noche, o una carta deslizada en sus manos en medio de una multitud. El «milagro», que estaba en boca de casi toda la ciudad, no podía ser sino una señal de Hsueh Huai-i para hacerle saber que estaba vivo y que se había infiltrado en la secta de la Nube Blanca. El truco del tibetano era sumamente astuto y transmitía gran cantidad de información. Que sus habilidades como prestidigitador fueran utilizadas para crear milagros no sólo revelaba que se hallaba dentro de la secta sino que, indudablemente, había alcanzado una posición de cierta importancia en ella.

Excitado, Di repasó las perspectivas. Sin duda, Hsueh estaba en contacto con el abad del Caballo Blanco, el «mentor espiritual» de la emperatriz. Probablemente, Hsueh sabía todo lo que había que saber del funcionamiento interno de la Nube Blanca, sus proyectos, su alcance y su jerarquía de poder; quizás Hsueh ya conocía la situación y la extensión de sus puntos débiles, de sus aspectos vulnerables, y al día siguiente podía formar parte de la comitiva del abad de la secta. Sin duda, el tibetano reconocería al magistrado bajo cualquier disfraz que éste adoptara. Era posible que incluso pudieran cruzarse alguna señal.

El día siguiente era el señalado para que Di acudiera al monasterio a asumir su papel de anónimo contemplativo. Se preguntó qué clase de hombre sería el abad de la Nube Blanca. ¿Un simple títere de la emperatriz, como Kao-tsung o como el difunto *nagaspa*? ¿O un verdadero reto para la mujer? Desde luego, la emperatriz aprestaba las zarpas y desplegaba sus alas como no lo había hecho nunca hasta entonces. Como había apuntado acertadamente Wu-chi, el fuego de la emperatriz estaba siendo alimentado por aquel hombre. Fuera quien fuese, era muy audaz, desde luego, al presentarse con aquel sutra espurio e ilegítimo que cualquiera que estuviese familiarizado con las escrituras sagradas reconocería como una obra apócrifa

inspirada en un gran número de fuentes. Sí, un hombre audaz y, a su manera, valiente, pensó Di. ¿Qué clase de valor se requería para acostarse en la cama de la emperatriz?

Ya era noche cerrada y Di había preparado una navaja muy afilada, un poco de jabón y una jofaina de agua caliente. Cuando cogió la navaja agradeció por segunda vez en pocas semanas que sus esposas se hallaran lejos y no tuviesen que soportar de nuevo la visión de su marido con la cabeza afeitada. Al atacar el primer mechón, le vino a la memoria un difuso recuerdo de las caras sonrientes y burlonas de sus hijos en el jardín de Yangchou cuando le habían visto por primera vez con la cabeza desnuda.

Era evidente que el buen abad del monasterio del Loto Puro no había pegado ojo. Sus facciones, normalmente alegres, se afilaban de preocupación y bajo los ojos le habían aparecido grandes bolsas violáceas. A Di le indignó el que una persona tan honrada y bondadosa se viera tan perturbada.

El magistrado había llegado cuando aún era de noche y, según el plan preestablecido, se sumó a los monjes mientras se dedicaban a las oraciones matutinas. Wu-chi permanecería recluido todo el día; aunque sabía que la emperatriz ya había dejado de buscarlo e ignoraba su paradero, la proximidad de aquellos representantes suyos le había producido una gran inquietud.

Nadie sabía a qué hora se presentaría la delegación de la Nube Blanca.

Después de las plegarias matinales. Di compartió el sencillo desayuno de los monjes y pasó la mañana trabajando en el huerto del monasterio. Le agradó mucho el calor del sol en la espalda mientras trabajaba y observó a los insectos que realizaban sus propios quehaceres con laboriosidad y diligencia. La breve vida de un insecto era toda trabajo, reflexionó. Otros animales tenían sus momentos de placer y de relajación. Incluso las activas ardillas se tomaban un tiempo libre en su tarea para retozar en las copas de los árboles. Y el búfalo tenía sus ratos para dedicarse a rumiar y descansar, cuando no tenía el látigo en el lomo y el yugo en el cuello. Él mismo había visto pájaros que chapoteaban en los charcos poco profundos por el puro placer de hacerlo. Pero los insectos no conocían tal respiro. Diseñados por la naturaleza como trabajadores infatigables, no había uno solo entre ellos que se desviara de la norma.

Descubrió un escarabajo panza arriba que agitaba las patas inútilmente mientras las hormigas lo atacaban y enderezó al bicho con la ayuda de un palito. El insecto se alejó con rapidez, como si no lo sorprendiera en absoluto que la providencia le hubiera echado una mano, cuando podría perfectamente no haber reparado en él y haberlo pisado. Di reflexionó que, sin duda, era así cómo los dioses —si existían— intervenían en las vidas de los hombres: siguiendo el impulso del momento.

Llevaba la mayor parte de la mañana trabajando en silencio. Se secó el sudor de la cabeza, extrañamente pelada, y enderezó la espalda un momento para aliviar la

rigidez de sus músculos. En aquel mismo instante vio la figura del ayudante del abad Liao que se acercaba con las facciones pálidas como un pergamino y la mano levantada. Sin apresurarse. Di dejó el azadón y se encaminó junto con otros monjes hacia los aposentos del abad, donde se recibiría a los visitantes.

Los invitados aún no habían llegado; por lo tanto, los monjes debían de tener un vigía atento a la carretera que conducía al monasterio. Pero Di sabía que la comitiva se acercaba a la verja porque alcanzaba a oírla; el mismo cántico agresivo y rítmico que había escuchado en las calles de la ciudad la semana anterior invadía ahora la atmósfera bucólica y apacible del lugar. Al pasar con el grupo de monjes bajo la sombra de uno de los frondosos árboles de enormes ramas, el sudor de la frente le produjo un escalofrío.

Mantuvo la mirada baja mientras la comitiva se acercaba con su caminar acompasado. Cuando alzó los ojos, vio un batallón de una decena de monjes de estatura extraordinaria que atravesaba en diagonal el acceso al monasterio, ofreciendo su perfil al grupito de monjes entre los que se encontraba él. El sol arrancó un destello de algo que brillaba en la cabeza de la comitiva. El breve fulgor tuvo un eco en la mente de Di. En aquel instante, el magistrado descifró el enigma de aquellos monjes esculturales: habían sido seleccionados para complementar la gran estatura de su líder, el abad del templo del Caballo blanco, fundador y jefe de la secta de la Nube Blanca y amante de la emperatriz. Del hombre que marchaba a la cabeza del cortejo, con un collar de oro sobre sus ropas sencillas de abad.

Di se rezagó y se ocultó en el quicio de una puerta, en cuya fría sombra permaneció mientras recuperaba el aliento y esperaba a que su corazón desbocado se tranquilizara. No creía que Hsueh Huai-i lo hubiera visto pero, con el tibetano, uno no podía estar seguro. Verdaderamente, podía decirse de él que tenía ojos capaces de ver a través de las piedras.

22 Año 671, primavera Luoyang

Debo prestar atención a las voces, se dijo Wu en un susurro. Sí, debía aprender a escucharlas. Tenía que confiar en su facultad de oírlas. Cerró los ojos y se dijo que debía prestar atención a lo que le contaba Hsueh Huai-i.

Éste le había susurrado solemnemente que, al principio, habría muy poca diferencia entre el sonido de sus propios pensamientos y el del espíritu de Buda que ahora moraba en ella. Hsueh fue muy claro al respecto. En algún momento —ella sabría cuándo— dejaría de ser un misterio; las dos voces que pugnaban por hacerse oír en su cabeza se harían tan diferentes y reconocibles como el retumbar grave de un tambor y el tañido nítido y perfecto de una campana de bronce. En ese momento, desaparecería toda confusión. El ruido de la codicia y el egoísmo —la voz de sus propios deseos rastreros, mundanos y corruptos— continuaría martilleando en su cabeza, pero habría otra, que sonaría muy lejana, como el eco de la campana de un templo tras las montañas envueltas en la bruma. Empezaría pequeña y débil, aguda, casi inaudible, hasta que su pureza cristalina se abriera paso entre el estruendo de las cascadas y de los rápidos caudalosos, entre los murmullos de las ramas de los pinos y entre los ecos solitarios de los vientos aullantes que azotaban los picos lejanos. La campana del templo, nítida y pura: *ping... ping... ping...*

El tibetano imitó aquel sonido característico con tal perfección —elevando la voz hasta que adquirió un auténtico tono metálico y acompañando cada «tañido» con un sonido grave en lo más hondo de la garganta que recordaba la resonancia decreciente de la campana— que Wu casi se convenció de que, realmente, había una campana en la estancia.

Fue en aquel preciso instante cuando tuvo la certeza de escuchar aquella voz. Estaba allí, detrás de todo lo demás, serena, clara, solitaria y persistente como la campana del monasterio de Hsueh. ¡Allí la tenía! Y a través de ella hablaba el Verdadero Espíritu del Budismo. Con el tiempo, aquella voz pura le indicaría claramente todo lo que tenía que hacer. Pero tenía que darle tiempo, y no disponía de él: los rebeldes habían empezado a organizar su sublevación desde la ciudad de Yangchou, en el canal. Una sublevación poco importante, pero que despertó su ira y le hizo recordar los comentarios de su madre acerca de los parientes molestos. Pero en esta ocasión la molestia procedía de la parentela de otro (de su difunto esposo, para ser precisa).

Quinientos funcionarios destituidos, la mayoría por debajo del sexto nivel, se unieron a los príncipes menores de la familia imperial Li en su exilio. Los príncipes consiguieron organizar un ejército de cien mil hombres, pero éste todavía no había salido de la poblada confluencia del Gran Canal con la boca del Yangtse para marchar hacia el norte. Las primeras observaciones de sus espías decían que el liderazgo del

movimiento ya estaba tambaleándose y las disensiones entre los príncipes ya eran manifiestas. Pero esos mismos espías no siempre eran capaces de distinguir a la milicia imperial local de las fuerzas rebeldes. Y lo mismo les sucedía, al parecer, a los ciudadanos corrientes.

Sin embargo, en opinión de Wu, todo aquel asunto —un desafío menor a su autoridad— carecía de importancia. La emperatriz decidió afrontar la crisis —la primera que se producía en el mandato del «emperador». Chui-tsang— con la calma que le producía prestar oído a aquella voz interior. Con paz interior, serenidad de ánimo y gran generosidad, conocería todas las respuestas; todas las incógnitas se harían transparentes. Entonó su mantra personal y secreto, el que Hsueh le había dado, y su grave murmullo le llenó la cabeza. Y en el mar de ecos vio que la planta nacida de la semilla de la virtud búdica se abría en la flor gloriosa de la acción búdica...

Shu carraspeó y continuó su lectura:

—«... y así, esa mujer ha actuado por malicia y con una intención a la vez astuta y malévola».

—¡No, no, no! —dijo Wu al historiador con un tono lánguido que lo desconcertó—. ¡Empiezas a irritarme *de veras*, Shu!

La emperatriz entrecerró los ojos con disgusto.

—Lo lamento, mi señora —murmuró Shu—. ¿Os referís a la proclama de Li Ching-yeh, el líder rebelde, que os estoy leyendo textualmente?

—«¿Os referís a la proclama de Li Ching-yeh, el líder rebelde?» —se burló Wu—. No, Shu, es tu dentadura desigual, tu nariz ganchuda, tus ojillos desagradables y tu barbilla temblorosa —continuó ridiculizándolo—. ¡Es tu voz, estúpido!

—¿Mi señora?

—¿Shu?

—No comprendo.

—Claro que no. Porque tú eres incapaz de oír tu propia voz —fue la respuesta de la emperatriz.

—Bien, yo... —empezó a balbucear Shu, pero ella lo cortó.

—¡Ah, Shu! Lo que sucede es que lees la proclama de ese traidor de Yangchou con tal tono de respeto...

—¿A mi señora no le gusta cómo leo? —preguntó el historiador con aire dolido.

—A tu señora no le gusta que le des tanta *credibilidad* a esa tontería leyéndola con ese tono tan pomposo y oficial —declaró Wu con insistencia.

—En este caso, quizá sería más conveniente para todos si yo...

—¡Bah! —volvió a interrumpirlo ella—. ¡Lees ese... ese... papel como si realmente creyeras lo que dice!

—... si me permitierais dejar aquí la lectura y retirarme a mi casa —continuó Shu—. Hasta que su majestad haya descansado, tal vez, o...

—No, historiador —replicó Wu cansinamente—. No te irás. Seguirás leyendo.

—Entonces, ¿cómo desea mi señora que lo haga?

Wu descargó sendas palmadas sobre la mesa con exasperación.

—¡Ah! ¡No me importa! ¡Vamos, sigue adelante y termina de leer ese despreciable pergamino como te dé la gana! ¡Pero evita darle ese condenado tono de importancia! —añadió con una mirada furiosa.

Shu aguardó hasta estar seguro de que la emperatriz había terminado.

—¿Puedo continuar? —preguntó con cautela.

—Sí, sí, desde luego. Continúa leyendo, Shu. Estoy impaciente por conocer ese... ese «manifiesto» —añadió con una risilla despectiva.

Con un nuevo carraspeo, Shu reemprendió la lectura desde el punto de la hilera vertical de caracteres rojo sangre en que descansaba su dedo:

... esa mujer, Wu, que ha usurpado el trono a base de falsedades, es peligrosa e inflexible por naturaleza. En realidad, procede de una familia de extracción plebeya...

—¡No quiero oír nada más! —Wu se levantó de su asiento, se inclinó y arrancó el documento de las manos de Shu—. Todo esto es absurdo, Shu, pero a juzgar por tu voz, cualquiera diría que compartes esas palabras. —Clavó su mirada en los ojos del historiador y preguntó sarcásticamente—: ¿Las compartes, Shu?

Tras esto, arrojó el manifiesto sobre la mesa delante del hombrecillo.

—Señora...

—No me lo digas, Shu. —Wu se llevó las manos a los oídos—. No quiero oír nada más. Me trae sin cuidado lo que vayas a decir.

Shu renunció a responder. Tomó de nuevo el pergamino y continuó la lectura:

Al principio, esa mujer formaba parte de la servidumbre de rango inferior de Tai-tsung, a quien ayudaba a cambiarse de ropa. Cuando alcanzó la edad madura, llevó el desorden al palacio del príncipe heredero, el difunto emperador Kao-tsung, ocultando su relación íntima con él. A continuación, conspiró disimuladamente para ganar favor en los Aposentos Privados y, siempre maniobrando en las sombras, consiguió desacreditar, con métodos sutiles y disimulados, a las demás mujeres...

—Porque era preciso hacerlo —exclamó Wu y, de nuevo, golpeó la mesa con

fuerza—. Estaban alrededor de él como cerdas malolientes que se revolcaban en su propia mierda pastosa, Shu —añadió, complacida con la mirada de reprobación que habían despertado sus palabras en el rostro del historiador—. ¿Por qué no habla también de eso?

Cruzó los brazos ante el pecho, desafiante, y volvió el rostro hacia la ventana con expresión fría. Shu esperó.

—¿Y bien? —dijo ella.

—¿Oh...? Sí —contestó Shu y, de nuevo, encontró el punto—. Sí, hum...

... a las demás mujeres. Mediante argucias, halagos y perversas artimañas, engañó al emperador. Usurpó el emblema del faisán de emperatriz y atrapó a nuestro Kao-tsung en un incesto igual que había traicionado a Tai-tsung, su padre, con su relación secreta...

—¡Oh, cierra la boca, Shu! ¡Basta ya! —exclamó la mujer. Guardó silencio un momento, enfurruñada. Cuando volvió a hablar su tono fue el que uno utilizaría para dirigirse a un niño poco despierto—. No usurpé el emblema del faisán. Soy emperatriz porque mi esposo imperial, Kao-tsung, me necesitaba. No habría podido desempeñarse solo. La nación me necesitaba. Gobernamos como los Dos Santos, como los Dos Sabios. No había otro remedio. Todo el mundo sabe lo que he sacrificado por la pesada carga del gobierno del imperio.

—Por supuesto, señora. Todos lo sabemos, ciertamente —asintió Shu, obsequioso—. Pero... quizá sería mejor —sugirió— que su majestad leyera el resto de... del... hum... del «manifiesto» por sí misma.

—No, Shu. No, no, no —replicó ella con infinito cansancio—. Quiero que lo leas tú. Por favor —añadió.

—Dejadme ver, pues. Aja, sí...

Luego, con su corazón de serpiente y su instinto de loba...

Wu, esta vez, escuchó desde su asiento con calma impasible. El historiador apresuró la lectura con la esperanza de eludir las objeciones de la mujer y llegar pronto al final del documento.

Siempre ha favorecido a perversos aduladores al tiempo que destruía a

sus funcionarios probos y leales. Sospechamos que es responsable del asesinato de miembros de su propia familia. Tan odiada por los dioses como por los hombres...

El historiador contuvo el aliento tras de estas últimas palabras. Al ver que la emperatriz no decía nada, se apresuró a seguir.

... ni el cielo ni la tierra pueden soportarla. Aún hoy, esa mujer alberga oscuras intenciones y proyecta usurpar el trono imperial. Y el amado príncipe heredero, el futuro emperador Chui-tsung, hijo del difunto gobernante, permanece encerrado en un palacio aislado. Y esa mujer ha desterrado a todos los miembros de la casa de Li y ha despedido a sus funcionarios honrados y ha entregado los cargos más importantes del estado a su grupito de bandidos y bribones... En nombre de los príncipes huérfanos y del Hijo del Cielo, la tierra de cuya tumba todavía no está seca, levantamos la justa bandera de la rebelión por nuestra casa regente de Li, para recuperar la confianza del mundo entero, para purificar el imperio de los ominosos presagios de catástrofe y para restaurar la tranquilidad en los altares de tierra y grano... para liberar al imperio de esta ilegítima casa de Wu...

Había terminado. Esperó, mientras aquellas palabras de censura flotaban incómodamente en el aire.

—¿Y qué te parece todo esto, Shu? ¿Enterarte de que no eres más que un vulgar bandido? —preguntó ella por fin, con una inflexión maliciosa en la voz.

—No me parece nada, mi señora. No había caído en la cuenta de que ese odioso rebelde, Li Ching-yeh, pudiera referirse a mí —respondió Shu con aire digno.

—¡Ah, mi querido Shu! Ahí te equivocas —se burló Wu—. En realidad, creo que no se refiere a otro sino a ti.

—Lleva así desde que llegó la noticia —explicó Shu mientras el tibetano lo apartaba de un empujón—. Sigue ahí sentada. Sus últimas palabras fueron un comentario respecto a que todo el mundo la ha traicionado, que no puede confiar en nadie, que..., que... —el historiador alzó la voz tras el monje, que ya estaba a medio pasillo gracias a sus largas zancadas—. ¡Dice que el propio cielo ha enviado de vuelta sus muertos!

Hsueh encontró a la emperatriz recostada en el diván y a su madre sentada al borde de la gran cama endoselada de Wu con una expresión de disgusto.

—¡Oh, lama Hsueh, me alegro tanto de verte por fin! —dijo la emperatriz, y en sus ojos melancólicos surgió una chispa de luz.

—Yo también, monje —añadió la señora Yang con solemne gratitud—. Creí que no te encontrarían nunca.

—Lo lamento, señoras; me he apresurado a venir tan pronto como he sabido que me buscabais. He estado retirado para dedicarme a la meditación y a la traducción. —Frunció el entrecejo en una mueca de disculpa—. ¿Y cuándo ha llegado esta última... mmm... —el tibetano buscó con gran cuidado las palabras más oportunas—, esta proclama traidora?

—Anoche, a última hora, lama —explicó la señora Yang—. La carta procedía del puesto avanzado de los rebeldes en Yangchou. Pero nuestro historiador Shu no quiso despertar a la emperatriz.

—¡Ah, sí, el historiador Shu! En el vestíbulo, ese hombrecillo me ha farfullado algo acerca de que el cielo nos traiciona, o algo parecido.

—Que el cielo nos devuelve sus muertos —declaró Wu, alzando la vista hacia el monje—. Lo que he dicho es que el cielo nos devuelve sus muertos. ¡Eso es lo que ha sucedido, Hsueh!

—Verás, lama —intervino la señora Yang. Se incorporó del lecho y alisó unos papeles, arrugados y húmedos de estrujarlos entre sus dedos toda la mañana—, los rebeldes declaran estar encabezados por el príncipe heredero Hsien. Lee.

—Pero, señora... El pobre príncipe Hsien murió trágicamente por su propia mano. ¿Qué es esto?

—Continúa leyendo, lama —indicó la señora Yang.

—Sí, Hsueh. Ahora, lee esto. —Wu le ofreció un segundo papel que había conservado en la mano, perfectamente enrollado. En él sólo había dos columnas de caracteres bien delineados de gran tamaño—. Hasta nuestros espías en las inmediaciones de los campamentos rebeldes han visto al chico. Han comprobado que se trata de Hsien. Y los ciudadanos con los que han hablado también lo han visto.

—¿Esos ciudadanos de Yangchou reconocerían sus facciones?

—Sí. Hsien tenía la costumbre de ir allí cada año para presenciar la poderosa subida de la pleamar y, como es lógico, los ciudadanos aguardaban su visita anual con alegría y expectación. Su rostro era familiar para todos —explicó la emperatriz.

—Dicen que el príncipe heredero ha vuelto para vengar a la casa de Li —apuntó la señora Yang. Hsueh estudió las páginas de la proclama.

—Naturalmente, esto tiene una explicación evidente —dijo el monje al tiempo que levantaba la vista de los papeles—. Que el príncipe Hsien, sencillamente, no llegó a quitarse la vida. Al fin y al cabo, el cuerpo que fue entregado para su inhumación en el panteón imperial estaba... ¿cómo podría decirlo con palabras delicadas...? Estaba en condiciones demasiado lamentables para establecer una

identificación completa. —El tibetano miró a Wu—. Vos disteis por sentado que estabais enterrando a vuestro hijo.

—Estoy segura de que era Hsien. Era mi hijo. Estoy segura. Y sólo puede haber otra explicación.

—Lo ves, lama Hsueh. Mi hija quiere convencerse de eso. —La señora Yang levantó las manos y se dejó caer otra vez sobre la cama—. Se niega a aceptar la posibilidad de que sus informadores de Yangchou estén equivocados, de que exista un doble... ¡pero no aquí, muerto y enterrado en el panteón familiar, sino ahí abajo, en Yangchou, utilizado como bandera por esos traidores! La emperatriz prefiere aceptar lo imposible.

—El doble perfecto no existe —replicó Wu—. Y si el cabecilla de la rebelión no fuese de verdad mi hijo, mis informadores habrían sabido distinguirlo. ¡Mis espías lo conocían! ¡Y yo, también!

—Entonces, todos tus generales deben de estar conspirando contra nosotras, hija —apuntó la señora Yang—. Son ellos quienes han difundido esta noticia alarmante para socavar tu cordura. Es la única explicación que nos deja tu lógica, aparte de la posibilidad de que el cielo nos devuelva sus muertos —terminó con un estremecimiento de disgusto.

Wu rechazó la idea inaceptable de la traición con un gesto de la mano. El tibetano insistió:

—Bien, si hemos de descartar la traición y es verdad que no existe un doble, sólo nos queda esa otra explicación: que Hsien, en efecto, ha vuelto de entre los muertos. ¿No os resulta inconcebible tal idea, mi señora? —preguntó con tono mordaz.

—Me resulta menos inconcebible una intervención sobrenatural que la idea de ser traicionada por mis espías y generales, a los que he escogido personalmente.

Hsueh alzó una mano. Sus ojos se iluminaron como cada vez que le venía un golpe de inspiración.

—Esos rebeldes están mal instruidos y cortos de suministros; su ejército está constituido por gente heterogénea y, según los informes de ayer, ha quedado atrapado en una pequeña lengua de tierra en el estuario del Yangtse, ¿me equivoco? La victoria es inevitable e inminente, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Wu con irritación.

El brillo de los ojos maliciosos del tibetano se hizo aún más intenso cuando extendió los dedos de ambas manos y juntó las yemas en un garboso gesto de concentración.

—Bien, pues ahí va mi respuesta. A todas nuestras preguntas. Si es cierto que el cuerpo de nuestro pobre y desdichado Hsien está poseído por un demonio, sugiero cierto... cierto antiguo remedio tibetano para los casos más rebeldes de posesión —apuntó, enigmático—. Y si no existe tal demonio, sino un mero sosia traidor que se

hace pasar por el difunto príncipe, vuestras dudas quedarán despejadas para siempre, os lo prometo. ¡De un modo u otro, lo sabréis! En cuanto a los otros, los líderes, esos burócratas y eruditos desafectos que han dirigido este juego estúpido de desobediencias al trono imperial, sugiero el mismo tratamiento. Para completar el asunto.

Hsueh dio una palmada, con una sonrisa de satisfacción. Wu y su madre, intrigadas, se miraron, con una muda pregunta: ¿cuál sería aquel «viejo remedio tibetano» al que se refería?

—¿Confiáis en mí, señoras? —continuó, implorante—. ¿Confiáis en mi alta magia? Las puertas del templo del Caballo Blanco se convertirán en el centro de la verdad para todo el que vuelva la mirada hacia ellas, tanto para los virtuosos como para los condenados. Y la verdad servirá de ejemplo, de elemento disuasorio para los, llamémoslos así, demonios díscolos.

Tras estas palabras, Hsueh depositó las páginas de la proclama en las manos de la emperatriz. Wu percibía ahora con claridad la voz que le hablaba desde aquel rincón en lo más hondo de su ser y le decía que el monje Hsueh Huai-i era el verdadero jefe de sus ejércitos, la única fuerza eficaz frente a las legiones de demonios que se alzaban a su alrededor.

Sí. Confiaba en él.

Di no había tenido más noticias de su corresponsal en Yangchou. Cautela y discreción, le había aconsejado el magistrado en su última carta. Pero, mientras escribía aquellas palabras, había reflexionado sobre lo absurdas, inadecuadas e insustanciales que resultaban. Como el chirrido de un grillo en pleno vendaval.

Ahora, su única fuente de informaciones eran los rumores. Unos decían que los rebeldes habían renunciado a su campaña; habían comprendido lo inútil de su causa y habían depuesto las armas en un acto de sensatez. Otros cuchicheos hablaban de que los letrados se habían convertido en guerreros vengadores, que habían formado un ejército de mercenarios y habían hecho retroceder a las tropas imperiales hasta, prácticamente, obligarlas a arrojarse al mar; pronto, las columnas rebeldes marcharían sobre Luoyang para tomar el palacio. Otras voces afirmaban que, muy al contrario, las tropas imperiales estaban despachando sumariamente la patética «rebelión» de los pedantes y que aplastaban a aquellos criminales advenedizos como lo que eran: meros insectos. Estáis todos equivocados, decía otra facción. La auténtica verdad es que la emperatriz, movida por la infinita piedad del divino bodhisattva que llevaba en su interior, ha ordenado a las tropas imperiales que muestren contención y clemencia para convencer a los rebeldes de que no hay motivo para luchar y que devuelvan a los alzados en armas a Yangchou, severamente castigados pero agradecidos de conservar la vida.

Al oír esto último. Di se había permitido una pequeña brizna de esperanza. El

magistrado estaba seguro de que, abandonada a sus propios impulsos, Wu se bebería la sangre de sus enemigos y hasta se bañaría en ella. Quizás alguien ejercía cierta influencia en la emperatriz para moderar su temperamento voraz. Tal vez Di se había equivocado de medio a medio en lo que había pensado al ver a Hsueh encabezando la comitiva de monjes. Tal vez se había dado por vencido demasiado pronto.

Unos guardianes de aspecto siniestro llevaron las veintiséis cajas ante la emperatriz. Era una mañana radiante y deliciosa; el sol brillaba después de una noche de mansa lluvia y el mundo parecía nuevo y lozano. Wu presenció cómo los hombres procedían a colocar las cajas sobre las losas del suelo del patio y le sonrió a Hsueh, que se encontraba a su lado. La emperatriz se sentía benevolente y victoriosa, justa y humilde, todo a la vez. Sentía agitarse la vida a sus pies como las infinitas olas del mar rompiendo en la orilla.

El monje hizo una señal; un guardián se agachó y abrió la tapa de una de las cajas, que había sido colocada ligeramente aparte de las otras. Con rostro inexpresivo, el guardián introdujo la mano y extrajo una cabeza cortada, que sostuvo en alto por los cabellos. Wu la observó detenidamente. Unas gotas de sangre oscura salpicaron las losas.

—Ése no es mi hijo —declaró—. El parecido es notable, pero no se trata de él. — Se volvió hacia el monje—. Gracias, lama Hsueh, por traerme la verdad.

El tibetano hizo otra indicación. El guardián devolvió la cabeza a la caja y cerró la tapa. Hsueh sonrió a la emperatriz.

—Y ahora, mi señora, con vuestro permiso, escoltaré a los «prisioneros» al templo del Caballo Blanco.

—Desde luego, lama —asintió ella—. No los hagamos esperar. Seguro que están impacientes por cumplir su destino.

Había amanecido un día espléndido tras una noche de lluvia pero, con la llegada de la tarde, habían aparecido nubes y un viento frío. Di se aproximó al templo donde lo había citado un mensajero y lo hizo como acostumbraba últimamente: a pie y sin compañía. El mensaje decía que en la batalla final contra la facción de Yangchou levantada en armas se habían tomado prisioneros, cuyo destino aún tenía que ser decidido. Para ello iba a celebrarse una especie de juicio. Di no consideraba que un templo fuese el lugar más adecuado para ese acto, pero, naturalmente, en aquellos días nada era como debería ser. El magistrado no creía que su presencia tuviera relevancia, pero no quería volver la espalda a aquellos prisioneros, como harían sin duda tantos de sus colegas. Él asistiría.

El viento barría las losas del pavimento y esparcía desperdicios en torno a sus pies mientras caminaba. Cuando avistó las puertas del templo del Caballo Blanco, las gotas de una llovizna fina empezaban a empaparle el rostro y la ropa.

Una multitud se había congregado allí y no tardó en ver por qué: las puertas estaban engalanadas como para una festividad. Gran número de gallardetes de seda de colores chillones, destinados sin duda a ondear vistosamente con la brisa, colgaban mojados y desconsolados. También había guirnaldas de flores que remataban las púas afiladas de las verjas metálicas. Aquel día, Di llevaba su capa y su tocado de magistrado, de modo que no tuvo dificultades para abrirse paso hasta la entrada. Llevaba en la manga una daga de doble filo. En realidad, no creía que un arma tan pequeña pudiera servirle de mucho, pero no había querido acudir completamente desarmado.

Comprobó con satisfacción que no era el único funcionario. Diez o doce de ellos, al menos, formaban un grupito, mojado y de aspecto abatido. Di los saludó con una inclinación de la cabeza y se encaminó hacia ellos. Cuando abrieran la verja para dejarlos entrar, pensó, exigiría delante de todos que quedara abierta. No tenía el menor deseo de quedar encerrado.

La lluvia se hizo cada vez más insistente y empezó a formar charcos bajo los pies de los presentes. Cuando Di ya empezaba a pensar que habían sido víctimas de una oscura broma, la puerta del templo se abrió y emergió una procesión de monjes entonando cánticos. Detrás de ellos apareció una columna de guardianes imperiales. Di contó veinticinco, pero hasta que no estuvieron casi junto a la verja no alcanzó a ver que cada guardián portaba una caja.

Un monje abrió la verja sólo lo suficiente para que sus colegas y los guardianes pudieran salir en fila de a uno. Los monjes, sin dejar de canturrear, se desplegaron a ambos lados mientras los hombres de la guardia, con expresión pétrea, se alineaban hombro con hombro delante de las verjas, que se cerraron tras ellos. La multitud aguardó mientras el cántico proseguía, con un sonido que parecía atraer la lluvia. Por fin, a una señal de uno de ellos, las voces de los monjes cesaron.

—Estamos aquí para proceder a un juicio rápido y justo contra nuestros prisioneros de guerra —anunció el monje a continuación—. La emperatriz, en su infinita bondad, les concede el favor de ser oídos antes de que se decidan sus destinos.

Di no veía a los prisioneros por ninguna parte. ¿Ya qué venía aquella ridícula ceremonia bajo la lluvia?

Entonces, los guardianes se acercaron a las verjas con las cajas.

—El primero que será juzgado en el día de hoy es Li Ching-yeh, principal impulsor de la rebelión contra nuestra divina emperatriz —dijo el monje. Di reconoció el nombre: era el de su corresponsal en Yangchou.

Acto seguido, un guardián dio un paso adelante, abrió la caja que había depositado en el suelo y extrajo un objeto que, durante unos breves y confusos momentos, la mente de Di se negó a identificar. Sólo cuando el guardián lo hubo

colocado en lo alto de la verja, clavado en una de las crueles púas de hierro negro que la remataban, reconoció el magistrado las facciones de Li Ching-yeh.

Entonces, el monje se dirigió a la cabeza:

—Ahora procederé a leer las acusaciones contra ti.

Por la noche, Di y el resto de la ciudad conocían todo lo sucedido: la emperatriz había enviado trescientos mil de sus soldados más aguerridos y experimentados, sedientos de sangre, para que aplastaran la rebelión con una violencia innecesaria. No satisfecho con que los eruditos y sus soldados mercenarios abandonaran las armas, se dispersaran y huyeran vergonzosamente derrotados, el ejército de la emperatriz se dedicó a darles caza. También asaltaron Yangchou, y después de hacer sólo veinticinco prisioneros, mataron todo lo que se movía.



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Mañana abandono Luoyang después de haber escrito una declaración formal en la que manifiesto mi deseo de ser trasladado a otra ciudad. He escogido Ch'ang-an, la capital occidental, a trescientos li de aquí. He escogido esa ciudad porque es un centro de gobierno y me propongo permanecer cerca del poder, por muy envilecido que esté, y porque no creo que sea prudente regresar a Yangchou, la base de la infortunada rebelión. Y, por supuesto, porque mi familia ya está instalada en Ch'ang-an. Estoy más que impaciente por reunirme con ella.

¿Infortunada? Es un adjetivo demasiado suave. ¡Pensar que llegué a alimentar la esperanza de que la emperatriz podía mostrar misericordia y moderación! He aquí un ejemplo del poder extraordinario, imperecedero y obstinado de la esperanza, incluso cuando los hechos se empeñan en demostrar su inutilidad.

Recuerdo la terrible confusión que sentí en el monasterio, acurrucado en el hueco de la puerta. Cuando observé que Hsueh Huai-i no era uno más de la hermandad, sino el propio abad del Caballo Blanco, me escondí aturdido, pensando en traición, en peligro, en la seguridad de mi amigo el Viejo Tonto... Pensando en todo ello más rápido que el pensamiento. Ahora me felicito por mis reflejos, pero en los días siguientes empecé a dudar y hasta volví a caer en la esperanza. Bueno, me decía, no debes dar por sentado que Hsueh se ha descarriado sólo porque fomenta una religión espuria y porque se acueste con la emperatriz. Quizás haya alcanzado un nivel de simulación que tú, con tus absurdos disfraces superficiales, no puedes ni concebir. Quizá lo estás infravalorando por completo. Quizás el tibetano ha decidido realizar

el sacrificio máximo, penetrar en el propio corazón de la enfermedad que atenaza a la Casa Imperial con su mortífero abrazo para destruir el mal desde dentro, probablemente a costa de su propia vida. Y cuando me llegó el rumor de que la emperatriz estaba practicando la doctrina de la misericordia en sus tratos con los rebeldes de Yangchou, me dije: es la influencia de Hsueh; le ha llegado el momento de salir a la luz.

Ahora sé qué valor tiene un rumor. Y me he enterado de un detalle que, probablemente, es el colmo de la crueldad: los veinticinco prisioneros llegaron con vida a Luoyang. ¿Misericordia y compasión? No lo creo. Ciertamente, mi amigo Hsueh Huai-i se ha dejado ver.

Pero, naturalmente, yo no sabía nada de esto cuando acudí al templo del Caballo Blanco para asistir al «juicio». Fue allí, plantado bajo la lluvia, mientras veía gotear la sangre sobre guirnaldas y gallardetes, cuando tuve mi momento de comprensión lúcida y perfecta: no debía seguir esperando noticias de maese Hsueh porque allí, ante mis ojos, tenía su mensaje. El instinto me decía que diera media vuelta y huyera, que escapara de allí y no me detuviera nunca. La mayoría de mis colegas optó por hacerlo, pero yo me quedé hasta que las veinticinco cabezas quedaron clavadas en las picas y terminó la lectura de las «acusaciones» contra cada uno de ellos. ¿Por qué me quedé? Por la misma razón que me impulsó a acudir. Porque no podía abandonarlos. Y allí permanecí un rato, todavía, después de que los monjes y los soldados se marcharan. Contemplé los rostros muertos e indefensos de aquellos hombres, a los que había conocido en vida; observé sus pobres bocas abiertas, sus pobres ojos levantados al cielo o ferozmente fijos en el suelo y sus cabellos mojados y sucios, pegados al cráneo, y comprendí algo más: que si no dejaba Luoyang enseguida, pronto sería mi cabeza la que dominara la escena, empalada en una pica de hierro delante del templo del Caballo Blanco.

En todo esto hay un detalle interesante, que no sé si puede resultar importante y que, en otros tiempos y lugares, habría considerado simplemente un intrigante vestigio de conocimientos esotéricos. Investigué un poco y descubrí que, entre los tibetanos, la separación de la cabeza y el resto del cuerpo es, entre otras cosas, una manera de asegurarse de que el cuerpo no será poseído por ningún espíritu ni se levantará de entre los muertos.

¿Otro mensaje de Hsueh? No sé qué pensar.

23 Año 675, finales de invierno Luoyang

El caldero de sopa hirviendo fue transportado sobre un sólido brasero de hierro alimentado con carbón, instalado sobre un resistente carrito. De la superficie oscura, aceitosa y enturbiada del caldo se alzaba un vapor denso que difundía los aromas del jengibre y del ajo, de la cebolla tierna, del puerro, de la alubia y de la seta. Lai Chun-chen, responsable de la Policía Secreta de la emperatriz, aspiró la fragancia profundamente e invitó a su primer ayudante, el subdirector Chou Hsing, a imitarle. El director Lai dedicó una sonrisa obsequiosa e imprecisa a su colega.

—¡Deliciosa! —Las aletas de la nariz de Lai vibraban complacidas ante aquellos aromas que abrían el apetito—. Absolutamente deliciosa. ¿No le parece a usted, maese Chou?

—Sí —respondió Chou Hsing sin mucha convicción, al tiempo que sorbía el aire con gesto indiferente—. Sí. Una combinación excelente. ¿Pero por qué tanto caldo en un caldero tan grande?

—Porque mis cocineros todavía no han terminado de aderezar la sopa —respondió Lai con parecida indiferencia.

Chou Hsing echó una mirada a los dos hombres altos y corpulentos que habían traído el carrito con el caldero y que en aquel instante permanecían en silencio, impávidos, entre el vapor que se alzaba de su agitada superficie. Su aspecto no era en absoluto el de dos cocineros.

—Comprendo, director Lai —mintió Chou—. ¿Pero a qué viene un recipiente tan enorme? —insistió, picado por la curiosidad.

—Porque se necesita espacio para el ingrediente final.

—¿Y ese ingrediente es...?

—Sí —respondió Lai a su colega—. Falta la carne.

—¿Y qué clase de carne va a añadirle? ¿Tocino? ¿Un cerdo entero, quizás? —El subdirector Chou dejó sobre la mesa sus palillos de palisandro y nácar y enseñó los dientes en un ensayo de sonrisa que anunciaba la inminencia de una carcajada.

Lai Chun-chen no dijo nada; se limitó a ladear la cabeza con aire inquisitivo mientras observaba a su colega como si apreciara lo inadecuado de su vestimenta. Tras un silencio largo e incómodo en el que la sonrisa de Chou se difuminó hasta convertirse en una tenue sombra, el director Lai murmuró:

—¡Qué presuntuosidad por mi parte, maese Chou! Es cierto que no lo sabe, ¿verdad?

Chou Hsing se encogió de hombros. Para entonces, ya se le había borrado por completo la sonrisa y empezaba a sentir una inquietud indefinible.

—Me invita usted a cenar para celebrar nuestros respectivos ascensos y luego me exige que adivine los ingredientes de cada plato —respondió Chou Hsing—. Desde

luego, hace usted que me gane a pulso cada bocado, señor director —añadió en un intento de mantener el tono ligero de la conversación. Sin embargo, el esfuerzo había empezado a fatigarle y, tras estas palabras, los dos permanecieron sentados en silencio. El único sonido de la estancia procedía del caldero. Al cabo de un rato, murmuró—: Lo siento, pero no se me ocurre...

Su superior bajó la mirada un momento y luego lo miró con una gran sonrisa.

—El ingrediente que falta en la sopa es *usted*, maese Chou —anunció Lai Chun-chen con rotundidad.

—¿Yo...? —Chou lanzó una breve mirada al caldero y volvió a fijarla en su jefe—. Eso tiene mucha gracia, se lo aseguro —murmuró.

Pero en aquel mismo instante advirtió en los ojos de Lai un pestañeo, como una señal, en dirección a los dos cuidadores del caldero. Estos, de inmediato, avanzaron silenciosamente desplazando jirones de vapor a su paso.

—No bromeo, maese Chou —declaró Lai con un gesto de sinceridad—. A decir verdad, pocas veces he hablado más en serio. —Hizo una pausa y dirigió una mirada cargada de intención a su interlocutor—. Pero quiero que me conteste a una pregunta...

—¡Esto es ridículo! —protestó Chou Hsing. Se esforzó por recuperar un tono de dignidad ofendida, pero no pudo borrar el temblor de su voz—. ¡Ridículo! —repitió, tratando de dar énfasis a la exclamación.

—¿Tuvo usted tratos con el líder rebelde Li Ching-yeh, antes de la Rebelión de los Letrados? —preguntó Lai—. Con ese hombre cuyo cráneo ha adornado las verjas del monasterio del Caballo Blanco durante los últimos cuatro años, junto a los de sus camaradas.

Chou Hsing abrió unos ojos como platos, sin dar crédito a lo que oía.

—Muy superficiales. Sólo tuve una entrevista con él. ¿A qué viene todo esto?

Lai Chun-chen indicó a los dos hombres que se acercaran a la mesa y tomaran posiciones detrás del enclenque subdirector de la policía secreta de la emperatriz.

—No le creo —declaró, en tono todavía amistoso—. Su relación era más que superficial. ¿Cuántas veces? —insistió, como si se interesara por la salud de su interlocutor.

—Sólo una, se lo repito. Ese hombre era un primo lejano de la familia del difunto emperador... No sé nada más —balbució el hombrecillo con indignación, alzando un poco la voz—. Un primo lejano. Alguien sin importancia.

—Tampoco nosotros somos importantes, maese Chou. No lo somos hasta que nos rebelamos contra el legítimo gobierno imperial de la emperatriz. Pero sigo sin creerle.

—¡Hágalo, pues! ¡Créame! —exclamó el subdirector al tiempo que retiraba su asiento de la mesa.

—Lo lamento, maese Chou. No sé por qué no doy crédito a sus palabras, pero así

es. —El tono de Lai era de auténtico pesar. Movi6 la cabeza con abatimiento y continu6—: Y, por desgracia, no me quedan energías para seguir preguntando. Ya hemos interrogado a demasiadas familias aristocráticas cuyos miembros, dotados de una excelente educaci6n, han ocupado con desidia los cargos superiores de la burocracia del estado. Y ya no puedo continuar con este juego.

Lai Chun-chen baj6 la mirada a sus manos y exhal6 un suspiro de exasperaci6n; despu6s, contempl6 de nuevo a su colega, que permanecía sentado con ademán desconsolado.

—¡Desnudadlo! —orden6 Lai a los dos «cocineros», con tono brusco e imperioso.

Uno de ellos puso las manos sobre los hombros de Chou Hsing. El hombrecillo se encogi6 al contacto con ellas. Pálido de miedo y de incredulidad, intent6 levantarse de la silla, pero las poderosas manazas lo obligaron a sentarse de nuevo.

—¡Yo...! ¡Yo no sé nada de todo esto...! Yo... —Su respiraci6n era tan acelerada que casi no podía hablar. El más corpulento de los dos ayudantes, el que le había impedido levantarse, agarr6 el jub6n del subdirector y lo rasg6 por la abertura de la cabeza.

—¡Basta de esta locura! ¡El padre del rebelde me... me hizo un favor hace muchos años..., eso es todo! —exclam6 Chou Hsing con un jadeo desgarrado.

Lai Chun-chen no se mostr6 impresionado con las palabras de su colega. Tampoco hizo el menor ademán para detener a los dos ayudantes.

El hombrecillo intent6 quitárselos de encima, pero agitar sus débiles brazos era inútil frente a la tremenda fuerza de los hombres. El primero continu6 tirando del jub6n, que sólo se sostenía ya por una costura medio desgarrada de un brazo. El otro rasg6 la larga túnica de Chou desde el cuello hasta el dobladillo de los pies mientras el subdirector pugnaba por levantarse. El que se ocupaba del jub6n, despu6s de arrancarlo, desliz6 los brazos bajo las axilas del hombrecillo, entrelaz6 los dedos de sus manazas tras la nuca y empuj6, forzando la cabeza de Chou hacia abajo hasta que la barbilla toc6 el pecho. El otro baj6 a tirones la ropa interior de fina seda hasta los tobillos de Chou y le inmoviliz6 las piernas pese a su resistencia. Por último, entre los dos, levantaron del suelo al subdirector.

—Su padre me ayud6 antes de mi nombramiento en la policía secreta de su majestad imperial —gimi6 Chou Hsing. Desnudo, con la respiraci6n entrecortada, su pecho se alzaba y se hundía violentamente con el esfuerzo.

—Por eso... por eso... —jade6. Los dos hombres lo levantaron hasta unos palmos de la sopa hirviente. Una sandalia de cuero, rota, colgaba del dedo gordo de su pie derecho.

—«Por eso... por eso...», ¿qué intentas decirme? —pregunt6 Lai.

—Que intenté... que intenté... —Pero la boca seca de Chou fue incapaz de

articular las palabras. Se humedeció los labios y probó de nuevo—: Que por eso intenté ayudar a su hijo... un poco...

Los dos hombres izaron al subdirector hasta dejarlo suspendido directamente encima del caldero, con el vapor ardiente mojando su espalda huesuda.

Chou volvió la cabeza hacia Lai Chun-chen, que seguía sentado a la mesa plácidamente.

—¡Sólo quería devolverle el favor, eso es todo! Envié unos agentes para ofrecerle una vía de escape antes de que las tropas imperiales cayeran sobre ellos. ¡Pero sólo a Ei Ching-yeh! ¡A los demás, no! El exilio. No volvería a tener poder nunca más. Sólo salvaría la vida. ¡No soy ningún traidor!

—¿Eso es todo? —preguntó Lai con toda calma.

—¡Sí, sí, es la verdad! ¡Le juro que es toda la verdad!

—Bien, ahora le creo. —La voz del director había recuperado su tono amistoso—. No es usted un traidor, maese Chou. Alabo su esfuerzo por devolver un favor. —Hizo una seña con la cabeza a los dos ayudantes—. Dejadlo en el suelo.

Chou Hsing resopló profundamente mientras era depositado sin miramientos sobre sus pies. Allí se quedó, con las piernas temblorosas, mojado, desnudo y humillado.

—¿Ha visto qué sencillo era el interrogatorio? Ni amenazas de torturas lentas, ni la aplicación real de tales torturas, cuyo dolor nubla las mentes. Al contrario, tal como usted mismo apuntaba en su primer tratado sobre la tortura y la extracción de información, la técnica más sencilla: ¡la certeza de la inminencia de una muerte brutal y terriblemente dolorosa! —Lai enarcó las cejas con una expresión radiante y triunfal—. Sólo estaba comprobando la eficacia de esa técnica.

El subdirector seguía inmóvil ante él, tembloroso y abrumado, agarrado a la colcha que los ayudantes le habían echado sobre los hombros. Lai levantó su copa y brindó en dirección a Chou Hsing.

—Vamos, brinde conmigo por nuestro ascenso a la Junta de Castigos e Investigaciones que ha creado recientemente la Censura. —Bajó la copa. No obtuvo respuesta de Chou Hsing; el hombrecillo no reaccionó. Lai continuó hablando sin inmutarse, en tono amistoso y algo irónico, como si todo aquello hubiera sido una gran broma—. ¡Vamos, vamos, maese Chou! Vivimos una buena época y hay mucho de lo que estar agradecido. Bajo la administración del Primer Secretario, el historiador Shu Ching-tsung, y del consejero espiritual de nuestra emperatriz, el gran lama Hsueh Huai-i, nos espera una nueva era en la eficacia del gobierno. No volveremos a sufrir la pérdida de energías, inútil y frívola, de nuevos episodios como la Rebelión de los Letrados, ¿verdad? Será mucho más fácil detectar y perseguir a los enemigos del estado antes de que se conviertan en una molestia. ¡Las urnas! Es una bendición poder formar parte tan esencial de este instrumento para la estabilidad y el

bienestar del reino. ¿No nota usted, también, la vibración de esa Nueva Era que nuestra emperatriz proclama que corre por sus venas?

Lai dedicó una nueva sonrisa a su subordinado.

Aún plantado en mitad de la sala, con su cuerpo enclenque envuelto en la colcha, Chou Hsing movió por fin la cabeza y taladró a Lai con una fría mirada de odio.

—¡Está bien, está bien! ¡Ya es suficiente! —continuó Lai—. Vuelva a la mesa y tome asiento, maese Chou.

Chou Hsing continuó temblando de pura rabia.

—Debe de estar usted hambriento —le dijo el anfitrión, tras emitir un chasquido con los labios—. Ni siquiera hemos probado la sopa.

Mal nacido, masculló el subdirector para sí. Después, volvió a la mesa y tomó asiento, pues realmente estaba hambriento.

Wu-chi dejó el pincel, se frotó los ojos y, bajo la suave luz crepuscular releyó la carta que se proponía despachar a Ch'ang-an al día siguiente. El consejero no utilizaba nunca el correo estatal para sus misivas, sino que las confiaba exclusivamente a monjes mendicantes y peregrinos de paso que le presentaba el abad Liao.

... ¿Es que ahora el yin es yang y el yang es yin? No lo sé. Pero sí estoy seguro de que el mal está infiltrándose en las capas superiores de nuestra sociedad como el aceite en el agua.

Sé que esto no es nuevo para ti, amigo mío, pero desde que tomaste la sabia decisión de abandonar la «Ciudad de la Transformación», hace casi cuatro años, la situación ha empeorado sin cesar.

Apenas queda un rincón donde uno pueda encontrar la paz. Ni siquiera en este bastión tranquilo y tolerado del verdadero budismo. Hasta ahora, mi buen abad ha conseguido mantenerse al margen de la Nube Blanca, pero con gran esfuerzo. Cada mes, un emisario de un monasterio cercano que se ha sumado a la secta con entusiasmo acude a cobrar un oneroso diezmo por el privilegio de «ocupar» la tierra en la que ha estado desde hace siglos el Loto Puro.

Delincuentes, amigo mío. Hay delincuentes por todas partes. Ocupan los cargos superiores del gobierno del imperio. Hombres poseídos de astucia animal y de ingenio brutal...

Wu-chi levantó la vista un momento. Ya no podía leer ni escribir sin descansar los ojos cada pocos minutos. Supongo que es porque han visto demasiadas cosas en más

de ochenta años de vida, se dijo. Sencillamente, los había gastado. Los cerró un instante, apretando los párpados con fuerza, antes de volver a concentrarse en el escrito.

Los nuevos responsables de nuestros destinos son Lai Chun-chen y Chou Hsing, dos bandidos de baja estofa que en una época dirigieron la policía secreta de la emperatriz. Merced a la mediación de los sobrinos de la emperatriz en la Censura (a los que creo que tuviste el placer de conocer) y, por supuesto, del lama Hsueh, esos dos individuos son ahora los arquitectos jefes de una Junta de Castigos e Investigaciones recién reorganizada que forma parte de la instancia superior de la Censura. Parece que la razón y la piedad son las primeras víctimas de este «órgano de gobierno del estado santificado».

Continuaré la carta esta noche. Para entonces, según me ha dicho mi buen abad, habré tenido el privilegio de ver con mis propios ojos cansados una de esas benditas urnas de las que tanto hemos oído hablar últimamente y podré contarte lo sucedido sin ahorrar detalle...

Unos ojos muy cansados, realmente, se dijo Wu-chi al escuchar los pasos del abad Liao en la escalera, con la colación vespertina que los dos habían compartido cada noche desde hacía ya casi veinte años. Dejó a un lado pincel y tintas e hizo todo lo posible para animar el semblante, por consideración a su amigo.

Wu-chi contempló impasible la escena que se desarrollaba ante él. Al parecer, ni siquiera aquel monasterio era inmune. Para alegría de la cincuentena larga de chiquillos sucios de mirada cándida que se había reunido en el patio del monasterio para recibir la primera comida del día, escasa pero compasiva, una de las urnas de la emperatriz estaba siendo instalada ante las verjas de la entrada principal, en el exterior. No era una simple urna, le había comentado el abad Liao con abatida ironía y vacilante ecuanimidad, sino un «Receptáculo de la Verdad». Éste era el nombre que recibían.

Las urnas estaban siendo distribuidas por los puntos neurálgicos del reino, donde quedaban instaladas con el propósito de reunir información. Cada persona se había convertido en una posible fuente, en un posible informador o enemigo del estado.

Uno no solamente podía informar de los amigos, parientes o vecinos, sino que tenía la obligación de dar noticia también de otros fenómenos.

El mundo natural del cielo y la tierra ya no era la interacción básica del yin y el yang; no había sucesos fortuitos. Todo debía ser interpretado según su importancia

como un presagio que señalaba el Destino Divino de Wu de gobernar en la Era de Maitreya. El pueblo debía estar alerta ante sucesos como el descubrimiento de rocas con extrañas inscripciones en los ríos, el avistamiento de bandadas de aves en formaciones que recordaran ideogramas, condiciones climáticas inusuales, arcos iris cargados de presagios, lunas con halos sobrenaturales o incluso nabos cuya forma recordaba al Divino. Un hecho o una cosa se consideraba un presagio, evidente o disimulado, si confirmaba las conclusiones aprobadas oficialmente.

A mí también se me ocurren unos cuantos presagios, pensó Wu-chi mientras escuchaba los jadeos de los hombres que levantaban la pesada urna de bronce para instalarla en su peana. Sí, señor, unos cuantos.

Con unas palmadas, el abad Liao aquietó a la tropa de chiquillos que conduciría al refectorio del monasterio, donde se distribuiría la comida diaria de pastelillos de arroz y caldo de verduras que aliviaría el vacío de sus estómagos. Wu-chi acompañó al abad y a los niños al interior y dejó a los obreros en pleno trabajo.

—La misericordia es una virtud extenuante —comentó el abad al viejo consejero con voz fatigada cuando entraban en el comedor. Wu-chi le dirigió una sonrisa. Sabía cuánto le afectaba a su amigo y protector pensar en los pobres y desamparados de Luoyang en aquella época del año.

Más tarde, cuando los niños se hubieron marchado y los obreros terminaron de instalarla, Wu-chi y Liao examinaron la urna de bronce. El viejo abad tiritaba bajo el manto que cubría sus hombros.

—Ahora, todos somos delincuentes del estado —dijo Wu-chi mientras contemplaba el recipiente. Parecía inofensivo e incluso vulnerable, solitario al lado del camino sobre su pequeña peana de mortero; no evocaba en absoluto la espada afilada y penetrante del gobierno cada vez más brutal que en realidad representaba.

La boca de la urna estaba dividida en cuatro compartimientos, con sus correspondientes inscripciones. Una de las aberturas era para recibir informes conocidos como «autorrecomendaciones», una segunda era para «críticas al gobierno» y otra para «agravios e injusticias». En la cuarta abertura, la de mayor tamaño, la inscripción indicaba «calamidades, tramas secretas, planes y presagios».

—Una mezcla interesante, ¿verdad? —comentó por último Wu-chi, dando unas palmaditas en el borde de la ranura más grande—. Planes, calamidades y presagios. Es evidente que el gobierno, si podemos calificarlo de tal, no ve ninguna diferencia entre interpretar conspiraciones contra él y leer presagios llovidos del cielo.

Wu-chi recordaba a Lai Chun-chen y a Chou Hsing de sus tiempos en la policía secreta. Eran hombres toscos y brutales cuya única característica identificadora era su gris vulgaridad. La crueldad hacía su nido casi siempre en corazones vulgares y mediocres.

Pero Lai y Chou, pese a toda su banalidad, eran claramente hombres de acción y

de ideas. Así se lo había comentado el abad a su amigo apenas hacía unos días. Eran autores de un volumen concluido hacía muy poco y que había recibido grandes elogios, titulado *La Ciencia de los Procesos: el Instrumento de Indagación*, un manual claro y conciso de métodos de tortura y de obtención de confesiones forzadas. La obra, basada en la larga experiencia personal de ambos como jefes de la policía secreta de la emperatriz, estaba repleta de títulos irónicos y poéticos para las técnicas que detallaba en sus páginas; así, el «Estertor del cerdo moribundo», el «Detener todos los pulsos» y la «Súplica por la ruina de la familia». El tema central de aquel tratado, una innovación radical responsable de la fama de los autores y de la adulación que en aquellos momentos recibían, era un método nuevo y experimental: la provocación del agotamiento nervioso de la víctima.

Con esta técnica, el torturado no tenía una sola marca en su cuerpo y, sin embargo, lo confesaba todo rápidamente. Lai y Chou habían descubierto que la perspectiva de sufrir un dolor terrible era mucho más eficaz que el propio dolor. Era eficaz y limpia. Y las urnas también habían sido idea de ellos.

Wu-chi descubrió que las urnas tenían otro propósito, además de «informar» a Wu y de proporcionar presagios. También ofrecían a la emperatriz y a sus secuaces una manera de encontrar muchos hombres útiles. Éstos ofrecían sus servicios a través del conveniente medio de las urnas.

La emperatriz empezó por otorgar empleos y nombramientos a los que le caían bien, a Shu o al «lama». Hsueh Huai-i. La mayoría de esos atrevidos personajes resultó ser, por supuesto, un puñado de mentirosos y delincuentes. No tardó mucho en correr la noticia de que si uno tenía el valor y la audacia de presentarse y conseguía impresionarla, la emperatriz le concedería un empleo prestigioso. Al poco, la corte estaba envuelta en un vapor ponzoñoso de informaciones y contrainformaciones en competencia.

La mayor parte de la información de Wu-chi procedía de uno de sus cada vez más escasos contactos en la corte. A través de él había sabido de un caso especialmente desagradable de intento de autopromoción y de sus terribles consecuencias. Aunque aquel suceso en particular les parecía espantoso y casi increíble al anciano consejero y al abad, no era sino un ejemplo de tantos. Según la información, el Tribunal Supremo de la Censura había puesto en práctica recientemente un mecanismo singular inventado por Lai y Chou con el propósito de estimular las delaciones anónimas: quienes decidieran formular denuncias que podían dar lugar a condenas, podrían también declarar ante el tribunal anónimamente.

En concreto, según había contado a los dos monjes, mudos de perplejidad, un anciano escribiente ya retirado que había visitado el monasterio unos días antes, el «acusador» o «informador» podía ser conducido ante el tribunal oculto en una caja que se desplazaba sobre ruedas. Mientras los «magistrados» le interrogaban, el

informador podía observarlos a través de unas estrechas rendijas abiertas en la caja sin ser visto ni identificado por nadie. Pero el auténtico golpe de genialidad era la extraordinaria «Voz del Búho Atronador».

La caja era invención de Lai y de Chou, pero rumores fidedignos (los tres hombres habían sonreído ante tal denominación) mantenían que el inventor de la «Voz» no era otro que el temible tibetano, el lama Hsueh Huai-i.

La Voz del Búho Atronador, había continuado el visitante, era un complicado artilugio mediante el cual un informante oculto en la caja podía disimular la voz no sólo frente a aquellos contra los que declaraba, sino también frente a los miembros del tribunal. Al fin y al cabo, siempre cabía la posibilidad de que el acusador señalara con su dedo a alguno de sus componentes.

Según el visitante, la Voz era un invento sumamente ingenioso. Consistía en una serie de tubos aflautados con lengüetas y de estrechas bocinas de bambú, todo ello contenido dentro de una protuberancia —cuyo aspecto recordaba la cabeza picuda del Dios Búho— en el exterior de la caja rodante. Quienes rodeaban ésta alcanzaban a entender las palabras que pronunciaba el acusador/delator oculto en su interior, pero la voz que emanaba del pico resultaba tan apagada y distorsionada, tan envuelta en zumbidos y murmullos, que resultaba totalmente irreconocible. Y, mediante la manipulación de los tubos aflautados desde el interior de la caja, también se podía levantar o bajar el volumen de la voz.

El caso que explicó el viejo amanuense a sus anfitriones del monasterio era el de un candidato a informador especialmente odioso que, al parecer, creyó que podría conseguir un ascenso en el corrupto escalafón del nuevo Tribunal Supremo de la Censura mediante la delación de un traidor. El error del denunciante fue sobreestimar el grado de depravación que sus superiores estaban dispuestos a tolerar.

El informante fue conducido ante el tribunal en la caja equipada con el Búho Atronador, a través del cual expuso a los jueces, con la voz distorsionada, que su padre había sido un funcionario de alto nivel de uno de los muchos departamentos del Secretariado. En su calidad de funcionario confuciano, el padre se había opuesto a que la emperatriz dirigiera el imperio. Desde la posición ventajosa de su alto cargo, el padre del informante proporcionó todo el apoyo moral posible a los funcionarios desafectos y a los líderes de la familia Li que organizaron la abortada Rebelión de los Letrados, aunque sin llegar a unirse a ellos abiertamente.

Y en el momento en que el informador hizo su revelación más extraordinaria, la sala del Tribunal Supremo de la Censura guardó tal silencio que habría podido oírse una baya de arándano rodando sobre las losas de la terraza. El individuo, en efecto, declaró que su propia madre había ocultado a su padre de las autoridades durante años.

Aquello era más de lo que incluso el infame tribunal de Lai y Chou podía digerir.

Así, se comunicó al delator que había incriminado a su propia madre que el tribunal tendría que tomarse cierto tiempo de deliberación hasta alcanzar una decisión y que, mientras tanto, el individuo permanecería en su escondite. A continuación, la caja y su miserable ocupante fueron conducidos al patio exterior y dejados allí. Tras varias semanas de deliberaciones, se pronunció un veredicto de culpabilidad para la madre acusada. Según se decía, los gritos y súplicas del hombre de la caja, distorsionados por la Voz del Búho Atronador, se prolongaron durante diez días. En otra sentencia, posterior a la muerte del denunciante, éste fue declarado culpable de transgredir los límites del respeto filial. Ambos veredictos quedaron anotados en los registros del tribunal. Así funcionaban los nuevos órganos judiciales de la emperatriz Wu.

—Y sin duda —había añadido el viejo amanuense a modo de conclusión—, vuestras mercedes estarán al corriente de lo que ha sido de nuestras misericordiosas y moderadas leyes T'ang relativas a la pena capital. Ahora, bajo las directrices de Lai, los fiscales de circuito de todo el imperio pueden ejecutar a un preso en el acto, sin juicio previo y sin necesidad de sentencia. Así es también la nueva justicia de Wu.

El abad y Wu-chi llevaban ya un buen rato contemplando la urna cuando el primero comentó que estaba bajando la temperatura y que dos ancianos como ellos no deberían quedarse al relente tanto tiempo. Wu-chi despertó de sus aturridos pensamientos y estaba a punto de replicar que era muy capaz de cuidar de sí mismo cuando comprobó que, en efecto, ya era casi de noche y recordó que todavía le quedaba por terminar la carta.

Wu-chi tomó del brazo al abad Liao y, juntos, emprendieron el regreso hacia el monasterio. El abad lo hizo hablando sobre la cena deliciosa que el cocinero había preparado para aquella noche, con uno de los platos favoritos de Wu-chi; éste, por su parte, meditaba cómo terminar la carta a Di. Finalmente, decidió repetir minuciosamente la historia que les acababa de contar el amanuense; era un relato espeluznante y horroroso, pero no carente de cierta justicia poética que con seguridad su buen amigo el magistrado sabría apreciar.

24 Año 675, principios del otoño Ch'ang-an

Por primera vez en los cuatro años transcurridos desde que abandonara la ciudad, Di deseó poder regresar a Luoyang. No porque quisiera volver a instalarse allí, lo cual equivaldría a un descenso a los infiernos, sino porque ardía en deseos de poner en evidencia al que era, tal vez, el mayor charlatán que había conocido en su larga carrera como juez. Para conseguirlo, casi estaba decidido a regresar a la ciudad de las depuraciones, las torturas y el terror. En ocasiones, había contemplado tal posibilidad muy en serio, pero al pensar en la inquietud y la discordia que provocaría entre sus esposas, había resuelto rechazarla. Regresar a Luoyang implicaría peligros a cada paso, y el magistrado dudaba de que pudiera escapar con vida por segunda vez. En realidad, estaba convencido de que no lo conseguiría.

En las calles de Ch'ang-an estaba ocurriendo algo que mucha gente parecía considerar divertido y festivo, pero que al magistrado Di Jen-chieh le producía un efecto completamente distinto. Allá adonde iba, en los parques, en los anchos paseos o en las callejas oscuras, no había modo de evitar los corros de gente que se apelotonaba para contemplar los «milagros», que ahora se producían con la frecuencia de los estornudos.

Los espectadores permanecían mudos de asombro o soltaban risas y abucheos, según el grado de habilidad del hombre que concentraba su atención; del hombre... o del rapaz harapiento o de la mujer disfrazada de hombre. (Di estaba seguro de que así sucedía en más de un caso). Sus gestos extravagantes y afectados —el porte altivo, la mirada espiritual, ultramundana— los diferenciaban de los artistas callejeros habituales de Ch'ang-an, y a los ojos de Di los caracterizaba como meras caricaturas estilizadas de su ídolo y mentor, el monje Hsueh Huai-i. El magistrado estaba seguro de que la mayoría de ellos jamás había visto al monje; se imitaban unos a otros o modelaban sus muecas y miradas según las descripciones que de él hacían los poemas y canciones populares que circulaban por la ciudad. Hsueh era un héroe, una leyenda, un dios.

Aquella mañana, Di se encontraba en una loma cubierta de hierba del parque Serpentino, desde donde observaba el final de la actuación de un joven prestidigitador. El artista hizo aparecer monedas en el aire e insinuó a los espectadores que las piezas estaban demasiado calientes como para tocarlas... y Di vio a la gente lanzar un grito de dolor y dejar caer las monedas cuando el mago las depositaba en las manos extendidas. ¡Milagro!, exclamaba la multitud en torno a Di.

Durante las semanas anteriores, el magistrado había observado una gran variedad de actuaciones. Algunos ejecutantes, como el que acababa de ver, eran listos y hábiles; otros resultaban sencillamente patéticos, como el viejo que un rato antes, en un mercado, con ranas y serpientes escondidas en las mangas, trataba de convencer a

los espectadores, entre las burlas de éstos, de que los bichos salían de los orificios de su cuerpo. O como el joven de la caja polvorienta, engorrosa y difícil de manejar, en cuyo interior se contorsionaba al tiempo que invitaba a algún miembro del público a atravesarlo con espadas. El muchacho lanzó un alarido de dolor y empezó a sangrar cuando una de las hojas afiladas, empujada por un espectador demasiado entusiasta que no le dio tiempo a esquivarla, le alcanzó la pierna.

Sí, los trucos del lanzador de monedas eran, ciertamente, superiores a los de éstos, pero... ¿un milagro? Movi6 la cabeza y se alejó del lugar. Era bueno y aceptable desear e incluso esperar manifestaciones divinas mientras uno se dirigía al mercado, ¡pero conformarse con unos trucos tan baratos, miserables y trillados! El milagro, se dijo Di, era que la gente se dejase engañar, aunque sólo fuera por un instante.

¿Y cómo se había llegado a la situación de que los charlatanes callejeros llamaran milagros a sus trucos y malabarismos y la gente se lo consintiera? La explicación era que eso mismo estaba haciendo el monje, a gran escala, en la Ciudad de la Transformación. Di había oído las historias y sabía que todo cuanto Hsueh había hecho, por fantástico, extraño y «milagroso» que pareciera, estaba al alcance de sus extraordinarias habilidades como prestidigitador.

Hsueh asombraba a las multitudes con trucos artificiosos de enorme efecto. Su especialidad era la levitación: gigantescas estatuas macizas del Buda se alzaban del suelo como si estuvieran hechas de vilano de cardo. Santos budistas y ángeles se materializaban entre las nubes y cruzaban los aires cantando el sutra de la Gran Nube con voces sobrenaturales, agudas y misteriosas. Lotos mágicos se abrían paso a través del pavimento y brotaban entre las piedras secas y florecían. Y de los capullos surgían aromas fragantes y notas musicales.

Pero lo más extraño de todo, según la gente, era lo de los templos. Unas semanas atrás, el monje había declarado que en una fecha muy próxima, y a la salida del sol, ciertos templos de la Ciudad de la Transformación y sus alrededores aparecerían marcados de forma indeleble como nidos de heréticos. Estad atentos a la señal, había dicho; cuando se produzca, no habrá duda posible. Y entonces, una mañana, once templos amanecieron misteriosamente pintados con sangre desde los cimientos hasta el tejado, embadurnados hasta el punto de que las ventanas estaban opacas y la sangre corría por las paredes y empapaba la tierra sobre la que se alzaban los edificios. La sangre era fresca y estaba todavía pegajosa, a medio coagular; despedía un hedor terrible y las moscas zumbaban en torno a los templos escarnecidos mientras los monjes se esforzaban por lavar los muros ante grupos silenciosos que los observaban con expresión acusadora. En todos los monasterios se habían establecido turnos de guardia nocturnos desde la advertencia de Hsueh Huai-i, pero nadie vio ni oyó nada esa noche. Todo estuvo tranquilo hasta que los rayos del sol dejaron a la vista el espeluznante «milagro».

Di avanzó contra el viento de Ch'ang-an, molesto y persistente, que cobraba fuerza conforme avanzaba la tarde y se preguntó con un estremecimiento de repugnancia de dónde habría sacado el tibetano tanta sangre. Una parte de su mente se preguntó si sería humana, pero descartó la idea. Aun con el número de muertes que se producían cada día en Luoyang, se dijo con firmeza, Hsueh y la emperatriz habrían tenido muchas dificultades para reunir las cubas de sangre necesarias para pintarrajar de aquel modo los templos disidentes de Luoyang; el ser humano, sencillamente, no contenía la suficiente y el monje era, ante todo, un hombre práctico. Sin duda, la sangre procedía de animales. De haber estado en Luoyang, lo primero que hubiera hecho Di habría sido visitar todos los mataderos de la ciudad. Allí habría descubierto la verdad. El magistrado notó en las manos y los pies la comezón del deseo de emprender una investigación; el impulso de poner manos a la obra era casi irresistible.

Fuera cual fuese la procedencia de la sangre, Di sintió un gran alivio al saber que el santuario de Wu-chi no había sido señalado. Probablemente, pensó el magistrado, gracias a la considerable distancia que lo separaba de la ciudad. Lo importante era el efecto; sin masas de gente boquiabierta que contemplaran el trabajo del monje mago, ¿qué utilidad tenía? Embadurnar de sangre todos aquellos templos en una sola noche debía de haber sido un gran esfuerzo, todo un reto incluso para el talentoso Hsueh, que no habría malgastado fuerzas en algo que no tendría muchos espectadores.

Di entró en una de las incontables y concurridas calles comerciales de Ch'ang-an, animada por los comerciantes que anunciaban sus productos a gritos mientras el viento cargado de arena azotaba sus tenderetes y hacía ondear banderas y cortinas. Allí estaba el bullicio jovial del comercio cotidiano, impertérrito ante los caprichos del tiempo que daban fama a la ciudad. ¡Ah!, si pudiera volver a Luoyang sólo por unos días, se dijo de nuevo el magistrado, presa de tal irritación que la gente se apartó instintivamente de su camino mientras avanzaba calle abajo. Ojalá pudiera asistir en persona a alguno de aquellos sucesos «sobrenaturales» que estaban convirtiendo al tibetano en un dios viviente, en una figura mítica, a quien un ejército de imitadores de baja estofa rendía homenaje en todos los rincones del imperio. Di no recordaba haber experimentado nunca un deseo tan intenso como el que en aquel momento le incitaba a ir a Luoyang para aplicar su mirada racional y empírica de confuciano a la mecánica de los trucos del monje y dejar al descubierto las palancas, cuerdas y poleas grasientas y absolutamente terrenales que ocultaba tras sus espejismos. Sin embargo, su ansia no podía producirle sino frustración pues sabía que no debía —ni podía— volver a Luoyang en mucho, muchísimo tiempo; tal vez nunca más. Como una profecía, la inquietante visión de su propia cabeza clavada en lo alto de una punta de hierro, contemplando con desolación las losas del pavimento empapadas de lluvia y de sangre, no lo había abandonado.

Durante los últimos años. Di había llevado una vida tranquila en la capital occidental. Desarrollaba con agrado su tarea diaria de sentenciar sobre casos civiles de poca trascendencia, agradecido de su soporífica vulgaridad, que le servía de bálsamo frente a los terribles recuerdos de sus últimos días en Luoyang. Dejó que la gente se convenciera de que el orador, en otro tiempo apasionado, que había denunciado de forma tan memorable los excesos de la iglesia en el Debate del Pai, ocho años atrás, había perdido su fuego. Ahora era un simple magistrado, perspicaz e imparcial, pero había perdido su antiguo vigor. Incluso se sabía que un destacado erudito y maestro budista visitaba su hogar con regularidad; corrían rumores de que el gran confuciano estaba tomando lecciones.

Di no desmintió los rumores. Dejó que la gente los creyera para poder dedicarse a su auténtica labor. A decir verdad, el budista era un aliado de inestimable valor para el magistrado. A través de él, Di mantenía su seguimiento de las actividades de abades inescrupulosos, pero ahora con discreción, clandestinamente. Siempre desde las sombras, procurando atraer la atención lo menos posible, estaba al corriente de todo lo que sucedía en la ciudad y en sus alrededores.

Precisamente a través de su amigo. Di había sabido, hacía poco, de que pronto habría un templo de la Nube Blanca en Ch'ang-an. La secta procedería simplemente a apropiarse de los terrenos de una de las órdenes verdaderamente compasivas de la ciudad, a arrasar los edificios y a construir otros nuevos en aquel estilo extravagante.

Y el maestro budista le había proporcionado algo más, otra manifestación de la creciente influencia de Hsueh: un fragmento de la obra maestra literaria más reciente del lama, que el hombre recitó de memoria. Ésta era una de las grandes dotes de su informador: con ver u oír algo una sola vez, le bastaba para recordarlo y repetirlo palabra por palabra. En este caso, era el único modo de que Di tuviera acceso a la obra, pues Hsueh Huai-i había establecido la prohibición de hacer copias escritas de su magna pieza, que llevaba por título *Comentario de la Lluvia Preciosa*. Esta sólo podía transmitirse de forma oral. Di se había saltado la ley, tomando nota de las palabras conforme su amigo las pronunciaba.

Mientras le escuchaba, Di sintió crecer dentro de sí, a su pesar, un sentimiento de admiración. ¿Quién habría pensado que su viejo amigo Hsueh llegaría tan lejos, o que sus esfuerzos literarios revelarían un dominio tan extraordinario de la mitología popular y del oportunismo político?

La obra hablaba de la profecía de los *devas* (una referencia al *sutra* de la Gran Nube). Con un estremecimiento, Di recordó las palabras que canturreaban los monjes en las calles de Luoyang, acerca de una mujer que llegaría a gobernar el mundo.

El *Comentario de la Lluvia Preciosa* repasaba concienzudamente todos los aspectos de la vida de la emperatriz Wu —sus actos, las circunstancias de su nacimiento, incluso el color de las ropas que vestía— y sus correspondencias con

referencias concretas de la profecía de la Gran Nube, lo cual venía a «demostrar» que la soberana era, indudablemente, esa mujer destinada a gobernar.

Esto último era un magistral segundo paso de Hsueh pues, naturalmente, esta profecía del *sutra* de la Gran Nube era la obra «descubierta» por el tibetano en la bolsa raída del mendigo.

Poco a poco, con la ayuda y el estímulo del lama Hsueh, la emperatriz estaba afirmando su condición divina. No era extraño que Wu se sintiera impresionada con la noción de su propia inmortalidad. El letrado budista le había contado a Di que, no satisfecha con desenterrar las obras de los antepasados, la emperatriz estaba decidida a que las suyas pasaran a la posteridad junto con ellas. Según el hombre, ya habían empezado los trabajos de talla de treinta y cinco figuras de Buda en las cuevas de Longmen, al sur de Luoyang. Tales Budas tendrían un tamaño tan enorme que diez hombres cabrían con holgura encima de la uña del dedo gordo de un pie.

Tras esto, el letrado había dirigido una mirada pesarosa a Di. Si la emperatriz era capaz de cambiar la forma de la propia tierra con un ademán, ¿quién podía recriminarle que terminara por convencerse de que era más que humana?

Más tarde, cuando su amigo e informador se hubo marchado y Di se quedó a solas en su estudio, recordó lo que otro hombre erudito le había dicho en cierta ocasión respecto a la naturaleza de la eternidad: «Cuando los Himalayas queden convertidos en polvo por efecto del roce de un velo de seda contra sus picos una vez cada mil años y ese tiempo se haya multiplicado por el número de estrellas que lucen en los cielos una noche clara de verano, habrá transcurrido una fracción de eternidad comparable a un grano de arena entre los que forman todos los desiertos del mundo».

Que absoluta inutilidad, pensó. Qué irrelevante. ¿Qué ha de hacer con eso una mente humana? ¿De qué le sirve tal concepto del tiempo al hombre empeñado en desarrollar su pequeña existencia, su minúscula porción de esa eternidad vasta y vacía? No era extraño que la gente se impacientara y quisiera tener a sus deidades aquí y ahora. Y tampoco era de extrañar que alguien con la suficiente arrogancia y audacia se decidiese a satisfacer tal demanda.

Una mañana, cuando Di se disponía a desayunar y luego salir de casa, unos nudillos llamaron a la puerta de su dormitorio. Con voz brusca, invitó a pasar a quienquiera que fuese. El magistrado estaba de espaldas a la puerta cuando oyó que se abría; mientras terminaba de ajustarse el jubón y el birrete y repasaba mentalmente los casos del día —el robo de unos animales de granja, la disolución de una sociedad comercial, otra esposa maltratada—, unos pasos se acercaron y unas manos depositaron una bandeja sobre la mesilla. Di se disponía a dar cuenta del té con pastas antes de iniciar la jornada cuando una voz familiar lo sacó de sus pensamientos.

—¿Querrás algo más, amo Di?

El magistrado se volvió, sobresaltado y descubrió a su segunda esposa junto a la

bandeja del té, con la cabeza inclinada en una respetuosa reverencia. Aquello era realmente insólito. Ninguna de sus dos esposas le había servido nunca el té, ni había llamado jamás a su puerta antes de entrar en su alcoba. Pero lo más extraordinario era la indumentaria de su esposa, que lucía la túnica de las criadas de la casa.

—¿Qué es esto? —preguntó, perplejo.

—Es tu infusión matinal, amo Di —respondió ella sin levantar la vista. Por un instante, Di temió que la mujer, finalmente, estuviera perdiendo la razón. Entonces, ella lo miró, sonrió y exclamó—: ¡Es tan divertido! Hoy me encargaré de fregar los suelos de la cocina. Después, pelaré y cortaré verduras, limpiaré pescado para la cena o quizá sacaré el cubo de la basura al callejón. Hay que encerar los muebles, lavar y remendar la ropa... —Hizo una pausa, con una risilla—. ¡Es posible que incluso tenga que vaciar orinales! ¡Tengo que obedecer todas las órdenes que me den!

—¿Que te den? ¿Quiénes? —quiso saber Di, sin salir de su asombro.

—¿Quiénes? ¡Pues el mayordomo, los criados, el cocinero o quien sea, naturalmente! —respondió ella. Su marido la miró unos momentos más antes de caer en la cuenta.

—Por favor, no me digas que tú también tomas en serio las bromas extravagantes de ese charlatán —murmuró.

—Eres un soso —replicó ella y dio media vuelta para marcharse—. No tienes sentido del humor.

—¿Que yo no...? —preguntó Di, desconcertado—. No es a mí a quien falta sentido del humor. Es ese farsante oportunista sediento de sangre quien carece de él. O, mejor dicho, quien lo tiene tan distorsionado que nada le produce satisfacción a menos que se base en el dolor y en el miedo.

—¿Dolor y miedo? —dijo ella—. Yo no veo dolor, ni miedo. Es un ejercicio de tolerancia. Un experimento.

—Para muchos, será un ejercicio de humillación. Un experimento de ignominia.

—Sólo será por unos pocos días.

—Sus efectos se prolongarán mucho más allá de los pocos días de observancia.

—Eres un hombre sin curiosidad.

—Al contrario; siento una gran curiosidad por observar los efectos de tal debilitamiento deliberado del tejido de nuestra sociedad.

—¿Debilitamiento? Este ejercicio sólo puede impulsarnos a entender mejor a nuestros conciudadanos.

—Ésa es una opinión muy ingenua, querida —apuntó él al tiempo que se cubría con el birrete.

—¿Por qué ingenua? —quiso saber ella.

Di exhaló un bufido de exasperación.

—Porque los seres humanos son criaturas imperfectas que necesitan reglas,

limitaciones y estructuras para actuar con algún asomo de productividad y de dignidad.

La mujer se encogió de hombros.

—Lo dicho, eres un soso que no sabe divertirse.

Di no encontró ninguna respuesta rápida a sus palabras, así que cogió una pasta y le dio un mordisco mientras su segunda esposa se disponía a abandonar la habitación.

—Espera —dijo él entonces, con voz seca—. ¿Te he dado permiso para retirarte?

La mujer se volvió y le lanzó una mirada de sorpresa, altiva e indignada. Di no era uno de esos maridos que daban órdenes a sus esposas, y tampoco las mujeres de su casa eran de las que tolerarían tal cosa. El magistrado sonrió y se encogió de hombros.

—Recuerda —se limitó a apuntar—. Un ejercicio, un experimento.

Ella lo fulminó con una mirada y abandonó la alcoba con paso enérgico. Al salir, cerró de un sonoro portazo. Di exhaló un suspiro y apuró el té.

Cuando ya se disponía a salir de casa le llegó desde la cocina la voz del mayordomo que le recriminaba a la segunda esposa su torpeza con los delicados tazones de té, acusándola de tratarlos como si fueran aperos de labranza y no como piezas irremplazables con siglos de antigüedad. También captó la voz de la mujer, que murmuraba una disculpa. Lo último que escuchó antes de cerrar la puerta de la casa fue al mayordomo enumerando las tareas que había asignado a su ama para aquella jornada, entre las que estaban sacar al patio todos los vasos de noche de la casa, limpiarlos y dejarlos al sol para que se purificaran.

Di se alegró de haber dejado la casa antes de que su madre apareciese en escena, pues sabía que la tolerancia de la mujer ante una conducta tan estafalaria sería nula. No; no había fuerza en la tierra que pudiera obligarlo a quedarse en casa aquel día.

Aquel día, por supuesto, era el primero de las tres jornadas de los «Ritos de Quitar Barreras», una supuesta festividad antigua «descubierta» por el historiador Shu y promulgada por el glorioso lama Hsueh Huai-i. Durante un breve periodo, los papeles se invertían y las barreras sociales desaparecían. Los criados daban órdenes a los amos, los hijos reprendían a los padres y las doncellas se dejaban hacer la manicura y arreglar el peinado por sus señoras. Los mozos de cuadra montaban los mejores caballos y los cocineros se sentaban a comer en las grandes mesas de madera enceradas, dispuestas con la vajilla más fina, e incluso devolvían la comida a la cocina si no les satisfacía. «Todos aprenderemos a ser más humildes, flexibles y tolerantes», había proclamado el monje.

No era que Di hubiese olvidado esas palabras, precisamente, pero no esperaba que la proclama resonara en su propia casa. Era evidente que su conocimiento de la naturaleza humana distaba mucho de ser perfecto; no había contado con reacciones de perverso entusiasmo como la exhibida por su esposa aquella mañana.

Al comienzo de su paseo por las calles no vio nada fuera de lo corriente. Sin embargo, más adelante, un carruaje de aspecto elegante se acercó traqueteando por una de las grandes avenidas. A su lado, montado en un caballo venía un hombre ya mayor, muy grueso, por cuyo rostro corrían regueros de sudor. Di supuso que en el carruaje, recostado en los almohadones y viendo pasar el mundo a través de la cortina de la ventanilla, iba el criado del hombre, el joven fuerte y ágil que normalmente montaba el caballo mientras el gordo viajaba en el mullido interior del vehículo. Seguro que era eso. Y Di imaginó que por la noche el gordo se daría un buen baño caliente que aliviara el dolor y las agujetas de su espalda y meditaría con humildad la lección de aquel día.

¿Y el joven criado? ¿Qué aprendería él? ¿Que los cojines de seda se acomodaban a su cuerpo como jamás lo haría una dura silla de montar de cuero? Cuando el ejercicio terminara, ¿renunciaría al lujo caprichoso con indiferencia filosófica, agradecido por el conocimiento que le había aportado la experiencia?

Cuando se acercaba a la plaza del mercado, Di notó que su paso se aceleraba. La curiosidad lo arrastraba. Los vendedores de alimentos y los granjeros llevaban allí desde el alba, pregonando toda clase de plantas y animales conocidos. A aquella hora de la mañana, los criados encargados de hacer la compra para la casa discutían, regateaban, porfiaban y declaraban el producto impropio para el consumo humano, mientras los vendedores replicaban y regateaban también, entre amigables insultos a sus clientes, a quienes llamaban tontos ignorantes y bárbaros del norte helado que no sabían distinguir el estiércol de búfalo del pastel de arroz.

Di siempre disfrutaba mucho en aquel ambiente y apreciaba el entendimiento tácito entre vendedor y comprador mientras llevaban a cabo el ceremonial que marcaba la tradición del mercado. Se encaminó a la zona más concurrida y no tardó en distinguir a una dama de la aristocracia con el cesto al brazo que parecía al borde de las lágrimas a causa de algún comentario de un viejo enjuto que vendía pollos. Cerca de ellos, una muchacha —sin duda, la doncella de la aristócrata— gritó algo por la ventanilla del palanquín que la había llevado hasta allí. Tras dirigir unos cuantos insultos experimentados y certeros al viejo, la transacción quedó cerrada y la dama del cesto reemprendió la marcha con paso derrengado detrás del palanquín cuyos portadores, dos jóvenes sonrientes, ya habían levantado del suelo. Di conjeturó que los muchachos también eran miembros de la familia; probablemente, hijos de la propia dama que los seguía. Y su sonrisa era de placer ante la frustración y el desconcierto de su madre.

Por supuesto, reflexionó el magistrado, los jóvenes se adaptaban mejor a tal cambio de papeles; dudaba mucho de que la dama que acababa de ver aguantara el resto del día sin darse por vencida. En silencio, agradeció que sus hijos estuvieran todavía muy lejos, cumpliendo sus obligaciones militares en Sechuan, y no allí, en la

ciudad, participando de los «Ritos de Quitar Barreras» de Hsueh Huai-i. Sólo el cielo sabía qué clase de provecho picaresco habrían intentado sacar de la situación, qué suerte de ingeniosa destrucción habrían tramado.

Pero no, se dijo, no estaba siendo justo con ellos. No tomaba en consideración la vida ejemplar que ambos habían llevado durante más de una década (ejemplar, al menos, en comparación con lo que habrían terminado por ser, seguramente, si no se hubiera puesto coto a sus andanzas por Yangchou en el momento oportuno). Si bien sus hijos no se habían distinguido de forma especial durante el servicio de armas en la remota provincia occidental, tampoco habían sido arrestados, destituidos, licenciados, decapitados o ahorcados. Hacía ya mucho tiempo que a Di lo asaltara la visión de sí mismo en el tribunal dictando sentencia contra sus propios hijos.

Continuó su marcha a paso rápido a través del mercado y presencié algunas escenas interesantes, entre ellas la de un matrimonio que había llevado los ritos un paso más allá. La esposa llevaba la túnica, la capa y el gorro del marido y éste, con el rostro embadurnado de maquillaje, lucía un vestido de mujer, floreado y profusamente recamado. Cuatro pelos de barba rala que colgaban del mentón del hombre contribuían a dar un ridículo toque final al conjunto. La pareja disfrutaba sin reservas ante las miradas, las risas y los comentarios de la gente que la rodeaba. Di dobló la esquina de la calle secundaria que conducía a su despacho. Tal vez su esposa tenía razón. Tal vez era verdad que era un soso sin sentido del humor.

Al término de una jornada larga y olvidable durante la cual había intervenido en los detalles sin importancia de la vida de una decena de personas, Di volvió sus pensamientos hacia la velada que le esperaba. Su casa, sin duda, se encontraría en estado caótico. Seguramente, junto con la cena le sería servida una larga lista de quejas y protestas. Ya notaba los rugidos y gorgoteos de las tripas. Aunque estaba dispuesto a conceder, a regañadientes y sin mucho convencimiento, que el gran «experimento» social del monje tal vez fuera una diversión relativamente inocua, no tenía el menor deseo de seguir presenciándolo. Una cosa era segura: de aquello no iban a surgir revelaciones profundas ni grandes visiones espirituales.

Por otra parte, tampoco era probable que produjera efectos nocivos duraderos en la sociedad. Ante todo, se trataba de un escarnio, dirigido principalmente a los funcionarios confucianos de más edad y más conservadores. Para algunos de ellos, era más que una burla. Algunos de los funcionarios más ancianos que Di había encontrado durante el día (y, en especial, cierto magistrado superior) estaban convencidos de que aquello era el final del orden y de la razón y creían firmemente que el mundo se deslizaba sin remedio hacia el caos y la confusión. Di observó los ojos llorosos y preocupados del anciano magistrado y su expresión de dignidad ofendida y se preguntó si él no había ofrecido el mismo aspecto aquella mañana frente a su esposa.

El hombre le había asegurado que no pensaba regresar a su casa esa noche. No tenía la menor intención de ver a los criados sentados a la mesa principal, comiendo en sus platos y bebiendo de sus copas, y a sus hijas escanciándoles el vino y cambiándoles los platos.

Por lo tanto, había añadido su anciano colega, durante los días siguientes pensaba retirarse a una pequeña posada muy agradable que ya conocía, donde podría comer y descansar tranquilo. Su familia no volvería a verlo hasta que toda aquella bufonada infernal hubiese terminado. «No estoy dispuesto a alentarla o a ennoblecerla prestándole un ápice más de atención», había declarado con firmeza.

A Di le había parecido una idea excelente. Recordó un pequeño albergue delicioso con una vista sobre uno de los muchos parques de la ciudad. Qué agradable sería cenar allí y retirarse temprano, sin más discursos, discusiones o altercados. Qué pacífico y civilizado. Un respiro semejante no haría sino dar nuevas fuerzas a su actitud paciente y controlada, se dijo mientras salía del despacho.

Al llegar al local, comprobó con satisfacción que todo estaba como esperaba. Allí reinaba el orden y la tranquilidad. El dueño le dio la bienvenida y le sirvió una cena excelente en la galería al aire libre con la panorámica del parque cuidado y apacible, vestido con los colores del otoño, a sus pies. Allí podía estar todo el tiempo que quisiera sin que nadie lo molestara, sin tener que aguantar conversaciones, bajo la luz de la tarde que se desvanecía lentamente.

Recordó su estancia en Luoyang, donde había vivido sin su familia. Allí había tenido toda la soledad que podía desear, pero los recuerdos no eran de paz y recogimiento, sino de un aislamiento incómodo, de encierro, de una soledad que, sinceramente, esperaba no tener que experimentar nunca más. Había habido momentos, casi siempre en una calle concurrida o en una sala del tribunal llena de gente, en que había añorado profundamente a su familia. Y, para su sorpresa, no era la comida y la mesa lo que echaba de menos, ni las visiones de una intimidad cálida y acogedora, sino la sensación confortable y familiar, como los zapatos gastados que uno se calza sin el menor esfuerzo, de las discusiones y recriminaciones de costumbre. Recordó haber pensado que era allí donde había que buscar el verdadero desahogo: a salvo en el interior del pequeño reino de uno, recluido en los confines de sus disputas internas absolutamente predecibles. Y desde luego, ahora que su anciana madre residía con él, no andaban cortos de discusiones y riñas.

Hasta hacía poco, su madre viuda siempre se había negado a vivir con Di y con sus esposas. Había preferido quedarse en Ch'ang-an con la familia de la hermana de su difunto marido, mucho más joven que éste. Nada la haría abandonar la ciudad en la que había nacido, crecido y criado a sus hijos. Allí estaba enterrado su marido y allí moriría ella, decía, y yacería junto a su noble esposo bajo una estela sólida y firme. Así pues, cuando Di se trasladó a Yangchou, ella se negó a dejar Ch'ang-an

pese a los deseos de su hijo. Además, decía siempre la madre, era evidente que «aquella mujer» —así se refería a la esposa principal de su hijo— no la quería en su casa. La casa era de él, replicaba Di cuando la oía, y procuraba exhibir su autoridad patriarcal. Una actitud débil e ineficaz que la anciana desechaba con un gesto de su mano huesuda. ¡Bah!, decía, los hombres no llevan la casa. No es su terreno. Y Di nunca sabía qué replicar a eso.

Sin embargo, tras la reciente e inesperada muerte de la hermana de su marido, la mujer, una anciana de ochenta y siete años terca y entrometida, había consentido finalmente en ir a vivir con Di y sus esposas y la pequeña que habían adoptado, ahora que se habían instalado en Ch'ang-an. Por suerte, la casa era grande y, gracias a ello, la atmósfera tensa que a menudo reinaba en ella tenía, por lo menos, espacio para diluirse.

Di estaba seguro de que aquella noche no escasearían las disputas entre los miembros de la familia. Pero, en esta ocasión, no sentía necesidad de asistir a ellas. El magistrado consideró este desinterés como un signo saludable.

Sólo podía significar que la inquietud que se había apoderado de él en Luoyang lo abandonaba y le devolvía la libertad de desear y buscar la soledad. Apenas había caído el crepúsculo, pero ya notaba que el sueño se adueñaba de él. Se puso en pie y se desperezó, anhelando el lujo de un descanso largo y profundo, sin sueños.

Hacía una buena mañana y Di se sentía lleno de un bienestar como no había experimentado en años. Le había producido un placer infinito despertar en la pequeña habitación del albergue y contemplar la inhabitual configuración de ramas enmarcada por la ventana.

Cuando salió a la calle tras un excelente desayuno, se permitió un leve sentimiento de benévola superioridad hacia la gente que encontraba a su paso. Sin duda, la noche anterior había habido gritos y voces airadas en muchas casas de la ciudad y él se regocijaba por lo listo que había sido permaneciendo al margen. Cuando volviera a casa aquella tarde, lo haría con ánimo alegre y tolerante.

Pasó ante un tenderete de melocotones, maduros y de magnífico aspecto; cediendo a un impulso, se detuvo a comprar unos cuantos al tiempo que se imaginaba ofreciéndolos a sus mujeres: esposas, madre e hija adoptiva.

Mientras depositaba las monedas en la mano del vendedor, pensó por un instante en el concepto abstracto de familia: gente que podía no tener nada en común, que podía llevarse mal incluso, pero que quedaba unida de modo inextricable por vínculos de sangre, de linaje o de matrimonio, y obligada a compartir el espacio bajo un mismo techo. Como el magistrado no llevaba cesto y la fruta no cabía en su faltriquera, el vendedor envolvió los melocotones con un retal de tela de buen tamaño.

No había llegado a la mitad de la escalinata que conducía a su despacho cuando,

en el rellano de arriba, asomó la figura de uno de sus magistrados ayudantes. La expresión del hombre borró al instante de la cabeza de Di todos los pensamientos sobre familia, melocotones, esposas, mañanas agradables y ramas enmarcadas en una ventana bañada por la luz del sol. El magistrado se detuvo y el ayudante corrió peldaños abajo.

—¿Dónde estaba usted, señor? —preguntó el ayudante, sofocado. Sus siguientes palabras salieron atropelladamente de su boca mientras tomaba del brazo a Di y tiraba de él, instándolo a descender—. Llevamos buscándolo desde el alba. Su familia tampoco sabía su paradero. No hemos tocado nada. Hemos prohibido el acceso a la casa y al resto de la finca. Empezábamos a temer que usted también hubiera muerto. Sus esposas están convencidas de ello.

Di se detuvo y agarró al hombre por el brazo con gesto áspero.

—¿Ha sucedido algo en mi casa? —preguntó.

—No, no, no —respondió el ayudante—. Perdonadme. En vuestra casa no ha sucedido nada. Ha sido en otra casa, en una elegante mansión de los barrios del norte.

—¿Qué? —quiso saber Di—. ¿Qué ha sucedido?

El magistrado ayudante sacudió la cabeza como si no diera crédito a la palabra que se disponía a pronunciar.

—Un asesinato —dijo por fin.

—¿Un asesinato? —Di casi se sintió aliviado y soltó el brazo del hombre. Un asesinato no tenía nada de extraordinario. Por un instante, se preguntó si aquel ayudante suyo no sería, sencillamente, un novato inexperto.

—Pero no se trata de un... de un asesinato corriente —dijo entonces su subordinado. Di lo miró, esperando que añadiera algo más, pero el ayudante parecía absolutamente incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Tiene usted que verlo con sus propios ojos. Hay un carruaje que le espera en la salida de atrás.

El hombre señaló tímidamente una puerta al pie de la escalinata y descendió unos peldaños más, con Di pegado a sus talones. Entonces, se volvió y dijo:

—Una familia. Una familia entera.

Sencillamente, resultaba excesivo. Volvió hasta el umbral de la puerta que había dejado atrás y miró afuera, con las manos en las sienes. Cuando dio media vuelta para entrar de nuevo en la casa, descubrió con sorpresa que las piernas le temblaban como las de un viejo borracho.

Tenía que encontrar sentido a todo aquello, como fuese. Había cinco adultos —la madre, el padre, la abuela, el abuelo y otro hombre mayor, un tío, probablemente— y un niño, un crío de unos once años, todos ellos muertos y, con la excepción del pequeño, boca abajo en el suelo, en fila, con los brazos encogidos en torno a la cabeza como escolares sesteando en sus pupitres. Los adultos yacían en charcos de sangre, completamente vestidos. El niño estaba desnudo y tenía la mitad del cuerpo pintada de verde con brochazos gruesos y toscos; no se apreciaba sangre ni otras señales de violencia en el pequeño, que yacía boca arriba con los ojos abiertos y fijos en el techo. En las proximidades, uno al lado del otro, estaban los dos perros falderos de la familia, limpiamente degollados. El suelo y las alfombras eran un caos de huellas sangrientas de pies desnudos que se entrecruzaban y toda la estancia estaba hecha trizas.

—Recordad las instrucciones —previno Di a los alguaciles que, unos en cuclillas junto a los cadáveres y otros batiendo minuciosamente la estancia, procedían a tomar nota de los detalles—. No mováis nada y tened mucho cuidado. Todavía no sabemos qué tiene importancia y qué no. Hasta que lo averigüemos, todo la tiene.

El hombre que mandaba a los alguaciles, un tipejo áspero de pronunciada joroba, se acercó al magistrado.

—¿Qué os parece, magistrado? ¿Estamos ante un acto de brutalidad pura y sin sentido, o...?

—No lo creo —respondió Di.

—No. Yo, tampoco —lo secundó el jorobado—. Pero si no supiera que es imposible, diría que ha pasado por aquí una jauría de leopardos hambrientos. —Los dos pasearon la mirada por la confusión de muebles volcados, jarrones hechos añicos, libros, flores y biombos destrozados y cortinas rasgadas—. Leopardos —repitió, y dejó caer los brazos, desalentado.

—Pero, naturalmente, en Ch'ang-an no hay leopardos —respondió Di, sin prestar atención—. ¿Qué hay de los sirvientes?

El alguacil se encogió de hombros.

—Todos vivos. Todos ilesos. Dicen que no han visto ni han oído nada. Al despertar esta mañana, han encontrado asesinada a la familia.

Al oír estas palabras, a Di se le ocurrió una idea desagradable.

—Averigua si esta familia, o alguno de sus miembros, ha participado en los Ritos

de Quitar Barreras —dijo a su ayudante.

Cuando el jorobado comprendió lo que insinuaban las palabras de su superior, le dirigió una mirada penetrante.

—Sí. Una idea excelente —murmuró.

Di se concentró en el cuerpo del niño muerto, desnudo y pintado a medias. Después, contempló los destrozos de la estancia con una mirada valorativa. A primera vista, uno podía suponer que el desorden era resultado de una lucha a muerte, pero después de observar con más detenimiento lo que tenía ante él, se convenció de que no era así, en absoluto. Allí había una violencia y una depredación que parecían... vengativas, orgiásticas. Como si matar a los moradores de la casa no hubiera sido suficiente satisfacción; como si la habitación entera y todos sus objetos inocentes tuvieran que sufrir también. Lo que le resultó más escalofriante fue el contraste entre el frenesí de la destrucción y el cuidado con el que habían sido tratados los cadáveres; sobre todo, el del niño. Este tenía el aspecto de haber sido preparado cuidadosamente para algún oscuro rito funerario. Di tomó nota mentalmente: ritos funerarios. Era un punto de arranque.

—¿Qué hay de las otras habitaciones? —preguntó.

—Nada —le informó el jorobado—. Nada en absoluto. Ningún destrozo, nada fuera de sitio. El resto de la casa está limpio y pulido como si la propia matriarca la hubiera preparado para una fiesta.

—No he visto nunca nada comparable —comentó el magistrado—. He visto muchos robos y actos de venganza entre familias y entre clanes, pero nada que se parezca a esto. Nada.

—Yo, tampoco —corroboró el alguacil.

Di avanzó un paso, hincó la rodilla y empezó a rascar la extraña pintura verde del cuerpo del chiquillo para recoger una muestra en una vasija, que dejó aparte con cuidado. A continuación, repartió pinceles, tazones con agua y pequeñas pastillas de tinta negra y roja entre los alguaciles. Mientras él dibujaba un esbozo general de la estancia situando las posiciones relativas de los cuerpos, los ayudantes trazaron con tinta en el suelo de madera y en las alfombras el contorno exacto de los cuerpos yacentes. Muy pronto, sería preciso levantar los cadáveres y Di quería valerse de todas las ayudas posibles en sus recuerdos.

Una vez terminados los contornos, Di autorizó la retirada de los cuerpos.

Dos de los alguaciles se acercaron a regañadientes al cuerpo de la abuela. Cuando intentaron apartar los brazos de la cabeza, apreciaron que ya estaban muy rígidos. Di dedujo que la muerte se había producido bastantes horas antes; probablemente, la noche anterior. Los dos hombres se dispusieron a alzar el cadáver, rígido como una estatua de madera, y Di apartó la vista. Siempre había experimentado un especial desagrado ante la penosa imagen del rigor mortis, que consideraba una broma

innecesariamente cruel por parte de la naturaleza. Mientras se afanaba de nuevo con el pincel en el esbozo de la habitación. Di percibió un silencio y una pausa en la actividad que se desarrollaba a su espalda.

—Magistrado, tiene que ver esto —anunció el jorobado con un tono de incredulidad en la voz.

Di se volvió. Los hombres tenían la mirada fija en la anciana, a la que habían dado la vuelta y que ahora yacía boca arriba, con el rostro enmarcado todavía por sus brazos. Tenía los ojos abiertos, con la mirada fija en el techo, y la boca contorsionada en una sonrisa terrible que iba, literalmente, de oreja a oreja.

—¿Qué es esto? —susurró Di e hincó la rodilla junto al cuerpo—. Es... esto es espantoso —añadió.

Alguien había rajado las comisuras de los labios de la anciana hasta dejar las muelas a la vista y luego había enrollado y cosido la carne con un hilo fino de seda negra en una parodia de labios para crear aquella sonrisa diabólica. Si la desdichada vieja bruja hubiera sonreído un poco más, pensó el magistrado, la cabeza se le habría partido en dos.

—Los otros —indicó entonces, al tiempo que se ponía en pie. Los alguaciles dieron la vuelta al cadáver más próximo y al siguiente. Todos presentaban el mismo aspecto. Sólo el chiquillo se había salvado de aquel horror. ¡Dioses!, pensó Di; hacía apenas un instante había comparado el frenesí de caótica destrucción con el cuidado mostrado en pintar el cuerpo del niño. Aquellas bocas cosidas significaban horas de trabajo concienzudo. Un mensaje, evidentemente.

¿Pero cuál?

Una vez retirados los cuerpos, Di y sus hombres batieron la casa, los jardines y los edificios auxiliares en busca de cualquier indicio. Pero el hallazgo más extraordinario —que había estado allí, ante sus mismísimas narices, desde el primer momento— fue descubierto por pura casualidad cuando ya iba a ser borrado irremediablemente. ¿Cómo era posible que hubiera pasado inadvertido al montón de alguaciles y ayudantes que participaban en la investigación? Peor aun, ¿cómo había conseguido, casi, escapar al ojo «inimitable» del famoso magistrado de Yangchou?

Había sido una cuestión de ángulos de luz. Aquello había estado allí, en el suelo del pasillo que conducía al resto de la casa desde la estancia donde habían aparecido los cadáveres, mezclado con las huellas sanguinolentas impresas en todas direcciones, y sólo la casualidad había hecho que Di lo viera al dirigir una última mirada al pasadizo.

La primera vez que había inspeccionado el corredor ensangrentado, la luz matinal que entraba por las rendijas de las persianas lo había deslumbrado. Di no había apreciado ningún detalle significativo en las huellas ya secas, que parecían una mera continuación de las impresiones de pies desnudos de la estancia principal.

Pero cuando volvió a examinar la zona antes de cerrar la investigación por aquella jornada, la luz había cambiado considerablemente y el sol ya no se reflejaba en la madera encerada del suelo. Y entonces vio lo que antes se le había pasado por alto: una hilera de huellas en forma de media luna impresas con sangre que salían de un gran charco central de sangre seca. Di se acercó y observó con atención las huellas. No eran en absoluto círculos al azar o marcas como las que dejaría el tacón de una bota impregnado de sangre, cuya forma recordara vagamente la media luna. No, las huellas del suelo eran nítidas y completas: algo había pasado a través del gran charco de sangre. Pero lo verdaderamente insólito no era esto, sino el hecho de que no correspondían a pisadas humanas.

Eran huellas de pezuñas. Demasiado grandes para pertenecer a una cabra, pero... Miró a su alrededor. El estrecho pasillo era demasiado pequeño para dar cabida a un animal mucho mayor. Entonces, Di se adentró en el pasillo, abrió todas las persianas que encontró y se arrodilló para observar de cerca un rectángulo de caoba bañado por la luz, ya mortecina. Sí, no había duda. Eran marcas de pezuñas. Pezuñas de caballo. Sin herrar.

Ch'ang-an, la capital occidental, era la ciudad más populosa de la tierra. Con sus millones de activos habitantes y su próspero comercio, la ciudad era punto de confluencia de carreteras, canales y ríos en un radio de dos mil *li* y constituía una enorme vorágine de pueblos, nativos y extranjeros; una ciudad donde lo más cosmopolita y refinado coexistía con costumbres y supersticiones tan exóticas como las que podían encontrarse en las tupidas selvas o en las altas montañas de otras tierras. Ch'ang-an era una joya de múltiples facetas que descomponía la luz infinita del ingenio y de la imaginación en una gama de colores que le proporcionaban fuerza y magnificencia.

También el miedo humano se manifestaba en diversos colores y texturas. El temor infundado e irracional era terreno abonado para los malentendidos que surgían allí donde coexistían diversas nacionalidades, y en aquella ocasión, avivadas por los rumores relativos a los detalles de aquel episodio brutal y extravagante —el asesinato de una de las familias más ricas de Ch'ang-an—, las insinuaciones y la xenofobia se extendieron por la ciudad como un incendio.

Cada nacionalidad, cada grupo de inmigrantes temía a los demás y sospechaba de ellos. Los pueblos turcos de las tierras mongolas septentrionales —sogdian, khitan, juchen, uigur, hsi— odiaban a los pueblos meridionales, los hua, man y miao de Lingnam y de las tierras altas de Nam-Viet.

Entre los propios sureños, los miao desconfiaban de los pueblos hua, pero miraban aún con más recelo a los diversos «bárbaros» de las gargantas boscosas de Lingnam. Para cada pueblo, la magia del otro era negra y malévol. Y a este gran caldo hirviente de humanidad había que agregar los inmigrantes sasánidas recién

llegados del lejano imperio Persa, con las extrañas ideas dualistas del zoroastrismo acerca del bien y del mal.

El suceso desató la imaginación en la ciudad. Algunos detalles de la escena del múltiple crimen, ya de por sí terribles, se filtraron y fueron exagerados y distorsionados. Proliferaban los rumores de actos de magia inmundos; nadie estaba libre de sospechas.

Según unas versiones, en lugar de las bocas, lo que había sido rajado de parte a parte era el vientre de las víctimas, y los intestinos aparecían en torno a los cuerpos como una soga sanguinolenta o colgados del cuello como guirnaldas de flores, o extendidos en el suelo y dispuestos en forma de indescifrables símbolos del taoísmo hermético. Según otra versión, a los cadáveres les faltaban las cabezas, separadas de los cuellos de forma tan limpia que parecían no haber sido cortadas, como si hubieran abandonado los cuerpos por propia voluntad. Asimismo, corrió la voz de que las huellas de animales habían aparecido también en paredes y techos.

Di no tenía modo de poner freno a las espantosas fantasías que aterrorizaban a la ciudad. Aunque nunca llegó a saber con certeza de dónde procedían aquellos rumores, el magistrado tuvo la impresión de que los primeros indicios señalaban a los pueblos más occidentales, los persas en particular, que eran los más extraños y ajenos a los nativos. Los sasánidas, con sus peculiares creencias zoroastrianas, tenían fama de contar con varios expertos en magia negra —los hechiceros yatus— capaces de invocar a demonios malévolos del inframundo.

En el poblado panteón de los mazdeístas estaba el demonio Azhi-Dahaka, una entidad perversa que poseía tres cabezas, seis ojos y tres bocas y de cuyos hombros surgían serpientes. Según mantenían ciertas facciones, era probable que algún hechicero persa lo hubiera invocado, en un acto de venganza personal. Sí, tal teoría parecía encajar, pues entre las muchas perversidades de Azhi-Dahaka estaba la de tener que alimentarse de cerebros humanos cada día, ¿y no era cierto que a todos los cadáveres de la casa les faltaban los sesos? Y una vez saciado su espantoso apetito, ¿acaso el terrible diablo no se esfumaba, sin más, por el mismo portal de humo —creado por la orden mágica del yatus que lo había llamado— por el que había entrado? Esto explicaba muchas cosas para las que las autoridades civiles parecían no tener respuesta.

Los rumores tenían su lógica. Algunas facciones señalaban a los judíos y a su dios severo y celoso, que exigía sacrificios. ¿Acaso ese dios no insistía en que el verdadero devoto olvidara a todos los demás dioses por él? ¿Y acaso no se precisaba un sacrificio humano como prueba de esa fe incommovible? Y, naturalmente, estaban los tibetanos, que traían con ellos sus extrañas costumbres de montañeses, su pantomima de la muerte y de la condición de mortales. Según algunas voces, los asesinatos eran la idea que tenían los tibetanos de una broma divertida.

Todos aquellos rumores persistían, precisamente, porque las autoridades civiles no tenían nada mejor que ofrecer. El despacho del magistrado superior no sabía qué hacer. El interrogatorio de los numerosos amigos y socios de la familia muerta no reveló nada. Ni motivos de venganza ni dificultades ni tratos oscuros que pudieran llevar al asesinato. No parecía cosa de rivalidades de clan y el motivo tampoco era el robo. Di no logró determinar que la familia tuviera enemigo alguno. Una familia confuciana, bien considerada y generosa, de excelente linaje.

Todo aquello condujo al magistrado a la única posibilidad alternativa, que al principio le había parecido promisorio pero que se había ido difuminando conforme profundizaba en ella: los «Ritos de Quitar Barreras». Di imaginó que, al cambiar de papeles, habían surgido resentimientos largo tiempo reprimidos. Sin embargo, no había el menor indicio de que la familia hubiese celebrado el ritual o de que la servidumbre no fuera leal a sus dueños o no estuviera satisfecha con ellos. Las preguntas de Di no dieron ningún resultado, salvo confirmar que los criados no habían oído nada, que no se habían percatado del menor alboroto y que apenas lograban recordar detalles de la velada previa a los asesinatos. Después de interrogar minuciosamente a cada uno de los sirvientes, el magistrado llegó a la conclusión de que ninguno de ellos ocultaba nada. Con todo, seguía desconcertándole por completo la extraña vaguedad de sus declaraciones, como si todos ellos hubieran bebido demasiado. ¿Cómo era posible que se hubiera producido una serie de asesinatos tan brutales y sangrientos bajo aquel techo y nadie hubiera notado absolutamente nada?

Allí donde él no consiguió averiguar nada, la gente de Ch'ang-an mostró una gran inventiva y abundantes recursos; con asombroso vigor e ingenio, nuevas historias se apresuraron a cubrir el vacío de las investigaciones del magistrado superior. Perdido el interés en los persas y judíos de ojos redondos, los teóricos pasaron a otros terrenos más atractivos.

Los inmigrantes de las tribus selváticas de Nam-Viet creían que las rachas de desventura sólo podían corregirse recurriendo a maestros chamanes que realizaran los sacrificios adecuados. Aunque las víctimas de estos sacrificios chamánicos eran, normalmente, cerdos o vacas, los chinos de la ciudad no estaban convencidos de que se detuvieran allí. Así pues, la cuestión de los sacrificios humanos se planteó de nuevo, con más fuerza que nunca. Los chamanes viet negaron enérgicamente las acusaciones. Ellos jamás derramaban sangre humana, declararon.

Pues si no eran los chamanes, dijo entonces la gente, tenía que ser cosa de los adeptos del *ku*, la expresión incuestionablemente más oscura y terrible de la siniestra magia ritual de los viet, nacida de lo que apenas era una civilización humana, de un mundo cálido y remoto en el cual la noche negra y sin estrellas bullía de espíritus de la naturaleza tan diversos y venenosos como las criaturas que saltaban, se deslizaban, reptaban y volaban en la espesura. Los demonios del *ku* eran invocados desde el

abismo más profundo, febril y delirante de la mente humana.

En el vivero de la magia *ku* se encontraban los espantosos fantasmas reptilianos de la calamidad. Aunque nadie sabía por qué tales fuerzas habían de abatirse sobre la devastada familia, cualquiera podía ver que aquélla era la respuesta al misterio. Todo encajaba. Una vez liberado, el espíritu reptiliano penetraba en la víctima y la mordía por dentro, paralizándola, lo cual explicaba que los criados no hubieran visto ni oído nada. Después, la víctima permanecía plenamente consciente, pero inerte, mientras el espíritu invasor devoraba sus entrañas, se movía dentro de él y, con la cola espinosa, desgarraba el interior de la garganta y la cavidad abdominal y por último su cráneo, que después relamía hasta dejarlo por dentro tan limpio como una piedra pulida de un río. Y, una vez muerta la víctima-huésped, la criatura se materializaba y abandonaba el cuerpo por la boca. ¿Y no mostraban todos los cadáveres de la familia las bocas desgarradas?, comentaba la gente entre cuchicheos.

Entonces empezó a correr el firme rumor de que todas las víctimas habían aparecido descabezadas. Y de allí surgió el mito más espeluznante: el de las cabezas voladoras. Su imagen escalofriante mantuvo a Di sin pegar ojo toda una noche, admirándose de la profundidad de la imaginación humana. Y lo peor era que la historia no procedía de alguna tierra extranjera lejana y bárbara. Tenía su origen en el corazón «civilizado» del propio imperio chino.

Según las gentes de las junglas montañosas de Lingnam, en el sur de China, en el cuello de la persona afectada aparecía una fina línea roja, casi imperceptible, delgada como un hilo de seda. Si algún miembro de la familia hacía caso omiso de aquella primera señal y no aplicaba de inmediato la magia curativa adecuada, la herida se ampliaba hasta que la cabeza se separaba del cuello y, en algún momento antes del amanecer, las orejas se metamorfoseaban en enormes alas palmeadas y la cabeza salía volando en silencio a través de una ventana abierta y se perdía en la noche para dedicarse a merodear por la jungla junto a las aves de presa. Entonces, sobrevolaba las selvas frondosas y se zambullía con un silbido bajo las aguas de los ríos torrenciales y del mar; más veloz que el halcón y que el águila, la cabeza surcaba los vientos entre cumbres vertiginosas, desfiladeros angostos y amplias cavernas, y se dedicaba a cazar y a devorar durante el resto de la noche. Por fin, una vez saciada, volvía a unirse al cuerpo antes de que rompiera el día. Y el estómago de la víctima quedaba ahíto como si hubiera participado directamente en el festín mágico.

Y la familia asesinada, según los comentarios en las calles y tiendas de té, había sido encontrada con los estómagos reventados y atiborrados de carroña. ¿Podía haber prueba más clara?

Por supuesto, también los taoístas poblaban las callejuelas con gran número de trasgos, duendes y criaturas mágicas de su propia cosecha, algunas de las cuales no se podían ver directamente, sino sólo a través de reflejos. Muchas personas empezaron a

llevar encima pequeños espejos de bolsillo; los había que siempre caminaban hacia atrás sin dejar de observar por el espejo, en permanente busca de la presencia disimulada de demonios al acecho, cuyo reflejo sería visible.

La ciudad había enloquecido de superstición y xenofobia y Di no tenía nada —ni claves, ni teorías viables, nada— con que contrarrestarlas. Con ánimo abatido, reflexionaba sobre lo mucho que se habían apartado de la sociedad racional tan querida por los corazones confucianos.

Incluso su propia madre había insistido en que un palanquín la condujera al mercado dos veces por semana para ponerse al día de los chismes y para incrementar su tintineante colección de cuentas, abalorios, espejos, discos, monedas, bolsas, raíces, pezuñas, polvos y talismanes. Y aunque Di discutía con ella y apelaba a la vergüenza que significaba que la digna y venerable madre del magistrado superior de Ch'ang-an y reputado confuciano se entregara a tan manifiestas supersticiones, ella hacía oídos sordos a sus protestas con su irritante gesticulación de costumbre y aducía como prueba de la eficacia de su método el haber llegado a una edad avanzada.

Después, traía a colación el tema de la absoluta ineficacia de su hijo para solucionar unos crímenes. Inevitablemente, lo hacía en público y con voz estentórea típicamente materna cuando su respetuoso hijo la acompañaba en sus compras por el mercado del oeste, que no conocía demasiado bien. Y el pobre magistrado Di, mortificado, no podía hacer otra cosa sino sonreír ante los transeúntes que le dedicaban reverencias y fingían discretamente no haber oído nada.

Por supuesto, nada de aquello contribuía a mejorar el ambiente hogareño. Con frecuencia, Di cenaba pronto y volvía a su despacho con la excusa apenas hilvanada de algún asunto pendiente. Desde luego, tales asuntos no escaseaban, pero Di se descubría sentado en la oscuridad, pensando sin hacer nada, contemplando las calles que se divisaban desde su ventana.

Sólo una cosa lo impulsaba a seguir adelante: sabía que nunca podría resolver el asesinato a menos que descubriera el *modus operandi*, y éste sólo aparecería con una segunda matanza. Di esperaba que sucediera lo impensable.

Así pues, esperó.

Una mañana, Di llegó a su despacho tras una larga noche durante la cual las preocupaciones y el soplo continuo de los poderosos vientos de Ch'ang-an conspiraron para privarlo de descanso. El magistrado ayudante lo recibió con una mirada de exasperación y, de mala gana, dejó un sobre imperial de aspecto muy oficial encima de la mesa de su colega. Lo había traído un mensajero a primera hora de la mañana.

Di estudió con recelo los sellos de cera perfectamente impresos en el sobre y buscó el abrecartas de plata y jade entre los montones de papeles desordenados.

Lo acometió un acceso de aprensión. ¿Pero por qué reaccionaba con tal intensidad

ante un sobre aún por abrir?, se preguntó. ¿Era por la sensación que le producía al tacto? El sobre era grueso y pesado, pero tal cosa no era inhabitual en los comunicados oficiales. Entonces, ¿era quizá su limpia presencia allí, sobre el escritorio, claramente fuera de lugar, casi amenazador en medio del cómodo caos de Di? ¿Era su olor, tal vez? El sobre no despedía más aromas que los de la seda y el pergamino. Todo olor a tinta había desaparecido hacía tiempo y, sin embargo, el magistrado alcanzó a percibirlo. Cuando abrió el sobre con el filo cortante de la navaja, el sonido delicado y peculiar del papel de calidad al rasgarse le dijo cuanto necesitaba saber: que trescientos *li* la distancia que separaba la Ciudad de la Transformación de Ch'ang-an, ya no eran suficientes.

Habían transcurrido dos días desde que abriera el sobre y desplegara las páginas de minuciosas instrucciones y los planos detallados, pero Di todavía estaba seguro de que su rostro aún mostraba la misma expresión de perplejidad del primer momento.

Según las instrucciones, tenía que erigirse en el centro exacto de la ciudad de Ch'ang-an un enorme pilar de «hierro blanco» rematado en una espléndida esfera de cristal de cuarzo; trescientos cincuenta palmos de reluciente hierro colado que se elevarían para mayor gloria celestial de la emperatriz Wu y del advenimiento de la era de Maitreya, el Buda futuro.

¿Pero cómo hacer para levantar tanto metal, tanto hierro y tanta plata, y cómo moldearlo para darle una forma tan refinada e impecable? ¿Y cómo hacer para encontrar, extraer y procesar el mineral necesario en tan poco tiempo? ¿Y quién iba a realizar el trabajo? ¿Acaso la emperatriz pensaba enviar un ejército de operarios especializados para colaborar en el proyecto? En caso de ser así, tendría que ser una brigada ya experimentada en la erección de tales pilares. Di imaginó una procesión de monjes de la Nube Blanca, cientos y cientos de anacoretas de elevada estatura, con la cabeza rapada y el rostro cadavérico, que descendía hacia la ciudad, obsesiva y disciplinada, y luego la salmodia incesante que surgía de sus gargantas mientras fundían y pulían el metal, lo repujaban y lo levantaban, con algún nuevo y perverso objetivo metafísico.

Pero no. La realidad era mucho peor. La tarea de reunir la mano de obra necesaria le había sido encomendada a él. Como en los grandes proyectos de obras de antaño, le correspondía al magistrado superior de la ciudad reclutar el ejército de trabajadores voluntarios. Pero esta vez no tenía que recurrir a los brazos exhaustos de los ciudadanos corrientes, sino a los condenados a trabajos forzados de las cárceles, con el propósito —decían las instrucciones imperiales— de rescatar a los delincuentes del degradado plano del pecado terrenal a través de aquella tarea sagrada.

Con todo, había otra posibilidad. En aquellos momentos, ya no quedaban en los campos de Ch'ang-an y en las zonas colindantes presos suficientes ni para empezar tal empresa. El entusiasmo de Di por devolver a la mayoría de los prisioneros a sus

familias actuaría ahora en su contra. ¿De dónde iba a sacar la mano de obra?

Avanzada la tarde del vigésimo día posterior al asesinato de una de las familias más respetadas de Ch'ang-an, Di se encontraba en su despacho, concentrado en la elaboración de un plan para reunir los obreros necesarios para levantar hacia el cielo un ridículo pilar de hierro colado. Había llegado a la conclusión de que el único recurso era trabajar con el Ministerio de Defensa y la Junta de Tributos para conseguir soldados capturados en las recientes campañas tibetana y coreana. Era lo único con lo que podía contar, dadas las prisas.

Decidió repasar la lista de tributos y, por la mañana, despachar un mensajero a las instancias superiores de la prefectura. Esa noche no volvió a casa hasta muy tarde.

A primera hora de la mañana siguiente, un criado joven cogió tímidamente un brazo de Di y lo sacudió con suavidad, como si estuviera hecho de papel.

—Amo Di..., amo Di... —susurró el sirviente. A continuación, sacudió por el hombro al magistrado con un poco más de energía. Di soltó un gruñido, entreabrió un ojo durante un instante y dio media vuelta para caer de nuevo en un profundo sueño. A regañadientes, el joven criado alargó la mano otra vez, titubeante pero consciente de la presencia del grupito que aguardaba con impaciencia en el pasillo a su espalda, del cual formaban parte las dos esposas del amo. Al parecer, nadie había querido ocuparse de despertar al magistrado, de modo que se había encomendado la tarea al criado de menor categoría, el cual no tenía más remedio que obedecer.

—¡Despiértale! —susurró el mayordomo desde la puerta—. ¡Ya están subiendo las escaleras!

Las esposas de Di se arrebujaron en sus ropas para combatir el relente de aquella hora temprana. Todos los braseros estaban apagados. Tres alguaciles, a las órdenes del jorobado, entraron en la antecámara hablando en voz alta, pero se detuvieron antes de penetrar en la alcoba al advertir que su superior aún dormía.

—¿Cómo es que todavía duerme? Dejadme paso. Dejadme verlo.

La voz cascada y estentórea procedente del pasillo no dejaba lugar a dudas; su propietaria proclamaba con toda claridad que tomaba las riendas del asunto.

—¡Di Jen-chieh, despierta ahora mismo! —exclamó, inclinada sobre el hijo con su ancianidad inexpugnable.

A continuación, alargó la mano salpicada de manchas, agarró un puñado de cabello de la coleta despeinada del durmiente y le dio un enérgico tirón maternal, al tiempo que le hablaba directamente al oído.

—Están asesinando tu ciudad —murmuró.

Con un alarido, Di despertó bruscamente y descubrió a poca distancia de los suyos un par de penetrantes ojos negros iluminados por las lámparas. Sobresaltado, echó la cabeza hacia atrás y se dio un doloroso golpe contra la cabecera de la cama.

—¡Maldición!

Di miró más allá del rostro adusto de su madre y distinguió a sus esposas y a los alguaciles.

—Magistrado Di, señor —murmuró el alguacil jorobado—, disculpe esta inexcusable intromisión en su intimidad, pero... —levantó las manos en gesto de impotencia—, no sabíamos qué hacer...

—Están asesinando tu ciudad, eso es lo que he dicho —repitió la madre—. ¿Qué piensas hacer, magistrado superior? ¿Seguir durmiendo?

—Mi pobre marido ya no duerme a ninguna hora —intervino la primera esposa.

—Pues ahora me parece que lo hará menos todavía —replicó la madre.

—Ya estoy despejado —declaró Di, al tiempo que se incorporaba en el lecho. Todo vestigio de sueño había desaparecido ya.

El criado reapareció con una bandeja, que depositó en la mesilla de noche. Di estaba sentado ahora al borde de la cama con los brazos recogidos en las mangas de la túnica y los pies resguardados en las zapatillas mientras el grupito congregado a su alrededor lo observaba. El aliento flotaba en el aire gélido alrededor de sus rostros como nubes de pensamientos horribles que todavía no se habían convertido en palabras.

—No te lo quieren contar, Di Jen-chieh —continuó la anciana y pronunció su nombre con la dura familiaridad de una madre—, porque es culpa de todos ellos. La última vez ya advertí que esto volvería a suceder si no te ocupabas de esos persas bárbaros.

—Ya lo sé, madre —dijo Di en tono conciliador mientras el criado le ponía una taza de té en las manos. Sopló en el pequeño cuenco humeante y tomó un sorbo con cautela al tiempo que miraba a los alguaciles, colocados detrás de su madre y sus esposas—. ¿Es que nadie me va a explicar lo sucedido? ¿De cuantos se trata?

—La familia Ch'en eran cinco —apuntó el jorobado tras unos instantes de cortés espera por si la madre de Di quería decir algo—. Y también...

—Había más, alguacil —lo interrumpió bruscamente la enérgica vieja—. Dile al magistrado a cuántos han matado esos nigromantes persas. En la casa estaba de visita un grupo de seis miembros de la familia Lao, para concertar una boda. Dos de las familias más antiguas y distinguidas de Ch'ang-an.

—¿Persas? —preguntó Di en tono incisivo.

—Nada de persas —intervino la primera esposa con tono irónico—. La imaginación de tu madre está poblada de persas.

—¡Bah! —masculló la anciana—. ¿Qué sabes tú de eso, muchacha? Eres demasiado joven y tonta para saber cómo han cambiado las cosas desde que han empezado a instalarse extranjeros en Ch'ang-an.

—Sé mucho más de lo que cree —replicó la esposa de Di, pero la madre ya había vuelto a concentrar su atención en él y ni siquiera la escuchaba.

—Nada de esto habría sucedido si mi hijo hubiera prestado oído a las palabras de su anciana madre. Lo he prevenido cada día contra esos bárbaros y su brujería.

—¡Silencio... por favor! —imploró el magistrado—. Ten la amabilidad, alguacil —añadió, dirigiéndose al jorobado, que dirigía la escuadra—, ¿cuántos muertos y qué es esa mención de los persas?

—En total, once personas, incluida la familia Lao, que dormía en las habitaciones de los invitados.

—¿Y los criados? —preguntó Di. El jorobado se encogió de hombros y puso cara de frustración.

—Igual que la otra vez. Nada. No vieron ni oyeron nada. Han encontrado los cuerpos esta madrugada, antes del alba.

Di recibió la información impasible.

—¿Ha quedado todo precintado? —inquirió con seriedad, al tiempo que se ponía en pie.

—Se ocupa del asunto el tribunal de investigaciones del barrio de la Serpentina. El ayudante es un hombre muy competente.

—Bien. Muy bien. ¿Y el... el estado de los cuerpos? —Di acompañó la pregunta con una rápida mirada a sus esposas. Las mujeres no se movieron. Era evidente que querían enterarse. Desde luego, su madre no se movió de donde estaba.

—Mutilados —explicó el alguacil a regañadientes, apurado, como si hablara de alguna aberración sexual delante de las damas—. De manera horrible y extraña. Irreconocibles. Hay muchos detalles que...

—¡Pues claro que esos desdichados están mutilados de manera horrible y extraña! —repitió la madre—. ¿Qué otra cosa esperabas, Di Jen-chieh? ¡Me llamarás vieja estúpida, pero ya te advertí acerca de esos persas y sus siniestros chamanes!

—Madre, te agradezco tu valiosísima ayuda —murmuró Di cortésmente—. Ahora, si me disculpáis, tengo que vestirme.

Con un bufido de indignación, la anciana abandonó la estancia. Las esposas de Di se retiraron también mientras el mayordomo se aproximaba con ropas y una jofaina de agua caliente.

—¿Ha habido algún testigo? —preguntó Di a sus hombres mientras se enjuagaba el rostro apresuradamente—. Decidme que esta vez hay algo que podemos aprovechar. ¿Cómo se ha descubierto el crimen?

El jorobado torció el gesto y se frotó la barbilla con las manos.

—Los vecinos llamaron a los alguaciles del barrio porque encontraron al viejo mayordomo de la familia corriendo por las calles presa de la histeria y balbuciendo algo incomprensible. Así se ha descubierto la carnicería. Salvo esto... —dejó la frase a medias.

—Sí. Como la otra vez —corroboró el segundo alguacil, y el tercero asintió con

la cabeza—. Nadie vio ni oyó nada. Según parece, todos los posibles testigos dormían mientras se producían los hechos.

—¿Y ese mayordomo chillón ha revelado algo? —insistió Di—. ¿Algún detalle?

—Bueno, el hombre vio algo... Es decir... —El jorobado se detuvo, titubeante—. Dice que vio algo antes de saltar por el balcón. Afortunadamente, la caída fue amortiguada por el agua del estanque de las carpas. En ese punto, el estanque no es demasiado profundo, pero el fondo está enfangado.

—¿Qué es lo que vio? —dijo el magistrado, impaciente, mientras luchaba torpemente para enfundarse la ropa. ¿Tendría que arrancarle la información a su alguacil por la fuerza?

—Vio... vio una zarpa de siete espolones que atravesaba su pared. Eso dijo. El resto resultaba incomprendible.

Di observó un momento al jorobado y terminó de ponerse el jubón. Señaló la puerta y murmuró:

—¿Vamos, señores?

La comitiva se puso en marcha al amanecer, cuatro días después de la reunión privada del historiador Shu con los veinticinco geománticos. El propio día de la reunión, se habían difundido numerosas copias del prolijo anuncio oficial del historiador. El antiguo arte de Feng Shui, la infalible ciencia de la geomancia que adivinaba el emplazamiento más propicio para casas, edificios o tumbas, iba a ser sometido a la prueba definitiva. El historiador Shu se felicitaba de poder anunciar que veinticinco, nada menos, de los más distinguidos practicantes de aquel arte habían sido elegidos entre los cientos de ansiosos voluntarios que habían reclamado el privilegio de encontrar el más sagrado punto del universo.

La proclama del historiador reiteraba las etapas de la inexorable revelación de la divinidad de Wu: el sutra de la Gran Nube anunciaba que una gran mujer gobernante presidiría la inminente era de Maitreya, el Buda futuro, y el *Comentario de la Lluvia Preciosa*, la escritura de inspiración divina de la que era vehículo el lama Hsueh, emergía del sutra de la Gran Nube como un dragón del huevo para revelar que la bodhisattva divina profetizada en el *sutra* se hallaba entre ellos, en la persona de la emperatriz Wu.

El mundo sabe, decía Shu, que el centro de la tierra sagrada de Jambudvīpa es Wu-hsieng, la tierra del No Pensamiento. En el centro de Wu-hsieng se encuentra nuestra preciosa Ciudad de la Transformación. Así pues, estamos en el centro del centro del centro. Pero debemos alcanzar una precisión aún mayor. La tarea de los geománticos consistirá en determinar el centro del centro del centro del centro. Cuando hallemos este punto, habremos encontrado el centro del paraíso. Y allí, en el pivote mismo del universo, empezaremos la construcción de un megalito que se mantendrá erguido eternamente.

Según el historiador, nadie sabía dónde podía hallarse aquel punto: podía ser en cualquiera de los grandes parques de la ciudad, en mitad del río, entre los edificios del gobierno o incluso en alguno de los barrios más pobres y superpoblados de la ciudad. Pero, con el esfuerzo concentrado de los veinticinco geománticos trabajando en equipo, terminarían por encontrarlo. Y ese día sería una fecha grande y memorable en la historia de la gloriosa dinastía Chou, una fecha que conmemoraría el advenimiento de la gran bodhisattva. Y así como las indicaciones del geomántico sobre el emplazamiento, el entorno, el agua y la orientación respecto a las ocho direcciones aseguraban un futuro propicio para el morador de una casa o una vida futura confortable para el ocupante de una tumba, también el imperio —y todos quienes lo formaban— se beneficiarían del esfuerzo conjunto de los veinticinco elegidos.

Cuando los adivinadores emergieron de las puertas de palacio bajo la débil luz de

primera hora de la mañana, una multitud los aguardaba. El geomántico Ling-shih, un hombre de más de sesenta años que llevaba cuarenta y cinco practicando su arte, no volvió una sola vez la cabeza hacia los colegas que lo flanqueaban. Con rostro muy serio, los veinticinco sostenían ante sí su *luopang*, su compás geomántico.

El grupo avanzó en formación distendida, con la expresión concentrada y sin fijarse en la multitud. Tras los adivinadores venía un tambor, que marcaba el paso con una cadencia pausada y monótona, y un grupo de siete monjes orantes que, con la cabeza baja, entonaban una salmodia lánguida con voz grave. Una vez que dejaron atrás la verja del palacio, el grupo no mostró el menor titubeo, sino que se encaminó directamente hacia el oeste, lo cual provocó en la multitud el comentario generalizado de que el tirón de las venas del dragón debía de ser muy intenso, pues los geománticos no habían hecho la menor pausa para orientarse.

Así pues, la comitiva avanzó por el amplio paseo principal seguida por la multitud, con el tambor marcando el ritmo y los monjes concentrados en su canturreo. Detrás de ellos, la luz del sol naciente se filtraba entre los edificios y formaba largos haces dorados. Habían avanzado un centenar de pasos en aquella dirección cuando uno de los geománticos exclamó: «¡Ahora, la atracción viene del agua!». Todo el grupo se desvió hacia la derecha por una calle secundaria en diagonal, de modo que ahora caminaban en dirección noroeste, con el sol calentándoles el hombro derecho. «El tirón del agua se hace más intenso», proclamó la voz, y cambiaron otra vez de dirección, en esta ocasión hacia el norte, con el sol en el costado de la cara. El tambor aceleró su ritmo ligeramente, los monjes continuaron avanzando sin apenas entreabrir los ojos o levantar la cabeza y los geománticos mantuvieron su actitud inexpresiva y siguieron evitando cruzar la mirada con sus colegas o con miembro alguno de la multitud que se agolpaba alrededor.

Ling-shih no necesitaba ver el rostro de los demás geománticos para constatar el sonrojo que encontraría en ellos, pues él llevaba idéntica vergüenza sobre sus hombros, como una capa empapada y pesada. Aquel día, él y sus veinticuatro colegas se disponían a mancillar su honor, sus largas carreras y el buen nombre de su profesión... pero no había uno solo entre ellos que hubiese tenido el valor de no participar en el acto. Con la vista fija al frente, avanzaron en la dirección que les indicaba la voz estentórea como si el movimiento precediera a la voz, y no a la inversa.

Veinticinco geománticos con méritos suficientes para haber sido escogidos entre cientos de «ansiosos candidatos», pensó Ling-shih con amargura. En realidad, había sido la «invitación» a un encuentro con el historiador Shu Ching-tsung, enviada por el director del Gabinete de Castigos de la Censura, Lai Chun-chen, y el subdirector, Chou Hsing —entregada personalmente por dos miembros de la guardia imperial al amanecer de un día frío y ventoso—, lo que le había hecho abandonar su casa de

mala gana. Una hora más tarde, él y los demás —un grupo silencioso, ceñudo, incrédulo y con la vista nublada— se hallaban en una sala rodeada de guardias imperiales a la espera del «encuentro» con el historiador.

Y cuatro días más tarde, aquella mañana, el geomántico podía escuchar las especulaciones de la gente de la calle. La comitiva se había desviado de la ruta que la habría conducido a los barrios más pobres de la ciudad; si continuaban la marcha hacia el norte como estaban haciendo, terminarían por zambullirse en el gran canal. ¿Era ésa el agua que los atraía? Todo el mundo sabía que las bendiciones procedían del norte, pero un curso de agua que cruzara de este a oeste podía comprometer tales bendiciones, decían algunos, mientras otros se inclinaban por la opinión contraria: que la proximidad del agua era siempre buen augurio.

Sin embargo, estas especulaciones no tardaron en resultar inútiles, pues la voz que surgía de las filas de adivinadores se dejó oír de nuevo: «¡El agua pasa a madera!», y el cortejo efectuó un brusco giro a la derecha por la siguiente bocacalle, con lo que avanzó en dirección al este, con los rayos del sol naciente justo en los ojos entrecerrados y en las agujas imantadas, que giraban y temblaban, de sus *luopans*. «¡El dragón avanza!», añadió la voz, y la multitud que seguía a la comitiva miró hacia delante y comprobó que, en efecto, el horizonte montañoso que aparecía a intervalos entre los edificios se asemejaba mucho al lomo encogido y sinuoso de un dragón. Entonces empezó a crecer de verdad la expectación, al tiempo que el tambor aceleraba su ritmo y crecía el volumen de los rezos de los monjes. El sol ascendía en el cielo, cálido y glorioso, y la multitud se agolpó en torno a la comitiva con el ansia creciente del cazador que se aproxima a su presa.

Tras las puertas cerradas de su casa, el viejo príncipe Li I-yen, de ochenta y cuatro años, primo de Tai-tsung, el padre del difunto emperador Kao-tsung, inició el ritual que llevaba a cabo todas las mañanas antes de abandonar la cama. Con cuidado, levantó la pierna derecha y la dobló por la rodilla; al hacerlo, la rigidez de la articulación le arrancó una mueca de dolor. Mantuvo la posición unos momentos, bajó la pierna y repitió el proceso con la izquierda, cuya rigidez aquella mañana era mayor. El dolor era casi insoportable, pero mantuvo la pierna flexionada y contó con los ojos cerrados mientras evocaba la imagen de unos viejos goznes que, oxidados y abandonados bajo la lluvia, protestaban con chirridos y gemidos al ser forzados por una mano firme. Finalmente, bajó la pierna, permaneció tendido unos instantes y levantó de nuevo la derecha. De haber podido elegir, sus viejas articulaciones, como las bisagras oxidadas, habrían preferido que se las dejara en paz hasta sumirse apaciblemente en la inmovilidad. Pero el príncipe no les permitía tal elección y se obligaba a someterlas a aquel doloroso ritual cada mañana, al despertar. Era el único modo de conseguir levantarse de la cama.

Ya había bajado la derecha, mucho más relajada ahora, y se disponía a levantar la

izquierda, recalcitrante, cuando algo le hizo detenerse y aguzar el oído. Se quedó quieto. Había sido poco más que una vibración en el aire, un resquicio discordante que se había abierto durante un momento como una pequeña ventana, perturbando su concentración. Cuando quiso identificarlo, sólo reconoció los ruidos habituales de una casa que despertaba: un carrito empujado a través del jardín, un crujido de pisadas en el pasillo... El príncipe bajó la vista hacia su perrillo, un animal tan viejo como su amo en términos de edad canina, y éste le devolvió la mirada con sus diáfanos ojos negros, pidiendo permiso para subirse a la cama. El príncipe Li se dobló por la cintura con esfuerzo y cogió a su mascota por la caja torácica. Saltar al lecho era un esfuerzo excesivo para el perro. Y pensar que él ya era un viejo canoso cuando el animal apenas era un cachorrillo...

Se disponía a incorporarse, pues no tardarían en traerle el té caliente, cuando el perro se puso tenso, con la vista y el oído muy alerta, y volvió la cabeza bruscamente hacia el oeste. Su amo observó las orejas del animal, erectas y trémulas.

—¿Qué sucede, Ladrón? —murmuró el príncipe mientras le rascaba suavemente el hocico.

El perro hizo cuanto pudo por dirigir la atención a su dueño, bajó la cabeza y meneó la cola unos instantes, pero enseguida se puso en tensión otra vez y emitió un gáñido impaciente que cambió de tono para convertirse en un ronco gruñido.

La gente estaba aturdida de excitación. La mayoría de quienes seguían la comitiva no había pisado en su vida aquella zona de la ciudad de inmensas fincas envueltas en la serenidad tras sus altas tapias. ¡Pero allí estaban en aquel momento, en animoso cortejo por las calles tranquilas con el beneplácito de la propia emperatriz, en una misión divina que no podía ser detenida! Las oraciones de los monjes se habían convertido en un canto lúgubre, el tambor batía a un ritmo acelerado y los adivinadores continuaban avanzando sin la menor vacilación.

—¡El dragón se despereza! —clamó la voz entre las filas. Los espectadores alargaron el cuello para tratar de distinguir en el perfil de las suaves colinas algo que recordara al dragón, la más poderosa de las criaturas del panteón de animales del geomántico. Lo que buscaban en aquel momento los adivinadores era la perspectiva desde la cual el terreno evocaba más intensamente el contorno del dragón, aunque los espectadores no alcanzaban a ver mucho más que árboles, tapias y algún que otro tejado elegante y amplio, más allá de los cuerpos que se empujaban y forcejeaban. Pero los geománticos, bien lo sabían, eran mucho más sensibles y observadores que ellos.

—¡El dragón se retira!

El grito hizo que la comitiva corrigiera su trayectoria, desviándose esta vez hacia la izquierda en una bifurcación de la calle.

Al paso del cortejo, se podía observar el rostro nervioso de los criados tras los

portones entreabiertos y las mirillas que se cerraban a la curiosidad.

—¡El latido del dragón nos ensordece! —gritó la voz, en esta ocasión apremiante, al llegar ante las que debían ser las verjas más altas y refinadas de toda la ciudad. El tambor mantuvo el compás y, aunque no era más acelerado que antes, el rítmico batir sonó estentóreo y potente, decidido e irresistible; era el sonido del destino inminente. Pero la comitiva aún avanzó, hasta detenerse ante la puerta siguiente. ¿No había disminuido un poco el retumbar del tambor?, se preguntaron unos a otros los espectadores.

—¡El latido del dragón se debilita! —anunció la voz. La comitiva reanudó su marcha y llegó a la última verja de la calle. El sonido del tambor se hizo más pausado y menos potente—. ¡Ahora es aún más débil! ¡El dragón se retira! ¡Apartaos! ¡Dejadnos respirar!

La multitud retrocedió. Los geománticos y los monjes dieron media vuelta y el sonido del tambor se hizo más intenso mientras volvían por donde habían venido. El geomántico Ling-shih notó que el espanto le atenazaba el corazón. Estaban de nuevo frente a la verja alta y elegante donde el tambor había sonado con toda su fuerza.

Lo habían encontrado: allí estaba el centro del centro del centro del centro, el pivote del propio cielo.

Entonces se abrió la verja y salió a escape un perrillo. También asomó un hombre muy anciano y demacrado, aún en ropa de dormir, con el cabello y la barba sin peinar y expresión agitada.

—¡Ladrón!

El perro corrió hacia su amo, que lo levantó del suelo y lo retuvo contra su pecho. El animal ladraba frenéticamente. A una señal de un monje, el sonido del tambor cesó bruscamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el monje al viejo.

—Soy el príncipe Li I-yen —respondió el aludido con voz temblorosa—. ¿Qué se os ofrece?

—Un gran honor ha recaído sobre vuestra casa en este día, príncipe Li —dijo el monje—. Pues se ha determinado que está emplazada en el divino centro sagrado del universo. Por decreto de la divina emperatriz Wu, la bodhisattva Kuan-yin encarnada, aquí se levantará el mayor edificio Jamás construido por manos humanas, que señalará este eje divino para siempre. En su infinita sabiduría y misericordia, la emperatriz te concede diez días completos para llevarte tus pertenencias y abandonar el lugar.

El anonadado príncipe permanecía paralizado de indignación, parpadeando e incapaz de articular palabra. El animal saltó entonces al suelo, se lanzó contra el monje y hundió los dientes en la pantorrilla huesuda y desnuda del religioso, que soltó un aullido de dolor. Y por mucho que el monje sacudiera la pierna, Ladrón se

mantuvo firme, con las cuatro patas en el aire y el cuerpo ondeando como la bandera de un regimiento en plena batalla.

Dos semanas más tarde, nadie habría dicho que allí se había levantado una casa. Doscientos operarios trabajaron en el desmantelamiento como insectos en un cadáver. Por supuesto, se invitó al público a contemplar las tareas, y a los espectadores fueron a parar los restos de la casa. Con tantos miles de manos ansiosas por llevarse ladrillos, piedras, tejas, puertas talladas, vigas, listones, pasamanos, planchas de madera de los suelos y contraventanas, además de piezas de mobiliario, estatuas, alfombras, ropas, antigüedades, platos, utensilios de cocina y hasta plantas y árboles del jardín, el último vestigio de la casa del príncipe Li no tardó en desaparecer definitivamente.

En los trabajos reinaba una atmósfera de festividad religiosa y la gente acudía allí de excursión; muchos pasaban todo el día en el lugar, se llevaban la comida y, a menudo, una carretilla para volver a casa con algún botín. Presenciaron con interés los trabajos de allanamiento y excavación. ¿Y qué ha sido del viejo príncipe?, preguntaban algunos. Corría la voz de que se había marchado; que había aceptado de buen grado la idea de trasladarse a un clima más cálido. En los últimos años, se comentaba, los huesos lo molestaban mucho.

Una de las atracciones que ofrecían las obras —y que emocionaba a la concurrencia— eran los representantes de la emperatriz que solían visitarlas. En una plataforma elevada, apartada de la multitud, tenían lugar importantes conversaciones entre el funcionario y los arquitectos e ingenieros encargados del proyecto. Mapas y planos eran desenrollados y discutidos con minuciosidad mientras la gente, extasiada, contemplaba la escena consciente de estar presenciando un momento histórico.

Aquel día en concreto, había más animación de la habitual porque se rumoreaba que el funcionario de la túnica de brillantes colores que había aparecido no era otro que el historiador Shu Ching-tsung. El hombre había saludado y sonreído a la multitud que se agolpaba al borde de la obra y algunas manos correspondieron al saludo. Los obreros se afanaban en horadar un profundo pozo y largas filas de operarios con carretillas retiraban tierra y piedras. En lo alto de la plataforma, se desarrollaban los prolijos diálogos de costumbre.

Todas las cabezas estaban vueltas hacia arriba, contemplando la escena como si la conversación de la gente importante fuera alguna extraña forma de teatro —y así era, en efecto—, cuando se alzó un grito desde el pozo. El ingeniero jefe, que en aquel momento se encontraba conferenciando con los demás en la plataforma, se excusó y muy pronto estaba descendiendo por el terraplén salpicado de piedras. Los espectadores se abalanzaron hacia delante para intentar ver algo. Se oyeron nuevos gritos. Se había descubierto algo. ¿Qué?, ¿qué?, preguntaba la gente. Una piedra. Una losa. Una placa de piedra de la altura de un hombre. Pero no una simple piedra.

Una piedra con una inscripción.

La gente casi fue presa del delirio ante lo extraordinario de lo que sucedió a continuación. El historiador Shu descendió de la plataforma, se remangó las ropas de brillantes colores y bajó con precaución por el terraplén hasta el hoyo. Los obreros limpiaron la piedra de restos de tierra y el historiador hincó la rodilla en el suelo y la examinó durante largos minutos cargados de ansiedad. Por último, se puso en pie y dio una orden al ingeniero, que aguardaba a su lado. El hombre se apresuró a escalar el terraplén, al tiempo que profería unos gritos.

Traductores, pidió a sus ayudantes situados arriba. Despachad un mensajero a palacio para que acudan enseguida traductores. El historiador Shu ha declarado que la inscripción no está en chino.

¿No está en chino?, repitió la gente.

No. No está en chino. Es sánscrito.

—¿Y qué harás si aceptan? —preguntó la señora Yang a su hija mientras ésta mantenía los brazos en alto para que las costureras imperiales pudieran tomar medidas y marcar dobladillos—. ¿Qué harás si se presentan, esperando encontrar comida y entretenimiento?

—Si es así, les daré de comer y los entretendré. Aunque sabes perfectamente que no lo harán —replicó la emperatriz—. Pero léemelo otra vez.

La madre tomó asiento en el pequeño pupitre de escribir y alisó el pergamino:

Su divina majestad, la emperatriz Wu Tse-tien, tiene a bien formular una invitación, que sin duda aceptaréis, como es su ferviente deseo. Su majestad os invita a asistir a una ceremonia como no volverá a haber otra en cien años, para marcar el comienzo de la nueva y gloriosa era imperial...

Al llegar a este punto, la señora Yang hizo una pausa.

—¿Has decidido ya qué nombre vas a dar a esa era? —preguntó a su hija.

—¡Bah!, ¿qué más da? —replicó Wu, y bajó los brazos mientras las costureras aplicaban alfileres y enrollaban la reluciente pieza de seda azul con bordados—. Pon «era de las Preciosas Deyecciones del Dragón», si te place. O «era del Viejo Escroto Rasurado» —añadió ante la sonrisa de su madre.

—No, querida —dijo la señora Yang entre risas—. ¡La era del Viejo Escroto Rasurado es la que ahora termina! Pareces olvidarlo. Necesitamos algo completamente nuevo.

—Deja que el historiador Shu se encargue del nombre —contestó Wu—. Es su trabajo, ¿no? A mí me da absolutamente igual. Continúa leyendo.

La emperatriz desea que vuestra familia disfrute de un día glorioso de celebración y buena mesa...

Esta vez fue Wu quien interrumpió a su madre:

—Celebración y buena mesa. Eso está muy bien. Quizá deberíamos hacer hincapié en lo segundo. Tal vez podríamos decir algo acerca de que los cocineros imperiales desean preparar un plato especial, jamás visto, sólo para los asistentes. Esa clase de basura. El historiador Shu es un experto en estas cosas.

La madre hizo una pequeña marca en el documento con un pincel fino que tenía preparado para el caso y prosiguió la lectura:

... En el momento en que el imperio y el mundo entran en una época de indulgencia y gracia celestiales sin precedentes. Y esta celebración, en la que lo viejo y lo nuevo convergerán en paz y en armonía bajo un único cielo, no será posible ni deseable sin vuestra estimada presencia, para gozar juntos, para brindar por el futuro, para hacer la paz.

—¡Ah!, eso está muy bien: «no será posible sin vuestra presencia», «para hacer la paz» —comentó Wu con un tono de satisfacción, amortiguado unos instantes por la prenda a medio coser que se quitó por la cabeza—. Y también lo de «bajo un único cielo». Excelente. Eso y el énfasis en el banquete deberían bastar para convencerlos. —Envuelta en su bata y con el cabello desordenado, la emperatriz contempló a su madre—. ¿Qué pensarías tú si recibieras una invitación como ésta? ¿Te inspiraría confianza? ¿Enviarías inmediatamente un mensajero con una nota entusiasta y agradecida de aceptación? ¿O acaso... acaso pondrías reparos? ¿Sería posible que te mostraras quizás un poco... titubeante?

Su madre meditó la respuesta unos instantes.

—¿Te parezco idiota? —dijo luego.

El príncipe Li Cheng-i, de setenta y seis años de edad y primo del príncipe Li I-yen, sostuvo en sus manos temblorosas y llenas de manchas la carta que había llegado aquella mañana. La dejó caer sobre una mesa y la miró con repugnancia, como si supiera que en ella se anunciaba la hora y el lugar exactos de su muerte.

Su pobre primo, el príncipe Li I-yen, se había esfumado, junto con su casa y sus hermosos jardines, como si no hubiera existido nunca, como si sus ochenta y cuatro años no hubieran sido más que un breve sueño y su vida, una frágil alucinación.

Donde tenía su hermosa mansión se levantaba ahora, como una lanza gigantesca y repugnante que empalara mortalmente la tierra, un pilar de hierro y plata cuyo vértice desaparecería entre las nubes cuando estuviera terminado. Li Cheng-i sólo había escuchado un rumor acerca de su primo, el viejo príncipe desaparecido, pero tan pronto como llegó a su conocimiento supo que era cierto: su primo ya no tendría que preocuparse más de que se le enfriaran sus doloridas articulaciones, ni tendría que contemplar cómo se le amorataban los dedos mientras el frío del invierno le robaba de los brazos y de las piernas el calor de su cada vez más escaso *ch'i*.

No, Li I-yen no tendría que preocuparse del frío nunca más. Ahora un sudor pegajoso le correría por la cabeza mientras nubes de insectos le chupaban la sangre. En el calzado le crecerían hongos verdes y negros de la noche a la mañana y aprendería a sacudir las ropas continuamente para no sorprender en ellas a alguna criatura peluda, venenosa y de patas como espinas establecida en las mangas o en el dobladillo. Y aprendería a conversar con los monos parlanchines y con sus hermanos, los sonrientes salvajes, si no deseaba padecer las calamidades de la jungla en total aislamiento. Y cuando la fiebre lo acometiera, como sucedería inevitablemente, se tumbaría en una estera y se agitaría y sudaría, incapaz de recordar que había pasado la mayor parte de su vida a tres mil *li* al norte de allí, en un lugar muy distinto, distinto de la isla verde y enfebrecida de Hainan, de retiro para viejos incómodos preferido por la emperatriz.

Eso, desde luego, si sobrevivía al viaje, al traqueteo de una interminable travesía en un tosco carro de madera... o, peor aún, a pie.

Sería un milagro que el viejo resistiera el viaje, y otro milagro que sobreviviera más de un mes en la isla. El príncipe Li Cheng-i reflexionó con amargura sobre aquella palabra, «milagro». Últimamente, el término había adquirido un mal sabor, como a carne podrida. En los últimos tiempos, cada vez que se escuchaba la palabra «milagro» era seguro que seguiría a ello alguna desgracia. Las repulsivas bufonadas del monje Hsueh Huai-i ya resultaban suficientemente atroces, pero no resistían en absoluto la comparación con el Milagro de la Piedra Parlante. Y, por supuesto, era auténtico. Una gran multitud fue testigo del descubrimiento de la losa en el centro del universo, en la tierra sobre la que se había levantado la casa de uno de los últimos príncipes T'ang, y vieron a los expertos traductores, tres venerables ancianos eruditos, descender al pozo y conferenciar allí con cuchicheos cargados de respeto y veneración. Y, por supuesto, todo el mundo oyó el grito que surgió entonces del hoyo. Se había producido el hallazgo de una extraordinaria reliquia divina: una piedra que había permanecido enterrada mil años, por lo menos. En aquella piedra estaban talladas unas frases. Unas frases que repetían milagrosamente, casi palabra por palabra, la profecía del *Comentario de la Lluvia Preciosa* del lama Hsueh Huai-i. El propio cielo, al parecer, otorgaba a la emperatriz el mandato para gobernar.

Si a los pequeños milagros cotidianos los seguían la humillación y la degradación, ¿qué catástrofe seguiría a uno de tales dimensiones?

La carta que acababa de dejar en la mesa, y que le provocara aquel temblor en las manos con sólo tocar el fino pergamino, llevaba el sello imperial. Era de la emperatriz en persona.

Sentado en el charco de luz tamizada que formaba la lámpara del escritorio de su alcoba, el príncipe Li Cheng-i mojó el pincel y contempló el pergamino en blanco que tenía ante sí. Le temblaba tanto la mano que no estaba seguro de poder escribir nada. Aquella tarde, el día después de que llegara la carta de la emperatriz, había recibido una misiva del príncipe Li Chu-tao, un primo lejano. Al leerla, detectó cierto temblor en los trazos del pincel, una manifiesta inseguridad que no podía achacarse únicamente a la edad avanzada de su pariente, que tenía ochenta y dos años. La misiva era una simple consulta, pero su lectura le hizo temblar las manos como si las tuviera unidas al extremo de unas cuerdas de las que tirara un titiritero invisible y malévolo.

«Mi estimado primo —decía la carta—, acabo de recibir una invitación verdaderamente insólita que ha despertado mi curiosidad. Desearía saber si tú has recibido una invitación similar, y también si algún miembro más de nuestro disperso y reducido clan ha sido distinguido con el mismo honor».

La respuesta que Li Cheng-i se disponía a dar —aunque, en aquel momento y con aquel temblor en la mano, escribir le parecía prácticamente imposible— era que, en efecto, otros miembros de la familia habían recibido la invitación. Por ejemplo, su propio hermano, quien también se había puesto en contacto con él de inmediato para consultarle si era prudente asistir a tal celebración. Y su hermano le había comentado que había recibido una nota de otro primo en la que le expresaba sus dudas.

Al día siguiente, avanzada la tarde, el príncipe Li Cheng-i se descubrió aguardando con expectación algún indicio de la llegada de un mensajero. Había despachado la carta al alba. En ella comunicaba a su primo que, en efecto, otros habían recibido la misma invitación, y concluía con varias preguntas: ¿había algún modo de declinarla con elegancia o, en realidad, no les quedaba más alternativa que asistir?

El príncipe pasó el resto del día deambulando, deteniéndose para aguzar el oído, tratando en vano de distraerse, pero no apareció ningún mensajero, ni siquiera después de la puesta de sol. Finalmente, Li Cheng-i se resignó a tener que esperar hasta la mañana siguiente y se acostó.

A media mañana del día siguiente, agotada la paciencia, cogió el pincel y escribió otra carta en la que rogaba respuesta a la primera. Todavía le temblaba el pulso, pero un par de copas de vino lo ayudaron a afirmarlo. Tras enviar esta segunda carta,

decidió que necesitaba más vino. Esta vez no se trataba sólo de las manos; esta vez, todo su cuerpo era presa de temblores.

Avanzada la tarde, Li Cheng-i despertó de la siesta sobresaltado por el sonido de unos nudillos que llamaban suavemente a la puerta del estudio. Levantó la cabeza del pupitre de escribir con brusquedad y, desorientado por unos instantes, miró a su alrededor tratando de recordar dónde estaba y quién era.

—Claro, claro, por supuesto —susurró, mientras se apresuraba a levantarse y vestirse. Se había inclinado para recoger el gorro, que yacía en el suelo, cuando llamaron de nuevo a la puerta.

Era su primo, el príncipe Li Chu-tao, quien traía una expresión tan preocupada que Li Cheng-i, al verle, creyó estar contemplando su propio reflejo.

—No podía esperar más —declaró el príncipe Li Chu-tao con su voz débil y avejentada cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda—. Al no recibir respuesta a mi nota, me ha invadido la inquietud. Y cuando he visto que tampoco contestabas a la segunda...

No terminó la frase; en lugar de ello, el recién llegado miró a su primo mientras su rostro se convertía en una máscara flácida de fatiga y aprensión. El príncipe Li Cheng-i se preguntó durante unos instantes si unos ancianos como ellos, a quienes sólo quedaban unos pocos años en el mejor de los casos, debían experimentar el miedo a morir con la misma intensidad que cualquier joven con cincuenta años de vida por delante.

—Pero... pero sí que contesté —le aseguró a su pariente—. Te envié mi respuesta inmediatamente. Y he estado muy preocupado por las mismas razones que tú has apuntado.

Los dos primos se miraron. La inquietud que habían experimentado durante los dos últimos días se redujo hasta hacerse insignificante al tiempo que otra nueva, más oscura e infinitamente más perturbadora, ocupaba su lugar. Allí permanecieron los dos ancianos príncipes, presas de un temblor incontrolable y con sus viejos corazones acelerados en un vano impulso por escapar, por levantar el vuelo.

La emperatriz y el monje Hsueh Huai-i yacían desnudos, y la leve brisa que entraba por las puertas abiertas de la terraza secaba el sudor de sus cuerpos. Wu no encontraba palabras, no lograba expresarse. Su mente y su corazón estaban abiertos como aquellas puertas y eran capaces de percibir cómo el infinito se movía a través de su cuerpo, a semejanza de la brisa que fluctuaba en la estancia.

Cuando el monje empezó a hablar, la emperatriz no abrió los ojos, sino que dejó que la voz del tibetano se incorporara a la corriente que viajaba por su cuerpo.

Hsueh soltó una risilla de incredulidad.

—No lo habría creído posible, si no lo hubiera experimentado yo mismo —declaró y volvió a reírse—. ¿De dónde has salido? —preguntó a Wu con un susurro

reverente mientras deslizaba el dedo desde la frente de la mujer hasta el cuello, recorriendo su rostro. Ella permaneció inmóvil y sin responder, como si estuviera muy lejos, en trance—. A mí no puedes ocultármelo. Yo sé quién eres —continuó el monje—. Y tu madre también lo sabe. Y creo que incluso tú tienes idea de ello.

El dedo del monje se paseó por el cuerpo de la emperatriz y ella vio mentalmente un leve reguero de luz que señalaba el recorrido del dedo. Esta era la sensación que experimentaba cada vez que él la tocaba. Wu se sentía sofocada de luz y de calor. Cuanto más tocaba su piel la de su amante tibetano, más luz y más calor la envolvían. Sí, Hsueh tenía razón al acusarla de no saber quién era ella misma.

—Y creo que hay algunos más que saben quién eres —añadió. El dedo se separó del cuerpo de la mujer y Wu notó que su amante se inclinaba hacia el lado opuesto. Escuchó el crepitar de unos papeles y, enseguida, el peso del monje al tenderse de nuevo a su lado—. Tengo un regalo para ti —anunció Hsueh.

Ella permaneció inmóvil, expectante. Y cuando el monje empezó a leer con la voz cascada de un anciano, la emperatriz tuvo que esforzarse por reprimir la risa.

—«Primo mío —leyó Hsueh—, no estamos solos. En efecto, hay más de nuestro clan que han sido objeto de tal «honor». Mi hermano, el príncipe Li Cheng-yu, me ha escrito para hacerme esa misma pregunta y para informarme de que el primo Li P'ie le ha consultado acerca del mismo asunto. Creo que es de extrema importancia que nos reunamos el máximo número de miembros de nuestra estirpe que sea posible. Debemos concertar una cita y delego la tarea en ti por tu mayor experiencia en tales cuestiones. ¿Nos concede el protocolo alguna salida para poder declinar la invitación, o no nos queda más remedio que aceptarla?».

El monje pronunció esta última frase con una voz temblorosa y senil tan convincente que Wu habría jurado que, de abrir los ojos en aquel instante, en lugar del cuerpo largo y musculoso, pleno de vigor, que apenas momentos antes había contemplado suspendido encima de ella, encontraría a un abuelo canoso y flácido con el pecho hundido y las carnes marchitas.

—«Primo mío —continuó el monje con una voz distinta, también de viejo pero más grave y no tan débil como la otra, como si éste tuviera algunos años menos que el primero—, quizá no he transmitido adecuadamente la impaciencia que crece en mi interior y que me impulsa a suplicarte una respuesta pronta. Me parece que no podemos permitirnos despilfarrar el tiempo, dada la gravedad de la situación».

Ahora Wu pensaba que si abría los ojos vería a dos viejos sentados en la cama, con el entrecejo fruncido de temor.

Por fin, escuchó una tercera voz, pausada y medida, cargada de meditada dignidad:

—«Por la presente, declaro que rechazo de la forma más rotunda y firme los ofrecimientos o invitaciones de cualquier tipo procedentes del Palacio Imperial. Me

mantengo terco e inamovible en mi posición e insto a los demás miembros de nuestro clan a recordar quiénes somos y a mantener una colaboración leal y sin reservas, sin la cual, me temo, ni el clan Li ni el propio imperio tendrán la menor esperanza de supervivencia».

La emperatriz escuchó de nuevo el crujido de los papeles al ser enrollados y notó que Hsueh se movía para depositarlos en la mesilla o en el suelo. Llena de deliciosa expectación, aguardó a que su dedo la tocara de nuevo y continuara el recorrido a lo largo de su cuerpo.

Unas pisadas recias resonaron en el pasillo que conducía al ala que ocupaba y el príncipe Li Cheng-i comprendió que aquél era el último día de su larga vida. Había llegado, como hacen finalmente todos los días, por el río constante del tiempo. Y ahora que por fin estaba allí, el pánico vertiginoso, el pavor profundo había desaparecido y le había dejado en una burbuja de calma y serenidad, en un lugar donde nada podía afectarlo. Se acomodó minuciosamente el tocado. La naturaleza proveerá, musitó, repitiendo las palabras que una vez le había dicho su padre, y dejó que sus manos resbalaran lentamente de su cabeza. Se arregló la pechera de la túnica y se volvió hacia la puerta. Él estaba preparado. Sólo esperaba que los demás lo estuvieran también.

Muchos ya habían presenciado ejecuciones con anterioridad, pero, sin duda, ninguno de los presentes aquel día había esperado ver aquello. Nadie había llegado a expresarlo en palabras, ni siquiera había llevado la idea al nivel del pensamiento consciente: las ejecuciones eran un castigo apropiado para gente joven, un final para quienes estaban en los mejores años de su vida.

Pero algunos de los hombres arrodillados en el suelo aquella húmeda mañana habían necesitado ayuda para doblar las piernas, había tenido que intervenir la guardia para que lo consiguieran. Lo que normalmente se hacía a empujones y patadas, se llevó a cabo en esta ocasión casi con respeto. De lo más profundo de los guardias emergía un sentido del decoro que los movía a tratar a los ancianos con algo que quería ser deferencia. Sus brazos musculosos colgaban a los costados y sus rostros crueles mostraban expresiones de incomodidad. Tal vez pensaban en sus propios abuelos.

Los espectadores se habían quedado boquiabiertos: once ancianos, algunos de ellos camino de los noventa, que habían vivido tantísimos años, que habían navegado con fortuna entre los incontables peligros de la existencia, iban a encontrar un brusco final para sus días. Un funcionario avanzó unos pasos y dio lectura a los cargos.

—Decrépitos e inoperantes príncipes de la derrocada casa de Li —leyó, dirigiéndose a los ancianos—. En este día vais a pagar por vuestras transgresiones, que son graves y que ofenden la sensibilidad del imperio y del propio cielo. Por el

delito de conspiración para fomentar la traición y la rebelión, del cual vosotros mismos, enemigos del propio Dharma, habéis proporcionado abundantes pruebas con vuestro intercambio de execrables misivas, la todomisericordiosa y omnisciente bodhisattva encarnada ha decidido eliminaros de su reino.

Uno de los ancianos se levantó a medias sobre sus débiles piernas y escupió a los pies del funcionario. La multitud se preparó para la rápida represalia de los guardias que solía seguir a tal conducta, pero no la hubo. El funcionario, tras unos instantes de desconcierto, continuó leyendo.

—Así como la casa del viejo príncipe tuvo que caer para que la losa que yacía bajo la tierra pudiera salir a la luz para proclamar sus grandes y misteriosas verdades —entonó el funcionario—, así tienen que caer la casa de Li y la dinastía T'ang para dejar paso a la casa de Wu y a la dinastía Chou. —Volvió la mirada hacia los viejos postrados de rodillas y concluyó la lectura—: Y así debéis caer vosotros.

El hombre dio media vuelta y se alejó a toda prisa, con un revuelo de la túnica, como si tuviera una cita urgente en otra parte y ya llegara tarde. La multitud dio un paso adelante cuando el verdugo levantó su espada reluciente sobre la primera cabeza cana.

La emperatriz, la señora Yang y el historiador Shu paseaban por el jardín privado de Wu un hermoso día de cálido sol y suave brisa. Delante de ellos, marcando el paso animadamente con sus pezuñas y moviendo su pequeña grupa con determinación y estilo, trotaba un pequeño cerdo gris. El trío contemplaba con una sonrisa la divertida actitud del animal, pues éste no sólo parecía saber muy bien adonde iba, sino que iba ataviado con una pequeña capa y un gorro, réplica perfecta de la indumentaria de un alto funcionario confuciano.

El cochino continuó su marcha acelerada por el sendero hasta adentrarse en las arboledas agrestes del parque que se extendía en torno a los jardines. Allí, la vegetación se hacía cada vez más tupida.

—¿Adónde vamos? —preguntó la emperatriz mientras avanzaban a paso ligero tras el animal, aplastando las ramitas y plantas que encontraban en su camino. Allí no había ningún sendero, pero al cerdo no parecía importarle.

—A mí, no me miréis —respondió Shu con una sonrisa insinuante—. Preguntadle a él —añadió. Cuando el historiador, por fin, apartó una rama para que la emperatriz pudiera pasar y penetraron en un claro, Wu hizo una profunda inspiración con expresión de placer.

Era un pequeño jardín de piedras para la meditación, un rincón exquisito de tranquilidad y retiro completamente rodeado de árboles. Estatuas de piedra de Buda del tamaño de niños, de origen antiguo y exótico, poblaban el lugar en reposo intemporal con los brazos y las piernas cubiertas de musgo, como si llevaran siglos plantadas en aquel bosque. En lo alto de tres peldaños de mármol, se alzaba un

diminuto templo de piedra con el espacio justo para que una persona se arrodillara a rezar ante el altar. El trío se detuvo y guardó silencio; los únicos sonidos eran los trinos de los pájaros y el mantra intemporal del murmullo del agua entre las piedras. La emperatriz miró a su alrededor con un destello en la mirada.

—No me lo agradezcáis a mí —se apresuró a decir el historiador—. Dadle las gracias a él —señaló al cerdo, que hozaba con decisión en un lugar próximo al templete. La emperatriz miró de nuevo a sus dos acompañantes; al ver la sonrisa de ambos, Wu llevó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, complacida.

El cerdo estaba desenterrando algo. Cuando lo hubo sacado a la superficie, empujó el objeto con el hocico entre gruñidos y resoplidos. Era una cajita adornada; el animal la hizo rodar de un lado para otro hasta que, con uno de los golpes, se abrió; dentro había una piedra plana del tamaño aproximado de una mano. El cerdo la olisqueó y la arrastró por el suelo. El historiador se agachó y examinó la piedra unos instantes.

—Parece que tiene algo escrito... —comunicó a sus acompañantes con expresión grave y extendió la piedra hacia el animal, que la tomó entre los dientes con delicadeza y subió al trote los peldaños que conducían al templo—. Creo que quiere leérmelo —dijo Shu a la emperatriz, al tiempo que se incorporaba—. Podría ser algo de importancia.

El cerdo desapareció tras los muros del pequeño edificio. Entonces, una voz pareció surgir del interior del templete, potente y con una inflexión extraña, cadenciosa y formal, y con un peculiar ceceo. Era la voz que uno esperaría de un cerdo parlante.

—La fértil tierra negra revela la intención de los etéreos cielos azules —anunció la voz. A la emperatriz le brillaron los ojos de expectación—. Tan perfecto es el entendimiento que existe entre el cielo y la tierra que las propias rocas se abren paso hasta la superficie en busca de la luz del sol. La verdad nos sale al paso, llueve sobre nosotros, brota del suelo como las flores en primavera. La era dorada ya está aquí, pues entre nosotros se halla una criatura divina, el bodhisattva que encarna los aspectos masculino y femenino de la creación, Avalokitesvara y Kuan-yin en un único cuerpo, una forma femenina de excepcional y suprema belleza en cuyo interior habita una vigorosa entidad masculina. El Divino Soberano del Sagrado Espíritu se halla entre nosotros.

Con esto, el cerdo asomó el hocico por la entrada del templo, descendió los peldaños con el mismo trotecillo que había usado para subir y se detuvo ante la emperatriz, el historiador y la señora Yang, meneando el rabo en una cómica y clara expresión de que esperaba alguna recompensa. La emperatriz se deslizó sigilosamente hacia la parte trasera del templo con la intención de pillar por sorpresa al monje, pero en los escasos segundos transcurridos desde que el cerdo terminara su

«lectura», el tibetano ya se había esfumado. Wu alzó la vista bruscamente a las ramas bajas de los árboles que bordeaban el claro a pocos pasos del muro posterior del templete y, aunque no vio ningún movimiento, ninguna punta de túnica desapareciendo tras las hojas, y no oyó el menor susurro de la vegetación o el chasquido de una ramita, estuvo absolutamente segura de detectar una vibración de las hojas a lo largo de las ramas mayores, un temblor apenas perceptible, como si acabaran de volver a su lugar.

Se detuvo, de espaldas al sol y sonrojada de dicha, en mitad de un mundo mágico de cerdos parlantes y de piedras místicas con su nombre grabado por la mano de la naturaleza. Aunque no podía verlo, el monje estaba en todas partes: en el aire lleno de vida, en el sonido del agua entre las rocas, en el rostro tallado en piedra de los Budas que contemplaban serenamente la eternidad con las manos levantadas en el *mudra* de la paz y de la compasión, en la grácil curva del tejado del pequeño templo, en las hinchadas nubes blancas que surcaban el cielo, en el deseo ardiente que se adueñaba de sus extremidades y de sus entrañas.

—¡Un cerdo extraordinario! —exclamó por fin, dirigiendo sus palabras al bosque silencioso y apacible— ¡Creo que sí me casaré con él!

El abad Liao, del monasterio del Loto Puro, se volvió hacia el sur, en dirección a la ciudad. El pobre abad tenía una expresión compungida y Wu-chi se dijo que parecía una persona completamente distinta del hombre que había conocido años antes, cuyo rostro nunca mostraba el menor signo de cólera o desesperación, ni una leve sombra de incomodidad. Aquel nuevo aspecto pesaba sobre sus facciones como una máscara y lo desfiguraba hasta convertirlo casi en un extraño. Pero cuando suspiró y habló, su voz le devolvió a Wu-chi una pincelada del hombre que recordaba, aunque sus palabras le resultaron las de un extraño.

—Te juro que huelo la sangre. El viento trae el olor desde la ciudad. ¿No lo percibes?

Se hallaban en un otero, cerca de las lindes del predio monacal. Estaban dando su paseo vespertino habitual cuando, de pronto, el abad se había detenido y había asido a Wu-chi por el brazo.

—Y no hablo en sentido figurado —continuó Liao—. La huelo de verdad. Conozco ese olor. De cuando era niño. Mi padre era matarife.

Olfateó la brisa de un modo que a Wu-chi le evocó un perro o un caballo: con la cabeza echada hacia atrás, las aletas de la nariz muy abiertas, muy concentrado. Al viejo consejero imperial, la estampa le resultó demasiado desalentadora; apartó la vista y la fijó en las colinas.

—Es un olor intenso, casi como el del mar, pero más salado —continuó el abad—. Metálico. Acre. Es... —dejó la frase en el aire—. No se puede describir. Uno tiene que experimentarlo.

Wu-chi olió el aire furtivamente, a modo de experimento, pero lo único que alcanzó a percibir fue un leve olor a humo de algún campesino que quemaba rastrojos en un campo próximo, a estiércol de vaca y a hierba segada.

—Confieso que no soy capaz —respondió Wu-chi—. Aunque debería serlo.

A decir verdad, al anciano consejero de los T'ang le sorprendía que la sangre no inundase todavía el terreno en el que estaban. Cada día traía nuevos anuncios de juicios ilegítimos, purgas, ejecuciones y destierros de familias enteras a las sofocantes junglas del sur, donde desaparecían sin dejar rastro. Cuando pensaba en la emperatriz, se imaginaba una sanguijuela oronda o una garrapata atiborrada de sangre, apática y de ojos rasgados. ¿Cuándo se sentiría saciada?

Y aquella mañana, en la ciudad, se había celebrado una ceremonia. Una coronación. Los dos hombres recibieron la noticia después de la colación vespertina, y quedaron tan anonadados que aún no habían sido capaces de comentarla. Por fin, fue el abad quien rompió el silencio.

—Esa mujer es un prodigio de habilidad. Acaba de superar el último obstáculo —meneó la cabeza—, el definitivo, el que parecía insalvable. La única barrera que le impedía alcanzar el dominio absoluto: el hecho de ser mujer. Ahora que se ha anunciado al mundo que es un ente masculino que ocupa un vehículo femenino, que es Avalokitesvara y Kuan-yin en un cuerpo, ha quedado eliminado ese pequeño impedimento. Wu ya no es una mera emperatriz; ahora, es algo completamente distinto. —Liao hizo una pausa y se estremeció como si acabara de captar otra vaharada de aquel viento sanguinario—. El nombre formal que ha adoptado hoy quizá sea el de Divino Soberano del Sagrado Espíritu, pero éste no es más que un seudónimo del título que debería llevar en realidad.

Los dos ancianos se miraron. El abad Liao no fue capaz de pronunciar sus siguientes palabras en voz alta. En realidad, apenas logró susurrarlas:

—¡Wu es el *emperador* de China!

Había otra cuestión, y los dos hombres que olfateaban el viento procedente de la ciudad eran reacios a hablar de ella. Se trataba de una noticia que acompañaba el anuncio de la coronación. La emperatriz, después de la ceremonia, había promulgado un decreto. De acuerdo con la doctrina de la compasión y de la piedad, había prohibido el sacrificio de cerdos en todo el imperio.



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Hoy he interrogado a amigos y parientes de un muerto, el patriarca de una tercera familia asesinada. De madrugada, me han mandado recado de acudir a la casa e inspeccionar los cuerpos del hombre y de su familia. Y, aunque los he observado a todos —esposa, hijos, ancianos progenitores y una hija pequeña— durante largo rato, sigo sin saber cómo eran sus facciones, pues los muertos estaban decapitados y sus cabezas habían sido sustituidas por las de otros tantos cerdos. Los cadáveres estaban sentados o apoyados en el mobiliario en una espantosa caricatura de una reunión familiar, con las ropas arregladas y los brazos y las piernas cuidadosamente dispuestos. El padre, el cabeza de familia, estaba sentado con las ropas abiertas por delante, dejando a la vista su gran panza, apoyado en la mesa que tenía ante él y salpicado con una profusión de manchas rojas. Me he alegrado de que al hombre le faltara la cabeza porque, así, sus ojos, aunque sin vida, se ahorraban tener que contemplar la escena. Mientras tomaba buena nota de todo lo sucedido, volví a tener la siniestra sensación de que las fuerzas del caos se reían a mis espaldas, celebrando la broma.

Tras el hallazgo de la primera familia asesinada, se me había metido en la cabeza —y allí había quedado como un huésped incómodo— que sólo un segundo episodio semejante me proporcionaría algún indicio útil. Algo surgiría: un dato, una pista, una pauta de actuación, un error por parte de los autores. Y cuando mi «deseo» fue atendido y me vi arrancado de la cama para dirigir las investigaciones iniciales del segundo caso, ¿qué fue lo que descubrí? Otra familia asesinada, por supuesto. Pero esta vez, en lugar de mostrar aquella sonrisa infernal de oreja a oreja, los cuerpos estaban completamente desnudos y las cabezas rapadas. Y a todos les faltaba la nariz.

Tampoco en esta ocasión hubo testigos, ni quedó ningún rastro tangible, como un arma o una prenda de vestir. Y, aparentemente, tampoco faltaba nada.

Pero ese «deseo» mío ha sido atendido en abundancia. Ahora, tengo un tercer crimen y, en efecto, existen elementos comunes a los tres, pero me da la impresión de que ahora sé menos cosas de esta pesadilla que cuando empezó. Las tres familias eran acomodadas y vivían en el mismo barrio de la ciudad, y en los tres casos murieron todos los miembros de la familia. No se observan señales de que se haya forzado la entrada y sólo han devastado ciertas

estancias escogidas de cada casa. Y siempre aparece una multitud de huellas de pies descalzos. Y, por supuesto, las marcas de pezuñas. Empiezo a pensar que son pezuñas infernales.

Cuando reconocí las huellas de un caballo entre la sangre en la primera casa, me quedé perplejo, pero tras un estudio detallado llegué a la conclusión de que el pasillo donde las había encontrado era, aunque por muy poco, lo bastante espacioso como para que un caballo pasara por él, y lo mismo sucedía con los huecos de las puertas a ambos extremos. Muy bien, me dije entonces, alguien había paseado a caballo por la casa. ¿Por qué no?; después de cuanto había visto aquello era posible. Me ocupé de inspeccionar las pezuñas de los caballos de tiro de la familia y no descubrí el menor rastro de sangre seca. Además, eran demasiado grandes con relación a las huellas de la casa. Así pues, llegué a la conclusión de que el caballo que había dejado el rastro lo habían traído los asesinos.

En el segundo caso no había tanta sangre pero, como en el primero, aquí y allá localicé las huellas de pies humanos descalzos. Al principio no encontré huellas de pezuñas, pero por fin las descubrí, no en la estancia donde estaban los cadáveres, sino en el comedor, cruzándolo en toda su anchura. Advertí que allí había espacio más que suficiente para que pudiera entrar un caballo a través de las grandes puertas dobles de ambos lados. Salí afuera para ver si encontraba más huellas en la tierra blanda, y descubrí unos senderos de losas de piedra que conducían hasta las puertas. Observé un charco de sangre en el exterior, ante una de las puertas... y las marcas de pezuñas empezaban en el charco y se adentraban en la casa. Era un charco de sangre solitario, sin salpicaduras ni chorretones a su alrededor, lo cual me llevaba a la odiosa conclusión de que la sangre había sido vertida allí deliberadamente y el caballo, montado o conducido a pie, había sido obligado a cruzarlo para entrar en la casa. El autor quería que las huellas quedaran visibles y se había tomado ciertas molestias para asegurarse de ello. Cuando entré de nuevo en la estancia, comprendí que no podía tratarse de un caballo corriente: la sala estaba llena de muebles, con numerosas mesas y estanterías cargadas de objetos delicados —estatuillas, jarrones, tallas de madera...—, pero el animal había sorteado los obstáculos sin romper nada. Sólo había una posible explicación: tenía que ser un caballo bien entrenado; probablemente, un animal de feria como los que se veían en las exhibiciones ambulantes.

En este tercer crimen había sangre en abundancia y ningún indicio de que hubiera sido necesario derramarla de forma premeditada antes de que el caballo la pisara. Las huellas estaban por todas partes, zigzagueando entre

las otras. Y esta vez era evidente que el caballo no se había limitado a rondar por una sola habitación; el rastro iba de la primera estancia a prácticamente todas las demás de aquella ala de la casa —y también en esta ocasión sin estropear ningún objeto— y regresaba al escenario de los asesinatos para pisar de nuevo la sangre y así lograr —me veo obligado a deducir— que las huellas fueran visibles.

Como es lógico, investigué las tendencias religiosas de esas familias, pero no encontré nada extraño a primera vista. En una de ellas, la anciana abuela tenía un pequeño altar budista en su alcoba, mientras que el resto de la familia era confuciana. En las otras familias, algunos miembros mostraban cierto interés por el taoísmo o por el budismo, mientras otros no parecían tener preferencia por ninguna. Por este lado, la investigación no ofrece grandes perspectivas.

La ciudad está sumida en un frenesí de especulaciones cada vez más agitado. He observado que una animación nueva y extraña impregna las actividades y las conversaciones de las gentes. Cuando hablan de los crímenes, les brillan los ojos y alzan la voz y, llevadas del entusiasmo, prodigan los ademanes. No hay confusión posible: disfrutan de la situación. Y como la mayoría de ellos se consideran víctimas harto improbables, aguardan con impaciencia el siguiente golpe. La excepción, naturalmente, son los ricos que viven en ciertas partes de la ciudad. Para ellos las cosas son menos abstractas, y están asustados, irritados y muy impacientes por ver apresados a los asesinos. Pero, con sinceridad, creo que la mayoría de los ciudadanos se llevaría una decepción si mañana anunciáramos que el misterio está resuelto.

Por supuesto, nunca han vivido una época parecida ni han tenido famas tanto que comentar. Tampoco yo, a decir verdad. Tras la noticia de que la emperatriz ha encontrado un modo de sortear el último obstáculo de su camino, y que, por lo tanto, podemos hablar de ella y pensar en ella como «nuestro emperador», todos sabemos que no estamos viviendo tiempos corrientes... ni, según parece, en un lugar cualquiera. Han sido esos gigantescos pilares los que me han confirmado esto último, y me demuestran que mis poderes de deducción no se han debilitado en demasía. El monolito imperial que se está erigiendo aquí, en Ch'ang-an, no será el único. Por supuesto, había oído hablar del que están levantando en el antiguo emplazamiento de la casa del viejo príncipe Li I-yen, en Luoyang. Y, cuando supe que hay un tercero en construcción en la ciudad de Pienchou, en el extremo oriente, consulté un mapa del imperio y vi que las tres ciudades — Ch'ang-an, Luoyang y Pienchou— forman un eje en sentido oeste-este.

Estudié el mapa con detenimiento y escogí dos ciudades más, una al norte de Luoyang y otra al sur, como probables emplazamientos de otros dos pilares. Las indagaciones de un enviado han demostrado que estoy en lo cierto. Aunque en esos lugares todavía no se ha iniciado la construcción, los funcionarios municipales ya han recibido órdenes de empezar a reunir los hombres y los materiales necesarios. El propósito de los pilares es tan obvio que casi se me escapa. En las escrituras se menciona repetidas veces el reino budista de Jambudvīpa, con cuatro esquinas y un centro. La emperatriz —o debería decir el Divino Soberano del Sagrado Espíritu— no hace sino definir su reino en la tierra.

¿He dicho que vivimos en un mundo extraño? Rectificaré mis palabras: somos ciudadanos de un mundo que se ha vuelto totalmente loco.

Una hora después de abandonar la casa, en la cabeza del magistrado Di resonaban todavía los penetrantes chillidos furiosos de sus esposas y de su madre. La anciana estaba segura, completamente segura, de que la siguiente familia que exterminarían iba a ser la suya. Lo había visto en un sueño. Nuestros cuerpos serán reducidos al tamaño de muñecos mediante la magia negra, afirmó, para añadir de inmediato que pensaba preparar el equipaje y marcharse aquella misma mañana. ¡Vieja insoportable!, replicó a gritos la primera esposa, lo único que sabes hacer es extender el desorden y la agitación. ¡Adelante, márchate! ¡Yo misma te ayudaré a llenar los baúles! Entonces intervino la segunda esposa: ¡No le hables así a una anciana! ¡Es la madre de tu esposo! ¡Tu falta de respeto es nauseabunda y abominable!

Por favor, había suplicado Di; esto no nos beneficia de ningún modo. ¡Debemos tratarnos todos con el debido respeto! Tenemos criados armados de guardia, noche y día. ¿Y si los asesinos son los criados?, le dijo su madre. ¿Y si las armas destinadas a proteger nuestras vidas son las que emplearán para ponerles fin?

A eso precisamente me refiero, insistió la primera esposa con exasperación. No podrás apaciguarla. No conseguirás satisfacerla.

No es razón suficiente para echarla a la calle, argumentó la segunda esposa.

¿Y tú?, preguntó la primera, dirigiéndose a Di. ¿Cuándo vas a capturar a esos asesinos para que todos podamos volver a dormir con tranquilidad?

¿Y cuándo, añadió la segunda, vas a tomarte la molestia de ser un buen hijo y sentarte con tu anciana madre para calmar sus temores? ¿No tienes respeto por los viejos?

Di, entonces, hizo entrar a los criados armados, pidió a su madre que los mirara a los Ojos y le dijera si seguía pensando que eran unos asesinos. Luego envió a los sirvientes a sus puestos con órdenes estrictas de no permitir que su madre abandonara la casa, y se marchó, con el alboroto de la discusión entre las mujeres audible todavía

mientras cerraba la verja del jardín y salía a la calle. Sólo su hija adoptiva, una chiquilla callada y tranquila de casi catorce años, permaneció al margen del altercado y se limitó a susurrarle a Di, cuando éste ya salía, que debería quedarse con la abuela para intentar calmar sus miedos.

Varones, pensó Di; otros hombres tienen hijos varones, sensatos y respetuosos con sus padres, para ayudarle a llevar la carga. ¿Dónde tenía él a los suyos? Muy lejos. Lo último que había sabido de ellos era que servían en el ejército, en empleos poco destacados, en las extensiones yermas del occidente del imperio. Aparentemente, seguían vivos, aunque llevaban varios años envueltos en el silencio. Desde luego, no estaban allí para ayudar a su padre, reflexionó el magistrado mientras se sumaba al tráfico pedestre matinal de uno de los grandes paseos de la ciudad.

Las calles, cuya vitalidad y bullicio solían alegrarle el ánimo, le produjeron en esta ocasión una sensación de fatiga mientras se abría paso entre los miles de personas y pensaba en los minutos, horas, días y años de sus tediosas vidas, que terminaban todas de la misma manera.

Bien, se dijo, esta mañana estás de un ánimo excelente, desde luego. Pero al menos todavía tienes la cabeza unida al cuerpo y los auxiliares de los alguaciles no han tenido que recoger tu sangre. Aún hay algunas cosas de las que alegrarse.

Captó un apetitoso olor a comida al acercarse al barrio de los vendedores y notó una pequeña oleada de algo que se parecía levemente a esperanza, ánimo o interés.

Había comprado un bollo cargado de especias y había dado el primer bocado cuando escuchó el cántico de los monjes. El sonido no resultaba inusual o inesperado en Ch'ang-an desde la construcción del nuevo templo del Caballo Blanco. Al magistrado lo pilló por sorpresa porque se había olvidado de él en aquellos momentos. Esperó, mientras la comida que tenía en la boca se convertía en una masa grasienta e insípida que mascó concienzudamente antes de tragarla. Por puro reflejo, se llevó de nuevo el bollo a la boca, porque estaba verdaderamente hambriento. Entonces, vio la comitiva que entonaba la salmodia.

En lugar de los monjes altos, aguerridos y de facciones marcadas que esperaba ver abriéndose paso entre la multitud, apareció una columna de los ejemplares humanos más deformes que había visto jamás, despierto o en sueños. Paralizados de estupor, Di y la gente que lo rodeaba contemplaron el cortejo de cráneos deformes, frentes abultadas, hombros gibosos, piernas zambas, rostros asimétricos y mandíbulas sobresalientes que pasaba junto a ellos al ritmo casi fúnebre del sutra de la Gran Nube.

Cuando la procesión hubo pasado, el magistrado engulló el pedazo de bollo que tenía en la boca y notó que la masa descendía hacia su estómago con lentitud y como si fuera una roca de bordes afilados. Una cosa era ver a seres deformes de uno en uno,

o en parejas, incluso, y otra muy distinta toparse con dieciséis de ellos a la vez y escuchar de sus bocas en ruinas las coplas espurias de la Gran Nube. Bien, se dijo, tenía que admitir que en aquel cisma religioso había al menos un factor redentor: proporcionaba un refugio a aquellos patéticos seres.

Chou Hsing ascendió sin detenerse tres largos tramos de la inmensa escalinata de piedra que daba acceso al Salón de Justicia de la Censura. Chou no era un hombre robusto; normalmente, daba muestras de debilidad y se cansaba enseguida, pero en esta ocasión había cubierto una buena distancia a la carrera por las terrazas del Secretariado, ante la perplejidad de los centinelas y la sorpresa de los funcionarios del Tribunal Supremo con quienes se cruzaba, antes de empezar siquiera a subir las escaleras. Aquel día, Chou Hsing era un hombre diferente. Saturado de vigor y energía animales, sus piernas lo transportaban, insensibles, por la empinada escalera de mármol.

«Posee no sólo la inteligencia de un pájaro, sino también su fragilidad y poco peso», había dicho de él Lai Chun-chen, el director del Gabinete de Castigos e Investigaciones de la Censura. Un comentario muy adecuado, ciertamente. Parecían las palabras que emplearía Lai si condescendiera a describir a Chou ante los miembros de su pequeña camarilla. ¿Y quiénes formaban ésta?, se preguntó Chou. Probablemente, los sobrinos de la emperatriz que ocupaban altos cargos en la Censura. Aquellos tipejos hipócritas y despreciables no lo habían mirado nunca con buenos ojos y, desde luego, eran la clase de basura con la que se aliaría el director Lai para conspirar contra él. En efecto, ¿no había visto últimamente a los tres paseando juntos por los jardines con inusitada frecuencia? ¿No había visto sus cabezas muy juntas, desgranando murmullos? Sobre todo, la del sobrino mayor, Wu Cheng-ssu. Éste era el peligroso.

Pero los conspiradores no habían contado con Chou Hsing, el enclenque. ¡Les iba a dar una buena lección!

«Y, gracias a esa ligereza, ¡con qué naturalidad y facilidad surcará los aires!», se suponía que había añadido Lai, en referencia a él. «Por lo menos, servirá para este propósito. Sí. Ese pequeño tonto volará. Es un buen modo de demostrar sus cualidades... ¡De que demuestre ser, al menos, un tonto útil!». A Chou no le costaba esfuerzo imaginar la actitud altiva y satisfecha de Lai al pronunciar aquellas palabras. ¿De modo que ése era el trato que reservaba a su ayudante más fiel?, se dijo Chou, presa de un nuevo acceso de cólera. ¡Ya le enseñaré yo lo tonto que soy!

Ascendió el último tramo de escaleras en cuestión de segundos, saltando los peldaños de tres en tres. Se sentía joven y fuerte como un soldado... y todo por aquellas palabras, que le devoraban las entrañas como diez mil lombrices voraces. La cólera alcanzó su corazón, cuyo poderoso latir notó en la garganta. Chou llevó la mano a su daga por encima de la tupida tela de brocado y cerró los dedos en torno a la empuñadura tallada. Con aquel contacto, ligero pero siniestro, Chou Hsing se recordó que no podía confiar nunca en su superior. Nunca lo había hecho.

«No dudo de que las alas de seda y pergamino sobre el armazón de bambú lo elevarán como una pluma en la brisa... Enviaremos su cuerpo minúsculo e insignificante a flotar con los insectos y las aves...». Y a continuación, según le habían contado a Chou, Lai añadió aquellas ofensivas palabras finales: «... donde por fin podrá, quizá, relacionarse con otros de su mismo nivel de inteligencia».

Chou Hsing atravesó las grandes puertas tachonadas de adornos metálicos que conducían a la sala de recepción del despacho de Lai Chun-chen, director del Gabinete de Castigos e Investigaciones de la Censura. Por último, penetró en el despacho principal. El director Lai estaba exactamente donde esperaba encontrarlo a aquella hora avanzada del día: reclinado en su diván, de espaldas a la puerta y con la cabeza vuelta en actitud pensativa hacia el patio, perfectamente cuidado, que ya empezaba a quedar en sombras. Como de costumbre, Chou tendría que hablarle a la espalda de su superior. Sus conversaciones siempre transcurrían así. Pero, de repente, el vigoroso esfuerzo realizado se cobró su precio; el pecho le ardía, estaba sin aliento, el corazón le latía furiosamente contra las costillas y ya no notaba el contacto de sus pies con el suelo.

Chou descubrió con perplejidad que, pese a las semanas de preparación, estaba perdiendo el ánimo. Se quedó paralizado a la entrada del salón, a unos cuarenta pasos del diván. Necesitaba desesperadamente dominarse antes de abrir la boca y dirigirse al director Lai Chun-chen en un tono de voz normal. Tras un instante interminable, Lai asintió ligeramente con aquel gesto suyo, tan irritante, con el que indicaba que se había percatado de su presencia en el salón y lo instaba a exponer lo que tuviera que decir. Chou Hsing no podía retrasarse más.

—Yo... tengo algo... algo para usted, maese... maese Lai —logró murmurar Chou, enfurecido y humillado ante el tartamudeo y la falta de energía de su voz. Lai, sin embargo, no pareció notar nada fuera de lo normal.

—Creo... —continuó Chou, tratando de dominarse—. Creo que lo encontrará muy importante. Muy instructivo.

El director asintió de nuevo, con gesto lento y pensativo. Lai tenía por costumbre hablar muy poco, o nada, mientras escuchaba a Chou. Tal vez sólo fingía interés en lo que tenía que decirle, reflexionó éste. Tal vez había fingido desde el principio de su asociación. Esto, en el mejor de los casos. En el peor, quizá Lai se hubiera estado burlando de él a sus espaldas desde el primer momento. Sí; así había sido, probablemente. La idea provocó una nueva descarga de cólera en el pobre Chou.

Al comprobar que Lai no estaba dispuesto a reconocer su presencia más que con aquellos gestos de asentimiento, Chou Hsing se acercó al diván del director y se detuvo a seis pasos de él. Permaneció allí largo rato con la mirada fija en la nuca de Lai, admirándose de que el cabello de su superior conservara el aspecto sedoso y vigoroso de su juventud mientras el suyo empezaba a ralearse y ya tenía bastantes

canas. Sólo era visible la coronilla de Lai; el cuello y los hombros quedaban ocultos bajo el grueso cuello de armiño de su casaca. Pero eso no sería ningún inconveniente. Chou recorrió la estancia con una mirada cauta. No había nadie presente; sólo los guardias en la antesala.

—Sí —dijo con voz calmosa—. Creo que lo encontrará muy interesante —añadió. Lai echó la cabeza ligeramente hacia atrás, esperando a que continuara—. Tengo aquí... algo insólito que acaba de llegarnos hoy.

Chou rebuscó entre las ropas. Empezaba a recuperar la confianza. Cuando creyó detectar cierta expectación en la postura de su mudo interlocutor, sonrió para sí y extrajo un pequeño carrete de alambre de orfebre de un bolsillo interior. Desenrolló el brillante alambre, lo estiró tensándolo entre sus manos y afirmó los extremos en torno a las muñecas y a lo ancho de las palmas. A decir verdad, el ofendido funcionario había practicado aquel movimiento un millar de veces durante los últimos días, mientras su mente evocaba los irritantes comentarios que su superior había hecho acerca de él.

—¡Aquí está, maese Lai Chun-chen! —masculló al tiempo que pasaba rápidamente el alambre de oro por delante del rostro de Lai, rodeaba su cuello y tiraba hacia arriba con todas las fuerzas que le quedaban, antes de que su superior pudiera gritar o emitir el menor gemido—. ¡Un descubrimiento antiguo, muy antiguo... —jadeó Chou, exultante—, pero que sigue siendo tan bueno... como la primera vez... que se utilizó!

Con los dientes apretados por el esfuerzo, siguió tirando del alambre, aplicando hasta el último gramo de fuerza que le quedaba. En un instante, y sin el menor sonido, el director del Gabinete de Castigos e Investigaciones de la Censura de la emperatriz, Lai Chun-chen, estaría muerto. Entonces, Chou colocaría la daga en las manos de Lai, hundiría el arma en su cuello y lo rajaría de parte a parte, de modo que las señales de estrangulamiento quedaran borradas. Así, todos los funcionarios judiciales estarían de acuerdo en que se trataba de un caso evidente de suicidio. Seguramente, la emperatriz se disponía a destituirlo del cargo, pensarían.

Por fin la cabeza de Lai colgaba inerte. No había habido lucha, ninguna resistencia. Chou retorció el alambre con más fuerza. Allí sucedía algo raro.

Lo que tenía atrapado con el mortífero alambre no era carne. Soltó el hilo de oro y rodeó el diván para ver la cara de la figura sedente. Y se encontró ante la cabeza articulada de un maniquí que le devolvía la mirada con una ridícula sonrisa pintada.

Entonces advirtió el delicado hilo de seda negra que colgaba de la barbilla de «Lai». La mirada de Chou siguió el hilo hasta el suelo, donde pasaba a través de un ojete de metal, avanzaba junto a la alfombra y volvía a levantarse a través de otro ojete para desaparecer en una rendija decorativa de un biombo. Mientras Chou contemplaba el biombo con aire embobado, el hilo de seda se tensó y volvió a

aflojarse. La cabeza bajó y se alzó de nuevo. ¡Había asentido!

—Maese Chou, me sorprende usted —dijo una voz cadenciosa y cargada de ironía que le resultaba familiar y que sonaba detrás del gran biombo de teca con incrustaciones de jade—. ¡Vaya, vaya! ¿Esa es manera de saludar a un viejo amigo? —La voz soltó una risilla—. Del capítulo Primero, volumen Uno, de *La ciencia de los procesos*: «... uno sólo ve lo que desea ver». Fin de la cita. Una vez más, maese Chou, ha demostrado usted que nuestras observaciones y escritos en común tienen validez. Lamento mucho que esta prometedora asociación tenga que terminar. Pero lamento más aún que los rumores acerca de sus planes para asesinarme hayan resultado tan ciertos. ¡Es un hombrecillo tan predecible!

Chou iba a decir algo cortante, o trataba de pensar en algo, cuando escuchó un chasquido metálico y notó una punzada en la parte posterior del cuello. Llevó atrás una mano y palpó las aletas redondeadas de un dardo de ballesta que sobresalía de la carne. La otra mano se alzó hasta el calor que le rezumaba de la garganta y tocó la punta afilada que asomaba justo debajo de la barbilla. Apartó la mano rápidamente y se miró los dedos, brillantes con el espeso carmesí de su propia sangre.

—Y a mí me han contado —murmuró con voz ronca y dificultosa— que usted pensaba hacerme volar como un pájaro...

Chou Hsing cayó de rodillas.

—¿Qué? —exclamó Lai.

—Que se proponía... elevarme en una de sus... cometas portadoras de hombres... para hacerme estrellar contra el suelo —jadeó Chou con su voz agonizante.

—¡Maese Chou! —La perplejidad y la alarma de Lai parecían auténticas—. Yo nunca he dicho tal cosa. ¡No tenía tales planes para usted! ¡Se lo digo de verdad, amigo mío!

Lai hizo una pausa, pensativo.

Chou Hsing se derrumbó hacia delante y de su garganta violentada surgió un áspero y terrible barboteo. La frente se estrelló contra el suelo con un golpe sordo. Lai continuó hablando al cabo de un momento.

—Me parece que nos han enfrentado como... como a un par de codiciosos monitos demonios de las pintorescas narraciones jataka del Buda. Ciertamente, ésta es la lamentable explicación de lo que ha sucedido, maese Chou. Alguien ha disfrutado contemplando cómo nos lanzábamos el uno al cuello del otro. Alguien... y creo que sé quién.

De su voz había desaparecido todo rastro de ironía; estaba serio, meditabundo e irritado.

Chou Hsing levantó la cabeza con sus últimas fuerzas. Boqueando como un pez, intentó articular unas palabras, pero Lai habló primero:

—No pensaba que fuera a decirlo nunca, pero te voy a echar de menos, viejo amigo. Pero no me considero culpable de lo sucedido. En realidad, no ha sido mi mano la que te ha matado.

Chou se arrastró por el suelo unos pocos palmos hacia el biombo tras el cual había acechado el director Lai. Se atragantó en su esfuerzo por hablar, pero ya era demasiado tarde para palabras, y lo que se disponía a decir, fuera lo que fuese, se perdió para siempre.

El nuevo *stupa* y su jardín refulgían bajo el luminoso sol de finales de otoño. Wu observó con distraído interés cómo un puñado de obreros daba los últimos toques a la construcción. Detrás del *stupa* se hallaba el almacén de Hsueh Huai-i, un edificio inmenso que ocultaba un secreto que Hsueh no revelaría hasta el día de una celebración grandiosa y espectacular. Pese a que cada día entraba y salía del misterioso edificio un centenar de artesanos a los que se había tomado juramento de guardar secreto, ni Wu ni su madre presionaban al lama para que les revelara detalles. Las dos mujeres permitirían gustosas que el tibetano las sorprendiera. Además, Wu tenía otras cosas en que pensar.

La cúpula del Tribunal Supremo de la Censura, el máximo órgano de gobierno de Wu, empezaban a desmoronarse. La primera vez que Hsueh lo había señalado, no le creyó, y él dijo que le ofrecería una pequeña demostración. Lo que la emperatriz tenía entre las manos, apuntó, era un puñado de pequeñas ratas ambiciosas y voraces e iba a mostrarle lo fácil que resultaba inducirlos a volverse unos contra otros. Los instrumentos que un día sirvieran a Wu habían dejado de tener utilidad. Si eran capaces de devorarse entre ellos con facilidad, sólo sería cuestión de tiempo que se volvieran contra su soberana. Y Hsueh demostró que la primera parte de su tesis era muy acertada.

Hsueh apenas tuvo que sacudir el cubil para que Lai y Chou cayeran el uno sobre el otro como dos víboras escamosas y siseantes, agitando las lenguas. ¡Qué patéticamente fácil resultó! ¡Y eso que Lai Chun-chen y Chou Hsing habían sido grandes amigos! Era evidente que las cosas se habían salido de cauce. Y ahora corrían rumores al respecto de que Lai estaba formando una alianza malsana con los dos sobrinos de Wu en la Censura. Pero la emperatriz y Hsueh habían dado con el remedio para aquella enfermedad insidiosa. Era una idea que los sorprendió por su sencillez y su evidente valor.

Ahora que se había completado la limpieza del viejo régimen, ahora que habían barrido los últimos rastros y Wu era una gobernante estimada y afianzada, la emperatriz podía permitirse colocar aquí y allá, en cargos cuidadosamente escogidos, a algunos de los funcionarios confucianos honrados que había destituido años antes. Era un movimiento estratégico excelente. Wu y Hsueh estudiaron todos sus aspectos, y resultaba muy sensato. Desde luego, no existía el menor peligro de otra Rebelión de

los Estudiosos, pues la emperatriz ya había demostrado las consecuencias de tamaña estupidez. No, le aseguró Hsueh: aquellos hombres eran exactamente lo que necesitaban. Serían servidores concienzudos y expertos, callados y trabajadores, tan abrumados por el hecho de ser devueltos a la administración que ni se atreverían a pensar en crearle a la soberana el menor trastorno. Por supuesto, habría que efectuar una selección muy cuidadosa y sería preciso someterlos a vigilancia, pero allí tenían la solución evidente a sus problemas. Wu y él, aseguró el lama, eran perfectamente capaces de mantener la disciplina entre los funcionarios confucianos. En cambio, a hombres como Lai Chun-chen o el difunto Chou Hsing, o como los sobrinos de la emperatriz, no había modo de disciplinarlos, y tampoco se podía confiar en ellos. Desde luego, no era la clase de gente con la que se construían los grandes gobiernos. Sus desagradecidos sobrinos tenían *ambiciones*, señaló Hsueh con sarcasmo. Era preciso que la soberana edificara para el futuro.

Y, así, Wu ideó algo, un proyecto nuevo y prodigioso. Además de volver a llamar a ciertos funcionarios clave, dio orden al Ministerio de Nombramientos Civiles para que revisara el sistema de los Exámenes para el Funcionariado Imperial. Los exámenes se harían más rigurosos para facilitar el proceso de selección de los servidores mejores y más útiles para su gobierno. El Chin Shih y el Ming Ching —los dos grados superiores de los candidatos— se fundamentarían con mucho más énfasis en el resultado académico y mucho menos en los antecedentes familiares.

Esto, no obstante, era sólo la primera parte del plan. A continuación, la emperatriz decretó que, en adelante, se celebrara un tercer examen: además del riguroso examen de los conocimientos de los clásicos, de política y de prosa de los candidatos a través del Chin Shih y del Ming Ching, en el futuro se realizaría también el Jataka, una prueba de conocimientos en el campo del budismo: textos, filosofía, ética, arte, literatura, biografía, sánscrito, sutras...

Los tradicionalistas se quejarían y criticarían la decisión, pero al final aceptarían y el Jataka, como los otros exámenes confucianos, se convertiría con los años en una parte más del orden del mundo. ¿No andaba diciendo siempre el historiador Shu que las tradiciones empezaban con individuos?

La emperatriz informó al complacido Hsueh Huai-i que iba a ser cofundador y organizador de este nuevo Jataka: un examen que comprobara el conocimiento de los textos budistas entre los funcionarios imperiales.

Al oírla, Hsueh se postró de rodillas y, besando con devoción la mano de la mujer, declaró que dicho examen anunciaría la nueva era de Wu, el Advenimiento del Buda Futuro. La previsión de la emperatriz, afirmó, provocaría un acomodo gradual de las antiguas instituciones de gobierno chinas al nuevo clima moral y religioso que ella propugnaba. Y los cimientos de esta nueva era, que quedaría asociada para siempre a su nombre, serían el sentido práctico, la humanidad y la razón.

Wu sintió entonces aquel ardor profundo, antiguo y satisfactorio que le había calentado la sangre en su juventud, y dio un insinuante apretón a la mano del monje mientras pensaba que hacía mucho tiempo que no disfrutaban el uno del otro, pero Hsueh se limitó a echarle una mirada distraída. Últimamente, siempre parecía cansado y ocupado en sus proyectos secretos, sus celebraciones y demás asuntos. Wu lo comprendía, desde luego, y ocultó su frustración, por el momento. En otra ocasión. Pronto, se prometió.

La emperatriz dio a conocer sus decisiones a la semana siguiente. Un decreto de palacio estableció que las sentencias reflejaran la nueva era de piedad e impusieran castigos severos pero justos. Los sobrinos de Wu fueron enviados al exilio con una condena a trabajos forzados de por vida en una de las unidades militares *fu-p'ing* de las provincias fronterizas del norte. Esta pena, además, no podría ser objeto de indulto. Pero, con todo, la sentencia de los sobrinos resultó, en comparación, muy suave. Wu ordenó también la destitución de Lai Chun-chen, reo de crueldad excesiva, de su cargo del Gabinete de Castigos e Investigaciones de la Censura, aunque el ex director seguiría conservando el título durante el resto de su vida, junto con un accesorio elaborado a la medida para él por los herreros imperiales: una máscara de hierro con el interior cubierto de salientes, diestramente colocados de modo que impedían buen número de posturas a su portador, entre las que se contaban las que propiciaban el descanso, la relajación y, naturalmente, el sueño.

Como señaló Wu, fue un encargo sencillo para los herreros de palacio; el propio ex director Lai les proporcionó todo lo que necesitaban, junto con planos detallados y dibujos esquemáticos, para la construcción y colocación del artilugio: todo estaba en las páginas de su tratado en varios volúmenes *La ciencia de los procesos: El instrumento de atrapar*.

Peor que la propia máscara, sin embargo, era la presencia constante de los guardias a su lado, día y noche. Se daba la ironía de que ésta había sido la contribución de Chou a ese tormento, era él mismo quien había tenido aquella excelente idea. Además de ocuparse de las cuestiones necesarias para la supervivencia del portador de la máscara, la presencia de los guardias servía para evitar que se quitara la vida.

Pero Wu reveló a Shu, a la señora Yang y al lama Hsueh que el terrible castigo de Lai Chun-chen se debía, en realidad, a un delito distinto, el más imperdonable de todos. Si bien en la proclama pública su crimen había recibido la denominación oficial de «crueldad excesiva», en realidad había sido sentenciado por un delito mucho más terrible. Lai Chun-chen había trasgredido la norma más inviolable establecida por la emperatriz Wu. Había traspasado los límites de la corrección y el decoro en el palacio imperial. Al dar muerte a su amigo y colega, se había atrevido a verter sangre entre los sagrados muros del sereno palacio de la Paz y la Piedad. Es

una lástima, comentó la emperatriz a su madre más tarde, que todos aquellos hombres trataran invariablemente de hacerse los importantes. Ah, ¿es que sabían hacer otra cosa?, murmuró en respuesta la señora Yang.

Qué fastidio, coincidieron ambas.

—Madre Yang, ¿adivináis qué me propongo hacer con esta espléndida efigie sagrada? —preguntó Hsueh en tono burlón. El brillo de su mirada parecía celebrar el secreto que guardaba.

—De modo que éste es el monumento al Buda en el que has estado trabajando en condiciones tan clandestinas, con tal discreción y secreto que no has querido ni mencionar el asunto en mi presencia. Es extraordinario, lama. Realmente extraordinario. Nos traerá grandes bendiciones.

La señora Yang levantó la vista hacia la enorme talla, casi incapaz de creer lo que veía. Aquélla era la razón de que se hubiera levantado aquel enorme almacén especial, una estructura de dimensiones gigantescas. Era la primera vez que penetraba en su interior y contempló con asombro los altísimos andamiajes y el gran techo abovedado.

Hsueh cruzó los brazos y dio un paso hacia atrás.

—Ciento veinte palmos de longitud y sesenta de altura, señora —dijo con orgullo—. El gran Buda, reclinado sobre su costado derecho con las piernas extendidas y colocadas, como veis, una encima de la otra —explicó, y su voz profunda resonó en la inmensidad del almacén. Después, con los brazos extendidos por encima de la cabeza como si quisiera abarcar la estatua entera, Hsueh añadió—: Esta fue la postura de meditación del Buda mientras aguardaba su muerte terrenal. Ha sido preciso más de un año de trabajo de quinientos de los mejores artesanos del imperio para terminarlo. —Acarició con amor la madera laminada y pulida y dejó que su mirada vagara lentamente hacia arriba, hasta las rodillas del gran Buda, que colgaban sobre sus cabezas como el resalte de un acantilado—. Teca, caoba y palisandro, con incrustaciones de plata, jade, oro y nácar.

—Es... es fabuloso... bellísimo... extraordinario... —La señora Yang no encontraba palabras—. Casi no puedo creer lo que ven mis ojos, lama. —Estaba verdaderamente anonadada. Empezó a rodear la base de la estatua y dijo—: Lo digo en serio, Hsueh, no doy crédito a lo que veo. Haremos construir un palacio de mármol y jade para albergarla para la posteridad. Aquí mismo. Lo edificaremos en torno al almacén y luego desmantelaremos éste.

—No será necesario —intervino Hsueh, interrumpiendo con suavidad la visión extasiada de la mujer. Tras una breve pausa, preguntó—: ¿Sabéis para qué encargué la construcción de esta efigie, señora? Es el llamado «Buda en el Momento de su Tránsito Terrenal» —explicó, subrayando las dos últimas palabras.

Del otro lado de la estatua, tras la que había desaparecido la señora Yang, sólo le

llegó el silencio. Después, con un gritito sobresaltado y el golpeteo presuroso de sus tacones, la madre de la emperatriz reapareció y miró a Hsueh con expresión alarmada.

—¿No pretenderás decir que destruirás este... esta obra de arte inmortal..., este increíble acto de homenaje al Buda?

Hsueh inclinó la cabeza en señal de mudo asentimiento y levantó las manos hacia el techo como en una ofrenda.

—Precisamente en acto de homenaje y de devoción a él procederemos a la destrucción de lo que ha costado tan gran esfuerzo, señora. Es muy sencillo. Muy sencillo. ¿Para qué querría el Buda riquezas materiales de cualquier clase, aun las más refinadas obras de arte? ¿Riquezas, en su nombre? En cambio, el sacrificio de nuestros empeños terrenales... ¡Ah!, ése es un asunto muy distinto. Es una demostración de que hemos seguido sus enseñanzas, de que comprendemos el carácter pasajero de todas las cosas, de la vida, de todos los deseos y ataduras terrenales. La «muerte» de este Buda simbolizará la muerte del Sakyamuni, del propio Buda histórico; su momento de iluminación, su entrada en el nirvana y su figura de precursor de la llegada de la era del Buda Futuro. Todo está muy acorde con las escrituras. Y he decidido que el día que señalen los historiadores como fecha de la muerte del Buda quede marcada por un gran incendio público.

La mirada dubitativa de la señora Yang dio paso a un leve destello de aprobación.

—Una idea espléndida, lama. Muy inspiradora. Pero nos hemos acostumbrado a no esperar menos de ti, nuestro brillante instructor.

—Señora, no soy nada sin mi estimada y brillante protectora —declaró Hsueh—. Aunque, por supuesto, toda mi inspiración se debe al propio Bienaventurado, como vos sabéis.

—Por supuesto.

—Aunque supongo que la mayor parte de nuestros símbolos pasará inadvertida a los no iniciados, estoy seguro de que producirán todo el provecho posible. Y nuestro día del fuego sagrado será mucho más. Será la fecha que marque el inicio de nuestra nueva era de gobierno esclarecido. Pero eso no es todo —añadió, con los ojos encendidos como si ya estuvieran contemplando las llamas sagradas—. ¡Pensad, señora! La primera partida del Buda de la tierra anuncia también su retorno en sus muchas y variadas reencarnaciones en toda clase de animales extraños y de gobernantes terrenales. Esto es lo más importante, ¿no? —concluyó, con un tono que se complacía en el misterio.

Finalmente, al tiempo que posaba la mano en la suave madera con gesto amoroso, Hsueh murmuró:

—Con la muerte de este Buda, quedará expedito el camino para Maitreya, el Buda Futuro, y para el advenimiento de la Nueva Era.

La muerte del Buda

Ananda, la prima del Iluminado, había preparado la cama del Buda entre los dos árboles sala. Y se echó a llorar. Todavía no había llegado la estación de las flores, pero los árboles sagrados estaban envueltos en los colores mágicos de sus capullos paradisíacos como grandes ovillos de sedas transparentes y miríadas de gemas y diademas. Y los pétalos de estos capullos paradisíacos, un arco iris de fragancia y de luz, descendían sobre el cuerpo del Bienaventurado como si los propios árboles sala derramaran lágrimas a imitación de Ananda, sin recordarlas enseñanzas del Maestro: «No lloréis, no lamentéis mi muerte. Porque mis ataduras terrenas quedan rotas. Estoy liberado. Mi alma vuela». Y, en lo alto, las apsaras y los gandharvas hacían que en los cielos resonaran dulces melodías. (...).

El Buda medita y de su aparente estado de trance pasa al nirvana. Yace recostado sobre su lado derecho, con las piernas extendidas, una encima de la otra. Está rodeado por sus discípulos, que lloran también a pesar de las advertencias póstumas del Bienaventurado. Pero nadie derrama lágrimas más sentidas que las de la prima del Buda, cuya fidelidad y cuyo afecto incansable están muy lejos del estado de desapasionamiento (...)

29 Año 675, finales de octubre Alrededores de Luoyang

Di se hallaba al abrigo de las ramas de un elevado pino ante la pequeña estación de postas a doce *li* al sur de Luoyang. Algunas gotas dispersas de lluvia caían del cielo encapotado y gris. El magistrado podría haber esperado dentro, pero prefería evitar cualquier contacto innecesario con desconocidos. Además, estaba demasiado impaciente. Sus ojos no se desviaban del punto donde el camino emergía de entre los árboles.

El carrito tirado por el burro que transportaba a Wu-chi y al abad Liao aparecería en cualquier momento.

Hacía algunos meses, Wu-chi había escrito a Di para comunicarle que él y Liao proyectaban realizar una discreta expedición a las cuevas de Longmen, en las afueras de la ciudad, para observar la marcha de las monumentales obras de la emperatriz. En la carta, el viejo consejero le proponía que se disfrazara y los acompañara. El magistrado había estado tentado de hacerlo. Como director del Gabinete de Sacrificios, tenía la obligación de acercarse a las cuevas a contemplar las obras de la emperatriz y registrar lo que viera para la posteridad, pero los asesinatos y aquel monolito infernal habían ocupando últimamente todo su tiempo.

Ahora que el pilar ya estaba casi terminado y seguía sin pistas en la investigación, Di había decidido acudir. Llevaba un tiempo esperando a que se produjera una cuarta matanza, si tenía que ocurrir, pero algo en su cabeza le decía que si se quedaba no sucedería nada. Regresaría a Ch'ang-an en apenas unos días y estaba necesitado de alguna distracción y consumido de curiosidad por ver los Budas gigantes de Wu, que permanecerían allí eternamente. Sin embargo, todas estas razones eran poco importantes en comparación con la que lo había decidido a efectuar el viaje, sin esperar más: en su última carta Wu-chi insistía en su invitación y mencionaba que pronto cumpliría ochenta y tres años. Habían transcurrido más de cuatro años desde su partida de Luoyang y no habían vuelto a verse desde entonces, pensó Di al leer aquello. Si no acudía esta vez, quizá no volviera a ver con vida a su viejo amigo.

Di y Wu-chi, disfrazados de mendicantes, se sentaron uno frente a otro detrás del abad Liao, que sujetaba las riendas. Cada vez que el carrito tirado por el burro daba un bandazo en las roderas del camino, las rodillas de los dos hombres se entrechocaban.

—Cada vez que nos encontramos, vamos vestidos de monje —comentó Di con una sonrisa—. Empiezo a pensar que pertenecemos realmente a alguna orden religiosa.

Ya habían hablado de los asesinatos de Ch'ang-an, y Di expresó su frustración y su desconcierto. También habían hablado del pilar, y el abad Liao se refirió al avance

de los trabajos en el monolito que se levantaba en Luoyang. Di les reveló lo que sabía acerca de otros monumentos semejantes que estaban erigiéndose en el imperio y les expuso su conclusión de que Wu estaba marcando los límites de su imaginario reino budista. Resultó que el pilar de Luoyang ya estaba terminado; el de Ch'ang-an, explicó el magistrado, sólo estaba completado en sus tres cuartas partes y, cuando él había dejado la ciudad, los ingenieros todavía aguardaban instrucciones.

—Debo confesar —comentó el abad Liao— que, en realidad, dejando aparte el hecho evidente de que su construcción es una pérdida de dinero y de trabajo, ese pilar empieza a gustarme.

—Siempre has sido un viejo tonto —declaró Wu-chi—. Ingenuo y fácil de impresionar. Precisamente es para gente como tú para quienes efectúa sus maravillas la emperatriz.

—Lo digo desde un punto de vista estrictamente estético. Es un añadido bastante atractivo a la silueta de la ciudad.

—Me alegro de que el viejo príncipe Li, cuya casa fue derribada para dejarle espacio, no pueda oír lo que dices —murmuró Wu-chi.

Comentaron el destino de Lai y de Chou y de los sobrinos de Wu y estuvieron de acuerdo, aunque con muchas dudas y reservas, en que el amenazador reino del terror quizás estaba perdiendo fuerza. Sus interlocutores contaron a Di lo que sabían de las grandes exhibiciones del lama Hsueh, según los relatos que habían oído de testigos presenciales; sobre todo, el incendio del gigantesco Buda reclinado y otros «milagros» que se habían producido en la capital. Di no pudo por menos que sacudir la cabeza ante lo absurdo y costoso de todo aquello.

—Me pregunto cuándo se cansará la emperatriz de ese lama Hsueh... —dijo Wu-chi de improviso, en tono sombrío.

—Esas exhibiciones estrafalarias quizá sean un enérgico esfuerzo de ese hombre para evitar que suceda tal cosa —apuntó Di—. Pero si ha habido alguna vez alguien con suficientes recursos como para evitar el aburrimiento imperial, es Hsueh.

—Magistrado, debería ver lo que yo mismo tengo que hacer para evitar que nuestro viejo consejero se aburra con mi compañía —comentó el abad, volviendo la cabeza, y todos se echaron a reír, expresión que últimamente. Di casi había olvidado.

Al abad se le escapó una rienda y se inclinó hacia delante con un gruñido, tanteando el pescante para recuperarla. El burro continuó su camino al mismo paso, impertérrito.

—¿Para qué las riendas, amigo Liao? —comentó Di—. El borrico es, sin duda, un buen budista. Conoce el camino a las cuevas sin necesidad de ayuda.

Al contemplar una de las mayores figuras de Buda sedente —el Buda Vairocana, símbolo de la creación, que presidía una corte de discípulos bodhisattvas, reyes, semidioses celestiales y temibles guardianes Lokapala—, costaba creer que los

escultores pudieran conseguir tal delicadeza de formas en el vuelo de las ropas de una estatua tan gigantesca. Era como si la arenisca de los grandes farallones, tallada en un nicho de ciento cincuenta palmos de altura, hubiera sido transformada en pliegues de seda suave y lujosa y en vestimentas de lino.

Mientras pasaban ante hileras de nichos ocupados por figuras budistas talladas, Di comentó a Wu-chi y al abad que existía una profunda diferencia de estilos entre las esculturas antiguas y las nuevas. Las primeras parecían más anchas y rígidas, mientras que las añadidas en tiempos de Wu resultaban mucho más elegantes y esbeltas y de curvas más pronunciadas. Sin duda, algo tenía que ver en ello la vanidad de Wu, que probablemente había querido que las figuras se parecieran a ella. Quizá también el tibetano había intervenido en la orquestación de aquellos cambios sensuales y femeninos, apuntó Di; los demás se mostraron de acuerdo.

Cuando llegaron a las capillas excavadas en las cuevas, el sol se había ocultado definitivamente tras una montaña de nubes amenazadoras y los pocos peregrinos que quedaban se habían acurrucado en algunos de los miles de pequeños nichos bajos en previsión de que lloviera. Las paredes de estos nichos, no mayores que una puerta, estaban cubiertas de filas de figurillas, versiones en miniatura de las estatuas gigantes, de un palmo de altura. Aparte de Di, Wu-chi y el abad, sólo se veía a un puñado de mendicantes paseando bajo sus paraguas por la avenida que discurría al pie del extenso farallón rocoso. A lo largo de éste había ahora sesenta o setenta mil figuras escultóricas sentadas o de pie. La emperatriz había añadido varias decenas de miles a las ya existentes, hasta llenar cada nicho y cada rendija. Sin embargo, aquel día el trabajo estaba prácticamente paralizado. Aquí y allá, un par de artesanos se aplicaban todavía con el mazo y el cincel, pero eso era todo. Bajo el cielo amenazador, incluso los cientos de vendedores cerraron sus pintorescos tenderetes de figurillas, hierbas medicinales, pócimas curativas y preparados mágicos, recogieron sus mercaderías y desaparecieron. Pocos estandartes ondeaban todavía ante las puertas de la entrada.

Encima de sus cabezas, el cielo plomizo se volvió casi negro y la luz como el hierro al blanco que se colaba entre las enormes nubes de tormenta bañó con un extraño color la pared de arenisca. Los rostros sublimes y los gestos gráciles de las estatuas sufrieron una sutil transformación y se hicieron desconcertantes, algo siniestros incluso, se dijo el magistrado. Igual que las nubes cada vez más densas, las frentes y las refinadas coronas esculpidas se cernían sobre unos ojos distantes, contemplativos y misteriosos. Pero en ciertos momentos, bajo la luz cambiante, esos ojos parecían mirar con fijeza y severidad.

Hilera tras hilera de ceñudos seres celestiales, hasta donde alcanzaba su vista, lo miraban con una atención inexorable y sombría. La pared de la montaña y sus miles de sublimes esculturas no le proporcionaban nada trascendente. Allí no había

compasión. Todo aquello era demasiado, y Di sintió caer sobre él la superstición de los ignorantes como un opresivo peso metafísico. Cuando las gruesas gotas que prometía el cielo empezaron por fin a salpicar el camino pavimentado, se sintió aliviado. El retumbar de unos truenos lejanos confirmó las intenciones del firmamento. Unas manchas oscuras aparecieron en la seca piedra amarilla. El repiqueteo de las gotas en los adoquines aumentó cuando a los sonidos distantes se añadió una descarga más cercana. Se oyó otro trueno lejano. El aire era fragante y parecía cargado de presagios. Muy pronto, habló el dragón y el estampido del trueno hendió el cielo y las ramas de los pinos se agitaron al viento, plateadas. El firmamento se encendió con destellos de luz brillante y las gotas sueltas se convirtieron en una sólida muralla gris.

Se cubrieron con las capuchas. En aquel momento era casi imposible ver nada a través de aquel torrente gris. El magistrado distinguió apenas dos o tres siluetas que corrían por el camino para buscar refugio en uno de los nichos excavados en el acantilado. Hablando a gritos para hacerse oír en el estruendo de la tormenta, el abad comentó a Di y al viejo Wu-chi que tenían mucha suerte de llevar con ellos a un buen guía. No sólo los llevaba a un buen abrigo, sino también a una de las cuevas más famosas. Casi habían llegado, anunció. Antes de que estallara la tormenta, los había estado conduciendo lentamente en aquella dirección.

Cuando llegaron al santuario rupestre preferido del abad, estaban calados hasta los huesos, pero se olvidaron enseguida de sus ropas empapadas. Durante unos instantes, los tres hombres se quedaron inmóviles y asombrados, chorreando agua sobre el suelo de roca lisa. En el lugar se hallaba un individuo menudo, un monje. El hombrecillo los saludó y les dijo que se ocupaba de las lámparas y de las ofrendas votivas para que, incluso en los días de cielo cubierto, las obras excepcionales que contenía la estancia fueran visibles en todo momento para los visitantes. Sobre todo, las obras de las salas interiores. El abad Liao asintió con gesto de saber a qué se refería, se volvió hacia Di y le dijo que en la capilla más sagrada de aquel recinto excavado en la roca habían unas obras maravillosas y únicas. Eran imágenes, añadió el abad con un asomo de placer en la voz, como no podían contemplarse en ningún otro lugar.

En el centro del pasillo de entrada al sanctasanctórum, dividiendo el espacio en dos estrechos pasadizos, había hileras de deliciosas figurillas de *apsaras* de sensuales curvas entre una profusión de flores y hojas de palmas talladas, *yakshas*, *devas*, músicos, aureolas, rollos de pergamino, dragones, pájaros y animales de todas las clases imaginables.

En los muros a ambos lados había espléndidos frescos con procesiones de Budas, hombres a caballo, palanquines y cortesanos que avanzaban por un firmamento poblado de flores celestiales, nubes de festones floridos y criaturas angélicas.

—Todo esto es delicioso, mi buen asistente —dijo el abad al cuidador del santuario—, pero hemos venido aquí para ver el arte de la capilla sagrada.

—Sí, su gracia.

El cuidador del lugar, delgado y calvo, hizo una respetuosa reverencia y entregó al viejo abad una lamparilla de aceite de alfarería al tiempo que penetraban en la estancia a través de la estrecha abertura. En la capilla interior reinaba la luz mortecina de las velas votivas que oscilaban en los altares excavados en las paredes. El aire era fresco y sosegado. Además del olor rancio del agua y de la piedra y de sus propias ropas mojadas, había un residuo de incienso, como si todavía permaneciera en el aire el aroma de alguna barrita quemada hacía mucho tiempo. Era diferente del olor embriagador de la mayoría de las ofrendas de los templos y a Di le resultaba remoto y agradable. El abad se había adelantado unos pasos y se hallaba en aquel momento junto a un grupo de figuras talladas en el centro de la pared del fondo de la gran cavidad.

Las figuras aparecían en diversas posiciones: alzando los brazos, agachadas, corriendo o saltando. Debían de ser bodhisattvas, feroces matadores de demonios, se dijo el magistrado mientras se acercaba. O tal vez ángeles o reyes celestiales, pensó, a la espera de que el abad levantara la lámpara.

El viejo Liao pasó por detrás de Di y la luz de la lamparilla proyectó sombras alargadas del magistrado y de Wu-chi en la pared del fondo. Di captó un destello en los hombros barnizados de una de las figuras.

—Ya estamos... dejadme que ponga la lámpara aquí —dijo el abad, al tiempo que la colocaba en un resalte cerca de las peanas de las estatuas—. Y alcánzame unas cuantas velas para el altar —indicó a Wu-chi—. Estas obras son espléndidas. Pero lo más impresionante es el efecto que produce el conjunto. Es mejor ver las dieciséis figuras a la vez. En realidad, así es como hay que contemplarlas.

El viejo abad exhaló un suspiro de admiración cuando volvió a contemplar las estatuas al tiempo que cogía las velas que le daba el antiguo consejero imperial. Después, continuó hablando:

—El artista no quería que nos perdiéramos el ritmo global de esta obra maestra, el efecto que producen sus maravillosos *arhats* o *lohans*, sus discípulos, si prefiere llamarlos así.

Di fue a recoger más cirios con los que iluminar las figuras mientras el abad y Wu-chi disponían las otras en el suelo, en semicírculo. El abad continuó sus entusiastas explicaciones:

—Fijaos en cómo el artista ha distribuido el grupo de dieciséis... sí, creo que ése es el número exacto, según los sutras..., de las dieciséis figuras para ocupar el espacio de la manera más armoniosa. Allí donde un arhat-discípulo se inclina hacia la derecha, aparece otro que lo hace hacia la izquierda. Donde aparece uno bajo, hay

otro alto, de forma que ambas figuras se complementan para llenar el espacio. Se podría decir que parecen... parecen colaborar en algún extraño asunto celestial del cual no sabemos nada. Así, maese Di —añadió con una sonrisa—, muy bien. Coloque esas velas aquí delante y venga con nosotros.

Di hincó la rodilla y colocó las velas en el lugar en donde indicaba Liao; después, se incorporó y rodeó las velas hasta colocarse ante las tallas, donde el abad contemplaba la obra como si fuera suya y acabara de terminarla.

—Como le explicaba a Wu-chi, magistrado —comentó, pronunciando el título de Di en un susurro—, lo más asombroso es el carácter grotesco, la cualidad maravillosamente mítica y fantástica de sus facciones. Las figuras son a cuál más rara.

Di se plantó ante las dieciséis estatuas de piedra negra pulida, espléndidamente trabajada. Alzó la vista a los rostros; era la primera vez que los veía con claridad, y se quedó paralizado, extasiado. Se percató de que el aire escapaba de su nariz con un silbido y que los ojos parecían a punto de saltarle de las órbitas, pero fue incapaz de articular palabra. Liao y Wu-chi lo contemplaron con curiosidad. El abad, evidentemente, no esperaba que aquellas obras de arte tuvieran un efecto tan perturbador en el magistrado.

—Como decía... —Liao trató de retomar el hilo de lo que estaba contando. Sin embargo, era incapaz de apartar los ojos de Di, cuya sorpresa inicial parecía haberse convertido en estupor—. ¡Ah...! Estas dieciséis figuras tan extrañas y deliciosas representan a los *arhats*... —Se interrumpió, verdaderamente alarmado en esta ocasión. Entrecerró los ojos y se inclinó hacia el magistrado, que continuaba mudo—. ¿Se encuentra bien, maese Di?

El magistrado había empezado a mover la cabeza a un lado y a otro. El abad y Wu-chi se miraron alarmados, creyendo quizá que su acompañante sufría alguna clase de ataque.

—Maese Di —murmuró Wu-chi—, ¿está seguro de que no le sucede nada?

Apoyó una mano solícita en el brazo de Di, y se sobresaltó cuando éste levantó las suyas bruscamente y asió apremiante por ambos brazos al viejo consejero.

—Me temo... —Di se volvió al abad, quien se estremeció ante el resplandor de los ojos de Di a la luz de las velas—. Me temo que debo regresar a Ch'ang-an. —Soltó a Wu-chi y añadió—: ¡Inmediatamente!

Sin dirigir una mirada más a las esculturas, dio media vuelta, abandonó la cueva y salió bajo el diluvio.

Había esperado encontrar muestras de opulencia, pero, al contrario, se sorprendió ante la atmósfera ascética que se respiraba en el recinto y los alrededores del nuevo templo del Caballo Blanco, en Ch'ang-an. Una atmósfera que no se debía sólo a que el monasterio fuera tan reciente y a que sus terrenos estuvieran todavía poco

asentados tras la construcción, o a que los jardines aún no estuvieran terminados.

Allí reinaba la tranquilidad, como en todos los monasterios que había pisado a lo largo de su vida. Pero no era la serenidad contemplativa que había experimentado en el del Loto Puro, mientras paseaba con el abad y el apacible murmullo de la vida cubría sus silencios: el viento en las ramas, el canto de pájaros e insectos, el roce de las ropas del abad al caminar, acompañado quizá del lejano tintineo rítmico del martillo del herrero del monasterio y, a distintas horas del día, la salmodia de los monjes en oración, que serenaba el ánimo. Allí, más de una vez, se había recostado bajo un árbol con los ojos cerrados y se había deleitado con el sonido de su propio corazón, que latía con golpes sordos contra sus costillas.

No, se dijo, en el monasterio del Caballo Blanco reinaba otro silencio muy distinto, forzado. Varios monjes, en pequeños grupos o solos, pasaron ante él con paso apresurado y con los ojos fijos en el suelo. El aspecto severo y utilitario del lugar y el desfile de sus disciplinados monjes a paso ligero proporcionaban al monasterio un aire de instalación militar o de prisión. Di sabía que el monasterio de Luoyang era un oasis de tolerancia; en cambio, el recién erigido en Ch'ang-an era un puesto avanzado, en todos los sentidos de la palabra. El magistrado tenía la clara sensación de estar invadiendo territorio enemigo. Pero eso era precisamente lo que hacía, recordó.

Observó con cautela y disimulo a los monjes que pasaban. Muchos de los rostros tenían facciones juveniles, y también una expresión que sugería un pasado de pobreza y penalidades. Di conocía aquella expresión porque la había visto en el rostro de jóvenes soldados. La vida les había ofrecido poco y por eso buscaban el austero refugio de la milicia, donde al menos tendrían ropa, comida y orden. También había algunos monjes de más edad con aspecto endurecido y reservado, como el de gente que había pasado por la cárcel. A Di no le costó esfuerzo imaginar de qué otras vidas habían escapado algunos de aquellos hombres para buscar refugio en la secta de la Nube Blanca.

Y estuvo seguro de percibir cierto orden jerárquico. La mayoría de los monjes eran de estatura normal. Los otros, aquellos monjes altos que producían la impresión de réplicas de Hsueh Huai-i, también eran visibles aquí y allá, pero se movían sin mezclarse con los otros, con un aire de arrogancia y de inconfundible presunción que emanaba de ellos como un aroma. Incluso sus ropas eran distintas; Di notó que estaban hechas de buen paño, que contrastaba con la tela áspera de la indumentaria de los otros, y tenían un corte y una confección muy cuidados. Desde su altivez, los imponentes monjes no se dignaron mirar siquiera hacia Di, para satisfacción de éste. Los otros monjes continuaron su apresurado ir y venir sin levantar la vista del suelo. Hasta el momento, nadie le había dirigido la palabra ni le había puesto impedimentos de ninguna clase; como si no existiera en absoluto.

Avanzaba por el amplio paseo central con la esperanza de poder encontrar la biblioteca del monasterio sin tener que preguntar a nadie cuando vio, entre los rostros vulgares de un pequeño grupo de monjes que se acercaba, unas facciones que le resultaron familiares, empezando por una frente grotescamente hinchada que sobresalía como un lomo de nieve a punto de deslizarse montaña abajo. El resto de la cara del individuo era poco menos que embrionario bajo el abultamiento y sus ojillos miraban desde las sombras. También éste pasó ante Di sin mirarlo mientras el magistrado apretaba el paso y hacía un enérgico esfuerzo por mantener la expresión imperturbable.

Continuó en dirección al templo principal mientras estudiaba los rostros que pasaban a su lado. Vio expresiones ceñudas y otras dulces; vio narices chatas, nances largas y narices ganchudas, ojos muy separados y ojos muy juntos, cicatrices, arrugas, dientes blancos y negros, labios rollizos y labios finos, caras anchas y caras estrechas, rostros de huesos prominentes y otros suaves y carnosos, frentes estrechas y aplastadas o altas y redondeadas... Ninguna de aquellas caras era hermosa, pero todas resultaban corrientes, ninguna rebasaba los límites de la normalidad en cuestión de facciones humanas.

Se disponía a cruzar la puerta del templo principal cuando ésta se abrió de improviso y apareció un monje que pasó tan cerca de Di que el disfrazado juez apenas logró contener una reacción de rechazo. Cuando uno observaba el rostro del individuo, producía la impresión de que cada mitad perteneciera a una persona distinta y las dos hubieran sido ensambladas por los dioses en una broma macabra. Y cada mitad de aquel rostro parecía andar buscando la mitad que le correspondía de verdad: un ojo estaba dos dedos más arriba que el otro y, además, cada uno de ellos miraba en una dirección completamente distinta; la pobre nariz arrancaba como si fuera a desviarse a la izquierda, pero cambiaba de idea bruscamente a mitad del recorrido para torcerse a la derecha mientras la mandíbula sobresalía hacia un lado, arrastrando la boca con ella. Detrás de él asomó otro hombre cuyo rostro había sufrido evidentes y tremendas quemaduras: había perdido los párpados, de modo que sus ojos eran dos espantosos globos saltones, y el tejido cicatricial había tensado los músculos de la boca de tal forma que sus dientes amarillentos quedaban a la vista en una mueca permanente, en una especie de sonrisa escalofriante. Perplejo, Di sostuvo la puerta para que pasaran, y los dos individuos desfilaron ante él sin dedicarle una mirada. Cuando el juez entró en la sala fresca y casi a oscuras, el corazón le latía con fuerza.

Definitivamente, Di estaba seguro de haber visto a aquellos tres hombres monstruosos con anterioridad. Una vez, en carne y hueso; la otra, tallados en piedra. Y también tuvo la certeza de que, si se quedaba en el monasterio el resto del día, terminaría por tropezar con trece hombres en cada uno de los cuales encontraría una

extraordinaria semejanza con alguno de los espeluznantes *arhats* que había contemplado en la capilla de la cueva.

Era como si se hubiera insuflado vida a las figuras de la cueva, como si éstas hubieran descendido de sus nichos para seguirlo hasta Ch'ang-an. Pero Di sabía que, en realidad, era todo lo contrario. Los hombres con los que acababa de topar eran tres de los dieciséis a los que había visto y compadecido cuando, semanas antes, pasaban con sus salmodias por las calles de la ciudad. Y ahora el magistrado estaba seguro de que los dieciséis habían sido escogidos minuciosamente por su asombroso parecido con las figuras míticas. Dieciséis parecidos tan perfectos sólo podían indicar que se habían presentado centenares de aspirantes. Miles, probablemente, pensó con repulsión y fascinación a la vez.

Tras dejar la discreta escolta de alguaciles a suficiente distancia como para que, esperaba, oyeran su llamada, encontró la biblioteca, pero enseguida descubrió que dentro de sus muros ya no era invisible, como parecía serlo en el exterior. Sus andanzas sin control terminaron cuando el bibliotecario del monasterio surgió de entre las sombras para preguntar si podía ayudarlo en algo.

El abad Liao le había aconsejado qué pedir y cómo hacerlo. Di inclinó la cabeza y pronunció las palabras que había preparado con tanto cuidado.

—Estoy de peregrinación, siguiendo mi vocación. Busco una orden en la que ingresar. He sido atraído hasta aquí desde muchos cientos de *li* de distancia. He oído que este templo posee una de las mejores colecciones de reliquias y textos del imperio. —Esto último era cierto; las colecciones bibliográficas de casi todos los demás templos de Ch'ang-an habían sido expoliadas y sus tesoros más valiosos, robados. Di hizo una breve pausa e inclinó la cabeza de nuevo en una humilde reverencia, disponiéndose a presentar su petición—: No sé si mi peregrinaje resultará infructuoso. Mi corazón arde en deseos de contemplar el más extraordinario de los tesoros, las hojas del árbol sagrado de la *bodhi*.

El bibliotecario lo miró con aire pensativo.

—Muéstrame las manos —dijo. Di obedeció, titubeante. Con un bufido, el guardián del lugar anunció—: Lo siento, no están lo bastante limpias. No debes tocar nada. Pero puedes mirar. Te acompañaré y responderé a tus preguntas.

Tras esto, dio media vuelta e indicó al falso peregrino que lo siguiera.

Era cierto; Di no tenía las manos precisamente limpias, y las llevaba así adrede. Como toque final de su personificación de mendicante viajero se había embadurnado de mugre oscura la palma de las manos y debajo de las uñas. Era un detalle muy fácil de olvidar. Un asceta peripatético que dormía donde encontraba refugio y que dependía de la generosidad de los extraños no podía tener las manos tiernas, limpias y sonrosadas de un burócrata o de un escribiente. Estuvo a punto de preguntar si podía lavárselas, pero decidió no hacerlo. Había tenido suerte de llegar hasta allí, se dijo.

Sabía que en Ch'ang-an no era tan famoso como lo había sido en Luoyang y confiaba en que su disfraz bastara para encubrirlos pero era preferible no tentar a la suerte, y echó a andar dócilmente tras el bibliotecario.

—Tengo entendido que las hojas del árbol de la *bodhi* son raras, casi tanto como la visión del rostro del Buda viviente —dijo, empalagoso, dirigiéndose a la nuca del bibliotecario, pues éste no hizo el menor caso de sus palabras y se limitó a continuar caminando—. Ya he visitado varios templos que no conservaban ninguna. Quizás aquí tampoco las haya. Sería muy comprensible y, desde luego, nadie podría tener en menos estima el templo del Caballo Blanco por esta causa —balbució. Su acompañante continuó sin dar señal de haberlo oído.

El bibliotecario condujo a Di por unos pasadizos fríos, oscuros y recién barnizados, entre estantes en los que se apilaban incontables libros. Los marcadores de sedas de colores que colgaban de ellos se agitaban bajo la leve brisa que levantaba el paso de los dos hombres. Di quedó impresionado al ver una colección especialmente antigua del Kanjur, la recopilación de las palabras del Buda en ciento cuatro volúmenes que tan difícil resultaba de encontrar. La reconoció porque su amigo, el abad del Loto Puro, tenía una; los nítidos caracteres del título destacaban claramente en el marcador de seda amarilla. El magistrado se preguntó qué estantería habría quedado vacía, privada de su mayor tesoro, en otra parte.

El bibliotecario se detuvo bruscamente y Di estuvo a punto de tropezar con él. El hombre señaló una mesa.

—Quédate ahí. Por favor, guarda las manos en las mangas —ordenó a Di. Este obedeció mientras el hombre abría la cerradura de un armario y sacaba de él vanos portafolios de gran tamaño, planos, atados con cinta de seda. Los dejó sobre la mesa con veneración y levantó los ojos un momento para confirmar que Di tenía las manos fuera de la vista. Quizá debería atárselas, pensó Di, aunque no dijo nada.

El hombre abrió la cubierta del portafolio. El magistrado se preguntó de nuevo qué colección habría sido saqueada: dentro, comprimidas entre retales de seda resistente, se encontraban las gráciles curvas de las hojas de un árbol de la *bodhi*, el árbol bajo el cual el Buda había encontrado la iluminación. Y en cada hoja había un dibujo de bellos trazos, un retrato, tal como el magistrado esperaba, pues se lo había confiado su amigo el abad. Eran aquellos rostros y el breve texto que acompañaba cada retrato, y no las hojas en sí, lo que Di deseaba ver; por eso no se había referido a ellos.

Los retratos pertenecían a los dieciséis *arhats* de la mitología budista. Mientras que sus correspondientes contrafiguras de piedra eran seres espantosos, de pesadilla, los rostros pintados sólo resultaban feroces y gesticulantes, sin llegar a la deformidad; con todo, las semejanzas fundamentales eran manifiestas. Allí estaba el hombre de la frente hinchada y el de la mandíbula saliente. Estaba el *arhat* de las cejas espantosas

y el tipo de los ojos saltones y siempre abiertos, y otro con el rostro delgado como la hoja de un puñal. Y la misión concreta de todos ellos, según el texto, era dar muerte a los *devadhatta*, los enemigos del *dharma*. En aquel momento, mientras estudiaba las hojas pintadas y absorbía todos los detalles y leía las minúsculas inscripciones, evitó cualquier comentario sobre los retratos, como si no viera los rostros que lo miraban, como si todo su interés se concentrara solamente en las hojas.

Hizo unas cuantas preguntas ociosas al bibliotecario sobre el clima de los lugares donde crecía el árbol de la *bodhi*, cuánto tiempo vivía, si era posible que las hojas que tenía ante él en aquel momento procediesen del árbol original, cómo habían sido recuperadas, etcétera. El bibliotecario respondió a sus preguntas en tono medido y pedante. Di sólo escuchó el murmullo de su voz, sin prestar atención a sus palabras porque algo había captado su atención. Estaba contemplando un antiguo cuadro *tonka* que su acompañante había dejado a la vista involuntariamente mientras pasaba las láminas.

Era una descripción del continente metafórico de Jambudvipa que mostraba las cuatro esquinas del reino budista. Sólo tuvo unos instantes para contemplarlo, pues el bibliotecario no tardó en cubrirlo con otra página, pero fue suficiente para observar la tortuosa línea negra del rincón superior izquierdo, que parecía una vena en la frente de un hombre encolerizado, y para leer la inscripción: «El río oscuro del peligro que fluye desde el reino de los *devadhatta*.»

—Bien, maese Di, de modo que ha decidido romper su «retiro» —dijo su amigo, el erudito y maestro budista de extraordinaria memoria, mientras Di lo escoltaba hasta el estudio de su casa de Ch'ang-an y cerraba la puerta tras ellos. El magistrado no tomó asiento, sino que deambuló por la estancia con paso inquieto, impulsado por un sentimiento de urgencia que no lo había abandonado un instante desde que dejara la biblioteca del monasterio del Caballo Blanco, esa misma tarde.

—La decisión no la he tomado yo —replicó Di—. Alguien la ha tomado por mí, más bien.

—Es cierto —asintió su amigo, comprensivo—. A veces parece que estamos en manos de unas fuerzas mucho más poderosas que nosotros, que superan nuestras limitaciones humanas pero que nos utilizan, que utilizan nuestras vidas, nuestras mentes y nuestros cuerpos para sus propósitos.

Di contempló unos segundos a su amigo sin decir nada. Era como si estuviera mirando a través de una ventana abierta por un momento el universo infinito, negro y misterioso. Durante aquel breve instante, tuvo la sensación de que las palabras del hombre estaban cargadas de verdad. Parpadeó y concentró de nuevo su atención en la página de notas y garabatos que tenía sobre la mesa. Tenía que encajar todo aquello como fuese. Aunque esas fuerzas poderosas los utilizaran de aquella manera, se dijo, la responsabilidad seguía siendo de los humanos y constituía una pesada losa sobre

sus hombros.

—Preciso su extraordinaria memoria y sus conocimientos, amigo mío —declaró el magistrado—. Podría pasarme semanas, meses enteros, revisando las sagradas escrituras antes de encontrar lo que estoy buscando. O tal vez no lo encontraría nunca. Pero creo que no me sobra el tiempo. Los *arhats* y los *devadhatta*... —continuó. Era la primera vez que pronunciaba aquellos términos en voz alta—, ¿qué son esos seres, además de los protectores y los enemigos del *dharma*, respectivamente?

—Los *devadhattas*... —murmuró su amigo, despacio y con expresión pensativa—. Podría decirse que son una metáfora de la fragilidad humana. Se dice que, como enemigos del *dharma*, se levantarán durante el periodo de la Ley Degenerada, el periodo siguiente a la era de la Ley Verdadera. En esta última, que se inició en el momento en que el Buda consiguió la iluminación, las enseñanzas del sabio estaban frescas y los hombres eran puros y fieles. En la era de la Ley Degenerada, las enseñanzas han sido corrompidas por el paso del tiempo y por la falibilidad humana, y la influencia de los *devadhattas* se extenderá gradualmente. Será en este periodo cuando regrese el Maitreya, el Buda Futuro, y cuando se alcen los *arhats* para destruir a los *devadhatta*.

—¿Y cuánto tiempo abarcan esas eras? —quiso saber Di.

—Un millar de años cada una. Han transcurrido ya mil doscientos, aproximadamente, desde que el Buda alcanzó el nirvana. —Con un encogimiento de hombros, el amigo del magistrado continuó—: Eso nos coloca hoy, en este momento de la historia, en plena era de la Ley Degenerada.

—¿Y los *arhats*...? —preguntó Di y miró a su interlocutor con inquietud, como si fuera un oráculo, como si todas las respuestas estuvieran en su rostro.

—Según la ley y las profecías, éste podría perfectamente ser su momento —respondió, e hizo una pausa, pensativo—. Si aceptamos que el advenimiento del Maitreya es inminente —añadió, al tiempo que arqueaba una ceja—, los *arhats* también deberían estar entre nosotros, dedicados a destruir al enemigo y a colaborar en la limpieza de un mundo corrompido.

—«Si aceptamos que el advenimiento del Maitreya es inminente...» —repitió Di.

—A lo largo de la historia, los *arhats* han experimentado una evolución compleja —continuó su amigo—. En otro tiempo eran descritos como criaturas hermosas y graciosas, como sublimes reclusos. Como auténticos discípulos del Buda. Sólo muy recientemente, en los últimos sesenta años, han adoptado la apariencia de vengadores temibles y repulsivos. De hecho, en una ocasión llegué a hablar con el hombre cuya obra consolidó esta visión. ¿Recuerda a Hsuan-tsang?

Hsuan-tsang, el celebrado peregrino y traductor que había llevado a China tantos textos sagrados arcanos desde las tierras remotas de la India y del Tíbet. Era un

nombre que Di no olvidaría, seguramente, mientras le quedara aliento en el cuerpo. En cualquier momento el magistrado podía evocar la figura del anciano monje, frágil y encorvado, casi al final de su larguísima existencia, exhortando a las masas en el debate del Pai, acompañado de las voces de los fieles que retaban al propio cielo.

—Fue Hsuan-tsang quien difundió la idea de que se cernía sobre nosotros la era de la Degeneración de la Ley y quien tradujo ciertos escritos de oscuro significado que describían definitivamente a los *arhats* como criaturas retorcidas y deformes — continuó su interlocutor—, pero eminentes y selectos en su fealdad por el modo en que ésta los destacaba de la masa. Las descripciones detalladas del viajero y erudito fueron la fuente de inspiración de los artistas que pintaron los retratos en las hojas del árbol de la *bodhi* y que tallaron las figuras de las cuevas. Había dieciocho en total, todas distintas, y hacían alarde de su fealdad como si fuera belleza.

Di recordó las actitudes de los monjes deformes: orgullo, arrogancia, altivez... Como si, después de una vida de sufrir el desagrado o la lástima de los que se cruzaban con ellos, alguien les hubiera otorgado una categoría regia. Algo nada tranquilizador.

—¿Dieciocho? —preguntó Di. El detalle había estado a punto de pasársele por alto—. No he contado más que dieciséis en cada uno de los casos: dieciséis estatuas, dieciséis retratos y dieciséis hombres de carne y hueso.

—Los chinos siempre han mantenido en dieciocho el número de *arhats* —dijo su amigo—. El de dieciséis siempre se ha asociado a escuelas de pensamiento más esotérico. En concreto, a las tibetanas.

Di continuó deambulando de un extremo a otro del estudio. Los tibetanos... ¡Por todos los dioses! Se volvió bruscamente hacia su amigo y le comentó:

—¿Recuerda la conversación que tuvimos hace unos meses? Hablábamos de la auténtica profundidad de la fe de la emperatriz, de su madre y del monje. Usted decía que el poder terrenal contribuye a alentar las ilusiones de inmortalidad, de divinidad; que, cuando uno experimenta una cierta omnipotencia, llega a pensar que una fuerza omnipotente ocupa su vida. Y también dijo que nunca podríamos saber en qué medida estaban convencidos realmente de su condición divina. Que, con toda probabilidad, ni ellos mismos lo sabían. Creo que empezamos a tener respuestas a algunas de nuestras preguntas. Creo que ya podemos esbozar el esquema general de cómo el monje, Hsueh Huai-i, ha ido alimentando las ilusiones de divinidad de la emperatriz, bocado a bocado, mediante pulcras recetas preparadas especialmente para ella por quien tanto conoce sus gustos, sus apetitos y sus peculiaridades. Fíjese, amigo mío. Primero, Hsueh sienta la base con ese apócrifo *sutra* de la Gran Nube y sus tonterías acerca de una mujer gobernante. Después, sin la menor vergüenza, urde esa palabrería del *Comentario de la Lluvia Preciosa*. Después, convence a la emperatriz de que es Kuan-yin y Avalokitesvara encarnados en un solo cuerpo y

dispone el mundo que rodea a Wu para que mantenga esta ilusión. Y, por fin, le insinúa que es más que una simple discípula bodhisattva, ¡prácticamente, la está induciendo a creer que ella es el propio Maitreya, el Buda Futuro!

—Pero el *sutra* de la Gran Nube no es ninguna falsificación —respondió su amigo. Di lo miró sin comprender a qué venía aquello.

—Claro que sí —replicó—. Esas tonterías que los monjes cantan por las calles. Esas palabras que Hsueh Huai-i «descubrió» entre las pertenencias que compró al viejo mendigo.

—¡Ah, estamos ante un hombre muy ingenioso! —dijo el amigo del magistrado—. Es capaz de inventar un buen cuento para conseguir un efecto teatral, de aprovecharse de la credulidad de los oyentes igual que el pábilo de una lámpara utiliza el aceite y de jugar con las palabras hasta ordenarlas como más convenga a sus intereses, de modo que queden arraigadas en la conciencia popular. Pero la verdad es que las palabras que cantan los monjes del Caballo Blanco son una derivación de un *sutra* auténtico. Un *sutra* antiquísimo. Probablemente, somos muy pocos los que lo hemos reconocido. Es una escritura muy arcana y misteriosa, pero también auténtica.

Desconcertado, Di contempló a su amigo mientras éste cerraba los ojos como hacía siempre que sondeaba en su inmensa memoria. Después, empezó a recitar. Di se acomodó en una silla y prestó atención, extasiado:

El Venerable ha dicho que cuando el Bhagavat renazca eliminará todo el mal. Si hay hombres arrogantes y recalcitrantes, serán enviados jóvenes devas con vara de oro para castigarlos. El Venerable quiere que Maitreya construya para él una Ciudad de la Transformación con un pilar de plata blanca en lo alto y una inscripción debajo. Encima de la torre sonará el Tambor de Oro para proclamar este mensaje a todos los discípulos. Y su redoble será escuchado por todos los creyentes aunque estén a diez mil li de distancia, pero quienes no crean en esta ley no oirán nada aunque estén en la habitación contigua.

Una madre santa gobernará a la humanidad y su imperio proporcionará la prosperidad eterna. Será una verdadera bodhisattva y recibirá un cuerpo de mujer para transformar a todos los seres. Un Buda tocará su cabeza con el don de la profecía y ella enseñará y convertirá en todos los lugares que gobierne. Destruirá las heterodoxias y las diversas doctrinas perversas. Conseguirá una cuarta parte del reino del Chakravartin y obtendrá la máxima soberanía y la existencia independiente.

El pueblo prosperará, a salvo de la desolación, de la enfermedad, de la preocupación, del temor y de la catástrofe. Todas las tierras de Jambudvipa quedarán bajo su dominio y no habrá oposición de lugares lejanos. Allí

donde pueda urdirse una sedición, ésta quedará en nada.

Y esa madre santa gobernará desde la tierra de Wu-hsiang, también llamada del No Pensamiento. En esa tierra habrá un curso de agua llamado Río Negro. En la época del declive de la Ley Verdadera, surgirá un ejército de demonios a lomos de los malos vientos levantados por las aguas de ese río y Mara intentará destruir y confundir la Ley Verdadera.

»Será un hombre inferior quien descubra esta inscripción. Pero la mujer que la lea será esa sabia gobernante.

Cuando el amigo de Di abrió los ojos al finalizar su declamación, dio la impresión de salir de un trance. El propio Di se había sentido casi extasiado mientras escuchaba las palabras del *sutra*. Allí estaba la fuente de toda la inspiración de Hsueh: el pilar, las inscripciones «descubiertas», el manifiesto destino de Wu como gobernante imperial. Mil preguntas le vinieron a los labios cuando abrió la boca para hablar, pero una se adelantó a todas las demás:

—¿Mara? —preguntó—. ¿Quién... o qué... es Mara?

—Mara, o Kamadeva. Es el caudillo del ejército de demonios destructores de la Ley. Es otra manera de referirse a los *devadhattas*: el ejército de demonios de Mara.

—¿Un ejército de demonios? —inquirió—. ¿Qué referencia hay en esas escrituras sagradas a tal ejército?

—Hay algunas, muy breves y muy misteriosas. Incluso a mí me será difícil recordarlas. Será preciso que realice cierto ejercicio destinado a estimular la memoria. Debo sondear hasta el punto exacto. Los pasadizos de mi mente —dijo con una sonrisa— son como los corredores de una biblioteca vieja y húmeda. Los escritos están allí, cuidadosamente almacenados e intactos, pero comprimidos bajo su propio peso. Uno podría perder mucho tiempo yendo y viniendo por esos pasadizos en busca de un documento en concreto. Pero hay medios más eficientes de hacerlo.

Resultó una actuación extraordinaria. El hombre cerró los ojos y se quedó inmóvil como un muerto; después, se incorporó de la silla lentamente y, medio en cuclillas, giró despacio, como si contemplara el paisaje de un mundo sólo visible a través de sus párpados firmemente cerrados. Mientras lo observaba, a Di le vino a la mente la vivida imagen de un denso bosque, poblado de criaturas que correteaban y revoloteaban en todas direcciones, silenciosas y furtivas, y que abandonaban sus escondrijos de vez en cuando para cruzar un retazo de cielo o un claro en la espesura durante unos instantes, desafiando al ojo del cazador a localizarlos. El hombre se detuvo varias veces en sus giros, como si hubiera visto u oído algo, pero enseguida reanudó su lento movimiento, escrutando el bosque invisible. De repente, lanzó un grito tan brusco y estentóreo en la estancia silenciosa y en penumbra que el magistrado dio un respingo.

—«Y ENTONCES SE SENTÓ EN UNA POSTURA FIRME E IMPASIBLE, CON LOS BRAZOS Y LAS PIERNAS RECOGIDOS EN UN OVILLO COMO UNA SERPIENTE DORMIDA, Y EXCLAMÓ: “¡NO ME LEVANTARÉ DE ESTA POSICIÓN EN LA TIERRA HASTA QUE HAYA CONSEGUIDO MI MÁXIMO OBJETIVO!”» —exclamó. Tras esto bajó la voz hasta convertirla en un susurro y, todavía en cuclillas y con los ojos cerrados, continuó recitando las palabras sagradas, recuperándolas de su memoria, le pareció a Di, como si extrajera una cuerda de nudos de un barril—. «Entonces, los moradores del cielo estallaron en una alegría sin par... los rebaños de animales y las aves no emitieron grito alguno; los árboles movidos por el viento no hicieron el menor sonido cuando el Santo volvió a su asiento, firme en su decisión...».

El amigo de Di alargó una mano, localizó la silla a su espalda y se sentó de nuevo. Ya había encontrado el camino a las palabras que estaba buscando.

—«... y cuando el Gran Sabio, nacido de una estirpe de sabios regios, se quedó sentado allí con el alma completamente resuelta a conseguir el conocimiento más alto, el mundo entero se alegró; pero Mara, el enemigo de la buena ley, tuvo miedo...».

Di se había desplazado hasta su pupitre de escribir y tomó el pincel. Con un esfuerzo considerable para no perder palabra de cuanto su amigo recitaba, empezó a llenar una hoja de pergamino con caracteres, de arriba abajo.

—«... el que llaman en el mundo Kamadeva, el poseedor de varias armas, el de las flechas de flores, el señor del curso del deseo, el que también llaman Mara, el enemigo de la liberación. Sus tres hijos —la Confusión, la Diversión y el Orgullo— y sus tres hijas —la Codicia, el Placer y la Sed— le preguntaron la razón de su melancolía y él les respondió: “Ese sabio ahí sentado, protegido por la coraza de la determinación, se propone conquistar mis reinos. Si consigue vencerme y dar a conocer al mundo el sendero de la bendición última, todo este reino mío quedará vacío.” Tras decir esto. Mara evocó a su ejército, y al instante sus seguidores se congregaron en torno a él bajo diversas formas y armados de flechas, árboles, dardos, garrotes y espadas, dispuestos a conseguir la derrota del sabio».

El pincel de Di apenas conseguía seguir el relato. Anotó a toda prisa la última frase y aguardó mientras su amigo recobraba el aliento con una profunda inspiración.

Después, procedió a una descripción minuciosa, vivida y llena de detalles escabrosos de las criaturas hasta que, en las sombras de la sala en la que se hallaban Di y su interlocutor, casi empezaron a tomar forma, entre respiraciones sibilantes y roces de ropas, los demonios que formaban las legiones del ejército del señor del Deseo. Durante unos instantes, de puro aturdido y extasiado, Di se olvidó de escribir, pero muy pronto recobró la lucidez y su pincel voló sobre el pergamino.

Horas más tarde, Di permanecía sentado a solas en su estudio, sumido en sus

pensamientos. Aquella noche, cuando se marchaba, su amigo dirigió una larga mirada al magistrado antes de cruzar la puerta de la casa y pronunció unas palabras que Di no podía sacarse de la cabeza. El erudito empleó un tono que permitía tomar sus palabras tanto en sentido literal como irónico. Según él, en todo aquello parecía haber un aspecto que ninguno de los dos había previsto. «Al parecer, maese Di, el verdadero *arhat*, el fiel protector de la Ley en esta era de declive, es usted». Éstas habían sido sus palabras. Después, con una sonrisa, cruzó el umbral y dejó a Di con sus papeles, sus anotaciones apresuradas, diez mil preguntas y una sensación sin nombre ni forma que en aquel instante, horas después, empezaba a definirse e inquietarle.

La noche posterior a la visita del erudito, Di ordenó que no le molestaran y que reinara el silencio en la casa para poder concentrarse. Se tapó los oídos con retales de tela para aumentar el aislamiento. Ante él tenía un plano de la ciudad de Ch'ang-an. Había reescrito y organizado todas las notas y tenía desplegado sobre la mesa el sutra que había escrito la noche anterior. También tenía preparados más pergaminos en blanco, pincel y tinta.

Tomó el pincel, lo empapó de líquido y lo posó ociosamente en la esquina superior izquierda de la página mientras rumiaba. Pronto observó que una línea negra, sinuosa como una serpiente, fluía de las cerdas entintadas.

Creó escuchar un leve ruido en la puerta del estudio y alzó la vista un momento, pero debía de haberse confundido. Había sido muy explícito en lo referente a no ser molestado. Volvió a concentrar la atención en sus pensamientos y los dejó fluir como si flotaran en aquel río simbólico. El oscuro río del peligro: el río de las pasiones, del nacimiento y de la muerte.

De pronto, volvió a levantar la cabeza. Esta vez estaba seguro de que alguien arañaba la puerta desde el otro lado. ¿Por qué no podían respetar sus deseos? ¿Por qué, cuando se trataba de tener paz y silencio, soledad y concentración, siempre era preciso negociar? Mejor le habría ido si no hubiera dicho nada y se hubiese limitado a retirarse a su estudio y cerrar la puerta. Al informar de su necesidad de tranquilidad, prácticamente se había garantizado una perturbación de la misma, como mínimo.

Muy bien, se dijo, no haría caso. Empezó a leer el *sutra* del Demonio Kirita con un murmullo que llenó su cabeza a causa de los tapones de los oídos.

Instantes después, Di se incorporaba y se quitaba los tapones, rojo de irritación. El ruido de arañazos dejó paso a un golpeteo, firme e insistente. Acudió a la puerta y la abrió.

Al otro lado estaba su madre, con una expresión que impulsó a Di a tragarse todos los insultos que se disponía a soltar. Y justo detrás de ella, con un ademán tan lleno de excusas como el de un perro que hubiera hecho algo atroz, se encontraba el alguacil jefe, su leal jorobado. Y, tras él, dos musculosos guardias.

—Ha habido otro asesinato —murmuró Di.

—No, magistrado. No ha habido otro asesinato —le aseguró el alguacil. Di se dio cuenta enseguida del error, pues los dos escoltas no pertenecían al cuerpo de alguaciles, sino a la guardia imperial.

No fue preciso que le dijeran más. Sabía que los dos guardias no estarían allí a menos que se dispusieran a detenerlo. Estudió las posibilidades: la carrera hasta las puertas de la terraza que se abría a su espalda y luego por el jardín, la escalada de la tapia y la huida por las oscuras callejas del barrio. En otra época, cuando era más joven y fuerte, probablemente lo habría intentado. Ahora era consciente de la inutilidad de tal esfuerzo. Además, la cara compungida y suplicante del jorobado indicaba que al pobre hombre le costaría la cabeza, literalmente, volver con las manos vacías.

—Lo lamento, señor... —El jorobado inició una excusa, pero Di lo interrumpió.

—Olvídalo —dijo con voz tensa, al tiempo que abandonaba el estudio y cerraba la puerta tras él, preocupado ahora por los papeles que había dejado en el escritorio—. Ya me lo contarás más tarde —añadió con un tono más amable, al tiempo que permitía que los guardias lo sujetaran por los brazos—. Vamos allá.

30

Cuando la puerta se entreabrió con un chirrido, Di esperaba encontrar a su amigo, el alguacil, sentado tras su mesa. Al alguacil no le importaba dejar abierta la puerta de la celda; así, el magistrado se sentía más cómodo, menos atrapado. Al fin y al cabo, allí fuera había una fuerte guardia y el hombre sabía que Di no pondría en peligro su posición con un intento de fuga.

Pero tras la mesa no estaba el amistoso jorobado. ¿Dónde se había metido el alguacil, aquella mañana? El individuo que ocupaba su puesto en esta ocasión era completamente distinto, un hombre grueso de aspecto algo amenazador con unos ojos pequeños y suspicaces demasiado juntos en un rostro ancho y plano. El pesado individuo alzó sus ojillos oscuros de los informes de la guardia que tenía sobre la mesa y dirigió una mirada hosca hacia la celda de Di.

—De modo que está despierto, magistrado... —El hombre tenía la voz grave y áspera, pero no tan hostil como prometían sus facciones.

Di creyó reconocer al tipo. Sus recuerdos de la noche anterior eran vagos y confusos, como si hubiera tomado demasiado vino. Pero no, notaría los efectos de la resaca. ¿No era aquel hombre el mismo que lo había interrogado? Porque la noche anterior lo habían interrogado, ¿verdad? No habría olvidado a aquel tipo obeso y repulsivo.

—¿Está más dispuesto a colaborar esta mañana, magistrado? Anoche no nos ayudó usted demasiado. Su testarudez no hará más que perjudicarle, ya lo sabe.

Aunque su voz era áspera y ronca, el hombre hablaba con tono paciente y tranquilo.

—¿Qué es lo que querías saber? —replicó Di, incapaz de recordar qué le habían preguntado. Se frotó los ojos y miró hacia la mesa a través de la rendija de la puerta.

—Su nombre completo, magistrado. Nada más —se limitó a decir el hombre con indiferencia, antes de bajar la vista y volver al papeleo.

—¿Mi nombre?

—Eso es todo. Una pregunta muy sencilla.

—Sí. Me llamo... Sé como me llamo. Dame un momento. Mi nombre es... es...

—¡Oh, vamos, magistrado! —exclamó el obeso carcelero sin levantar la vista de los papeles—. Seguro que lo sabe.

—Mi nombre... —Di se debatió, enfurecido, en un intento de hacer surgir aquel recuerdo de entre los pliegues y capas de su cerebro. Era un auténtico esfuerzo físico, pero aun así fue incapaz de llevar el nombre a sus labios—. Casi me acuerdo. Me llamo..., soy el magistrado... ¡Maldición! Lo tengo en la punta de la lengua.

—Esta pantomima no le servirá de nada, magistrado. O nos dice el nombre o empezamos a matar a un miembro de su familia cada día que pase sin «recordar».

—Pero la ciudad conoce mi nombre...

—Es inútil. Tiene que decírnoslo usted —replicó el hombre con la voz tan relajada y despreocupada como si le estuviera diciendo que fregara el suelo de la celda—. Esta noche empezaremos con su madre. De usted depende, magistrado.

—Mi madre, no.

—¿Con cuál prefiere que lo hagamos, entonces? ¿Con una de sus esposas?

—¡No!

—Una persona al día hasta que hayamos terminado con la familia entera. —El individuo se encogió de hombros—. De usted depende.

Di despertó del desagradable sueño y descubrió junto a la cama el rostro compungido de su alguacil, inclinado sobre él.

—¿Otra vez, magistrado? —dijo con pesar el jorobado, dedicándole una mirada tan pesarosa que Di pensó que debía decir algo agradable para reconfortarlo. El pobre hombre estaba más preocupado por Di que por sí mismo.

—No era nada, alguacil. —Di levantó la cabeza y sonrió; después, se incorporó en el jergón hasta apoyar la espalda en la dura pared—. Ya lo he olvidado. A decir verdad, esta mañana me siento más lleno de energía que ayer. —Se frotó el rostro demacrado y sin afeitar—. Haz el favor de traerme el té.

El magistrado se levantó del jergón, algo inseguro al principio; después, cuando recuperó el control de sus sentidos aún adormilados, se acercó a la jofaina.

—El té. Sí, magistrado, enseguida.

El alguacil se acercó a su mesa y volvió a la celda con el recipiente humeante del agua y las tazas en una bandeja. Había medido con acierto el tiempo de la infusión. Con pesadillas o sin ellas, Di siempre despertaba a la misma hora. El alguacil dejó el té en la mesa situada detrás de Di, que estaba lavándose la cara.

—¿Necesita algo más? —preguntó el jorobado—. Algo de su casa, tal vez. Alguna comida especial o algo que le haga sentir más cómodo.

Di percibió una solicitud cargada de manifiesto apuro en su voz. Sabía que el hombre compartía su sentimiento de impaciencia y, por desgracia, también su misma creciente sensación de impotencia. Aun así, el alguacil hacía un valiente esfuerzo por ocultar su inquietud.

El jorobado sabía que Di había realizado algunos descubrimientos cruciales, pero entre ellos existía el acuerdo tácito de no referirse al tema. El silencio de ambos se debía no sólo a la posibilidad, muy real, de que su conversación fuera escuchada, sino también a que las frágiles teorías que Di estaba elaborando podían esfumarse ante la menor objeción. Aunque el magistrado tenía en las manos la mayoría de las piezas de aquel rompecabezas brutal, su trabajo aún estaba incompleto, y eso los dejaba a él y al alguacil tan a oscuras como antes. Naturalmente, ése era el origen del sueño desagradable de aquella mañana: la profunda inquietud de que algún conocimiento,

incluso el de su propio nombre, pudiera escurrirse de las manos en el más leve descuido.

—No creo que el gobernador general de la provincia de Shensi le prohibiera nada en su orden de detención —dijo el alguacil—. Es decir, nada relativo a pequeñas comodidades.

Muy generoso, el individuo, pensó Di. Ni siquiera lo había molestado con una explicación de las acusaciones formuladas contra él.

—Te lo agradezco, alguacil. Has sido muy considerado y muy útil. De verdad, no puedo agradecerte lo bastante que vayas a ver a mi familia —dijo con gran gentileza. Sus pensamientos, sin embargo, ya habían volado al gobernador general. Di estaba seguro de que si tras la vaga acusación que le habían leído rutinariamente (la de haber sido declarado enemigo del estado) se hallaba aquel hombre, su mano había sido forzada, sin duda, por otra persona. En los documentos aparecía estampado su sello, pero eso era todo. El gobernador general sólo era un peón—. Pero hay un gran servicio que sí podrías prestarme, alguacil —añadió entonces, con una nota de complicidad en la voz que captó al instante la atención del jorobado. El hombrecillo se inclinó hacia él, muy interesado.

—Por supuesto, magistrado. Lo que sea. Lo que necesite. Es decir, lo que esté en mis manos. Pero me siento limitado, impotente.

—Por supuesto, amigo mío. Los dos nos sentimos así. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro antes de proseguir—. Pero sólo de momento. No olvidemos eso.

Di intentaba mostrarse optimista, pero no resultaba muy convincente. Sobre todo, para él mismo.

—Pero haré lo que pueda, señor —añadió el alguacil con cierto titubeo, como si pensara que Di podía pedirle que llevara a cabo algo arriesgado y heroico. Con todo, sus gestos le decían al magistrado que lo intentaría, fuera lo que fuese.

—Tráeme un cuenco de ese excelente caldo de pescado que me serviste anoche. También necesitaré otra manta, si no es pedir demasiado. Un peine, un pincel de escribir y... por favor, prepara una reunión con el buen gobernador general de la provincia aquí mismo, en la celda. Me gustaría muchísimo hablar con ese hombre.

El alguacil puso cara de preocupación durante unos instantes; después, sonrió con evidente alivio.

—A mí, también, magistrado —dijo y, con una de sus risillas secas, repitió—: A mí, también.

Pasaron los días. Las horas se hacían largas, llenas de todos los matices de la emoción y del tedio; las jornadas estaban pobladas de sentimientos y recuerdos en los que Di no había hurgado en años. Y podía rastrearlos uno a uno hasta su origen con la misma facilidad con que sus ojos seguían las grietas de las paredes y el techo que

conducían a una misma desconchadura, grande y descolorida, en el ángulo superior de la celda. Di sabía que el desvalimiento que sentía en su encarcelamiento no era nada en comparación con la impotencia que, probablemente, habían experimentado las víctimas del asesino en sus noches aciagas.

Por lo menos, allí podía pensar. Resultaba irónico que, al final, hubiera encontrado allí la paz y el silencio que le había faltado en su casa. Concentrado, en el silencio nocturno de su celda, logró recordar casi hasta el último detalle las notas y dibujos que se había visto obligado a dejar en el estudio. Recordó el ejercicio que su amigo, había utilizado para recuperar fragmentos perdidos de memoria. Aunque no estaba instruido en la técnica, probó su propia y tosca versión, cerrando los párpados y tratando de visualizarlo todo, hasta que en su mente aparecieron las imágenes, sorprendentemente detalladas.

Quien fuese que lo había conducido allí debería haber actuado con más rapidez. Si lo hubiera separado antes de sus notas, no las habría asimilado lo suficiente como para recordarlas en aquel momento. ¿Quién lo había reconocido, y cuándo? No podía evitar el pensamiento de que había sido alguien de las cuevas o del templo del Caballo Blanco. Mientras limitó sus investigaciones al terreno civil —bandas, chamanes, ladrones y demás— lo habían dejado en paz. Tan pronto como su atención se dirigió hacia la secta de la Nube Blanca, fue encarcelado. Este mero hecho era una contundente confirmación de sus sospechas más profundas. Además, le permitía ahorrar tiempo: podría haber perdido mucho en vagas conjeturas con poca seguridad de estar en el camino correcto, como el lógico que traza círculos que se tocan pero que nunca confluyen del todo. Ahora, Di tenía la seguridad de que los círculos se superponían.

En cambio, no entendía por qué se habían limitado a detenerlo. ¿Por qué no lo mataban? Había varias respuestas posibles, y todas apuntaban, una vez más, hacia la peor de las hipótesis.

Y aquello era lo más irritante de la situación, pues creía tener en sus manos todo lo necesario para predecir cuál iba a ser la siguiente familia sobre la que caerían los asesinos.

Lo que no podía concretar era cuándo.

Pero tenía que ser pronto, se dijo el magistrado mientras cambiaba de postura en el catre duro e incómodo. Llegó a la conclusión de que la siguiente matanza debía de estar muy próxima, pues alguien lo quería encerrado pero con vida; vivo para tener noticia de ello y para sentir la tortura de la impotencia. Probablemente, ésta era también la razón de que no lo hubieran trasladado. Lo querían allí, en la ciudad, donde se producían aquellos sucesos.

Cuando ya se cumplía la segunda semana de confinamiento, Di notó con alarma que su ánimo decaía. Igual que la falsa arremetida de energía tras una noche sin

dormir, el vigor que lo había mantenido durante los primeros días de encierro empezaba a desaparecer rápidamente. Por la mañana, despertaba con la sensación de haber dormido toda la noche sobre piedras y tan cansado que apenas tenía fuerzas para incorporarse. Cada vez más, dormir se convertía en una vía de escape fácil y accesible. Corría el rumor de que lo iban a trasladar, pero cuando intentó averiguar más detalles no descubrió nada. Su alguacil no tenía más informaciones que él.

Recordó sus largos paseos por la ciudad, cómo le despejaban la cabeza, su efecto vigorizante y la fatiga sana y deliciosa que sentía después en los huesos. Aquellas caminatas eran un tónico para el cuerpo y para el alma, y en aquel momento eran lo único que echaba de menos; encerrado en la celda, privado de todas las comodidades a las que estaba acostumbrado un hombre de su riqueza y posición, lo único que de verdad lo hacía sentirse un prisionero era no poder dar aquellos paseos. Caminar y pensar le parecían, en aquel momento, los máximos lujos de la vida; los más inalcanzables.

El otoño había sido muy ventoso. Recordaba el esfuerzo extra que había significado avanzar contra el viento en muchas de sus salidas, pero Di no había permitido en ninguna ocasión que eso le retuviera bajo techo. En aquella celda sin ventanas no tenía modo de saber si llovía o si lucía el sol. Aquella falta de contacto con el exterior también contribuía, estaba seguro, a aumentar su melancolía. Una mañana, cuando el alguacil le llevó el té. Di le formuló una pregunta, para satisfacción del hombre, que apenas lo había oído pronunciar palabra durante los últimos días.

—Dime, alguacil, ¿qué tiempo ha estado haciendo?

—¿Cuándo? ¿La semana pasada? ¿Esta mañana? —preguntó el hombre con vehemencia.

—Sí, alguacil. Hoy y los últimos días.

—Bien, magistrado —empezó a decir el alguacil con una expresión alegre ante la promesa de una nueva conversación con el hombre al que más admiraba—, el tiempo ha sido muy agradable, realmente insólito a esta altura del otoño. Normalmente, en esta época ya nos azotan ventoleras terribles, mucho peores que las de estos días.

Di escuchó sus palabras e hizo un esfuerzo para moverse con energía. Se echó agua helada al rostro.

—En realidad, señor, sería más correcto decir «nos arrastran». Normalmente, en esta época del año, los vientos nos arrastran. Pero las últimas ráfagas fuertes amainaron hace varias semanas. Antes de su... de su detención, señor. Seguro que se acuerda. Desde entonces, el viento ha estado bastante calmado. Al menos, para esta época del año. Soplan brisas frescas, pero no grandes vendavales.

—Entonces, ¿crees probable que hoy me apeteciera dar un buen paseo? —preguntó Di al tiempo que se frotaba enérgicamente el rostro con un paño.

—Sí —respondió el jorobado, encantado con la broma—. Sí, es muy probable. Siempre que saliera temprano. Es un día de sol. Cuando venía hacia aquí esta mañana, he notado una brisa persistente en los tobillos. Nada excepcional, en absoluto, pero creo que arreciará. Esta tarde, o mañana, quizás haga demasiado viento para paseos.

—¡Ah! —exclamó Di, al tiempo que se cubría la cabeza con un gorro—. De modo que hoy hace buen día; esta mañana, por lo menos. Mañana, en cambio, quizá no me apetezca dar un paseo.

—Es posible que no, magistrado. Pero... —El alguacil hizo una breve pausa, pensativo, compartiendo la consoladora fantasía de Di—. Nunca se sabe. Es posible que nos llevemos una agradable sorpresa y el tiempo mejore. Mañana podría resultar un día excelente para dar un paseo. Pero los vientos son impredecibles —añadió con un encogimiento de hombros—. El tiempo podría ponerse mucho peor.

El anciano monje tuvo que cubrirse el rostro con la capucha para protegerse de los granos de arena y restos de basura que levantaba el viento. Aquellos paseos esporádicos por el patio del enorme monasterio del Caballo Blanco recién abierto en Ch'ang-an eran una molesta interrupción de su agradable tarea de copiar *sutras* en la cálida y acogedora caseta de guardia. El monje estudió el calibrador de vientos colocado en lo alto de su decorada pértiga sobre el tejado del Gran Salón y refunfuñó. Cuanto más arreciaba el viento, más frecuentes se hacían sus salidas, y en un día como aquél era evidente que le quedaban muchas por hacer.

Cuando el viento del noroeste alcanzara determinada intensidad, la primera de las tres pesadas figuras de fieles discípulos de Buda del calibrador caería. Si la intensidad seguía aumentando, el viento abatiría la segunda figura, más pesada que la anterior. Y si sus rachas conseguían derribar al tercero y más pesado de aquellos discípulos ornamentales, ello significaría que los vientos de las montañas se abatían sobre Ch'ang-an desde el noroeste con toda su fuerza y su duración de costumbre.

En su cuarta visita al patio aquella mañana, el monje observó que había caído el segundo discípulo. Casi había vuelto a entrar en la caseta cuando una ráfaga breve e intensa atravesó la verja y recorrió el patio del monasterio levantando un pequeño torbellino de restos de basura. Dio media vuelta, se protegió los ojos y estudió el tejado del Gran Salón: el tercer discípulo no había caído.

El anciano tenía instrucciones muy claras: cuando el tercero cayera, tenía que anotar en un pedazo de pergamino la fecha y la hora. Después, tenía que pasar el secante por el pergamino, doblarlo, sellarlo y entregarlo con prontitud a un correo que se lo llevaría a toda prisa. El monje no sabía qué propósito tenía aquello, ni le interesaba. Se limitaba a seguir sus instrucciones con el deseo de que lo dejaran en paz para dedicarse a su amado trabajo de copista, lo que había hecho toda su vida.

Se disponía a instalarse una vez más en su asiento cuando notó otra ráfaga

estremecedora y alzó la vista. No; todavía no. Estaba seguro de que a veces los vientos se burlaban de él. Limpió con esmero el pincel, alisó las cerdas hasta formar con ellas una delicada punta antes de hundirla en el tintero y se concentró de nuevo en el *sutra* y en la espera.

El alguacil acertó. El viento cobró más fuerza. Di despertó de su sueño agitado en varias ocasiones a lo largo de la noche y percibió su intensidad y su insistencia crecientes. Había creído que desde el interior del recinto amurallado de la prisión no podría oírlo, pero estaba equivocado. El viento estremecía el edificio y el magistrado imaginó que notaba su fuerza contra el pecho. Entonces recordó lo que había dicho su madre acerca de los vientos de Ch'ang-an: que atravesaban la ciudad con un rugido, salidos de la nada, como espíritus vengativos que sacudían las casas y convertían los árboles más orgullosos en ancianos encorvados y, a veces, los arrancaban de raíz y los partían en dos y arrancaban las tejas de los edificios. Si aquellas ráfagas seguían aumentando, pensó Di cuando despertó una vez más, poco antes del amanecer, se convertirían en uno de tales vendavales. Cerró los ojos e intentó sumirse de nuevo en el sueño, cubriéndose la cabeza con la chaqueta.

Momentos después, se sobresaltó. ¿Qué había sido aquel ruido? Aguzó el oído y lo escuchó de nuevo. Era un sonido novedoso, que parecía contenido en el viento: una nota grave, profunda, quejumbrosa y doliente, como si todos los espíritus hambrientos desterrados al inframundo hubieran dado rienda suelta a su dolor en una única voz.

Se incorporó hasta quedar sentado y miró en torno. En la celda no había nada anormal; los contados objetos de que disponía seguían en sus respectivos lugares. Con la tranquilidad de no estar viviendo otro sueño, posó los pies en el frío suelo. Se estremeció y prestó atención. El gemido se repitió, más prolongado y más doliente que antes. Y real. Muy real.

Un momento después, Di estaba en pie junto a la mirilla de la puerta de la celda. Apartó la reja de madera para poder observar el pasillo y el despacho. Al parecer, no había nadie. Se puso a matraquear en la rejilla mientras gritaba el nombre del alguacil. El jorobado apareció en el pasadizo, con los ojos turbios.

—¿Qué es ese sonido detestable? —quiso saber Di.

El alguacil se frotó los ojos.

—Sí, es espantoso, ¿verdad? —murmuró y aguzó el oído—. Ahora mismo hablábamos de eso. Dicen que se trata de una... de una trompa.

—¿Una trompa? —repitió Di, incrédulo.

—Sí. Una trompa enorme, según me han contado esta mañana. Larguísima, como tres hombres uno sobre otro. Es algo que han traído de las montañas del Tíbet, me han dicho. No consigo recordar qué nombre le han dado.

—¿Un *thungchen*?

—¡Sí! ¡Ésa es la palabra! —respondió el alguacil.

—Y dime, amigo mío, ¿a qué viene que escuchemos el sonido de ese *thungchen*?

—La obra del pilar se ha completado y en su vértice, justo debajo del lugar que ocupará el orbe, se ha instalado ese aparato infernal. Está colocado en un ángulo tal que sólo suena cuando el viento alcanza una velocidad determinada y sopla de una dirección concreta. Según parece, en este momento se dan las condiciones perfectas —añadió con pesar—. Nadie sabe por qué lo han colocado ahí, pero podemos estar seguros de que tendremos un invierno muy ruidoso...

El jorobado dejó la frase sin terminar, consciente de que Di había dejado de prestarle atención.

—¿De dónde sopla el viento esta mañana? —preguntó Di con voz pausada y gesto pensativo. El alguacil reflexionó un instante y sacudió la cabeza.

—No estoy seguro. Permítame preguntar a uno de los hombres...

Desapareció unos instantes tras el recodo del pasadizo. Di, con los dedos aferrados a los barrotes, aguzó el oído mientras un millar de imágenes terribles pasaban por su cabeza en rápida sucesión. El jorobado reapareció al cabo de un momento.

—Del noroeste, magistrado. Sopla del noroeste.

—Alguacil —susurró Di—. Acércate, amigo mío. —Sacó el brazo a través de la mirilla y agarró por la ropa a su subordinado, sin violencia pero atrayéndolo hacia la puerta—. Escúchame. —Fuera, el gemido cambió de volumen y de tono; por un instante, se hizo más suave y más grave. Di taladró al jorobado con la mirada—. Tengo que salir de aquí —Di hizo la declaración con palabras claras y firmes. Después, con voz más suave, añadió—: Sé cuándo tendrá lugar el próximo asesinato.

—No puedo hacer nada al respecto, magistrado —le respondió el alguacil con un susurro desesperado—. Ojalá pudiera. Haría cualquier cosa, si fuera posible. Lo haría incluso si con ello me pusiera en peligro. Pero ya es demasiado tarde. —Luego, profundamente compungido, añadió—: Esta misma mañana me trasladarán.

—¿Qué? ¿Te trasladan?

—Sí. Me destinan a comandar la vigilancia del mercado del oeste. Tendré que marcharme enseguida. Ya han llegado mis sustitutos. Son los que han traído la noticia de la trompa.

—¿Quiénes son? —preguntó Di—. ¿Por qué más de uno?

—No los conozco. —La voz del jorobado era apenas un susurro. Di soltó un juramento.

—Alguacil —musitó otra vez, con renovada urgencia—. Debo... salir... de aquí.

El hombre lo miró, impotente. Di oyó aproximarse las voces de los otros y se vio obligado a soltar al jorobado. La trompa tibetana colocada en lo alto del pilar de la emperatriz emitió un nuevo gemido.

Entonces, el alguacil habló con voz normal para disimular ante los ayudantes que se acercaban.

—Asimismo, magistrado Di, hemos recibido otras órdenes. Mañana por la mañana, será trasladado a un recinto mayor de la administración judicial en uno de los barrios meridionales. Irá a pie y estos auxiliares le escoltarán. —Hizo una pausa y, con un ademán contrito, añadió—: Allí esperará un transporte que lo conducirá a Luoyang.

Aquella tarde, cuando el jefe de alguaciles se hubo marchado, Di sólo podía pensar en escapar. De repente, comprendió el significado de todo aquello, y resultó tan sorprendentemente extraño que dejaba en ridículo incluso sus pesadillas. Pero era algo muy real y estaba sucediendo en una ciudad donde, para un reducido grupo de gente un día privilegiada, dormir se había convertido en un riesgo terrible. Calculó que sólo tenía un día —dos, a lo sumo— para escapar de la celda y presentarse en el lugar del crimen para atrapar a los asesinos in fraganti. Todo el trabajo que había realizado a lo largo de su prolongada carrera profesional no era nada en comparación con lo que creía haber descubierto.

Gracias a los dioses, la gran trompa estaba silenciosa, de momento. El viento había amainado un poco y el temblor infernal del edificio había cesado. Su madre tenía razón, se dijo el magistrado, los vientos eran como espíritus vengativos. El día dio paso, inexorablemente, a las horas de los sueños oscuros. A otra de aquellas noches de Ch'ang-an de sueño sin reposo.

Antes de que cayera la noche, apenas unas horas después del cambio de destino del alguacil, apareció por la prisión un visitante, un chiquillo que vendía dulces de sésamo, fruta y pastelillos de queso de soja. Di escuchó la voz infantil que describía la calidad de la mercancía en la antesala. Los alguaciles se reían satisfechos y, evidentemente, hacían caso de la oferta. Di escuchó sus exclamaciones complacidas al probar los pasteles; mientras, el muchacho no dejó de parlotear un solo instante con el tono más encantador.

Oyó acercarse la vocecilla infantil, acompañada de las pisadas de uno de los alguaciles. Sin duda, iban a permitir al muchacho probar su suerte con el distinguido prisionero. Di escuchó al muchacho comentar a los hombres que las dos monedas de cobre que le habían dado era un pago muy magnánimo, que normalmente sólo recibía una y que se alegraba de haber seguido el consejo de su padre, quien le había dicho que acudiera a los puestos de los funcionarios del gobierno pues los hombres importantes sabrían pagar sus productos excepcionales a un precio más acorde con su verdadero valor.

El chiquillo aseguró, con la teatralidad precoz y desarmante de los chicos listos, que su padre no engañaba en los ingredientes y que los hombres de categoría eran los

únicos capaces de apreciar de verdad aquel esfuerzo. He aquí un muchacho que llegará lejos en la vida, pensó Di. El jovencito era un maestro en aquella táctica de halagar a sus lerdos compradores para que aflojaran más monedas.

Mientras lo acompañaba a la celda de Di, uno de los alguaciles comentó que era bastante tarde para que un chiquillo como él volviera a casa sin compañía. El muchachito respondió que su padre estaría vendiendo en el mercado del este, muy cerca de allí, hasta el toque de queda. También aseguró a los hombres que las calles que debía recorrer estaban siempre concurridas y bien iluminadas por las luces de las tiendas. La respuesta debió de parecerles suficiente, pues se limitaron a asentir, visiblemente complacidos de demostrar tal preocupación por un niño.

—Señor —dijo éste, tras una reverencia, cuando los alguaciles abrieron la puerta de la celda—, mi padre me ha pedido que os trajera algo especial y muy delicioso. Es un pastelillo fuera de lo común. Según él, es una receta que nos hará ricos porque no hay otro en el gremio de panaderos de Ch'ang-an que sea capaz de hacer pasteles como éstos. —El chiquillo entró en la celda. El alguacil que lo acompañaba se quedó en la puerta y observó la escena con una sonrisa—. Mi padre lo ha rellenado de pasta de sésamo, queso de soja, miel, jengibre cristalizado y vino de ciruela. Pero... —El muchacho abrió los ojos como platos y miró a Di, sentado en el banco de la celda con la camisa de dormir. Después, colocó la cesta sobre la mesa del preso—. Pero, señor, son caros. Cuestan tres cobres cada uno, porque los ingredientes nos resultan muy costosos —murmuró en tono de disculpa—. Aunque son mucho mayores que los otros.

—¡Ah! ¡Tres monedas cada uno! —exclamó Di—. Deben de ser realmente especiales. —Se le iluminó el rostro un momento y añadió—: Pero quizá valgan más. ¡Quizá valgan cuatro! —Sacó cinco monedas de cobre de su bolsa. Al muchacho le brillaron los ojos a la vista de la pequeña fortuna. Di dejó las monedas sobre la mesa mientras el chico inclinaba la cesta para que pudiera observar el surtido. El magistrado vio de inmediato que eran unos pasteles sorprendentemente bellos, decorados con alcorzas de azúcar en forma de ideogramas con mensajes de buena fortuna, salud, prosperidad, larga vida y demás.

—Es la especialidad de mi padre —comentó el muchacho al advertir la mirada de admiración de Di. Volvió la vista a las monedas y añadió—: No sé leer, señor, pero sí contar. Y aquí habéis puesto cinco monedas, no cuatro.

Las contó otra vez y cogió la quinta moneda para devolvérsela al magistrado.

—¿Ah, sí? —respondió Di con fingida consternación—. ¡Hum! ¿Cómo he podido...? Pero por tu honradez, muchacho, voy a darte otra más.

Dejó caer una sexta moneda en la manita vuelta hacia él. Al chiquillo se le saltaban los ojos. Sin más protestas o agradecimientos, guardó las monedas en una cajita de madera que tenía en la cesta. Di sonrió al alguacil por encima de la cabeza

del pequeño y el hombre asintió con otra sonrisa. El chiquillo, mientras tanto, tomó un pastelillo de la cesta.

—Ved, señor. Es un dulce muy bonito. Cubierto de azúcar blanco. Mi padre dice que es como una montaña nevada en invierno.

Depositó el pastel, protegido con un pedazo de pergamino, sobre la mesa de Di cuidando de no resquebrajar o tocar los delicados ideogramas de azúcar.

—Es un poema —explicó—. Mi padre dice que ha escrito algo para el invierno. Ha grabado en la alcorza un poema sobre la caída de la nieve.

Di se inclinó hacia delante para examinar el poema. Al hacerlo, advirtió una mirada seria en los ojos del muchacho; por unos instantes, el chiquillo inocente desapareció. El magistrado miró a hurtadillas hacia la puerta de la celda. Los alguaciles hablaban entre ellos sin prestar mucha atención a la transacción. El muchacho se llevó el índice a los labios. Di observó el pastel, acercó el candil y leyó el «poema». Era un verso de cinco caracteres:

Ayuda. Huida. Familia Ling. Gracias.

—¡Ah, sí! —comentó, recuperando la compostura—. Muy hermoso. «La caída de la nieve convierte los árboles en ancianos de barbas encanecidas» —improvisó, al tiempo que miraba al chico, que sonrió satisfecho. El magistrado había recibido el mensaje secreto.

Di no tenía la menor duda de que sus carceleros eran analfabetos, como cualquier otro miembro de la guardia que pudiera aparecer por allí aquella noche, pero no quiso correr riesgos. Levantó el dulce como si estuviera hambriento y dio un gran mordisco.

—¡Soberbio! —asintió con la boca llena—. Es una lástima engullir tal obra de arte, pero para eso está, ¿no? ¡Magnífico! —insistió con voz amortiguada—. Tienes que decirle a tu padre que es un pastelero excelente. Es de lo mejor que he probado, te lo aseguro.

De otro gran bocado, dio cuenta del resto del pastelillo. Al muchacho, un actor consumado, se le iluminó el rostro de orgullo ante el elogio a su padre.

—Dulces como éstos me ayudarán a mantener el ánimo durante mi encarcelamiento —continuó el magistrado—. Reavivarán mis fuerzas. Y voy a necesitarlas, ya que mañana me trasladarán. —Se volvió hacia la puerta abierta de la celda y llamó a los alguaciles, que conversaban con unos colegas de otro cuartel—. Mañana, a primera hora, me trasladarán al distrito de la Serpentina, ¿no es eso?

Los alguaciles confirmaron que así sería y volvieron a su charla.

—Dile a tu padre que los pasteles son excelentes y que espero que me haga llegar algunos cuando esté en la Serpentina. Dile que es un camino largo y que después estaré cansado y necesitaré alimentarme. Y dile que quedaré especialmente complacido si son gordos y el relleno se escurre por los lados cuando se los muerde.

¿Lo has entendido?

El pequeño asintió. Un chico listo, pensó Di, y recordó a sus hijos durante un par de segundos mientras se limpiaba los labios con una servilleta húmeda. Los alguaciles seguían hablando entre ellos. En aquel instante, el muchacho lo miró con aire dubitativo, como si se le hubiera ocurrido algo.

—Estaba delicioso —insistió Di con preocupación, aunque procuró dar un tono de indiferencia a su voz, sin apartar la servilleta de los labios—. No he comido nunca un pastelillo que se pueda comparar a éste.

—Señor, tal vez no me permitan acudir a un barrio tan alejado como el de la Serpentina. Quizá tenga que ser mi hermano mayor quien os lleve allí lo que pedís. Decidme qué ropa llevaréis puesta mañana cuando os marchéis, y así podrá identificaros.

Di comprendió de inmediato a qué se refería. Aquel chico era un prodigio de astucia o tenía una memoria excelente para recordar las instrucciones de su padre.

—¡Oh! Bien, veamos... —Di se volvió hacia el perchero del rincón junto al camastro, del cual colgaban unas cuantas prendas—. Supongo que llevaré esa capa de invierno gris con capucha y cuello de armiño para el viento.

Di le señaló la capa. Luego el muchacho hizo una pelota con el grasiento pedazo de pergamino y limpió de migas la mesa. Entonces descubrió la repleta bolsa de Di sobre la cajita de madera donde guardaba sus monedas, y se volvió hacia Di con una mirada inquisitiva.

—La Serpentina está a un buen trecho de aquí. Esto es por las molestias de tu padre —indicó el magistrado—. Puede que se decida a comprarte una capa nueva para el invierno.

El muchachito guardó la bolsa, levantó la cesta, hizo una reverencia y se dirigió a la puerta. Una delicia de chico, se dijo Di.

—Espero con impaciencia vuestras visitas —insistió el magistrado—. Dile a tu padre que no podré pasarme sin esos pastelillos...

La mañana era fría. Aunque Di no podía ver el azul gélido del cielo sin nubes desde su celda, era capaz de imaginarlo. Al despertar, notó el frío a pesar de los braseros *kang* de ladrillo, alimentados con carbón, dispuestos a lo largo de las paredes y bajo los catres de las mazmorras. Su presencia resultaba reconfortante, pero el escaso calor que difundían se disipaba rápidamente, absorbido por las piedras frías y húmedas de las paredes.

Los carceleros le habían dicho a Di que le avisarían con unos momentos de antelación antes de llevárselo. Tendría tiempo suficiente para lavarse, vestirse y recoger sus pertenencias. Di se preguntó por qué iban a conducirlo a su nuevo destino a pie. Normalmente, los presos eran trasladados en un carromato. Al magistrado se le ocurrían dos posibles respuestas: o bien el trayecto a pie era considerado una especie

de humillación pública (el gran magistrado Di Jen-chieh, conducido por las calles como un criminal), o el jorobado, recordando los comentarios de Di sobre el placer de un buen paseo, había obtenido permiso para ello.

Se aseó con el agua helada con cuidado, como si en su piel hubiera heridas dolorosas. Había llegado el día. O escapaba o podía darse por muerto; él y quién sabía cuántos más. Aquella mañana, lavarse le resultó más duro que en otras ocasiones, pero esto era un buen augurio. Se sentía todo lo despierto y alerta de que era capaz, lo cual era muy conveniente porque no tenía la menor idea de cuáles eran los planes del panadero. Pero también dependía de sí mismo, de su capacidad para reconocer el plan y de reaccionar adecuadamente. Di sólo esperaba estar a la altura de las circunstancias.

Terminó de vestirse e hizo cuando pudo por mostrarse presentable. No tenía ningún sentido ofrecer el aspecto de un pordiosero la mañana de su libertad... si resultaba serlo realmente. Observó su larga capa invernal gris, con capucha y con el cuello y los puños de armiño, que era el único signo de su posición que le quedaba. ¿O acaso, reflexionó, era la mañana en que un guardián demasiado impaciente lo atravesaría con su lanza? Con este pensamiento, Di se peinó los pelos de su barba rala y decidió que, cuanto más apariencia de funcionario respetable ofreciese, menos probable sería tal eventualidad. Se ajustó el birrete en la cabeza con cuidado y terminó de alisarse las ropas.

Al salir al aire frío de la mañana, la sensación le resultó casi abrumadora. La impaciencia y los nervios que lo habían estado consumiendo quedaron a un lado por el momento. Di se asombró de cuánto le habían afectado dos semanas de encarcelamiento. Nunca había disfrutado tanto del color, el ruido, los olores y el bullicio. Intentó imaginar lo que sería aquel momento para un hombre liberado después de diez o veinte años de encierro, pero no fue capaz. Notaba las piernas agarrotadas y algo debilitadas por la falta de ejercicio, pero con los pulmones llenos de aquel aire vigorizante avanzó decidido, contento del espacio que se extendía ante él. Sabía que no se comportaba como un buen preso; toda su vida se había resistido a quedar a merced de los deseos de otro.

Aquí y allá vio rostros conocidos, gente del mercado con la que había intercambiado algún comentario durante sus frecuentes paseos. Sin embargo, Di comprobó con extrañeza que todos apartaban la vista de él. ¿Por vergüenza, tal vez? ¿Acaso creían de verdad que se había convertido en un criminal?

De vez en cuando, lanzaba una mirada furtiva a los cuatro alguaciles que lo escoltaban. ¿Participarían también en el plan? Si era así, el magistrado no advirtió el menor indicio en sus rostros solemnes. La pequeña comitiva avanzó en ceñudo silencio mientras Di rememoraba la conversación con el chiquillo. ¿Se le había escapado algún detalle? Intentó estimular su memoria y empezó a repetir

mentalmente las palabras exactas que habían empleado. Y vio en su mente los ideogramas del pastelillo, el mensaje de esperanza de azúcar y miel: *Ayuda. Huida. Familia Ling. Gracias.*

La familia Ling, musitó para sí. Seguía sin recordar aquel apellido.

No se habían adentrado mucho por las callejas del mercado del este cuando escucharon los sonidos inconfundibles de una pelea callejera. De detrás de la fila de tenderetes situada a la derecha de Di provenía una algarabía de invectivas y el ruido de piezas de alfarería que se rompían. Los alguaciles no prestaron la menor atención y el primer impulso de Di también fue seguir avanzando sin volver la cabeza, como acostumbraba hacer en sus paseos para evitar verse implicado como mediador oficial. Sin embargo, le pareció que el revuelo avanzaba con ellos, invisible tras las persianas y las cortinas que ocultaban las trastiendas de los vendedores.

Las voces que discutían se hicieron más estentóreas; la pelea, más encarnizada. Esta vez, el alboroto despertó la curiosidad de Di. Delante de él, en el puesto de un panadero, la trifulca quedaría a la vista en cualquier momento: las cortinas se agitaban y se hinchaban con los bruscos movimientos que se producían al otro lado y, por fin, se rasgaron cuando un hombre y una mujer cayeron sobre ellas y rodaron por el suelo. Estanterías, sartenes, utensilios de cocina, sacos de harina y recipientes llovieron sobre ambos, que siguieron rodando el uno sobre el otro entre aullidos y furiosos tirones del pelo y de las ropas.

El puesto del panadero empezaba a hundirse; panes y pastelillos quedaron esparcidos mientras el aceite caliente de las tinas de freír buñuelos se desparramaba por la calle con un siseo. Ahora, los alguaciles parecían interesados en la pelea. Intercambiaron unas sonrisas y aflojaron su marcha para poder echar un vistazo a la divertida escena.

En aquel momento, la pareja luchaba en el suelo cubierta de harina y de pedazos de masa, mientras los espectadores chillaban y se apartaban dando brincos. El irritado panadero se plantó ante los combatientes empuñando una larga cuchara de madera, maldiciendo a la pareja y a sus antepasados por destrozarle el tenderete; rápidamente, se congregó una pequeña muchedumbre que reía, lanzaba gritos de ánimo y tomaba partido por uno u otro de los contendientes. Di observó que la mujer era joven y muy bonita, incluso con las facciones contraídas de rabia. Los alguaciles ya no podían apartar la vista de la mujer que se revolcaba y cuyas ropas destrozaba su contrincante. Como no estaban de servicio regular de vigilancia, no tenían ninguna obligación de detener la pelea. Y era evidente que no tenían intención de hacerlo.

La mujer abofeteaba el rostro del hombre y descargaba puñetazos contra su pecho mientras él se burlaba y la insultaba, sin dejar de tirar de sus ropas destrozadas, ya de por sí bastante inadecuadas para el frío matinal. Cuando la blusa quedó rasgada por completo y la mujer se encontró combatiendo con los pechos al descubierto, Di

observó que sus escoltas se habían olvidado prácticamente de su existencia. Para entonces, la multitud estaba entusiasmada con el espectáculo y un buen número de vendedores se había sumado al tumulto hasta convertir todo el lado norte del estrecho callejón empedrado en un atasco caótico. Los pechos enharinados de la mujer concentraban la atención de todos los varones de la calle.

Di se quedó donde lo habían dejado los alguaciles y buscó desesperadamente una señal. ¿Era aquello lo que habían preparado? ¿Tenía que poner pies en polvorosa? ¿Qué tenía que hacer? ¿Adónde tenía que ir?

En aquel preciso instante, los lamentos dolientes de un millar de flautas *hsiao* y de caramillos *sheng* y los sollozos de decenas de plañideras enlutadas que se tiraban de los cabellos llenaron el angosto callejón a treinta pasos del tenderete del panadero. Di volvió la cabeza en dirección a los nuevos sonidos y alcanzó a ver los estandartes blancos que ondeaban enérgicamente contra el frío azul del cielo despejado, con sus caracteres pintados en brillantes colores. Era una comitiva fúnebre, un cortejo enorme que honraba, sin duda, a una persona de enorme riqueza e importancia. Y la comitiva se encaminaba directamente hacia donde estaba el magistrado.

Para entonces, los alguaciles estaban ya metidos en el tumulto. Trataban de separar a los adversarios aferrando aquellos brazos que se agitaban frenéticamente, y cuando casi lo habían conseguido, estallaron entre la muchedumbre inedia docena de nuevas peleas y todo volvió a alborotarse. Empezaron a volar por los aires productos del mercado, así como utensilios, taburetes, mesas, biombos y cortinas. Y en lo único que pensaba Di mientras era empujado de un lado a otro entre la masa de mirones que se reían y gritaban chascarrillos era en cómo podría compensar a los buenos mercaderes de esa calle el gasto que representaba todo aquello.

A continuación, la comitiva fúnebre llegó a su altura y Di se encontró prácticamente barrido, incapaz de resistir la avalancha aunque lo hubiera intentado. Más tarde, al evocar lo sucedido aquella extraña mañana, sería incapaz de recordar en qué momento sus pies habían dejado de tocar el suelo, pero nunca se le olvidaría el momento en que su distinguida capa gris de armiño, la marca inconfundible de su rango, fue arrancada de sus hombros y pisoteada por centenares de pies y por las grandes ruedas de madera de las carretas adornadas con guirnaldas de flores que dejaban tras ellas grandes nubes de incienso. Una celebración con la que se ponía término a todas las celebraciones. Y Di recordaría siempre los sonidos. ¿Cómo podría olvidar jamás la cacofonía de la reyerta callejera mezclada con los lamentos de un centenar de deudos enlutados y con la salmodia de difuntos más dulce, ligera y hermosa que había escuchado nunca? En su memoria, los sonidos que lo abrumaron se convirtieron en las voces dulces y celestiales de un coro de ángeles.

Por la tarde, Di estaba sentado en una salita anónima en algún lugar cercano a las puertas meridionales de la ciudad, no lejos de los barrios amplios y opulentos que

rodeaban el extenso parque de la Serpentina. El magistrado levantó la vista hacia su amigo, el jorobado. El alguacil permaneció frente a él mientras Di desenrollaba el plano de la ciudad y, mientras recorría con el dedo las líneas que representaban los barrios meridionales tratando de orientarse, el jorobado posó una mano en el hombro de su superior sin una palabra. A Di, el gesto le resultó casi paternal y le hizo entender lo cerca que había estado de su propio fin y lo mucho que confiaban en él ahora.

Aunque todos los hombres allí presentes —alrededor de veinte— habían trabajado con él anteriormente y le tenían un gran respeto, ninguno se había enfrentado nunca a algo sabiendo tan poco de lo que le esperaba. Todos entendían que Di no podía hacer más para prepararlos y que él mismo no sabía qué podían encontrar. Conocían los detalles de los asesinatos anteriores, desde luego, y el magistrado había esbozado a grandes rasgos su fantástica teoría y les había dicho qué, hacer cuando llegaran a su destino, pero, salvo esto, no sabían mucho más. Di no se anduvo con alardes ni con palabras de ánimo. Cualquier cosa habría sonado a falsa y, de todos modos, no había tiempo para tales zarandajas. Todos podían advertir que el magistrado estaba al límite de la tensión, ocupado en repasar una vez más sus cálculos y en consultar por enésima vez sus notas y planos, que su madre se había ocupado de recoger y esconder cuando lo habían detenido y que aquella mañana Di había hecho traer de su casa.

Aunque no supieran mucho más, cada uno de los hombres tenía sus propios motivos para estar allí y todos eran conscientes de que aquella noche podían muy bien perder la vida. Pero habían sellado su destino y ya no era cuestión de volverse atrás o dejarse vencer por el miedo. Se hablaba poco; los únicos sonidos procedían de los preparativos: el rechinar de la piedra de afilar contra la hoja de la espada, el gemido de la cuerda al comprobar la tensión de un arco, el crujido del cuero endurecido de las vainas. A los presentes les bastaba con saber que se disponían a enfrentarse a un enemigo singular: la oscuridad que había impuesto en Ch'ang-an el poder del miedo.

Por fin, Di alzó la vista de los papeles y se frotó los ojos cansados. Mientras se despejaba, preguntó de repente:

—Alguacil, ¿quiénes son los Ling?

En la sala se oyeron algunas risillas. Entonces, Di escuchó una voz a su espalda:

—Yo soy Ling Ming-lo. Estaba en deuda con usted desde hace mucho tiempo. Una vez, prestó un gran servicio a mi familia en la ciudad de Yangchou. Salvó nuestro nombre del deshonor.

Di se volvió.

—Usted me conoce como el panadero —prosiguió el individuo, un hombre de poco más de treinta años. El magistrado lo observó con atención. No era la primera

vez que lo veía. En efecto: era el tipo que se había interpuesto en la pelea de la pareja, entre juramentos y blandiendo la cuchara de madera. El hombre cuyo tenderete había quedado destruido—. Mi padre era jardinero en Yangchou —se limitó a añadir. Di se dispuso a decir algo, pero el hombre continuó—: Algunos de sus hombres han puesto reparos a que yo los acompañara en esta... expedición, pero he insistido en ello. —Hubo algunos murmullos y protestas en la sala—. He cumplido algunos años de servicio militar, sé luchar y defenderme. Y también sé obedecer órdenes.

—No lo dudo —asintió Di—. Además, estoy en deuda contigo. ¿Pero cómo...?

—Por ahora, baste decir que su buen alguacil requirió mis servicios.

—Excelente —dijo el magistrado—. Y yo te devuelvo el favor y te concedo el dudoso honor de sumarte a nuestra fuerza heterogénea conducida por un general decrepito.

Las risas ante la pequeña broma de Di relajaron un poco la tensión.

—En mis años de servicio por las calles de Ch'ang-an he hecho muchos amigos —explicó el alguacil—. Pero usted lleva aquí unos pocos años y, aunque haya creído que pasaba inadvertido en sus paseos diarios y en su trato benevolente y amable con la gente que encontraba, esa gente no lo ha olvidado. No fue preciso explicar por qué estaba detenido. Los detalles eran complejidades innecesarias. Baste decir, magistrado, que todos confiaban en usted. Y no confían en gran cosa más. Son conscientes de que la gran corrupción anida en puestos muy altos. Altísimos.

—¡Pero toda esa multitud...! —se admiró Di al evocar la pelea, la muchedumbre de mirones, el cortejo fúnebre—. ¡Y con tan poco tiempo para preparativos!

—Tiene usted muchísimos amigos en el mercado del este y en sus callejas —le aseguró el jorobado—. Además, está en la naturaleza humana que cualquier interrupción en la rutina cotidiana sea bien recibida, ¿no es cierto? ¡Cualquier oportunidad para la fiesta y el jolgorio, sobre todo si es a cargo de las autoridades!

—No me digas que el funeral también era una representación —dijo el magistrado—. Resultaba demasiado real.

—Tiene razón —dijo el panadero, compungido—. Era real. Ya conoce a mi hijo menor, el que le llevó los pasteles.

—¡No! —exclamó Di—. ¡Por favor, no me digas que...!

—No, no, magistrado. El muchacho está perfectamente. He tenido que prometerle el Conejo de la Luna para que no escape de la casa para venir conmigo. No; el funeral era por su mascota, un gato de callejón blanco y gris con seis dedos en las patas delanteras, que les daban el aspecto de palas de remero. Un animal de patas largas y cuerpo delgado, de singular inteligencia y belleza, con unos ojos verdes de mirada penetrante. Un compañero extraordinario que tenía innumerables amigos entre los tenderos de esa calleja que participaron en su rescate. ¿Comprende, pues, por qué...?

Di se echó a reír, y recordó a cierto perrito, hacía muchos años.

—Comprendo perfectamente, maese Ling. También yo deseo un feliz viaje a su alma.

Tras esto, volvió a concentrarse en los papeles que tenía sobre la mesa. El jorobado se inclinó, muy atento, mientras Di seguía con el dedo el recorrido de una de las sinuosas avenidas del parque de la Serpentina hasta detenerse bruscamente en un pequeño círculo que indicaba un callejón sin salida no lejos de una zona aledaña a la puerta sur del Gorrión Bermellón.

—Ahí es adonde vamos, amigos. Aquí. —Señaló el lugar—. La mansión de la familia Sung. Creo que muy pronto recibiremos allí a nuestros visitantes. —Levantó la cabeza. Nadie dijo una palabra—. Armaos bien. ¿No es eso lo que os diría un general en estas circunstancias? Ojalá pudiera deciros, además, contra qué os tenéis que armar —añadió, encogiendo los hombros en gesto de disculpa. Retiró el banco de la mesa y se puso en pie mientras la estancia se llenaba de murmullos y de voces resueltas—. No puedo deciros más de lo que ya sabéis. Probablemente, nos enfrentaremos a algo... horrendo.

31 Luoyang

La emperatriz, que yacía bajo el cuerpo inerte del monje Hsueh Huai-i, escuchó cómo la respiración de éste se normalizaba. Momentos antes, el hombre resollaba como si acabara de subir un tramo de escaleras a la carrera. Las cosas habían cambiado mucho desde sus primeros tiempos juntos, cuando el monje estaba enamorado de ella y gemía y jadeaba de puro éxtasis mientras su cuerpo se estremecía, cuando repetía, milagrosamente, sus erecciones y se entregaba a Wu como un juguete con el que ella podía entretenerse durante horas, si quería, y satisfacerse una y otra vez, a su gusto.

Un tramo de escaleras muy corto, pensó con desdén. O quizás un patio no muy extenso. Y a una velocidad nada impresionante, apenas suficiente como para acelerar la respiración. Los dos perros falderos de la emperatriz, tumbados en el diván al otro extremo de la alcoba, jadeaban ruidosamente. Habían observado los acontecimientos con interés, con sus lenguas largas, húmedas y rosadas colgando, enroscadas, de sus bocas abiertas. Todo el asunto apenas había durado unos minutos.

El monje había estado ausente de palacio durante varias semanas y Wu se había encontrado, para su propia sorpresa, esperando su regreso con creciente apetito. Durante la cena, Hsueh pareció algo fatigado y distraído, pero la emperatriz se cuidó de darle a conocer sus deseos y —por lo menos en una ocasión— creyó detectar un destello de respuesta en los ojos de su amante. Después, Wu se preparó con esmero, esperando su presencia con secreto placer; pero, tan pronto como puso el pie en la alcoba, Hsueh empezó a quejarse indecorosamente de los perros, Trompo y Fauces de Dragón.

No soporto verlos ahí sentados, fisgando de esa manera, dijo. No fisgan nada, respondió ella; sencillamente, están interesados en las actividades humanas. Se preparan para el momento en que se reencarnen como seres humanos, añadió en un intento de introducir una nota de ligereza en la discusión, pero él replicó fríamente que no le gustaba que lo miraran. Además, sus resoplidos lo ponían enfermo. Le hacían perder las ganas. Los perros no resoplaban, replicó ella, sólo respiraban. Era la forma del hocico; no podían evitar el ruido que hacían. Pues yo no puedo evitar que me pongan enfermo, insistió él con irritación. No tienen por qué estar en la alcoba. Olvídate de ellos, dijo Wu por último, antes de empezar a animar a su amante con la lengua.

Aquella noche, sin embargo, Hsueh no parecía estar de humor para sutilezas, y ahora la emperatriz yacía en el lecho presa de una cólera sorda ante el modo absolutamente rutinario con que la había tratado su amante. Una actitud que se había repetido demasiadas veces desde hacía un año.

Wu esperó del hombre alguna señal de reacción, de que se excitaba y continuaría

la sesión, pero la respiración de Hsueh se hizo sospechosamente superficial y regular. Ella continuó esperando. Entonces, las piernas del monje experimentaron una sacudida repentina, señal inconfundible de que Hsueh estaba sumiéndose en el sueño, y Wu notó sobre ella el peso muerto de aquel cuerpo inconsciente. Con un enérgico empujón, se lo quitó de encima y Hsueh despertó sobresaltado.

—¿Qué te crees que soy, un sofá? —exclamó la emperatriz—. ¿Una pieza de mobiliario? —Uno de los perros lanzó un gáñido, excitado por el tono colérico de su dueña—. ¡Silencio! —gritó ella desde el otro extremo de la alcoba.

—¿Qué te sucede? —preguntó el hombre, irritado—. Estoy muy cansado.

—¡Desde luego que lo estás! —replicó ella—. Con tanto viajar, estoy segura de que estás extenuado. —Se incorporó sobre un codo y lo miró a los ojos—. ¡Pero yo no estoy nada satisfecha!

Aunque sus rostros estaban muy cerca, Wu no distinguía claramente las facciones de Hsueh en la luz mortecina. Esperaba una respuesta, pero lo único que escuchó al cabo de unos segundos fue un suave ronquido. Disgustada, dio media vuelta, apagó la lámpara y se dispuso a dormir. Le costó casi una hora conciliar el sueño a causa de los perros que resoplaban y se revolvían en el diván, mientras a su lado el gran mago y hombre santo, Hsueh Huai-i, roncaba y chascaba los labios, muy lejos de ella.

—Son las mujeres las que lo están volviendo así —dijo a su madre al día siguiente, mientras se acicalaba ante el tocador.

—Sí —corroboró la señora Yang—. Me atrevería a decir que tienen algo que ver.

—Mujeres jóvenes, doncellas anhelantes. Estoy segura de que a él le parecen verdaderos huertos de melocotoneros que gimen bajo el peso de los frutos jugosos a punto para la recolección.

Wu bajó la vista hacia el hocico chato y negro de Trompo, que estaba sentado a sus pies con la cabeza levantada hacia ella y el entrecejo fruncido de inquietud ante el tono disgustado de su ama. La imagen de un melocotón rosado, vulvar y jugoso llenó su mente y avivó su cólera.

Naturalmente, la emperatriz se refería a las jóvenes que Hsueh Huai-i reclutaba por toda la provincia para los rejuvenecidos conventos dedicados a Kuan-yin. Iniciado unos meses antes, aquél era un proyecto especial del monje. Según había dicho al presentarlo a Wu, con él pretendía honrar a la emperatriz aumentando el número de las mujeres devotas. Hsueh pronunció un discurso muy emocionante sobre sus teorías acerca de la concentración de la energía divina a través del instrumento femenino en aquella era de la Sagrada Madre Soberana y cómo su posición y autoridad sería exaltada y magnificada con cada nueva conversa que llevara al redil. El nombre de Hsueh era muy conocido, por supuesto, y allá donde se presentaba, en las pequeñas poblaciones o en los barrios, ricos y pobres, de la ciudad, le ofrecían muchachas —casi le forzaban a aceptarlas, en realidad— para los conventos. Algunos

padres, los más pudientes, incluso ofrecían «dotes» con sus hijas.

—Y para ellas —dijo Wu a su madre—, él es divino, infalible, irresistible.

—Como lo fue para ti una vez —murmuró la madre.

—¿Para mí? ¡Para ti, querrás decir! —exclamó la emperatriz—. No olvidemos quién fue la primera que se benefició de sus «talentos». —Miró fijamente a su madre y añadió—: ¿Y cuándo te visitó la última vez?

La madre le devolvió la mirada.

—Esos asuntos me preocupan mucho menos que a u —replicó—. Recuerda que tengo casi sesenta y cinco años, por favor.

—¡Bah! —masculló Wu, despectiva—. Siempre dices eso cuando te conviene, cuando te resulta útil, pero no hay nada en tu aspecto y en tu conducta que te haga parecer un día más vieja que yo. En realidad, incluso pareces más joven —continuó, sin dejar de contemplar minuciosamente a su madre—. Si alguien que no nos conociera nos viese juntas, estoy segura de que me tomaría a mí por la madre y a ti por la hija. Si el monje tiene algún «filtro de la juventud», seguro que lo está utilizando contigo. Recuerdo cuando los dos os presentasteis ante mí con esas sandeces de que estaba rejuveneciendo día a día. Desde luego, ya sabes que nunca he creído en esa palabrería.

—Eso lo dices ahora, porque te conviene. Pero en aquel momento, te regocijaste secretamente. Te conozco demasiado bien, hija.

El tono de creciente irritación de sus voces hizo que Fauces de Dragón lanzara un gáñido quejumbroso. Esto provocó la reacción de Trompo, que se sumó excitado a las manifestaciones de su compañero.

—¡Silencio! ¡Y hablo en serio! —gritó Wu en tono severo a los animales, que se atemorizaron y la miraron con sus ojos saltones—. Todo eso fue una mera actuación en tu provecho —dijo a su madre—. El tuyo... y el suyo. Te conozco demasiado bien. —La emperatriz contempló su imagen reflejada en el espejo—. Y a él también.

Tomó una esponja y empezó a aplicarse en el rostro un cosmético escogido de entre más de un centenar de frascos. Mientras lo hacía, recordó al nagaspa, muerto hacía tantos años, e incluso pensó en su esposo, Kao-tsung. Recordó el alivio que había sentido cuando ellos desaparecieron de su vida en momentos decisivos, dejándola en libertad de cobijarse en los abrazos maravillosos que el destino, que una vez había parecido impaciente por darle satisfacción, le tenía reservados.

Así era la esencia de la juventud, ¿no? El destino se movía hacia una. El destino iniciaba el esfuerzo, llevaba los regalos hasta la puerta de una, la buscaba y la cortejaba con insistencia, con encanto y determinación. El aspecto de su rostro en el espejo ya no importaba; aquélla no era la verdadera medida de lo vieja que se había vuelto. La auténtica medida era el grado en que el destino la requería con regalos. O, por decirlo con palabras más crudas, el poder que ella tenía ahora que engatusar al

destino y recordarle su existencia. A aquellas alturas, era innegable que los papeles se habían invertido. Wu se preguntó, abstraída, si el proceso de pérdida de interés del destino era estrictamente una cuestión de tiempo. Por ejemplo, ¿qué sucedería si pudiera vivir cientos de años sin muestras externas de tener tal edad? ¿Seguiría el destino interesándose por ella o preferiría la atracción de la novedad, fuera cual fuese el aspecto que ella tuviese? ¿O acaso el destino había perdido el interés en ella tan pronto como las carnes habían empezado a colgarle?

Se extendió el cosmético por las mejillas hasta el cuello y ladeó la cabeza para observar sus ángulos más favorables. Wu no podía recordar el momento exacto en que había empezado a adular al destino, pero ya hacía bastante tiempo de ello. Sabía que todas las cosas llegaban poco a poco, había cambios graduales casi imperceptibles, pero capaces, cuando se acumulaban en número suficiente, de transformar mundos enteros. Así tomaban forma las montañas, y los barrancos horadaban la tierra y el rostro fino y terso de una muchacha daba paso al de una vieja que ya no despertaba el deseo de los hombres ni atraía el interés del destino. Wu se estudió detenidamente. Todavía no podía calificársela de vieja. Así pues, durante un tiempo al menos, intentaría comprobar si aún conservaba su habilidad para engatusarlo. Aquélla podía resultar una etapa de su vida muy interesante.

Observó en el espejo la imagen de su madre que, sentada justo detrás de ella, la contemplaba con aire impasible.

—¿Sabes, madre —comentó la emperatriz—, que estoy sinceramente convencida de que eres más joven que yo y me sobrevivirás?

—Bobadas —replicó la señora Yang, pero Wu advirtió algo en los ojos de la vieja que contradecía lo que acababa de proclamar en voz alta.

Con la ayuda de su madre, Wu se aplicó los cosméticos con el cuidado de una bailarina de pantomimas Po-t'ó. Las arrugas en torno a los ojos y la boca fueron rellenadas como grietas de la madera; a continuación, distribuyó una capa de blanco fino por todo el rostro, con un toque de polvo suave por encima. Como remate, perfiló unas extraordinarias cejas de mariposa en la frente despejada, con unas sombras azul intenso entre las cejas y los párpados y unas delicadas líneas negras en torno a los ojos. En cuanto al cabello, todavía negro y lustroso, lo llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño alto.

Había dispuesto las lámparas de la estancia de modo que produjeran la iluminación más suave y acogedora. Unas sombras aterciopeladas llenaban los rincones mientras los charcos de luz dorada dejaban a la vista sus tesoros; todo estaba dispuesto estratégicamente para realzar el objeto principal de aquel bello conjunto: su propia persona. Trompo y Fauces de Dragón estaban sentados en el diván con inquietas expresiones de solicitud canina mientras su ama procedía a dar los últimos toques a su rostro, a su ropa y a la estancia. Después, la emperatriz expulsó a los

perros a la antecámara y cerró la puerta.

El monje llegaría en cualquier momento. Aquella noche había bebido mucho, pero había accedido a visitarla. La emperatriz se sentía fuerte, como nave del destino que había sido siempre. Por fin, tras variar ligeramente la posición de las lámparas a ambos lados del espejo, contempló su imagen y le complació lo que veía. No; el destino aún no la había abandonado por completo.

—¡Lo que haces es esconderte bajo esas pinturas! —protestó Hsueh Huai-i, y barrió con mano insegura la mesa del tocador, derribando hilera tras hilera de frascos y botellitas. Algunos se estrellaron contra el suelo ruidosamente y sus fragmentos puntiagudos quedaron esparcidos por el enlosado; otros vertieron su contenido sobre la bruñida superficie de palisandro de la mesa y la estancia se llenó del olor mezclado de todas sus esencias.

—¡No trates de ocultar las huellas del paso del tiempo en tu rostro... mujer! —continuó. Hsueh nunca se había dirigido a ella de forma tan atrevida—. Todos esos potingues son completamente inútiles. —El monje se tambaleó por efecto de la ebriedad y, acto seguido, cruzó los brazos como si no hubiera nada más que decir. Luego, retrocedió trastabillando hasta tropezar con el tocador, lo que aumentó el desorden—. Disculpa —le murmuró caballerosamente al mueble. Enderezó el tocador e hizo lo mismo con su cuerpo.

Wu no respondió a sus punzantes insultos y permaneció de espaldas a él. Con cuidado, cogió un frasco del famoso cosmético del propio Hsueh que había rodado intacto hasta sus pies. Contempló al monje por el espejo y lo vio estirar los brazos y volverse hacia la puerta como si diera el asunto por terminado y se dispusiera a marcharse. Entonces, Wu dio media vuelta y le arrojó el frasco con fuerza y precisión, acertándole de lleno entre los omoplatos. Hsueh se encogió y se detuvo, pero no volvió la cabeza. La emperatriz se dio cuenta de que el impacto le había hecho daño.

—Eres un cerdo —dijo sin levantar la voz—. Un cerdo charlatán, mentiroso y fornicador.

—¿Y a qué viene ese estallido infantil, querida?

El tono de Hsueh, incluso con su hablar estropajoso de borracho, estaba en precario equilibrio entre la insolencia y la queja. Tras aquellas palabras, se volvió hacia Wu y alzó las manos en un gesto que tanto podía ser apaciguador como indicar que estaba preparado para desviar el siguiente frasco volador.

—Eso digo yo, ¿a qué viene ese estallido infantil, querido? —dijo Wu en tono burlón, mientras señalaba el desorden que había causado en el tocador.

—Te he hecho un favor —respondió el monje al tiempo que su mirada recorría la confusión de cristales rotos y pinturas y cremas derramadas—. Te he librado de un montón de productos inútiles, eso es todo. ¿Por qué seguir desviando la atención de la

verdad, mi señora emperador, Avalokitesvara, Buda Maitreya reencarnado?

Wu arrojó un segundo objeto. El monje lo esquivó y el proyectil chocó contra la pared del fondo.

—¿Inútiles, dices? ¡Fuiste tú quien me los dio y quien prometió que estos preparados «secretos» podían invertir los efectos de la edad!

—Mentí —se limitó a declarar Hsueh.

—Sí, claro —dijo ella—. Eso ya lo sé, gracias.

—Eres un dios... ¿o debo decir una diosa? No lo recuerdo... En cualquier caso, no deberías necesitar cosméticos. Tu vida abarca infinitos kalpas de tiempo. —El tibetano levantó las cejas y trazó un arco frente a él abriendo las manos en un gesto amplio, espléndido, que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio—. Otro nacimiento, otra reencarnación y... ¡magia! ¡Las arrugas desaparecen! ¿O acaso has olvidado cómo se hace?

—No he olvidado nada de cuanto me has dicho —replicó ella con calma—. ¿Cómo iba a hacerlo? No haces más que despotricar. Eres el gran, el pomposo Hsueh Huai-i. ¡El monje! ¡El maestro! ¡El mago! —La emperatriz pronunció cada apelativo con creciente desdén—. ¡El lama del misterioso occidente montañoso! ¿Cómo podías cometer un error?

La voz de Wu tenía un tonillo burlón, altivo y amenazador.

—¡Ah! —la exclamación rezumó de la lengua del monje—. ¿Cómo podía? —Hsueh hizo una pausa y levantó la vista al techo mientras sacudía la cabeza con remordimiento—. Pues fallé. No supe predecir que su majestad envejecería tan deprisa.

La emperatriz no le prestó atención. No estaba dispuesta a permitir que el ebrio impostor la sacara de sus casillas.

—Y tan mal —añadió Hsueh. Ella continuó sorda a sus palabras—. Estos remedios, estos paliativos —prosiguió el monje, señalando los frascos hechos añicos— pueden invertir el curso de los arroyos, majestad. —Abrió las manos y agitó los dedos líricamente, como en un aleteo—. Metafóricamente, claro. Y tal vez el de un río caudaloso, mi señora, ¡pero contener las mareas de un océano...! —exclamó con un amplio gesto de impotencia. Complacido consigo mismo, cerró los párpados con fuerza y osciló hacia un costado y otro mientras gozaba de la sencilla belleza de sus metáforas—. Su majestad tiene ahora... más de cincuenta —dijo, como si se le ocurriera de repente—. ¡Mmm...! Desde luego, el tiempo no ha sido muy bondadoso con ella.

—No, lama. El tiempo me ha tratado muy bien, y aún va a hacerlo mejor —replicó Wu al cabo de un momento—. Eres tú quien ha envejecido. Lo que aprietas contra mí está tan blando como todas tus ideas. Flojear y escabullirte es lo que mejor sabes hacer. Es comprensible, claro; como en los últimos tiempos estás tan ocupado,

enfascado en un trabajo más apropiado para un hombre mucho más joven...

—¡Ya basta! —exclamó Hsueh y alzó una mano en gesto de advertencia. Parecía que Wu le había tocado una fibra sensible—. Ya es suficiente. ¿Quieres saber qué sucede, cuál es nuestro... problema? —Se acercó a la emperatriz con aire casi amenazador—. ¿Quieres? Te lo diré.

Wu esperó. El monje se detuvo frente a la sentada emperatriz, apoyó una rodilla en el suelo e inclinó el cuerpo hacia delante, al tiempo que arrugaba la nariz en señal de desagrado.

—Es el olor —susurró Hsueh—. Es ese olor lo que me quita las ganas.

—¿El olor? —repitió ella, mientras empezaba a invadirla la rabia ante aquel insulto—. ¿Qué olor? —preguntó y dirigió una mirada enfurecida y desafiante al monje. Apenas había unos dedos de distancia entre sus rostros.

—Lo sabes muy bien —contestó él—. Te lo he dicho muchas veces. ¿No has advertido que últimamente te he proporcionado más perfumes? Pues se debe a ese olor —continuó. Posó la mano en el contenido pringoso de una botellita rota. Se la llevó a la nariz y aspiró profundamente—. Incluso con todo esto en la mano, sigo notando ese olor por todas partes.

—¿Qué olor, lama? —insistió ella con tono amenazador.

Hsueh restregó la mano en el respaldo del diván de Wu. Después, se llevó los dedos a la nariz e hizo una mueca.

—¿Qué olor? —repitió la emperatriz entre dientes.

Su amante suspiró, resopló y, por fin, respondió:

—Los perros. Tus perros jadeantes de ojos saltones. No puedo tragar a esos animales pestilentes. Dejan su olor por todas partes... como la ropa sucia.

Wu se relajó un poco y se echó hacia atrás en el diván. Hsueh se olió los dedos otra vez. Ahora, los perros ladraban y gruñían al otro lado de la puerta, excitados por las voces airadas del interior.

—Dejan su olor apestoso en todas las cosas —continuó él—. La cama, los divanes, las sillas, las colchas, las alfombras... Y en ti también. Ya no soy capaz de llevarme nada a la boca sin que me acometan las náuseas. Y su majestad espera un amante fogoso.

—A la vista de las posibilidades, lama, su majestad no espera nada —replicó ella con una sonrisa. La cólera, como un tónico, le daba fuerzas y claridad. La mujer era un digno contrincante del monje—. De todos modos, ¿puedo sugerir que esta náusea que afirmas experimentar es, muy probablemente, el resultado de una enfermedad llamada glotonería? Lo que percibes es el mal olor de tus tripas llenas de carroña, lama. ¡Por supuesto que lo notas en todas partes! ¡Por supuesto que lo notas en los muebles y en tus manos! ¡Por supuesto que no puedes escapar de él! Y no es sólo una glotonería de la boca —añadió, bajando la vista a la entrepierna de su amante—. Yo

también huelo algo en ti. —Torció los labios y aspiró ruidosamente—. Comparado con eso, mis perros huelen a jazmines. ¡Noto un olor a mujeres, monje!

—Desembarázate de tus repulsivos animales y recuperarás a tu amante, mi señora.

—Tu señora no se deshará de sus animales. Y quizá no quiera recuperar a su amante. —Wu vio que Hsueh fingía no haber oído su último comentario y continuó —: Mis perros son amiguitos fieles, al contrario que cierto charlatán arrogante que se engaña a sí mismo creyéndose un santón. Ellos no fingen ser eruditos maestros de la sabiduría divina... aunque si tú lograste llegar a gran lama, quizás ellos también lo consigan... Chico Perro. —La emperatriz pronunció burlonamente el nombre de infancia del tibetano, que éste le había confiado en un momento en que bajó la guardia, hacía mucho tiempo. El apelativo que había tratado de borrar de su recuerdo, le había dicho—. Quizá mis perros y tú seáis hermanos, bajo la piel —añadió Wu con una carcajada.

De nuevo, estaba tocando un punto sumamente sensible. Se daba cuenta de ello y se sentía complacida. Le encantaba acusar de fraude al monje. A pesar de toda su sagacidad, Hsueh era muy picajoso en el tema de su legitimidad, de sus credenciales. Wu lo observó hacer un esfuerzo para dejar sin respuesta, de momento, su último insulto.

—No conozco un solo animal, doméstico o salvaje, que haga unos ruidos tan horribles cuando come —respondió el tibetano, tratando de seguir su propia línea argumental de insultos—. Ni siquiera un tigre o un oso, cuando desgarran a sus presas, emiten unos ruidos como estos perros. Pero supongo que por eso son una compañía tan perfecta para ti.

—¡Esos sonidos son mejores que los que salen de tu boca, monje!

—Naturalmente, es tu prerrogativa imperial, majestad. Si prefieres unos animales de compañía tan repulsivos a mi presencia y asesoramiento...

—Gracias, monje. Me pones muy fácil la elección.

—Es tu prerrogativa imperial...

—Y también lo ha sido mantener a un estúpido jactancioso que responde al nombre de Hsueh Huai-i —masculló ella con acritud—. ¿No es verdad, monje? El hombre que afirma ser el portavoz del Buda, revolcándose en la vanidad y en sus fantasías placenteras. Si yo soy el bodhisattva Avalokitesvara/Kuan-yin y también Maitreya, el Buda futuro reencarnado, y la portadora de la Nueva Era —continuó, desafiante, y taladró a Hsueh con una mirada ominosa de sus ojos, reducidos a dos estrechas rendijas—, entonces, por todos los demonios, ¿quién eres tú?

Hsueh se levantó y le volvió la espalda. La emperatriz lo había tocado en su vanidad, el punto más débil de su carácter. ¡Espléndido! Que se cociera en su propia salsa, se dijo. Ahora que lo tenía cogido, Wu se sentía maravillosamente. Nunca

había experimentado un sentimiento tan maravilloso. Realmente, el monje se había convertido en una verdadera molestia, un estorbo jactancioso que no guardaba proporción con su utilidad. Todos terminaban siéndolo, pensó para sí con cierta compunción.

El hombre se volvió bruscamente y clavó en ella una mirada tan fiera y extraña que la hizo retroceder en el diván. Hsueh no era el mismo. Había dejado de ser el monje rudo e insolente, detestable y ebrio para transformarse en otra cosa. Aunque su rostro estaba rojo de ira, los pozos de sus ojos no transmitían ninguna emoción. Negros, inexpresivos, eran dos simas que conducían a un interior sin alma. Era, con mucho, el peor aspecto que Wu había visto nunca en él.

—Te diré quién soy —declaró Hsueh en voz ronca y amenazadora—. Te lo diré.

Agarró a Wu por los hombros. Cuando ella intentó levantarse del diván, él la obligó a permanecer sentada. La emperatriz empleó todas sus fuerzas para desasirse de apartar las manos que le atenazaban los hombros, pero el monje deslizó las manos por los brazos de la mujer, le aferró las muñecas y le obligó a juntarlas tras la espalda. A continuación, empujó a Wu con la intención de hacerla caer hacia atrás sobre el diván, aunque no lo consiguió del todo. Hsueh le dio entonces un empujón brutal; la mujer cayó de espaldas sobre el mullido mueble y él se le echó encima, mirándola a la cara.

—Sí, te diré quién soy.

El monje se incorporó sobre ella, apoyado en sus largos brazos. En aquel momento estaba muy serio y Wu se dio cuenta de que lo que Hsueh se disponía a decirle ya no formaba parte del juego de invectivas e insultos que los dos habían practicado hasta entonces. El tono amenazador de sus palabras indicó a Wu que el monje deseaba convencerla.

—Yo soy el camino, el guía que los trae a *ellos* a través de ti. Que le abre paso a *Él* para encarnarse en tu forma femenina, inferior.

Hsueh sonreía de nuevo cuando flexionó los brazos y apoyó de nuevo parte de su peso sobre la mujer.

—¿Es esto lo que quieres? —El monje hizo notar su erección restregándose contra los muslos de Wu. Por un instante, ella pareció darse por vencida; relajó las caderas y exhaló un profundo suspiro—. Si supieras lo que yo —murmuró Hsueh—, no me insultarías como lo has hecho.

—¿Si supiera qué, lama? —La emperatriz levantó ligeramente la pierna para acomodar a su amante.

—Entonces no dirías esas falsedades de mí, señora... No harías acusaciones tan patéticas. —El destello de amenaza había desaparecido de su mirada, sustituido por una expresión de tristeza y rencor. Wu pensó que aquello llegaba demasiado tarde como para resultar convincente—. Si mi señora tuviera idea de todo lo que he hecho

por ella, para que pueda reinar como el glorioso Avalokitesvara reencarnado, el protector del dharma...

—¿Qué has hecho por mí?

Wu empleó esta vez una voz suave y casi conmovida y dio a sus palabras el tono arrullador de una enamorada. Extendió la otra pierna mientras él se apretaba contra su vientre; después, levantó las rodillas a ambos costados de su amante y se ciñó a él apretándolas contra su cintura.

—No tienes modo de saber... —murmuró Hsueh con una sonrisa. Por un momento, volvió a mostrar su habitual personalidad presumida y dejó los dientes a la vista en una mueca odiosa. Wu encogió ligeramente las rodillas mientras el monje la importunaba con su secreto—. No tienes modo de saber lo que estoy haciendo para que tú, Avalokitesvara renacido, puedas gobernar en la Nueva Era de la Ley.

El hombre se incorporó ligeramente y desplazó el apoyo de su cuerpo con la intención de colocarse en una postura más adecuada. La emperatriz notó que el monje estaba muy excitado. Por primera vez en muchos meses, mostraba el ardor de un joven y su respiración acelerada estaba cargada de urgencia sexual. Excelente, se dijo ella; aquel apasionamiento le haría bajar la guardia.

—Yo sí que voy a decirte lo que he hecho por ti, monje —respondió suavemente—. ¿Me oyes?

Apoyado sobre un brazo, Hsueh la observó con los Ojos entrecerrados. Sin darse cuenta, el monje había empezado a babear ligeramente por la comisura de los labios mientras, con la mano libre, se esforzaba en desatar el cinto de sus pantalones de seda. Mientras lo hacía, emitía unos molestos resoplidos. Wu percibió el aliento a vino, dulzón y desagradable, cuando el hombre empujó su pelvis contra la de ella en unos movimientos rápidos y nada románticos al tiempo que proseguía sus torpes intentos de liberar su miembro, trabado en los pantalones a causa de su propia rigidez.

Wu advirtió que Hsueh era, en aquel instante, dos mentes que no colaboraban entre sí. El monje y su órgano viril no eran parte de la misma persona. Eran dos compinches borrachos y lujuriosos que luchaban por el mismo premio, que irrumpían con brusquedad por la puerta de la alcoba en el mismo instante, molestándose mutuamente. La estúpida urgencia de Hsueh le ponía las cosas mucho más sencillas, pensó Wu. Él arqueó la espalda, la mujer como un puente sobre un canal, y cuando dio un nuevo tirón a los pantalones éstos cedieron. Wu lanzó una ojeada: entre los dos cuerpos, la cabeza púrpura y brillante asomaba por fin tras el cinto... pero ya estaba en plena eyaculación.

Y encima, pensó Wu, aquel desgraciado estúpido y pomposo le estaba manchando la tela satinada del camisón. Ni siquiera había intentado levantarle las ropas.

Momentos después, Hsueh empezó a aplastarla bajo su peso, satisfecho y

relajado. Wu vio despejado su objetivo. Con gesto rápido y preciso, levantó la rodilla izquierda. Hsueh soltó un alarido, se encogió y rodó de la cama al suelo. Aquello resultó demasiado para los perros; la puerta se abrió de golpe y los dos animales entraron a la carrera, sumando sus agudos ladridos a los intensos gemidos del monje. Hsueh se revolvió en el suelo, con las manos en la entrepierna y mascullando maldiciones, mientras los perros saltaban y ladraban con frenética excitación alrededor de él. Wu reía a carcajadas, y empezaban a saltársele las lágrimas.

—¿Lo ves, monje? Sólo quieren participar de la diversión —dijo con voz entrecortada por la hilaridad, al tiempo que se inclinaba para contemplar mejor al hombre que yacía en el suelo. Los perros daban saltos y echaban breves carreras entre agudos aullidos que amenazaban con romper los tímpanos. Aquél era el sonido que más disgustaba a Hsueh y, precisamente por ello, en aquel momento era verdadera música a los oídos de Wu.

—Son deliciosos, ¿verdad, monje? —La emperatriz lo vio ponerse en pie con esfuerzo y soltar unas patadas en dirección a los perros, que cargaban contra él, esquivaban los golpes, retrocedían y ladraban, ladraban, ladraban—. ¡Basta! —exclamó Wu de improviso. Los perros enmudecieron bruscamente—. ¡Sal de aquí, monje! ¡Estoy más que harta de ti!

—Si supieras... —intentó insistir Hsueh, pero ella no le dejó continuar.

—¡Lárgate, maldito impostor!

Por fin, el hombre abandonó la alcoba y desapareció con un fuerte portazo. Wu se llevó la mano al cuello. Notaba la garganta irritada de gritar y se dio cuenta de que hacía muchísimos años que no gritaba de aquella manera, sin reprimirse, dando rienda suelta a la furia. Y hacerlo le había sentado estupendamente.

También cayó en la cuenta de que era la primera vez que trataba a gritos a su amante.

—Pero es natural que los hombres sean... olvidadizos, poco dados a atenciones —apuntó su madre—. No deberías dar por sentado que su comportamiento es una reacción contra ti.

Wu no respondió. Se inclinó y rascó la panza de uno de los perros, colocado patas arriba.

—Está en su naturaleza —insistió la señora Yang—. No puedes censurarle por ello. ¿Verdad que no censuras a los perros por ponerse a ladrar? —El argumento hizo sonreír a Wu. La señora Yang también sonrió. Había utilizado unas palabras muy acertadas—. Sus... sus coqueteos con las jóvenes monjas me traen sin cuidado. Y no creo que deban ser un tema de preocupación para ti, tampoco.

La madre aguardó una respuesta, pero Wu continuó rascando la panza del animal. Cogió una pulga entre sus largas uñas, la examinó brevemente, la aplastó y la arrojó lejos. Reanudó su rascado y el perro se estremeció de placer, con la larga lengua

colgando.

—Tal vez su efectividad sexual esté en decadencia —apuntó la señora Yang—. Quizá sea el peso de la responsabilidad. De una responsabilidad que le hemos impuesto nosotras, recuérdalo. —Aguardó un instante y continuó—: Para un hombre, es un asunto delicado. Mucho más de lo que creen las mujeres. Nosotras pensamos que un hombre tiene que estar siempre dispuesto, siempre a punto. Pero el asunto no es tan sencillo. Y tú... A tu edad, no deberías preocuparte tanto por estas cosas.

Al oír esto último, Wu lanzó una mirada a su madre. La señora Yang suspiró.

—Reconozco que últimamente se ha mostrado un poco terco y su conducta no ha sido del todo ejemplar —prosiguió entonces ésta—. Y que se excede un poco en su engreimiento. Pero es un hombre entretenido e innovador. Tiene una gran inventiva. Y nos mantiene conscientes de las infinitas posibilidades... —Wu levantó una ceja, pensativa, al escuchar esto último—. Y trabaja tan bien con el historiador Shu —añadió la madre.

El segundo perro se acercó a la señora Yang y adoptó la misma postura que su hermano, esperando recibir el mismo tratamiento. La mujer se inclinó y lo rascó mientras el animal movía las patas en el aire.

—Tú misma acabas de mencionarlo, madre —replicó Wu, abandonando por fin su silencio—. Ese es el aspecto del tibetano que no puedo perdonar —declaró con una sacudida de la cabeza, utilizando el término que, con ánimo desdeñoso, venía empleando últimamente para referirse a él—. Sólo trabaja bien con Shu cuando obtiene algún provecho de ello. En privado, me ha confesado que se limita a tolerar la proximidad de ese «pequeño bastardo con cara de perro». Y se burla del historiador. Se burla de él y lo desprecia.

—¿No podría tratarse de una cuestión de personalidades? —apuntó la señora Yang—. ¿De la fricción inevitable entre las energías de dos hombres de gran creatividad?

Su hija respondió categóricamente:

—Ha sido Shu quien ha restablecido la gloria de nuestra familia. No el tibetano.

Wu se echó hacia atrás en el asiento, haciendo caso omiso del perro, que seguía a sus pies implorando más caricias. Por fin, dirigió la vista al animal. Este se incorporó y la miró fijamente.

—Y si el tibetano hace esos comentarios de Shu —añadió, sin apartar la mirada del perro—, ¿qué supones que dirá de nosotras? —De repente, volvió la cabeza hacia su madre—. A padre no le complacería. No le gustaría nada.

La señora Yang emitió un suspiro de resignación y asintió. Sujetó amorosamente la cabeza arrugada del perro entre sus rodillas y empezó a rascarlo enérgicamente detrás de las orejas.

Su hija tenía razón, naturalmente. Su esposo no estaba satisfecho; en realidad, ya

le había expresado su desagrado. La señora Yang aún no había dicho nada porque prefería esperar. Ahora, ya había hecho cuanto había podido para defender al tibetano. Había cumplido con su obligación en nombre de su antigua relación y de su vieja amistad, pero el asunto ya no estaba en sus manos.

Su esposo lo había señalado con toda claridad. Al haber trascendido las limitaciones del estado corpóreo, era capaz de ver simultáneamente el principio y el final. Algunos finales, le había confiado, eran simplemente más inevitables que otros.

La familia, con la excepción de la vieja abuela, no ofreció la menor resistencia a Di y a sus hombres. Cuando el afamado magistrado Di Jen-chieh se presentó a su puerta con la noticia de que era, casi con toda certeza, la casa de Ch'ang-an escogida para el siguiente exterminio, los residentes se apresuraron a recoger unas cuantas pertenencias en unos capachos y, al amparo de las primeras sombras de la noche, se fueron a casa de un pariente en las montañas, llevándose con ellos a la reacia abuela y a los criados, jardineros y guardas.

Di, con unos gruesos rellenos bajo las ropas para darle un parecido con el corpulento cabeza de familia ausente, ocupaba la silla del hombre en la mesa y se llevaba unas cucharadas de sopa a los labios. A su izquierda estaba un hombre que sólo podía representar a su anciano padre y, junto a éste, el hermano del viejo dejaba que un criado le sirviera de la fuente. Sentados a la mesa más allá, el hijo de la casa y su esposa picoteaban en sus platos; frente a ellos se encontraban la madre y la abuela, vieja y encorvada. Esta última exhibía un apetito voraz, muy impropio de una anciana.

El magistrado lanzó una mirada de advertencia a su alguacil jorobado.

—Madre —murmuró discretamente—, tu exceso de apetito es muy indecoroso. No te había visto nunca mostrar tan malos modales en la mesa.

La anciana le dedicó una débil sonrisa y, la siguiente vez que hundió los palillos, tomó una porción más apropiada. Di paseó la mirada por los demás con el propósito de tranquilizarlos después de aquel intento de aliviar la tensión de la jornada; el alguacil parecía el único entusiasmado con la cena. El «criado» dio la vuelta en torno a la mesa ofreciendo la fuente.

—Vamos —animó Di a los demás—. No le hagáis ascos a la comida. Os ayudará a calmaros.

—Yo tomaría algo —dijo su «padre», a su izquierda— si la comida no estuviera chamuscada y grasienta.

Di la probó con expresión crítica.

—La encuentro un poco sosa, pero comestible —declaró por último—. Estoy seguro de que nuestro teniente y sus ayudantes hacen todo lo que pueden en la cocina. No los critiquemos demasiado o se desanimarán.

—Y no queremos que se desanimen —intervino el jorobado—. Porque si ellos se desaniman, quizá nosotros también lo hagamos —añadió y bajó la cabeza para seguir comiendo. Entre los hombres sentados a la mesa hubo algunas débiles sonrisas.

En otras dependencias de la casa y en los terrenos de la propiedad, más hombres de Di, fuertemente armados y disfrazados de criados, jardineros e incluso de doncellas, iban y venían con estudiada indiferencia y pasaban de vez en cuando ante

una ventana iluminada o una puerta abierta, fingiendo llevar a cabo las tareas habituales de mantenimiento de una gran mansión. A la puerta de la casa y distribuidos aquí y allá, otros hombres de Di aparentaban ser guardianes que patrullaban la finca, una precaución que habían adoptado prácticamente todas las familias ricas en aquel barrio de Ch'ang-an. Además, el magistrado tenía otro contingente de hombres oculto en los aposentos de los criados, en el cobertizo del jardinero y en las cocinas. Los presentes en el comedor continuaron comiendo; sus siluetas —manos y cabezas gesticulantes al calor de la conversación— eran visibles a través de las cortinas de seda que cubrían las ventanas.

Después de cenar, Di se retiró al estudio del dueño de la casa. El magistrado y sus hombres se habían sorprendido al notar que, conforme avanzaba la noche y los papeles que interpretaban parecían adueñarse de ellos y caían en la cuenta de que pronto iban a distribuirse por las diversas estancias de la casa, todos empezaban a tratarse con una extraña formalidad. Cuando el jorobado disfrazado de abuela se retiraba después de despedirse, Di se descubrió siguiendo con mirada solícita a la diminuta figura encorvada que se alejaba por el pasillo, como si bajo aquellas ropas recamadas hubiera realmente una frágil anciana y no aquel hombrecillo endurecido, aquella especie de comadreja de vista y oído tan agudo como los del animal, perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.

Una vez en el estudio, separado del resto de la casa por un largo corredor, Di dejó la puerta entornada como medida de precaución. Se detuvo en la semioscuridad unos instantes a escuchar y a respirar los interesantes olores del mundo privado de otro hombre. Los que identificó eran similares a los de su propio estudio, pero las proporciones variaban: sándalo, aceite de candil, mobiliario viejo, papel y una pizca —no desagradable— de moho y humedad. Permaneció allí, quieto, un instante más. No había nadie más en la sala, de eso estaba seguro; no notó ninguna otra presencia que desplazara el aire a su alrededor. De haber estado en su casa, habría sabido moverse en la oscuridad; su escritorio estaría por allí, pensó, situándolo en la oscuridad, y su diván, allá, con una ventana detrás.

Buscó a tientas y pronto encontró una lámpara y un yesquero. La visión mental de su estudio fue borrada de inmediato por luz. Al primer golpe de vista, se dio cuenta de que aquel hombre, un aristócrata terrateniente, era mucho más ordenado que él. La mesa estaba limpia, sin la confusión de papeles y pinceles que solía encontrarse en la suya. En los estantes había diversos volúmenes, pero producían la impresión de ser poco utilizados, como si el hombre los hubiera heredado de un pariente difunto y los hubiera conservado por sentimentalismo, pero sin cogerlos nunca para echarles una ojeada.

Di apreció que las alfombras eran poco comunes y de una calidad extraordinaria, como los cuadros de las paredes. Acercó la lámpara y observó estas obras con más

atención. Reconoció la marca de agua del gran pintor Ku K'ai-chih y quedó muy impresionado. Aquel hombre tenía un gusto excelente. Se acercó a los estantes para observar los objetos que contenían y sonrió. Allí había una talla de una *apsaras*, pequeña pero auténtica, procedente de algún templo. Sin duda, la pieza formaba parte del contrabando que un día había fluido hacia todo el imperio a través de los canales de Yangchou. Y tampoco cabía duda de que había pasado por muchas manos en su largo camino a Ch'ang-an, hasta llegar al estudio de aquel hombre opulento, en cuyo estante reposaba como una curiosidad. Probablemente, aquella misma pieza había estado en las manos del viejo ministro de Transportes asesinado hacía tantos años, cuya muerte había ocupado tanto tiempo, tantas energías y reflexiones del joven juez Di Jen-chieh.

Cogió la figurilla con cuidado y contempló el rostro delicadamente tallado. Pasó las yemas por las pronunciadas curvas de sus pechos y caderas e intentó evocar el hechizo que se había adueñado de él tanto tiempo atrás. Recordó cómo la madera se había convertido prácticamente en una piel morena y suave cuando la tocó, y trató de recordar el olor exótico del material de embalaje de las cajas. Recordó cómo habían parecido cobrar vida también los adornos tallados de las *apsaras* y cómo sus aguzadísimos sentidos casi habían percibido destellos de rubíes y de esmeraldas. Y recordó también el calor inquietante que había invadido su cuerpo.

Estudió la figurilla. Era exquisita, pero sólo era madera. La energía y el espíritu del artista estaban presentes en ella, pero en reposo, encerrados en la madera pulimentada y suave, esperando liberados, suponía Di, por el calor de la mano de un hombre mucho más joven.

Era mejor así, pensó mientras devolvía la pequeña escultura a su lugar en el estante. Recordó también que aquel momento de encantamiento, aquel breve descuido, había estado a punto de costarle la vida. ¿Qué se habría hecho del malévolo chiquillo que lo había asaltado con intenciones tan letales? ¿Seguiría vivo todavía? Mientras se hacía estas preguntas. Di cogió otras pequeñas piezas. No había olvidado nunca la sensación que le habían producido los huesos del muchacho, duros y peligrosos, grabada en su memoria para siempre a pesar del breve contacto. Recordó lo que había sentido al notar entre sus manos aquellos huesos menudos, tan parecidos a los de sus propios hijos, y cómo, debido a ello, se había abstenido de emplear todas sus fuerzas para defenderse. Naturalmente, aquél había sido su error. Y ahora, mientras inspeccionaba el estudio de aquel hombre, al magistrado le pareció que podía recordar con más claridad aquellos huesos que los contornos de sus esposas.

Volvió la cabeza y estudió la estancia. Las circunstancias eran espantosamente parecidas a las de aquel día y Di se había prometido no cometer el mismo error dos veces. Sin embargo, el estudio estaba en completa calma y el magistrado estaba solo. Tomó asiento en la butaca del aristócrata y permitió que su mente elaborara otra

fantasía. Esta vez se trataba sólo de un entretenimiento para pasar el rato y no era en absoluto lo bastante intensa o absorbente como para calificarla de hechizo.

Vestido con sus ropas, sentado en su butaca y contemplando sus pertenencias, Di se sentía como si estuviera transformándose realmente en el dueño de la casa. Incluso imaginó que compartía sus anticuados valores, su sentido del deber y del honor y todo lo demás. Sin embargo, otra sensación le hizo levantarse bruscamente para deambular de nuevo por la estancia. Había sido una sensación muy definida, pero muy fugaz, de que algo se acercaba, de que algo avanzaba hacia él. Recordó la rapidez con la que el hombre y su familia habían evacuado la casa; era como si Di captara la atmósfera de premoniciones que llevaba algún tiempo flotando en la casa. De repente, no quería estar solo un instante más aquella noche. Deseaba la compañía de alguien. Encendió un pequeño cabo antes de apagar la lámpara y abandonó el estudio.

Mientras recorría la casa, Di murmuró saludos y pequeñas bromas a los hombres que sabía que estaban apostados aquí y allá; lo hacía para animarlos pero, sobre todo, porque quería que supieran quién se acercaba.

Encontró al pequeño alguacil/abuela sentado en la oscuridad de los aposentos de la anciana junto a otro de los hombres. Las lámparas estaban apagadas para que, si alguien los espiaba desde el exterior, no pudiera advertir nada fuera de lo normal. El jorobado lo había oído acercarse y lo esperaba en la puerta de la estancia.

—Acompáñame —indicó Di.

Avanzaron por el pasillo, guiados por el parpadeo mortecino de la vela del magistrado. Los dos guardaron silencio unos instantes.

—Ha sido muy perturbador —dijo luego el alguacil—. Estaba sentado en la alcoba de la abuela y pensaba en cómo sería haber vivido ochenta y siete años. Me sentía ligero y frágil. Me he formado una idea de qué era necesitar sólo dos o tres horas de sueño y comer como un pajarillo. Y he sabido lo que era pasar la noche despierto mientras el resto de la casa dormía profundamente. Ahora comprendo por qué los viejos duermen poco; para ellos es una pérdida de tiempo, pues ya dormirán largamente en la tumba que tan cerca tienen. Y no sentía... no sentía ningún temor a la muerte.

En efecto, la anciana había expresado su deseo de quedarse en sus aposentos, y así lo habría hecho de no haber insistido su hijo en que acompañara al resto de la familia. «Que me maten en la cama, no me importa», había refunfuñado la mujer. Qué distinta de la madre de Di, con su tenaz agarrarse a la vida, su imaginación desbordante y su actitud recelosa.

—Te entiendo muy bien, alguacil —respondió Di—. Vestir las ropas de este hombre también ha sido casi como penetrar en su espíritu. Pero él, a diferencia de su madre, no está en absoluto dispuesto a morir.

Mientras deambulaba por la casa oscura y silenciosa. Di se preguntó qué estarían experimentando los demás, los hombres que interpretaban el papel del anciano padre y de su hermano, los del joven marido y su mujer, el que hacía de esposa del señor de la casa... Di tenía una sensación extraña, casi de estar haciendo algo impropio, como si estuviera entrometiéndose en la vida de otras personas, husmeando en sus armarios y cajones, revolviendo sus efectos personales. Y en efecto, mientras se hallaba en el estudio del dueño de la casa, había tenido que reprimir el impulso de echar un vistazo a sus papeles.

Di y el jorobado recorrieron la casa entera y aprovecharon para familiarizarse mejor con la distribución de las estancias. En su avance, murmuraron consignas y avisos a los hombres que aguardaban en la oscuridad. Horas antes. Di había hecho lo posible para informarles de lo que podían esperar y había observado sus expresiones cuando les explicó con más detalle su teoría; las miradas le decían que de haberse tratado de cualquier otro que no fuera el magistrado Di Jen-chieh, habrían rechazado sus palabras como las de un chiflado y considerado su teoría como un cuento perverso. Di también sabía que, con la oscuridad y con aquel raro hechizo que todo lo invadía, casi no se corría el riesgo de que alguien se quedara dormido aquella noche. En todos los rincones de la finca, los ojos y los oídos estaban alertas. Se habían convertido en la presa.

Tras su recorrido por la casa y su entorno, Di y el alguacil se retiraron al salón, alumbrado por una vela. Pasaron las horas siguientes charlando. Di escuchó fascinado al jorobado cuando éste relató algunos pasajes de su vida, de su infancia miserable en los barrios del oeste de la gran ciudad.

—Yo fui un niño sano y normal, con una espalda recta y firme —le contó el alguacil—, hasta los ocho años, cuando se me empezó a encorvar el espinazo como si fuera el caparazón de una tortuga. La joroba también me provocó una cojera —al decirlo, señaló su pierna derecha, más corta que la otra— y pareció consumir toda la vitalidad que quedaba en mi cuerpo pues, a partir de los doce años, más o menos, dejé prácticamente de crecer, como puede usted ver. Pasé la infancia robando y viviendo de mi ingenio. Cuando la joroba dejó de crecer, cuando hubo terminado de torcerse y los huesos se fusionaron, me resultó más fácil ganarme la vida pues podía, sencillamente, mendigar por las calles.

»Un día, cuando tenía unos once años, un caballero me invitó a acudir a su casa y lo hice, por curiosidad y porque mis padres me habían abandonado. Me quedé allí tres años, durante los cuales estuve bien alimentado y vestido; lo único que tenía que hacer a cambio era actuar como pequeño bufón ante los invitados del hombre, que era muy rico. En ocasiones, él y su esposa me hacían quitar la blusa para que los invitados pudieran examinar mi joroba y tocarla si querían. Sin embargo, aunque mi cuerpo era pequeño, por dentro ya me estaba haciendo un hombre y no tardé en

cansarme del caballero y de su esposa; una noche, sencillamente, me marché de allí. Tras mi regreso a las calles, en una ocasión recibí una recompensa de un alguacil por proporcionarle una clave que lo ayudó a resolver una muerte en el barrio. En ese momento comprendí cuál era mi vocación. Me convertí en aprendiz de aquel alguacil, descubrí que tenía mucho talento para deslizarme entre la gente, penetrar en pequeños escondrijos y oír conversaciones. Y a eso me he dedicado hasta la fecha, en que tengo el privilegio de trabajar con el gran magistrado Di Jen-chieh. Incluso encontré una mujer a la que no repugnaba mi joroba y hoy tengo un hijo que me saca dos cabezas.

—Yo también tengo hijos —apuntó Di—, aunque hace muchos años que no los veo.

—Deben de ser unos jóvenes magníficos —dijo el jorobado.

—Así lo espero.

A continuación, fue Di quien habló al alguacil de su vida en Yangchou.

—Hay momentos de la vida que uno no olvida nunca, que puede recordar con absoluto y vivido detalle por muchos años que pasen. En este preciso instante, recuerdo perfectamente el sabor del agua del canal que tragué cierta noche oscura. No importa que el falso abad me tuviera sujeto por el cuello y me empujara con todo su peso para mantenerme sumergido. Lo que recuerdo es el sabor de aquella agua oscura, pestilente y repulsiva. Me da la impresión de que, desde entonces, me ha quedado una amenaza de náusea permanente; por ejemplo, creo que desde ese episodio no he vuelto a disfrutar de la comida como debiera, ni he tomado un sorbo de vino sin notar en él el regusto del agua del canal.

Hablaron durante muchas horas. En un momento dado. Di se levantó para desentumecerse. Aunque todavía no se apreciaba luz, la oscuridad cerrada de la noche parecía haber disminuido un poco, y comprendió que no iba a presentarse nadie, que aquella noche no iba a suceder nada.

A menos que se hubieran equivocado de casa.

El alguacil comentó que en cierta ocasión había tenido que pasar un día y una noche en una canasta para sorprender a unos criminales especialmente feroces, pero Di apenas le prestó atención. Sólo pensaba en la terrible posibilidad de que el amanecer pusiera al descubierto una matanza en otra casa del barrio. ¿Habría muerto otra familia mientras Di y sus hombres, cerca de allí pero ignorantes de lo que sucedía, permanecían toda la noche despiertos sin despojarse de sus ropas prestadas?

El magistrado se disculpó y se alejó por el pasillo. En aquel instante ya se advertía un manifiesto tono gris a través de las ventanas altas. Se le había ocurrido otra posibilidad; era absurda, disparatada... pero tenía que comprobarla.

Entró en una de las estancias en las que aguardaban ocultos los hombres. Con un susurro, pronunció algunos nombres.

Para alivio de Di, la respuesta llegó al instante. Lo mismo sucedió en las demás

habitaciones que visitó. Lo había asaltado la idea descabellada de que tal vez, mientras el jorobado y él conversaban tranquilamente, los asesinos hubieran penetrado en la casa y dado muerte en silencio a todos sus hombres. Naturalmente, no podían haber hecho tal cosa, sus hombres no eran viejas abuelas y aristócratas obesos. No obstante, aquello le había parecido lo bastante probable como para hacerle ir de habitación en habitación. Los asesinos actuaban con sigilo que casi parecía sobrenatural. ¿Acaso no habían llevado a cabo su trabajo en las otras casas sin que se enterasen los criados?

Encontró sus papeles donde los había ocultado cuidadosamente la noche anterior y los llevó al estudio del dueño de la casa para efectuar un repaso minucioso. Tenía que convencerse de que sus cálculos habían sido correctos.

Una hora después —tiempo durante el cual la estancia fue llenándose de una luz descolorida—, Di había revisado exhaustivamente sus notas, el mapa censal de la ciudad, los sutras y todo lo demás sin encontrar nada que permitiera pensar que la casa señalada fuera otra. Y el momento no podía estar lejos. Pero el tiempo era el factor más indefinido. Sería mejor que hicieran uso de sus reservas de paciencia y siguieran esperando.

Por supuesto, la noticia de la fuga de Di había corrido por toda la ciudad. El magistrado tomó en consideración la posibilidad de que los planes de los asesinos pudieran alterarse a causa de ello, pero decidió que no era probable por dos razones. Una tenía que ver con la naturaleza y el propósito de los asesinatos, en cuya lógica creía haber penetrado; la segunda era una simple cuestión de distancias y tiempos: era casi seguro que las órdenes para cancelar o cambiar los planes procedían de Luoyang, a trescientos *li* de allí, lo cual significaba una jornada entera para el mensajero más rápido que llevara la noticia, y otra más para volver a Ch'ang-an con la respuesta.

A pesar de haber revisado los cálculos, al alba envió discretamente a uno de sus hombres, disfrazado de criado que iba al mercado, con instrucciones de llegarse al despacho del magistrado dando todos los rodeos y tomando todas las precauciones que fuera preciso y preguntar si había novedades. El hombre cumplió las órdenes y regresó al cabo de una hora.

Nada, informó. No había ninguna novedad.

Di les dijo a sus hombres que deberían dormir, al menos durante unas horas. La mañana, en su opinión, era la fase del día menos propicia para un asalto. Descansarían por turnos durante la mañana y la tarde, indicó. El y otros permanecerían despiertos hasta mediodía. Los demás dormirían. Después se cambiarían los turnos. Por lo menos, estarían lo bastante despejados como para que, si veían algo, supieran que era real y no una invención de mentes agotadas.

Hacía una mañana espléndida, despejada y soleada, pero Di se sentía inmune a su magnificencia. La noche en vela le había dejado los sentidos en carne viva y estaba

comprobando lo insustancial de aquel fenómeno que la gente llamaba sensación de bienestar. Era algo muy frágil, realmente. Un paliativo que nos proporcionaba la mente para afrontar los días de nuestra existencia sin volvernos locos, pensó; una noche sin dormir y la poca consistencia de esa ilusión queda de manifiesto rápida y desagradablemente. Se sentía indefenso, a merced de sus miedos y de sus pesadumbres. Surgían como una jauría de perros hambrientos que hubieran encontrado la puerta abierta.

Pero aquél, desde luego, no era el momento. Se detuvo ante la puerta de doble hoja que conducía al estudio del dueño de la casa. La mañana era fresca, pero considerablemente más suave que la del día anterior. Ante él se extendía el jardín, sereno y hermoso aunque agostado debido a los recientes fríos. Sin duda, en mañanas como aquélla era probable que el hombre diera un paseo por su jardín, de modo que Di salió.

El sol le caldeó los hombros y la espalda. La combinación de la fatiga con el brillo del astro le hizo sentirse ligeramente desconectado de lo que tenía alrededor. Avanzó despacio por el sendero de piedras. El sol refulgía a través de jirones de telarañas salpicados de gotitas de rocío; el suelo aún estaba húmedo en los rincones más umbríos y frescos. La tentación de meterse en uno de los pequeños cenadores y echarse a dormir allí, enroscado como un animal, era verdaderamente fuerte, pero el magistrado continuó caminando. El jardín, como la casa, era una demostración de buen gusto y de elegancia. Aquí, un airoso arco lo invitaba a tomar otro sendero; allá, un pequeño estanque de carpas y un banco de piedra se le ofrecían, tentadores.

Miró hacia el arco. Sus ojos habían captado un movimiento, sutil como un pensamiento periférico. Al principio creyó que había sido cosa de su imaginación, pero, cuando ya se disponía a apartar la mirada, lo vio otra vez. Avanzó hacia el lugar. Se trataba de un único cabello, negro y larguísimo, que se movía al impulso de la brisa y quedaba expuesto al sol intermitentemente. Di lo soltó de la irregularidad de la madera curva del arco en la que había quedado enganchado. El pelo era bastante áspero y muy largo, mucho más de lo que el magistrado había creído en un primer momento. Con un extremo sujeto en cada mano, tuvo que abrir los brazos de par en par para extenderlo en toda su longitud; luego, lo enrolló en torno a los dedos y lo estudió mientras se decía que jamás había visto un cabello tan largo.

La fatiga y el aturdimiento habían desaparecido bruscamente. Bajó la vista a las losas, y observó que estaban secas y que no se apreciaban huellas de pisadas. Volvió la mirada hacia el camino sinuoso que se extendía tras el arco; siguiéndolo, uno rodeaba todo el jardín para regresar finalmente al punto de partida. Echó a andar.

Cuando ya había recorrido la mayor parte del sendero, descubrió que se acercaba al estanque de las carpas y el banco de piedra. Bajó los escalones que se desviaban del camino principal con la intención de sentarse un momento en el banco y ordenar

sus pensamientos. Aún llevaba el cabello sujeto entre los dedos.

Tomó asiento y contempló el agua, pero no permaneció allí mucho rato. Apenas a unos pasos de él, en el punto donde una pequeña corriente de agua alimentaba el estanque, el suelo húmedo mostraba una huella. El magistrado se puso en cuclillas y se inclinó sobre ella con interés. El tamaño y la curvatura le resultaron desagradablemente familiares: era una solitaria huella de pezuña de caballo. Y era reciente. Contempló el cabello que tenía en los dedos. No; jamás había visto un pelo tan largo.

Salvo los de la cola de un caballo.

Pero éstos eran más ásperos. ¿O no? De nuevo, frotó el pelo entre los dedos.

La desagradable sensación de que su nuca estaba expuesta impulsó a Di la levantarse e inspeccionar el luminoso jardín que se extendía en torno a él. El plácido escenario había sufrido una transformación: lo que momentos antes era un lugar apacible y acogedor se había convertido de pronto en paraje desierto y amenazador. Los deliciosos colores otoñales de las plantas que se preparaban para el invierno, la alegría de los trinos y el aroma vigorizante de la mañana parecían un espejismo que ocultaba una callejuela oscura y hedionda de un barrio de mala nota en plena noche.

Di cubrió a toda prisa el trecho que lo separaba de la casa, impulsado a cada paso por aquella sensación estremecedora de estar al descubierto, sin protección.

Sabía que aquel día no tendría un momento para echar una cabezada. Le había contado al jorobado lo que había visto en el jardín y los dos conferenciaron en voz baja en el estudio.

—Han estado aquí y han descubierto que somos impostores —afirmó Di—. Han cambiado de plan y se disponen a atacar en otra parte esta próxima noche.

—No es seguro —respondió el jorobado—. ¿Quién sabe? Quizá tienen por costumbre realizar una inspección previa. Sin duda, nos han observado por las ventanas, como habíamos supuesto que harían. Una familia, dedicada a sus asuntos.

—Pero sólo hay una única huella —insistió Di—. No hay otra, ni de humano ni de animal. Alguien estuvo aquí, a caballo. Si hubo más, tuvieron sumo cuidado de no desviarse de las losas secas del camino. ¿Por qué habrían de arriesgarse a entrar en la propiedad y, luego, no llevar a cabo lo que habían venido a hacer? ¿Y cómo han podido hacerlo sin que nadie los viera o los oyese? Nuestros hombres estuvieron despiertos toda la noche y ninguno ha informado de nada. No; ha tenido que ser un solo intruso. ¿Pero por qué vendría a caballo?

El jorobado permaneció pensativo unos instantes.

—Todas nuestras preguntas —dijo a continuación— deben ser enfocadas a la luz de su teoría, magistrado. Sólo así empiezan a insinuarse las respuestas.

—Tienes mucha razón. Mucha razón. Unas respuestas perturbadoras pero, al fin y al cabo, respuestas.

Perturbadoras no era el calificativo más exacto, pensó Di. Que él recordara, era la primera vez que deseaba que una de sus teorías no se confirmara.

A primera hora de la tarde, el alguacil instó a Di a descansar un rato, una hora más o menos. Mientras tanto, él sería sus ojos y sus oídos, le aseguró el hombrecillo. No estaba nada cansado y montaría guardia sentado en la silla de la antecámara. Entre sus muchos talentos, dijo, estaba la capacidad para pasar días sin dormir. Era la única ventaja de quedarse pequeño y atrofiado, añadió en son de broma.

Di aceptó el ofrecimiento. Se tumbó en el diván del estudio, cerró con fuerza los párpados palpitantes e hizo varias inspiraciones profundas. Sí; le gustara o no, parecía que su teoría iba confirmándose. Pero había una pieza del enigma que nunca había encajado en ninguna parte: las huellas de pezuñas. En sus investigaciones, no había descubierto nada que las relacionara con ningún otro elemento y tampoco había conseguido penetrar su sentido. Su presencia incongruente tenía un efecto profundamente perturbador y siniestro. Mucho más, se dio cuenta el magistrado, que si las huellas pertenecieran a depredadores, a animales abiertamente peligrosos como un tigre, un lobo o un chacal. De alguna manera, el más noble de todos los brutos, el caballo, servidor de la humanidad, había sido transformado.

El propio mundo había sido transformado. El mundo entero, pensó mientras se sumergía en el sueño y dejaba que su corriente lo arrastrara.

Soñó que era una enorme ave de rapiña que volaba de noche bajo una intensa lluvia. No podía ver nada, pero no importaba. Sus alas enormes batían la oscuridad con una energía inagotable. Sabía que abajo había un terreno quebrado y que ante él se alzaban las montañas, todo ello invisible pero muy real. Exultante, dueño del mundo oculto por las sombras que se extendía a sus pies, continuó volando.

Ascendió casi hasta la superficie. Como si nadara bajo la capa de hielo de un lago, buscó desesperadamente una abertura. Tenía la sensación de haber dormido demasiado y quería hallar el modo de salir del sueño. Al levantar la vista hacia la luz suave y difusa que se filtraba a través de la barrera que él no podía horadar, descubrió que dicha barrera no era una capa de hielo, sino que estaba mirando a través del suelo de la casa donde él y sus hombres esperaban. Algo deambulaba encima de él y captó un sonido grave y pulsante que parecía proceder del centro de la tierra, como si todos los muertos murmuraran en sus tumbas la misma nota. Encima de él, un ruido de pies. No; de pies, no. De pezuñas. Las pisadas no tardaron en pasar directamente sobre su cabeza y pudo apreciar las medialunas oscuras que aparecían y desaparecían conforme los cascos se alzaban y bajaban. El murmullo que lo envolvía le recordó las voces de sus colegas durante un descanso en un procedimiento judicial: diálogos en voz baja, conjeturas... No; conversaciones, no. Canturreos. Salmodias.

¡Salmodias!

Di despertó bruscamente. Las sombras alargadas de la caída del día alcanzaban el techo y las ramas susurraban contra las paredes de la casa. ¿Cuánto tiempo había dormido? Demasiado. Sacudió la cabeza en un esfuerzo por despejarse. Oyó el murmullo grave, como el zumbido profundo y ocioso de los insectos, casi en el límite del alcance del oído.

Alguien suspiró a su espalda, como si exhalara el aliento fatigadamente. Su fiel alguacil, pensó, y se volvió para hablarle. Pero no dijo nada. En la ventana había un hombre desnudo asomado al exterior. Un jorobado.

El magistrado contempló con fascinación la línea de las vértebras que zigzagueaba bajo la piel como una serpiente, y la joroba formada por las costillas, levantadas y desplazadas de su posición por la fuerza lenta, constante e inexorable de la tracción que ejercía aquella columna sinuosa. Durante un breve instante, miró al alguacil y se preguntó por qué se había sacado la ropa y estaba allí. Casi de inmediato, se dio cuenta de que no se trataba del alguacil.

El individuo se volvió y Di reconoció el rostro que había visto salir por la puerta del templo en el monasterio del Caballo Blanco: el tipo de la cara quemada, aquella máscara tensa y espantosa de tejido cicatricial. Di advirtió fugazmente que en aquella ocasión se le había pasado por alto la joroba.

Saltó del diván al tiempo que sacaba el puñal de hoja larga que llevaba bajo la ropa. Di creyó ver una mirada de desconcierto en las facciones heladas, paralizadas, del individuo. No se esperaba que un hombre sorprendido en su casa estuviera armado. Pero la sorpresa sólo duró un instante.

El hombre se lanzó contra Di con una fuerza terrible y lo atenazó con un poderoso abrazo sin darle tiempo siquiera a terminar de sacar el arma. Los dos cayeron al suelo. Di, con los brazos inmovilizados, vio la máscara de cicatrices, con su mueca permanente, cernirse sobre su rostro. Cada vez que Di soltaba el aire, el abrazo se estrechaba hasta el punto de que casi le impedía expandir el pecho para la siguiente inspiración. Y mientras le exprimían el aire de los pulmones con fuerza demoledora, era incapaz de emitir el menor sonido. Como un cerdo entre los anillos de una serpiente constrictora, pensó vagamente mientras empezaba a perder la conciencia. Los ojos oscuros inyectados en sangre se clavaron en los suyos; el magistrado percibió el aliento fétido del hombre y sus dientes largos y amarillentos, encajados en unas encías sonrosadas, que aquella sonrisa siniestra ponía al descubierto, y se dijo que aquél no era un hombre en cuyos brazos pudiera abandonarse, sino una criatura muy distinta, un demonio. No un demonio del infierno, sino uno salido de su propia mente y de su corazón, que había cobrado vida, fuerza, forma y sustancia y que se presentaba ahora para abrazar a su creador.

Su visión se redujo hasta que no quedó otra cosa en el mundo que los dos ojos

secos y saltones, de un intenso tono amarillento donde deberían haber sido blancos y con una fina red de irritadas venillas rojas. En los bordes de ese campo de visión, en la negrura aterciopelada que lo envolvía, unas lucecitas blancas centelleaban como minúsculos cometas en un cielo crepuscular. A Di le zumbaban los oídos, y muy lejos, escuchó unos pasos apresurados. A continuación, notó que el cuerpo de su asaltante reaccionaba como si lo hubiesen golpeado. Con un gruñido, el demonio soltó su presa y Di rodó de costado, semiinconsciente, y tuvo la sensación de caer por una pendiente larga y pronunciada, con el mundo girando vertiginosamente hasta que, mareado y al borde del vómito, fue a detenerse contra algo duro y plano.

Al chocar contra la pared, abrió los ojos y se encontró con una escena salida del infierno: un demonio desnudo y una anciana encorvada se enfrentaban, dando vueltas en círculo y mirándose fijamente. De la joroba del demonio, cuyo cuerpo estaba bañado de sangre, sobresalía la empuñadura de un puñal. Un gemido agónico surgía de su boca. La anciana blandía una larga espada con la firmeza de un guerrero curtido; vieja y demonio, cara a cara, se movieron en una danza lenta que anunciaba la inminente lucha a muerte.

Con la rapidez del rayo, el alguacil de Di lanzó una estocada; con la misma celeridad, el demonio agarró la hoja con las manos desnudas y se sujetó a ella. Durante un brevísimo instante, se miraron y, cuando el demonio gimió con más fuerza, con la boca abierta y las manos ensangrentadas, el alguacil quedó desconcertado y tardó en reaccionar. Con una fuerza sobrehumana, el demonio tiró del arma que tenía asida y fue el subordinado de Di quien perdió el equilibrio.

En ese momento, Di encontró nuevos bríos. En un abrir y cerrar de ojos estaba de nuevo en pie y descargaba una contundente figurilla de bronce contra la cabeza del demonio con toda la fuerza de la que era capaz. El demonio cayó redondo. El alguacil recobró el equilibrio y los dos se lanzaron al unísono sobre el intruso y, antes de que pudiera recuperarse del golpe, lo ataron de pies y manos con el resistente cordón entrelazado de las cortinas de seda de la estancia; con movimientos apresurados y frenéticos hicieron muchos más nudos de los necesarios para inmovilizar a un ser humano porque no creían estar reduciendo a un simple hombre, sino a algo más.

Pero cuando hubieron terminado y se atrevieron a hacer un breve alto para recuperar el aliento, con los corazones casi saltándoles del pecho y un temblor en los brazos, contemplaron a la criatura que yacía ante ellos, inmovilizada y ensangrentada, y que sacudía la cabeza como si empezara a recuperar la conciencia. Entonces comprobaron que, después de todo, no era más que un hombre.

—Yo... lo siento, señor —murmuró el alguacil—. Parece que me quedé dormido, a pesar de todo. No sé cómo se coló sin que lo advirtiese.

Di y su ayudante se miraron. Una vez acallado el fragor de la pelea, se dieron cuenta de que en todo momento los había envuelto otro sonido, que uno podía

confundir fácilmente con el del fluir de la sangre por las venas. Una vibración, un susurro. Era el zumbido grave del sueño de Di, lejano y casi inaudible, pero que parecía proceder de todas las direcciones a la vez.

—Vamos —murmuró Di. Dejaron al prisionero atado donde estaba, se acercaron a la puerta y se asomaron al largo pasillo que conducía del ala del estudio al resto de la casa.

Estaba desierto. Si había más intrusos, tal vez no hubieran oído el ruido de la lucha en el estudio. Con un ademán Di indicó al otro que lo siguiera. Volvieron al estudio con las armas preparadas, siempre con el omnipresente murmullo como fondo. Di señaló al ser inmovilizado en el suelo; el alguacil comprendió y entre los dos levantaron al prisionero sujetándolo por las axilas y los tobillos. Di notó que le flojeaban las piernas. Cuando llegaron a la puerta, apoyó los pies del demonio en el suelo y en silencio y con manos temblorosas abrió la puerta que daba al jardín. Luego cargaron nuevamente con el hombre y lo ocultaron entre unos arbustos, y se detuvieron un momento a escuchar. El murmullo se escuchaba allí también, tan penetrante e ilocalizable como dentro. Si volvían la cabeza en una dirección, parecía emanar del interior de la casa; pero si luego la movían un poco, tenían la impresión de haberse confundido y de que procedía del exterior. Por un momento. Di imaginó que venía del suelo y que ascendía vibrando a través de sus huesos. En ese instante, su extraña sensación de debilidad se hizo más intensa y notó que la determinación y la energía escapaban de él como el agua de un cuenco resquebrajado. Miró a su alguacil, cuyos párpados entornados delataban el mismo estado. Di sentía un deseo irresistible de dejarse caer allí mismo, taparse con la hojarasca y dormir. Agarró por el brazo al alguacil y ejerció la suficiente presión como para estar seguro de que le hacía daño. El alguacil abrió los ojos, se despejó y miró con sorpresa al magistrado. Este le retorció el brazo y le administró un buen pellizco que provocó una mueca en su subordinado; después, se pellizcó a sí mismo, con fuerza, en las partes blandas de la cara interna del brazo. El dolor le aclaró la cabeza y los dos hombres se miraron. Di indicó con un gesto que debían avanzar pegados a las paredes de la casa. Se desplazaron protegidos por los elegantes bancales de plantas hasta llegar a la pared del largo corredor que conducía al estudio. Estaban acercándose al gran salón central, contiguo al comedor.

Cuando llegaron a la altura del salón, Di se agachó junto a una puerta de dos hojas y se asomó con infinitas precauciones. Las celosías estaban abiertas, de modo que si acercaba el rostro a los remolinos y ondulaciones de los cristales ornamentados tenía una buena vista de la estancia bajo la luz mortecina de la tarde.

Al instante, la sorpresa le hizo dar un paso atrás con tal torpeza que pisó el pie del alguacil, y éste soltó un grito de dolor. Di trastabilló, pero el alguacil impidió que cayera. El magistrado se agarró a las ropas del hombre, recuperó el equilibrio y tiró

de su compañero hacia la puerta.

—¡Dime que no estoy soñando o me he vuelto loco! —susurró.

Los dos se asomaron. Di ignoraba cuáles podían ser los pensamientos del alguacil, pero él temía estar todavía en plena pesadilla.

Un puñado de demonios desnudos, cuyas figuras aparecían aún más distorsionadas por el efecto de los cristales ondulados, ocupaban el salón, repulsivos y fuera de lugar, como si hubieran surgido por una grieta en el suelo desde el inframundo. Estaba el tipo de los arcos superciliares sobresalientes como montículos de nieve y el de la mandíbula como la proa de un barco. Y el desgraciado con las mitades del rostro desaparejadas y contradictorias. Había otros que Di no conocía pero que le resultaban familiares porque había visto sus figuras en las cavernas de Longmen. Y sobre la alfombra, tumbados boca abajo y visiblemente incapacitados, de modo que los demonios pasaban por encima de ellos como si fueran pedazos de madera, estaban varios miembros de la «familia» de Di: los hombres disfrazados de abuelo, de hermano y de hijo. Muertos, pensó Di con pánico, pero enseguida vio que no: de vez en cuando, movían lánguidamente brazos y piernas y bamboleaban la cabeza de un lado a otro. Como si estuvieran dormidos. No inconscientes por haber recibido un golpe contundente en la cabeza, sino... dormidos.

Estuvo a punto de levantarse y lanzar un grito cuando otro demonio con una cara y unas orejas que recordaban las de un murciélago entró en la estancia conduciendo por el brazo a uno de sus lugartenientes más endurecidos. Consiguió contenerse y observó, incrédulo, cómo el hombre se dejaba llevar arrastrando los pies, dócil como un niño, con la barbilla apoyada en el pecho. El demonio con cabeza de murciélago lo empujó suavemente para que se arrojara al lado de los demás y se tendiera luego junto a ellos como si se dejara caer en su propia cama.

Aquellos hombres deformes y desnudos se movían despacio, sin ninguna prisa. También movían los labios, pero no se decían nada. Di empezaba a comprender lo que sucedía y se dio cuenta de que tenía poco tiempo que perder. Con tirones bruscos, arrastró al alguacil al suelo.

—Los vigilantes, los centinelas —le susurró al tiempo que le apretaba con fuerza el brazo—. Tenemos que llegar hasta ellos y casi no tenemos tiempo. Golpéalos, pellízcalos, dales patadas... ¡Haz lo que sea preciso!

El alguacil asintió y se incorporó rápidamente para cumplir la orden. Di lo agarró por la ropa e insistió:

—Date prisa. Ocúltate donde puedas. Ten el arma preparada. Y... —Tanteó el suelo y encontró lo que necesitaba: un puñado de musgo. Lo arrancó y lo levantó hacia su subordinado—: Tapónete los oídos con esto. Y di a los demás que lo hagan también.

El alguacil se colocó el musgo en los oídos y salió como una flecha. Di tenía las

piernas tan entumecidas que se tambaleó al incorporarse; se aplicó también unos tapones, guardó un puñado de musgo en el bolsillo y emprendió la marcha ordenándole a sus piernas que no desfallecieran.

Encogido y trastabillando, pegado a las paredes de la casa y a su parapeto de plantas, avanzó hasta el ala de los criados. Las ramas le rozaron el rostro cuando se acercó a la puerta de las cocinas; la encontró entornada y apoyó en ella una mano temblorosa y cauta para abrirla un poco más. Se coló en el interior, donde reinaba la calma. Con los oídos tapados, los únicos sonidos que existían para él eran su pesada respiración y los latidos del corazón.

Entró y rodeó la larga mesa de trabajo del centro de la estancia. Casi tropezó con los cuerpos de dos de sus hombres, uno de los cuales era el heroico panadero, tumbados en el suelo. Muertos, pensó hasta que se agachó y observó que respiraban apaciblemente. Tapó la nariz y la boca del más cercano, despertándolo. El hombre abrió los ojos y miró a Di con aire ausente, sin reconocerlo. Sin retirar la mano de la boca del hombre. Di buscó una buena masa de carne del brazo de éste y dio un pellizco brutal. Esta vez, los ojos del hombre se abrieron como platos mientras Di apretaba con más fuerza su boca para evitar que gritara. Un instante después, al apreciar en la mirada del panadero que ya lo reconocía, Di hizo un gesto de advertencia para que guardara silencio y retiró la mano. Luego despertó al otro hombre con el mismo procedimiento.

Después, depositó un puñado de musgo en las manos de los hombres y les hizo una demostración silenciosa de lo que quería; ellos de inmediato sellaron sus oídos, tras lo cual los tres abandonaron silenciosamente las dependencias de la cocina en dirección a los aposentos de los criados, que quedaban bastante próximos.

En todas las habitaciones encontraron a los hombres repantigados en las sillas, derrumbados en el suelo o apoyados contra las paredes como si los hubiera vencido el sueño. A base de dolorosos pellizcos o de tirones de pelo, Di y sus acompañantes fueron despertándolos uno a uno. Cuando volvían en sí, una mirada feroz les advertía que guardaran silencio, que se taparan los oídos con musgo o con un retal de tela arrancada apresuradamente de una manga y que se incorporaran al grupo.

Avanzaron cautelosamente de habitación en habitación, encerrado cada uno en su propio silencio presidido por los latidos del corazón, hasta que Di contó nueve hombres en la partida. Impaciente, sin dejar de percibir en los huesos la extraña vibración debilitadora, el magistrado se quitó el tapón de musgo de un oído y asomó la cabeza al pasillo en penumbra, pero volvió a retirarla de inmediato al oír pisadas rápidas que se acercaban. Con un gesto, Di indicó a sus hombres que se ocultaran, y todos se agacharon y se retiraron a las sombras. Di aguzó el oído. Los pasos se acercaron y pudo captar el jadeo de una respiración babeante, entremezclada con unos murmullos roncós e inarticulados que parecían guardar relación con la vibración

de los huesos del magistrado. Di no podía ver la nariz y la boca que producían tales sonidos, pero le sugerían una imagen muy precisa.

El hombre deforme se detuvo ante la puerta, hizo una pausa entre murmullos y jadeos hasta que se decidió a entrar. Entonces una cuerda le rodeó el cuello e interrumpió bruscamente su canturreo ronco; fue derribado, reducido, atado y amordazado sin que se oyera un gemido, y sin forcejeos. Los hombres contemplaron con sorpresa y con fascinada repulsión a la criatura inmovilizada: era el demonio con cara de murciélago, cuya boca amordazada era poco más que una abertura babeante de dientes prominentes. El día anterior. Di había intentado avisar a sus hombres de lo que podían encontrar, pero se dio cuenta de que se había quedado corto.

El magistrado pensó en el tipo al que habían dejado entre los arbustos cerca del estudio. Sólo sería cuestión de tiempo que sus compañeros lo echaran de menos y se dedicaran a buscarlo. Y también al murciélago. Asió por el brazo al panadero y, tras una indicación, trasladaron al prisionero a un rincón en sombras de la sala y lo ocultaron tras unos muebles.

«¡Afuera!», ordenó Di al alguacil, moviendo los labios sin articular sonido. Con un ademán, el jorobado transmitió la orden a los demás. Los hombres tuvieron que hacer un esfuerzo para apartar la vista del demonio de mirada furiosa que yacía en el suelo, impotente. El grupo volvió sobre sus pasos a través de la cocina, conducido por Di, y se escabulló por la puerta abierta. Una vez en el exterior, el magistrado se detuvo a recuperar el aliento y a quitarse el tapón de musgo del otro oído. Prestó atención. El sonido, la vibración que había empezado a percibir en su sueño y que parecía proceder de todas partes, se había hecho más débil y ya no tenía un origen tan inconcreto. Di volvió la cabeza en una dirección y otra, pero allí fuera sólo captó el silencio del jardín en esa hora crepuscular. En aquel momento, el grave murmullo sólo venía del interior de la casa.

Escuchó un crujir de hojarasca a su espalda y se volvió. Un suspiro de alivio escapó de sus labios al reconocer a su alguacil. El jorobado no venía solo; lo acompañaban los centinelas, adormilados todavía y con expresiones perplejas.

—No nos queda tiempo —susurró Di. El alguacil lo miró unos instantes sin entender qué le decía; acto seguido, se quitó el musgo de las orejas—. No hay tiempo —repitió Di. El magistrado miró a su alrededor con desesperación, se agachó, cogió una piedra de buen tamaño y la levantó, aunque no tenía idea de qué haría con ella—. ¡Al salón principal! ¡Deprisa!

Ya habían emprendido la marcha, tropezando torpemente unos con otros debido a las prisas y a la escasa luz, cuando llegó hasta ellos un nuevo sonido, procedente de otra parte del jardín. Un sonido que provocó en Di una sensación de amenaza tan intensa que el magistrado pensó que durante el resto de su vida temería escucharlo: unos cascos, unas pezuñas resonaban en el camino de baldosas que él había recorrido

horas antes y se acercaban a la casa con paso majestuoso. La escasa luz y los árboles y matorrales le impidieron ver al animal, pero lo oyó llegar al final del camino y, con un retumbar de cascos sobre el suelo de madera, penetrar por la puerta de la casa y avanzar por el largo pasillo que llevaba del estudio al salón principal.

Di y sus hombres echaron a correr hasta la puerta de doble hoja por la que él y el alguacil habían espiado un rato antes. El magistrado acercó el rostro a la ventana contigua y vio por fin la imagen, distorsionada por el cristal, del autor de las huellas de pezuñas ensangrentadas. De la criatura que deambulaba encima de él en su pesadilla y que había envenenado sus pensamientos desde hacía tantas semanas. Di siguió observando, pero no estuvo muy seguro de lo que veían sus ojos.

En una parodia grotesca de un caballo danzante de feria, el animal deambuló por la estancia saltando agilmente por encima y alrededor de los cuerpos tendidos en el suelo boca abajo. Cuando pasó junto al cristal Di pudo ver fugazmente un largo rostro equino, reseco y arrugado, y una dentadura de caballo, huraña y roma. Luego uno de los hombres del suelo levantó un brazo débilmente cuando uno de los demonios desnudos se agachó junto a él con un fino alambre tenso entre las manos. Mientras tanto, el horrible caballo bailaba con desgarrado regocijo y los restantes demonios contemplaban la escena sin dejar de mover los labios, como si rezaran.

El magistrado dio un paso atrás, apuntó y arrojó la piedra que llevaba contra el grueso cristal con todas sus fuerzas. Introdujo el brazo, produciéndose un corte largo y profundo, movió el pestillo desde dentro y, al cabo de un instante, él y sus hombres irrumpieron en la estancia. Los rezos de los demonios, que habían cesado bruscamente con la rotura del cristal, se reanudaron en una algarabía de rabia y sorpresa.

Los demonios eran cinco y los hombres de Di, quince; de pronto, el número de demonios aumentó cuando el caballo se dividió en dos hombres que llevaban las patas secas de un caballo atadas a sus propios pies, se cubrían con el pellejo de ese animal, adornado con una larga cola negra muy frondosa, y portaban una cabeza de caballo momificada con las cuencas de los ojos vacías y la dentadura a la vista. Uno de los demonios arrojó la espantosa cabeza contra los recién llegados y dio de lleno en el estómago de Di, que cayó y apartó de sí aquella máscara horrible con repulsión, al tiempo que alguien pasaba por encima de él, prácticamente volando, y atacaba a la criatura infernal; Di mientras intentaba recobrase, vio que se trataba del alguacil.

Demonio y alguacil rodaron por el suelo. El primero intentaba atrapar al jorobado con ese abrazo mortal de serpiente constrictora que casi había acabado con Di un rato antes, en el estudio, pero uno de los hombres del magistrado descargó un golpe en la parte posterior del cráneo de la criatura, que apenas detuvo a ésta pero permitió que otros hombres lo redujeran. Todos aquellos demonios desnudos se resistieron como si no les importara morir. Aullaban y gemían, clavaban las uñas, lanzaban patadas y

daban mordiscos —por lo visto no iban armados—, pero los hombres de Di eran superiores en número y tenían redes y cuerdas, espadas y corazas. Tras unos minutos breves y terribles, todos los demonios quedaron apresados; algunos, prendidos en las redes, se debatían y agitaban brazos y piernas golpeando a los demás.

Di observó que sólo tenían un arma, un largo cuchillo que estaba en el suelo junto a un saco ensangrentado. El magistrado se arrastró hasta allí, inspeccionó el saco. Contenía varias extremidades de animales. Enseguida supo qué se habían propuesto hacer con aquellos restos de animales, y también con el cuchillo. Cerró el saco y se dejó caer de nuevo sobre la alfombra, desfallecido.

Casi incapaz de articular palabra, se volvió a su alguacil.

—¿No hay más... demonios de éstos? —preguntó entre jadeos—. Debería haber... dieciséis.

Estaba tan debilitado que no podía seguir hablando. El alguacil negó con la cabeza, pues también estaba exhausto.

—Siete aquí... —informó a Di—. Uno en la casa... uno fuera... y... siete en el jardín. Los tenemos a todos. —Bajó la cabeza y respiró profundamente, tras lo cual añadió—: Había siete fuera, en el jardín, rodeando la casa. Canturreando.

—Canturreando —repitió Di.

—Es muy curioso, magistrado. Esos de fuera... tampoco iban vestidos. ¡Con este frío y no llevaban nada encima...! —exclamó perplejo el alguacil—. Y no estaban armados.

—En efecto. No llevaban armas. No creían que fuesen a necesitarlas. Sólo ésa. Di señaló el cuchillo que estaba en el suelo.

Año 675, diciembre



ANOTACIÓN DEL DIARIO

No será la primera vez que actúe por una apuesta, pero mañana, cuando emprenda viaje, estaré haciendo la más arriesgada de toda mi vida. ¿Habrá alguien que, después de leer lo que aquí escribo, no me crea completamente chiflado cuando añada que me dirijo a Luoyang para conseguir una audiencia personal con la emperatriz, que estoy seguro de tener una acogida favorable y calurosa y que proyecto plantearle a la emperatriz una proposición muy especial?

No, no es probable que nadie me crea en mis cabales, de modo que seguiré adelante y explicaré algo más del asunto para que los narradores tengan suficientes detalles que añadir cuando cuenten la triste historia de mi locura.

Finalmente, fue una carta de Wu-chi lo que me llevó a la decisión de volver a la Ciudad de la Transformación. Una carta... y un pelo negro, muy largo.

Durante los días siguientes a la detención de los dieciséis monjes arhats de la Nube Blanca, cuando la agradecida ciudadanía de Ch'ang-an derramaba sobre mi cabeza honores y reconocimientos y ya parecía que por fin había encajado las piezas del rompecabezas, llegué a la conclusión de que mis problemas no habían hecho sino empezar. Porque ahora tenía la confirmación de lo que venía sospechando desde que había contemplado las figuras talladas en la piedra de las cavernas de Longmen: que mi viejo amigo, Hsueh Huai-i, había llegado muy lejos. Lejísimos; tanto, que ahora estaba por encima de la ley y fuera de su alcance. Tras la revelación de las cavernas, en los días en que estuve realizando mis indagaciones y mis terribles teorías fueron cobrando forma en mi pobre mente obsesionada, apenas tuve tiempo de pensar en cómo haría para conducirlo ante la justicia. ¿Qué me hacía pensar que podría llevar a Hsueh Huai-i a los tribunales una vez que hubiera determinado que tras los terribles asesinatos de Ch'ang-an se ocultaba su mano? ¿Y qué me impulsaba a creer que él no me haría perseguir y matar sin tardanza? Hoy no existe en Ch'ang-an un solo alguacil dispuesto a detenerme ni un solo magistrado dispuesto a encerrarme en la cárcel, pero, técnicamente hablando, todavía soy un prófugo buscado por la justicia. Seguro que Hsueh no dudaría en utilizar esto contra mí sin el menor reparo; y si la maniobra no le diera resultado, seguro que ordenaría que me degollaran en cualquier esquina y que arrojaran mi cuerpo al canal.

Por eso no he revelado todavía al mundo lo que sé de Hsueh Huai-i. He dejado que se extienda la opinión de que los dieciséis monjes actuaban por su cuenta y no he permitido que se filtrara ningún detalle. Estos son sólo para los oídos de la emperatriz. Ella lo sabrá todo de mis labios: cómo los arhats cometieron sus asesinatos prácticamente a plena luz del día, por qué lo hicieron, quién les enseñó las habilidades necesarias para conseguirlo y que laboriosas deducciones me condujeron hasta ellos.

Llegados a este punto, seguro que a quien lea estas palabras no le quedará la menor duda de que me he vuelto completamente loco. Tal vez sea así, pero que quede constancia de que soy víctima de mi propia lógica.

En los días siguientes a la detención de los monjes, recibí una carta del viejo Wu-chi en la que, como siempre, me contaba muchas cosas interesantes. Pero uno de los detalles que mencionaba —y estoy seguro de que lo hacía sólo para ofrecermme una especie de desahogo humorístico en medio de mis abrumadoras preocupaciones— era que Hsueh Huai-i, en otro de sus visibles

esfuerzos por ganarse un lugar en los anales de la historia, se había embarcado en un empeño muy curioso. Una estratagema para llamar la atención, destinada a sobrevivirlo, que estaba a la altura de las bufonadas más audaces de la chabacanería pública.

Al parecer, el lama Hsueh se dedicaba a elaborar unas «reliquias» únicas que quedarían asociadas a su nombre para siempre. Estas reliquias se distribuían por todos los monasterios de la zona de Luoyang, entre ellos el del Loto Puro, para sumarse a sus tesoros, de modo que cien, doscientos o trescientos años más tarde los peregrinos las contemplaran y recordaran quién había sido Hsueh Huai-i.

Las reliquias, según Wu-chi, eran gruesas «colas de caballo» que simbolizaban y honraban a Hayagriva, el mítico caballo ayudante de Avalokitesvara y protector del dharma bajo la Sagrada Madre y Divina Soberana, la emperatriz Wu. Como es lógico, pensé de inmediato en el larguísimo pelo que había encontrado en el jardín la mañana del asalto. Había guardado aquel cabello, que me resultaba seductoramente curioso y enigmático, enrollado y envuelto en un retal de seda. Después de leer la carta, lo saqué y lo examiné. Hice algunas comparaciones y comprobé que era, definitivamente, un cabello humano, y no procedente de un animal, como había creído hasta entonces; era un poco áspero y muy largo, pero humano. Sin duda, formaba parte de alguna de aquellas «reliquias» de Hsueh; en concreto, de la que lucía el corcel diabólico de los arhats.

¿Qué otras conclusiones alcancé? La primera, que el cabello, a juzgar por su longitud, sólo podía proceder de la cabeza de una mujer; la segunda, que debía de tratarse de una mujer joven, a la vista de lozanía del pelo. Por otra parte, tras un cálculo aproximado de la cantidad de cabelleras necesarias para fabricar tantas colas de caballo, llegué a la conclusión de que el lama Hsueh Huai-i tenía que acudir a gran número de mujeres jóvenes. ¿Y bajo qué circunstancias podría un lama disponer del cabello de un gran número de mujeres jóvenes? Aunque no tenía datos en los que basarme, la respuesta era una deducción evidente: tenía que ser algo relacionado con un convento y con el corte ceremonial de los cabellos de las novicias.

Cuando investigué un poco, comprobé que había acertado de lleno. Durante los últimos meses, Hsueh se había dedicado a una nueva tarea, olvidándose de casi todo lo demás: la recuperación y el rejuvenecimiento de los conventos dedicados a Kuan-yin, durante mucho tiempo refugio de mujeres ancianas desamparadas y vestigio inútil de otra época. Bajo la tutela del gran lama Hsueh, los conventos de Kuan-yin iban a tener un renacimiento, una nueva vitalidad y un nuevo propósito. En ellos se honraría

el papel de las mujeres en la grandiosa y gloriosa nueva era de la Santa Madre y Divina Soberana, se definiría la inestimable contribución de las mujeres a la propagación del nuevo orden y se serviría a la humanidad con obras piadosas.

Y tuve la certeza de que aquellos conventos también proveerían de joven carne femenina al lama.

No mucho después, una noche, me senté ante el escritorio y elaboré una fórmula, una especie de ecuación, basada en los factores conocidos: el monstruoso egoísmo de la emperatriz; su proverbial apetito insaciable; su edad actual, que es de cincuenta años; la edad de Hsueh Huai-i, que tiene treinta y seis; los años que llevan juntos, casi seis; las apetencias del monje y, por último, el concepto aberrantemente desproporcionado que éste tenía de su importancia en el universo. De todo ello saqué la conclusión de que, a menos que fuera muy mal juez de la naturaleza humana, cabían pocas dudas respecto a que entre ellos habían crecido las divergencias como las malas hierbas en un jardín descuidado. Y que éste podía ser el momento más oportuno y propicio para que me presentara ante la emperatriz con mi historia.

Por eso, mañana parto hacia Luoyang. Y como voy a abandonar el refugio de Ch'ang-an para aventurarme en un territorio donde todavía soy un hombre buscado por la justicia, lo haré disfrazado, pero no de monje esta vez. Me he inspirado en acontecimientos recientes y he decidido que, en esta ocasión, viajaré disfrazado de mujer. De mujer vieja y sencilla, que ha dejado atrás la juventud hace tiempo y que tal vez no está del todo bien de la cabeza. Una de esas personas a las que nadie presta atención, que pasan inadvertidas y viajan sin grandes tropiezos.

¿Estoy loco? Lo sabremos con seguridad dentro de muy poco.

33 Año 675, diciembre Alrededores de Luoyang

Hacía uno de esos extraños días de principios de diciembre en que el cielo está despejado y el sol calienta con fuerza. Di se apoyó contra la tapia de un antiguo huerto del monasterio del Loto Puro con los ojos cerrados y el rostro bañado de luz y calor mientras su mente flotaba libre.

No se trataba de que hubiera cambiado de opinión respecto a lo que se proponía hacer en Luoyang, ni de que le amilanase la tarea o tuviera dudas o reservas, pero si hubiera sabido cómo hacerlo, habría detenido el avance inexorable del tiempo, aunque sólo fuera un rato, para poder sentarse allí sin más, al calor del sol, libre de cualquier pensamiento y de obligaciones apremiantes.

A su llegada, la noche anterior, había encontrado el Loto Puro inalterado. El monasterio seguía siendo un refugio de tranquilidad. Con la primera bocanada de aire que aspiró entre sus muros, Di experimentó un supremo alivio y una alegría extrema, y la luz y la claridad penetraron en él y reconfortaron su cuerpo y su ánimo, rendidos de cansancio. Cenó con Wu-chi y el abad y les contó todo lo sucedido mientras ellos escuchaban mudos de perplejidad, y una vez en la cama, durmió apaciblemente toda la noche. Y ahora, con la cabeza ligeramente apoyada en la roca fría y firme de la tapia del viejo monasterio, su mente olvidó por primera vez en muchos meses sus agitadas búsquedas, sus cálculos y sondeos.

En lugar de ello, sus reflexiones derivaron hacia cosas tan intrascendentes como los huesos amarillentos y llenos de musgo de los monjes sepultados en el cementerio del monasterio, no lejos de donde se encontraba. Pensó que descansar pacíficamente en la tierra negra debía de ser un estado muy agradable: todas las tareas, inquietudes, pasiones, lamentaciones y urgencias quedaban terminadas, cumplidas, escritas; indeleble e irreversiblemente escritas. Cuánto se equivocaba la gente al concebir la tumba como un lugar frío y desolado, pensó; en aquel momento, la sepultura le parecía un lugar acogedor: cálido, oscuro y confortable como un lecho en una noche de invierno. Y allí no se presentaba nadie a sacudirle a uno por el hombro, pidiéndole que se levantara y atendiera a sus obligaciones.

Con un suspiro de placer volvió suavemente la cabeza a un costado y a otro. Era consciente que aquellos momentos idílicos podían terminar en cualquier instante, pues aquella mañana había despachado un mensaje a palacio por intermedio de un contacto de confianza de Wu-chi y del buen abad. Pero de momento continuó allí sentado con el rostro vuelto hacia el sol, cegador incluso a través de los párpados cerrados, a la espera de la respuesta.

El magistrado retiró la cortina del carruaje cerrado que avanzaba traqueteando por las calles de Luoyang, echó un vistazo a la Ciudad de la Transformación y pensó que

no parecía muy transformada; llevara el nombre que llevase, era la misma ciudad de siempre, serena y hermosa con su red de ríos, sus parques y los arcos esbeltos de sus incontables puentes, todos distintos.

No había tenido que esperar mucho la respuesta a su mensaje. Llegó avanzada la tarde del mismo día. Decía que le enviarían un carruaje para recogerlo en el lugar que él señalara, y Di redactó una nota con las instrucciones necesarias. La mañana siguiente, viajó a la ciudad con su disfraz, pues no quería, ni siquiera después de los años transcurridos, atraer la atención sobre el lugar donde se ocultaba Wu-chi. El carruaje lo recogió en una pequeña casa de té cercana a un parque, precisamente donde Di había esperado en vano a Hsueh en su última cita. El cochero, de expresión pétrea, y los escoltas se comportaron como si no tuviera nada de particular recoger a una mujer madura en uno de esos establecimientos. En el interior del carruaje, a cubierto de miradas. Di desenrolló el hato de ropa y otros objetos que llevaba consigo con la intención de transformarse de nuevo en el magistrado Di Jen-chieh. Se disponía a ponerse el casquete cuando se detuvo, se lo pensó mejor y recogió de nuevo la ropa. ¿Por qué no?, se preguntó con una sonrisa.

No habría actuado así de haberse dirigido a palacio, pero no era allí adonde iban. El carruaje lo conducía a otra parte, al lugar que él había pedido explícitamente y en el que sería más difícil atraparlo... si realmente se trataba de una trampa. Pero Di no lo creía. Estaba seguro de que, por decirlo así, al olfatear el aire había hecho una lectura precisa del tiempo que se avecinaba.

Apartó un poco la cortinilla. Estaban entrando en las calles tranquilas y silenciosas de uno de los barrios más ricos de Luoyang.

Pensó con ironía que se encaminaba al lugar donde Hsueh Huai-i había hecho el fatídico primer contacto que iba a abrirle las puertas a su nueva vida, al lugar al cual el propio Di envió al monje y en el cual, estaba convencido, se había cometido un crimen espantoso. Y que, por todas estas razones, siempre había despertado una profunda curiosidad en él, pues era un lugar en el que Di no había puesto nunca el pie. Se dirigía a la casa de la señora Yang.

Pero esta vez no acudía con la intención de buscar pruebas para reabrir viejos casos de asesinato. Se proponía hacer un trato. El carruaje se ladeó un poco al entrar en un camino particular. Habían llegado.

Di tuvo unos momentos de genuino desconcierto, pues no podía determinar a ciencia cierta si la mujer que tenía ante sí era la emperatriz o su madre. Años atrás, el parecido entre ambas era marcado, pero las circunstancias en general no permitían confundirlas. En esta ocasión, en aquel marco y transcurridos tantos años, las diferencias se habían difuminado hasta tal punto que Di se encontró mirando estúpidamente el rostro firme y atractivo que tenía enfrente. Durante un instante pensó que las dos mujeres habían terminado por fundirse, de algún modo, en una

sola.

La anfitriona contempló a la desconocida, una mujer mayor de aspecto corriente, que acababa de entrar en el salón de visitas. Las dos se estudiaron durante unos instantes; a continuación, la dueña de la casa echó la cabeza hacia atrás y se rió con gusto.

—Di Jen-chieh —dijo a continuación—. Recibe mi mejor bienvenida. Has hecho que me vuelva a sentir joven y hermosa.

Tan pronto como escuchó la voz, las dudas de Di se disiparon. Retiró el pañuelo negro raído de la cabeza e hizo una reverencia.

—Mi señora emperatriz... —fue lo único que acertó a decir.

No recordaba haber tenido nunca un público tan apreciativo. La emperatriz era una excelente oyente, fascinada por su extraña narración; sabía extraerle la palabra precisa y suscitar la búsqueda de efectos dramáticos.

Di le habló del viaje a las cuevas, de su momento de iluminación, del regreso apresurado a Ch'ang-an, de su encarcelamiento y huida y de la rápida evacuación de la familia aristocrática para ocupar la casa con sus hombres. Llegó al punto de la narración en que se ponía musgo en los oídos y tenía que pellizcar y golpear a su alguacil para evitar que se quedara dormido. Describió la pesadilla y el murmullo que penetró en el sueño y que siguió escuchando cuando despertó y vio a la criatura, la extraña lasitud que se extendió por sus brazos e invadió su cabeza y la visión de sus hombres dejándose conducir como niños adormilados.

—Debía de ser cosa del canturreo —apuntó ella con interés, inclinada hacia delante con los ojos muy abiertos y sombríos.

—En efecto, señora, tenéis mucha razón. Podéis imaginar que para mí fue una revelación desconcertante. Lleno de terror y de urgencia, luché por mantener la cabeza clara y me esforcé por salvar a mis hombres sin dejar de darle vueltas al pensamiento de que allí tenía la respuesta al misterio que me había acosado durante tantas semanas. Desde los primeros asesinatos, fuimos completamente incapaces incluso de aventurar una teoría sobre cómo habían hecho los asesinos para entrar en las casas sin que la servidumbre se diera cuenta, asesinar a las familias y marcharse con la misma facilidad con que habían llegado.

»Caí en la cuenta de que los hombres que montaban guardia en la propiedad debían de haberse quedado dormidos, hechizados por el canturreo, y de que los *arhats* se habían limitado a pasar entre ellos. Después, algunos de los intrusos rodearon la finca, y continuaron entonando su salmodia. Los demás, los que penetraron en la casa, también siguieron canturreando, de modo que el sonido lo llenaba todo, como si emanara del suelo, de los árboles, de las paredes... Como ya os

he dicho, señora, más que un sonido era una vibración, ajustada a un tono y modulada, que inducía un estado de sopor y lasitud como si nos hubieran administrado una pócima. A personas muy sensibles incluso puede causarles extrañas alucinaciones.

Di comentó esto último pensando en un viejo criado de una de las casas que había visto una mano con zarpas atravesar la pared.

—¿Pero cómo fue que tú y el alguacil despertasteis de ese hechizo y los demás no lo hicieron? ¿Qué impidió que fuerais conducidos a la muerte con los demás?

La emperatriz había entrecerrado los ojos. Cuando Di se inclinó hacia delante para responder, notó que también él los entornaba, que estaba repitiendo los gestos de la mujer mientras exponía su historia.

—¡Ah! —exclamó con energía—. Una pregunta excelente. Eso mismo me dije yo mientras me escabullía por entre los arbustos del jardín cuando los *arhats* asesinos ya habían penetrado en la casa. La respuesta era muy sencilla; di con ella más tarde, cuando todo hubo terminado y tuve un momento para pensar. Mi suposición era acertada y fue confirmada por uno de los *arhats* cuando lo interrogamos.

Di hizo una pausa, tomó un sorbo de vino y miró a hurtadillas por encima del borde de la copa. Por la expresión de los ojos de Wu, se dio cuenta de que no podría tenerla esperando ni un instante más.

—Veréis, señora —continuó, pues, tras dejar la copa en la mesa—, ese canturreo es muy eficaz, es prácticamente irresistible... pero sólo si la víctima se encuentra despierta cuando lo escucha.

El magistrado miró a la emperatriz y se produjo un instante de silencio mientras ella asimilaba sus palabras.

—¡Por supuesto! —exclamó por fin, dando una palmada sobre la mesa—. ¡Tú estabas dormido! ¡Estabas dando una cabezada!

—En efecto. Y, al parecer, también lo estaba el alguacil. Mi ayudante había sobreestimado, por así decirlo, su capacidad para mantenerse despierto después de pasar una noche sin dormir.

—Y como todos los demás quedaron sometidos por esa salmodia...

—Acertáis de nuevo, majestad. Sólo podemos deducir que todos cumplían con su deber como habían prometido y estaban despiertos y alertas cuando empezó el canturreo. Los *arhats*, señora, no se presentaron en plena noche, como creíamos que habían hecho en sus anteriores asaltos; muy al contrario, llegaron al caer la tarde, a una hora en que las familias aún estaban en plena actividad. Naturalmente, nunca se nos había ocurrido tal posibilidad.

La emperatriz se echó hacia atrás en su asiento y resopló de incredulidad.

—No, claro —musitó—. Los asaltantes no esperaban encontrar a nadie dormido a esa hora. Pero tú lo estabas porque habías pasado en vela la noche anterior.

—Exacto. Si hubiéramos sido una familia normal, los *arhats* se habrían presentado en un momento de plena actividad, nos habrían puesto en trance a todos, incluidos los criados, habrían dado muerte a la familia sin impedimentos y habrían tenido el resto de la noche para dedicarse a... a profanar los cadáveres y demás, antes de marcharse. Los criados habrían despertado sin el menor recuerdo de haberse acostado la noche anterior. Los asesinos, señora, sabían muy bien quiénes tenían que ser sus víctimas. Los simples criados y empleados no sufrieron el menor daño en ninguno de los asaltos.

—¿Pero no se dieron cuenta esos intrusos de que tú y tus hombres no erais los verdaderos miembros de la familia? ¿No advirtieron, por ejemplo, que las mujeres eran en realidad hombres disfrazados? Seguro que se darían cuenta de que allí sucedía algo raro.

—Yo también estoy seguro de ello, pero ¿cuál sería su reacción ante tales circunstancias? Matarnos, evidentemente. Y eso era, ni más ni menos, lo que se disponían a hacer. Pensad por un instante en cómo habría corrido la noticia por toda la ciudad: Di Jen-chieh y sus hombres últimas víctimas de los asesinos.

—Dime una cosa, entonces. ¿Cómo consiguió tu alguacil despertar a los centinelas y volver a los edificios sin tropezar con los intrusos distribuidos en torno a ellos?

—Bien, mi grupo era mucho más numeroso. En realidad, los *arhats* que aguardaban fuera sólo eran siete y los redujimos uno a uno, por sorpresa, mientras el sonido de su propio canturreo saturaba sus oídos. Mis centinelas iban bien pertrechados, con garrotes, cuerdas, machetes y demás; los intrusos, en cambio, iban prácticamente desarmados y desnudos —añadió Di con un encogimiento de hombros.

—Sin armas y sin ropas... —musitó ella, perpleja—. Como si estuvieran haciendo una especie de... —sacudió la cabeza en un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas—, ¡de ejercicio espiritual disciplinado!

—Tenéis mucha razón, señora —asintió Di, admirado de la despierta inteligencia de la soberana—. Casi ritual. Las únicas armas que creían necesitar eran sus manos y sus voces.

—Manos y voces —repitió ella, incrédula—. ¿Pero qué clase de sigilo poseen para ser capaces de entrar en una mansión como ésa a plena luz? ¡Y desnudos, en el mes de noviembre! ¿Cómo pueden ser humanos quienes hacen tales cosas? —preguntó con aire retador.

El magistrado clavó la mirada en la copa de vino hasta que, por fin, respondió:

—Estaban entrenados para ello. Por un experto. Un experto en magia tántrica tibetana. El mismo que les enseñó la *Salmodia del Olvido*.

La reacción de Wu lo sorprendió. Echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír. Di no pudo evitar ver toda la dentadura superior de la emperatriz, blanca y fuerte, de la

que no faltaba una sola pieza. La lengua del magistrado tanteó con suavidad y envidia los numerosos huecos que había en la suya.

—Sí —dijo ella—. Ese hombre no es un mero charlatán. Creo que he alcanzado a apreciar la diferencia, magistrado. De vez en cuando, nuestra casa ha albergado a varios hombres santos de diferente grado de talento y de erudición...

Sin duda, se trataba de una estimación excesivamente modesta; pese a ello, Di mantuvo una cortés expresión de interés.

—Hace años, nuestra corte fue «agraciada» —continuó Wu, con una sonrisa irónica en los labios— con la presencia de un indio de la región de Gandhara. Ese hombre se proclamaba un *nagaspá*, experto en cierta magia tibetana, muy poderosa según él. Pero resultó ser un impostor, un completo fraude. En cambio, el lama Hsueh no lo es. Estoy convencida de que posee ciertas... facultades esotéricas.

—De eso, yo también puedo dar fe —asintió Di—. Durante un tiempo, trabajé con él y había ocasiones en que habría jurado que poseía la capacidad para transformarse en un fantasma. Él solía decirme que todo era cuestión de habilidad para escoger el momento oportuno: uno sólo se movía cuando el otro desviaba su atención, aunque no fuera más que para parpadear. Sin embargo, había mucho más; ya entonces me percaté de ello. No estuvimos juntos el tiempo suficiente como para que me enseñara sus técnicas, pero conozco lo que es capaz de hacer. —En aquel momento, se le ocurrió una pregunta—: ¿Os ha contado él alguna vez que fuimos colegas durante un tiempo?

«Que lo envié a esta misma casa a buscar pruebas de cierto asesinato», pensó, y contempló con atención el rostro de la emperatriz.

—Dijo que te conocía —respondió ella con una sonrisa enigmática—. Y a veces tengo la sensación de que albergaba cierta admiración por ti; incluso un poco de envidia, quizás. —Arqueó las cejas—. La mezcla perfecta de sentimientos para convertirlo en un adversario.

—Creo que fue esa vieja relación nuestra lo que evitó que me hiciera matar sin más. Cuando estaba encarcelado en Ch'ang-an, éste fue uno de los factores que me ayudaron a confirmar mis sospechas respecto a quién era la mente organizadora de todo eso. Veréis: cuando me encontré preso, pero no eliminado definitivamente, empecé a sospechar que no quería desperdiciar la ocasión de desafiarme. Después, cuando tuve ocasión de sonsacar información a los propios *arhats*, comprobé que había acertado al suponerlo detrás de todo el asunto.

La emperatriz lo miró con una expresión muy parecida a la que tenía la primera vez que Di se había presentado ante ella, hacía años. En aquella ocasión, la soberana sabía quién era Di y a qué se dedicaba, pero se había mostrado complacida con él y, con una especie de perversa fascinación, lo había tratado como un adversario valioso y respetado. Di había confiado en que aquel sentimiento permaneciera intacto

después del tiempo transcurrido y de todo lo que ella había llegado a ser.

—Pero, maese Di —replicó ella con la mirada fija en el magistrado—, ¿qué te hace estar tan seguro de que... de que no hay más gente implicada? Yo, por ejemplo, podría haber ordenado que te eliminaran por parecidas razones, ¿verdad? ¿Qué te ha dado el valor necesario para venir a exponerme todo esto precisamente a mí?

Di comprendió de inmediato a qué se refería. Sostuvo la mirada impertérrita de la emperatriz y respondió:

—Señora, no se me escapa que sois demasiado pragmática como para involucraros en algo parecido. Tras estos asesinatos no había ningún propósito... digamos, práctico. Salvo en ciertos aspectos muy específicos y muy oscuros —añadió con un encogimiento de hombros—, en cuya lógica he penetrado finalmente. Y esa lógica... —escogió sus siguientes palabras con mucho cuidado— sencillamente no tenía vuestro sello, majestad. Además, os he estado observando durante esta conversación y he quedado más que convencido de que cuanto os he contado de los asesinatos era completamente nuevo para vos.

La mirada que la emperatriz le dirigió en esta ocasión resultó especialmente dura e inquisitiva. Di sabía que empezaban a adentrarse en un terreno aún más delicado y peligroso que el de los asesinatos. Había tenido un momento de zozobra al ver que la expresión de Wu se ensombrecía, pero, al parecer, la nube de tormenta decidió alejarse sin descargar. El rostro imperial se relajó y, cuando habló, lo hizo en un tono casi divertido.

—Tienes mucha razón. ¿Pero cómo has llegado a esa conclusión?

—He traído un regalo para vos, mi señora —dijo él y se agachó a recoger el hatillo. Lo desanudó rápidamente y sacó un sobrecito.

Wu observó a Di extraer del sobre un cabello negro, largo y lozano, que depositó en la mesa y procedió a estirar en toda su extraordinaria longitud. El magistrado se percató de que la mujer lo reconocía de inmediato. De nuevo, su reacción lo sorprendió: Wu alargó la mano y acarició el cabello con una sonrisa. Di miró la mano que alisaba el cabello lánguidamente y pensó en el pobre Kao-tsung y en otros que, sin duda, habían experimentado también la caricia de aquella mano. Una hija recién nacida, que había muerto hacía ya tantos años. Un hijo.

El magistrado levantó la vista. Wu lo estaba observando.

—Una de sus inapreciables «reliquias» —la oyó decir—. Maese Di, tu capacidad de deducción es incomparable. Pero dime, ¿de dónde procede este pelo de calidad tan excelente?

—Procede de la cola de Hayagriva.

Wu enarcó las cejas en una mueca interrogativa.

—Es el dios caballo. Colabora con los *arhats* en la protección del *dharma* y es un perseguidor implacable de los enemigos de éste. —Di no apartó la mirada de su

rostro cuando añadió—: Para ser más preciso, Hayagriva es una deidad de la tradición lamaísta tibetana.

—Magistrado Di —declaró Wu al oírle, mientras se levantaba y se acercaba a la ventana—, voy a permitirte continuar las investigaciones. Y pondré a tu disposición la ayuda que precisas. Pero vas a tener que aceptar ciertas condiciones muy concretas.

La emperatriz se volvió a mirarlo. Su porte había recuperado la rígida severidad de antes. Di comprendió que, fuera cual fuese su propuesta, hablaba en serio. Sentado ante ella en aquel momento, tuvo la profunda sensación de que, si faltaba al acuerdo que se disponían a cerrar, la vieja visión profética de su cabeza sonriente en lo alto de una pica se cumpliría finalmente.

—Muy bien, mi señora —se limitó a responder, pues tenía ya una idea bastante clara de lo que se proponía la emperatriz. En realidad, incluso había contado con ello. Y cuando la señora Yang entró en la sala, causando un profundo sobresalto en Di, con su silencio y con su asombroso parecido con su hija, el magistrado terminó de convencerse. La señora Yang no abrió la boca; se acomodó en una silla cerca de la mesa y miró fijamente al visitante, con una mano pálida de largas uñas apoyada sobre la otra en el regazo. Unas canas en las sienes y una mirada un poco más velada, más apagada, era lo único que la distinguía de su hija.

—Pero antes —dijo la emperatriz mientras tomaba asiento—, quiero ver otra demostración de tus extraordinarias capacidades deductivas. Quiero que me cuentes con detalle cómo has resuelto el misterio de los asesinatos.

—Por supuesto, majestad —respondió Di, recuperado de su momento de zozobra. Consciente de que la señora Yang no apartaba la mirada de él un solo instante, se inclinó de nuevo hacia el hatillo que tenía en el suelo. Extrajo sus papeles y desenrolló su plano de Ch'ang-an y un boceto auxiliar; después, sacó su ejemplar del sutra del demonio Kirita y lo alisó sobre la mesa encerada.

Cuando Di regresó al monasterio, a última hora del día, Wu-chi estaba impaciente por conocer los detalles de su audiencia con la emperatriz. El magistrado le recordó ni más ni menos que a un amante rechazado que preguntara por su antigua querida. El viejo Wu-chi, con una curiosidad casi morbosa, quería saberlo todo de su rostro, de su voz, de su aspecto, del color de sus cabellos. Caminando junto a Di en silencio, el anciano prestaba concentrada atención a cada palabra de su descripción.

—Todavía es hermosa —dijo el magistrado—. Posee una belleza irresistible. Y uno percibe en ella una suerte de vitalidad recia, dura, como la de un viejo árbol de madera noble. No me resulta difícil imaginarla en circunstancias muy diferentes; por ejemplo, llevando la vida de una vieja campesina de una provincia lejana. Se nota enseguida que sería la persona más influyente del pueblo. Habría sido una especie de reina cualesquiera fueran las circunstancias de su nacimiento.

—Desde luego, le sobra vitalidad —asintió Wu-chi—. Nuestra emperatriz se ha

alimentado con la fuerza vital de sus incontables víctimas. Debería vivir quinientos años, por lo menos.

—Encontrarse en presencia de una verdadera asesina es una experiencia interesante —continuó Di—. Uno se siente... extrañamente desamparado. Era como si mi vida, mi cuerpo aún palpitante, fuera un regalo de ella. Y no me cabe ninguna duda de que así es. Hace años, le di todos los motivos necesarios para que me mandara eliminar por mi entrometimiento. Pero no lo hizo. De modo que, supongo, le debo la vida. En nuestro encuentro, reinaba en la atmósfera una palpable conciencia de este hecho. —Di hizo una breve pausa, pensativo, y añadió—: Wu me permitirá continuar con el caso. Pero con unas condiciones muy duras.

—Déjame adivinar —murmuró Wu-chi con aire sombrío. A Di le apenaba mucho tener que contar al viejo consejero aquella parte de la historia, pero no había modo de evitarlo.

—Era el único modo, Wu-chi —insistió Di, con gestos de lamentarlo profundamente.

—Lo sé, lo sé —El anciano hizo un ademán de filosófica aceptación con la mano. Con aquel gesto, comprendió Di, Wu-chi arrojaba al viento sus años de esperanza callada y paciente de una rehabilitación pública.

—La emperatriz me permitirá detener y juzgar a Hsueh Huai-i. Incluso me prestará colaboración. Pero he tenido que aceptar ciertas condiciones. Fue en este punto de la conversación cuando la señora Yang entró en la sala y se sentó ante mí, mirándome fijamente. Le aseguro, consejero, que la presencia de la madre me resulta mucho más perturbadora que la de la propia emperatriz. —Al recordarlo, bajó la vista al suelo—. Las condiciones que he aceptado son muy simples. Me abstendré de reabrir investigación alguna sobre la señora Yang o la emperatriz, o sobre cualquiera de sus cómplices. A cambio, no sólo podré llevar adelante mis pesquisas en el caso de Hsueh sino que, además, podré hacerlo a través de una Censura restaurada.

Di había reservado aquella noticia para el final con la esperanza de ofrecerla a Wu-chi como consuelo, por leve y poco importante que resultara para el anciano.

—¿Quizá le gustaría poner término a su «retiro», Wu-chi? —apuntó con aire tímido y dubitativo.

Pero el antiguo consejero rechazó la sugerencia:

—No, maese Di. Me parece que no.

El magistrado se dispuso a añadir algo más para convencerlo de que su puesto estaba en el centro neurálgico del gobierno o algo por el estilo, pero el anciano parecía tan distraído, perdido en unos pensamientos tan lejanos, que las palabras de ánimo le parecieron absurdas y las reprimió.

—Yo también me he agarrado a ciertas esperanzas con el paso de los años, mi apreciado Wu-chi —dijo por último—. Me resultaba muy doloroso renunciar a ellas.

Casi prefería amputarme el brazo con un cuchillo mellado. Pero debemos afrontar los hechos. La emperatriz y su madre están, simplemente, fuera de nuestro alcance. Eso ha quedado claro. Pero el monje, no. Ya no. —Di se encogió de hombros y añadió—: De todos modos, Wu lo iba a eliminar bastante pronto. Estoy convencido de ello. Entonces, él también habría quedado fuera de nuestro alcance y no habría tenido que responder nunca de sus crímenes. Eso sí que habría sido una verdadera lástima. En mi trayecto de Ch'ang-an a Luoyang, fui todo el camino con la preocupación de que, al llegar, me encontrara con la noticia de que el monje ya había muerto. Ya sabe usted que, cuando la emperatriz golpea, es muy certera y muy rápida. —Levantó los brazos con gesto suplicante, como si quisiera convencer a los árboles desnudos y al cielo frío y cargado de nieve, que ya se oscurecía—. He pasado la vida enfrentándome a las adulteraciones de la religión. He visto charlatanes y he conocido manipuladores y criminales de todas las raleas que explotaban la patética vulnerabilidad del corazón humano. Pero ese tibetano es, con mucho, el peor de cuantos he encontrado.

—Y una vez fue amigo de usted —apuntó Wu-chi.

—Sí que lo fue.

—Y amante de la emperatriz.

—Sí.

—Y ella le va a ayudar ahora a detenerlo...

—Sí.

—¡Ah, qué caída va a tener! Casi siento lástima de él —murmuró el anciano.

—No la sienta —respondió Di—. Tan asesino es él como la soberana.

—No del todo —le corrigió Wu-chi. Di comprendió a qué se refería. Los dos tenían presentes los oscuros rumores que habían corrido años antes, las palabras que circularon de boca en boca sin acabar de ser creídas: *sus propios hijos. Un hijo, una niña recién nacida.*

—Pero tiene usted razón, magistrado —dijo entonces el anciano consejero—. Tiene usted toda la razón. No debe permitirse que el monje termine su vida sin responder por sus atrocidades. Por cierto, hoy ha llegado un mensaje de Ch'ang-an para usted. —Antes de abandonar la capital occidental, había organizado una red de mensajeros de confianza para comunicarse con su alguacil—. Han detenido a algunos cómplices del monje, los emisarios que llevaban las informaciones entre los templos del Caballo Blanco de Luoyang y Ch'ang-an. Por lo visto, hubo un altercado en este último respecto al pago por los servicios prestados. Esos hombres no eran monjes, sino matones disfrazados. Los monjes del Caballo Blanco los hicieron detener. Ahora están bajo custodia de las autoridades civiles a la espera de que usted disponga qué debe hacerse con ellos.

—Excelente. Los haré trasladar aquí —dijo el magistrado—. Su declaración me será útil, sin duda. No pasará mucho tiempo, mi apreciado Wu-chi, hasta que maese

Hsueh sea detenido como un delincuente común y llevado a juicio por sus actividades. Pero no será un juicio corriente, se lo aseguro. El procedimiento normal no sería digno de alguien de su rango. Le tengo reservadas muchas sorpresas.

—Es decir, que usted y la emperatriz le tienen reservadas muchas sorpresas, ¿no es eso? —le corrigió Wu-chi.

—Exacto —reconoció Di—. La soberana y yo nos hemos hecho cómplices. Supongo que podría llamársenos compañeros de cama.

—Ha escogido una expresión muy extraña, maese Di.

—Sí que lo es, maese Wu-chi.

Oscurecía. El viejo abad los esperaba con una buena cena. Wu-chi echó a andar con decisión hacia los aposentos del viejo Liao. En ese instante Di creyó comprender de pronto la verdadera razón de que Wu-chi no quisiera abandonar el monasterio para volver al gobierno y a su vida de antaño. Más allá de la edad, la resignación y las demás razones obvias, Di sabía que el auténtico motivo era que Wu-chi, sencillamente, no quería abandonar a su amigo el abad. Llevaban demasiado tiempo juntos.

El historiador Shu lo intentó una vez más y contrajo las facciones durante unos instantes en una mueca de intensa de concentración. Después, sacudió la cabeza. Nada; es inútil, murmuró para sí.

El sol que un rato antes acariciaba su rostro con un grato calorcillo resultaba ahora abrasador. La sala, en la que hacía apenas una hora reinaba una claridad adecuada para despertar su inspiración, estaba envuelta ya en un resplandor intenso y aturdidor. No, era inútil abordar lo que probablemente sería la obra maestra de su carrera sin una concentración perfecta. Ordenó a los criados que cerraran las contraventanas.

Aquella no era una mañana corriente y la del día anterior no había sido una velada corriente. Había transcurrido mucho tiempo desde que le encargaran crear el último documento importante. Y muy pocas veces, acaso nunca, había experimentado tanto placer en emprender un trabajo como en esta ocasión. Y el hecho de estar al servicio de la emperatriz Wu y del brillante magistrado de Ch'ang-an era un honor incalculable que le provocaba un cosquilleo febril que le subía por el espinazo y le recorría los brazos hasta las yemas de los dedos.

Shu estaba muy complacido de volver a ver a su viejo amigo Di Jen-chieh. El historiador casi había olvidado cuánto había disfrutado de la compañía del alto funcionario y estudioso y lo mucho que se había identificado con él. ¿No eran los dos, al fin y al cabo, hombres civilizados que disfrutaban con un buen rompecabezas? ¿Y no era maese Di, como él, un hombre versado en las sutilezas de la literatura, desde los grandes poemas de lenguaje florido hasta el rigor de los pulcros ensayos clásicos?

Habían transcurrido algunos años desde que el gran magistrado visitara palacio y le honrase con su deliciosa e inesperada visita a su despacho, pero Shu no había olvidado jamás aquel día. El historiador había embellecido y pulido el recuerdo hasta dejarlo brillante como una de las mejores joyas de familia. Shu rememoraba todavía con entusiasmo los detalles de la conversación. Habían hablado de los agotadores exámenes trienales para el funcionariado y de algunos poemas recientes que Shu había escrito sobre la luna llena. Sí, había sido un día memorable.

Y ahora, tendría el placer de escribir, en parte, para el propio magistrado. Compartiría con él una misión de gran importancia. Shu no podría haberse sentido más honrado.

Una vez cerradas las contraventanas, la estancia quedó sumida en la penumbra que propiciaba sus mejores ideas, y Shu alzó el pincel sobre el pergamino, preparado para el flujo de inspiración que, estaba seguro, se acercaba. No iba a decepcionar al magistrado Di ni a la posteridad. Era necesario corregir la Historia; la emperatriz lo había llamado, el juez Di había dado su aprobación y Shu iba a dar lo mejor de sí mismo en el empeño. No había nadie mejor cualificado para llevarlo a cabo. Lo había dicho el propio maese Di.

Llamó al mayordomo con la campanilla; otra taza estimulante de té verde y estaría dispuesto para hacer lo que era preciso para poner en su lugar a aquel tibetano ofensivo y arrogante. Naturalmente, el magistrado y los tribunales reinstaurados se ocuparían del santón en el presente. La tarea de Shu sería ocuparse de él para el futuro. Para toda la eternidad, quizá.

En el universo, reflexionó Di, actuaban fuerzas extrañas que, muchas veces, era mejor no explorar. Por ejemplo, las que lo habían llevado primero a confabularse con la emperatriz, y a continuación, con el historiador. Wu había expresado su deseo de humillación pública como venganza contra el mago, que en aquellos momentos permanecía recluido en uno de los conventos dedicados a Kuan-yin. El historiador se mostró encantado ante la posibilidad de ocuparse de ello y Di, consciente de que aquello serviría para irritar e incomodar al tibetano y de que le facilitaría el trabajo, aprobó el proyecto. Además, había un elemento de humor negro, y Di no veía ninguna razón para ahorrárselo al lama. A decir verdad, lo encontraba irresistible. Así pues, formaban ahora un trío de conspiradores. Y Shu aceptó de buena gana algunas de las sugerencias de Di, incorporándolas al escrito. De este modo, permitía la contribución del magistrado a la «revisión» del lugar del monje en la historia. Di insinuó al historiador que, como se suponía que Hsueh Huai-i era un ser iluminado y trascendente, no debería haber diferencias para él entre la tarea humana más elevada y la más baja. ¿Por qué no le adjudicaban un empleo a su medida, en la biografía? El hombrecillo había anotado la idea con una risilla de auténtico placer.

A Di le resultaba imposible definir por qué y, desde luego, le incomodaba, pero

tenía que reconocer que Shu no le caía mal. Por eso accedió sin reticencias a otra de las exigencias de la emperatriz: que su fiel historiador, calumniador oficial de la corte, cronista de su reino y detractor de sus enemigos, no fuera objeto de ninguna acusación.

Aquel proyecto sería distinto de cualquier otro. De una cosa estaba seguro el magistrado: Shu odiaba a Hsueh Huai-i. Los años de trato desdeñoso por parte del tibetano habían dejado su poso en lo más hondo del espíritu del hombrecillo. Y como el historiador siempre había reprimido escrupulosamente sus verdaderos sentimientos, con ello sólo había conseguido aumentar el desprecio que el mago vertía sobre él. Shu sabía que el tibetano le consideraba demasiado estúpido, o demasiado ensimismado, para darse cuenta de su sarcasmo, pero aquél era un sacrificio necesario para salvaguardar su relación con la emperatriz y con la señora Yang, a las cuales veneraba. Sin embargo, ahora que el sacrificio había dejado de ser necesario, el historiador podría dar rienda suelta a sus sentimientos por el trato recibido de Hsueh y también por el comportamiento del lama con la emperatriz. Esta vez no se trataba de un mero ejercicio de palabras. Fuera o no consciente de ello, las frases que fluían del pincel del historiador trasmitían toda la fuerza de los años de afrentas a su orgullo. El resultado hizo que Di agradeciera no haber estado nunca enemistado con Shu Ching-tsung.

La vida de un farsante

Allá donde existe Grandeza, es inevitable que aparezcan parásitos, aduladores, explotadores, oportunistas y quienes tienen un Erróneo Convencimiento de su propia Grandeza. Es una Ley de Vida, una Inevitabilidad; pero, por supuesto, los dotados de Verdadera Grandeza tienen Pleno Conocimiento del fenómeno y están perfectamente Dotados por la Naturaleza para Asimilarlo y Comprenderlo.

Como ilustración de esta Verdad, se menciona en nuestras Historias la vida y andanzas de un monje de oscuro origen llamado Hsueh Huai-i. Las obras de este hombre, por sí mismas, Carecen de Trascendencia y no merecen un lugar en los Anales de la Inmortalidad; si ocupan Espacio en ellos, es sólo como Testimonio y Ejemplo de la Perspicacia de la gran emperatriz Wu Tse-tien.

Cabe decir de ese hombre que, por lo menos, poseía cierta tosca Habilidad y una considerable Astucia. Sus orígenes son más que oscuros, pero se cree que procede del Lejano Oeste, hijo de una familia atormentada durante Muchas Generaciones por la Propensión a la Bebida y por una tendencia al Comportamiento Delictivo. En un aparente deseo de mejorarse a

sí mismo o, al menos, de Experimentar la vida más allá de lo que le prometían las poco risueñas Circunstancias de su Nacimiento, abandonó su casa a edad temprana y emprendió su viaje al este. A lo largo del camino, las tierras que atravesó estaban llenas de Gentes de Toda Clase igual que los mares abundan en Toda Suerte de Peces; gracias a ello, tuvo Suficiente Contacto con Santones Mendicantes y Ascetas de Toda Condición como para Dotarse de una Capa de Conocimientos Religiosos Superficiales; cabría decir de él que su Astucia le llevó a Adquirir unas Herramientas de Diletante, un surtido de Trucos, Malabarismos y Palabrería que le permitía pasar por un Sabio Versado y Esclarecido ante los Ingenuos y los Crédulos.

Su Ambiciosa Arrogancia no le dejó otra opción que intentar acercarse todo lo posible al lugar de la Tierra que más cerca está de los Cielos: el trono de la propia Madre Santa y Divina Soberana, la emperatriz Wu Tse-tien. Era lógico que el Destino quisiera mostrarle sus Limitaciones al arribista. Y así lo hizo.

Es preciso reconocerle sus Méritos al falso monje y comentar que consiguió acceder al Palacio mediante un ardid astuto e imaginativo. Se presentó al personal de cocinas de Palacio haciéndose pasar por proveedor de Hierbas Raras; con su labia, no tardó en entrar en el servicio de las Cocinas Imperiales, donde empezó en la humilde función de Recolector de Desperdicios y subió de rango progresivamente hasta que le permitieron Cortar las Verduras Imperiales. Fue entonces cuando, conocedor de la Profunda Devoción de Su Majestad Imperial, le confió al Cocinero Personal de la Emperatriz que en sus viajes se había enterado de cuál había sido la Última Comida del Esclarecido antes de entrar en el Nirvana; tras esta revelación, Hsueh expresó su deseo de preparar idéntica colación para la Emperatriz. En su Sabiduría y su Compasión, nuestra Madre Santa aceptó el ofrecimiento por Divina Curiosidad y, aprovechando la oportunidad única que se le presentaba, el monje puso en juego su Lengua Voluble y sus mejores Trucos e Ilusiones de Prestidigitador para intentar convencer a nuestra Divina Soberana de que era nada menos que un Hombre Santo, un Erudito y Maestro Budista de Gran Influencia.

La Emperatriz, con su Infinita Percepción, notó de inmediato la presencia de un farsante. No obstante, en un ejercicio de Contención y de Sentido de la Justicia, decidió conceder una oportunidad al monje. Para ello ideó un plan mediante el cual podía concederle el Beneficio de la Duda y, a la vez, darle ocasión de demostrar que era lo que afirmaba ser, admitiendo una Remota Posibilidad de que dijera la verdad. Si, por el contrario, era el Vil Farsante, el Charlatán Amoral que Nuestra Soberana intuía, el monje se vería

Convenientemente Humillado por su Suprema Audacia.

Así pues, se le concedió una Audiencia con Su Majestad Imperial, durante la cual le fue conferido un Cargo. Hsueh salió del encuentro con el título de Custodio del Vaso de Noche de la Alcoba de la Matriarca Imperial. En su Infinita Sabiduría, la Emperatriz había llegado a la conclusión de que, si el hombre era el Budista Evolucionado que decía ser, no encontraría Ninguna Diferencia entre desarrollar una tarea tan humilde y ser el Rey del Mundo dedicado a recoger Ramilletes de Flores Fragantes en primavera. Por el contrario, si era un simple charlatán, ¿qué Castigo podía resultar más apropiado para tan nefasto Embaucador de las Masas?

Como sospechaba la Divina Soberana, el farsante apenas soportó su Cargo Imperial y poco después presentó una queja. Tan pronto como salió de sus Labios Engañosos la primera Palabra de Desacuerdo, la Emperatriz lo expulsó de Palacio para siempre. Como los Desperdicios que un día habían estado a su cargo e igual que el Contenido del Orinal Imperial que había tenido el Honor de Llevar, Hsueh fue arrojado fuera y pronto se sumió en un Merecido Anonimato, del que sólo asomaba esporádicamente en la Periferia de algún Acto Público o de un Gran Acontecimiento con su trillado repertorio de Viejos Trucos Conocidos. Confundido por la Bebida y la Disolución, el monje Hsueh Huai-i parecía incapaz de comprender que los pocos que se dignaban contemplar sus Lamentables Actuaciones lo hacían por Lástima o para Reírse de él. En más de una ocasión, fue detenido por delitos menores como Hurtos y Alborotos en la Vía Pública. Se rumoreó que su Decadencia no se debía sólo a sus excesos con el Vino, sino a los efectos Debilitadores de una enfermedad progresiva. Existe la Amplia Creencia de que murió completamente loco de una Enfermedad Degenerativa, en un asilo regentado por las piadosas monjas de Kuan-yin, divagando hasta el Ultimo Instante acerca de su Iluminación.

Lo que antecede ha sido incorporado por el historiador Shu Ching-tsung a las biografías oficiales de los Anales de los T'ang con esta fecha, enero de 676, para que la posteridad conozca la verdad.

Hsueh Huai-i arrojó el panfleto al suelo con desprecio. Las jóvenes monjas que le habían llevado el documento reprimieron una risilla cuando el monje se levantó de la silla y avanzó hasta el centro de la sala moviendo la mandíbula y echando fuego por los ojos. Allí se quedó, contemplando a las monjas arrodilladas, aunque las novicias sabían que no era a ellas a quienes veía. Hsueh descubrió los dientes en una mueca de disgusto que llevó a las jóvenes a cubrirse el rostro con un ademán de terror frívolo y divertido.

—De modo que en un asilo de las piadosas hermanitas de Kuan-yin, ¿no? —murmuró, al tiempo que apartaba la mirada de las monjas—. Ella no lo sabe, pero me ha dado una idea. ¡Una idea! —repitió con brusca energía y dio media vuelta tan deprisa que las dos monjitas dieron un respingo. Esta vez, Hsueh reconoció lo que tenía ante él. Cruzó la estancia despacio en dirección a ellas, asintiendo con la cabeza al tiempo que una sonrisa de astucia reemplazaba la mueca amenazadora. Una de las monjas retrocedió de rodillas, con ambos puños apretados contra la boca, de la que surgía una risilla nerviosa, mientras la otra se limitaba a bajar la cabeza y cubrirse con los brazos.

Hsueh estaba ya casi encima de ellas, tan cerca que podían oír perfectamente el aire que expulsaba por la nariz.

—¿Estáis preparadas para recibir la inspiración divina de Avalokitesvara? —susurró—. ¡El escribiente! —ordenó con voz potente al criado del pasillo—. ¡Mandadme al escribiente!

Di levantó la vista del escrito con cautela, diciéndose que la emperatriz estaba demasiado tranquila. Sus facciones mantenían una inexpresividad amenazadora que le recordó algo que le había confiado en cierta ocasión un domador de osos. Según el hombre, el oso es el animal más peligroso porque carece de expresión y su adiestrador no puede estar sobre aviso. Cuando se dispone a atacar, un perro muestra los dientes; el tigre, ruge; el caballo, aplasta las orejas y muestra los blancos de los ojos. En cambio, la cara del oso no expresa nada hasta el preciso momento en que se lanza sobre uno y le hunde los colmillos en el cráneo.

La emperatriz lo miró. Sus ojos y su rostro seguían sin comunicar nada. Una mano acariciaba el brazo del asiento que ocupaba. Di se revolvió en el suyo, incómodo.

—Continúa, magistrado —dijo en un tono de voz tan neutro como su expresión. Di carraspeó, encontró el punto y reanudó la lectura:

—«... podría decirse que debido a la debilidad intrínseca del receptáculo femenino, sospechoso de entrada e insensible a la esencia masculina reparadora, la esencia dual masculina/femenina de Avalokitesvara/Kuan-yin ya no encuentra expresión a través de la persona de la emperatriz Wu...».

Miró con el rabillo del ojo a la emperatriz. En esta ocasión, su mano acariciaba la parte inferior de la barbilla y el cuello pero sus ojos seguían clavados en él.

—«Así pues, esa esencia divina ha tenido que emigrar como el ave que encuentra inadecuado el clima y debe trasladarse a otro más benigno. Y ha regresado al lugar donde se manifestó por primera vez en este plano terrenal, a su punto de origen, a su puerta de entrada a este mundo, donde puede residir en un entorno incontaminado y hospitalario, impoluto, hasta que llegue el momento oportuno... La persona física del lama Hsueh Huai-i, conservada a través de la meditación, de una rigurosa abstinencia

y de una perfecta pureza como una humilde choza barrida, fregada y aseada para recibir a un visitante regio, tiene el honor de ser depositaria de la Esencia Divina... En reconocimiento de la grave responsabilidad que conlleva esta Residencia Divina, el lama se ha comprometido a mantener una meditación constante, incluso sin dejar de atender sus tareas cotidianas, de modo que la Esencia Divina se sienta cómoda y permanezca en este mundo para beneficio de la humanidad...».

La emperatriz soltó un bufido.

—¿Sigo...? —preguntó Di, obsequioso. Un gesto impaciente de su mano le indicó que se diera prisa en terminar.

—«Sin desanimarse por el primer experimento fallido, la Esencia Divina ha comunicado su deseo de encontrar expresión de nuevo en una forma femenina... Ahora se comprenden mejor los requisitos necesarios... Una forma femenina que no abrigue ambiciones deshonestas, que no se deje llevar por los caprichos voluptuosos, que posea el vigor y la pureza de la juventud...».

Los ojos de Di recorrieron apresuradamente el resto de la frase; cuando vio lo que venía a continuación, el magistrado se detuvo, carraspeó y alzó la mirada brevemente antes de proseguir.

—«... y con un útero virgen, intacto».

Tras esto, Di no se atrevió a mirarla; sólo escuchó el crujido de las sedas imperiales cuando la mujer cambió de postura en su asiento.

—«Por lo tanto, que corra la noticia de que el lama Hsueh Huai-i ha consentido graciosamente en difundir la Llama Divina Infinitamente Divisible entre las devotas monjas del convento de Kuan-yin, en tantos actos abnegados de Inseminación Divina como sean necesarios, en una ceremonia en la que podrán participar todas las novicias que deseen portarla y que tendrá lugar el tercer día de la segunda semana del mes corriente».

Durante unos breves momentos, Di creyó que la emperatriz, como el oso, se disponía a hundir los colmillos en su cráneo. Contempló su rostro con inquietud; ni un gesto ceñudo, ni una sonrisa, ni una palabra, ni un movimiento. Se preguntó qué loca idea lo había llevado a ponerse a merced de aquella mujer; los ojos negros, opacos e imperturbables de la emperatriz, que proclamaban haber matado, estaban fijos en el magistrado, sentado ante ella manoseando el anuncio del monje. La extraña sensación de desnudez que había experimentado en su primer encuentro en casa de la madre de Wu asaltó de nuevo a Di. Sometido a su mirada, profundizó en aquella sensación: como asesina, ella poseía una forma de conocimiento carnal que a él le faltaba. Ella era experta; él, ignorante.

—¿Estás preparado para actuar, magistrado? —preguntó la emperatriz, cuyo tono frío devolvió bruscamente a Di a la realidad.

—Prácticamente, sí, majestad.

—¿Qué te queda por hacer? —quiso saber ella, y Di percibió su impaciencia, como un hambre voraz tras sus palabras. Reflexionó unos momentos. En realidad, había aprovechado plenamente la decisión imperial de permitirle llevar al monje a juicio, con lo cual, más allá del resultado de aquel caso concreto, había logrado dar un gran impulso a una futura restauración del gobierno. Había estado muy ocupado en hacer lo que podía por fortalecer la Censura renovada y por conseguir cargos y nombramientos para funcionarios honrados cuando había ocasión.

—Sólo me queda situar a algunos hombres justos en cargos que permitan formar un tribunal, organizar mis pruebas y... —se encogió de hombros— proceder a la detención.

—Me parece que el propio monje ha escogido el momento y el lugar, magistrado. ¿No estás de acuerdo?

Por fin, Wu sonreía y su expresión transmitía lo que pensaba mejor que cualquier palabra. Era una idea retorcida. Retorcida, pero excelente.

El tibetano ignoraba que el magistrado estaba en Luoyang y que se había entrevistado con la emperatriz. Di estaba seguro de que Hsueh aún le suponía en Ch'ang-an, tratando de encontrar el modo de ir tras sus pasos. Sin duda, el monje aún creía en su inmunidad. No podía haber previsto el atrevimiento de Di de presentarse ante la emperatriz. Pensó en la idea de Wu. Aparte de su faceta de humor negro, tenía una ventaja evidente: el monje no se lo esperaba. Lo iban a pillar desprevenido y se iba a llevar una buena sorpresa. No sólo iba a sorprenderse; se quedaría aturdido.

—Estoy de acuerdo, mi señora —murmuró Di.

—Y, magistrado... —dijo ella, inclinándose hacia él y cerrando la mano en torno a su muñeca—, quiero que lo traigáis ante mí...

Di asintió mecánicamente, incapaz de articular una respuesta. Los dedos de la emperatriz habían tocado su piel durante un par de segundos pero el punto donde se había producido el contacto quedaría marcado, estaba seguro, durante el resto de sus días.

No estaba seguro de si se le había ocurrido realmente a él o si la emperatriz le había contagiado su extraña e insidiosa picardía, pero la idea lo había asaltado la noche siguiente a su último encuentro con ella (cuando aún notaba un leve escozor y un hormigueo en la muñeca que Wu había tocado) y no lo había abandonado en los días posteriores.

Se hallaban en el segundo día de las ceremonias de la Inseminación Divina a cargo del monje. Según parecía, éste no hacía promesas vanas cuando había anunciado que daría satisfacción a todas las solicitantes de su don; según los informes que llegaban con regularidad del convento —en consideración a la emperatriz, sin duda, pensaba Di—, Hsueh ya había transmitido la «Esencia Divina» a nueve mujeres, volviendo a llenarse de luz entre sesión y sesión a base de descanso y meditación. Di

estaba ciertamente impresionado. Aunque a sus treinta y siete años no podía llamársele viejo, tampoco estaba en su primera juventud. ¿Admitiría ahora la emperatriz que el tibetano no era un simple charlatán?

El magistrado había organizado un grupo de alguaciles imperiales armados que lo acompañaría. El plan consistía en ir al convento al caer la noche, cuando no hubiera mucha luz. Di decidió que aquél era el día. Aunque fuera realmente el Espíritu Divino el que proporcionaba a Hsueh Huai-i su extraordinario vigor, el monje sólo estaba hecho, al fin y al cabo, de carne y hueso, y era importante que no suspendiera la ceremonia o cayera agotado antes de que Di le presentara sus respetos.

Di y su grupo encontraron a una multitud considerable congregada a las puertas del convento de Kuan-yin. La mayoría eran mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, y muchachas, apenas tiernas niñas algunas de ellas, conducidas por sus madres o sus padres. Ciertamente, la noticia había corrido, pensó Di mientras se abría paso. Algunas de las mujeres parecían llevar allí bastante tiempo, con la evidente esperanza de llegar, de algún modo, hasta el monje y recibir su «inspiración» divina. A Di le disgustó, en especial, la presencia de padres con chiquillos. ¿En qué podían estar pensando?

Di llevaba las ropas con las que había viajado a Luoyang, transformado de nuevo en la mujeruca vulgar con su fardo y su pañuelo en la cabeza. La diferencia era que en esta ocasión lo acompañaba un impresionante contingente de guardias armados. La gente se apartó ante la desconcertante presencia de la mujer de ropas sencillas y aspecto adusto que encabezaba la columna a la luz de una linterna. Di sabía que debía aprovechar la momentánea confusión y avanzó con rapidez y decisión antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar. Sólo dispondría de aquella oportunidad. Condujo a los alguaciles hasta la puerta principal, donde dos ayudantes eunucos lo contemplaron con perplejidad; sin darles tiempo a balbucear una sola sílaba. Di se plantó delante de ellos y pronunció unas palabras que les hicieron retroceder consternados, sin oponer resistencia, como había previsto.

—Soy la madre del lama —anunció con un tono que le sonó muy parecido al de su propia madre.

A continuación, el magistrado y sus hombres cruzaron la puerta y marcharon a paso rápido por el pasillo apenas iluminado en dirección a la sala de rezos. No resultaba difícil adivinar dónde estaba el monje; una larga fila de monjas que esperaban entonando cánticos con actitud devota conducía hasta una puerta de doble hoja. Interrumpidas sus meditaciones por los intrusos, las novicias levantaron los ojos turbadas. Al pasar junto a aquellos rostros desconcertados que se volvían hacia él. Di murmuró unas torpes frases tranquilizadoras al tiempo que tocaba levemente un hombro o una cabeza, sin detenerse.

—No sucede nada, todo va bien, él me espera. Confío en no llegar tarde —

murmuró mientras avanzaba hasta la puerta. Llevó una mano al pestillo y empujó. La puerta se abrió en silencio y Di penetró en la sala de oraciones, seguido de sus guardias.

El olor a sudor e incienso era abrumador. La atmósfera de la estancia estaba cargada del poderoso esfuerzo que se había llevado a cabo en ella. Di observó las hileras de velas de llamas oscilantes y los muebles desordenados y, una vez más, comprendió que las del monje no habían sido palabras vacías; Hsueh se proponía llevar a cabo su tarea de Inseminación Divina en toda su extensión.

Dos mujeres que habían estado tocando una monótona melodía de cuatro notas con instrumentos de cuerda se sobresaltaron ante la irrupción de Di.

El altar había sido aislado tras una cortina. Di percibió un cese de actividad, una inmovilidad atenta tras el tapiz de brocado, y tuvo la impresión de que el monje sabía perfectamente quién había entrado en la estancia. El silencio al otro lado de la cortina se prolongó unos breves instantes más hasta que unas manos la recorrieron y tras ella apareció Hsueh Huai-i, desnudo y con una mirada colérica.

Di avanzó unos pasos para que el monje pudiera verlo con claridad e hizo una reverencia.

—Maese Hsueh, fue muy desconsiderado por tu parte tenerme esperando tantas horas en la casa de té, aquel día —declaró—. Terminé helado de frío y muy decepcionado. Esa no es manera de tratar a un viejo amigo.

—Mis disculpas, maese Di —respondió el monje—. No pude evitarlo. Como sabes, tenía asuntos muy importantes que atender.

—Desde luego que sí.

Los dos hombres se miraron. El monje parecía más alto y más enjuto de lo que Di recordaba, con una extraña mirada hundida que no había visto nunca en él. Por un instante, pensó en la imagen que él debía de ofrecer al monje: más canoso, avejentado y envuelto en aquellas extrañas ropas. Se preguntó también qué expresión tendría su rostro.

Detrás de Di, se empezó a agolpar gente a la puerta de la sala: los eunucos, las monjas y los más osados integrantes de la multitud congregada en el patio. El magistrado recordó la petición de la emperatriz de que Hsueh fuera conducido ante ella completamente desnudo. Hizo una indicación a los guardias, que avanzaron y agarraron al monje por los brazos. Al ver que lo inmovilizaban, Hsueh se puso tenso, apretó los puños y lanzó una mirada colérica a Di mientras su rostro se contraía en una altiva mueca de desprecio.

—¿Crees que puedes detenerme? —preguntó Hsueh en tono burlón—. ¡Aquí no tienes autoridad!

Di extrajo el documento que llevaba consigo. Al ver el papel, el monje puso los ojos en blanco y empezó a canturrear con voz estentórea, dispuesto a sofocar las

palabras del magistrado.

—¡Hacedlo callar! —ordenó Di, y uno de los hombres situados detrás del monje le tapó la boca con una mano enfundada en un recio guante. La mano amortiguó su voz, pero no logró acallarla del todo; Hsueh continuó soltando alaridos y gemidos tras la mano firme del guardia, sin dejar de agitar la cabeza a un lado y a otro, mientras Di leía el documento en voz alta.

—«Su Majestad Imperial, la emperatriz Wu Tse-tien, declara por la presente que el pretendido lama Hsueh Huai-i es un enemigo del estado y ordena, exige y desea fervientemente su inmediata detención y encarcelamiento por el despreciable delito de asesinato...».

Pese al alboroto que armaba, el monje pareció comprender las palabras de Di. Interrumpió sus alaridos y miró al magistrado con fuego en los ojos. Di hizo una señal al guardia, quien retiró la mano.

—¡Asesinato! —resopló el monje—. ¡Es como si el cuervo le echase en cara a la hiena su naturaleza carroñera! *¿Y ella? Tú sabes quién es ella, ¿verdad?*

Di continuó la lectura.

—«Lo que sigue será debidamente añadido a los Anales de los T'ang para que la posteridad conozca la verdad. En la biografía del monje Hsueh Huai-i, redactada por el historiador Shu Ching-tsung, será necesario añadir los siguientes detalles, breves pero de vital importancia: Fue detenido en el año por el delito de asesinato, juzgado y declarado culpable por el magistrado Di Jen-chieh, y condenado a la pena de los Cien Cuchillos, la más dolorosa y terrible que se puede infligir a un ser humano, el castigo que impone el código T'ang para el delito de asesinato múltiple».

En aquel momento, el monje emitía una risilla con la cabeza hundida, como si el peso de tanta ironía excediera lo que su cuello podía soportar.

—Sabes quién es, ¿verdad? —volvió a preguntar y miró de reojo a Di mientras sacudía la cabeza sin dejar de reírse—. Te das cuenta de con quién estás conspirando, ¿no? ¡Asesinato! —añadió con incredulidad.

—Llévoslo —indicó el magistrado y los guardias condujeron al detenido a rastras hacia la puerta. Di se hizo a un lado cuando los hombres llegaron a su altura con el monje; éste, al pasar junto a él, le dirigió un áspero susurro que penetró en lo más hondo de su ser, y el juez comprendió que allí permanecería mucho tiempo, igual que el contacto de los dedos de la emperatriz en su antebrazo.

El monje bajó la vista hacia la manga derecha de Di y sonrió.

—Somos viejos conocidos, desde mucho antes de lo que tú crees. Dime, magistrado, ¿todavía conservas las marcas de mis dientes en el brazo?

Al principio, Di no sabía a qué se refería el monje, pero instantes después el rostro sonriente de Hsueh Huai-i se contrajo en una expresión de sorpresa y terror; los dos hombres se miraron fijamente, y de pronto el tiempo retrocedió y Di se encontró

contemplando el rostro de un muchacho de catorce años, un chiquillo de intenciones asesinas que, contra la pared, con los ojos desorbitados y el cabello encrespado, se debatía por desasirse; un chiquillo que se disponía a desaparecer saltando por el balcón después de haber estado a punto de poner fin a la ilustre carrera del gran Di Jen-chieh cuando ésta apenas había comenzado.

A continuación, el monje relajó la mueca hasta recuperar la sonrisa y los guardias se lo llevaron por entre la multitud, que se abrió a su paso.

El día previo al juicio amaneció plomizo y opresivo. Excelente, pensó Di mientras se dirigía a las oficinas de la Censura. Ojalá se mantuviera aquel tiempo. Ojalá al día siguiente el cielo estuviera cubierto y cargado y aplastara bajo él a los pobres mortales como la tapa de una cazuela de hierro y los despojara de esperanza, de ánimo, de cualquier recuerdo de los cielos azules y luminosos, de toda alegría...

Como había amanecido el cielo la mañana de la ejecución del jardinero, hacía tantos años.

Tenías mucha razón, lama Hsueh, se dijo el magistrado. Somos amigos desde mucho antes de lo que yo creía; desde antes, incluso, de lo que tú mismo crees. Aunque no nos habíamos encontrado cara a cara hasta esa tarde en mi despacho, yo llevaba buscándote desde el momento en que el espíritu ultrajado y herido del jardinero abandonó su cuerpo roto. Y por fin, después de tantos años, el gran Di Jen-chieh logra llevar a ese hombre ante la justicia. No importa que haya transcurrido casi un cuarto de siglo y que, mientras estabas en libertad, se hayan derramado, enjugado y vuelto a verter cantidades inconmensurables de sangre: el gran magistrado ha conseguido, finalmente, hacerte morder el polvo.

Naturalmente, tendremos que acudir al historiador Shu para que lleve a cabo uno de sus expertos trabajos de retoque; de nada serviría a la posteridad poder hurgar en el tejido, raído y deshilachado de la vida y obra de maese Di, investigar los rincones en sombras y asomarse a los agujeros. No; tal cosa resultaría poco apropiada e indecorosa. Ponte manos a la obra, maese Shu, se dijo; vísteme con las sedas resplandecientes y los atavíos magníficos de la virtud, la habilidad y la competencia. Vísteme para mi viaje al futuro. Hazme presentable.

Di había pasado la noche dándole vueltas al recuerdo de su época de socio de Hsueh en Luoyang; había evocado con minucioso detalle las conversaciones que mantenían, las tabernas que frecuentaban, los parajes de Luoyang que recorrían, incluso el tiempo que hacía un día determinado en que los dos salieron a caminar y charlar. Ya en aquella época, en cada instante de su relación, la información había estado allí, en el fondo de los ojos de Hsueh, pero Di no supo verla, olería o percibirla de ninguna manera. Allí había estado la información de que en cierta ocasión había estado a punto de matar a Di Jen-chieh y de que él era el asesino del ministro de Transportes de Yangchou, el que se plantó sobre el cadáver y dio cuenta del resto de

la merienda del pobre hombre, cuyas migajas dejó caer descuidadamente sobre el cuerpo inerte. Que era él quien había dejado que un inocente fuera ajusticiado en su lugar.

Así pues, a mi manera lenta y torpe, he terminado por dar contigo, se dijo. No importa que te escabulleras de entre mis dedos más de una vez, ni que prácticamente conspirara contigo y te ayudara a convertirte en el personaje influyente que acabaste por ser. Debes saber una cosa, maese Hsueh, pensó Di mientras iniciaba el ascenso de la larga escalinata que conducía a los despachos de la Censura, mañana, cuando empiece el juicio, el mundo creerá que es por los crímenes de Ch'ang-an y, por supuesto, así será en parte. Pero tú y yo sabemos la verdad: que estarás saldando una deuda encubierta muy antigua con el fantasma de un jardinero muerto.

Aquella mañana, las oficinas de la Censura eran un hormiguero de actividad. Los exhaustivos preparativos para el juicio estaban casi ultimados. Los informes y las pruebas habían quedado organizados y redactados, los extractos pertinentes del código legal T'ang habían sido localizados y copiados por los escribientes de la Censura y los magistrados y funcionarios devueltos a sus cargos por Di se hallaban conferenciando. Por todas partes reinaba una sensación de libertad; los hombres miraban a su alrededor y comprendían que, por fin, podían hablar sin temor, que el largo periodo de terror había quedado atrás y que no debían temer represalias por el delito de decir abiertamente lo que pensaban. Hombres que no se habían hablado durante años, o que no se habían visto siquiera en aquel largo periodo, charlaban entre ellos con la misma ansia con la que un hambriento al borde de la inanición se lanza sobre un plato de comida. A pesar del cielo plomizo que presidía la jornada, la sensación reinante era la de que el sol asomaba por fin entre las nubes después de una larga temporada de frío.

A su paso, los funcionarios le dedicaron sonrisas y respetuosas reverencias. Di respondió con un gesto tímido de la mano y rehuyó el contacto directo, rogando que se abstuvieran de aplausos y adulaciones. No creía poder tolerarlos, ni merecerlos, se dijo, y se recluyó rápidamente en el despacho principal antes de que el asunto se saliera de madre.

Cerró la puerta tras él y saludó con la cabeza a su ayudante.

—Buenos días, magistrado. —El asistente levantó la vista unos instantes y enseguida se concentró de nuevo en el documento que estaba redactando. Di agradecía aquel trato franco y sincero. El hombre lo consideraba un colega, alguien que merecía un respeto normal, y no lo avergonzaba con alabanzas serviles y con lisonjas aduladoras. El magistrado se sirvió un tazón de té y tomó asiento. Cuando el ayudante terminó lo que estaba haciendo, le dijo:

—Ya está todo bastante bien organizado, magistrado. Creo que mañana estaremos a punto. Me he ocupado de los detalles y preparativos especiales que usted solicitó.

Se están llevando a cabo en este momento.

—Bien —murmuró Di, preocupado todavía.

—También han llegado los prisioneros que ordenó trasladar desde Ch'ang-an. Están a su disposición, señor.

—¡Ah, sí! Los emisarios. Los criminales contratados. Los mensajeros de la muerte. Me gustaría interrogarlos. ¿Disponemos de algún amanuense?

—Sí, señor.

Di se puso en pie. Quería ocuparse de aquel asunto cuanto antes para poder concentrarse en los demás preparativos. Iba a asegurarse de que aquél no fuera un juicio corriente. Ni siquiera el historiador Shu, con su rica imaginación, habría podido inventar algo que superara lo que se preparaba. Aquel juicio iba a ser la contribución de Di a la «Historia».

Los prisioneros estaban encerrados en un despacho del piso superior.

Di, su ayudante y el amanuense subieron la escalera comentando algunas de las sorpresas que le tenían reservadas al lama Hsueh al día siguiente. La propia emperatriz había colaborado mucho en la idea y al magistrado le había resultado muy instructivo observar cómo los ojos de la soberana aumentaban de tamaño y adquirían un tono negro más intenso pensando en la represalia contra su ex amante. Di casi sentía lástima por Hsueh.

Llegaron a la puerta del despacho.

—Ahí los tiene, magistrado —anunció el ayudante, y se hizo a un lado. Di entró en la habitación. Los dos prisioneros ocupaban sendas sillas, con la cabeza hundida y los pies sujetos con grilletes. Al abrirse la puerta, alzaron sus rostros fatigados y demacrados.

Di se quedó paralizado, con la mano en la puerta, y pensó que sin duda aquél era el juego de manos supremo de Hsueh Huai-i. Aquello dejaba en ridículo los Budas levitantes, los ángeles voladores, las nubes de palomas mágicas y los templos embadurnados de sangre. Los *arhats*, la salmodia del Olvido, la voz de Búho Atronador, las narraciones Jataka y la efigie gigante del Iluminado ardiendo con unas llamas que rozaban los cielos no eran nada comparado con lo que tenía ante sus ojos.

Contempló el rostro de sus hijos un instante más; después, dio media vuelta y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras él. Su ayudante dijo algo, pero el magistrado no alcanzó a comprender sus palabras. Ni siquiera recordaba en qué extremo del pasillo estaba la escalera. Por fin, advirtió la expresión inquisitiva de sus dos acompañantes, que se miraban sin decir palabra.

—No habrá interrogatorio —fue lo único que alcanzó a musitar antes de darles la espalda y alejarse a toda prisa en dirección a la escalera.

34 Año 676, primavera, cinco meses después del juicio de Hsueh Huai-i Alrededores de Luoyang

Aquel día, casi era posible creer en la existencia de un mundo perfecto. Mientras contemplaba las ondulaciones del agua y el aroma de las flores de la costa llenaba su olfato. Di pensó que era posible no sólo confiar en su existencia; por un brevísimo instante, a bordo de aquella nave paradisíaca, creyó encontrarse de verdad en un mundo perfecto.

Los aleros curvados hacia arriba de los pabellones dorados que se superponían en la gran nave dragón reflejaban la luz deslumbrante. Una gruesa alfombra fragante de lirios se extendía graciosamente y desaparecía delante de la proa de escamas de dragón, para surgir de nuevo, pura e intacta como un millar de existencias budistas renacidas, en la estela espumeante y agitada a popa.

La gran nave se deslizó entre los lirios rumbo al centro del lago y dejó atrás campos de plantas acuáticas que se mecían al impulso del agua. Desde un estrado elevado sobre la cubierta, veinte flautas exhalaban sus dulces sonidos al aire primaveral y las campanillas repiqueteaban sobre la cabeza de Di. El delicado tintineo melodioso se perdía en el centelleante cristal del agua cuando la proa lo partía. La costa se alejó hasta que los riscos y los tupidos bosques de pinos a sus pies se hicieron borrosos bajo la bruma creciente, que difuminaba los perfiles como un acuarelista.

Al penetrar en aguas más profundas del gran lago, la nave empezó a cabecear, con suavidad al principio pero con más intensidad después, al encontrar la corriente del río y los vientos que soplaban en aquella zona. El inesperado movimiento de la cubierta bajo sus pies sacó a Di de sus reflexiones; se golpeó el codo contra el pasamanos y estuvo a punto de resbalar. Hacia el centro del lago, un encaje de espuma blanca coronaba las olas encrespadas.

No se atrevió a frotarse el codo porque para ello tendría que apartar la otra mano de la barandilla; cuando bajó la vista a las aguas oscuras del lago, el dolor del codo le hizo pensar en el púrpura oscuro de la sangre. Con pasos precavidos, se apartó del pasamanos y de la perturbadora visión. Ya no deseaba seguir contemplando las aguas.

Detrás de Di, con un breve jadeo de exasperación, el historiador Shu agarró el recado de escribir y levantó a toda prisa las hojas de sus poemas —escritos el séptimo día de mayo de 676, en ocasión del sesenta y cinco aniversario de la gran señora Yang y del festival anual de los Barcos Dragón— para ponerlas a salvo del contenido del tintero, que se había derramado. La embarcación dio un nuevo bandazo. La hilera de farolillos de colores osciló y Di se agarró al marco tallado de una portilla mientras Shu se esforzaba por afirmarse en su asiento y mantener secos sus preciados papeles.

El hombrecillo ya no tenía que intervenir en los escándalos de su soberana. Liberado por fin de politiquerías, parecía felizmente absorto en el arte inocuo que

más apreciaba, la poesía. Di pensó que tal vez era éste el verdadero Shu Ching-tsung: el hombre feliz dedicado a sus sensiblerías poéticas.

—Este cambio de tiempo ha llegado muy de improviso, ¿verdad, maese Shu? —comentó siempre aferrado al marco tallado.

—¡Oh! No, magistrado. No es nada inhabitual que cerca del centro el lago parezca un océano. El lago Tai es famoso por esto. Cuando se llega a sus aguas más profundas, casi siempre se muestra tumultuoso y alocado. —Shu se complacía en su papel de poeta—. Resultan muy inspiradoras, ¿no cree? Me refiero a las fuerzas de la naturaleza. Y, comparado con otros días, hoy está tranquilo. Somos tan vulnerables... ¿no le parece, magistrado?

Alocado, e impredecible, sí, pensó Di; vulnerables, muchísimo. Pero ya había tenido suficiente de aquellas fuerzas de la naturaleza.

—¿Entonces, ha navegado por estas aguas otras veces, historiador? —preguntó Di, sintiéndose aún más desvalido como marinero.

—Así es. Muchas veces, magistrado. Es el lugar predilecto de la emperatriz y de su madre. Y ésta es la razón de que la embarcación imperial sea tan grande. Uno no se arriesgaría a someterse a los caprichos de las corrientes del lago en una nave menos poderosa —le aseguró Shu—. Y siempre navegamos por aquí para el festival de las Naves Dragón y para celebrar el aniversario de la señora Yang. Trasladar la corte imperial representa un esfuerzo considerable, pero siempre merece la pena.

Mientras Shu enumeraba aquellas agradables intimidaciones imperiales, Di no pudo dejar de pensar en los pobres hombres de las cubiertas inferiores, que pedaleaban furiosamente para hacer girar las grandes hélices que impulsaban la pesada nave en aquellas aguas embravecidas. ¿Era un simple azar lo que lo había colocado a él sobre la cubierta y a aquellos hombres debajo; lo que le hacía a él privilegiado y a ellos desdichados? ¿O tenían razón los budistas respecto a la rueda infinita de la vida y quizás algún día, en otra reencarnación, aquellos hombres y él cambiarían sus papeles?

Di advirtió que la música suave de la orquesta había cesado y los participantes en la fiesta habían pasado adentro. El viento agitaba ahora los estandartes y barría las cubiertas con la espuma helada de las olas.

Di se afirmó en el marco de la portilla. La línea de la costa había desaparecido completamente a causa de la distancia y de las brumas. Allí, en mitad del lago, no había alfombras de lirios, sólo grandes olas de crestas espumeantes. El aire frío y húmedo, exento de fragancias sutiles, llenó sus pulmones. A ambos costados de la gran embarcación, a cierta distancia, los juncos de guerra imperiales que la flanqueaban patrullaban arriba y abajo con sus velas tensas y sus nervaduras firmes contra las fuertes brisas.

—Le aseguro, magistrado —suspiró Shu con fingida exasperación—, que ya

tengo suficiente de este viento. —Con gesto decidido, enrolló los papeles y se los puso bajo el brazo. No hizo el menor ademán de recoger los pinceles y cuencos, sino que los dejó a merced del viento—. Voy al salón. Tal vez le apetezca acompañarme, magistrado. La emperatriz y su madre nos esperan, estoy seguro.

Dentro, la orquesta interpretaba una melodía llamativa que llevaba un título muy apropiado, *El viento y la ola*, una delicada pieza en dos partes en la que al «viento» susurrante de las flautas *hsiao* y de los caramillos *sheng* le respondía el eco de las «olas» de los instrumentos de cuerda, las campanillas y las matracas. Sobre un mar en calma de almohadas de satén de brillantes colores, bajo la luz vistosa de las linternas de mica oscilantes, una decena de hombres jóvenes y atractivos adulaba servilmente a la emperatriz y a su madre. Las dos mujeres, recostadas en extremos opuestos de la sala, comían de unos platos de jade y plata dispuestos sobre unas amplias mesas bajas y giratorias.

La señora Yang celebraba su sexagésimoquinto cumpleaños con las profusas atenciones de los jóvenes, con masajes en los pies, las manos, el cuello y las sienes y también con sabrosos platos. Los jóvenes, por supuesto, pertenecían a Wu, pero la emperatriz siempre se mostraba muy generosa cuando se trataba de compartir algo con su madre.

Un movimiento de la embarcación envió a Shu contra los almohadones, cerca de la señora Yang; el historiador trastabilló y derribó una mesita con el par de cuencos que había sobre ella. Cuando se dio cuenta de que todos los presentes se reían, una ligera sonrisa apurada apareció dubitativamente en el rostro del historiador mientras sus ojos recorrían la estancia con un parpadeo inquieto. Pero cuando vio que la señora Yang se reía más fuerte que nadie, se unió al coro, visiblemente satisfecho de servir de bufón a los invitados.

Se estiró relajadamente sobre los cojines, buscó en el interior de la manga y extrajo los papeles que había salvado del viento y el agua en la cubierta. Su anuncio de que deseaba leer la oda que acababa de componer con motivo de la festividad de la señora Yang fue recibido con una muestra general de aprobación.

Desde su posición, en el otro extremo de la sala larga y estrecha, rodeada de sus jóvenes aduladores, Wu cruzó una mirada de inteligencia con Di. El magistrado observó a la emperatriz, recostada entre sus mancebos, y pensó en cuánto había cambiado el mundo en los últimos meses. Durante años, el único hombre que había compartido la cama de Wu había sido el tibetano. Hsueh no toleraba competidores y Wu, a juicio de Di, había estado absolutamente prendada de él... pero voluntariamente; es decir, ella no tenía el menor deseo de romper el hechizo hipnótico del monje. Pero, por supuesto, el dominio de la situación siempre había estado en sus manos. Y cuando se había hartado del juego, el encantamiento quedó roto, limpia y bruscamente. Ella mostró entonces el mismo pragmatismo carente de

sentimientos con el que una leona abandona a sus cachorros cuando llega el momento y no vuelve a pensar en ellos. La influencia de Hsueh, si alguna vez había existido, desapareció por completo.

Di siguió a la emperatriz escalerilla arriba, asiéndose con cautela al pasamanos. Entraron en el pabellón y ella le indicó con un gesto que se acomodase.

—Shu me entregó esto hace un rato. Está especialmente orgulloso del trabajo que ha realizado —comentó Wu al tiempo que se instalaba en el diván acolchado—. El historiador desea que lo leas. Si das tu aprobación, será añadido a los anales oficiales.

Di recibió de sus manos un documento con el sello de Shu, que ya le resultaba familiar.

Con una reverencia, y tras aferrarse de nuevo al pasamanos, leyó el comunicado de Shu en silencio, consciente en todo momento de la mirada de la emperatriz fija en él:

La Ejecución de Hsueh Huai-i quedará como una Lección Admirable para la Posteridad. Por Terrible que resultara presenciarlo, el hecho proporcionó a Este Cronista la oportunidad extraordinaria de asistir al Cumplimiento de la Pena de los Cien Cuchillos, una ejecución extremadamente Lenta y Dolorosa. Pero el reo había corrompido a la Divina Soberana de China y el Alma del Imperio, de modo que tal final era Justo. Hay ocasiones en que el Cielo proclama que el Único modo de corregir un acusado Desequilibrio en el Universo es el empleo de este Castigo. Ésta fue una de tales ocasiones.

La Pena de los Cien Cuchillos es un final reservado a lo Peor que puede producir un Universo que ha perdido su Armonía, a un alma irremisiblemente Viciada y Corrupta. Es un procedimiento tan Lento de Dar Muerte que, según se ha apuntado, el ch'i esencial del ajusticiado Rezuma literalmente de las Heridas Infligidas. De la dualidad de almas —hun y p'o—, la que escapa —el Alma Superior de la Naturaleza Espiritual del hombre— ve impedida su Separación del Cuerpo y su Ascensión al cielo cuando uno sufre la Pena de los Cien Cuchillos. Ésta, además de la Agonía Física, es la razón de que tal método de Ajusticiamiento sea considerado la tortura más Cruel y Espantosa. Sin embargo, tan nefasto era el charlatán, el Corruptor de la Buena Fe Budista, Hsueh Huai-i —sólo el Cielo conoce su verdadero nombre—, que lo tenía Totalmente Merecido.

La Ejecución de Hsueh Huai-i dio inicio con las primeras luces del Día Señalado y se prolongó hasta mediada la hora del Caballo, cuando el sol alcanzaba el punto más alto en el cielo. Fue entonces cuando Hsueh Huai-i

Exhaló su Último Aliento Terrenal. Mientras la hoja del verdugo Sajaba Sus Carnes, el reo Profería Gritos de terrible agonía. Cien rebanadas de carne le quitaron del cuerpo —del pecho, la espalda, brazos y piernas—, mientras colgaba por las muñecas con los pies Firmemente Sujetos al estrado mediante tiras de cuerpo.

Hsueh Huai-i lanzó Alaridos Agónicos que Hendían el Aire y Estremecían las Montañas y Helaban los huesos a cualquiera que los Oyese. Ya no se reía, ni hablaba de su Futura Reencarnación. Se limitaba a padecer lo Peor que ningún hombre pueda imaginar y Aún Más. Habría sido mucho mejor para él que su cuerpo Entregara su Espíritu mucho antes, pero tal contingencia No Estaba en los Astros para Hsueh Huai-i. El farsante Ya No Está y, a nuestro alrededor, se puede escuchar que la Propia Tierra exhala un Profundo Suspiro de Alivio.

Y, Ese Mismo Día, el Magistrado y Presidente del Gabinete Nacional de Sacrificios, Di Jen-chieh, nos devolvió al Sendero de la Razón Confuciana y de la Rectitud Humana: proscribió los templos del Caballo Blanco en todo el territorio del Imperio y desterró de por vida a sus Clérigos a una distancia de mil li.

Registrado en este Último Día del Funesto Invierno de 675-676 por el Cronista del Reino, Shu Ching-tsung, Historiador Oficial de la Emperatriz Wu Tse-tien.

Di exhaló un suspiro y, con un gesto absolutamente inconsciente, empezó a plegar el informe de la ejecución de Hsueh Huai-i. Por último, depositó el documento sobre la mesa del pabellón de la emperatriz en la cubierta superior. No dijo nada. Había intentado en vano distanciarse de todo lo sucedido durante los últimos meses, pero ahora comprendía la inutilidad de sus esfuerzos. Lo que había presenciado había dejado marcas indelebles en su alma, el escrito de Shu seguía el curso de esas marcas como una corriente de agua se deslizaba entre las hendiduras de las peñas erosionadas.

—Entonces, no me equivocaba al imaginar que todavía no lo habías leído, magistrado —comentó Wu—. Maese Shu lo redactó pocos días antes de que nos trasladáramos aquí. Así termina el asunto, magistrado. Celebramos el festival de las Naves Dragón. Los funcionarios retirados vuelven a sus cargos. El mal del que tan a menudo hablaba el lama Hsueh ha desaparecido.

La emperatriz pronunció aquellas frases con un tono tan desapasionado que Di notó una flojera en las rodillas, atribuible a algo más que al movimiento del barco, que lo obligó a dejarse caer de nuevo en su asiento. El lama no habría sido nada en absoluto sin su cómplice voluntaria y corruptible. Sin embargo, en aquel momento,

allí estaba Wu conversando tranquilamente sobre el final del lama sin mostrar más emoción que si se refiriera a la muerte de algún pariente lejano. Era aquella falta de emoción lo que perturbaba especialmente al magistrado. Hsueh Huai-i había sido una especie de monstruo aberrante, sí, ¿pero qué más había significado para ella, además de una fuente de gratificación carnal y de una fuerza que había exprimido el veneno mortífero que la emperatriz llevaba dentro, igual que el recolector de veneno de serpiente obliga a ésta a expulsar el que guarda en sus colmillos? La mujer ni siquiera fingía un ápice de emoción; Di no apreció en su voz otra cosa que un tono neutro y concluyente. Ella examinó los papeles que tenía sobre la mesa como si buscara errores gramaticales; después, volvió a mirar a Di y, por último, se dirigió hacia la portilla que se abría sobre el gran lago como si, efectivamente, aquello fuera todo.

Durante un brevísimo instante. Di creyó haber penetrado en el corazón y en la mente de Wu como aquellos espíritus errabundos sobre los cuales había leído en los libros de narraciones populares, que compartían el cuerpo de su huésped porque deseaban experimentar de nuevo emociones humanas. Y le dio la impresión de que no percibía en el corazón de la soberana otra cosa que una frialdad hueca, como si fuera una antigua caverna deshabitada durante siglos; una quietud y un vacío ocupados solamente por el sonido del agua y el cabeceo de la embarcación. Aquel extraño vacío, reflexionó, tal vez era producto de su imaginación, o quizás era una certera visión de los sentimientos que la mujer había albergado. Ninguno. ¿Era posible? Si lo era, se trataba del vacío más profundo y más sombrío al que se había asomado en su vida, y se retiró del borde como lo habría hecho ante un precipicio.

—Un escritor de extraordinario talento —consiguió articular mientras dirigía la vista al documento que acababa de leer. Era lo único que se le ocurría, de momento. Se sentía como si, realmente, su espíritu acabara de volver a su cuerpo.

—Sí... muy extraordinario. Creo que ha captado muy bien los últimos momentos del monje.

Lo que había obligado a Di a sentarse de nuevo, lo que hacía dudar al magistrado de que las piernas lo sostuvieran, era la imagen de lo que Hsueh había sido para la emperatriz: una especie de grotesco espejo mágico que la reflejaba y la reforzaba, y en el que ella se había contemplado con la vanidad de una gran belleza admirándose en su bruñida superficie. Hsueh era también algo que ella había alimentado y de lo que, a su vez, se había nutrido. Algo que había insuflado abundante vitalidad en todo lo que la mujer era ya. Y ello incluía los también actos caritativos que habían caracterizado su mandato. Estos también formaban parte del legado de Hsueh. La emperatriz había sido a la vez la deidad castigadora, el ángel vengador y la salvadora compasiva. ¿Pero acaso no parecía como si Hsueh lo hubiera sabido desde el primer momento? ¿Y acaso la soberana no había obrado de buena fe a su modo, terrible y desnaturalizado? ¿Acaso el monje no había descubierto sufras proféticas, escritos

hacía siglos, que predecían su advenimiento?

Pero esta vez, en el momento en que le ofrecía el documento con el relato de la muerte de Hsueh, al magistrado le había parecido como si Wu se amputara la mano —una mano que había asesinado—, y la contemplara desapasionadamente sobre la mesa, todavía caliente y palpitante en el charco de su propia sangre, mutilada pero aún reconocible como parte íntima de su cuerpo que había sido hasta momentos antes.

Tras una larga pausa y saltándose toda precaución, Di añadió un comentario. Entre el magistrado y la emperatriz quedaban en pie pocas reservas diplomáticas.

—Y desde luego, mi señora, el historiador Shu ha sido un poderoso instrumento en vuestra actuación como gobernante.

Esta vez, superado el comienzo vacilante, Di estaba dispuesto a continuar hablando. Wu permaneció un rato callada, concentrada aparentemente en estudiar el movimiento de las olas que batían contra el casco, allá abajo. Mientras sus ojos recorrían la superficie negra y agitada de las aguas, se llevó una mano a la boca y empezó a pasarse el índice entre el labio superior y la nariz. Di reconoció en aquel movimiento uno de los pequeños masajes cosméticos del tibetano que la emperatriz había incorporado a sus gestos inconscientemente.

—Seguís siendo hermosa, señora —afirmó Di, y con razón.

—Agradezco tu amable cumplido, magistrado, pero la edad es una dama muy severa. —Detuvo el masaje y bajó la mano—. Ya no tengo la piel elástica de la juventud.

—Incluso así.

—Digo «dama» porque sólo una mujer puede tener tan mala intención.

—¿Oh? —Di esperó, fascinado, lo que la mujer se disponía a decir. Al magistrado, los comentarios de Wu acerca de los sexos le resultaban reveladores.

—Si hubiera que escoger una forma simbólica que representara la edad, tendría que ser la de una mujer. La edad posee todas las características femeninas; entre los hombres, incluso entre los más falaces, la crueldad sirve a un propósito muy diferente. Surge de una parte del alma completamente distinta, ¿no estás de acuerdo?

Di no respondió; con un encogimiento de hombros evasivo, instó a la emperatriz a continuar.

—Las mujeres son insidiosas. Y crueles en la venganza. —Wu cerró los dedos y miró a Di como si esperase confirmación.

—A mí me parece que no hay diferencia...

—¡Ah, magistrado! Para ser un hombre con una comprensión tan aguda del corazón humano —su voz adquirió en este punto una aspereza desapasionada—, me decepcionas.

La emperatriz cruzó los brazos y volvió a contemplar la extensión de frías aguas

del lago y el sol que había empezado a atravesar la bruma y brillaba en las velas húmedas de los juncos engalanados que escoltaban la nave dragón cabalgando las olas.

—Si es a mí a quien os referís como a un entendido en corazones humanos —continuó Di—, complacedme en una cosa. Como sin duda habréis apreciado, tengo una debilidad: siento una necesidad imperiosa de resolver todos los asuntos pendientes.

La mirada de Wu se volvió hacia el magistrado; después, reanudó su contemplación del lago. La embarcación ya no cabeceaba tanto, pues habían llegado a aguas menos profundas. Di se levantó y se acercó a la portilla. El color de sangre oscura de las aguas se había aclarado con la aparición del sol y la estela espumosa de la embarcación era un surco verde esmeralda.

—La curiosidad. Ésta es la fuerza que me mueve. Sencillamente, me gusta comparar notas. Los misterios sin resolver, mi señora, resultan tan irritantes... Son como edificios levantados por constructores torpes, llenos de agujeros por los que se cuele el viento y la lluvia. Siempre he hecho cuanto he podido pero, para ser completamente sincero, señora, mis motivos no siempre han sido desinteresados. Gran parte del trabajo que he desarrollado en mi vida lo he hecho para mí mismo, por la sencilla razón de que no soporto los enigmas sin aclarar. Así pues, aceptaré vuestro generoso elogio... si me complacéis en una cosa. Sabéis que he prometido no investigar en vuestros... vuestros asuntos pasados. He prometido no hacerlo de forma oficial, y cumpliré mi palabra. Pero ayudadme a sellar los resquicios por los que penetra la lluvia y el viento en mi casa. Ayudadme a despejar algunos interrogantes.

La emperatriz le dirigió una mirada divertida.

—Pero, magistrado... ¿por qué habría de necesitar mi ayuda el gran investigador Di Jen-chieh?

—Señora, el término «gran investigador» es vuestro, no mío. Lo cierto es que necesito vuestra colaboración para conocer la verdad.

Wu pareció sopesar la propuesta durante unos instantes.

—Mi madre y yo estaremos encantadas de escuchar historias de tus días legendarios en Yangchou, magistrado. Vendrás a cenar cualquier día, pronto, quizá.

—Sonrió y añadió—: Pero me temo que no podré ofrecerte anécdotas de nuestro pasado.

La luz dorada de la tarde bañó a la emperatriz con un resplandor de incongruente inocencia. Di estudió el perfil de su rostro.

—Di Jen-chieh —declaró ella entonces con firmeza—, tengo una responsabilidad que sobrepasa mis deberes como emperatriz de China. En primer lugar y por encima de todo, está mi madre. Y soy una hija demasiado respetuosa como para revelar a nadie ninguno de nuestros secretos. Todavía no. No permitiré que se conozca nada

hasta que mi madre esté en los cielos, magistrado. Seguro que un buen confuciano como tú lo entenderá. Las piezas que falten en tu rompecabezas aún no pueden ser colocadas en su lugar. Es una lástima —añadió—, pero tendrás que soportar las corrientes de aire de tu casa un poco más. Por lo menos, el tiempo que viva mi madre.

La inoportunidad de su intervención dejó algo mortificado a Di.

—¡Que viva diez mil años! ¡Por la Matriarca Imperial, la divina señora Yang, madre de la emperatriz, en su aniversario! —brindó Di con el debido entusiasmo, recuperándose rápidamente mientras su mente se afanaba en echar cuentas: la señora Yang cumplía sesenta y cinco, ocho más de los que tenía Di y catorce más que su hija, la soberana.

Di había apaciguado el espíritu inquieto del jardinero, pero otras sombras perturbadoras —inconcretas al principio, pero de creciente consistencia en el curso de los últimos días— llamaban a gritos su atención. La duquesa. La sobrina de Wu. Sus propios hijos. El desdichado *nagaspá*. Y la vocecilla más débil de todas ellas, pero la que cuchicheaba a su oído por las noches con más insistencia, el frágil susurro de un espíritu que apenas había llegado a existir: la hija primogénita de la, entonces, señora Wu.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar?



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Muy bien. Tengo que esperar. Debo cultivar la paciencia del asceta más disciplinado, sin la menor idea de cuánto tiempo transcurrirá. Aunque mi ánimo arde de impaciencia y de curiosidad como la lengua del sediento ante el vino, sé que no tengo elección. Será la emperatriz quien decida cuándo ha terminado la espera y, si algo he aprendido, es que tomará la decisión cuando lo crea oportuno.

También sé que Shu, el estimado historiador, está muy ocupado registrando para la posteridad los extraordinarios acontecimientos de los últimos tiempos. No tengo intención de interferir en su trabajo o de influenciarlo en modo alguno; ahora que he aprendido que la verdad es un asunto relativo y flexible, no tengo ningún reparo en que exponga la verdad según la ve. Yo, mientras tanto, me siento obligado a registrar mi propia versión de los hechos; desde luego, cualquiera que lea y compare las dos historias dentro de un par de siglos tendrá ante él un interesante enigma. Muy bien, he aquí el desarrollo de los acontecimientos y las palabras pronunciadas por los principales actores según los percibieron los ojos y los oídos de un tal Di Jen-chieh, quien, aunque fracasara en muchas otras cosas, siempre intentó ser fiel a la verdad.

Los altos funcionarios de la corte empezaron a reunirse ante las puertas del Tribunal de Justicia de la Censura muy temprano, el día del juicio de Hsueh Huai-i. Se comentaba que yo tenía un plan, que me disponía a mostrarles algo fuera de lo corriente, un poco de simbolismo místico tibetano con el que pensaba captar la atención del lama.

Una vez restablecido cierto orden entre la multitud congregada, noté crecer la expectación ante la visión de las misteriosas cortinas que había hecho instalar en el fondo de la sala. El recinto estaba envuelto en un murmullo de especulaciones. Me sentí complacido. Aquí y allá se formaron pequeños corros excitados mientras la atención de los presentes se dividía entre el monje Hsueh Huai-i, que se hallaba arrodillado en el estrado y sonreía en silencio, y las cortinas y lo que aguardaba tras ellas.

Desde luego, no esperaba ver remordimiento en el rostro de Hsueh, ni que los trámites y formalidades oficiales que constituirían la primera parte del juicio le causaran gran impresión. Imaginé que, si algo pensaba Hsueh de todo aquello, era probablemente que su detención y todo lo demás no eran sino meros inconvenientes u obstáculos para su «labor» posterior.

De hecho, el monje no prestaba la menor atención a lo que tenía alrededor. Estaba ausente, en su mundo privado, insensible a todo lo que se desarrollaba en torno a él. Hsueh era visiblemente ajeno a los frágiles acuerdos de comportamiento que gobiernan a los demás hombres y que llamamos ética y moral.

Hubo ocasiones durante el juicio en que me permití pensar que el monje se interesaba por los trámites, en que parecía ceñudo y casi atento, pero también aprendí a no dejarme engañar tan fácilmente. Porque de pronto, de la manera más inesperada y en el momento más inoportuno, una sonrisa extraña iluminaba su rostro y en sus ojos se encendía un fuego extraño, como si una entidad diabólica hubiera abandonado el cuerpo del tibetano y otra distinta hubiese acudido a ocuparla. Yo había visto aquella misma sonrisa una vez, hacía mucho tiempo, en un loco; era una sonrisa que daba a entender que éramos nosotros, y no él, los alucinados.

Tuve amplias oportunidades de observarlo de cerca. En realidad, resultaba difícil no mirarlo. De vez en cuando, Hsueh encogía los hombros con una suave risilla silenciosa. En otras ocasiones se retiraba a su mundo interior con los ojos fijos en el cojín sobre el que permanecía arrodillado, seno e inmóvil como una estatua. Se retiraba por completo, abstraído de todo, y su actitud me incitaba a imaginar lo que pasaba por su mente. Y lo que veía allí era un laberinto, como un palacio oscuro, ruinoso y visitado por fantasmas con diez mil estancias sin ventanas, llenas de viejos y perversos

tesoros. En esos momentos, los áridos trámites del proceso —el murmullo de los lectores, los interrogatorios retóricos del tribunal, la compleja elaboración de proclamas y decretos que acompañaba una sentencia de tal alcance— parecían no tener nada que ver con él. El juicio no lo afectaba; el tibetano era una roca lisa en el centro de un río de aguas bravías.

Debo confesar que prefería al monje cuando se mostraba abiertamente hostil, cuando respondía con gritos e insultos obscenos a las preguntas de los funcionarios e incluso cuando intentó, en una ocasión, escupirme en los zapatos. Por lo menos, en esos momentos tenía la sensación de que Hsueh estaba presente, de que le afectaba de algún modo lo que le estaba sucediendo. Cuando se ensimismaba y se ponía a hablar y a reírse solo, me producía la impresión de que, en cierto modo, estaba escapando. Y no veía razón alguna para que tuviera que tolerárselo.

Pero sus accesos de locura nunca se prolongaban mucho antes de ser reprimidos. Los guardias tuvieron que taparle la boca más de una vez para cortar el torrente de insultos e imprecaciones y terminaron por atarle los brazos a los muslos para impedir que se levantara de su posición arrodillada.

Hsueh, sin embargo, no resultó más cómodo amordazado que con la boca libre; haciendo caso omiso del contenido de las preguntas que se le dirigían, respondía con el silencio, con más insultos o con divagaciones incoherentes. No estaba seguro de qué efecto tendría mi espectáculo final, pero esperaba que mi «actuación» le tocara. Con todo, me daba cuenta de que era una apuesta sin garantías, pues me disponía a entrometerme en el juego simbólico personal del monje.

Hsueh Huai-i fue declarado culpable de los delitos más horribles contra el hombre, el estado y el propio cielo. Por fin, las lecturas y declaraciones y demás procedimientos formales de la Censura habían terminado. Llegó el momento de emitir sentencia. Llegó mi momento.

Las especulaciones crecieron hasta alcanzar los ángulos dorados del techo de la sala. Las conversaciones se hicieron más sonoras y animadas. Por último la sala quedó saturada por un murmullo excitado cuando las largas cortinas que ocultaban mi secreto fueron retiradas.

Hubo un momento de silencio y desconcierto en el que no se oyó ni un carraspeo. Era como si todos los presentes en el Tribunal de Justicia de la Censura estuvieran tratando de comprender lo que veían.

El espejo era de un tamaño excepcional porque lo que tenía que reflejar, dada su significación iconográfica, era enorme. Así, no me sorprendió que muchos de los asistentes se sobresaltaran al descubrir allí su propia imagen.

Ordené que el reacio lama Hsueh fuera conducido —o, mejor dicho,

arrastrado— al otro extremo del salón y colocado de rodillas ante su propio reflejo. Mis ayudantes le pusieron una canga en torno al cuello y los brazos. Se trataba de un objeto del simbolismo budista y tántrico al cual había decidido recurrir en esta ocasión. Una vez sentenciado el yo terrenal y corpóreo del monje, era el momento de hacer lo mismo con su espíritu según su propia imaginería tortuosa. Con la voz más potente y autoritaria de que fui capaz, empecé a enumerar los diversos grados de los Ocho Infiernos Ardientes de los sutras Abhidharmakosa. Era una referencia simbólica que estaba convencido de que no le pasaría inadvertida a nuestro lama. Estaba jugando a su propio juego:

—(...). El infierno de la vida equivalente, para los pecadores destinados a volver a las mismas formas y a repetir sus pecados durante quinientos años (...). El infierno de los nudos negros, donde el pecador es atado y descuartizado y sus heridas son cubiertas con sal durante mil años (...). El infierno de ser aplastado bajo peñascos como montañas durante dos mil años (...). El infierno de los lamentos que desgarran los oídos durante ocho mil años (...). El infierno del gran calor, donde el pecador padece las llamas ardientes y lacerantes durante diez mil sesenta años (...). El infierno del calor extremo, el infierno del padecimiento bajo el plomo fundido durante ocho millones cuatrocientos mil años (...). Por lo que respecta a ti, Hsueh Huai-i...

Hice una pausa. En el gran salón, nadie respiraba. El rostro del monje ya no estaba vacío e inexpresivo; había tensado los músculos de la mandíbula y apretado los puños aprisionados en la canga. Si entendí bien lo que pasaba por su cabeza, la reacción de Hsueh se debía a la irritación de ver utilizados contra él sus propios instrumentos y símbolos, más que a cualquier temor por su propia vida, para lo cual tal vez estaba demasiado desquiciado.

—Todos éstos no son sino algunos de los infiernos que te tienden los brazos para atraerte. Ahora es momento de dictar sentencia.

Hice una nueva pausa. Mi corazón palpitó diez veces mientras mis ojos recorrían el salón silencioso con una mirada significativa; luego, por fin, mi voz volvió a resonar, poderosa:

—Y yo te absuelvo de los odiosos crímenes cometidos en tu larga carrera.

Un gran murmullo de consternación se alzó en el salón, que luego se convirtió en un mar de susurros y gruñidos. Fue preciso que levantara las manos para silenciarlos.

—Te absuelvo de los asesinatos de Ch'ang-an. Te absuelvo de las muertes y del dolor incalculable que has causado en tus años de encumbramiento. Te absuelvo de otros crímenes que sólo tú conoces. Te absuelvo de todas las muertes que hayas cometido jamás.

Me detuve de nuevo. Otra vez, se dejaron oír unos murmullos irritados. Levanté la mano y mi voz cortó el alboroto.

—De todas, salvo de una. Te condeno, Hsueh Huai-i, por la injusta ejecución de un jardinero de Yangchou hace muchos años, cuando no eras más que un niño. No hubo forma de salvar la vida de ese jardinero, ni de proteger a su familia de la vergüenza y el estigma que tuvo que soportar por la errónea atribución del asesinato del ministro de Transportes. El autor de ese crimen fuiste tú. Y por la muerte del jardinero, Yama, el rey de los Señores de la muerte del Inframundo, te verá entrar en el infierno definitivo de Avici, el infierno de los tormentos ininterrumpidos, que durará dieciséis millones ochocientos mil años.

»Así pues, monje Hsueh Huai-i, pasado mañana cruzarás las puertas de Avici. El divino emperador, Wu Tse-tien, ha decretado que no habrá aplazamientos ni se admitirán apelaciones al perdón imperial. Por lo tanto, monje Hsueh, prepárate para la muerte más dolorosa que se puede sufrir en este plano terrenal. —Hice una nueva pausa y tomé aliento para mi declaración final—: Pero antes de dejar este tribunal, contemplarás tu pecado.

Levanté la mano y señalé el reflejo de Hsueh en el gran espejo. Los guardias se dispusieron a obligar a Hsueh a mirar el espejo, como se forzaba a hacer a los desgraciados en las escrituras esotéricas, para que contemplaran los pecados por cuya causa sufrirían eones de tormentos. Pero el monje ya se había vuelto sin que nadie lo obligara y estudiaba la imagen que le devolvía el espejo. Y había empezado a reírse suavemente. Esta vez, al parecer, su risa iba dirigida a algo que veía reflejado allí. Los guardias se disponían a taponarle la boca cuando levanté la mano otra vez.

En lugar de proclamar su inocencia, de lanzarme imprecaciones o de maldecir la corte de la emperatriz, Hsueh continuó con su risilla absurda, meciéndose adelante y atrás con el engorroso cepo sobre los hombros.

—He ganado —susurró—. ¡Chico Perro ha ganado la apuesta, viejo Pie Izquierdo! —Soltó una carcajada y se estremeció de hilaridad—. ¡Sé que recuerdas los términos, viejo bribón! Empieza a contar tus latidos, o lo que sea que suena en ese pecho pequeño y duro. Es decir, si existe un número lo bastante grande como para medirlos. Tienes mucho tiempo, Pie Izquierdo. Incontables vidas. Existencias y existencias. Y, sólo para empezar, mil vidas de cucaracha. De repulsiva e insignificante cucaracha cubierta de excrementos... —masculló, y sus palabras se disolvieron en una carcajada estentórea. Al cabo de unos momentos recobró la compostura y volvió a ponerse muy serio—. En cambio, yo... —Cerró los ojos y adoptó una sonrisa

angelical. Hablaba con una voz suave, apenas un susurro, pronunciando las palabras con la delicadeza de un poeta—. Yo seré transportado en doradas alas emplumadas. Un águila de altos vuelos que vivirá dos mil años, planeando sobre las nubes y las elevadas cumbres ataviadas con túnicas de pinares verde esmeralda y adornadas con collares de hielo, nieve y rutilantes cascadas...

A continuación, el monje apartó la mirada del espejo y la dirigió hacia mí. Su expresión era plácida, satisfecha. Fue en ese preciso instante cuando creí apreciar por fin la locura de Hsueh; todo lo demás, todo lo que había hecho hasta ese momento, no había sido otra cosa que ruido y camuflaje. Ahora, en cambio, le estaba viendo de veras. Aún tenía la mano levantada para pedir silencio a los reunidos; quería escuchar cada palabra que Hsueh pudiera decir. El monje sonrió y, de nuevo, volvió a ser mi viejo amigo de las casas de té y de las largas tardes en Luoyang.

—¡Mmm! Te agradezco mi muerte, magistrado-rey; te agradezco que apresures mi paso a la próxima reencarnación.

Hsueh dio la espalda al espejo e hizo una reverencia, exactamente como si el pesado bloque de madera que llevaba sobre los hombros fuera un suave manto de seda.

Maese Shu me dijo que se permitirá el lujo de dedicarse a la composición poética en sus últimos años de vida. Y me confió que está ocupado en una serie de piezas que ensalzan mi vida y mi obra. Incluso me mostró tímidamente un par de fragmentos. Los leí por cortesía y manifesté aprobación. Pero comprendí que tenía que retirarme de inmediato a mis aposentos y tomar pincel y papel. Si la obra de Shu va a seguir por esos derroteros, estoy obligado a ocuparme de que no viaje a través de los siglos sin compañía. Como el burrito humilde y pardo que avanza junto al corcel de larga crin, espléndidamente enjaezado y con las pezuñas bruñidas y los gallardetes de seda al viento, mi sencillo relato —austera y prosaicamente ceñido a los hechos— de cómo llegué a resolver los asesinatos de Ch'ang-an debe avanzar trabajosamente al paso de la fantasía poética de Shu.

Los fragmentos que me mostró aludían a sueños portentosos, a visiones extraordinarias y a actos de heroísmo de proporciones míticas; en realidad, ha sido cosa de pura suerte, de una coincidencia afortunada, de la ayuda inestimable de un brillante amigo y de mera insistencia tenaz, salpicada de momentos secretos de temor y de dudas, pero nada de ello tendría cabida en la visión glorificada de Shu, sencillamente. Que así sea. Supongo que no hay modo de impedirlo y, además, prometí no entrometerme en sus asuntos, pero él tampoco puede detenerme a mí. Así pues, también aquí, la posteridad

tendrá que escoger.

Por supuesto, cuando tuvieron lugar los sucesos de Ch'ang-an, el asesinato era un hecho tan común en el reino como las manzanas en el suelo al llegar el otoño. La ejecución, la tortura y el exilio estaban a la orden del día en Luoyang, pero no relacioné las muertes de Ch'ang-an con nada de ello. En Luoyang, los asesinatos tenían un claro carácter político. Eran turbadores, deplorables, horribles y aterradores, sí, pero no resultaban difíciles de comprender. Eran asesinatos llevados a cabo según una estrategia. Eran muertes con un propósito.

Lo sucedido en Ch'ang-an era distinto. Lo que me chocó de inmediato y me dejó temblando fue la mezcla de método y confusión. Las muertes eran una orgía de destrucción meticulosa y sistemática y a la vez caótica. No podía haber mejor ejemplo de lo que digo que las espeluznantes sonrisas cosidas de la primera familia. Quien había dado aquellas delicadas puntadas con hilo de seda negra lo había hecho con el cuidado de una zurcidora imperial.

Cada nuevo asesinato confirmó que se trataba de hechos premeditados, pero las mutilaciones concretas nos alejaban cada vez más de algo que se pareciera a la lógica, según la entendemos. Entonces, comprendí que tenía que penetrar en la lógica de otra mente. La de alguien perverso y extraño.

Cuando en las cavernas vi grabados en piedra los rostros que habían recorrido las calles de Ch'ang-an con su salmodia, noté la mano fría del destino apoyada en mi nuca. Ni siquiera estaba seguro del significado de lo que estaba viendo, pero sabía que debía volver a Ch'ang-an sin perder un instante. Tenía que observar otra vez aquellas caras. Necesitaba comprobar si me estaba volviendo loco. Pero cuando acudí al monasterio del Caballo Blanco y vi de nuevo a los monjes deformes, moviéndose por el recinto con una determinación altiva y arrogante —cuando comprobé que no eran los contrahechos miserables por los que, ingenuamente, los había tomado la primera vez—, comprendí que no había perdido el juicio, que eran idénticos a las caras talladas en la roca y que formaban una especie de cuerpo de élite seleccionado, de eso no había duda, con sumo cuidado.

Con todo, aunque reinaba una luz espléndida, yo era un hombre que se movía por una habitación a oscuras llena de obstáculos. En la biblioteca, cuando contemplé las hojas del bodhi con los retratos pintados y volví a fijarme en el asombroso parecido, leí la inscripción: arhats, los que matan a los devadhatts. Matan. El corazón me dio un vuelco, aunque lo disimulé por completo, al echar un vistazo a la antigua pintura tonka que representaba el reino mítico de Jambudvipa, con sus cuatro esquinas marcadas y el oscuro río del peligro que fluía desde el reino de los devadhatta, el extremo

noroccidental. Creo que fue en ese preciso momento cuando tuve el primer atisbo de la lógica de un loco.

Seguía sin saber nada; a mi modo de ver, sabía menos que antes, pero me di cuenta de que, con el levantamiento de los pilares en los cuatro rincones del imperio, había quedado marcado el reino de Jambudvipa y que Ch'ang-an, el lugar donde se habían producido los asesinatos, era el emplazamiento del pilar noroccidental.

¿Era posible, me pregunté, que aquellas pobres familias muertas, que ni siquiera se conocían entre ellas y que no tenían relaciones con los bajos fondos, con ninguna secta religiosa estrambótica ni, desde luego, con la aristocracia gobernante de Luoyang, representaran, de algún modo, a aquellos devadhattas desde cuyo reino fluía el oscuro río del peligro? ¿Aquellos hombres deformes eran acaso asesinos selectos de devadhattas?

Aunque no me detuve a pensar en ello, a aquellas alturas el loco cuya lógica estaba desentrañando empezaba a tener un rostro. Alguien había tenido que ejercer una influencia considerable para seleccionar a aquellos dieciséis hombres de entre cientos e incluso miles de aspirantes; alguien se había tomado muchísimas molestias para reunirlos. Los dieciséis monjes repulsivos parecían ser el orgullo del monasterio del Caballo Blanco de Ch'ang-an. ¿Y quién era el guía supremo de todos los templos de la Nube Blanca del imperio, el fundador de la secta y «líder» de inspiración divina para miles de devotos?

Fue en la confortable intimidad de mi estudio cuando la memoria extraordinaria de mi buen amigo, el estudioso budista, abrió ante mí un mundo oscuro, un verdadero deleite para una mente enferma. Nuestra conversación sobre los arhats, los devadhattas y la doctrina de la era de la Ley Degenerada condujo al, para mí, inquietante descubrimiento de que el sutra de la Gran Nube no era una completa falsificación. En el sutra, escrito siglos antes del nacimiento de la emperatriz, había palabras que parecían profetizar su reinado. Allí, en aquel texto, estaba todo cuanto Hsueh Huai-i necesitaba, y creyó a pie juntillas, en algo que, normalmente, se interpretaba en sentido metafórico. ¿He dicho ya que había tenido un atisbo de la lógica de un loco? Pues bien, en aquel momento sentía como si esa lógica me agarrase por los tobillos y se dispusiera a arrastrarme al fondo. Y fue entonces, cerca del final de la recitación del sutra de la Gran Nube, cuando el nombre de Mara fue pronunciado por primera vez y la puerta se abrió de par en par.

Mara, caudillo del ejército de demonios destructores de la Ley y enemigos del Dharma, también conocidos como los devadhattas.

Y esto, naturalmente, condujo al sutra del demonio Kirita. La declamación de este texto sagrado de oscuro significado por mi erudito amigo fue tan brillante que me produjo la impresión de que los demonios se agitaban y cuchicheaban en las sombras que me envolvían. Sin duda, el propósito inicial de aquel sutra era fortalecer a quienes flaquean en la pureza de su fe, a quienes sucumben a los deseos carnales que los mantienen atrapados en el mundo del nacimiento y del sufrimiento; sin embargo, las imágenes escogidas para representar estos deseos apelan a una parte de la mente especialmente sombría. Uno podía volverse completamente loco si se permitía tomar a los demonios por una verdad fundamental, por unas representaciones literales.

Nunca olvidaré cómo fluían los versos de los labios de mi colega, sin titubeos ni errores. Ni siquiera me daba cuenta de sus pausas para tomar aliento. Allí estaban las criaturas y sus malévolas tentaciones que asaltaban la serenidad del Iluminado mientras éste permanecía sentado entre ellos en una actitud de perfecto reposo, firme e imperturbable: «... y las espadas y las lanzas de las legiones de demonios de Mara se convertirán en otras tantas guirnaldas de flores extendidas a sus pies; sus proyectiles y flechas serán otras tantas palomas blancas que vuelan sobre su cabeza sagrada...».

Y mientras mi erudito amigo recitaba, yo me dediqué a transcribir febrilmente sus palabras:

«Mara, deseoso de destruir al santo Sakya, el Iluminado, el Buda, llamó con su mente a su ejército, y sus seguidores se congregaron procedentes de todas partes, bajo distintas formas y portando flechas, garrotes, dardos, porras y espadas...

»Unos tenían cara de jabalí, de pez, de caballo, de asno y de camello; otros, de tigre, de oso, de león y de elefante; los había con un solo ojo, con muchos rostros, con tres cabezas, con las caras medio mutiladas, con medio cuerpo verde y con bocas monstruosas...

»Con los cabellos desgreñados, con moños en la nuca, con brazos más largos que serpientes, algunos de la talla de chiquillos, con los dientes sobresalientes, con las rodillas hinchadas como cuencos, blandiendo ramas sin desbastar, desnarigados y desprovistos de pelo...

»Otros, altos como árboles y de cabellos cobrizos, que empuñaban garrotes y lanzas, con caras triunfantes o ceñudas, que debilitaban las fuerzas o fascinaban la mente, con vientres protuberantes o moteados y el rostro de cerdos sonrientes...

»Armados de colmillos y de garras, con el cabello pajizo o de color ahumado, con largas orejas oscilantes como elefantes, vestidos de cuero

rancio y manchado de estiércol, con cintos tintineantes de cascabeles estridentes, mezclados con cabras y adoptando formas diversas...

»Unos avanzaban dando esporádicos brincos descontrolados, otros bailaban apiñados, algunos retozaban en el aire, otros ocupaban las copas de los árboles...

»Uno bailaba agitando un tridente, otro irrumpió bruscamente con un garrote a rastras, otro saltaba de alegría como un toro, otro despedía llamas de cada pelo...».

Cuando mi amigo terminó de declamar el sutra, la puerta no sólo seguía abierta de par en par, sino que yo ya había cruzado el umbral.

Allí, al final de cada verso, estaban mis desgraciadas familias asesinadas: cuerpos medio verdes, bocas monstruosas, vientres protuberantes salpicados de manchas, narices amputadas, cabezas rasuradas, rostros de cerdos sonrientes... Los desdichados cadáveres habían sido ultrajados para que se parecieran a los demonios del ejército de Mara y ofrecidos en un altar de sacrificios invisible. Alguien estaba enzarzado en una guerra, en una batalla feroz y muy seria que no tenía nada que ver con el mundo de la política terrenal. La fuerza de la retorcida creencia que lo respaldaba casi me derribó.

Pedí a mi amigo que repitiera la quinta estrofa. Su verso final dejaba poco margen a la imaginación: «... mezclados con cabras y adoptando muchas formas diversas...». No era difícil deducir qué le esperaba a la siguiente familia; mi mente, al parecer acostumbrada ya a los horrores, no tuvo ninguna dificultad en presentarme una imagen de lo que se avecinaba. Y yo debía impedir que llegara a hacerse realidad.

Hasta entonces, la guerra contra el ejército de demonios se había librado siguiendo una rígida secuencia. Los sucesos guardaban un orden terrible y yo había descubierto una de las claves, pero sólo en parte. Sabía qué iba a sucederle a la siguiente familia, pero no tenía modo de determinar cuál sería ésta o cuándo se produciría la matanza. Me levanté de la silla y deambulé por la biblioteca con agitación.

—Tres familias han muerto —dije a mi amigo—. Tres. Pronto habrá una cuarta. ¿Existe alguna referencia más a este ejército de demonios? ¿Algo que pueda proporcionarnos otra pista? ¡Cualquier cosa! —supliqué.

—Déjeme pensar... —murmuró él.

Cuando un hombre con una memoria como la suya dice estas palabras, uno se calla. Mi acompañante cerró los ojos y permaneció pensativo largo rato. Casi percibí cómo retrocedía por aquellos largos pasillos polvorientos de su mente que en una ocasión me había descrito. Esperé. De repente, con

un gesto, requirió papel y pincel; puse el recado de escribir a su alcance sobre la mesa y aguardé de nuevo, lleno de expectación.

Inició un dibujo. Una vez que empezaron a fluir de su memoria las imágenes, el pincel se movió con extraordinaria velocidad. Esbozó un gran Buda en la parte superior de un cuadrado de papel. Después, empezó a trazar una serie de finas líneas verticales y horizontales, como una rejilla, hasta que el espacio ocupado por el Buda formó un rectángulo mayor que los formados por las rayas que se cortaban. Entonces, empezó a esbozar pequeñas figuras en los rectángulos menores. Me acerqué en silencio para observar lo que dibujaba: eran figurillas demoníacas con cabezas de animales, semihumanas, distorsionadas, divertidas, burlonas, una en cada casilla. Reconocí al ejército de Mara como si se tratara de viejos amigos.

No interrumpí su trabajo, y mientras permanecía allí, observando por encima de su hombro, me di cuenta de algo. Con cuidado, para no perturbar su concentración, regresé de puntillas a mi mesa y cogí mi plano de Ch'ang-an. Luego, detrás de mi amigo, desplegué el plano para compararlo con el esbozo. Casi no me atrevía a respirar; me daba la impresión de que, en aquel instante, mi agitación era algo tangible.

Cuando por fin dejó el pincel, mi amigo tenía ante sí un dibujo de extraordinaria complejidad. A pesar de las prisas, la perfección de sus trazos era extraordinaria.

—El ejército de Mara —anunció—. La imagen procede de una antigua pintura que mostraba al Iluminado sometido a asedio. Una obra muy poco común que vi hace muchos años en uno de mis viajes y que estudié y guardé en el recuerdo. —Soltó una carcajada—. No tengo ni la más remota idea de todo lo que llevo en los recovecos de mi mente.

Extendí el plano en la mesa junto al esbozo. El erudito me lanzó una mirada penetrante y comparó el plano y su dibujo. Era como ver a la misma persona vestida y desnuda.

Mi documento mostraba la ciudad de Ch'ang-an y su división en áreas rectangulares formadas por una serie de líneas entrecruzadas, con un rectángulo más grande en la parte superior del plano. En el lugar que ocupaba el Buda sentado en el dibujo, se extendía el complejo de dependencias de palacio en el plano. Conté las líneas verticales y horizontales de ambos y, con una mano temblorosa e incrédula, comprobé que coincidían: once verticales y diez horizontales.

—Señáleme los demonios que encajan en las descripciones de las tres primeras estrofas del sutra del demonio Kirita —dije con calma.

Observó su dibujo con infinito detalle durante un par de minutos;

después, mojó de nuevo el pincel e hizo varias pequeñas marcas en un grupo de rectángulos cercanos entre sí, en la zona inferior derecha del dibujo.

—Ahí están todas las posibilidades —indicó—. Tendremos que encontrar el modo de reducir el número.

—No me parece imposible —respondí. De haber estado en mi plano, las marcas se inscribían en los barrios ricos del sudeste de la ciudad.

Los barrios del sudeste, donde estaban las mansiones de todas las familias asesinadas.

Por supuesto, en el plano tenía marcados los sitios en los que se encontraban las villas asaltadas. Conté las casillas verticales y horizontales con cuidado para tener una referencia numérica. Cuando hice lo mismo en las casillas del dibujo, encontré en cada caso un demonio que no sólo encajaba satisfactoriamente con los del sutra, sino que concordaba con las mutilaciones de las víctimas de la casa correspondiente.

Sin embargo, percibí de inmediato un problema. Cada casilla del dibujo contenía un solo demonio; en cambio, había más de una familia en la cuadrícula correspondiente del plano, que representaba un área de la ciudad de más de un li y medio de lado, y la ubicación de las casas de las familias asesinadas en dichas cuadrículas no revelaba ninguna pauta. Así pues, no era su situación en la casilla lo que los señalaba como miembros del ejército de demonios de Mara. Tenía que ser otra cosa, algo menos evidente.

Localizamos la casilla del plano que correspondía al dibujo del demonio de brazos y piernas peludos de animal: «mezclado con cabras», decía el cuarto versículo.

—Aquí —dije, señalando el lugar en el plano—. Ésta podría ser muy bien la zona donde se produzca la próxima matanza. Ahí hay siete propiedades. Debemos decidir cuál de ellas es la señalada.

Era posible que las familias asesinadas fueran las más encumbradas, las más destacadas e importantes de sus cuadrículas. Consultamos el registro nacional y nuestra suposición pareció acertada, de modo que escogimos la familia de mejor posición de las siete.

—Tiene que ser eso —murmuré.

—Sí —confirmó mi amigo—. Quizás hayamos descubierto al siguiente de la lista, pero hay otro problema. No sabemos realmente cuándo...

He acabado por aprender que el investigador y el creyente fanático tienen mucho en común. Los dos están poseídos por un profundo afán por el orden. Había descubierto hasta qué escalofriante punto existía un orden tras los asesinatos de Ch'ang-an. Ahora, tenía que confiar en que Hsueh Huai-i — para entonces, ya estaba convencido de que él era el autor de todo aquello—

lo mantuviera. Los hechos posteriores probaron que así lo hizo, y ésa fue la causa de que cayera en mis manos. Pero en aquel momento, no me quedaba otro remedio que esperar que no se desviara ni un ápice del plan establecido. Si lo hubiera hecho, yo habría estado perdido.

Esa tarde, cuando mi amigo me dejó, empecé a repasar con desesperación todo lo que habíamos descubierto en busca de algún detalle que se me hubiera escapado, de algo que me guiara respecto a la fecha del siguiente asalto.

Y en eso me hallaba, precisamente, cuando me detuvieron. Y fue en la prisión por supuesto, donde descubrí por fin el «cuándo» que casaba con el «quién» y aprecié la retorcida y tenebrosa lógica de un loco.

La detención, desde luego, equivalía a proclamar a gritos que Hsueh era el responsable. Cualquiera otro habría dado orden de matarme; en lugar de ello, por razones que tenían que ver con nuestra antigua relación y con su incapacidad para pasar por alto la ocasión de divertirse un poco, sólo me había hecho detener. Creo que se proponía tenerme encarcelado hasta que se produjera la matanza, para gozar del placer de saber que yo la veía aproximarse, impotente, desde mi celda. Después de los asesinatos, sin duda, haría que me eliminasen definitivamente.

Mi detención me hizo creer que alguien me había reconocido mientras realizaba mis indagaciones. Al principio pensé que había sido en las cuevas o en el monasterio, pero el día de nuestra visita a Longmen había poca gente a causa de la lluvia y llevamos cubierta la cabeza. En la caverna sólo estábamos Wu-chi, el abad Liao, el hombre que nos guió a la capilla y yo. No; tenía que haber sido alguien del Caballo Blanco, el día que estuve en la biblioteca del monasterio. Así resultó ser, por supuesto; una vez clausurado el Caballo Blanco de Ch'ang-an por el Gabinete Nacional de Sacrificios, se presentó cierto tipejo vociferando que no le gustaba que lo retiraran de su cómodo cargo. Apenas tuve que mirarlo y oírlo unos instantes para reconocerlo. No era otro que el hombre al que conocía por Ojos de Diamante, contra quien había dictado condena en Yangchou años antes. El tipo se había buscado un trabajo fácil y agradable en el monasterio del Caballo Blanco de Ch'ang-an como guardián de las reliquias. Nunca llegó a revelar dónde me había visto, exactamente, pero sospecho que fue en el momento en que tenía mi atención concentrada en los arhats. Los viejos amigos vuelven a encontrarse...

En un análisis retrospectivo de lo sucedido, creo que me preocupaba más la pieza que faltaba por encajar que mi propio destino. Así de obsesionado estaba. Pero fue la debilidad de Hsueh por la teatralidad más ampulosa lo

que, finalmente, lo traicionó. Me habría dejado completamente frustrado si hubiera sido capaz de mantenerse callado y en segundo plano, pero la discreción y la modestia no habían sido nunca sus virtudes.

El gran thungchen que remataba el pilar de Wu en Ch'ang-an, que marcaba el extremo noroccidental de su metafórico reino budista, fue quizá la última actuación pública del monje. Un artilugio que sólo adquiriría importancia cuando soplaban los vientos del noroeste, de especial intensidad, no podía por menos que atraer la atención sobre tales vientos.

La mañana que yo y todos los ciudadanos de Ch'ang-an fuimos despertados de nuestro sueño agitado por el sonido quejumbroso y las ráfagas de viento, permanecí tendido en el duro catre con los ojos cerrados todavía y pensé en un versículo posterior del sutra del demonio Kirita que prácticamente había olvidado a causa de mi extrema concentración en la descripción de los demonios: «(...) un viento de intensa violencia sopló desde todas direcciones y extendió una capa de oscuridad como la noche más cerrada (...). Y así eran las legiones de demonios que rodeaban las raíces del árbol del bodhi, dispuestos a lanzarse sobre él y destruirlo a una orden de su amo (...).».

A una orden de su amo. Y el viento. ¡El viento, por supuesto!, pensé mientras me levantaba del catre. Me concentré y me pareció recordar, hasta donde alcanzaba mi memoria, que en efecto habían soplado vientos fuertes en los días precedentes a las matanzas. ¿Y cuál había sido el intervalo entre esos vientos y los asesinatos? ¿Un día? ¿Dos? Era incapaz de recordarlo con exactitud; sólo tenía presente en mi memoria que en los días previos a las matanzas había soportado aquel viento desagradable y persistente. Cuando mi alguacil confirmó que el viento procedía del noroeste —del mítico reino de los devadhattas— y que la trompa sólo sonaba cuando ese potente viento alcanzaba cierta intensidad, todo encajó.

Creo que ya he mencionado que, al descubrir la fecha de la próxima matanza, se produjo mi encuentro con el aspecto más retorcido y oscuro de la lógica de un demente. Los vientos que se dirigían a Ch'ang-an a finales de otoño y en invierno a través de los pasos arenosos de las montañas circundantes se habían convertido en el caudaloso Río Oscuro del Peligro que fluía desde el noroeste en las pinturas del Reino de Buda.

Todo esto lo había deducido antes de salir de la prisión. Más adelante iba a ampliar mis conocimientos del tema: de boca de los propios arhats, de sus labios deformes, una vez concluida nuestra lucha.

En los primeros momentos, tras haber sido reducidos, los arhats revelaron con parsimonia y de mala gana las informaciones que poseían. Entonces

decidí que era conveniente difundir entre ellos un falso mensaje de su líder espiritual en el que declarara que sus vidas ya no eran útiles.

El «mensaje» de Luoyang que les transmití cuando los interrogué en la cárcel, aquella misma noche —elaborado con detalles convincentes—, decía que las almas de los arhats, al quedar corrompidas por el mismo mal que combatían, debían ser eliminadas de esta vida y del ciclo de reencarnaciones remuneradoras, o algo parecido. Me sentí orgulloso de haber penetrado tanto en su sistema de creencias como para persuadirlos de que ahora su lama los consideraba un estorbo. Así, temiendo por sus vidas y convencidos de que sería clemente con ellos si colaboraban —pues afirmaban no haber hecho otra cosa que obedecer a sus superiores— me revelaron más de lo que podía esperar. Sus confesiones confirmaron mis teorías más terribles y mis peores hipótesis.

Gracias a sus palabras, alcancé a comprender muchas cosas relativas al peculiar sistema de creencias que les había inculcado su amo. Sus adeptos se enorgullecían de su fealdad. En contraste, los demonios devadhatts del ejército de Mara buscaban siempre cuerpos normales y bien parecidos en los que habitar. A los arhats les correspondía no sólo descubrir a quienes estuvieran «poseídos» por los demonios invasores, sino también matar los cuerpos infestados para que no pudieran acoger de nuevo a los demonios. La mutilación era, sencillamente, una manera de señalar cuál de los demonios del sutra de Kirita había sido derrotado. Y era el viento, el Río Oscuro, el que insuflaba el mal en el corazón de las víctimas; el río etéreo que bajaba aullando desde el noroeste y transportaba a los espíritus demoníacos hasta los cuerpos de sus huéspedes, anunciando su llegada con el lamento de la trompa. Y las almas desdichadas de las víctimas, ajenas a todo en la comodidad de sus casas, pronto eran desplazadas para dejar espacio a los nuevos ocupantes. Todo esto lo descubrí poco después de nuestra lucha con los hombres deformes, cuando me hallaba todavía en un estado mental en el que casi habría podido convencerme de que todo aquello era cierto.

El contenido del saco ensangrentado que llevaron a la casa y que examiné durante la lucha, confirmó —como yo suponía— que su acción de aquel día estaba inspirada en la cuarta estrofa del sutra: en su interior descubrimos el patético espectáculo de numerosas patas de cabra. Con la ayuda de su única arma, el machete de siniestro filo, los arhats habrían convertido a los inocentes habitantes de la casa —o a nosotros mismos— en los devadhatts del sutra «mezclados con cabras y adoptando formas diversas».

Los arhats estaban sinceramente convencidos de su misión y de haber recibido órdenes divinas. Recuerdo como si los tuviera sentados ante mí en

este mismo momento, con su espantosa desnudez, la primera sesión en que pude interrogarlos a todos. Estaba agotado y casi no podía tenerme en pie, pero la excitación me llevó a olvidarme por completo de la fatiga. Muchos de mis ayudantes se hallaban en peor estado; yo, por lo menos, había dormido un par de horas (gracias a ello me había salvado de caer bajo el hechizo de la salmodia).

Recuerdo el vago aroma a incienso mezclado con el olor a transpiración que exhalaban sus cuerpos. Cuando los agrupamos en el vestíbulo de la vivienda, antes de envolver sus extrañas formas con sábanas y colchas, me sorprendió el brillo de sus cuerpos. A pesar de la temperatura reinante y de su desnudez, sus cuerpos brillaban de sudor en una clara muestra del estado de trance autoinducido que les proporcionaba su fuerza inhumana y su resistencia al frío. El olor a incienso que despedían hablaba de ceremonias rituales llevadas a cabo, sin duda, en el monasterio del Caballo Blanco inmediatamente antes de emprender una misión.

Allí reunidos, en el vestíbulo de la casa de las que tenían que haber sido sus víctimas, desnudos y sometidos, aún se hacía más marcada la rareza de sus formas. El caos de sus facciones casi me impedía concentrar la mirada en otra cosa.

Advertí, sin embargo, que el hechizo que envolvía a los arhats empezaba a disolverse, porque al ser conducidos al exterior, los extraños seres empezaron a temblar de frío; arrebuados en las colchas que utilizaban como capa, tiritaban y le castañeteaban los dientes (a quienes los tenían). Cuando desfilaron ante mí, observé que los rostros habían perdido su color encendido y que tenían los labios azulados, como si se los hubieran teñido.

Los arhats fueron atados unos a otros con firmes nudos de tal manera que el mero hecho de marchar por el callejón, y lo hacían lentamente, requería de ellos cuidado y cooperación. Buena parte del grupo caminaba con un extraño paso forzado, arrastrando un pie o renqueando pronunciadamente. La cabecera de la comitiva avanzaba a trechos, con pasos vacilantes, estirando las ataduras en toda su longitud, y la retaguardia se apelotonaba luego sobre ellos. La cuerda de presos resultaba un espectáculo que tardaré en olvidar; parecía ni más ni menos que una oruga enorme y repulsiva. Pese a la nutrida guardia que la escoltaba, los pocos transeúntes que se cruzaron con la grotesca comitiva iluminada por la linterna retrocedieron sobresaltados.

Aunque estaba tan terriblemente cansado que las piernas me temblaban y estuvieron a punto de fallarme más de una vez, los esfuerzos desesperados que había realizado durante las últimas semanas habían agudizado mi entendimiento. Así, incluso a pesar de mis problemas para mantenerme en

pie, ya había decidido cuál sería el castigo para aquellos individuos. La idea me asaltó mientras los miraba desplazarse calle abajo.

Ya en el recinto amurallado de la cárcel del sur de la ciudad, me decidí a interrogarlos y descubrí la naturaleza del viento maléfico.

Pero cuando les pregunté cómo se determinaba la fecha de las «invasiones» espirituales una vez que empezaba a soplar el viento, todos mostraron la misma expresión de incredulidad. O quizá sería más preciso decir que los extraños mecanismos de sus rostros componían dieciséis expresiones distintas de una misma emoción.

—¿Insinúa que no lo sabe? —respondió por fin el que parecía ser el líder, con el tono de conmiseración que se podría emplear para dirigirse a una persona de pocas luces que preguntara cuántas patas tiene un perro.

—¿Pretende decirnos que no sabe cuánto tiempo tarda un espíritu diabólico peripatético en instalarse en su huésped? —insistió con su hablar arrastrado después de estudiarme durante un momento.

El individuo tenía la boca brutalmente deformada, y muchas de sus palabras eran ininteligibles. Pero respondí lo mejor que pude y oculté mi sorpresa ante su arrogancia.

—Debo confesar mi ignorancia sobre tales temas —respondí con una voz que esperé que sonara tranquila y controlada. Ante mi declaración, las expresiones de todos ellos se transformaron en muecas de lástima. Es decir, creo que eso es lo que leí en sus extraños ojos, algunos bajo pliegues de piel o protuberancias óseas, otros situados desigualmente en los rostros. Los arhats se miraron unos a otros y sacudieron sus repulsivas cabezas entre murmullos casi inaudibles. Era evidente que no querían que oyera lo que decían, pero conseguí captar algo: «Pobres estúpidos ignorantes» y «No estarán preparados para la Era de la Ley que se avecina». También oí las preguntas más repetidas por sus tristes voces mientras sacudían la cabeza: «¿Cómo pueden esperar que los protejamos?» y «¿Qué harán cuando ya no estemos?».

—Muy bien, caballeros. Vuestra labor aquí ha terminado. Vuestros esfuerzos ya no son necesarios. En adelante tendremos que vigilar nosotros.

Desde luego, para entonces ya había decidido cuál sería su destino. Como ya he dicho, se me ocurrió cuando marchaban amarrados por la calle. Los desterraría a las alturas de las montañas tibetanas, donde permanecerían encadenados unos a otros para siempre. Así trabajarían, bajo el mando de una guarnición militar, en la construcción de una gran muralla, en la cima de las montañas, para impedir que los «espíritus maléficos» descendieran a China.

Tengo el placer de añadir que allí se encuentran en el día de hoy, y que según mis informaciones, ya han levantado varios cientos de varas de muralla. Allí, en ese aire puro y cristalino, a cinco li de altitud, tendrán trabajo para lo que les queda de vida... y para mil existencias más, espero.

Al principio, cometí la estupidez de ufanarme de la rapidez con que respondí. Los arhats debían de haberme creído incapaz de escuchar su conversación o de entenderla, pues mostraron una gran sorpresa al ver que replicaba tan pronto. Para entonces, creía saber interpretar sus expresiones y estuve seguro de que al menos en ocho de ellos había desazón. Fue en ese momento cuando decidí sorprenderlos, desarmarlos aún más, y revelar todo lo que había descubierto de sus planes, para demostrarles que iba un paso por delante de ellos.

—Pero ya estamos en la era de la Degeneración de la Ley, caballeros. Tal vez es por eso que los no iluminados son aún los vencedores.

Pero esta vez no se sorprendieron. Reaccionaron como si dieran por supuesto que tenía que estar al corriente de esta lamentable circunstancia. Y, desde su punto de vista, mis palabras eran muy acertadas: los ignorantes y los no iniciados eran los vencedores.

Con murmullos cansinos, aceptaron su suerte y asintieron en silencio, mirándose, mientras se los llevaban. Su reacción a mi frase final no era la que había previsto, precisamente, pero era la que debería haber esperado. No dudes nunca de la convicción de la locura, me dije.

En conclusión, me veo obligado a reflexionar sobre la tragedia de esos dieciséis hombres. No dispongo de la historia individual de cada uno de ellos, sólo de datos dispersos aquí y allá. No obstante, y aunque existan diferencias en las circunstancias individuales, me han bastado para hacerme una imagen general, una imagen del estado lamentable de la condición humana. Los budistas (y ahora me refiero a los seguidores de la verdadera fe) tienen razón cuando nos dicen que nacer de forma corpórea es nacer al sufrimiento.

Para los que gozamos de la bendición de tener un aspecto normal, sea atractivo o no, resulta difícil, si no imposible, imaginar lo que debe de ser desenvolverse en la vida como un monstruoso paria. ¿Alguien se imagina lo que sería no poder hacer algo tan sencillo como caminar entre la gente sin ser objeto de repulsión, de lástima y de crueldad? ¿Cómo viviríamos con el conocimiento constante de que todos, tanto si miran abiertamente como si desvían la vista, piensan lo mismo? Piensan que el tarado estaría mejor escondido, encerrado en un sótano, para que no afectara su sensibilidad o les cortara el apetito. Y sin embargo, tienen que salir adelante día a día y afanarse en las mil y una pequeñas tareas cotidianas necesarias para vivir,

como todo el mundo.

Algunos de aquellos seres estaban desfigurados por algún accidente, como el que presentaba las cicatrices de quemaduras; otros habían nacido con sus deformidades. Respecto de estos últimos, cuesta imaginar las circunstancias en las que los padres permitieron vivir a retoños tan espantosos. Pero, por la razón que fuera, al niño, sensible como todos los chiquillos, se le permitía vivir —no, se le forzaba a ello, pues así lo impone el mundo— y cargar con su tara entre los demás hombres, consciente en todo momento de su condición de intocable. Es comprensible, por lo tanto, que seres así se adhirieran a una orden que los exaltaba tal como eran, que los honraba y justificaba su desdichada existencia afirmando que eran instrumentos de un designio superior. Una orden en la que uno podía creer con fe ciega porque era iniciado en ella por una criatura semejante, que comprendía la verdadera naturaleza de los monstruos sobre esta tierra.

¿No habrían estado mejor, Hsueh Huai-i, como fríos huesos deformados en sus sepulcros?

Saqué muchas cosas en claro de mis dieciséis amigos, entre ellas una información que cambió el destino de tres, al menos, de los participantes en esta saga. Los arhats me habían preguntado, como compadeciéndose de mí, si de veras ignoraba cuánto tiempo empleaba un espíritu demoníaco peripatético en introducirse y asentarse en el interior de su huésped. Movidio por la curiosidad, les pregunté cuánto tardaba. Yo había indagado un poco en el registro de datos meteorológicos del último otoño en Ch'ang-an, pero seguía sin encontrar una correspondencia entre los momentos de máxima intensidad del viento y los asesinatos. En todos los casos había transcurrido más de un día entre ambos hechos, pero a veces parecía haber pasado más tiempo. Yo, desde luego, estaba enterado de que cada vez que el viento alcanzaba cierta fuerza, un emisario a lomos de veloces monturas transportaba un mensaje sellado entre el monasterio de Ch'ang-an y el de Luoyang; a continuación, desde esta última ciudad se despachaban las instrucciones referentes al momento exacto en que los arhats debían empezar su trabajo en Ch'ang-an. Daba la impresión de que el sentido de la puntualidad de los devadhatts invasores era un tanto arbitrario y de que sólo había un hombre lo bastante astuto como para calcular con precisión el momento oportuno. Y ese hombre, naturalmente, no era otro que el lama Hsueh Huai-i.

Comenté a los arhats que el plazo transcurrido entre las rachas más fuertes de viento y la llegada del grupo a la finca donde lo habíamos sorprendido había sido más largo que en las anteriores matanzas. Desde el

momento en que, en mi celda carcelaria, comprendí la lógica interna de aquellos hechos hasta la aparición del grupo en la casa transcurrieron dos días y tres cuartos.

—Bueno —me corrigió uno de los arhats,— estuvimos allí antes, pero sólo para llevar a cabo los ritos de purificación.

Recordé el pelo larguísimo y las huellas de pezuñas que había encontrado en el jardín después de nuestra primera noche de guardia.

—De todos modos, es cierto que transcurrió un lapso algo mayor de lo habitual —continuó el arhat.— Nuestro amo nos había dicho que la siguiente misión tendría lugar casi inmediatamente después de que soplara el viento.

Por supuesto, me dije. Sin duda, Hsueh Huai-i, que me sabía encarcelado, pretendía reírse de mí.

—Pero resultó que las instrucciones de nuestro amo desde Luoyang se retrasaron —prosiguió el arhat. Los emisarios encargados de llevar el mensaje lo más deprisa posible se habían entretenido por el camino—. Vino y mujeres —murmuró mi interlocutor con desprecio—. Llegaron con muchas horas de retraso. De no haber sido por esos estúpidos descreídos de carne débil, habríamos acudido a la casa un día antes —añadió con irritación.

En otras palabras, los asaltantes habrían podido presentarse en la finca antes de que llegáramos nosotros. Así pues, de no ser por aquellos estúpidos mensajeros de carne débil a los que el arhat se había referido con tanto desprecio, al llegar a la casa habríamos encontrado a la familia masacrada. Aquellos estúpidos de carne débil, que resultaron ser mis hijos.

Que conste para la Historia que, finalmente, se cumplió el presagio de que Di Jen-chieh acabaría por dictar sentencia contra sus propios hijos en su condición de juez. La levedad relativa de las condenas —veinte años en el extremo occidente, en servicio de vigilancia de la frontera entre el Imperio y el Tíbet— no tuvo nada que ver con el hecho de que son mis hijos, y sí con la circunstancia de que, inadvertidamente, habían salvado la vida de la familia.

Hubo otra sentencia que también fue aligerada. El famoso suplicio que nuestro maestro historiador Shu Ching-tsung, narró de forma tan emotiva, con los gritos agónicos de Hsueh Huai-i resonando a través de los tiempos, no era, naturalmente, otra cosa que un imaginativo regalito destinado a la emperatriz. Nadie sabe con certeza si ella se lo ha creído, pero todos damos por supuesto que así es. Nadie le ha preguntado nada y ella nunca alude al tema. A la soberana le basta con que el tibetano haya desaparecido para siempre y que, por lo que hace a la posteridad, quede constancia de que ella lo despachó sin piedad. La emperatriz no pidió, como era su prerrogativa, presenciar la ejecución ni examinar después su cabeza.

Hsueh Huai-i fue desterrado del Imperio a perpetuidad. En este momento, según mis cálculos, debe de estar a muchos cientos de li de distancia, en su marcha forzada de regreso al Tíbet, bajo escolta. Llegar a su lugar de origen le llevará dos años, por lo menos, de caminar todos los días, en invierno y en verano, en primavera y en otoño. En su caso, la indulgencia que mostré hacia él no tuvo nada que ver con nuestra vieja amistad, sino con el hecho de que dos de sus bribones a sueldo eran nada menos que mis propios hijos. ¿Cómo podía sentenciar a muerte a Hsueh Huai-i y perdonarme a mí mismo? ¿Acaso no soy igualmente culpable de todo lo sucedido? Mi hija, la pequeña que compré al indio hace años, protesta apasionadamente cuando me oye decir tal cosa y se planta entre mí y ese terrible interrogante como una tigresa que protege a sus cachorros. A veces, casi me convence, y entonces recuerdo que su nobleza de sentimientos no procede de mí, sino que es el legado de dos campesinos anónimos. Pero ella es mi único consuelo.

Algunas partes de este diario serán eliminadas cuando termine de escribirlas. Las he escrito como un ejercicio para mi mente cansada, pero eso es todo. Para la posteridad, quedará el relato de la ejecución realizado por el historiador Shu, a quien permitiré también otra concesión a la fantasía, por consideración a los ojos aún no nacidos que leerán estas gloriosas historias.

Le he pedido que, cuando escriba sobre mi vida, me haga quedar como un buen padre.

35 Año 706 Luoyang

El magistrado jubilado Di Jen-chieh había recibido el mensaje hacía unas horas. La emperatriz, decía la misiva, estaba dispuesta a cumplir una vieja promesa hecha al magistrado y éste debía acudir de inmediato a palacio.

A Di sólo se le ocurría una posible promesa pendiente entre ellos. No tenía noticia de que la madre de la emperatriz hubiera muerto o estuviera enferma, pero, al fin y al cabo, la señora Yang había cumplido noventa y cinco años en primavera. Con cada año que pasaba. Di veía morir a viejos colegas y amigos. Wu-chi había fallecido hacía ya veintiocho años y su camarada, el buen abad Liao, le había sobrevivido un año escaso. El historiador Shu había exhalado su último aliento hacía una década, y muchos, muchísimos más habían desaparecido. Pero la señora Yang parecía inmortal. Se limitaba a envejecer mientras, a su alrededor, todos los demás caían como árboles en el bosque.

La mañana era espléndida y Di decidió pasear; tras despedir el carruaje que la emperatriz había puesto a su disposición, emprendió la marcha hacia palacio con buen ánimo. Veinte años atrás, habría cubierto la distancia en la mitad de tiempo. De todos modos, aunque lo hiciera bastante más despacio que antes, el magistrado todavía recorría las calles de la ciudad cuando los huesos no le dolían demasiado y cuando el tiempo era bueno. Aquella mañana, la expectación aceleraba su paso y casi le hacía olvidar sus ochenta y seis años.

La emperatriz, que ya contaba ochenta y uno, se había retirado paulatinamente de la participación activa en el gobierno y había aceptado de buen grado — aparentemente— dejar los asuntos en manos del Consejo de los Seis y de la Censura. Di intentó recordar la última vez que la había visto. Habían transcurrido al menos cinco años desde su último contacto directo con la emperatriz o con la señora Yang. El magistrado había trasladado a su familia a Luoyang y ya llevaba casi treinta años instalado allí. Desde hacía bastante tiempo, habían cesado las celebraciones públicas de los aniversarios y demás conmemoraciones; las dos mujeres vivían virtualmente recluidas. Los únicos autorizados a visitar la inmensa ala de palacio que ocupaban eran, según se rumoreaba, varios chamanes taoístas. Las mujeres llevaban muchísimo tiempo sin tener contactos con un lama o con cualquier otro budista destacado. Parecía que, con la desaparición de Hsueh Huai-i, la emperatriz había experimentado un lento pero progresivo desinterés por las cuestiones budistas, y en los últimos años había vuelto a buscar alivio y socorro en una fuente tan china como los amplios pies planos de los campesinos que habían arado sus tierras durante no menos de cuatro mil años. El nombre de «Ciudad de la Transformación» también había caído en desuso; Di no recordaba haberlo oído en boca de nadie desde hacía una década. Los grandes pilares de la emperatriz seguían en pie, pero sólo como curiosidades arquitectónicas.

Se hablaba de desmontar el de Ch'ang-an, pues, en opinión de varios ingenieros de la ciudad, se estaba convirtiendo en un peligro y, al propio tiempo, el valioso metal que contenía podía utilizarse con otros fines. Dondequiera que se hallara el reino invisible de Jambudvipa, ese lugar no era en absoluto imperio Chino.

El paso del antiguo magistrado se aceleró de nuevo. Lo único que no había muerto, cambiado o decaído en Di Jen-chieh era su curiosidad.

El juez fue conducido a la gran alcoba por una doncella que, a continuación, se retiró y cerró las puertas sin hacer ruido. Di avanzó y observó a la anciana que yacía en el gran lecho con los ojos cerrados, completamente inmóvil. Di la estudió con detenimiento durante unos momentos y experimentó cierta decepción al advertir que el pecho de la mujer se alzaba y bajaba rítmicamente. No estaba muerta; sólo dormitaba. Contempló la piel arrugada, los ojos hundidos, los cabellos canos y ralos y el contorno del cráneo desagradablemente visible bajo la piel. Se había acicalado un poco: tenía el cabello cepillado y cuidadosamente peinado con un moño alto y se había empolvado el rostro. Pero no había artificio humano, pensó Di, que pudiera ocultar los noventa y cinco años que había cumplido.

De la boca entreabierta escapó un breve ronquido entrecortado y, en el preciso momento en que Di captaba un destello de incongruente blancura tras los labios surcados de arrugas, se abrió una puerta y por ella entró una mujer; una mujer más anciana, si tal cosa era posible, que la ocupante del lecho. En aquel momento, Di cayó en la cuenta de su error. La mujer cuya cabeza descansaba en la almohada no era la madre de la emperatriz, sino la propia soberana. La otra anciana, la que se acercaba en aquel instante por sus propios medios, era la señora Yang.

Antes de que Di pudiera decir una palabra, la recién llegada levantó una mano ordenándole silencio y señaló una silla al pie de la cama. Di obedeció la muda orden y la anciana, por su parte, tomó asiento junto a la cabecera del lecho y acarició amorosamente la cabeza que reposaba en la almohada.

La emperatriz abrió los ojos; su madre colocó un cojín tras su espalda, la ayudó a incorporarse hasta quedar sentada y acercó un cuenco de té caliente a sus labios. Di comprendió que estaba contemplando un hecho inusual: una madre atendiendo a su hija a punto de expirar de senilidad. Miró a la señora Yang y tuvo la certeza de que la anciana iba a sobrevivirlos a ambos.

Cuando la emperatriz descubrió la figura situada al pie del lecho, entreabrió los labios en una sonrisa de reconocimiento. Di observó entonces sin obstáculos los dientes blancos y asombrosamente firmes. Dientes y garras, pensó. Había habido un tiempo en que estas palabras eran sinónimo del nombre de la emperatriz, pero sus garras llevaban envainadas tanto tiempo que la gente casi las había olvidado. Pero Di, no; y tampoco había olvidado las preguntas que llevaba consigo desde hacía muchos años.

—Magistrado —dijo la emperatriz, extendiendo su mano huesuda—. Acerca más la silla para que pueda verte y oírte. —Di obedeció y ella lo miró con aire irónico—. Detecto... preguntas en tus labios —añadió a continuación—. Pareces un poco impaciente.

Di se movió en su asiento, incómodo, mientras se preguntaba si tan evidente resultaba.

—No es preciso que pongas esa mueca de sorpresa —dijo ella—. Ya sé lo que estás pensando. Y tienes mucha razón. Te he mandado llamar porque he llegado al convencimiento de que si me ciño a la promesa que hice a mi madre de no divulgar nuestros... secretillos hasta que ella haya desaparecido de este mundo, no podré mantener la palabra que te di a ti. Y te estás preguntando si voy a expirar ante tus ojos sin haber respondido a todas esas preguntas que corren de aquí para allá por tu cabeza.

Wu cambió de posición, cerró los ojos un momento y tomó otro sorbo de té. Di la observó con mirada severa y llegó a la conclusión de que no iba a morir aquella tarde, ni tampoco al día siguiente. De todos modos, no había tiempo que perder. Pero se encontró sin palabras. Después de pensar durante tantos años en lo que quería preguntarle, en aquel momento se sentía incapaz de encontrar una manera delicada de expresarse.

Sin embargo, fue la emperatriz quien tomó la iniciativa.

—Pero tú no eres el único que tiene preguntas, ¿sabes, magistrado? A mi madre y a mí siempre nos ha despertado curiosidad la sagacidad de tus deducciones. No podemos por menos que preguntarnos cuánto te acercaste a la verdad en los tiempos de..., ¿cómo lo diría...? En los tiempos en que tenías interés por nosotras.

Interés. Eso era, pensó Di. Qué bien lo había expresado. El magistrado agradecía a la soberana que le pusiera más fáciles las cosas.

—Bien, señora —declaró con elaborada deferencia—, me parece muy adecuado y oportuno que seáis vos quien haga la primera pregunta.

Wu y su madre intercambiaron una mirada y Di percibió la corriente de mudo entendimiento que siempre, desde que las conocía, había existido entre ellas.

—Muy bien, magistrado —dijo la emperatriz—. Hay una pregunta que mi madre y yo nos hemos hecho muchas veces. Incluso hemos discutido al respecto. —Las dos mujeres se miraron de nuevo—. ¿A cual de las dos atribuyes la defunción de mi joven sobrina?

—¡Ah! —musitó Di. Bajó la cabeza unos momentos mientras recordaba con qué facilidad había inducido al historiador Shu a revelar inadvertidamente que la muerte de la pobre chiquilla había sido una acción premeditada y calculada—. Bien, según nuestros... —Al llegar a este punto, recordó la prohibición tácita de mencionar el nombre del lama Hsueh Huai-i o incluso de referirse veladamente a él. Hizo una

breve pausa y rectificó—: Según mis averiguaciones, no hay duda alguna respecto a si su muerte fue un hecho premeditado.

El magistrado les refirió su visita al historiador Shu, el fatuo poeta, y les explicó el descaro con el que había halagado al hombrecillo, el descubrimiento del sello roto y la posterior visita nocturna al despacho de Shu. Expuso el relato con gran cuidado y evitó con complejos rodeos cualquier mención del monje, pensando bien cada frase que se formaba en su mente antes de pronunciarla.

—Y dado que la muerte de la niña fue tan parecida a la de su madre, tanto por las circunstancias como por el lugar donde se produjo —se refería a la casa de la señora Yang—, sólo podía llegar a la conclusión de que fuisteis vos, señora —miró a la madre de la emperatriz—, la... la autora del hecho.

Las dos mujeres lo miraron con idéntica sonrisa lánguida.

—Pero, magistrado... la duquesa tenía una constitución delicada, bien lo sabes. Es de conocimiento común que había sufrido otros ataques agudos de indigestión a lo largo de su vida. Y su hija se le parecía mucho —protestó Wu con tono inocente.

—Sí, se le parecía mucho —repitió Di con un leve toque de ironía en la voz—. Por supuesto. Indigestión. Y la duquesa murió al poco de comer, igual que le sucedió a su hija no mucho después. Pero... me parece recordar algo sobre cierta vajilla que la señora Yang tenía en su casa, guardada en una alacena cerrada. —Di levantó las manos en gesto suplicante—. No pude por menos que pensar que esa vajilla tenía algún significado, además de su... —hizo una pausa y alzó nuevamente las manos— ...de su valor sentimental. —«La vajilla que se utilizó en la última comida de mi difunto marido», le había confiado la señora Yang a Hsueh Huai-i.

—Muy astuto, magistrado —declaró la señora Yang. Era lo primero que decía desde que había entrado. Su voz tenía un tono ligeramente más grave que el de su hija y sonaba a oxidada, a poco usada, como si la anciana ya no se molestara en hablar—. Aunque es muy cierto que esa vajilla tenía un gran valor sentimental para mí. En realidad, era un regalo de mi esposo. Me dijo que la guardara hasta que fuera realmente necesaria. Pero él nunca comió con ella —añadió con una sonrisilla.

—No, estoy seguro de que no —respondió Di, hechizado momentáneamente por aquella mueca en los labios de una asesina de noventa y cinco años que se refería a sus fechorías como si de pequeñas diabluras se tratara.

—Pero, madre —intervino la emperatriz, malhumorada—, no es justo que demos al magistrado Di la falsa impresión de que fuiste la única responsable. Al fin y al cabo, fui yo quien tuvo la idea, lo sabes muy bien.

—Si —replicó la madre—, pero haz el favor de recordar a quién se le ocurrió la manera de quitar de en medio a aquel par de primos fastidiosos que acudió a meter las narices. ¡Reconozcamos sus méritos a cada cual, hija, por favor!

Los desdichados primos. Di recordó a los dos jóvenes ejecutados por los

asesinatos de la duquesa y de su hija. Toda la jugada había sido una obra maestra de eficacia, sin duda. Permaneció sentado en silencio; no quería interferir en el sorprendente espectáculo de las dos mujeres rivalizando por el lugar más destacado mientras los turbios detalles del pasado de ambas eran sacados a la luz.

—Respecto a ese asunto, te reconozco todo el mérito, madre. Pero si hemos de ser completamente sinceras, debemos compartir la responsabilidad en algunas otras cuestiones. Por ejemplo, la de esos otros dos muchachos importunos.

¿Otros muchachos importunos?, repitió Di para sí. ¿Era posible que Wu hablara de sus propios hijos, Hung y Hsien, tan desaprensivamente? El viejo magistrado permaneció muy quieto, temeroso de que la emperatriz y su madre recordaran su presencia y cerraran la rendija a través de la cual se acababa de filtrar, al cabo de tantos años, un poco de luz. Sin embargo, Wu estaba observándolo y le hablaba directamente.

—Mi madre olvida que yo también tengo cierta idea de cómo actuar con eficacia —comentó—. Por ejemplo, que los viajes siempre son propicios para resolver ciertos asuntos.

Di recordó al príncipe Hung, que había acudido al lecho de enfermo de Kao-tsung a suplicar su gracia para dos criadas del predecesor de la emperatriz, y la flecha que el asesino había alojado en la cabeza del joven durante su desplazamiento al palacio de verano. No había vuelto a pensar en el asunto en muchos años pero, en aquel instante, Di recordó hasta el detalle más minúsculo de su visita al desdichado y agonizante Kao-tsung. Evocó el entendimiento tácito, oscuro y peligroso que flotaba entre ellos durante la conversación y su ofrecimiento de colaborar en el descubrimiento de la identidad del «infiltrado» en el entorno imperial... y, a continuación, su brusca despedida de palacio, la mañana siguiente.

En aquel momento, Di había estado seguro de saber qué mano había matado al joven, realmente. Y ahora, tantos años después, reflexionó el viejo magistrado mientras contemplaba a la emperatriz yacente, ella misma reconocía tácitamente que no andaba errado en sus deducciones.

¿Y qué cabía decir de Hsien, el hermano de Hung, el que se había suicidado en el exilio después de ser acusado de fomentar una rebelión contra su madre?

El muchacho también había sido acusado de otros crímenes. Di y Hsueh habían tratado el tema en repetidas discusiones. Los dos sabían que la emperatriz, en un acceso de furia, se había vuelto contra el muchacho y lo había acusado de la muerte de su antiguo amante, el indio *nagaspa*, a quien encontraron muerto con los calibradores en la cabeza separada del cuerpo.

—El *nagaspa*... —comentó en voz alta—. ¿Qué suerte corrió el pobre *nagaspa*?

—Dínoslo tú —respondió la emperatriz con una mirada ladina—. ¿Qué conclusiones ha sacado el astuto Di Jen-chieh de sus observaciones?

—Bien —respondió él, sumándose al juego—. Con franqueza, señora, siempre he tenido la seguridad de que fuisteis vos misma quien eliminó al adivino. Según mi teoría, deseabais emprender acciones contra el príncipe Hsien, el cual, probablemente, había participado junto a su hermano en la liberación de las dos criadas; al mismo tiempo, os habíais cansado de la compañía del *nagaspa*. Vuestra admirable eficiencia, sin duda. —Se encogió de hombros. Ella lo miró, visiblemente complacida con el último comentario y deseosa de oír más detalles de su teoría—. Por supuesto, siempre quedaba la posibilidad de que, efectivamente, fuera el muchacho quien hubiese dado muerte al *nagaspa*, pues entre ellos reinaba una manifiesta hostilidad. Sin embargo, estaba el asunto del alijo de armas descubierto en la residencia del príncipe, que fue la base de la acusación oficial que se formuló contra él. Una de dos: o bien el muchacho se proponía de veras dar un golpe, o alguien colocó allí las armas para producir esa impresión.

Wu aguardaba, expectante, el veredicto final del magistrado.

—Yo creo que, en realidad, no había tal acopio de armas en la residencia del muchacho —continuó Di—. Creo que la acusación de fomentar y armar una rebelión fue una mera cuestión de conveniencia. Aunque reconozco que nunca he terminado de entender por qué era necesario un plan tan complicado. Podríais haberlo acusado directamente del asesinato del *nagaspa*; con eso habría bastado, pero supongo que deseabais dar un escarmiento ejemplar. Y siempre me he preguntado si su muerte fue de veras un suicidio. Otros —Di evitó una vez más la mención del nombre de Hsueh Huai-i— apuntaron que el muchacho, efectivamente, había matado al *nagaspa* y estaba urdiendo un golpe, abrumado de dolor y lleno de rabia por la muerte de su hermano.

La emperatriz exhaló un profundo suspiro y Di detectó en él un asomo de... ¿De pesar?

—Me sorprende que no hayas adivinado nunca la verdad, magistrado —comentó ella—. No; no fui yo quien acabó con el *nagaspa*. Y tampoco lo hizo mi hijo, como creí al principio. Yo también había visto con mis propios ojos la inquina que existía entre ellos y había oído los ridículos comentarios del adivinador respecto de la forma de la cabeza del muchacho. Pero dime, magistrado, ¿quién defendió con más energía la opinión de que el autor de la muerte del *nagaspa* había sido el príncipe?

Di titubeó. La emperatriz no le había dejado más opción que pronunciar el nombre prohibido. Cuando Wu percibió su consternación, acudió en su ayuda.

—El monje Hsueh Huai-i, naturalmente. —Pronunció el nombre como si Di no lo hubiese oído nunca—. ¿Pretendes decirme que no habías reparado en ello? —añadió. Di no pudo hacer otra cosa que seguir mirándola. Aún no había adivinado a qué se refería la emperatriz. Ella se encogió de hombros—. En fin, a mí tampoco se me ocurrió. No lo supe hasta que el propio tibetano me contó la verdad, muchos años

después: fue él quien acabó con el *nagaspa*.

Di se echó hacia atrás en su asiento. La soberana lo había tomado completamente por sorpresa. El magistrado recordó la larga tarde que había pasado en la casa de té, esperando a Hsueh, ignorante de que el monje ya se ocupaba de asuntos más importantes. Claro, mientras lo ayudaba a investigar un asesinato, la idea de cometer otro había tentado al monje. Di imaginó el momento en que Hsueh advirtió que tenía ante sí una oportunidad decisiva: matar al *nagaspa*, implicar a Hsien con la colocación de los calibradores en la cabeza, crear una vacante al lado de la emperatriz y acceder a una nueva vida. Y el tibetano no había vacilado en hacerlo. Su nueva vida y la anterior se habían superpuesto durante un breve periodo, comprendió el magistrado; ya había matado al *nagaspa* y todavía intercambiaba información y discutía teorías con Di. ¿Y cuál fue el hecho decisivo que tuvo lugar mientras Di lo esperaba y daba cuenta de muchas tazas de té frío bajo la luz decreciente de la tarde? ¿Qué había sucedido, exactamente, para que el monje faltara a aquella última cita?

Di nunca había estado tan seguro de conocer una respuesta: aquella tarde, el tibetano estaba en la cama de la emperatriz. Hsueh había entrado en una nueva existencia. Y también el resto del mundo, aunque éste tardaría un tiempo en advertirlo.

—Hsien... —la emperatriz pronunció el nombre de su hijo, muerto hacía tantos años—. Es cierto que preparaba un golpe, magistrado, aunque creas que fue una treta mía. Y tampoco fue invención de Hsueh. En eso, el monje no te mintió. Hsien era mi verdadero hijo, el más parecido a mí. Precisamente por eso, no podía permitir que continuara en palacio. —Permaneció callada un instante; después, repitió—: Mi verdadero hijo. Y, en efecto, se dio muerte con sus propias manos.

Tras esto, los tres ancianos guardaron silencio. El intercambio de revelaciones no había llevado mucho tiempo y sus voces apenas habían reflejado excitación, pesar o apasionamiento. Ya no quedaban más misterios —salvo uno que Di no tenía la valentía de abordar—, ni les quedaba mucho tiempo de vida a ninguno de los tres... aunque Di tenía sus dudas cuando observaba a la señora Yang, en cuyo rostro habría jurado apreciar vitalidad suficiente para, al menos, una década más. En cuanto a la emperatriz, el magistrado no le daba más allá de unos meses, como mucho. Por lo que se refería a él, no estaba tan seguro. Tratar de hacer pronósticos en su caso era como buscar a tientas en una habitación a oscuras un objeto que uno sabe que está sobre la mesa pero no puede localizar de momento. Dos años; tres, posiblemente. Así era cómo se sentía.

Mientras se miraba las puntas de las chinelas con aire pensativo, Di vio con sorpresa, por el rabillo del ojo, que la emperatriz se llevaba una mano a la mejilla. Una lágrima en la mejilla de la emperatriz Wu Tse-tien eran tan extraordinario como un diente del verdadero Buda, pensó Di al tiempo que alzaba la cabeza para verla. Por

un instante, cruzó por su cabeza la fantasía de recoger aquella lágrima solitaria en un frasquito, sellarlo y añadirlo a una colección de objetos extraordinariamente raros.

¿Y por quién, o por qué, lloraba la soberana? Hasta aquel momento, ni sus hijos, ni su sobrina, ni su hermana, ni sus amantes, ni su esposo habían suscitado jamás ni siquiera un asomo de llanto en sus ojos azabache.

La señora Yang, al parecer, lo sabía. Sin una palabra, extendió la mano con un pañuelo de seda y enjugó los ojos y las mejillas de su hija.

—Hubo otra cosa, magistrado —dijo entonces la emperatriz—. Algo que, probablemente, ignoras por completo.

Di contuvo la respiración. El pequeñísimo fantasma que había llevado durante tanto tiempo en un rincón apartado y oscuro de su mente estaba también atento y expectante.

—Mi hija... —murmuró la emperatriz y se le quebró la voz. Levantó los ojos, todavía llorosos, hacia los de su madre—. Mi primogénita...

La señora Yang movió la cabeza con un gesto de reprobación, como si le reprochara que se torturara inútilmente, que malgastara sus menguadas fuerzas. Y Di advirtió un acuerdo entre las dos mujeres cuando sus miradas se cruzaron. No se diría una palabra más acerca de aquella pequeña muerte. Aquel tema seguiría siendo un secreto entre ambas.

La emperatriz recuperó el dominio de sí, se volvió a Di y dijo finalmente:

—Es sólo que a veces, magistrado, no puedo dejar de preguntarme qué habría llegado a ser.

Año 706, otoño

Ch'ang-an



ANOTACIÓN DEL DIARIO

Quedaba un último asuntillo pendiente con la emperatriz, que dejé para otro día. Era un riesgo, pues sabía el poco tiempo que nos quedaba a ambos, pero se trataba de algo tan delicado que no quería cometer el error de presionarla en exceso demasiado pronto. Y, sin embargo, era algo vital. Así pues, la dejé descansar unos días antes de volver junto a su lecho.

Durante los años que siguieron a la desaparición de Hsueh Huai-i, la emperatriz se transformó en una mujer diferente. Sus actividades adquirieron un tono frívolo y su interés por el gobierno se difuminó hasta prácticamente desaparecer. Tras la partida del tibetano, Wu organizó su «Instituto de Cigüeñas», un harén de atractivos jóvenes entre cuyos miembros más notables estaban los hermanos Chang.

Eran dos caballeros que preferían el contacto íntimo entre ellos a las relaciones con otros; si eran o no hermanos de verdad es algo que nunca sabremos. Carece de importancia y sólo lo anoto aquí como un pequeño detalle de cierto interés histórico. Como todos los hombres de la vida de la soberana, los Chang parecían dominarla, pero, una vez más, se trataba de un espejismo provocado por la propia Wu.

Como los demás hombres de su vida, los Chang influyeron en su gobierno, pero en una dirección distinta. Los nuevos infundieron en la emperatriz y en su gobierno un profundo interés por cuestiones mágicas y místicas, cuestiones taoístas que eran saludablemente chinas, nativas. Una vez más, la emperatriz construyó salones y pabellones, deliciosos jardines y mágicos rincones palaciegos, sin otra razón manifiesta que la consecución del placer. Y aunque yo le aconsejé repetidas veces que limitara la carga de gastos que sobrellevaba el pueblo, me satisfacía comprobar que tras aquellos proyectos no había ningún significado oculto ni ominoso.

Mi alivio al comprobar que sus pasatiempos estaban desprovistos de connotaciones religiosas peligrosas fue tal que, por fin, pude concentrarme en asuntos importantes, por ejemplo, el recorte de los gastos militares, derivados de campañas inútiles y expansiones de fronteras a costa del bienestar de las gentes humildes. Y si se tiene en cuenta que yo era un estadista aficionado y ya anciano, puede decirse que tuve cierto éxito.

Pero había un problema que todavía me abrumaba, un último asunto que me impedía dormir el sueño profundo y tranquilo de un anciano al final de su vida. Era un problema para el cual no podía encontrar solución. Se trataba de la sucesión, de la restauración de la dinastía y de la devolución de su condición imperial a los T'ang.

La dinastía Chou estaba extinguida; ya hacía de ello veinte años, y su recuerdo se perdía ya en las brumas de la leyenda. Sin embargo, hasta aquel momento, no se había nombrado a ningún sucesor que ocupara el trono a la muerte de la emperatriz. Sus hijos supervivientes, exiliados, no habían sido designados. ¿Un descuido? Tal vez, pero no creo que Wu, aunque casi inactiva ya, hubiera abandonado sus planes para situar a la familia Wu en la línea genealógica imperial. En definitiva, se proponía dejar el imperio a una línea de sucesión que no poseía la legitimidad.

Aunque había cedido en su despotismo, la soberana conservaba en gran parte la obstinada resolución de sus años de juventud. Aunque su sobrino, Wu Cheng-ssu, el colaborador del infame Lai Chun-chen en la Censura, había sido desterrado junto con su hermano, el menos ambicioso Wu San-ssu, por mis conversaciones con ella sabía que la emperatriz estaba sopesando

realmente la posibilidad de incluirlo como posible candidato. No importaba que existieran cuatro herederos legítimos de la casa de Li, hijos del propio Kao-tsung.

Su terquedad de antaño se estaba agudizando y se reafirmaba cada vez más; volvía a tener ante mí a una Wu muy semejante a la de unas décadas atrás.

Éste era mi problema pendiente, mi último pequeño obstáculo: encontrar el modo de devolver el trono a sus hijos, de evitar el conflicto sangriento que surgiría si algún estúpido de la familia de Wu llegaba al trono.

Aquella cuestión, aquella última obsesión de mi larga vida pública, me tenía atormentado.

Una mañana, poco antes de mi revelador encuentro por la emperatriz, desperté y allí estaba mi respuesta, como un regalo, completa y admirable en su simplicidad. Con unas cuantas palabras bien empleadas, podría convencer a la soberana agonizante de que mandara volver a palacio a sus hijos (y, en concreto, a Chung-tsung, pues éste era el candidato con mejores perspectivas).

No se me escapaba que Wu se encontraba a las puertas mismas de la muerte y, como era lógico, estaría cada vez más preocupada por su situación en la otra vida. Así pues, me ocupé de hablar sobre ello junto a su lecho de muerte, y le recordé una regla sencilla del plan cósmico: sólo la madre de un emperador —y no la tía— tenía garantizada la veneración permanente y una situación sólida en el altar de los antepasados.

La única manera de asegurarse de que las plegarias constantes y fervorosas de un emperador ascenderían al cielo, de evitar que Wu se convirtiera en un espíritu hambriento y errabundo, era restaurar el linaje legítimo de los T'ang con la designación de su hijo como heredero del trono.

Mi estratagema funcionó, como bien sabe hoy la Historia: en su lecho de muerte, la emperatriz firmó el nombramiento de su hijo, Chung-tsung, como príncipe heredero.

Mientras Wu observaba el documento que yo sostenía ante ella con manos temblorosas, temí que incluso en aquel momento cambiase de idea, rasgara en dos el papel y arrojara los pedazos al suelo. Pero no lo hizo. Mi argumento había tocado algo profundo en su interior. Wu estampó su sello en el documento sin discusiones ni titubeos.

Y yo elevé por fin mi plegaria silenciosa de agradecimiento. La restauración de los T'ang se había verificado. Ahora, tal vez podría conciliar el sueño por fin.

EPÍLOGO

Cien años después

Cerca de un gompa en el alto Himalaya tibetano

El monje emitió un murmullo grave, pero casi inaudible, que vibraba en el interior de la cabeza de los dos muchachos. Aquel sonido informe se convirtió en las palabras de una tonada:

*... en mi modestia, encima de
mi cabeza...*

*Alfombra de luna sobre un
lecho blanco de loto.*

*De Hum nace el lama Dorje
Sem*

*Blanco deslumbrante en Forma
Gozosa...*

*Una campana vajra con
Nyemma...*

A continuación su voz volvió al profundo murmullo informe. Así continuó un buen rato hasta que surgieron de nuevo las palabras:

*... se tú mi refugio; expía mis
culpas*

*Que con profundo
remordimiento expongo desnudas*

*Y de las que abjuro desde hoy,
al precio de mi vida...*

El monje hizo sonar el látigo de cuerda sobre los robustos cuellos de los bueyes mientras escrutaba con cuidado el sendero salpicado de piedras por el cual avanzaban.

—¿Por qué les cantas las palabras de la sagrada recitación del Vajrasattva a los animales? No son más que unos bueyes estúpidos —dijo el más alto de los dos jóvenes novicios con una sonrisa impertinente en los labios—. Son todos iguales.

El monje se limitó a continuar caminando y canturreando; hizo restallar el látigo de nuevo, pero no apartó la vista del camino. El muchacho tomó el silencio del monje por una invitación a seguir hablando.

—Salvo, por supuesto, esas pequeñas y tontas diferencias que existen entre sus estúpidos temperamentos.

El muchacho captó una mirada de advertencia de su compañero, un novicio de su misma edad, que le decía que se estaba metiendo en un cenagal que se hacía más profundo con cada observación. Sin embargo, el atrevido muchacho no prestó atención al aviso.

El monje no dijo nada e hizo como si no hubiera entendido los comentarios del novicio. No obstante, había dejado de cantarle a los esforzados animales que tiraban del pesado carro. Sus ojos acababan de divisar la primera sarta de brillantes banderas de oración del *gompa*, apenas visibles sobre la cresta de la sierra. Ya estaban cerca. De vez en cuando, agitaba el pequeño látigo y hacía chascar la lengua para azuzar a la yunta. Pero continuó sin responder al muchacho.

El grupo era una pequeña mota de color y movimiento contra una inmensidad de piedra que alcanzaba el cielo. Ascendieron despacio la empinada ladera rocosa hacia el *gompa* pintado de brillantes colores. Los adornos y campanillas que colgaban del yugo de madera tintineaban mientras la brisa jugaba con retales de colores, banderas de oración y plumas de pavo real atadas a los cuernos y a los arneses. Los animales tiraban con esfuerzo del carro cargado de piedra y vigas de madera para la nueva sala de oraciones del *gompa*.

Con un destello malicioso en la mirada, el monje se volvió por fin hacia el novicio descarado.

—Eres un muchacho muy inteligente, ¿verdad?

El aludido buscó una respuesta mientras el segundo dirigía una mirada furtiva al monje y, después, a su atrevido amigo. He intentado advertirte de que no abrieras la boca tan alocadamente, parecía decirle.

—En realidad, eres un muchacho bastante tonto —continuó el monje. El chico, azorado, miró fijamente los músculos tensos de las grupas de los animales—. Pero así es como deben ser los niños —añadió con buen humor—. De otro modo, no se puede ser un buen receptáculo para el conocimiento.

Al muchacho se le iluminaron los ojos al oír el comentario. El monje hizo restallar el látigo, agarró las cinchas del arnés junto a la boca del buey de la derecha y tiró de ellas con suavidad. El animal volvió el ojo grande, húmedo y pardo y lo miró. Molesto, soltó un resoplido. El monje emitió más chasquidos con la lengua. Estaban en la parte más difícil del camino. Los últimos peldaños de cualquier ascenso eran siempre los más difíciles, había repetido el monje en infinidad de ocasiones.

—Dices que todos estos estúpidos animales son iguales, pero eso significa que no prestas atención a las escrituras —continuó el monje con un ligero tono de reprimenda—. Para unos, encarnarse en un buey sería un paso atrás; para otros, es un paso ascendente en el ciclo de la muerte y la reencarnación.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con tu canto?

—Cantar es una manera de aliviar su carga.

—Pero ellos no lo entienden, seguro. Lo único que les sucede es que el ritmo los tranquiliza —replicó el muchacho.

—¿De veras? ¿Estás seguro de que no los calman los versos, también? Son palabras de estímulo, alabanza e instrucción —apuntó el monje, siguiendo con la mirada el movimiento del látigo que blandía sobre la cabeza de los animales. Esta vez, el novicio que había permanecido callado arqueó las cejas incrédulo y miró al monje. Este continuó—: Sí, estoy seguro de que entienden lo que digo. Este, el de la mancha parda en el morro, es Viejo Erudito, que se irrita muchísimo cada vez que me equivoco. Uno sabe que está irritado porque se pone a resoplar sonoramente... y podría contaros más cosas de él.

El monje absorbía ahora toda la atención de los muchachos, que lo miraban con aire dubitativo. El que momentos antes se mostraba tan atrevido se limitó a devolver la sonrisa que el adulto les dirigía.

—El otro —continuó el monje y suspendió el extremo del látigo sobre la cabeza del buey de la izquierda—, Viejo Sabio, conoce de memoria más de mil oraciones distintas. Pero ese gruñón de Viejo Erudito, el de la mancha parda, éste... —El monje dio unos golpecitos con el índice en el espacio plano y peludo entre los grandes cuernos curvos del animal—. En fin, éste se conoce de memoria todos los *sutras* que existen. Absolutamente todos. Si fuera capaz de sostener un pincel, creo que incluso sería capaz de componer algunos él mismo.

Los dos novicios se echaron a reír y aseguraron que no podían creer tal cosa. El monje, en esta ocasión, había ido demasiado lejos, afirmó el más cauto de los muchachos.

—Es la verdad. La pura verdad. Lo juro —insistió el adulto y dio una vuelta en torno a ellos para colocarse al lado de Viejo Sabio. Se inclinó hacia el animal y empezó a recitarle al oído una oración. El animal respondió a los susurros cosquilleantes del monje agitando la oreja, grande y peluda, pero no alteró su marcha.

—Bueno, ahora Viejo Sabio finge que no me escucha. Prefiere simular que es un simple buey; se niega incluso a mirarme cuando le hablo. Siempre intenta mantener ese aire de animal estúpido, como si yo no supiera que no lo es. En cambio, Viejo Erudito, el muy testarudo, es capaz de lanzarme la mirada más malévola o incluso de intentar pisotearme si cometo la imprudencia de recitarle un *sutra* al oído mientras está trabajando. —Los novicios abrieron unos ojos como platos, de asombro y de incredulidad—. Decididamente, Viejo Erudito no quiere oír los *sutras*. No le gusta nada la broma.

—¿Qué broma? —preguntó el más prudente de los novicios.

—Sí, ¿qué broma? —le apoyó el otro—. ¿Y cómo es que saben tanto esos

bueyes?

—¡Aaah...! —El monje se acarició la barbilla y señaló con el dedo al muchacho—. Por fin has hecho la pregunta pertinente y oportuna, muchacho. Estos bueyes saben tanto porque en ellos habitan, en realidad, las almas de dos hombres.

—¿Qué dos hombres? —preguntaron los muchachos al unísono.

—Hace muchísimos años, dos hombres cruzaron una apuesta. En realidad, eran un viejo y un muchacho. Éste tendría vuestra edad, más o menos, y el viejo estaba a pocas semanas de su muerte. Uno de los dos creyó haber ganado. Y se mofó de los cielos por su victoria. Pero... —El monje sacudió la cabeza mientras daba unas palmaditas a Viejo Erudito en la testuz—. Pero no había vencido. En realidad, ninguno de los dos lo había hecho. Los dos perdieron. Veréis: los dos eran hombres muy vanidosos que se entremetieron en la vida de la gente... Pero ya os contaré la historia completa más tarde. Esta noche, en lugar de estudio de las escrituras, tal vez reflexionemos sobre una historia real que debería servir de excelente ejemplo a jóvenes como vosotros. De momento —añadió con una sonrisa—, aún nos queda bastante trabajo por hacer.

Los novicios se miraron y sonrieron ante la perspectiva de escuchar otra de las historias del monje. Para eso lo habían estado incitando, por supuesto. Sabían que los relatos del monje no podían ser ciertos, pero eran tan extraordinarios...

El monje hizo restallar el látigo sobre los lomos de los animales y empezó a cantarles otra vez, con los ojos en las banderas de colores que ondeaban contra el inmenso azul vacío del cielo.

*... Con lo cual, ruego, pueda
ser borrado*

*Todo karma, toda
contaminación, toda semilla de
aflicción...*

*Las perturbaciones y todas las
plagas diabólicas,*

*De la sombra oscura del
pecado, semilla del diablo,*

*Tanto en el mío como en todos
los reinos inferiores...*

NOTAS PARA EL LECTOR

Dado el carácter insólito del tema que trata este libro, sin duda habrá surgido en la mente del lector la pregunta de cuánto de lo que aquí aparece es cierto.

Aunque *Engaño* es una obra de ficción, se trata de una extrapolación de la verdad, gran parte de la cual resulta mucho más extraña que lo que pueda urdir la imaginación más desbordante. La emperatriz Wu fue realmente la primera y única mujer emperador de China y llegó al trono usurpándolo a la legítima casa imperial de la dinastía T'ang, para crear la efímera dinastía Chou, en el siglo VII. La soberana gobernó valiéndose de hombres tan crueles y carentes de principios como Chou Hsing y Lai Chun-chen, principales organizadores de su brutal reino del terror y creadores de inmensos organismos de información, así como de departamentos dedicados a la tortura y al castigo.

Los excesos de Wu tuvieron como resultado la muerte de miles de funcionarios y de miembros de las familias aristocráticas legítimas, por no hablar de los asesinatos de miembros de su familia más cercana, entre los que no eran una excepción los niños, incluso recién nacidos. Entre sus víctimas se contaron los miembros de la familia imperial que menciona nuestro relato.

Es cierto que la emperatriz Wu consiguió una cierta pacificación del país, mejoró la beneficencia e introdujo reformas progresistas en el sistema nacional de clanes y en el sistema de exámenes de acceso a la Administración. Sin embargo, el precio en miles de vidas sometidas a purgas, exiliadas, torturadas, llevadas a la ruina y eliminadas fue claramente excesivo. Sí, se aplastaron las rebeliones y muchas cabezas aparecieron empaladas, y el Gabinete de Seguridad Interior, una especie de Gestapo, sometió al país a un largo asedio de terror mediante el uso de las infames cajas, o urnas, para usar un término más preciso. Muchos siglos antes de que los brutales regímenes dictatoriales del siglo XX emplearan las maravillas tecnológicas de que disponían, las paredes verdaderamente oían... e incluso veían.

Hay constancia de que, en su ascenso, la emperatriz utilizó sus propias «interpretaciones», no autorizadas, de los textos budistas tradicionales más respetados. Más en concreto, estas originales interpretaciones fueron elaboradas y, a continuación, difundidas por Hsueh Huai-i, el principal santón de Wu. El lama Hsueh ha sido comparado con otro famoso clérigo y consejero real, el monje ruso Rasputín. Hsueh creó una gran ficción para la emperatriz y para su dinastía Chou con su *Comentario de la Lluvia Preciosa* al *sutra* de la Gran Nube. El tal Hsueh Huai-i existió realmente y los historiadores, incluso en el contexto de aquellos extraños tiempos, apuntan que era un hombre raro y asombroso, responsable de innumerables «milagros», de falsos «descubrimientos» de escrituras y del establecimiento de los templos del Caballo Blanco. Fue él quien anunció el advenimiento del gran

bodhisattva salvador, o Maitreya, el Buda futuro, bajo forma femenina. No obstante, la locura final de Hsueh Huai-i tras el Reino del Terror y su destino a manos del magistrado Di es una creación de los autores.

La única mujer gobernante de China en la ancestral sociedad masculina del confucianismo tuvo que luchar con ferocidad para dejar establecida su legitimidad.

Al construir nuestra versión novelada de su áspero carácter —veleidoso, visionario, peligrosamente caprichoso y de una feminidad aterradora—, hemos acudido a muchas fuentes, en el campo de la ficción y fuera de él, actuales y antiguas, ya conocidas por nosotros o totalmente nuevas. La Historia nos dice que fue una persona de una energía amenazadora y de un apasionamiento obsesivo. Rara vez alcanza alguien tan altas posiciones, superando tantos obstáculos, sin poseer tales características. Ésta fue la base sobre la que construimos nuestro personaje.

En nuestra novela el héroe es el magistrado Di Jen-chieh, o juez Di, como ha pasado a ser conocido gracias a la inmortalización que hizo de él en su obra de ficción el sinólogo holandés Robert Van Gulik, a finales de los cincuenta. ¿Pero cuál es la verdad del juez Di? El profesor Van Gulik lo presenta como un detective astuto y erudito de enorme integridad personal, y lo sitúa en una época que parece posterior al siglo VII, bajo la dinastía T'ang de los emperadores Tai-tsung y Kao-tsung y bajo la emperatriz Wu Tse-tien, que es el periodo histórico en que vivió en realidad.

Pero Van Gulik acertó plenamente en una cosa: el auténtico magistrado Di era un fiscalizador bastante severo de la propagación de religiones y supersticiones «extranjeras». Desde su cargo en el Gabinete de Ritos y Sacrificios, el auténtico Di Jen-chieh fue responsable de la clausura de varias decenas de miles de templos, santuarios y monasterios. También protestó contra la naturaleza parásita de la jerarquía budista, su riqueza, su existencia al margen de la ley y el enorme número de monjes, improductivos y no siempre escrupulosos. El lector encontrará, tras esta nota, una traducción de las palabras reales del magistrado según quedaron registradas en los anales de la dinastía T'ang.

Di Jen-chieh alcanzó a convertirse en el ministro más importante del siglo VII, disfrutó de la absoluta confianza de la emperatriz y consiguió, finalmente, restaurar la línea de sucesión legítima al tiempo que apartaba a la nación de sus costosas aventuras militares contra tibetanos, turcos y coreanos. Nuestra caracterización del personaje se ha basado en los pocos datos concretos de su vida que nos han llegado: las diversas ciudades y regiones en las que vivió y trabajó, los rigurosos grados literarios que alcanzó, las proclamas antirreligiosas que difundió, los cargos oficiales que desempeñó y, por último, su servicio en los ministerios más importantes del país, entre ellos el Gabinete de Sacrificios (como pasó a ser llamado en las postrimerías del siglo) y el Consejo de los Seis. Acatando la magnífica tradición instaurada por Van Gulik, conocida ya por millones de lectores, mantuvimos su condición de

investigador detectivesco y desarrollamos la mayor parte de nuestra trama en torno a su figura como si se tratara de un Sherlock Holmes del siglo VII.

De todos los datos que conseguimos descubrir para utilizarlos en la obra, ninguno nos intrigó tanto como el hecho de que el buen magistrado tenía varios hijos. Y dos de estos hijos, según los historiadores, resultaron una fuente de disgustos para Di, convertidos en funcionarios corruptos e incorregibles. Aunque ya han transcurrido varios años, aún recordamos con asombrosa claridad el día e incluso el momento exacto del descubrimiento. Fue en ese momento cuando, por fin, cerramos los inmensos tomos cargados de datos, levantamos las cejas y sonreímos. Sabíamos que aquellos hijos nada ejemplares iban a tener un papel secundario pero constante en nuestro relato de la vida y hechos del magistrado Di.

Pero no por ello dejamos de preguntarnos: si esos hijos incorregibles no hubieran existido, ¿los habríamos creado de todas formas?

MEMORIAL

Memorial del magistrado

Di Jen-chieh, de mediados del siglo VII, contra los excesos del budismo charlatán y popular^[7]

Al referirme a las enfermedades que atacan la raíz del gobierno y de la ley, debo empezar por hacer mención del estado de los asuntos humanos. Imploro a nuestro Augusto Padre Imperial que se apiade de la multitud de sus súbditos que ahora mismo, mientras hablo, son engañados y expoliados por decenas de miles. Sus vidas se hundén en el olvido sin que los alcance la muerte y sólo están unidas en su estúpido deseo de seguir los dictados de esta religión budista y de sus ídolos en sus infinitas formas.

¿Acaso no es cierto que estas recargadas pagodas y estos salones que rivalizan con los edificios imperiales más grandiosos, requieren, por su propia naturaleza, una gran veneración y unos gastos extraordinariamente onerosos para su mantenimiento? ¿Y no es verdad, también, que esos monjes y monjas deben tener benefactores, que sus monasterios y conventos budistas acumulan grandes donaciones?

Para obtener las Preciosas Enseñanzas de Buda —la Balsa Preciosa que transportará a sus creyentes a la anhelada Tierra de la Felicidad—, se llama a la gente a honrar el establecimiento religioso con donaciones de limosnas, lo cual acrecienta sus ganancias y fortalece su propia existencia. Por lo que respecta a estos monasterios y conventos, están fuera de la ley, pues escapan a las leyes que establece Palacio y su gobierno legítimo, establecido por el Cielo. Todos estos lugares se consideran inmunes a reclamaciones o querellas.

En su deseo de lujos —un deseo que, a veces, es ilimitado— estos miembros de la jerarquía budista han agotado sin miramientos las fuerzas ya cansadas de los artesanos y operarios de la nación en la realización de sus ídolos y recargadas ornamentaciones, que exhiben en abundancia toda suerte de piedras preciosas y que, a su vez, emplean enormes cantidades de las preciadas materias primas de la nación en la construcción de grandes edificios que los alojen.

No hay en ello magia alguna, aunque hay miembros de su clero que, a veces, quisieran hacernos creer que así es. Y si no es cosa de magia, ¿de dónde sale el trabajo necesario para mantener una estructura tan compleja e improductiva? ¿De dónde sale el trabajo para esos grandes edificios? Desde luego, no es el trabajo de espíritus, si tal cosa existe, el que se utiliza. Más bien es el empleo exhaustivo de mano de obra del pueblo llano. Y si la riqueza y los materiales no proceden del Cielo, ¿de dónde salen? ¿De dónde proceden las tierras necesarias para esos templos y para esas grandes propiedades monásticas? La respuesta es sencilla: de la porción de tierra de labor adjudicada al sencillo campesino. Para que unos pocos se enriquezcan,

deben empobrecer a la mayoría. ¿No son así las cosas?

Si estos budistas no desean perjudicar a las gentes humildes —y estoy seguro de que no es ésta su voluntad consciente—, ¿cuáles son sus propósitos? Los años que puede durar una vida humana en esta tierra están contados, pero no parece existir límite para el dispendio de fuerzas que se le exige. Las familias —a menudo las más pobres, aunque los ricos no están en absoluto a salvo de la alucinación colectiva que le roba energía a la nación— sirven a esa institución y le ofrecen su esfuerzo constante. Y, sin embargo, son incapaces de satisfacer la codicia ilimitada de la iglesia budista. La gente humilde, las pobres masas engañadas, lleva sus cuerpos cansados hasta el límite doloroso de la extenuación y no rehuyen ningún sufrimiento por esta causa intangible, ni rechazan nunca soportar una carga más en su nombre.

Y por lo que hace a quienes han escogido voluntariamente esta vida monástica, los llamados mendicantes de corazón puro que afirman haberse desapegado de los conceptos de triunfo o fracaso terrenal y que van de acá para allá con la cabeza rapada para liberarse de la vanidad de los cabellos, que dicen haber renunciado a la tontería secular de vestir una indumentaria distintiva en favor de la sencillez de la túnica monacal... Pues bien, yo, en mis muchos encuentros con ellos, no he presenciado el menor cambio en su manera de ser. Todos siguen preocupados por las mismas pequeñas cosas que nos obsesionan a todos y todavía están avergonzados de sus debilidades. Por dentro, siguen siendo los mismos.

Además, entre los sacerdotes, mendicantes, monjes y anacoretas, los hay que siembran voluntariamente la discordia en amistades como uña y carne, que tratan por igual a los desconocidos y a los parientes, que se toman libertades con las esposas y las hijas de otros hombres... sin que les importe el precio y confiándose todos ellos por completo a los códigos de su propia ley budista del Dharma, al tiempo que engañan y descarrían a otros.

Mirad a vuestro alrededor. Recorred las calles de esta gran ciudad. Allá donde vayáis, todos los barrios y distritos, todas las calles, avenidas y callejones están repletos de capillas y santuarios budistas de todos los estilos. A lo largo de todos los muros y bajo las puertas de los mercados vemos una innumerable variedad de templetos extraños, de pequeñas moradas de los espíritus. Todos los que son atraídos bajo el velo del budismo, seducidos y engañados con harta frecuencia, se apresuran a retirarse de la vida secular, a distanciarse y a desvincularse de cualquier respeto y acatamiento de la ley imperial. Y, al propio tiempo, estos conversos corren a entregarse con la misma rapidez en los brazos acogedores de la Sangha, la normativa budista, a cuyas regulaciones se ciñen estrictamente.

¿Y qué decir de los templos y de las tierras de cultivo necesarias para mantenerlos? Estos establecimientos religiosos alienan del bien común tantas propiedades y tierras fértiles y tantos molinos de grano y tantos huertos que es

imposible hacerse una idea, siquiera, de su extensión. Y existe otro problema, con el que he tenido que enfrentarme con demasiada frecuencia: al proporcionar refugio a los puros, los establecimientos monásticos también lo ofrecen a los criminales. Los fugitivos de la ley, criminales, matones y malhechores de todas clases que desean escapar al castigo, acuden a las puertas acogedoras de estos monasterios budistas con la seguridad de que allí estarán a salvo. ¿Cuántas decenas de miles de delincuentes anónimos han escapado a la justicia en los brazos hospitalarios de estas instituciones? Unas investigaciones minuciosas de los despachos de la Magistratura en la capital y en las provincias del sur han descubierto ya a muchos miles de individuos que intentaban eludir la acción de la ley por este medio. ¿Cuántos más quedarán todavía por detener? Y disfrazados de sacerdotes, abades y monjes, estos criminales —estos charlatanes— apelan a los deseos más viles del cuerpo y no a la eminente metafísica del corazón, de la mente y del alma.

Y todavía hay más problemas. ¿Qué hay del hombre que no trabaja, sino que recibe su sustento a costa de otros? ¿No resulta eso fraudulento? ¿Y de aquel cuyos medios superan con mucho a los de la multitud, pero que a pesar de ello escoge dedicarse a robar abiertamente a los demás sus propiedades y objetos de valor? Y si sumo a ello los vendedores de *sutras* y reliquias falsos, de falsas esperanzas y promesas, sólo puedo llegar a la conclusión de que este reino es, realmente, un lugar de dolor y de sufrimiento como nos dicen los budistas. Allá donde uno va, puede constatar el florecimiento del budismo en todas sus infinitas formas. El florecimiento, el crecimiento, la multiplicación. ¿Acaso el reparto de limosnas y los actos de caridad de los budistas pueden de algún modo compensar la cantidad de riquezas arrebatadas a la gente? ¿Se devuelve al pueblo una cantidad comparable a la que se le arrebató en nombre de la fe? Por todo el imperio, templos y monasterios llenan los caminos, más numerosos que las olas enturbiadas del San Huei, más ubicuos que las nieblas que se adhieren a los picos sagrados de Wu Tai. Ahora vemos una nación en crisis que se sumerge progresivamente en una oscura sombra de superstición. A nuestro alrededor, las grandes rutas y los senderos están oscurecidos por la seda negra de las vestiduras budistas. Y parece que no queda nadie para ayudar al emperador y al estado en este momento de dificultad, pues en torno a nosotros, por todas partes, hombres cabales están cayendo víctimas de esta enfermedad de la mente. Hombres cabales y buenos en cuyos razonables consejos confiamos una vez.

Durante los últimos años, en algunas partes de las provincias centrooccidentales, los vientos secos y erosionadores lo han cubierto todo de arena y, por el resto del país, la constante sucesión de inundaciones y sequías no tiene precedentes. Y no hay muchas probabilidades de que estas desgracias cesen. Por todas partes, los campesinos se ven sumidos en un estado de penuria. Así es la naturaleza de nuestro mundo. Sus pesares y dolores, sus incomodidades, son ilimitados y sus sufrimientos,

insoportables. Me inclino ante la grandeza de nuestra corte y tengo en consideración sus méritos inconmensurables..., ¿pero qué hará para afrontar un problema de tal magnitud? ¿Y cómo puede permitir tal despilfarro de trabajo, de esfuerzo y de riqueza? Los monjes acaparan el dinero; la riqueza que podría mantener a cien apenas es suficiente para uno de ellos.

Si, como se dice, al preservar la riqueza de una nación se preserva a su pueblo, ¿qué es, entonces, lo que persiguen los budistas? Si esas buenas palabras se toman por sinceras, ¿cómo es que roban conscientemente la riqueza de la nación y dejan sin recursos a los súbditos leales del Emperador? Nos dicen que la riqueza terrenal es un espejismo y que ellos buscan otra riqueza superior. ¿Por qué, pues, en el nombre trascendente de la compasión, permiten... no, por qué infligen tal sufrimiento a los humildes?

Si el budismo es una religión de compasión, sus adeptos deberían tomar esa compasión como su principio rector universal. Y deberían poner en práctica este concepto de la compasión como ejemplo, como paradigma de rectitud para la gente corriente. Esta compasión debe encontrarse en la raíz de sus corazones y de su comportamiento. Si siguieran su dictado, no se apartarían de él. Pero no lo hacen. La ley que siguen es la ley de la codicia. De otro modo, ¿cómo pueden desear que el trabajo de nuestro pueblo sea usado para mantener esos adornos vanos e insustanciales? Como religión compasiva, el budismo no debería ser la causa de que nuestro pueblo sufriera penalidades. Pero lo es.

Si no plantamos las semillas adecuadas ahora, provocaremos la hambruna de los nuestros y la ruina de nuestro futuro. Y sin la colaboración leal y diligente de nuestros funcionarios, la rectitud no se impondrá. Si malgastamos la riqueza pública y permitimos que las fuerzas del pueblo se agoten, no habrá rincón del imperio que escape a las terribles consecuencias. Y será demasiado tarde para salvarnos. Los historiadores sólo hablarán de la gloria perdida del pasado. Un pasado que seremos nosotros.

(Extraído de *New T'ang History*, de Hsin T'ang Shu).

POST SCRIPTUM

Que el mundo nunca olvide la nobleza y el heroísmo de todos los que se alzaron y de todos los que murieron en la plaza de Tiananmen.



ELEANOR COONEY, hija de la escritora Mary Durant, es una autora estadounidense que lleva más de veinte años escribiendo. Interesada en los lugares exóticos, sus novelas, que suele escribir en colaboración con Daniel Altieri, muestran mundos fastuosos llenos de conspiraciones y suspense. Eleanor se crió en Connecticut, yendo a Boston a estudiar arte, aunque abandonó su carrera artística para trasladarse a Colorado, donde se ganó la vida vendiendo sus obras pictóricas y pintando casas. A finales de los 70 se mudó a California, donde obtuvo un empleo redactando noticias para una emisora de radio local. Al cabo de unos años, y gracias a que su fama local crecía debido a la gran cantidad de historias interesantes que obtenía para la emisora, contactó con ella un académico de historia china, Daniel Altieri. Juntos crearon *Court of the Lion*, consiguieron un agente importante y vendieron la obra a William Morrow. Tras *Court of the Lion* llegaron otras novelas del mismo estilo: *Deception* (publicada en España como *Engaño*), *Shangri-La* y *Shore of Pearls*.

Sin embargo, tras estas novelas históricas cambió completamente de registro al publicar *Death in Slow Motion*, una obra autobiográfica que narra su devastadora experiencia cuidando de su madre, una mujer inteligente, atractiva y vivaz que se transformó completamente debido al Alzheimer.

Notas

[1] Recinto monástico tradicional del budismo tibetano. <<

[2] 5200 kilómetros. <<

[3] Algo más de seis kilómetros. <<

[4] Véase en Notas para el lector, al final del libro, una traducción del memorial de Di Jen-chieh. <<

[5] Alejandro Magno. <<

[6] Estos sellos con los que se firmaba estaban tallados en marfil o en jade; pero también los había menos suntuosos, de esteatita («jabón de sastre») o asta. <<

[7] Versión inglesa de Daniel P. Altieri. (N. del T.) <<